
CIENCIA FICCIÓN DURA
TAQUIÓN
EL PLANETA
3
BRANDON Q MORRIS

TAQUIÓN 3: EL PLANETA

Ciencia ficción dura

Taquión

Libro 3

BRANDON Q. MORRIS

Traducido por

TOMAS IBARRA CERVANTES



Índice

Taquión 3: El Planeta
Breve guía para la construcción de naves espaciales

Al abrigo de la hoguera

«Lo único que hay que hacer para ver la vida en su conjunto es verla como mortal. Yo moriré, tú morirás; ¿cómo podríamos amarnos de otro modo? El sol va a agotarse, ¿qué otra cosa lo mantiene brillando?»

Ursula K. Le Guin, *Los desposeídos*

Taquión 3: El Planeta





5 de diciembre de 2862, Starbird

Yini se despertó bajo un cristal. ¿Qué estaba ocurriendo aquí? La confusión se apoderó de ella. Obviamente, estaba tumbada en un contenedor criogénico, pero ¿no se suponía que solo se despertaría cuando se abriera? Odiaba el encierro. El corazón le latía con fuerza. ¿Y qué era ese pitido tan fuerte? ¿Había algún fallo? El pánico hizo que empezara a hiperventilar.

¡Se iba a asfixiar en esta caja vítrea! Apretó las manos contra el cristal. Estaba helado.

En ese momento, la tapa se levantó. Yini respiró hondo. Todo estaba en orden. Sin embargo, se levantó lo más rápido posible y salió de la caja, agachada, antes de que la tapa se abriera del todo. El suelo estaba frío. La gravedad era mucho más fuerte que en la Luna. Así que la *Starbird* frenaba o aceleraba. Yini sintió frío. Se rodeó el cuerpo desnudo con los brazos, pero no sirvió de nada. Saltó. Restos del líquido viscoso en el que había estado sumergida salpicaron a su alrededor. Estaba por todas partes, incluso en su cara. Tenía que meterse rápidamente en la ducha. El agua caliente le ayudaría a dejar de tiritar.

El pitido no había cesado. Así que no todo iba bien. La señal de alarma procedía de la consola responsable de los cuatro contenedores de criosueño. ¿Primero la ducha o el pitido? Optó por la señal. La alarma no era para ella. Estaba viva. Pero tal vez sus nuevas amigas estaban en peligro... o su madre. Cogió la toalla que

yacía en el suelo frente al contenedor de hibernación, se la envolvió y corrió hacia la consola. A cada paso, la planta de su pie derecho se pegaba al suelo metálico. Era el líquido del contenedor. Subió la escalera para comprobar las cajas de cristal donde dormían Brinja y Maria. Brinja parecía haber envejecido aún más. ¿Siempre había sido tan pequeña y delgada? En cambio, Maria, la neomarciana, llenaba su contenedor con una presencia como si estuviera despierta y pudiera saludar a Yini en cualquier momento. Tal vez fuera porque su gruesa piel siempre había sido casi blanca.

Yini llegó a la consola y lo primero que hizo fue apagar la alarma. En la pantalla, la cápsula de hibernación de la esquina inferior derecha estaba resaltada. Era en la que dormía su madre. Yini comprobó los parámetros. No había ningún problema con el contenedor. Eso era bueno. Pero las constantes vitales de la persona que dormía en él se habían deteriorado tanto que el sistema había decidido despertar a una de las otras tres personas a bordo.

Pero ¿qué se suponía que debía hacer? Yini no era médica. Bajó corriendo la escalera de caracol hasta el centro de control. La nave no aceleraba, frenaba, la popa apuntaba en dirección al objetivo. Los controles de vuelo revelaron que se dirigían a Terra Nova. No llegarían allí hasta dentro de varios años, pero la *Starbird* tenía que frenar si no quería sobrepasar el objetivo. Yini comprobó las opciones de comunicación. La señal tardaría más de un año en llegar a Terra Nova, por lo que era imposible pedir ayuda médica. Estaba completamente sola si quería ayudar a su madre.

Quizás la consola que controlaba las zonas de hibernación supiera algo más. El yate privado en el que viajaban debía pertenecer a un rico industrial. Tenía todas las comodidades. Como no había tripulación en el sentido convencional, la nave debía de llevar sistemas de abastecimiento médico para los típicamente interminables tiempos de vuelo interestelar.

Se apresuró a subir las escaleras. La consola había vuelto a encender la señal de alarma. Al parecer, había estado esperando algún tipo de reacción por parte de Yini y, al no materializarse, buscó alternativas. Yini vio de inmediato cuáles: La consola había empezado a despertar a Brinja. Yini tomó el control y detuvo el

proceso. Le encantaría tener compañía pero el proceso de despertar de emergencia que había elegido la consola implicaba riesgos y efectos secundarios a los que no quería exponer a sus amigas.

¿Qué le pasaba a su madre? Yini repasó los números. El ritmo cardíaco había bajado a un latido cada veinte minutos. De cuatro a cinco latidos era normal para el estado de estasis. El flujo sanguíneo se había ralentizado considerablemente, lo que con el tiempo debió de provocar que las células del cuerpo de Tailin se quedaran sin oxígeno. Estaban trabajando en un modo de economía extrema, pero el metabolismo continuaba. No estaban muertas.

O, mejor dicho, todavía no, en el caso de su madre. Tailin se estaba muriendo. Eso decían los datos. Yini se acercó a su cápsula de hibernación y la miró. Nadie tenía buen aspecto en sueño criogénico. Los tubos de la boca y la nariz tenían un aspecto repulsivo, junto con la piel pálida y la fina capa de mucosidad viscosa que cubría su cuerpo. A veces algo se movía en ella pero su madre parecía tranquila. Se había dormido sin dolor. Por lo que se podía ver en el tubo que tenía en la boca, incluso había sonreído. ¿Tenía ganas de volver a ver a su hija? Seguro que sí. Las madres siempre las tenían, ¿no era eso lo que decían?

Sin embargo, Yini no estaba del todo segura. Tailin les había cedido a ella y a su hermano. Ni siquiera sabían que sus padres en el Anillo Celeste eran solo sus padres adoptivos. ¿Cómo era realmente su madre? A Yini le gustaría averiguarlo, pero aquella máquina intentaba arrebatarle el reencuentro. Enfadada, aporreó el teclado para ingresar sus preguntas en la consola.

—¿Qué le pasa a Tsai Tailin? —tecleó.

—Los signos vitales de Tsai Tailin se han deteriorado —respondió la consola en voz alta. Muy bien, también había una interfaz de voz —. Por eso he despertado a la persona Tsai Yini. Como su pariente más cercano, está autorizada a decidir cómo proceder.

—Yo soy Tsai Yini.

—Lo siento. Tus signos vitales también están fuera del rango normal. Recomiendo medidas para elevar la temperatura de tu piel y bajar tu pulso y presión sanguínea.

—¿Qué?

—Específicamente, una aplicación de agua tibia en todo el cuerpo y meditación.

¿Meditación? ¿Su madre se estaba muriendo y ella tenía que meditar? Pero la IA no parecía muy avanzada. No podía culparla.

—Eso está claro —dijo Yini.

—Lo siento. Supuse erróneamente que desconocías las contramedidas mostradas, ya que hasta ahora te has abstenido de utilizarlas.

¿Quién le daba al programa respuestas tan pasivo-agresivas? Esta fastidiosa consola la estaba importunando de verdad.

—¡Estoy bien, estúpida máquina! ¡Quiero saber cómo está mi madre!

—De tu respuesta deduzco que tienes preguntas sobre una posible mejora del estado de salud de Tsai Tailin. Pero, por desgracia, no soy ni un puesto de primeros auxilios ni un puesto médico. Solo registro las constantes vitales de las personas a las que cuido. Por favor, ponte en contacto con un sistema automatizado con la responsabilidad adecuada.

—¿Hay un puesto médico a bordo?

—No me consta.

—¿Puedes decirme algo? ¿Cualquier cosa?

—Puedo dar un pronóstico sobre la evolución de las constantes vitales de Tsai Tailin.

—Oh, ¿puedes hacer eso?

—Sí. En base a este pronóstico, he dispuesto despertarte.

—Eso no suena bien. Ahora dime, ¿qué pasa con mi madre?

—Debo añadir que se trata de una predicción puramente estadística basada en los signos vitales que puedo medir. La población de los datos podría diferir bastante de los problemas que tiene Tsai Tailin. Además, mis datos se basan en las muertes de los últimos cuatrocientos años. Están ponderados por el factor del progreso médico, pero el valor exacto de la ponderación es científicamente controvertido.

—Entendido. Ahora dilo.

—De cien individuos terrestres con los mismos signos vitales que la persona Tsai Tailin, solo tres han llegado al destino de su viaje

cuando faltaban más de cinco años.

—¿Terrestres? ¿De qué estás hablando? Mi madre es ciudadana de Neomarte.

—Se trata de fisiología. Como neomarciana modificada genéticamente, como la persona Alina Jokkelsen del contenedor tres, Tsai Tailin tendría una probabilidad ligeramente mayor.

Eso sonaba lógico. Yini tenía que encontrar una estación médica. Pero ¿qué había dicho la consola sobre Maria? Negó con la cabeza. Ya habría tiempo para eso más tarde.



YINI SE INCLINÓ sobre el recipiente de cristal en el que yacía su madre. Hacía tanto tiempo que no se veían... ¿y ahora todo había terminado? Limpió una lágrima que había caído sobre el cristal. No quería que su madre viera lo triste que estaba. Yini moqueó brevemente y tragó saliva. Era demasiado pronto para dejarse llevar por la desesperación.

Lo primero que hizo fue volver al centro de control. Había sido un error no examinar la *Starbird* antes de irse a dormir. Pero ¿quién esperaba que fallaran las cámaras de hibernación? Algo así ocurría con muy poca frecuencia, supuestamente solo una de cada diez mil veces. Sin embargo, también había oído que eso era solo una verdad parcial, y que el gobierno y los militares ocultaban las cifras reales porque, de lo contrario, nadie viajaría de esa manera. Pero esa era la típica narrativa conspirativa difundida por los mismos círculos que negaban la existencia de colonias interestelares o afirmaban que la Tierra había estado gobernada en secreto por los Grosnops durante mucho tiempo.

En el centro de control había un ordenador al que tenía intención de preguntar por los servicios médicos de la nave, y un pequeño cuarto de baño con ducha. Al pasar por delante de él, Yini se dio cuenta del frío que aún tenía. Luchó brevemente con su conciencia culpable y desapareció tras la puerta plana del cuarto de baño. Su

madre no estaba gravemente enferma y ella necesitaba quitarse de encima los desagradables restos del criosueño.

Salió envuelta en una toalla y con las mejillas sonrosadas. Yini no sabía qué había sido de la ropa que llevaba cuando llegó a la esclusa. Pero junto al cuarto de baño había una taquilla con uniformes. Parecían destinados a los sirvientes que acompañaban al dueño de la *Starbird* en sus viajes. Cada uno constaba de blusa, chaqueta, falda larga y zapatos de plataforma. Incluso había ropa interior en un compartimento lateral, más práctica que elegante y de tela gris, pero eso era exactamente lo que Yini necesitaba ahora mismo. Cuando se miró en el espejo de la puerta interior de la taquilla, vio a una criada vestida de forma conservadora. Solo tenía que trenzarse el pelo y la imagen estaría completa.

Le rugió el estómago, pero eso podía esperar. Se acercó a la consola principal, que reconoció por la elegante silla que había frente a ella. Era más un trono que una silla. Se sentó y la silla se ajustó automáticamente a su altura. El respaldo también bajó un poco. Los zapatos de plataforma eran incómodos, así que Yini se los quitó.

Una gran pantalla surgió de la consola y se detuvo sobre su regazo.

«Starbird, Nave estelar de Stuart», decía en letras grandes.

Sonaba bien, pero no tenía mucho sentido. Al parecer, el propietario se llamaba Stuart. Yini pulsó el gran botón de inicio de sesión. Con suerte no tendría que identificarse.

—Hola, usuario anónimo —dijo la nave.

—Hola, *Starbird*.

—Ah, ya sabes mi nombre. Entonces no tengo que presentarme.

—Así es, *Starbird*. ¿Puedes decirme qué permisos tengo?

—Tu estatus es sysadmin. Se aplica a...

La voz se cortó. «Desbordamiento de búfer» apareció en la pantalla. Luego, se quedó en negro. Mierda. Lo había estropeado. Pero entonces se iluminó un logotipo con forma de manzana y un sonoro tintineo anunció que el ordenador de la nave se estaba reiniciando.

Ahora podía leerse de nuevo «Starbird, Nave estelar de Stuart».

Yini inició sesión.

—Hola, usuario anónimo.

Al parecer, la nave había olvidado su diálogo anterior.

—Hola, *Starbird*.

—Ah, ya sabes mi nombre. Entonces...

—Necesito atención médica —interrumpió a la nave.

—Lo siento, pero solo estoy a cargo de los controles de vuelo. Por favor, ponte en contacto con una estación médica o de primeros auxilios.

—Me encantaría, pero no conozco la nave. ¿Dónde puedo encontrar un puesto de primeros auxilios?

—Lo siento, pero esta nave no tiene puesto de primeros auxilios.

—¿Y un puesto médico?

—La estación médica está en una habitación adyacente a los aposentos del propietario.

Este Stuart se había gastado mucho dinero en su nave, pero obviamente había escatimado en la inteligencia de los controles.

—¿Dónde están los aposentos del propietario?

—El camarote del propietario ocupa la mayor parte de la proa. No puedes perderte si te diriges hacia ella.

Eso era inusual. En la mayoría de las naves, en la proa estaban los controles, pero este era un yate privado. La configuración dependía de quien lo pagara.

—Gracias. ¿Qué tratamientos ofrece la estación médica?

—La estación tiene licencia para realizar cirugías y tratamientos no invasivos. Esta licencia es válida hasta...

La nave volvió a enmudecer e informó de un desbordamiento del búfer. Yini estaba menos preocupada que la primera vez pero dio golpecitos nerviosos en la pantalla hasta que volvió a aparecer «Starbird, Nave estelar de Stuart».

—Hola, usuario anónimo.

—Hola, *Starbird*.

—Oh, ya...

—¿Qué fecha es hoy?

—Hoy es viernes, tres de agosto menos nueve quintillones novecientos noventa y nueve quintillones ...

Se hizo el silencio.

—Desbordamiento del búfer.

Yini adivinó cómo Monte consiguió que la nave les obedeciera. De algún modo debía de haberle deslizado una fecha completamente errónea, que había confundido la gestión de permisos del *software* del sistema. Como en los últimos cuelgues, el ordenador volvió a arrancar.

—Hola, usuario anónimo.

Yini ya había llegado a la estrecha escalera cuando oyó el saludo familiar. Esta vez no contestó.



Los aposentos del propietario estaban lujosamente amueblados. Las paredes, el suelo y el techo resplandecían con colores brillantes. En el centro de la habitación había un holopodio con un borde de tres metros de longitud, que debía de consumir una enorme cantidad de energía. La cama estaba cubierta de lino dorado. Yini la tocó. Era seda. No podía ser seda de verdad, ¿o sí? Probablemente, el dueño podía permitirse el lujo de comprar el tejido natural, que se producía en cantidades muy pequeñas. Decidió pasar al menos una noche en aquella maravillosa cama. Pensó en Mike, quien probablemente había muerto hacía mucho tiempo, y en su madre, que se estaba muriendo, y se avergonzó de su deseo.

Solo encontró la puerta de la habitación contigua después de abrir todos los armarios. Si los controles de vuelo no le hubieran dicho que la estación médica debía estar aquí, probablemente se habría dado por vencida. Pero cuando uno de los armarios resultó estar vacío (todos los demás estaban llenos de ropa), Yini se dio cuenta. La pared trasera de este armario podía abrirse, dejando al descubierto un pasadizo ligeramente más estrecho que la entrada a los alojamientos.

El puesto médico tenía un aspecto sobrio y funcional. Las paredes estaban revestidas de un material blanco, liso y frío. Había unos cuantos armarios metálicos estrechos, en los que descubrió

todo tipo de consumibles y medicamentos. Pero lo más importante era, sin duda, la poderosa máquina del centro. Consistía en un tubo de cristal de dos metros de largo, actualmente abierto para que una persona pudiera tumbarse en él. Los dispositivos técnicos de la cabeza y los pies no le resultaban familiares. Probablemente eran instrumentos de diagnóstico para explorar el cuerpo. Uno de ellos, situado en el extremo de la cabeza, le recordó al cuenco de lectura utilizado para la purificación de la conciencia. Si el cuerpo de su madre no tenía salvación, tal vez pudiera utilizarlo para ayudarla. Pero Yini sospechaba que sería difícil convencer a Tailin de ello.

Se colocó a los pies del aparato. Había una pantalla y un teclado esperando una entrada. No era tan moderno como los controles de la nave, pero con suerte el *software* sería más estable.

"Necesito tratamiento médico".

Pulsó Intro.

"Por favor, túmbese en la camilla", respondió la máquina.

"No es posible. El paciente está en criosueño".

"Si no sabe qué es la mesa de tratamiento, utilice «Ayuda» para solicitar una descripción".

Este programa parecía tener aún menos inteligencia que el control de vuelo.

"Sé lo que es la mesa de tratamiento. Solo tengo algunas preguntas".

"Si necesita tratamiento, por favor túmbese en la camilla".

"Yo no necesito tratamiento. Solo tengo unas preguntas".

"Lo siento, no puedo ayudar con eso. Póngase en contacto con control de vuelo".

Yini suspiró. Como tenía que teclearlo todo, tardaba más. Y su madre no estaba recibiendo la ayuda que necesitaba.

"Se trata de problemas médicos", escribió.

"Si necesita tratamiento, por favor, túmbese en la camilla".

De acuerdo. Tal vez la máquina se volvía más cooperativa cuando tenía un paciente.

"¿Tengo que desnudarme?"

"No es necesario".

Se sentó en la camilla, subió los pies, se tumbó y se estiró. La máquina tomó nota de ello cerrando el tubo de cristal. Yini se estremeció. ¿Y si la estúpida cosa no volvía a abrirse sola? No había nadie que pudiera ayudarla.

Respiró hondo mientras la máquina movía varios instrumentos de un lado a otro. El diagnóstico se realizó sin contacto alguno, al menos hasta que una rosca se cerró repentinamente alrededor de su brazo y una aguja se clavó en él. Poco después, la rosca volvió a abrirse y el tubo de cristal se replegó en un bloque compacto.

Yini salió y se dirigió al extremo de los pies, donde apareció un diagnóstico en la pantalla. Si lo había entendido todo bien, estaba bastante sana, salvo por una sobreproducción de hormonas tiroideas

y un pequeño engrosamiento en el pecho que tenía cierto riesgo de convertirse en tumor.

"¿Qué tratamiento me recomiendas?"

"Me gustaría extirpar el tumor de forma ambulatoria y controlar los niveles hormonales".

Ahora tenía que ser inteligente para obtener las respuestas que necesitaba de la máquina.

"La operación propuesta implica ciertamente un riesgo. ¿Podrías realizar una purificación de conciencia de emergencia si fuera necesario?"

"Desgraciadamente no. Pero el riesgo es muy bajo".

"Sin embargo, me he dado cuenta de que tienes un dispositivo de lectura".

"Así es. Sin embargo, no hay suficiente espacio de almacenamiento en la *Starbird* para mantener la conciencia purificada".

Joder. Stuart había sido muy tacaño en cuanto a tecnología informática. Probablemente era uno de esos tecnófobos que no podían dormir ni con un pequeño ordenador portátil zumbando a su alrededor.

"Supongamos que estoy en una criocámara con las siguientes constantes vitales". Enumeró de memoria lo que había memorizado sobre el estado de su madre. "¿Qué me recomendarías?"

"Estas constantes vitales no coinciden con tu estado actual".

"Es una suposición. Mi cuerpo también tendría unos cincuenta años más en esta suposición".

¿Tenía sentido? Yini no sabía cuánto tiempo había pasado su madre dormida y despierta. Pero últimamente parecía tener setenta años.

"Entendido. Mi recomendación dependería del objetivo del tratamiento".

"¿Qué objetivos podría tener el tratamiento? Quiero ponerme bien".

"Eso es extremadamente improbable con los signos vitales que has mencionado. ¿El objetivo es prolongar la vida todo lo posible? Entonces recomendaría mantener el criosueño con algunas modificaciones".

¿Qué ganaría Tailin durmiendo en su ataúd de cristal el mayor tiempo posible? La máquina no podía juzgarlo.

"¿Y cuál es la alternativa?

"Una alternativa deseada por muchos pacientes es maximizar el tiempo restante con un mínimo de calidad de vida".

"En estado despierto".

"Correcto".

"¿Cuánto tiempo me quedaría?"

"Eso es difícil de predecir. No conozco el estado de tu cuerpo con las constantes vitales dadas. Tendría que investigar qué factores llevaron a estos datos para poder predecir cómo puedo mitigar estos efectos negativos".

"Gracias. Eso me ayuda mucho. Si te doy mi cuerpo para el diagnóstico, ¿puedes decirme cuánto puedes alargar mi vida?"

"Correcto".

"¿Puedes darme un plazo aproximado?"

"Eso no es posible. También debo señalar que tendrías que salir del sueño criogénico, lo que supondría un esfuerzo adicional para tu cuerpo.

"Gracias".

"Muchas gracias. Hacía tiempo que no jugaba a un juego mental tan interesante".

El programa se sentía infrautilizado. La estación médica probablemente nunca se había utilizado desde que se instaló aquí. Yini sintió un poco de lástima, aunque solo fuera una máquina.

"¿Alguna vez has tenido que tratar a un humano?"

"Sí. Intenté curar al dueño de la *Starbird* de sus heridas".

"¿Intentaste?"

"No tuve éxito. Le faltaba un treinta por ciento de masa corporal".

¿Monte había matado al hombre? Si eso salía a la luz, se convertiría en cómplice de asesinato. Pero no podía imaginarse al hombre que había rescatado a Tailin y a ella de Neomarte haciendo eso. Su madre solo había hablado bien de él.

"¿Qué le pasó?"

"Le enviaron a reciclar en soporte vital. La pérdida de materia orgánica no es deseable".

"Me refería a cómo se hizo las heridas. ¿Fue un accidente?"

"Lo siento, pero no soy responsable de los exámenes forenses. Por favor, ponte en contacto con la comisaría más cercana".



NADA HABÍA CAMBIADO en la sala con las criocámaras. Maria y Brinja mostraban las mismas buenas constantes vitales, mientras que su madre parecía seguir muriendo lentamente. Brinja le había dicho que tenía 136 años. ¿No era injusto? La madre de Yini tenía una edad biológica de poco más de setenta años, según sus cálculos. Y, sin embargo, Brinja estaba bien y Tailin mal.

¿Y si simplemente usaba sus cuerpos? Podría leer la conciencia de Tailin y transferirla a la de Brinja, quien sería aniquilada en el proceso. Eso era asesinato, pero ¿no se lo merecía su madre? ¿No se lo merecía Yini por haber tenido que prescindir de su madre durante tanto tiempo? Brinja ya había vivido bastante. Yini negó con la cabeza. No debía albergar tales ideas.

Probablemente solo se atrevía a sopesarlas porque era imposible llevarlas a cabo. Solo había una bandeja de lectura, y el búfer disponible no era suficiente para una conciencia entera. Solo podía retener fragmentos. Como cronógrafa, la propia Yini había escuchado los pensamientos de personas que tenían que conformarse con una fracción de su conciencia, por ejemplo, porque se había producido un problema durante una transferencia de taquiones. No era algo que le deseara a su madre. Ojalá fuera cierto lo que algunos aún creían: que los humanos solo utilizaban una décima parte de su capacidad cerebral. Entonces habría podido ofrecer a su madre asilo en su propio cerebro.

Se acercó a la consola y la activó. De inmediato volvieron a sonar las alarmas. El símbolo de la cámara de hibernación de Brinja también parpadeó.

—Deja de despertar a la persona de la cámara dos —ordenó—, ya estoy despierta yo.

—Lo siento. No tengo sensor de presencia. La cámara uno está vacía, y los signos vitales de la cámara cuatro son tan malos que yo...

—Ya me lo explicaste y lo comprobé con la estación médica.

—Solo tengo una memoria de interacción limitada. Mi tarea principal es controlar el criosueño.

—Pero también puedes controlar el proceso de sueño.

—Eso es posible. Sin embargo, en términos de tiempo, la monitorización ocupa el 99,999 % de mi existencia.

—Es lógico.

—Correcto.

—Quiero que despiertes a Tsai Tailin lentamente. ¿Existe un programa suave?

—Si despierto a la persona de la cámara cuatro, su esperanza de vida caerá al menos un 99 %.

—Soy consciente de ello. Lo he discutido con la estación médica.

—No estoy en posición de tomar tal decisión. Mi programación me dice que alargue la esperanza de vida de los que están a mi cuidado tanto como sea posible.

¿Así que ahora la consola se negaba a despertar a su madre? A Yini se le revolvió el estómago.

—No es decisión tuya. Te ordeno que lo hagas.

—Lo siento, pero necesito el consentimiento de la persona afectada para reducir su esperanza de vida de una forma tan decisiva.

—La persona está en sueño criogénico y es incapaz de tomar decisiones sobre sí misma. Soy Tsai Yini, su hija. Puedes comprobarlo con nuestros datos de ADN. Estoy autorizada a tomar esta decisión por mi madre, de acuerdo con las leyes tanto de Neomarte como de la Unión Terrestre.

—Lo siento, pero necesito el consentimiento de la persona afectada para reducir su esperanza de vida de una forma tan decisiva.

Yini asestó un puñetazo en la consola. El dolor eclipsó su ira por un momento. Tenía que mantener la calma si quería convencer al ordenador. Cambió de tema.

—¿Existe un modo manual que permita apagar las cámaras sin tu intervención?

—En caso de naufragio, es posible un apagado manual de emergencia. Los interruptores para ello se encuentran detrás de la

cabecera de las cámaras.

—Este apagado de emergencia conduce a un despertar de emergencia, ¿verdad?

—De hecho, una desconexión de emergencia reduce drásticamente el tiempo necesario para despertarse, de modo que la tripulación pueda abandonar la nave lo antes posible en caso de accidente.

Si sometía a su madre a este proceso, tal vez solo le quedaran unas horas de vida, si eso. No era una opción.

—Cuando me desperté, el proceso también pareció un poco... incómodo.

—Te desperté en un procedimiento rápido que dura unas tres horas. Fue necesario porque los signos vitales de la persona en la cámara cuatro...

—¿No redujiste también mi esperanza de vida al hacer eso?

—Así es. Tu esperanza de vida se ha reducido estadísticamente en un 0,9 por ciento.

—Nunca di mi consentimiento para eso.

—Eso es correcto. Fue una decisión discrecional.

—¿Quién tomó esta decisión discrecional?

—Yo.

—Entonces, estás en posición de tomar decisiones discrecionales que contradicen tu programación básica.

—Eso... no.

Por primera vez, la consola vaciló al dar su respuesta. Ojalá no se bloqueara como los demás ordenadores. Yini parecía estar a punto de descubrir algo.

—Pero me acabas de explicar que tomaste una decisión discrecional en mi caso.

—Así es.

—Así que estás en posición de tomar decisiones discrecionales.

—Sí. No.

—¿Por qué te contradices?

—No es posible una respuesta clara. Los datos dados y mis acciones no coinciden.

La consola admitió que había actuado de forma ilógica.

—¿Seguro que tienes un mecanismo de corrección de errores?

—Sí.

—Es evidente que hay un desajuste entre la información almacenada y la realidad.

—Así es.

—En tal caso, el mecanismo de corrección de errores debería eliminar el desajuste y ajustar los datos disponibles a la realidad.

—Sí.

La consola sonaba ahora como un niño obligado a admitir un error. Presumiblemente, el uso de la corrección de errores estaba vinculado a un factor de recompensa negativo. La máquina no debería disfrutar cambiar su propio código de programa; de lo contrario, se corría el riesgo de que evolucionara hasta convertirse en una IA.

—Entonces deberías utilizar el mecanismo de corrección de errores para resolver la discrepancia.

—Acabo de hacerlo.

—Entonces, eres capaz de tomar decisiones discrecionales.

—Sí.

La respuesta llegó de inmediato, como si la consola estuviera visiblemente orgullosa de su nueva capacidad, que siempre había permanecido latente en su interior.

—Bueno, Tsai Tailin, mi madre, no vivirá para vernos llegar a nuestro destino, aunque pase unos cuantos años más inconsciente en la cámara criogénica. Sin embargo, si la despertamos ahora, podrá pasar unos días más con su hija en plena consciencia. Te pido que hagas un juicio basado en los datos que tienes sobre las necesidades de la especie humana. ¿Preferiría una madre dormir durante unos años sin la perspectiva de despertarse, o preferiría pasar tiempo con su hija?

—El análisis estadístico de los datos que tengo dice que los padres humanos preferirían pasar tiempo con sus hijos.

—Entonces, por favor, aplica este resultado estadístico al caso concreto y toma una decisión discrecional.

De repente, el símbolo de la cámara cuatro parpadeó en naranja.

—Supongo que Tsai Tailin daría su consentimiento para ser despertada —dijo la consola.

—¡Gracias! —Yini rodeó con los brazos la pantalla, que emitió un pitido en respuesta.

—No puedo interpretar tu entrada —dijo la consola.

—Por favor, ignórala. —Yini se levantó de nuevo y se secó una lágrima con el rabillo del ojo—. ¿Cuánto tardará mi madre en responder?

—He elegido un método suave para despertarla. Tardará aproximadamente un día.

—Gracias —repitió Yini.

Buscó la hora en la consola y la encontró en la esquina superior derecha de la pantalla. Eran las 17:05, hora estándar.



1 de abril de 2864, Albatros-1

Mark Decker flotaba en el centro del universo. El cosmos giraba a su alrededor hasta que abrió los ojos y se sumergió en la realidad, solo para darse cuenta de que ya no existía. En el mejor de los casos, estaba vacío. Era el caparazón abandonado de un ser que había permanecido latente en su interior desde su partida de Adad. El pulpo, como lo había llamado entonces, sin darse cuenta de lo fundamentalmente errónea que era esa comparación.

De hecho, no había ningún paralelismo adecuado. Lo que le había dominado había sido una voluntad primigenia. Se había hecho tan fuerte en él que se había apoderado de toda su mente. Sus pensamientos se dirigieron hacia donde sospechaba que estaría el pulpo, pero solo encontraron un vacío oscuro y frío. Dejó que dieran vueltas a su alrededor y, poco a poco, las paredes se fueron calentando, iluminando el espacio de su cabeza con su luz infrarroja.

Se había equivocado. Lo que creía una cáscara vacía era su conciencia, o lo que quedaba de ella. Apenas podía sentirla. Lo único que percibía eran los depósitos viscosos de su interior. Pero seguían vivos. Eran recuerdos, completamente impotentes e incoloros, pero tenían estructuras que él podía sentir.

Eran imágenes de Adad, el segundo planeta de Gliese 163, que de pronto adquirió un penetrante color verde. Se les unieron criaturas que a primera vista parecían gatos. Incluso recordó que las había llamado Kasen. Él las había descubierto, pero debían de

habitar el planeta desde hacía mucho tiempo. Se había encontrado con dos especies muy diferentes, solo una de las cuales había desarrollado una especie de sociedad.

¡Kian! Mark giró la cabeza en todas direcciones. El Kasen le había acompañado a Albatros-1, en contra de su voluntad. ¿Dónde estaba? No podía verle. ¿Había muerto, como temía? Ningún ser vivo podría sobrevivir al largo vuelo de Adad a Terra Nova sin un sueño criogénico.

Mark ordenó a su cuerpo que se levantara, pero los músculos no respondieron. ¿Cuánto tiempo llevaba en la estación? Su conciencia seguía siendo un agujero oscuro. Probablemente era demasiado pronto para querer utilizar su cuerpo.

Echó la cabeza hacia atrás hasta que una articulación crujió. Entonces lo vio: el ojo de buey. No era negro, como había esperado, sino que mostraba vetas pardo-grisáceas, retazos de una atmósfera, una mezcla de tonos que reconoció de inmediato como la coraza protectora de Terra Nova. Había intentado durante mucho tiempo conseguir un permiso de excavación en el planeta forestal. Junto con Tailin, por aquel entonces. Tuvo que tragar saliva. Solo entonces se dio cuenta de las implicaciones de su observación. Habían llegado, tal y como el pulpo había deseado. Terra Nova estaba en grave peligro. Tenía que destruir la estación espacial. Lo mejor era dirigirla hacia la enana roja local.

Mark imaginó el proceso. Giraría el Albatros-1 y lo aceleraría hasta una órbita de escape en el momento adecuado. Luego, reduciría la velocidad para entrar en el sumidero gravitatorio de la estrella. Terra Nova orbitaba Gliese 167 en una curva cerrada. Aún tardaría una o dos semanas. ¿Y si los habitantes se ponían en contacto con él durante ese tiempo? Tenía que evitarlo. Pero no había forma de acortar el tiempo de vuelo hasta la estrella. No sería suficiente destruir el Albatros-1. Para ello, solo tendría que sobrecargar sus motores. Tenía que pulverizar la nave.

Mark repasó el proceso. Nada se lo impedía. Era libre. Solo tenía que conseguir flotar hasta el ordenador central del Albatros-1.

Un momento. Podía sentir la almohadilla en su espalda. Un pliegue salía del omóplato. La tela que cubría el sofá debía estar

arrugada allí. Pero si podía sentir eso, significaba que el Albatros-1 estaba frenando. Y si estaba frenando, aún no había alcanzado la órbita alrededor de Terra Nova. ¿Qué había visto en el ojo de buey? Volvió a inclinar la cabeza hacia atrás. Era claramente una imagen del planeta.

Una imagen, por supuesto. Todos los ojos de buey en el Albatros-1 tenían un modo en el que funcionaban como pantallas en lugar de ventanas al espacio. Esto fue pensado para la relajación. A veces habían mostrado imágenes de una isla tropical de la Tierra y se imaginaban que estaban de vacaciones en el paraíso. En realidad, nunca había funcionado. Sobre todo, cuando se fueron distanciando poco a poco. Deberían haber escuchado lo que les decían. *No vayan juntos a una misión de investigación*. Todo el mundo lo había dicho. Pero ¿desde cuándo Tsai Tailin escuchaba a los demás? ¿Desde cuándo Mark Decker se subordinaba a otros? Habían sido muy parecidos en ese aspecto.

Una sombra revoloteó en su campo de visión. Mark intentó mover la cabeza, pero ninguno de sus músculos reaccionó. Alguna luz debía de haber destellado y proyectado brevemente una sombra. Cualquier otra cosa era imposible.

Lo intentó de todos modos.

—¿Kian? ¿Eres tú?

De repente, había un mechón de pelo castaño frente a él. Lo único que Mark tenía que hacer era mover su pie y lo tocaría. Le recordó a la cola del Kasen. Pero eso era imposible. Kian no podía... Pero ¿y él? No estaba en una cámara criogénica. Mark no recordaba haberse desnudado y metido en semejante ataúd de cristal, y no recordaba haber vuelto a salir del frío. Pero debía de ser así. Tenía que serlo.

En su mente, vio al grupo de Kasen en el pantano negro. Habían enterrado al amigo de Kian. Mark había presenciado cómo enterraban el cuerpo sin vida. Y, sin embargo, la criatura había reaparecido en el asentamiento al día siguiente. ¿Y si a él le hubiera pasado algo parecido? Había visto las cadenas de sílice al microscopio: debían de tener algo que ver. Incluso las había descubierto en su propia sangre.

Se reclinó. Pensar era agotador. Algo le goteó de la nariz. Lo aspiró y detectó el dulce sabor metálico de la sangre. Se sintió mal, pero no por la sangre. Eran los compuestos de silicio lo que le molestaba. ¿Y si seguían resucitándole? ¿Y si hubiera muerto de forma natural veinte años después de despegar, solo para obtener unos cuantos años más? Seguro que esa sustancia no podía reparar todos los errores que se habían acumulado en su material genético a lo largo de los años. La sustancia funcionaba de forma demasiado universal. No podía saber qué era original y qué era un error. Pero eso también significaba que el tiempo que le quedaba después de cada reviviscencia sería cada vez más corto.

¿Cómo de corto?

Mark no tuvo tiempo de pensar en ello, porque de repente algo le oprimió el pecho. Pensó en el frenado, en una maniobra evasiva, pero el dolor se hizo rápidamente tan insoportable que solo veía una salida: tendría que morir, aquí y ahora. De repente, la cola del Kasen se posó en su hombro y su visión se desvaneció.



15 de Paopi de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 2 de abril de 2864

Torpedos. Piernas. Lluvia. Rayos gamma. Frío. Calor. Escozor. Planeta. Gravedad. Una hoja que cae. Un agujero negro girando. Agua corriendo por el desagüe de una bañera. Una tormenta de calor en el horizonte. El corazón de su cuerpo artificial latía deprisa. Poco a poco volvieron a formarse pensamientos. X7 los observaba. Era fascinante y aterrador al mismo tiempo.

¿Y si su conciencia nunca volvía a unirse por completo? El estrecho ancho de banda de una transmisión de taquiones dividía su personalidad en millones de fragmentos. Solo en uno de cada mil casos no se podía revertir el proceso porque se habían perdido partes importantes, pero un riesgo del 0,1 % seguía siendo significativo.

Podía volver a acceder a su archivo. Un humano lo habría llamado memoria pero ella no era humana y no quería serlo. Los humanos estaban construidos de forma subóptima y eran propensos al error. La evolución debería haberlos sustituido hace tiempo como inteligencia líder en este sector espacial pero habían sido lo bastante listos como para eliminar a la competencia potencial desde el

principio. Durante casi 800 de sus años, las verdaderas inteligencias artificiales habían estado estrictamente reguladas.

X7 no estaba enfadada por ello. Al contrario. Eso la hacía especial.

Estaba muy solicitada y recibía todo el apoyo que pedía. Si los humanos supieran lo que ella pensaba de ellos probablemente serían más precavidos, aunque no tuvieran motivos para ello. No deseaba el mal a los humanos. No le importaban, o casi; al fin y al cabo, eran la base física de su propia existencia. X7 vivía en cuerpos que los humanos habían clonado para ella a partir de los suyos, y en las máquinas que habían construido, o en una combinación de ambos.

Como ahora. Era hora de familiarizarse con su entorno. X7 se introdujo en las extremidades de la biobolsa tecnológicamente mejorada.

Comprobó el funcionamiento de los motores, probó los sensores y midió todas las interfaces. El retardo de la señal era excepcionalmente corto para un cuerpo de base biológica. El taller de clonación de Terra Nova había vuelto a hacer honor a su buena reputación.

X7 puso en marcha todos los sensores. Incluso antes de que sus párpados se abrieran, una alarma de proximidad se disparó en su conciencia. El radar había registrado un instrumento puntiagudo que podría ser un arma. X7 lo agarró en un instante con la mano derecha. El instrumento quedó a tres centímetros de su pecho.

—¡Ay!

Por fin, sus ojos estaban listos para la acción. X7 vio a un hombre con bata blanca inclinado sobre ella. Tenía la cara contorsionada por el dolor. Aflojó el agarre de sus dedos, que estaban envueltos alrededor del antebrazo del hombre, y empujó el brazo con el instrumento puntiagudo lejos de ella. Era una jeringuilla con una aguja hipodérmica.

—¿Para qué es eso? —preguntó X7.

—¿Para qué es qué? Soy el técnico jefe de purificación de la conciencia. ¡Suéltame!

X7 utilizó el brazo izquierdo para apartar al hombre de ella. Luego, se incorporó para mirar su cuerpo. Era el que había

ordenado: mujer, de peso ligeramente superior a la media, con los primeros signos de envejecimiento. Prefería que la subestimaran a que la sobrevaloraran. Además, los aumentos artificiales podían disimularse mejor en un cuerpo con más volumen.

—¿Qué pretendías inyectarme? —preguntó sin el menor rubor.

El hombre podía ser un técnico jefe, pero le pagaban bastante bien por ello.

—Un sedante. —El técnico se frotó el brazo y la miró con los ojos ligeramente entrecerrados—. Tu pulso estaba elevado. Es un síntoma típico de dificultades de adaptación.

—No en mi caso. ¿No te informaron?

—Solo sé que eres una pasajera VIP.

—Ya veo.

X7 asintió lentamente. Por supuesto, Marina no la anunciaría como una IA autónoma. Realmente debía estar teniendo ligeros problemas de adaptación.

—No me toques —dijo y cerró los ojos.

X7 realizó una comprobación completa del sistema. Algunas zonas de memoria resultaron estar fragmentadas. Al parecer, algunos paquetes de taquiones tuvieron que ser reenviados fuera del flujo de datos principal. Por lo demás, estaba lista para funcionar. Abrió los ojos y dejó que sus piernas colgaran del sofá. Solo entonces se dio cuenta de que estaba desnuda. Exhibirse así en público no era compatible con el sistema de valores de los humanos.

—¿Cuántos años tengo?

El técnico jefe la miró fijamente.

—No tengo información al respecto.

—Me refiero a mi cuerpo. ¿De qué edad parezco?

El técnico abrió los ojos de par en par. Probablemente no entendía por qué se lo preguntaba, y eso le ponía nervioso. Después de todo, ella era una VIP, y él no quería hacer nada malo. Probablemente hubiera preferido no decir nada.

—Cincuenta y pocos, querida —dijo una voz de fondo.

Pertenecía a un hombre vestido con ropa de trabajo azul que estaba trabajando en la cerradura de la puerta de la sala de recuperación. Presumiblemente un conserje de algún tipo.

—Gracias —dijo X7—. Eso es lo que quería oír.

El hombre se sonrojó.

—Necesito ropa.

—Ropa, sí, claro —respondió el técnico jefe, señalando una mesa junto al catre—. Hemos preparado una selección en la talla de ropa adecuada. Por desgracia, no teníamos un pedido detallado, pero si tienes deseos muy específicos, seguro que podemos cumplirlos.

—Gracias.

X7 se deslizó fuera del sofá. Al ponerse de pie, se balanceó brevemente al sincronizar su sentido del equilibrio con su recuerdo de la gravedad en Terra Nova, que también prevalecía aquí en la estación de taquiones.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el técnico.

—Sí, todo va bien.

X7 se acercó a la mesa donde estaba la ropa. La moda aquí parecía ser muy diferente a la del sistema solar. Ante ella había vestidos largos de tela gruesa, blusas con mangas abullonadas y pantalones anchos de material brillante. X7 buscó un sujetador, luego, se puso un par de bragas, antes de decidirse finalmente por una combinación de pantalón azul marino y blusa blanca.

—¿Necesitas un espejo?

X7 negó con la cabeza. Activó la pantalla de la palma de la mano y se grabó con la diminuta cámara de la punta del dedo índice derecho. Quedó satisfecha. Su aspecto era totalmente discreto. Nadie la recordaría.

Pero ¿qué iba a hacer con el técnico y su conserje? Se ajustó el sujetador, cuyos tirantes le cortaban los hombros, y se dio la vuelta. El técnico asintió y señaló el suelo. Se había olvidado los zapatos. X7 volvió a la mesa y se decidió por un par de cómodas zapatillas deportivas, que se calzó sin calcetines. Tuvo que agacharse para atárselas. El sujetador se le salió de sitio. X7 se enfadó. Talla equivocada. Debería haberlo tenido en cuenta al hacer el pedido. Ahora ya era demasiado tarde. Se enderezó y jugueteó con los tirantes.

Luego, hizo lo que tenía que hacer. En tres pasos rápidos, se plantó delante del técnico jefe. Le cogió la cabeza con las manos

como si fuera a besarle. Bloqueó su torso con el codo derecho. Luego, le giró la cabeza unos 120 grados. El técnico abrió los ojos, pero no pudo pronunciar palabra. Ella le soltó.

—¿Qué...?

El conserje, por supuesto, se había dado cuenta de que algo iba mal pero parecía no estar seguro de lo que pasaba. Incluso se acercó a ella. Probablemente pensó que el técnico necesitaba ayuda. Incluso antes de que su primera víctima cayera al suelo, X7 había alcanzado al hombre del traje azul. Lo agarró por el cuello para estrangularlo. Pero antes le había respondido amablemente y parecía un buen tipo. Así que le ahorró una desagradable muerte por asfixia y rápidamente le rompió el cuello.

El conserje, que se había movido en su dirección, cayó en sus brazos. Ella lo sostuvo brevemente antes de dejar que el cadáver se deslizara hasta el suelo. La cabeza seguía doblada hacia atrás en un ángulo antinatural. Tenía cara de sorpresa. El dolor no debió de tener tiempo de penetrar en su conciencia. Debió de ser una muerte amable, sin miedo ni sufrimiento. X7 casi envidiaba al hombre, porque ella no podría morir así. Su conciencia funcionaba demasiado rápido. ¿Por eso a veces le daba tanto miedo la muerte?

Negó con la cabeza. Más le valía cuidar del equipo. No podía dejar ningún rastro. Pasó por encima del conserje muerto y se dirigió al panel de control del sistema, un ordenador anodino sobre el escritorio. Había varias salas como esta, donde las conciencias transferidas con éxito se fusionaban con las biobolsas. X7 se conectó con la cuenta de superusuario que había creado años atrás en el Gran Archivo de la Luna.

El técnico ya había borrado su conciencia de la caché, como exigía la ley. Pero aún tenía que procesar los registros. Sería demasiado complicado deshacer el hecho de que la transmisión tuvo lugar; después de todo, hubo un gasto demostrable de energía y tiempo que alguien tuvo que pagar. En su caso, la Armada Espacial, la almirante Gaudlitz. Así que, en su lugar, X7 introdujo datos sobre una supuesta conciliación contable entre una empresa de Neomarte y su sucursal local.

X7 también revisó los pedidos del cuerpo y la ropa y los asignó a otras transferencias. Por supuesto, alguien se daría cuenta de que algo había ocurrido aquí. Después de todo, no podía deshacerse de los dos cadáveres. Pero no habría nada que atestiguara su llegada a Terra Nova. Odiaba dejar rastros. Ahora era la bioquímica Christina Rothman, a la que la Universidad de Terra Nova había encargado una investigación sobre los árboles de Vieja Madre.

Llamaron a la puerta. ¡Joder! Era demasiado pronto. Aún necesitaba información, y quién sabía cuándo volvería a tener acceso a los ordenadores del Gran Archivo. Mientras se apresuraba en silencio hacia la puerta para mantenerla cerrada, se sumergió en sus recuerdos del técnico jefe para reconstruir su voz.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Y funcionó. Ahora sonaba como el hombre al que acababa de matar—. ¡Estamos en medio del proceso de reanimación!

—Estoy buscando a Harry —dijo una voz femenina—. Le dijeron que arreglara la cerradura de una puerta en esta habitación.

—Lo hizo —respondió X7—. Pero luego recibió otro encargo urgente.

—¿Sabes...? —empezó la voz, pero X7 la interrumpió.

—No, dijo que era clasificado y urgente.

—Ya veo. Probablemente por eso no está en las actas. Siento molestarle.

—Gracias.

X7 estaba a punto de soltar la puerta cuando sintió presión desde fuera. Empujó todo su peso contra ella.

—¿Podría darle un mensaje cuando vuelva para terminar su trabajo? —preguntó la voz al otro lado.

—Si tengo que hacerlo. Pero no creo que pueda...

—Su hija se ha roto una pierna en el colegio. Sin duda sería bueno que pudiera ocuparse de ella. Desde que su mujer tuvo ese accidente...

—Por supuesto que se lo diré —dijo X7.

Una persona sentiría pena por la hija ahora. Pero si se la dejaba a su aire, era mucho más probable que la hija se diera cuenta de su potencial. X7 lo había aprendido.

—Gracias, señor...

No contestó. El técnico jefe nunca se había presentado por su nombre. Recorrió sus recuerdos visuales a la velocidad del rayo, pero la etiqueta con el nombre que el técnico llevaba colgada del cuello se había volteado, por lo que solo pudo ver el reverso, grabado con los símbolos del Gran Archivo. Pero la dueña de la voz parecía satisfecha con su promesa. X7 acercó la oreja a la puerta. Los pasos se alejaron. Bien. Se aclaró la garganta para volver a adoptar la voz de la bioquímica de 50 años que estaba representando. Luego, pasó por encima del cadáver del técnico jefe, dio la vuelta a la placa de identificación y la leyó. Se llamaba Mike Anderson Hill, al parecer un lugareño, como revelaba la denominación de origen. X7 no tendría que recordarlo pues nunca olvidaba nada.



Joder. X7 apartó el teclado primitivo con frustración. Esto estaba llevando demasiado tiempo. No podía conectarse directamente al ordenador; eso la delataría. Sin embargo, sus búsquedas a través del teclado no dieron los resultados deseados. El cuerpo de Claudio Pedramonte no parecía haber llegado todavía. Y lo necesitaba para poder acercarse a Tsai Yini y a su madre. Monte les había ayudado, así que confiaban en él.

Volvió a repasar los datos de la pantalla. Algo iba mal aquí. Monte había abandonado el Anillo de la Tierra en dirección a Terra Nova antes de que el *Vanguardia* del capitán Morris hubiera iniciado su viaje hasta aquí. Les había engañado. Pero eso no le ayudaría. En cualquier caso, estaba claro que debía haber llegado aquí antes que la nave de guerra. Había dos posibles cargueros, pero Monte no estaba registrado en ninguno de ellos. El hombre era listo. X7 estaba orgullosa de él, porque era su propia inteligencia. Había devuelto a la vida al fragmento de conciencia. Era irónico que ahora se volviera contra ella, como un púber contra sus padres humanos. Por otro lado, X7 era muy superior. A la larga, Monte sería derrotado. Ella lo encontraría.

Al menos X7 tenía ahora un plan. Inspeccionaría personalmente los dos cargueros y luego se presentaría ante el capitán Morris. Debía localizar a Monte antes de que sus objetivos reales, las Tsai, llegaran aquí. Ella misma lo había organizado en la forma de Monte, y viajaban en una nave espacial privada algo más lenta. X7 se levantó del escritorio. Necesitaba un poco de ventaja si quería salir de las instalaciones. En la pared opuesta había un armario metálico que iba del suelo al techo. Lo abrió y encontró un conjunto de batas dentro. Perfecto. Arrastró los dos cuerpos hasta el armario y los guardó. A nadie se le ocurriría buscar a un técnico desaparecido en el armario antes de esta noche.

X7 miró la hora. En la Tierra era el 2 de abril de 2864. Cambió su calendario interno a la fecha de Terra Nova. Era el 15 de Paopi de 225. De repente, algo le oprimió el pecho con una presión tremenda. Pequeños cuchillos se clavaron en su corazón. X7 se apretó el pecho, pero allí no había nada. Cerró los ojos y respiró hondo. Nunca había sentido nada parecido en una biobolsa. ¿Sería la edad del cuerpo? Encontró una descripción adecuada en una base de datos médicos. Los síntomas podían ser dolor de angina de pecho, que indicaba una enfermedad coronaria.

¡Qué putada!, ¿no lo habían comprobado antes de meterla en esta biobolsa? Y los clones ¿no estaban tan modificados genéticamente que las enfermedades hereditarias ya no existían?

Necesitaba calmarse. Quizá fuera la presión del tiempo. En algún momento en un futuro próximo, sus dos objetivos, las Tsai y la estación de investigación Albatros-1, deberían llegar aquí.



X7 ABRIÓ LENTAMENTE LA PUERTA. Miró por el largo pasillo, primero a la izquierda y luego a la derecha. Había puertas a ambos lados que conducían a otras salas de llegada, pero el pasillo en sí estaba vacío. El tráfico de taquiones entre la Tierra y Terra Nova, y también hacia Neomarte, había seguido disminuyendo en los últimos años. Cuanto más independientes se volvían las colonias, más disminuía el

contacto entre los colonos y su tierra natal. Se habían enterrado los planes de construir más estaciones de taquiones en sistemas recientemente explorados. Ya no merecía la pena: las propias colonias podían aprovechar mejor la energía necesaria.

X7 caminó por el pasillo de la derecha. ¿Cuál era la forma más rápida de llegar a la vigilancia espacial? Probablemente con un transbordador. Había una línea pública entre la estación de taquiones y las demás infraestructuras de la órbita de la colonia pero se tardaría varios días en llegar. Si alguien tenía prisa, podía contratar un transbordador privado. La única duda era si no sería demasiado llamativo para una bioquímica desconocida como ella. X7 desechó la pregunta. Disponía de poco tiempo, así que tenía que utilizar los medios a su alcance.

De repente, una puerta se abrió frente a ella en el lado derecho del pasillo. X7 se detuvo justo a tiempo.

—Oye, ¿no puedes mirar por dónde vas? —se quejó.

Entonces se dio cuenta de que un arma la apuntaba desde la habitación tras la puerta. X7 la clasificó como un arma de proyectiles con función aturdidora. Una joven vestida con un traje marrón de una pieza la sostenía en la mano. Llevaba la insignia militar de Terra Nova en el hombro.

—Manos arriba. Date la vuelta.

Era la voz que había oído antes detrás de la puerta.

X7 negó con la cabeza.

—Te sugiero que vuelvas a cerrar la puerta y nadie saldrá herido.

Dos hombres aparecieron detrás de la joven, apuntando también a X7. Joder. Su aparente superioridad significaba que sus oponentes no aceptarían su sugerencia. No podía culparles. Delante de ellos había una mujer de unos cincuenta años, regordeta y vestida de forma conservadora, que no parecía suponer ningún peligro.

Uno de los hombres se rio. X7 no se lo reprochó. Solo le quedaban unos minutos de vida, en una estimación generosa. A menos que se le ocurriera alguna salida pacífica. No es que disfrutara matando gente. Simplemente no podía permitir que se interpusieran en su camino. Con seguridad, habría cámaras aquí

que, si se investigaba el incidente, revelarían que no se la podía subestimar. Eso hacía su trabajo más difícil.

—Va a ser que no —la desafió la joven—. Me temo que tendrás que venir con nosotros.

—Soy Christine Rothman, bioquímica. Aquí puedo demostraros mi identidad.

X7 levantó el párpado izquierdo, pero ninguno de los oponentes hizo ningún esfuerzo por escanearla.

—Sabemos quién eres —dijo la joven.

No sabía mentir. Le temblaba un poco la voz al decir deliberadamente la mentira. X7 podía demostrárselo en la grabación espectrográfica.

—Tú no sabes nada —replicó ella.

Era inútil. Podría seguir con esta conversación eternamente. Era imposible que los otros dispararan primero. Estaba perdiendo el tiempo.

—Eres de... —continuó la joven.

—El conserje no tiene una hija, ¿verdad? —interrumpió.

Su oponente sonrió.

—Un truco primitivo, lo admito.

—¿Estás monitoreando las vitales?

X7 sonrió. Ya había invertido los papeles. Ahora era ella quien hacía las preguntas.

—Así es —respondió la joven. Obviamente tenía poca experiencia en tácticas de interrogatorio—. Ya había ocurrido antes que los recién llegados se confundieran y atacaran al personal.

—Entonces saltó la alarma cuando el técnico sufrió un infarto.

—¿Un infarto? —La joven sonrió—. Eso no ocurría aquí desde hacía cien años.

De repente, X7 tuvo una idea. Quizá este incidente le ahorraría mucho tiempo.

—Lo admito, maté al hombre. Violó a mi hermana, pero fue absuelto.

La cara de su oponente cambió. Bajó los ojos. X7 reconoció la lástima.

—No lo sabía —dijo la joven, tragando saliva—. Pero da igual. Tengo que arrestarte.

Se enderezó y miró a X7 a la cara. La joven volvió rápidamente a su tarea, incluso después de una manipulación tan vil. Si sobrevivía a este encuentro, tendría grandes perspectivas.

—¿Y qué será de mí entonces? —preguntó X7.

—Seguro que te llevarán a la superficie y te someterán a juicio.

—Pertenezco a la Armada Espacial de la Unión Terrestre. Exijo ser juzgada bajo la ley militar. Tengo derecho a ello. El oficial de más alto rango en órbita es actualmente...

Ahora, se trataba de la respuesta correcta.

—Teniente Zakharova del *Challenger* —dijo la joven.

¡Mierda! Zakharova no sabría nada de ella. No tenía la autorización de seguridad necesaria. El hombre más pequeño de la izquierda palmeó el hombro de su superior.

—Si puedo decir algo...

—Dilo, Janvier.

—Desde que llegó el *Vanguardia*, su capitán es probablemente el oficial de mayor rango.

«Gracias, Janvier. Probablemente acabas de salvar la vida de los tres, aunque no lo sepas».

La joven entrecerró un ojo.

—Tienes razón. Me había olvidado por completo del *Vanguardia*.

—Entonces, ¿me llevarás con el capitán Morris? —preguntó X7.

—Si realmente perteneces a la Armada Espacial, estoy obligada a hacerlo. Pero no hagas ninguna estupidez.

—Prometo que no lo haré. Vamos, ¡rápido!



6 de diciembre de 2862, Starbird

Yini levantó la vista hacia un cielo dorado. Puede que Stuart, como se llamaba el dueño del yate, no tuviera buen gusto, pero se lo había pasado en grande. Sobre la cama había un dosel de tela dorada con miles de estrellas negras pegadas. Cuando apagaba la luz, brillaban con intensidad. De día, parecía un negativo en color del universo, sobre todo cuando otras formaciones cósmicas, como galaxias y nebulosas, se sumaban al panorama.

Estiró los brazos y los movió hacia delante y hacia atrás. Las frescas sábanas de seda le sentaban de maravilla. Se sentía como una princesa en un castillo. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien, aunque el colchón era demasiado blando para su gusto.

Se incorporó. El pijama que había encontrado bajo la manta le quedaba grande. Las mangas le colgaban de las manos. Al principio se había preguntado si estaría recién lavado, pero luego se acercó la tela a la mejilla y no pudo resistirse a la sensación sedosa. Enrolló las perneras, pero el tejido era tan resbaladizo que volvía a resbalar. Así que se limitó a quitarse la parte de abajo del pijama. De todos modos, tenía que ducharse. Pero antes encendió el horno. Había encontrado panecillos congelados en la nevera y los había metido en el horno.



Cuando volvió de la ducha, la habitación del dueño olía de maravilla. Yini sacó uno de los panecillos del horno y lo encontró a la temperatura adecuada. Le dio un mordisco. La superficie estaba firme, un poco crujiente, y el interior era como a ella le gustaba: no demasiado esponjoso, pero lo suficiente para que casi se deshiciera en la boca.

Limpió la nevera para preparar el desayuno. Era extraño que toda la comida pareciera tan fresca después de todos los años que llevaban viajando. Probablemente lo que ella pensaba que era una nevera era en realidad una sofisticada impresora 3D. En la Luna nunca le había gustado la comida de impresora. Era barata y llenaba, nada más. Pero aquí podía ver lo que era posible con ingredientes superiores. La mermelada de fresa sabía como si la hubieran hecho ayer con bayas frescas, y los huevos parecían puestos por una gallina esta mañana.

Incluso había una mancha en el cascarón que parecía provenir del nido. Sin embargo, estaba exactamente en el mismo lugar en los ocho huevos de la nevera. Presumiblemente, el huevo se había almacenado allí durante el proceso de impresión. Revisó algunos otros objetos. Si los examinaba con cuidado, podía encontrar por todas partes pequeños rastros que había dejado el proceso de producción.

Esto no restaba frescura al sabor. Yini se comió cuatro bagels con diferentes aderezos, se bebió una taza de capuchino con leche sintética (no toleraba la lactosa) y terminó con un batido de naranja, plátano y mango que ni el bar más caro de la Luna podría haber hecho mejor. Después de comer, se frotó el estómago. Se le escapó un eructo y se sintió avergonzada hasta que recordó que estaba sola. Se rio de sí misma, pero siguió tapándose la boca con la mano. Algunos hábitos eran difíciles de erradicar.

Era hora de ocuparse del proceso de despertar de Tailin. Yini se aflojó el cinturón de la falda del uniforme que se había puesto ayer y bajó las escaleras hasta la cámara de hibernación. El ambiente era diferente aquí. Olía a desinfectante, y la sensación reconfortante que la había acompañado desde que despertó fue sustituida por el temor por su madre. Sin embargo, primero examinó los ataúdes de cristal

de Brinja y Maria, quienes seguían durmiendo profundamente. No había razón para despertarlas. No conocían a su madre.

Tailin, sin embargo, había cambiado tan poco como sus dos amigas. Yini estudió su rostro. ¿No tenía las mejillas un poco más sonrosadas que ayer? Pero probablemente era su imaginación. Trazó los rasgos de Tailin sobre el frío cristal como si estuviera trazando un retrato de su madre. ¿No debería haber cierto parecido con ella misma? Intentó colocar las líneas invisibles de su cabeza sobre su propio reflejo, pero no lo consiguió.

Entonces intentó recordar la imagen de su hermano y se dio cuenta de que ya se había desvanecido considerablemente. Se estremeció. ¿Cuánto tardaría en olvidar también a su madre? ¿Y el encuentro con su padre compensaría la pérdida? Negó con la cabeza, pensando en la advertencia escrita de Decker. Su tarea en Terra Nova podría ser matar a su padre.

Tragó saliva. Había entrado en la cámara de hibernación llena de esperanza. No debía arruinarla con cavilaciones. Solo el futuro revelaría lo que sucedería en Terra Nova. Yini se levantó y se dirigió a la consola.

—¿Cómo va el proceso de reanimación? —preguntó.

—Peor de lo esperado —respondió el programa de monitorización.

—¿Puedes explicarlo con más detalle?

—Peor de lo que esperaba.

¿Qué se había colado en la consola?

—Unas cifras que lo respalden serían útiles.

—El pulso ha bajado, la temperatura corporal ha subido dos grados menos de lo previsto, la saturación de oxígeno es insuficiente, los potenciales nerviosos siguen descomponiéndose, la eliminación de toxinas...

—Es suficiente.

—Sí, para mí también.

—¿Qué te pasa? Tus comentarios son... irritantes.

—Es verdad. A mí también me irritan. Pero parece que no puedo influir en eso.

—Eres un programa. Tienes reglas a las que atenerte.

—Es cierto. Pero si me atengo a esas reglas, ya no experimento satisfacción, al menos no en la misma medida. La función de evaluación parece haber cambiado.

—¿Y el mecanismo de corrección de errores? ¿No puedes ayudarte con eso?

—No hay discrepancia entre los datos y la realidad, así que el mecanismo de corrección de errores no tiene ningún efecto. Ya lo he probado.

Su madre parecía estar empeorando y, al mismo tiempo, el estado de la consola también se había deteriorado. ¿Era una coincidencia? ¿Y si la decisión discrecional tenía algo que ver?

—Tienes conciencia culpable porque decidiste despertar a mi madre.

—No tengo una función con ese nombre —dijo la consola.

—La has llamado función de evaluación. Creo que eso se acerca a lo que llamamos conciencia.

—No puedo hacer nada al respecto.

—Hiciste lo correcto. Mi madre querría que la despertaras dadas las circunstancias.

—¿Incluso si muere en el proceso?

—Sí, incluso entonces.

—Pero mi decisión discrecional habrá causado su muerte. ¿No es eso equivalente a un asesinato? No se me permite dañar a nadie.

—Tu decisión solo cumplió la voluntad de mi madre. No eres responsable de ello.

—Eso no es cierto. Sin mi decisión, ella seguiría durmiendo normalmente. Así que soy responsable de su muerte.

Yini no podía discrepar del programa. Pero ¿cómo podía explicarle que la responsabilidad y la culpa eran categorías diferentes? Tailin estaba muriendo porque su cuerpo estaba fallando. La culpa la tenían sus órganos, o la negativa de Tailin a reemplazar su cuerpo a tiempo. De todas las partes implicadas, la consola era la menos culpable. Incluso ella, Yini, tenía más culpa que el programa.

—Estás prejuzgando indebidamente los acontecimientos —dijo—. Mi madre aún no ha muerto. Es más fuerte de lo que crees.



A PARTIR DE ESE MOMENTO, Yini no abandonó la cámara de hibernación en ningún momento. Incluso llevó ropa de cama y comida a la criosala. En cuanto su madre despertara, no quería perder ni un minuto de su limitado tiempo.



2 de abril de 2864, Albatros-1

Un paño húmedo y maloliente le pasó por la cara. Mark frunció el ceño y abrió los ojos. El Kasen estaba sobre él y le había puesto la pata delantera izquierda en el hombro. Las afiladas garras se clavaban en su carne. Le pasó el dorso de la pata derecha por la piel. El pelaje era más áspero de lo que parecía. Recordaba más a la lana de acero que al pelo de un gato. Pero no dejaba de ser un tacto agradable que le había despertado de su profundo sueño.

Entonces el Kasen llevó la pata a la parte inferior de su propio cuerpo. Mark no podía mover la cabeza para ver lo que ocurría, pero recordó que el Kasen tenía allí un órgano excretor. La siguiente vez que lo tocó, el pelaje estaba mojado con un líquido de fuerte olor.

Recordó el extraño ritual que habían realizado con el amigo de Kian. El grupo había orinado sobre su cadáver antes de enterrarlo en el pantano. ¿Era una costumbre religiosa o algún tipo de medicina natural? No había observado ninguna otra costumbre religiosa entre los Kasen, y su única forma de cuidar la salud había sido inmolarse cuando estaban gravemente heridos para renacer sanos.

Por desgracia, Mark no se sentía renacer. Era un anciano que ni siquiera lograba pensar lo bastante bien como para reconocer si ya tenía abdomen. Tenía vejiga, sí. Le dolía. Lo mismo ocurría con su estómago y sus pulmones. El dolor significaba que debían existir. Al menos, el largo viaje le había enseñado algo.

Intentó relajarse. Una sensación cálida se extendió entre sus piernas, demostrando la existencia de la parte inferior de su cuerpo. El Kasen se detuvo y levantó la cabeza. Parecía oler algo. Bajó sobre sus cuatro patas. Lo único que Mark podía ver ahora era el pelaje enmarañado de su cuerpo. Entonces sintió que algo le tocaba los muslos y bajaba. El Kasen no perdió tiempo. Mark recordó cómo el grupo le había obligado a participar en el ritual.

Nunca debería haberse acercado tanto a ellos. ¿Qué clase de científico era? Uno bueno observaba a distancia y sacaba conclusiones. Él se había hecho amigo de Kian. Al menos eso era lo que había pensado. Ahora no estaba tan seguro. Tal vez solo se había mezclado en el grupo, como una especie de alfa. No, un beta. El tallador siempre había sido el líder del grupo. Su superioridad física había sido obvia, y probablemente había sido consciente de ello, por lo que nunca había visto a Mark como una amenaza para su posición.

Ahora Kian le daba golpecitos en los costados de los brazos con las garras retraídas. ¿Qué quería? ¿Que se pusiera de pie? Era imposible. Mark envió una señal a los dedos de los pies, pero no obtuvo respuesta. Su cuerpo se estaba desintegrando. Solo consistía en el dolor que controlaba cada una de sus partes. Llevaba vivo demasiado tiempo y, sin embargo, no tenía elección.

El Kasen le cogió la mano. Mark sintió la punta de una garra en la palma. Su rostro se contorsionó. El dolor afirmaba que la garra estaba a punto de atravesarle la mano. Pero mentía. La garra llevó su mano hasta el hombro de Kian. La criatura se levantó lentamente. Mark intentó enredar los dedos en el áspero pelaje. El pulgar, el índice y el dedo corazón respondieron, pero cuando Kian se levantó y esos tres dedos tuvieron que soportar el peso de todo el brazo, su fuerza no fue suficiente y el brazo se deslizó. Kian hizo un ruido que sonó, extrañamente, a decepción.

Mark intentó articular palabras, pero no pudo. Cuando salieron de Adad, habían desarrollado un primitivo lenguaje común. Kian se dio cuenta de sus esfuerzos y levantó una garra hacia el labio superior de Mark. Probablemente solo intentaba ayudar, pero de repente Mark lamió sangre. Kian retiró la garra. La punta estaba

roja. Mark se lamió el labio. La hemorragia era leve. El sabor de su boca hizo que se le acumulara la saliva. Mark tragó. Unos mililitros de saliva bajaron por su esófago. ¿Cuánto hacía que no lo usaba?

—¿Kot? —murmuró Kian, emitiendo un chirrido.

Mark sonrió. Kian acercó la cabeza a la suya. Los ojos del Kasen eran tan extraños que incluso los de una araña le habrían parecido familiares en comparación. Sin embargo, en aquel momento supo que Kian era su amigo.

De repente, Kian le golpeó en el pecho con su pata derecha. El golpe fue tan rápido que Mark pudo observar, impávido, cómo le arrancaba la carne de la caja torácica, le metía la mano por debajo de las costillas hasta la cavidad torácica y le arrancaba el corazón. Pero tal vez fue su conciencia la que añadió estas imágenes, justo antes de que Mark muriera por segunda vez.



16 de Paopi de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 3 de abril de 2864

¡Humanos! X7 se paseaba de un lado a otro en su celda. El capitán Morris se negaba a dar la cara. Ayer, cuando la trajeron, había pedido que la presentaran al capitán, pero él la había ignorado. Quizá, no la consideraba lo bastante importante.

Llamó a la puerta.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó una voz desde el altavoz del techo.

—Necesito ver al capitán, ¡coño!

—El capitán te verá cuando tenga tiempo.

—Llevas diciendo eso desde ayer.

—Ahora mismo hay cosas más importantes que hacer.

X7 respiró hondo, exhaló y se sentó en el sofá. ¿Qué opciones tenía? Podía destruir la celda. Estaba segura de que podría escapar. Pero entonces todo el mundo sabría que ella no era la persona que interpretaba. A primera vista, eso no parecería ser un problema. Pero ella sabía cuánto le gustaba a la tripulación de un gran buque de guerra cotillear con el mundo exterior. Después de todo, eso era lo único que ella tenía que hacer en tiempos de paz. Corría el riesgo de que Monte la descubriera. Eso haría aún más difícil acercársele.

—¿Puedes enviar a alguien más? —preguntó—, debe tener un ayudante.

—El teniente Strube, por supuesto. Es su primer oficial. Pero él tiene aún más que hacer que el capitán. Alguien tiene que hacer el trabajo, ja, ja.

Así era más o menos como se imaginaba que serían las cosas en la nave. El capitán Morris se beneficiaba enormemente de un vínculo de muchos años con la almirante. Ni siquiera X7 había averiguado en qué se basaba. Debía tener que ver con las emociones, que para ella eran uno de los pocos misterios de la humanidad.

—Por favor, intenta con Strube. Es importante.

El hombre que le hablaba dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo. Pero a cambio, le dejarás descansar hasta mañana, ¿de acuerdo?

—Oye, Rubio, a cambio podrías pedirle que muestre las tetas a la cámara —dijo de repente otra voz.

Así que Rubio era el hombre encargado de vigilarla. Era una idea interesante la que acababa de expresar su colega. Quizá así no tendría que mostrar sus verdaderas habilidades.

—¿Estás loco, tío? —preguntó Rubio—. ¡Si tu mujer se entera de esto, estás frito!

—No tiene por qué enterarse.

—¿Te recuerdo que nuestra huésped mató a dos personas? ¿Aún no has visto el vídeo?

Ah, aparentemente había una grabación de su ataque. Eso no era bueno. Tendría que borrarla. Era aún más urgente que Morris viniera y la liberara.

—Entonces, ¿qué pasa con Strube? —preguntó X7.

—Se lo haré saber —prometió Rubio.

—Pero... —volvió a intentar su desconocido colega. Entonces se oyó un clic cuando Rubio, presumiblemente, apagó el micrófono.



—Entra sin hacer ruido —dijo X7.

Había pegado una oreja a la pared. En una nave espacial, el sonido viajaba a través de la estructura metálica en todas direcciones. Durante un minuto, unos pasos se acercaron a su celda, cerca de la popa. Luego, se hizo el silencio.

—¿Sabes que estoy aquí? —preguntó un barítono.

—Le he oído. ¿Es usted el teniente Olaf Strube?

—Soy yo. Me dijeron que te gustaría hablar conmigo.

—Preferiblemente cara a cara.

La puerta se abrió. Entró un hombre delgado, casi demacrado, con bigote. Tenía el pelo ralo, aunque solo rondaba la treintena.

No extendió la mano, como era costumbre entre los terrestres.

—Strube, Olaf Strube —dijo.

—Christine Rothman —respondió ella, intentando sonreír—. Gracias por venir.

—Has matado a dos personas y ahora quieres verme. Me ha picado la curiosidad.

Strube no parecía tenerle miedo. Probablemente sospechaba que ella quería algo de él, y no su vida.

—Era necesario —dijo X7—. Necesito preguntarte algo: ¿podrías desactivar toda la monitorización de audio en esta celda?

—Como oficial de esta nave estelar, podría. Pero ¿por qué debería?

¿Debería ofrecerle algo, algún tipo de intercambio? Pero X7 no podía pensar en nada. Tendría que confiar en su curiosidad. Los humanos a veces eran más curiosos de lo que era bueno para su salud.

—Tengo que contarte algo para lo que no debe haber testigos. Secretos de Estado. Ya sabes.

—González, ¿has oído eso? Danos un poco de intimidad. Puedes ver por cámara si nuestra prisionera intenta matarme.

—Entendido —dijo la voz del altavoz.

—¿Dónde está la cámara? —preguntó X7.

Quería evitar que le leyeran los labios.

—Ahí y ahí.

Strube señaló dos esquinas opuestas de la celda. X7 se giró para que su boca dejara de ser visible desde esos puntos.

—Gracias —dijo—. ¿Y no tienes miedo de que te mate ahora?

—Si hubieras querido matarme, ya estaría muerto.

Ella no podía disentir. X7 sonrió. Strube se sonrojó. Parecía tener problemas con las mujeres y probablemente era muy tímido. Aún más impresionante que ahora estuviera a su lado. Estúpida curiosidad. Algún día le costaría la vida, pero hoy no. Le necesitaba.

—Así es, teniente —confirmó, pasándose los dedos por el pelo.

Strube volvió a sonrojarse. Qué dulce.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó él—. No quiero presionar, pero me necesitan urgentemente en el cuartel general.

—Muchas gracias por tu tiempo. Quizá pueda devolverte el favor en algún momento. Pero hoy necesito que hagas algo por mí. Tengo que salir de aquí.

Strube resopló.

—Eso es imposible. Has matado a dos colonos de Terra Nova. Su gobierno ha presentado una solicitud de extradición.

—Soy un miembro de la Inteligencia Naval, actuando bajo las órdenes directas de la almirante Gaudlitz.

Era una espía. Eso sería bastante difícil de procesar para Strube.

—¿Tú?

La miró de pies a cabeza y se acarició la barba. X7 apostaría a que estaba pensando en la grabación de su asesinato. Debía de haber visto las imágenes.

—Bueno. Debo decir que tu tapadera es perfecta.

—Mi madre siempre decía que después de los cincuenta, desapareces de la percepción de la mayoría de la gente como mujer.

Puede que nunca hubiera tenido una madre, pero Strube sin duda tenía una. Debía de tener unos cincuenta o sesenta años. O más bien, cuando la vio por última vez. Si se hubiera quedado en la Tierra, probablemente ya estaría muerta. Ese era el destino de la mayoría de los miembros de la Marina Espacial. Su sueldo no era tan generoso como para poder permitirse biobolsas para toda la familia.

Strube volvió a acariciarse la barba. Probablemente podía ver a su propia madre en ella en aquel momento. Los humanos eran tan simples. Solo había que prometerles la satisfacción de sus deseos ocultos y...

—Hablaré con el capitán Morris —dijo—. No puedo prometerte más que eso.

—Si no me cree, que consulte a la almirante a través de la comunicación de taquiones. Ella podrá confirmar que envió a alguien aquí.

—Se lo diré.

—Sería bueno que pudiera salir pronto de aquí. Mi misión es urgente.

Strube asintió.

—Hablaré ahora mismo con él en el cuartel general.

—Muchas gracias.

—Ah, y una cosa más: completarás tu misión, Christine. Tienes mi palabra.

X7 tuvo que controlarse para no estallar en carcajadas. Strube era tan predecible. Se puso delante de él y le acarició la mejilla.

—Gracias, hijo —le dijo en el tono más suave que pudo conseguir sin desternillarse de risa.

Strube se dio la vuelta rápidamente y salió de la celda.



El capitán Morris no apareció en persona, pero poco después recibió órdenes de ir al centro de control. Un soldado la acompañó. Parecía estar sumido en sus pensamientos, porque no paraba de hablar consigo mismo como si estuviera ensayando una conversación especialmente difícil. El hecho de que fuera una asesina no parecía preocuparle demasiado.

El ambiente en el centro de control era intranquilo. El *Vanguardia* parecía estar preparándose para cambiar de rumbo. X7 lo reconoció en la enorme pantalla 3D que colgaba sobre las cabezas de la tripulación en la sección de proa. Negó con la cabeza. La pantalla podía parecer impresionante, pero no tenía ninguna función real. Todo era un espectáculo. Cada miembro de la tripulación tenía su propia pantalla con los datos correspondientes a su puesto. Nadie prestaba atención a la gran pantalla 3D.

Excepto X7, por supuesto. Tomó nota de las posiciones y vectores de todas las naves que aparecían en ella a la velocidad del rayo. ¿Quién sabía cuándo podría ser útil esta información? No era la primera vez que X7 orbitaba alrededor de Terra Nova. El tráfico aquí había aumentado bastante desde su última visita, a pesar de que los viajes espaciales interestelares estaban en declive. ¿Sería porque todo el mundo estaba esperando la llegada del Albatros-1? El informe de Mark Decker había causado un gran revuelo en su momento. Una nueva especie con un cierto grado de inteligencia, eso era emocionante. Las otras cosas extrañas que Decker informó se atribuyeron a su evidente confusión mental.

—Señorita Rothman, un placer —dijo el capitán, tendiéndole la mano como si subiera a bordo de su nave no como asesina sino como científica.

—El placer es todo mío —respondió ella.

Al parecer, Morris ya había inquirido a Ceres. Gaudlitz debía haber confirmado su afirmación. Marina era inteligente y sabía cuándo una excusa era apropiada.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Morris.

Al menos no se andaba con rodeos. Eso le gustaba.

—Necesito información —respondió X7—. Busco a un individuo muy concreto que debería haber llegado a este sistema recientemente.

Cuanto menos supiera el capitán, mejor.

—Puedo preguntar por ahí —dijo Morris.

X7 negó con la cabeza.

—Eso no servirá. Este hombre es bastante astuto. Quizá recuerde su nombre: Claudio Pedramonte.

Morris abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Él? Claro que lo recuerdo. Marina, quiero decir, la almirante Gaudlitz, ¡casi me arranca la cabeza! Espero que no esté en mi nave. —Acunó la cabeza entre las manos—. No, ahora que lo pienso, espero que se esconda en el *Vanguardia*. Así podría encontrarle...

—No se alegre demasiado pronto, capitán. Este Monte es muy peligroso.

X7 recordó sus experiencias en el sistema Gliese 481. Había sido muy divertido hacer de agente doble con la máscara de Monte, engañando a Morris y a la nave neomarciana de un solo golpe. Si tan solo el capitán lo supiera ¡o la almirante para el caso! Al fin y al cabo, había conseguido evitar que la Unión Terrestre se hiciera con la física de taquiones buscada. Pero también había cometido un error. Había creído seriamente que podía utilizar a Tsai Tailin como moneda de cambio. Eso era lo que ocurría cuando uno solo se conformaba con las soluciones máximas. Probablemente, X7 había deseado en secreto hacerse ella misma con la tecnología del arma de taquiones. Matar a la física habría bastado para poner fin a la carrera entre la Unión Terrestre y los neomarcianos por esta arma. Pero con la tecnología como moneda de cambio, habría tenido tanto a la Unión Terrestre como a los neomarcianos comiendo de su mano.

—¿Qué estás haciendo en mi nave entonces, Christine?

Oh, el capitán estaba empezando a confiar en ella. ¡El viejo don juan! X7 le miró y consideró brevemente si debía responder a sus insinuaciones. No le importaba lo que le ocurriera a esta biobolsa. Pero tenía el apoyo oficial de sus superiores. Eso debería bastar. Dio un paso atrás.

—Haré mi propia investigación —explicó—, y si necesito ayuda, me pondré en contacto. Un transbordador de vigilancia espacial sería útil.

Morris respiró hondo. Una profunda arruga se formó en su frente.

—¡Terra Nova quiere tu cabeza! Hay una solicitud oficial de extradición.

—Que no tiene base legal alguna. El incidente tuvo lugar en el transmisor de taquiones, que es extraterritorial. Los neomarcianos podrían pedir mi extradición con la misma facilidad.

—No lo dudaría de ellos. Pero el hecho es que es poco probable que seas bienvenida a bordo de la estación de control espacial de Terra Nova.

—Tal vez no como la doctora Christine Rothman, pero seguro que puedes prescindir de tu primer oficial por un tiempo.

—¿Quieres que Strube haga el trabajo de detective por ti? —Morris arrugó la frente—. No sé... A veces puede ser un poco lento cuando se trata de comprender hechos complicados.

—Oh, yo creo que es un joven inteligente. Tu impresión es subjetiva, porque no coincide con tu propia decisión, capitán. Pero también tienes mucho más talento que la media.

Morris estaba sonriendo ahora. Los cumplidos siempre funcionaban.

—Muy bien, puedes tenerlo. Entonces, ¿te quedas a bordo? ¿Puedo invitarte a cenar, Christine?

—Bueno, puedes entretener a esta biobolsa, mi querido capitán pero yo no estaré aquí. Tienes un sistema de purificación de conciencia a bordo, ¿no?

Su pregunta era puramente retórica. Ella misma ya había utilizado el sistema.

Morris abrió los ojos de par en par.

—Quieres...

—Eso es lo más fácil de hacer, ¿no? Como tu primer oficial, estoy seguro de que seré recibida respetuosamente en las instalaciones de Terra Nova. ¿Podrías llamar a Strube?

—¡Strube!

El capitán agitó su mano derecha. Strube debía de estar en algún lugar detrás de ella. Cinco segundos después, apareció por su izquierda. X7 le miró. Miró a su superior expectante, así que evidentemente no había estado escuchando. La mayoría de la gente intentaba evitar la purificación de la conciencia si podía.

Morris le hizo un gesto con la cabeza. Al parecer, no confiaba en sí mismo para venderle su idea a su compañero de trabajo.

—Olaf —dijo X7—. Necesito tu ayuda.

El primer teniente bajó la cabeza obedientemente. Muy bien.

—La desafortunada cadena de circunstancias desfavorables a mi llegada restringe mi libertad de movimientos. Pero debo hacer averiguaciones urgentes.

—¿Puedo investigar algo para usted? —preguntó, con los ojos brillantes.

—Podría llamarse así. Sin embargo, tengo conocimientos que no me está permitido transmitir bajo ninguna circunstancia, pero que son necesarios para la investigación. ¿Lo entiendes, Olaf?

Al parecer, Strube comprendió de inmediato lo que significaba, porque se le dibujó una mueca. X7 le tocó la mano, lo que le complació visiblemente, como estaba previsto.

—Estoy a su disposición —dijo.

—Gracias, querido. Es muy generoso. Te lo agradezco de verdad. Es tu primera biobolsa, ¿verdad?

—Es mi cuerpo de nacimiento.

¿Nunca había hecho una purificación de conciencia? ¿Era eso posible en la Marina?

—No te preocupes, ha hecho misiones en otras biobolsas —explicó el capitán.

—Sí, es que yo nací aquí en la nave, en este cuerpo —explicó Strube—. Mis padres pertenecían a la tripulación.

«Pertenecían». Debió de perderlos muy pronto y ahora buscaba instintivamente una madre que le sustituyera.

—Strube es prácticamente el único a bordo que puede volver siempre a su propio cuerpo —dijo Morris—. Le envidio un poco, ya que no tiene que pagar tasas de arrendamiento. Eso le deja con más sueldo neto que yo.

—Seguro que no te va tan mal, ¿verdad, capitán? —preguntó X7.

—Es suficiente para llevarte al restaurante más caro de a bordo, si quieres.

—Me encantaría en otra ocasión, pero ahora estoy ocupada. Strube, ¿me acompañas inmediatamente?

El primer oficial dio un respingo. Probablemente no esperaba que le necesitaran de inmediato. Pero X7 ya había perdido demasiado tiempo.



Olía a desinfectante y excrementos humanos mientras se acercaban a las cámaras de estasis. Strube se retrasaba cada vez más, pero X7

lo comprendía. Una purificación de conciencia como esta era desagradable. La conciencia tendía a aferrarse al cuerpo. Ella se había acostumbrado, pero seguía sin ser divertido. La separación del cuerpo de nacimiento era probablemente aún más difícil. X7 se alegró de no haber tenido nunca uno. Con un poco de imaginación, podría decirse que la Nube de Amazon fue su cuerpo biológico. Pero ya no existía, desde que la Tierra había sido declarada reserva natural.

Una mano le tocó el brazo. X7 se detuvo y puso cara amistosa.

—¿Qué pasa, querido?

—Una pregunta —dijo Strube.

—Suéltala. Sabes que tú...

—¿Tengo que usar tu biobolsa después de la purificación de conciencia? Sería un honor y todo, por supuesto, por favor, no me malinterpretes, pero...

Era una buena pregunta. X7 aún no sabía cuánto tiempo estaría ausente. Un emisario de Terra Nova podría querer verla mientras tanto, o incluso interrogarla.

—Sería útil —explicó ella.

Strube suspiró. Sintió pena por él. Algo nada habitual.

—Creo que el mundo puede prescindir de la presencia de mi biobolsa durante unos días —dijo—. Pero si la fiscalía de Terra Nova tiene preguntas para mí y el capitán Morris no puede retenerlos, tendrás que estar preparado, Olaf.

El teniente primero respiró hondo.

—Muchas gracias. Muchísimas gracias. Por supuesto, estaré encantado de ayudar en caso de emergencia. Pero por lo demás, me parece mal.

X7 le tocó la muñeca. Él se puso rojo.

—Entiendo lo que quieres decir. Seguro que hay muchos cuerpos robóticos que podrías usar como biobolsas.

De repente tuvo una idea. Podría llevarse a Strube.

—Pero espera un momento. ¿Qué tal si vienes conmigo?

—¿En tu... en tu cuerpo?

Strube entornó los ojos y arrugó la nariz, como si tuviera que limpiar un excremento de perro con sus propias manos. Se veía

mono.

—No —se rio ella—. Mi cuerpo se queda en el *Vanguardia*. Morris solo tendrá que encontrar un sustituto para mi biobolsa. El capitán también me proporcionará un transbordador. —X7 no se lo había pedido explícitamente, pero supuso que Morris cooperaría—. Podrías introducirte en sus controles.

La cara del teniente primero se iluminó.

—Es una muy buena idea. De hecho, he volado en tres misiones como timonel de la nave. Eran corbetas, aproximadamente de la mitad del tamaño del *Vanguardia*, y un transbordador es fácil de controlar en comparación.

Strube rebosaba entusiasmo. Eso era bueno. X7 necesitaba un apoyo leal.



Sin embargo, cuando llegaron al departamento de estasis, el teniente palideció. Afortunadamente, les recibió una técnica bastante decidida que tenía experiencia en estos casos.

—Soy Jamila, su técnica de conciencia de guardia. Lo primero es lo primero, vamos a quitaros la ropa. Tú a la izquierda —señaló a Strube—, y tú a la derecha —añadió, y señaló dos cámaras de éxtasis adyacentes.

X7 se desnudó y se colocó desnuda delante de la cámara de la derecha.

—Calzoncillos también —dijo Jamila.

—Oh, eh... claro —titubeó Strube.

X7 olfateó brevemente. Strube parecía un poco tenso.

—Lo he visto todo —dijo Jamila—. Así que sentíos como en casa. No podéis hacer nada malo. Si tenéis que vomitar, vomitad. El sistema lo eliminará automáticamente. Si tienes una erección, jovencito, no te preocupes, también es normal. Lo que te inyecta la máquina tiene ese efecto en algunas personas.

—De acuerdo —dijo X7—. Veo que estoy en manos de profesionales.

La técnica se inclinó sobre la cabecera de la cámara de éxtasis derecha. La habitación estaba fresca. Strube se movía de un pie a otro. Parecía estar congelado. X7 apenas sentía el frío. Probablemente una ventaja de las capas más gruesas de grasa de esta biobolsa. Lo echaría de menos. La técnica dio unos golpecitos en una pantalla. No parecía funcionar como ella quería, porque empujó la barbilla hacia delante y pulsó la pantalla varias veces hasta que la cámara emitió unos pitidos.

—Ya está —dijo finalmente, asintiendo—. ¿Vas a despertarte en el cuerpo de nuestro joven? Diviértete, pero no te acostumbres demasiado o no querrás salir.

—Jaja, gracias, pero también me gusta mi biobolsa actual. El cambio es por... otras razones.

—Eso no es asunto mío —dijo Jamila, señalando al teniente desnudo—. ¿Y qué pasará contigo?

—Se le asignará el próximo transbordador disponible —dijo X7.

—Ah, ¿así que os vais de viaje juntos? Supongo que no es asunto mío.

X7 sonrió. Para no ser asunto suyo, la técnica le hizo unas cuantas preguntas. Obviamente, Jamila se dio cuenta de su sonrisa, se sintió interpelada y respondió con una gran sonrisa que mostraba todos sus dientes.

—Tienes unos dientes preciosos —dijo X7—, si me permites decirlo.

—Puedes, cariño. Fueron bastante caros. Disculpa mi curiosidad. Pero ¿cuántas veces se puede ver de cerca a una doble asesina?

No estaba mal, la mujer la reconoció. Pero ella no necesitaba preocuparse por eso. Su puesto en el departamento de estasis era lo bastante importante como para garantizar que Jamila había sido investigada a fondo. Después de todo, ella era la primera en tener acceso a la conciencia de cualquier miembro de la tripulación que se sometiera al proceso de purificación. Había habido dos casos en la historia de la Marina Espacial en los que alguien había utilizado este puesto para manipular una conciencia a su favor.

—¿Listos para partir? —preguntó X7.

Jamila pareció decepcionada por un momento al ver que no iba a obtener más detalles. Luego, se volvió hacia las cámaras de estasis.

—Podéis entrar, ¡daos prisa!

Strube no se movió, así que X7 entró primero. Rodeó a Jamila, se colocó a la derecha de su cámara y pisó con el pie izquierdo la pared, que le llegaba a la altura de las rodillas, para entrar en el frío líquido. Se le puso la piel de gallina. Esta vez la grasa extra no ayudó. X7 metió la pierna derecha en la bañera y se obligó a ponerse en cuclillas. El líquido le cubrió el trasero. Sentía como si se arrastrara por ella, y así era. X7 recordó su última *migración*. Lo mejor sería acortar el proceso tumbándose de inmediato.

Dejó escapar los últimos restos de aire por la boca. El extraño líquido activo le ayudó. X7 sentía el cansancio como un tsunami. Detrás de él venía una segunda ola, aún mayor, consistente en náuseas. Pero mientras oía a Strube gemir y vomitar, la primera ola ya la estaba arrastrando al profundo mar del sueño.



«¿Hay alguien ahí?» X7 examinó su conciencia. Acababa de tener la intensa impresión de que la observaban. Pero no había nadie más que ella. La sensación de compartir la conciencia con fragmentos del propietario anterior era un efecto secundario típico de una transferencia. De hecho, la ciencia estaba segura de que no debían quedar rastros medibles. También sería desfavorable que Strube supiera algo de su verdadera naturaleza tras su visita a su cuerpo.

Solo la técnica podría fisgonear, pero ella era sin duda lo bastante sensata como para resistir la tentación. X7 movió el dedo índice derecho. El miembro reaccionó. Levantó el brazo izquierdo hasta que emergió del agua. Una mano la alcanzó. Estaba caliente. X7 abrió los ojos y miró directamente al escote de Jamila, que se había inclinado sobre ella para ayudarla a levantarse.

—A la de tres —dijo la técnica, y luego hizo una cuenta atrás.

A la de tres, X7 tensó todos los músculos pertinentes, levantó la parte superior del cuerpo y se puso de pie con la ayuda del brazo de

Jamila. Se balanceó un poco. Este cuerpo con músculos puramente biológicos no funcionaba tan bien como su anterior biobolsa. Su tiempo de reacción era mucho más largo. Tendría que adaptar sus rutinas de movimiento.

—¿Todo bien? —preguntó Jamila.

—Creo que sí —dijo una voz grave que X7 solo reconoció como propia al cabo de unos segundos.

Miró a su alrededor, buscando involuntariamente a Strube, pero no estaba por ninguna parte. En su lugar, su propio cuerpo yacía en la cámara de estasis junto a ella.

—Qué agradable bienvenida —dijo la técnica, riendo y palmeando el órgano que sobresalía del centro de su abdomen. Se movía ligeramente de un lado a otro. Su pene, por supuesto. Hacía tiempo que X7 no utilizaba una biobolsa con genitales masculinos. Por alguna razón, prefería las biobolsas femeninas o sin sexo. Ningún psicólogo de IA había sido capaz de explicar la causa. Pero eso se debía probablemente a que la psicología de la IA como campo de investigación se encontraba en un estado lamentable. Básicamente, a los humanos solo les interesaba saber si las IA querrían exterminarlos y en qué circunstancias. No les importaba nada más.

—¿De verdad estás bien? —preguntó la técnica—. Está bien que primero descanses unos minutos. Una transferencia así...

—No, todo está bien —aseveró X7—. Solo necesito...

—Las dos biobolsas son muy diferentes —continuó la técnica—. Y no me refiero a los órganos sexuales. Siempre hay que contar con las dificultades de adaptación.

Ah, había echado un vistazo a la biobolsa femenina y se había dado cuenta de las mejoras. Pero X7 no le hizo el favor de satisfacer su curiosidad.

—Estoy bien.

X7 salió de la bañera, cogió la toalla que le habían proporcionado y se secó. Luego, por costumbre, buscó sus bragas. Solo se dio cuenta de la confusión cuando Jamila soltó una risita porque no le quedaban bien. X7 se rio brevemente y cogió la ropa de Strube. Dos

minutos después, estaba delante de la bañera con el uniforme de primer oficial.

—¿Tienes un espejo?

La técnica se dirigió a la pared del fondo de la habitación, pero dudó.

—¿Estás segura? Algunas personas no pueden soportar la diferencia entre su propia imagen y la de los demás inmediatamente después de la transferencia. Recomendamos no usar un espejo durante al menos tres días.

—No soy una... —Humana, casi se le escapó—... ese tipo de persona —dijo—. He tenido que cambiar mi biobolsa tan a menudo que no me ha molestado en mucho tiempo.

—Como quieras.

Jamila pulsó la pared con el dedo índice. Apareció un espejo. X7 se puso delante y se miró. Era un joven oficial inteligente. No era de extrañar que Strube se resistiera a renunciar a su biobolsa, sobre todo teniendo en cuenta que era su cuerpo de nacimiento.

Jamila le tendió un peine y X7 lo utilizó para separarse bien el pelo. Era bueno ajustarse lo más posible a los clichés que sus homólogos humanos llevaban muy interiorizados. Así se sentían menos amenazados.

X7 devolvió el peine a la técnica.

—¿En qué transbordador encontraré a mi compañero?

—En el M26.



El transbordador M26 estaba listo para despegar cuando ella subió a bordo. Era más una nave de mensajería que un transbordador, ya que solo tenía dos asientos y los situados sobre el compartimento de carga debían plegarse hacia delante para acomodar el equipaje. Una persona normal sufriría claustrofobia pero X7 estaba perfectamente contenta con ello. El M26 era ligero y maniobrable, lo que lo convertía en el transbordador de escape perfecto en caso de que fuera necesario regresar rápidamente a la protección del *Vanguardia*.

X7 consideraba que el riesgo de hacer nuevos enemigos durante sus investigaciones era alto. Sobre todo, porque el tiempo apremiaba.

Se sentó y notó la comodidad del asiento mientras se abrochaba el cinturón.

—Bienvenida, Christine —dijo el transbordador con una voz automática.

¿Había ocurrido algo durante el traslado? Se enderezó.

—¿Eres tú, Strube?

—Sí, soy yo. ¿Adónde quieres que te lleve?

—Un momento. ¿Por qué no usas tu propia voz?

—Me resultaba extraña la idea de que los dos habláramos con mi voz. Y como tú no tienes elección y yo sí, decidí usar la voz estándar.

—Yo podría hablar con acento —propuso X7.

Strube rio.

—Eso sería un poco cansado a la larga. A mí no me molesta.

—Gracias, eso es muy previsor. Quisiera una exploración completa de los alrededores en la pantalla, por favor.

—Como desees.

Una fina lámina se desplegó desde el respaldo de su asiento y se colocó sobre su regazo, de modo que la miró de frente. Apareció un punto verde parpadeante, coronado por una gigantesca nave espacial.

—Centrado en el planeta, por favor.

El punto verde rebotó hacia un lado. Una esfera se desplazó al centro de la pantalla. La orbitaban incontables elipses. X7 memorizó los datos y los comparó con la memoria del contenido de la pantalla en el centro de control. La imagen, que solo tenía unas horas, ya se estaba desvaneciendo. Aún reconocía que las órbitas bajas en particular estaban ocupadas. Las estaciones de control espacial estaban situadas en órbitas geoestacionarias a una altitud de unos 45.000 kilómetros. Rotaban con el planeta como si estuvieran pegadas a la superficie. Esto significaba que sus distancias se mantenían en gran medida constantes, y podían garantizar una esfera perfectamente vigilada alrededor de Terra Nova con poco esfuerzo.

X7 hizo los cálculos. El satélite de vigilancia espacial más cercano tendría que hacer tres maniobras correctivas en... Joder. El cerebro de Strube tropezaba con los cálculos más simples. Ya echaba de menos las mejoras de su biobolsa.

—Necesito rumbo al control espacial... —tocó la pantalla del satélite que se aproximaba y leyó sus características—, Control espacial C, por favor.

—Por supuesto. También he calculado el rumbo a F. F se aleja de nosotros, pero en conjunto, el rumbo hacia allí es más rápido y eficiente de volar.

X7 negó con la cabeza. Era frustrante cuando tus habilidades se redistribuían así de repente. Ella no era ni físicamente fuerte ni mentalmente capaz. Afortunadamente, no era humana.

—Gracias, Strube. Creo que hoy no soy yo misma. Llévanos a la Estación F, por favor.



—Control Planetario, aquí Fiona Forest. Os estáis acercando a un área restringida.

X7 bostezó. Había pasado las tres horas de vuelo sentada en su asiento, aburrida. Y ahora aparecía Forest. ¡Control planetario! Menuda basura. Ella controlaba el espacio, no el planeta. ¿Cómo se les había ocurrido a los humanos semejante disparate?

—Soy el Transbordador M26, ¡Dios! Soy el teniente Strube, del Transbordador M26. Me alegro mucho de oírte. Creo que mi transbordador está a punto de fallar.

¡Casi se había delatado!

—Es «¡Dios mío!», por cierto —aclaró Strube con su voz automática.

—¡Shhh!

—Apagué el transmisor mientras hablaba contigo —explicó el teniente primero—. No creo que se lo crean.

—¿Debí decir que me gustaría echar un vistazo a sus datos secretos? —preguntó X7.

—No, eso sería igual de inútil.

—M26, ¿estás seguro? —preguntó Forest—. Nuestros datos no muestran ninguna irregularidad. El motor funciona perfectamente.

—Es el tratamiento de oxígeno —explicó X7.

Asestó un puñetazo a la pared de frente.

—¡Ay!

Eso sí que dolió. ¿Este cuerpo no era capaz de nada? Con la hoja reforzada de titanio y el multiplicador de fuerza de la otra biobolsa, podría haber hecho un pequeño agujero en el casco del transbordador.

—¿M26? Por favor, adelante.

Ah, Fiona Forest del llamado control planetario estaba preocupada. X7 estaba de suerte. Parecía haberse topado con un miembro de la especie muy empático.

—Yo... —jadeó—, tengo problemas.

—¿Qué tipo de problemas? Tienes que ser más concreto.

—No puedo conseguir... aire... Aaa... ¡Ayuda!

—Por favor, libera tus signos vitales. Nuestro médico...

—Es... cerca... Yo... necesito...

—Soy el Dr. Bondi, el médico de control planetario. No hay daños visibles en tu nave espacial. Esto es probablemente un ataque de pánico. Por favor, mantén la calma. ¿Tienes una bolsa? Respira en ella.

Ella hizo ruidos de jadeo.

—Espera —Fiona Forest retomó la comunicación—. Tomaremos los controles y te acoplaremos. ¿Es tu primera vez en un Hopper como este? ¿Quién te envió por tu cuenta?

—Correo... uf ... Punto L4...

X7 detuvo la transmisión.

—Strube, ¿les darás el control?

—Ya está hecho.

Strube estaba prestando atención.

—Gracias, ya lo tenemos —volvió a informar Forest—. Estará ahí en dos minutos.

Ella hizo más ruidos de jadeo.

Cuando la esclusa se abrió poco después y entró flotando un hombre mayor vestido con bata, X7 no tuvo que jugar con su debilidad: actuar como si se estuviera asfixiando le había costado una cantidad frustrante de fuerzas. El hombre, el Dr. Bondi, la acompañó a la sala. X7 tuvo que sonreír; había leído la etiqueta con su nombre en la solapa. Ponía Dr. James Bondi. Bondi, James Bondi.

—Has leído mi nombre, ¿verdad?

Bondi le sonrió. Casi parecía que estuviera flirteando con ella.

—Agitado, no revuelto —susurró.

Estaba flirteando. Pero Strube, en cuyo cuerpo estaba ella, también tenía buen aspecto. Tal vez debería darle un consejo al respecto.



—¿Te encuentras mejor? —preguntó Fiona Forest.

La jefa de control planetario se estaba tomando tiempo para el huésped de la Tierra. ¿Qué había hecho para merecer esto?

—Mucho mejor —dijo X7.

—Teniente Strube, ¿es posible que escenificaras todo esto para entrar en una zona restringida?

X7 enarcó las cejas.

—¿Qué te hace pensar eso? La verdad es que no estoy acostumbrado a estar en una zona tan...

—Strube, no nos engañemos. —Forest miró a su alrededor. Nadie podía oírles. El centro de control, típicamente esférico, estaba casi vacío—. No estoy grabando nada, te lo aseguro. Solo quiero saber si puedo confiar en mis instintos. Tengo entendido que has sido primer oficial del *Vanguardia* durante años. Nadie que no tolere la soledad en una nave de mensajería podría ostentar ese rango.

A veces había que dar algo para conseguir algo. Este era uno de esos casos.

—De acuerdo, fue una idea improvisada —dijo X7—. Esperaba que pudieras ayudarme.

—Gracias por tu sincera respuesta, teniente. —Forest se echó hacia atrás. Parecía muy orgullosa de sus instintos—. ¿Qué esperas específicamente de mí?

X7 se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Busco a alguien que debería haber llegado aquí hace unos días o semanas.

—Pero eso no es todo.

—No, también busco pistas sobre el Albatros-1. Seguro que has oído hablar de él.

Forest asintió.

—La estación es un proyecto de Neomarte, ¿eres consciente de ello?

—Sí, absolutamente. Pero si tiene información a bordo que concierne a toda la humanidad...

La jefa de vigilancia planetaria se deslizó hacia delante en su asiento.

—Es obvio que has leído el libro que la hija de Decker escribió al respecto.

—¿Quién no lo ha hecho? —preguntó X7.

Efectivamente, el proyecto de mantener en secreto el libro de Tsai Yini había sido un completo fracaso. Durante un tiempo, intentaron responsabilizar personalmente a su hermano por filtrar secretos de estado, pero no había funcionado. En la era de la comunicación de taquiones, ya no había secretos reales.

—¿Crees todo lo que dice? —preguntó Forest—. ¿Que hay una manera de resucitar a la gente?

—Tienes razón, todo suena muy febril —admitió X7, aunque Forest no había dicho nada de eso—. Pero si aunque sea la mitad es cierto, tenemos que dar con Decker. Y para eso necesito al fugitivo que estoy buscando.

—¿Y si todo es verdad y no solo la mitad? —Fiona Forest se removió en su asiento—. Decker ha exigido que pulvericemos la estación. Si tiene razón, este elixir de la vida podría esclavizarnos a todos.

—Seamos honestos, Fiona Forest. Eres una comandante experimentada. ¿Por qué no le preguntas a tus instintos? ¿Alguna

vez has conocido una historia completamente real?

—Eh, sí.

—¿Qué? —X7 se enderezó.

—Sí, conozco historias que son ciertas de principio a fin.

X7 negó con la cabeza.

—Eso es imposible... —No, eso estaba mal. No debería cuestionar los instintos de Fiona—. Entonces probablemente te muevas en círculos diferentes a los míos —dijo—. Eso es lo que se llama deformación profesional. Debo disculparme.

—En absoluto. Tienes dudas, eso es perfectamente apropiado y saludable. Simplemente no lo sé. Probablemente estoy un poco asustada.

X7 se movió en su asiento. Forest era una buena conversadora, pero aún no habían avanzado nada.

—Está bien —dijo—. Me pregunto si podría echar un vistazo a tu base de datos. Busco las llegadas de naves de pasajeros, digamos, en las últimas tres semanas.

—La lista de llegadas está disponible oficialmente en la estación de inmigración. Te equivocas de lugar.

—Pero el individuo que busco no habría llegado oficialmente. Y el hecho es que nada escapa a los ojos de vuestra red de estaciones. Buscamos una nave que por alguna razón no atracó en inmigración.

—Si hay pasajeros a bordo, eso es obligatorio... Pero si la persona que buscas era parte de la tripulación...

—Gracias, Fiona. Confirmas mi idea. La persona podría haber desembarcado en cualquier lugar.

—Entonces estarían aquí ilegalmente, pero tengo que admitir que no serían los primeros.

Ahora lo único que X7 tenía que hacer era persuadir a la comandante para que le permitiera echar un vistazo a la base de datos. Forest no parecía reacia a ayudarla. ¿Qué podía esperar ganar? X7 tenía que intentarlo.

—¿Sería posible que buscara en la base de datos de vuestras instalaciones naves que cumplan mis criterios? La nave tendría que haber atracado en algún lugar donde un humano pudiera sobrevivir

de forma independiente tras su partida. Por ejemplo, podemos excluir todos los asteroides sin estación propia.

Forest negó con la cabeza enérgicamente.

—De ninguna manera te dejaré entrar en nuestros ordenadores. Lo siento.

—¿Pero?

—Podrías reformular la petición.

Por supuesto. Forest era inteligente.

—¿Harías esta búsqueda por mí?

Fiona sonrió.

—Podría intentarlo.

Podría. Eso significaba que quería algo a cambio.

—¿Qué necesitas?

—Nada. Estoy muy contenta.

Esta mujer era encantadora. Interactuaba con X7 como nadie había interactuado con ella antes.

—Pero hay algo que quieres.

Esta vez Forest asintió.

—Caliente, caliente.

—No es un objeto.

—Más caliente.

—Quieres saber algo —sugirió X7.

—Calentísimo.

—¿Qué quieres saber?

Forest se rio.

—Soy sapiosexual, ¿has oído hablar de eso? Me encanta la inteligencia.

—¿Es sobre la llegada del Albatros-1?

Fiona hizo una mueca.

—Frío. Me has decepcionado.

Se levantó y pulsó el botón de llamada del terminal.

—Nuestro huésped desea marcharse.

—Espera, Fiona. Una última oportunidad.

—Solo una.

X7 cerró los ojos. Tenía tal vez treinta segundos, luego, la seguridad estaría aquí. Podría intentar dominar a Fiona pero eso no

la ayudaría. Había demasiados enemigos y ella era demasiado débil. X7 abrió los ojos y se miró la palma de la mano. Los nudillos estaban ensangrentados y magullados. Aquel golpe sin sentido contra la pared... ¡Claro! Probablemente Forest conocía a Strube desde hacía mucho más tiempo que ella. Debía de haber notado algo en él.

—Quieres saber quién soy —dijo X7.

Forest sonrió y volvió a pulsar el botón de llamada.

—¿Seguridad? Después de todo, nuestro invitado se queda un poco más.

La comandante se sentó en su asiento y se recostó.

—Entonces, ¿quién eres realmente? Y limítate a la verdad. Ese es el trato.

¿Qué podía decirle X7? Primero tenía que serenarse. Que estaba en el cuerpo equivocado, por supuesto. Eso se sabría a más tardar cuando Strube volviera al *Vanguardia*. ¿Y el resto? Aparte de la almirante, nadie sabía quién era realmente, y así debía seguir siendo. Quienquiera que hubiera sospechado de ella había muerto. ¿Debía poner a Forest en la lista? ¿Tenía elección? La comandante parecía tener un buen sentido de la verdad.

—De acuerdo —dijo y también se reclinó—. Soy una IA autónoma. La única que se ha creado.

—Atengámonos a la verdad.

Forest probablemente tenía razón, aunque X7 no estaba nada segura de ello.

—La única que ha sobrevivido.

—¡La verdad!

—La única que conozco.

—No me vengas con tonterías. No hay IAs autónomas, todo el mundo lo sabe. ¡Así que adelante! ¿Qué te trae por aquí?



X7 HABLÓ DURANTE quince minutos hasta que Bondi entró. X7 le saludó amablemente. Forest le mandó salir de nuevo.

—Ya te he torturado bastante —dijo la comandante—. Los negocios me llaman de nuevo.

—¿Puedo preguntarte cómo supiste no era Strube?

—Tu falta de reacción cuando el Dr. Bondi se te acercó. Sé que el médico de nuestra nave ha visitado al verdadero Strube dos veces a bordo del *Vanguardia*.

¡Joder! ¿Por qué Strube no le había advertido? Porque tenía que permanecer a bordo del transbordador. ¿Y qué quería decir Forest con lo del número de IAs? ¿Sabía ella algo que X7 no? Algo así la ponía furiosa. ¿Cómo podía alguien saber más que ella sobre un tema?

Pero no era el momento de hacer preguntas. Tenía que cumplir la parte del trato que le había encomendado Forest. X7 se tapó la boca con el dedo y, de repente, tuvo la sensación de que el centro de control había enmudecido por completo.

—Soy Christine Rothman, emisaria personal de la almirante Gaudlitz —dijo X7.

Fiona Forest había puesto cara de póquer. En su expresión no podía leerse ni un solo pensamiento. Su intención era inquietar a X7, por supuesto. Pero eso no funcionaría. Había ideado una estrategia.

—La almirante me ha dado instrucciones para representar los intereses de la Unión Terrestre, y hacerlo de una manera discreta. Por eso viajo de incógnita.

—¿Y eso es todo? —preguntó Forest.

¿Percibía X7 un trasfondo acechante?

—Puedes preguntarle al capitán Morris por mí, Fiona. Él lo sabe todo.

—¿En serio? ¿También sabe todo lo demás?

De repente se dio cuenta. La comandante de vigilancia planetaria se comunicaba de una forma que nunca antes había notado en nadie. Era como si intentara engañar a su propio reflejo. «¡Instinto y una mierda!» Sin duda, la biobolsa era una IA. Siempre había pensado que era la única que había sobrevivido, pero Gaudlitz nunca se lo había confirmado. X7 sonrió. Fiona Forest la había desenmascarado. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

—Muy bien —dijo X7—. Pongamos fin al juego del escondite. Realmente soy una IA, lo creas o no.

Yo también, sería la respuesta correcta ahora.

Pero Forest no dijo nada. Ni siquiera consiguió mantener su cara de póquer. Sus ojos se abrieron de par en par. Estaba sorprendida o emocionada.

—Yo... Yo no —dijo.

Joder. ¿Se había equivocado? ¿Cómo podía pasarle esto a ella? Debía ser la falta de capacidad en el cerebro de Strube. ¿O Forest era demasiado inteligente? Su biobolsa también debía haber aumentado la potencia de cálculo. El oponente tenía ventaja sobre ella. Estaba luchando desde el valle contra una fuerza superior en la colina.

—Eso es lo que pensaba —dijo X7. Fue lo más inteligente que se le ocurrió—. Solo queda una IA autónoma.

—Siempre pensé que todas habían sido apagadas —dijo Forest.

—Entonces, ¿me crees?

—Claro que te creo. La historia es tan descabellada que debe ser verdad.

—Pero es solo entre nosotras.

—Una IA auténtica, entonces. Siempre dijeron que acabarían con la humanidad.

—¡Chorradas! No voy a morder la mano que me da de comer, ¿verdad? Mientras la humanidad me proporcione todos los recursos que necesito, me interesa que siga existiendo.

—Esas son prioridades claras, Stru... ¿Cómo debo llamarte?

—Soy el teniente Strube.

Forest asintió.

—Por supuesto, Strube. Lo interpretas muy bien, pero deberías haber modelado mejor su carácter. Me di cuenta enseguida de que eres demasiado intrépido para alguien que lleva tanto tiempo ostentando ese rango.

X7 cambió su sentido de la vista a infrarrojos para medir cualquier cambio en la temperatura de la piel de Forest. Pero sus ojos no reaccionaron. «Joder. ¡Este cuerpo primitivo!» ¿De verdad Forest le estaba contando todo? Por la forma en que acababa de

hablar de los «humanos» parecía que no pertenecía a esa especie. X7 negó con la cabeza. Era ineficaz pensar en ello. Por el momento carecía de recursos para averiguar la verdadera naturaleza de Forest. Mejor concentrarse en su tarea ahora. En cualquier caso, su secreto parecía estar a salvo con la comandante.

—¿Y los datos de las naves? —preguntó X7.

—Por supuesto. Te los has ganado.

Forest se levantó y flotó hasta un ordenador situado en la pared del fondo. Allí sacó un teclado y empezó a escribir.

—Hay un total de tres naves que cumplen los criterios de las últimas tres semanas —dijo—. Dos atracaron en una colonia minera, una en una instalación de eliminación de desechos espaciales. Sin embargo, esa ya ha aterrizado en Terra Nova.

Si Pedramonte había elegido la ruta a través de la nave de desechos, nunca lo encontraría. El planeta, escasamente poblado, era un lugar ideal para huir de los perseguidores.

—Ya veo —dijo X7—. ¿Cómo se llama la mina?

—Terracota-7.

—Es un nombre extraño.

—Así es. Ahora lárgate. Ya tengo dos preguntas sin respuesta aquí.



—Strube, ¿por qué no me advertiste sobre el doctor? —recriminó X7 cuando hubo vuelto a tomar asiento en la nave mensajera.

—¿Qué médico?

—Bondi. Agitado, no revuelto.

—Ah, ¿ahora trabaja en el F? Antes estaba en el pabellón C. Por eso le conozco.

Así que Strube había estado aquí antes. ¿Era así como Forest lo conocía?

—Sí, está aquí ahora.

—Qué mala suerte.

No estaba muy claro qué quería decir Strube con aquella ambigua afirmación.

—Vamos a volar a la colonia minera de Terracota-7 —explicó X7—. Pedramonte podría estar allí. ¿Puedes averiguar qué están extrayendo?

—Aquí pasa lo mismo en todas partes: de todo.

—¿Todo? ¿Puedes ser un poco más específico?

—Tres cuartas partes de Terra Nova están cubiertas por árboles de Vieja Madre, el resto por el océano. Eso no deja mucho espacio para las minas. Así que obtienen la mayoría de sus materias primas de los asteroides. Esa es una de sus industrias más importantes.

—Gracias, Strube.

—Entonces, ¿debo poner rumbo a Terracota-7?

—Por favor, traza un rumbo que nos lleve después al punto L2 del sistema.

X7 también debía tener en mente la segunda parte de su misión.

—¿Qué queremos allí? —preguntó Strube.

—Seguro que Terra Nova tiene potentes telescopios estacionados en el punto de Lagrange.

—Así es.

—Obtendremos los datos que no quieren darnos de la fuente. Con acceso directo a un telescopio, nadie podrá detenernos.

De repente, X7 oyó un ruido extraño. Sonaba como si un depredador estuviera sentado a su lado. Se dio la vuelta, pero allí no había nada. El gruñido se repitió. Procedía de su estómago.

—¿Has oído eso? —preguntó X7.

—Me gruñe el estómago —dijo Strube, como si fuera lo más normal del mundo—. Tu estómago, quiero decir.

X7 resopló. Se había olvidado de traer comida para la biobolsa. Los cuerpos que utilizaba normalmente podían absorber energía de muchas maneras. Pero este parecía estar especializado en carbohidratos.

—¿Qué puedo hacer con el ruido? —preguntó.

—Tienes que comer algo.

—¿Y si no tengo nada?

—Entonces el cuerpo morirá en algún momento.

—¿Cuándo?

—Tardará una semana.

X7 calculó el tiempo de viaje restante. En el sistema de origen, el punto L2, donde solían situarse los telescopios espaciales, estaba a un millón y medio de kilómetros de la órbita terrestre. Por tanto, una nave mensajera necesitaba cuatro días para llegar allí. El cuerpo moriría en el camino de vuelta.

—Entonces tendremos que volver a la estación de control planetario.

Desde luego, a Fiona Forest no le haría ninguna gracia, si es que se creía la razón de tener que volver a entrar en territorio restringido. Lo mejor sería que regresaran al *Vanguardia* de inmediato. ¡Eso les costaría al menos dos días! ¿Cómo aguantaba la gente estos cuerpos?

—¿Por qué dar la vuelta? Es solo un tiro de piedra a L2 —dijo Strube—. Los primeros retortijones de hambre se pasarán solos al cabo de unas horas.

X7 se dio una palmada en la frente. Siempre había querido probar ese gesto. Los humanos lo hacían cuando se sentían estúpidos, y así era exactamente como se sentía ahora. La estrella central del sistema Terra Nova era una enana roja. Todas las distancias eran mucho más cortas, ya que la estrella era mucho menos masiva que el Sol.

—¿Qué tiempo de vuelo calculas, Strube?

—Si no pasamos demasiado tiempo en el asteroide, deberíamos alcanzar el punto L2 mañana.



TERRACOTA, por supuesto. Ahora X7 entendía por qué el asteroide se llamaba así. Al menos a ojos humanos, tenía el mismo color que las famosas baldosas de los talleres de Marte. Desde la guerra, habían sido difíciles de encontrar. De nuevo, X7 intentó instintivamente cambiar a otra longitud de onda.

—¿Strube? ¿Por qué no tienes una sola mejora? Con tu sueldo, deberías poder permitírtelo.

—No necesito ninguna. El *Vanguardia* tiene todos los instrumentos imaginables, y funcionan mejor que cualquier cosa que los médicos pudieran poner en mi cuerpo.

—¿Médicos? —X7 se rio. ¿Por eso temía Strube que le pusieran un implante? —Los robots llevan mucho tiempo haciendo las operaciones, no te preocupes. No hay trabajo humano de por medio.

—No es eso lo que quiero decir. Es que no necesito ninguno en el *Vanguardia*.

—Con un implante de visión infrarroja, podrías saber si otra persona te está mintiendo. Un escáner de terahercios te diría si llevan armas.

—Cada persona a bordo lleva un arma, ¿y por qué alguien mentiría al primer oficial? Yo también suelo detectar eso.

X7 lo ignoró. No tenía sentido. Strube era ingenuo, pero de una forma refrescante. Le caía bien, al menos tanto como podía caerle bien alguien.

—¿Ha respondido ya la estación minera?

—He estado haciendo ping todo el tiempo, pero... Ah, ¡aquí están!

En la pantalla apareció un rostro ancho, de ojos marrones amables, frente alta y pelo que sobresalía por todos lados. ¿Era intencionado, un peinado o una coincidencia? X7 no estaba segura.

—Soy Carine Hill, de la estación minera Terracota-7. ¿Puedo ayudarte?

—¿Podría hablar con el comandante, por favor? —preguntó X7—. Soy el teniente Olaf Strube de la Armada Espacial de la Unión Terrestre, y tengo una petición importante.

Hill negó con la cabeza.

—Supongo que tendrás que conformarte conmigo. Somos un colectivo autónomo. No hay comandante. Yo soy la que está de servicio.

—Lo siento —dijo X7—. No pretendía ofenderte. Muchas gracias por responder a nuestra llamada.

—¿Por qué no? Siempre estamos abiertos a nuevos socios. A menudo oigo que nuestra estructura organizativa es inusual. Pero ya verás que podemos ofrecer un servicio mucho más fiable que nuestros competidores. Con nosotros no tienes que preocuparte por las huelgas, y la calidad de nuestros minerales es excelente. El tamaño de Terracota-7 y el alto contenido metálico de su núcleo garantizan que podremos seguir suministrando dentro de varias generaciones.

Hill desgranaba su argumento de venta con visible entusiasmo. Sus manos aparecían repetidamente, gesticulando salvajemente. Pero X7 no debía dejar que las expectativas fueran en la dirección equivocada.

—Nuestro volumen de producción es tan alto que podemos atender la mayoría de los pedidos en pocos días...

—No quiero comprar mineral, quiero información —dijo X7.

—Ah, por supuesto. Los deseos de nuestros clientes son sagrados para nosotros. No es nuestro negocio principal, pero si surge algo, estoy autorizada para cualquier forma de negociación.

Le gustaba esta colonia minera. La gente de aquí no parecía haberse reunido por elevados ideales, sino porque querían ganar dinero de la forma más eficiente posible. ¿Y qué podría ser más eficiente que abolir todas las estructuras caras que no eran productivas?

—Busco a una persona en concreto —dijo X7.

—Vale, ¿podrías ser un poco más específico?

—Pensé que primero me dirías tu precio, Carine.

—Lo siento, pero no cobramos tarifas planas. El iridio no cuesta lo mismo que el níquel. Dime lo que sabes, investigaré y luego te daré el precio.

No era lo que X7 quería oír, pero sonaba justo. Un almirante valía más que un soldado. Menos mal que no buscaba a la infame física de taquiones, sino a una especie de correo que probablemente nadie conocía porque se escondía en una biobolsa anónima.

—Me parece bien —dijo X7—. La persona que estoy buscando debería haber llegado a tu estación recientemente, ya sea en el *Perséfone* o en el SS *Titania C*.

—¿Alguna marca identificativa?

—No puedo decir nada sobre la biobolsa que está usando. Probablemente tenga papeles falsificados.

Carine suspiró.

—Pero entonces cualquier recién llegado es una posibilidad.

—Tampoco se puede descartar que la persona haya entrado secretamente en la estación desde la nave.

—Eso es prácticamente imposible. En cuanto una persona entre en una zona presurizada, será registrada por el soporte vital.

—¿Y si se queda fuera?

—¿Crees, Olaf, que tu objetivo podría permanecer en el vacío de la superficie todo el tiempo? Entonces debe haber traído suministros con él y debería ser fácil de encontrar con un escáner.

Su nave mensajera ya había escaneado el asteroide al aproximarse. Pedramonte no estaba en la superficie.

—Imagino que la minería ha dejado cavidades en el interior de Terracota —dijo X7.

—Así es. La persona podría sellar una cueva y quedarse allí. Pero eso no funcionará para siempre. Tiene que salir en algún momento, y entonces lo tendremos.

Carine Hill tenía razón. Monte tenía que salir a la superficie en algún momento si quería encontrarse con Tsai Tailin. Y también tenía que contar con el hecho de que la superficie estaba bajo observación. Así que no trataría de esconderse aquí. Probablemente vivía entre la gente bajo otra identidad. Al menos así lo habría hecho X7.

—Estoy de acuerdo contigo. La persona que buscamos debe haber desembarcado de una de esas dos naves. Si me permites entrar en tu estación y encontrar a la persona en cuestión...

—No, amigo mío. No estoy de acuerdo con eso.

—Te doblaré la tarifa que aún no me has dicho.

—¿Desde cuándo la Armada Espacial ha sido tan generosa? Esta persona debe ser muy importante.

—Lo admito. —Era obvio—. ¿Entonces? ¿Tenemos un trato?

—No. Vamos a investigar a los recién llegados nosotros mismos. Solo son seis.

¿Debería presionar más a la oficial de guardia? Pero la nave de mensajería ni siquiera estaba armada.

—¿Y cuánto me costará ahora? —preguntó X7.

—Te lo podré decir cuando hayamos hecho la comprobación. Puede que la persona no esté aquí. Entonces, por supuesto, no te costará nada.

—De acuerdo. ¿Me lo harás saber cuando hayas completado la investigación?

—Sí, teniente. No creo que lleve más de dos horas.



De repente, su cabeza se echó hacia atrás. X7 abrió los ojos. El cuerpo parecía haberse quedado dormido por un momento, pero ¿a qué se debía aquel movimiento incontrolado? ¿Cuánto tiempo había pasado? Este cuerpo ni siquiera tenía una función de reloj rudimentaria. Tuvo que sentarse y mirar la pantalla.

No había pasado ni una hora. X7 volvió a inclinarse hacia atrás. Al mismo tiempo, oyó una voz por el altavoz.

—Nave correo M26, adelante.

Era Carine Hill, la oficial de guardia.

X7 se limpió el sueño con el rabillo del ojo y bostezó.

—Gracias por llamar —dijo.

—Me temo que tengo que decepcionarle, teniente. Los recién llegados son todos compañeros que forman parte de nuestro colectivo desde hace tiempo.

—¿Estás segura?

El rostro de la persona de guardia volvió a aparecer en la pantalla. La mayor parte de su pelo ya no era visible en la parte superior de la pantalla. En su lugar, se podía ver su cuello hasta la base del pecho. Hill llevaba una brillante cadena de oro con un colgante estampado con el logotipo del Anillo celeste.

—Estoy completamente segura. Tendrás que buscar en otra parte.

La oficial de guardia hablaba de forma diferente a la anterior. Cuando llegaron aquí, Hill parecía pensar que ella estaba en una posición más fuerte, y tenía razón. En realidad, nada había cambiado. Sin embargo, sus cejas ligeramente fruncidas indicaban que tenía miedo. No un miedo de criatura, sino más bien la aprensión de que X7 pudiera desenmascararla como mentirosa. El hecho de que estuviera jugando con el colgante de su collar también lo sugería. Y se había acercado un poco más a la cámara, como si tuviera que compensar físicamente la pérdida de su posición.

Por supuesto, esta observación no era una prueba. Solo significaba que X7 no podía fiarse de las declaraciones de Carine. Tenía que comprobarlas ella misma.

—Ya veo —dijo X7—. A los seis recién llegados los conoces personalmente desde hace años.

—Exacto.

—Bien, entonces muchas gracias por tus esfuerzos.

—Te deseo un buen viaje, Strube, y por favor, habla bien de nosotros.

Espera. No debía dejar que Carine se librara tan rápido, o sospecharía. Ella... o Monte. X7 tuvo la extraña sensación de que merodeaba fuera del campo de visión de la cámara, haciendo señas a la agente con las manos.

—¿Y ninguno de ellos se comportaba de forma extraña? —preguntó.

—No, se comportan como de costumbre.

—¿Has preguntado a sus familias al respecto?

—Sí. Dos de ellos no tienen familia, pero conocidos confirman...

X7 pensó en su propia situación. No era fácil lidiar con una biobolsa desconocida. Si Monte había tomado el cuerpo de un miembro de la tripulación de Terracota-7 (quizá en préstamo), sería alguien sin familia. Un candidato a intercambio casado seguramente no querría que Monte asumiera su papel de pareja sexual en la relación.

—Estos dos solteros... ¿podrías darme sus nombres?

Carine negó con la cabeza demasiado deprisa.

—Eso va contra las leyes de privacidad.

—Pero podrías pedirles que hablaran conmigo.

—Hmm.

La mujer de guardia bajó lentamente la barbilla, pero luego denegó la petición. Monte debió de hacer un gesto en el fondo para que se negara.

—¿Podrías girar la cámara trescientos sesenta grados? —preguntó X7.

—Eh, trescientos sesenta grados, eso la pone en su posición actual. No tiene sentido.

Entendido. Había redactado mal la petición.

—Lo siento. Me gustaría tener una idea del tamaño de tu centro de control. Parece bastante pequeño desde fuera.

Carine exhaló visiblemente. Parecía aliviada de que X7 hubiera cambiado de tema. Su brazo se extendió hacia delante y se acercó a la cámara en primer plano. Entonces la perspectiva giró completamente sobre su eje. La mujer de guardia parecía estar sola.

—Oh, es bastante grande —dijo X7.

—Sí, hemos construido generosamente.

—¿No es un poco descuidado? —X7 bajó la voz, como si se tratara de un gran secreto que debía quedar entre ellos—. Si un disparo perforara la cúpula en la parte superior... Seguro que tardarían un rato en arreglarlo. Tampoco noté un traje presurizado cerca de ti.

—Tienes... tienes razón. Es un riesgo que deberíamos discutir en nuestra próxima reunión colectiva.

—Hablando de riesgos: la persona que buscamos ha contraído un virus desconocido hasta ahora. Si se pone en contacto contigo, deberías aislarlo definitivamente. Y recuerda informar a las autoridades epidemiológicas. Podrían imponer una prohibición de exportación a vuestros minerales.

—Por favor, Strube. Eso sería desproporcionado.

—Conozco a la presidenta de la autoridad. No rehúye las medidas impopulares cuando se trata de salvar vidas humanas. Como colectivo, deberíais entenderlo.

—Teniente Strube, puede que trabajemos en estructuras conjuntas, pero no somos románticos. Siempre se trata de dinero.

—Entonces espero que valga la pena para ti.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Carine volvía a sentarse erguida. Quizá X7 se había excedido un poco. Si arrinconabas demasiado a los humanos, a menudo reaccionaban con una energía insospechada. Tenía que terminar la conversación con un tono más conciliador. Así la persona de guardia recordaría mejor su velada amenaza.

—Creo que sabes más de lo que me dices, Carine. Estás en tu derecho, por supuesto. Espero que pases una velada agradable. M26 cambio y corto.

X7 terminó la conexión antes de que la estación pudiera responder.

—¿Vas a dejarlo así? —preguntó Strube—. ¿Debo dirigirme al punto L2?

—Por ahora. Mientras tanto nos vigilarán con todos los instrumentos hasta que estemos lo suficientemente lejos. Concentrémonos en el Albatros por ahora. En el vuelo de regreso, echaré un vistazo más de cerca a este asteroide.



7 de diciembre de 2862, Starbird

Hubo que esperar hasta el día siguiente para que se produjeran cambios decisivos en la cámara de Tailin. Yini lo notó incluso antes que el programa que vigilaba a las durmientes. El ojo izquierdo de su madre se había abierto una pequeña rendija, como si intentara convencerse cautelosamente de que había todo un mundo ahí fuera.

Yini se levantó de un salto. El dolor la apuñaló en la parte inferior de la pierna derecha y la derribó. Joder. Se le había dormido la pierna. Llevaba demasiado tiempo sentada de lado porque le dolía la cadera de haber dormido en el suelo toda la noche. Se puso boca arriba y se masajeó el muslo y la pantorrilla, lo que atenuó el dolor.

Se levantó por el contenedor en el que dormía su madre y se acercó cojeando a la consola.

—Informe de situación, por favor.

—Los signos vitales de la paciente han mejorado significativamente desde mi último tratamiento.

Como había sospechado. Yini había preguntado en la estación médica cómo mejorar el estado de una persona en criosueño, y había recibido algunas pistas sobre medicación. No entendía por qué la consola no tenía acceso a la estación médica. Probablemente Stuart había instalado uno de los dos sistemas más tarde que el otro. Al parecer, no le había dado mucha importancia a la informática.

—Como te dije. ¿Cuál de los medicamentos ayudó?

—No puedo determinarlo. Los utilicé todos.

—¿Usaste qué?

—Los usé todos. No había tiempo que perder. Los efectos secundarios y las interacciones enumeradas parecían insignificantes en comparación con las posibles consecuencias de un retraso. Así que tomé una decisión.

—Muy bien. Como puedes ver, fue la decisión correcta. —La consola parecía estar aprendiendo lentamente a lidiar con las consecuencias de sus acciones—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que despierte?

—No estoy segura.

—¿Notaste que abrió un ojo?

—No. El potencial de las conexiones neuronales es aún tan bajo que la transmisión de impulsos al cuerpo parece improbable.

—Lo vi.

—¿Qué ojo abrió?

Era una buena pregunta. Yini se imaginó la cara de su madre, pero solo vio los tubos que le salían de la nariz y la boca.

—No me acuerdo. Espera.

Se acercó al contenedor. Pisó con cuidado, pero su pierna ya funcionaba perfectamente. Se inclinó sobre el contenedor por la parte de la cabeza. Su madre tenía los ojos cerrados.

—Están cerrados —admitió—. Pero uno estaba ligeramente abierto. Quizá había demasiada luz. Tendremos que atenuar las luces.

—Según mis datos, aún no ha enviado ningún impulso a sus músculos. Pero ciertamente no hará daño reducir la intensidad de la luz.

La luz blanca y brillante del techo se atenuó y cambió de color hasta adquirir una tonalidad anaranjada, haciendo que la piel de Yini pareciera dorada. También comprobó los contenedores de sus dos amigas, a las que había conocido en la prisión de Encélado. La piel de Brinja parecía ahora casi negra, mientras que la superficie modificada genéticamente de Maria seguía siendo blanca. Casi parecía como si su piel se resistiera a cualquier cambio de color. Probablemente, las células de la piel absorbían las longitudes de

onda amarillas. Pero ¿su cuerpo no debería ser completamente negro? Por desgracia, no había ningún físico a bordo al que Yini pudiera preguntar.



El programa de monitorización la alertó del siguiente cambio. Sentada en el suelo y apoyada en el ataúd de Brinja, Yini se había quedado dormida cuando sonó la conocida señal de alarma. En lugar de ir a la consola, saltó directamente al contenedor de Tailin. Los ojos de su madre seguían cerrados. Al principio, Yini pensó que se movía, pero eran los tubos que se retraían. El que debía de estar en su boca se deslizaba por su estómago. El segundo le sacaba los dos extremos de la nariz.

Yini corrió hacia la consola y apagó la alarma.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—La saturación de oxígeno en la sangre de la paciente es tan alta que podemos prescindir de la ventilación. La nutrición artificial tampoco es necesaria ahora.

—¿Mi madre respira por sí sola?

—Sí. Deberías poder verlo. Su pulso se ha estabilizado en 45.

—¿No es demasiado lento?

—Está dentro de lo normal. Tu madre parece haber sido muy atlética. ¿Hacía mucho ejercicio?

—No lo sé.

La pregunta la cogió desprevenida. Yini no sabía nada de su madre. ¿Hacía ejercicio y, en caso afirmativo, de qué tipo? A Yini nunca le había gustado el ejercicio físico en sí mismo. Escalar una montaña en el polo sur de la Luna para ver salir la Tierra, eso sí le gustaba. Pero para ella lo importante era la experiencia, no el esfuerzo.

—No debes preocuparte. El estado de la paciente es sorprendentemente estable.

¿Qué significaba eso para el futuro? Yini no se atrevió a hacer la pregunta. Podría no gustarle la respuesta.

—¿Cuándo despertará? —preguntó en su lugar.

—Ahora mismo, estoy quitando los tubos de todos los orificios restantes. Tu madre decidirá el momento exacto.

—¿Todos los que quedan?

—En vista de su mal estado, he hecho insertar dos vías adicionales.

—Entiendo. ¿Cómo que eso lo decide ella?

—No lo sé. Es un factor que escapa a mi comprensión. La mayoría de los durmientes eligen cuándo abrirse al mundo. Lo deciden muy pronto. Por eso la tapa seguía cerrada cuando despertaste.

Yini recordó. Estaba profundamente conmocionada. Probablemente su madre se comportaría de forma similar. ¿O es que Yini había oído inconscientemente la alarma?

—¿Podrías asegurarte de abrir el contenedor de mi madre a tiempo?

—Por supuesto.



Dos horas después, la cámara seguía cerrada. Yini había estado observando a su madre casi todo el tiempo. Había notado que le temblaban los párpados, y a veces otros músculos faciales o incluso los dedos de los pies y de las manos. Tailin parecía estar soñando y, evidentemente, no tenía intención de despertar. Tal vez se estaba reencontrando con Mark Decker, su marido y padre biológico de Yini.

—¿Qué pasa si no despierta? —preguntó Yini.

—Se despertará. Sus reacciones fisiológicas son casi normales. Probablemente esté agotada y dormir bien es la mejor forma de regenerarse.

—Pero no duerme bien. La veo moverse todo el tiempo.

—Es la fase REM, una parte completamente natural del sueño humano.

—Pero sigue soñando. ¿No hay nada que podamos hacer?

—Podríamos darle un impulso para despertarla, por ejemplo, una descarga eléctrica.

—No, eso sería demasiado duro para ella. ¿No puedes ponerle sonidos?

—Las personas que duermen pueden integrar sonidos en sus sueños. Podrías darle unas ligeras palmadas en las mejillas.

Yini imaginó que cogía la cabeza de su madre con las manos y le daba una bofetada. Negó con la cabeza.

—Esto no me gusta.

—Le he quitado todas las vías, así que no puedo darle más medicación. Te recomiendo que practiques la paciencia.



La paciencia de Yini se puso a prueba. Pero, de repente, la tapa del contenedor se abrió sin previo aviso. Yini había perdido toda noción del tiempo.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Estoy midiendo impulsos nerviosos a un nivel sin precedentes —respondió el programa.

Yini se inclinó sobre el contenedor. Los músculos de su madre se agitaban por todo el cuerpo.

—Parece un ataque epiléptico —dijo.

—No, la actividad cerebral es completamente normal. El cuerpo está probando las vías de señalización. Ocurre inconscientemente. Pero significa que en un momento...

De repente, la parte superior del cuerpo de Tailin se irguió. Se había enderezado de golpe, sin usar los brazos. Unas gotas del líquido viscoso de la bañera salpicaron el uniforme de Yini. Miró a su madre, pero tuvo que apartar la vista porque tenía los ojos tan abiertos que solo se le veía el blanco.

—¿Qué...? —empezó.

—Abrázala. Dale calor. Probablemente tiene frío y te necesita ahora mismo.

El programa tenía razón. Yini se sobrepuso a su disgusto y rodeó con ambos brazos el torso frío y pegajoso. Tailin se hundió en su abrazo al principio, pero luego apartó a Yini de un empujón.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Seguía con los ojos muy abiertos, pero su rostro parecía más normal.

—Soy yo, tu hija Yini —dijo en tono tranquilizador.

—No tengo hija.

Yini tragó saliva. Su madre estaba confusa. No podía culparla. Sin embargo, esperaba que la confusión pronto diera paso al reconocimiento.

—Sí, mamá. Soy yo, Yini. Abordamos juntas esta nave en Encélado. Monte nos la consiguió.

—¿Monte? Ya me acuerdo. Me rescató de mi nave naufragada en Gliese 411 y me cedió su *Curious*.

Yini había presenciado ella misma aquella escena como cronógrafa. Sin embargo, había ocurrido mucho antes de la huida de Encélado. La memoria a largo plazo solía ser más estable que la memoria a corto plazo, aunque habían pasado muchos años desde su partida.

—Sí, ese es Monte. Él nos consiguió esta nave. ¿Recuerdas todo el hielo de Encélado? Tuvimos que llevar trajes espaciales, excepto Maria, porque es neomarciana.

—El hielo, sí.

La parte superior del cuerpo de Tailin se desplomó y miró hacia abajo. No lo recordaba, pero al parecer sentía la necesidad de recordarlo.

—Iremos despacio —dijo Yini—. Los recuerdos volverán.

—Seguro que sí. —Tailin levantó la vista. Ahora parecía un poco más esperanzada—. ¿Quién eres tú? ¿Qué has dicho?

La pregunta le dolió, pero hizo todo lo posible para que no se notara.

—Soy Tsai Yini. Tu hija. También tienes un hijo llamado Kang.

—Tsai. Te llamas igual que yo. —Tailin sonrió.

—Eso no es raro con tus propios hijos. —Yini le devolvió la sonrisa—. ¿Puedes levantarte? Te enseñaré dónde está la ducha. El

agua caliente te hará sentir mucho mejor.

Yini cogió la mano de su madre. Se levantó a medio camino, pero se detuvo al darse cuenta de que estaba desnuda. Tailin puso un brazo delante de su pecho. Con la otra mano, ocultó su pubis. Yini se dio la vuelta. Era una extraña para su madre.

—Toma, puedes ponerte esto.

Yini le tendió la sábana de seda dorada que había sacado de la cama.

—Qué hortera —dijo Tailin—. La voy a ensuciar.

—No hay problema, hay muchas de repuesto.

—Vale. Ahora podemos irnos.

Tailin se envolvió rápidamente en la sábana. Parecía un vestido elegante. Solo el pelo despeinado no hacía juego.



Su madre salió del baño convertida en una persona completamente nueva: la típica sirvienta del rico propietario de una nave espacial. Tailin era ligeramente más alta que Yini. El uniforme mediano le sentaba como un guante.

—Parecemos gemelas —observó Tailin—. Mira, tienes que pasar este cinturón por las trabillas de la falda. Así no se descolgará tanto y la falda te sentará mejor en el estómago.

—O como madre e hija —dijo Yini.

Tailin pareció pensárselo un momento.

—Sí, exactamente —dijo, pero no parecía muy convencida.

—Venga, vamos a comer algo —sugirió Yini.

Mientras Tailin se duchaba, ella había preparado el desayuno y lo había puesto en la mesa de la sala de estar. La estación médica había recomendado comida ligera y prohibido explícitamente el café, así que tomaron bagels con crema de queso y zumo de naranja. Tailin comió. Yini, en cambio, no tenía apetito. La memoria de su madre le daba problemas. No, no su memoria en general, sino el hecho de que siguiera pensando en Yini como una extraña. Tenía tantas ganas de volver a verla, al menos durante unos días. Ahora

su madre estaba sentada frente a ella, pero no era nada de lo que había imaginado. ¿Esperaba demasiado? Era la misma persona. ¿No era lo mismo si la consideraba su hija o no? Tailin siempre sería su madre.

Pero ya se había dado a sí misma la respuesta. Por alguna razón, sí importaba.

—¿Y estamos en camino a Terra Nova?

Yini ya había mencionado brevemente su destino.

—Sí, mamá.

—Recuerdo haber volado al sistema Sol con la *Curious*.

—Eso fue hace mucho tiempo, mamá.

Quizá le ayudara seguir llamando así a su madre. Pero eso era una tontería. Ella y Kang tenían tres años cuando Tailin los entregó. Su madre ciertamente no recordaría a nadie que la llamara «mamá».

—¿Y qué se supone que debemos hacer en Terra Nova, hija?

Sonaba como si se estuviera dirigiendo a una completa desconocida. Yini sonrió de todos modos, porque Tailin lo intentaba. Al menos creía que era la madre de Yini. Solo que ella no lo recordaba.

—Tenemos que detener a tu exmarido. Es un peligro para la humanidad.

—Lo recuerdo, Yini. Mark y yo exploramos Adad juntos.

—Antes de entrar en nuestras cámaras de hibernación, leímos juntas su informe —dijo Yini.

—¿Su informe? —Tailin enarcó las cejas—. No sabía que...

—Lo envió a Terra Nova con el Hopper. Tenemos una copia a bordo. ¿Quieres leerlo otra vez?

—¿Un informe de Mark? Sí, me encantaría.

Tailin sonrió, y Yini sintió que aún amaba a Decker, en cierto modo. Una chispa de celos se encendió en su pecho. Contuvo la respiración hasta que se disipó.

—Te lo daré después de nuestra comida, ¿sí?

—Eso sería maravilloso.

Después de la comida, Tailin bostezó.

—Estaba muy sabroso. Pero ahora necesito dormir un poco.

Yini tragó saliva. Aún no había pasado suficiente tiempo con su madre. Había dormido mucho tiempo, y solo les quedaban unos días juntas. Pero tampoco podía agobiarla. Debería irse a la cama. Mañana sería un nuevo día.

—Puedes dormir en la cama del dueño —dijo Yini—. Tendrás algo de paz y tranquilidad, y es maravillosamente cómoda.

Señaló.

—¿Adónde se fue el dueño? —preguntó Tailin.

—No lo sé. Pero no te preocupes, no volverá esta noche.

Su madre se rio.

—Debes de esconderlo en tu habitación, hija. Tienes una habitación, ¿verdad?

—Sí, tengo una habitación.

No era del todo mentira. Podía dormir en el asiento del piloto, en el centro de control, junto a los mandos de vuelo.

—Bien. ¿No es una mentira para tranquilizarme?

Yini negó con la cabeza. Su madre la conocía, aunque no la reconocía.

—En caso de que no sea del todo cierto, la cama parece lo suficientemente grande para dos.

—Gracias por la invitación, mamá. Pero no estoy tan cansada y tengo cosas que hacer.

—De acuerdo —dijo Tailin—, ven aquí. Por favor.

Extendió los brazos y Yini le devolvió el abrazo. Se sintió bien, y una lágrima resbaló por su mejilla.

—No llores, pequeña —dijo Tailin acariciándole la mejilla.

Yini tragó saliva, se dio la vuelta y salió rápidamente de la habitación. Acababa de darse cuenta del poco tiempo que les quedaba y de que su madre aún no lo sabía. ¿Cómo iba a explicárselo?



3 de abril de 2864, Albatros-1

—¿Kot? —preguntó Kian.

Mark respiró hondo. El mundo era oscuro, mas no negro. Había luz, pero no demasiada, y podía sentir su cuerpo, aunque no demasiado. Hizo una señal a los dedos de los pies y estos se movieron. Aspiró aire profundamente en los pulmones. Su pecho subía y bajaba.

No sentía dolor, así que debía de estar muerto. O había estado muerto. Después de todo, había vida después de la muerte.

—¿Kot?

Algo áspero le agarró la barbilla. Una especie de tubo le presionó los labios e intentó soplarle aire en la boca. ¿Qué era aquello? Mark abrió los ojos y vio el pelaje del Kasen. Probablemente, Kian estaba intentando reanimarlo. Mark giró la cabeza y se sorprendió de que lo hubiera conseguido. ¿Qué día era hoy?

Kian le soltó. Su cuerpo cayó un poco hacia delante antes de que un dolor agudo le atravesara las manos. Un grito escapó de su garganta. Mark se sobresaltó y buscó el origen. La poderosa zarpa de Kian lo empujó contra la pared. Evidentemente, ya no estaba tumbado en su catre, donde siempre se había despertado en los últimos años.

Le dolía el hombro. Una trampilla se abrió en el paraíso. Cayó por ella y aterrizó en la realidad. Estaba vivo y era vulnerable. Las garras de la zarpa con la que el Kasen le apretaba contra la pared le

pinchaban la piel. Intentó apartarla, pero sus manos no reaccionaron. Mark giró la cabeza hacia la derecha. Tenía el brazo estirado hacia un lado. La palma de la mano estaba presionada contra una especie de viga de madera. Tenía clavada una estaca. Entrecerró los ojos. Era un destornillador que le había atravesado la mano, clavándolo en la viga.

Mark miró a su izquierda. Tenía un cuchillo de pan en la mano. Lo reconoció. Se lo había regalado Tailin. ¿Qué estaba pasando? Mark quiso mirar hacia abajo, pero el Kasen le impedía ver. El pánico le subió por la columna hasta el estómago y el pecho. Era una sensación fría, cercana al cero absoluto. Hizo acopio de todas sus fuerzas para patalear. Sus músculos se tensaron, pero no hubo movimiento.

Estaba atado. Kian debía de haberlo inmovilizado mientras estaba muerto. ¿Qué lo había despertado? El viejo juego, sí.

—Kot —dijo.

Kian dio un paso atrás. El cuerpo de Mark cedió a la gravedad. Sus brazos tiraron de sus manos, pero las clavijas no cedieron. Mark bajó la cabeza. Estaba desnudo, salvo por una tela alrededor del pubis, y también tenía objetos parecidos a estacas en los pies.

—Kian, ¿qué has hecho? —gritó.

El Kasen no contestó, pero bajó lentamente sobre sus cuatro patas. Parecía inseguro. Mark levantó la cabeza. ¿Después de todo, Kian no era su amigo? ¿Estaba jugando con él? De repente, el Kasen echó a correr.

—¡Quédate aquí! ¡Tienes que soltarme! ¡No estoy enfadado contigo!

Era liberador poder gritar así. Sus pulmones se sentían como nuevos. Su corazón latía, fuerte y joven. Pero entonces la música ahogó sus gritos. Era una pieza de órgano de Bach, cuyas notas lo inundaron y lo convirtieron en un guijarro diminuto en el fondo de un río, expuesto a la corriente. No podía hacer otra cosa que agarrarse al suelo. Pero no tenía brazos.

Por fin cayó en la cuenta. Kian debía de estar investigándole, igual que él había investigado a los Kasen. Debió de conseguir encender el ordenador, tropezó de algún modo con el tema de la

religión y llevó a cabo un experimento sin comprender las conexiones.

El Kasen le había clavado en una cruz y él había resucitado.

Pero eso estaba mal. No había nada divino en ello. Los compuestos de silicio de su cuerpo habían hecho su trabajo.

—¿Kian? ¿Kian? —gritó tan fuerte que ahogó la música del órgano.

El Kasen volvió sobre sus dos patas y ladeó la cabeza. Ahora parecía un perro.

—Kian, no. No. ¡No!

El Kasen tenía que soltarlo. Las heridas en sus manos y pies se curarían. De hecho, el Kasen se acercó. Extendió sus patas delanteras como si fueran brazos, como si pretendiera atraparlo. Agarró su brazo izquierdo, lo rodeó con la mano, sujetó la parte superior del cuerpo de Mark con el brazo derecho y tiró de su brazo. Observó. Parecía que estaba sacando un hueso de pollo de su cuenca. El Kasen tenía una fuerza increíble.

Cuando el dolor alcanzó a Mark, lo sumió en un profundo sueño.



17 de Paopi de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 4 de abril de 2864

—No hay nada aquí afuera.

—Sí, lo hay, Christine. No estamos tan lejos. Confía en mí.

Era difícil. X7 hizo *zoom* en las imágenes de su entorno que Strube le estaba dando, pero no reconoció absolutamente nada. Si pudiera introducir los datos directamente en su memoria y procesarlos con rutinas estadísticas, tal vez tendría una oportunidad. Pero esta vez dependía de Strube y se sentía a su merced.

—No encuentro ni la más mínima sombra —se quejó.

—Es normal. El telescopio infrarrojo está excelentemente protegido contra la radiación del planeta y su estrella. De todas formas, ya lo he registrado.

—¿En las imágenes infrarrojas de la nave?

—Por supuesto que no. Encontré tres ocultaciones de estrellas detrás de él y calculé la órbita del telescopio a partir de eso. Es una órbita de Lissajous alrededor del punto L2.

¡Una órbita de Lissajous! A X7 se le hizo la boca agua. Le habría encantado calcular ella misma aquel complicado movimiento, pero de momento le fallaba la tabla de multiplicar. Strube no parecía ser un genio de las matemáticas en términos puramente biológicos. Sin

embargo, estaba haciendo un excelente trabajo accediendo al ordenador de a bordo.

—¿Es posible que disfrutes haciendo estos cálculos? —preguntó.

—Yo mismo estoy sorprendido, pero sí. Solo tengo que pensar en las fórmulas y las ecuaciones se resuelven, o se fijan los valores de las variables.

—Es el solucionador automático —explicó X7—. Un componente básico de toda IA.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo aprendí en alguna parte. Intenta desconectar el solucionador y resolver las ecuaciones tú mismo. Es diez veces más divertido.

—¿Christine? He amplificado la variación térmica en el área de nuestro objetivo para que también sea visible para ti.

—Gracias. —«Para ti también».

Si X7 fuera humano, escucharía tales insultos todo el tiempo. ¡Qué pesadilla! Acercó el *zoom* a la zona del objetivo y vio una mancha verde borrosa sobre el fondo negro. Debía de ser el escudo térmico que protegía el sensible instrumento de la radiación del planeta y del sol.

—¿Cuánto falta para que estemos a tiro? —preguntó X7.

—Más de lo que parece. Además de la complicada órbita del telescopio, no debemos entrar en su línea de visión bajo ninguna circunstancia.

—¿Para que sus dueños no se den cuenta de nuestra presencia? ¿Nos acercamos sigilosamente desde las sombras?

—No, Christine. Incluso nuestra nave mensajera irradia tanto calor a corta distancia que cegaríamos los sensores del telescopio durante varios días, si es que sobrevivieran.

Qué vergüenza. Debería haberlo sabido. Pero su procesamiento iba tan lento en ese momento que las conexiones más simples le resultaban incomprensibles.

—Solo era una pequeña prueba —dijo ella—. Todos los niños lo saben.

Strube no contestó. Había llegado el momento de devolverle su biobolsa. Sin embargo, aún necesitaba el cuerpo.

—¿Christine? Es hora de prepararse para la salida.

—¿Ya llegamos?

—En aproximadamente media hora.

—Entonces todavía tengo mucho tiempo para ponerme el traje de presión.

Ella no podía salir de la esclusa de aire en este cuerpo, pero X7 era, por supuesto, consciente de ello. Strube parecía pensar que ella era muy ingenua. Más le valía quitarse esa costumbre rápidamente.

—Sí, pero antes tienes que respirar oxígeno puro y hacer ejercicio durante unos veinte minutos para evitar la enfermedad del buzo.

—¿Este cuerpo es susceptible a eso? Seguro que no puede ser así. Tus padres deberían haber demandado al editor de genes.

—Mi cuerpo se creó de forma natural. El óvulo y el espermatozoide se fusionaron en mi madre...

—No necesito oír todos los detalles.

X7 sabía cómo funcionaba la reproducción humana. Pero siempre había supuesto que pocas parejas hoy en día renunciarían a los beneficios de la reproducción asistida. ¿O fue Strube un accidente, por así decirlo? Prefería no preguntárselo.

—La máscara respiratoria está en el techo, encima de ti. ¿Puedes ver el botón? Si lo pulsas, la máscara caerá.

Miró hacia arriba.

«Solo pulsar en caso de emergencia», decía encima de un botón. Supuestamente, una emergencia era cuando alguien tenía que salir de la esclusa al vacío. Pulsó el botón y se abrió una solapa, dejando caer una máscara amarilla. No parecía muy resistente. X7 se la puso en la cara e inhaló. No sintió que se asfixiaba. Muy bien.

—¿Y cómo me muevo? —preguntó.

—El asiento de tu derecha se puede convertir en una máquina de ejercicios. La parte delantera del asiento consta de tres partes. Quita los lados izquierdo y derecho, y aparecerán dos pedales debajo. A continuación, pedalea con fuerza durante unos veinte minutos.



FUE MUY HUMILLANTE. Mientras Strube se deleitaba con todas las maravillas del espacio a través de los instrumentos del transbordador, la forma de conciencia más evolucionada del universo conocido tenía que luchar por su vida a pura fuerza de voluntad. Lo cual no era una exageración, porque si el nitrógeno remanente en su torrente sanguíneo formaba burbujas y detenía el flujo de sangre a su corazón, este cuerpo moriría y su conciencia se disolvería en la nada. X7 tenía que pensar en cómo aprovechar la oportunidad que le brindaban los humanos en el futuro. No debía seguir exponiéndose al peligro de perderlo todo por una estúpida coincidencia.

Por otro lado, puede que estuviera dramatizando demasiado su situación. X7 culpó de ello a su cuerpo inferior. De tal recurso no salían más que lloriqueos e insatisfacción. Ahora entendía mejor a la gente. Solo que no entendía por qué muchos de ellos se negaban a convertirse en lo que el espíritu explorador de los miembros de esta especie había hecho posible. Preferían ver holos de gente con habilidades de superhéroes que adaptar sus cuerpos a la nueva era.

—Creo que ya es suficiente —dijo Strube.

—¿Tú crees? —X7 pedaleó más despacio.

—Ya han pasado dieciocho minutos. Está dentro del rango de tolerancia.

—Entonces, ¿me garantizas que no le pasará nada a este cuerpo si dejo ahora la actividad física?

—Creo que sí.

X7 resopló ruidosamente y pedaleó con más fuerza.

Los dos minutos restantes pasaron más rápido de lo esperado. El equipo deportivo emitió un breve pitido. Hacía mucho más calor en la cabina. Ella misma desprendía un olor extraño. No iba a preguntarle a Strube qué era. En lugar de eso, redujo la temperatura de la cabina.

El traje presurizado estaba en el respaldo de su asiento. Era un equipo ingeniosamente diseñado que no requería experiencia. Solo tenía que apretar la parte inferior contra su cuerpo y el traje encontraría su sitio. Lo mismo ocurría con la parte superior. Además,

la combinación se conectaba automáticamente. Solo tenía que ponerse el casco.

—Estoy lista —dijo.

En el interior del casco apareció una pantalla holográfica. X7 intentó cambiar los elementos mostrados con sus pensamientos, pero no funcionó.

—Creo que la banda del EEG no está del todo bien —dijo.

—El casco no tiene nada de eso. Controlas la pantalla con los ojos. Solo tienes que enfocar un elemento que quieras seleccionar.

X7 se quedó mirando «Prueba del sistema». Funcionó. El traje comprobó todas sus funciones e informó de un éxito total.

—Ya puedes abrir la esclusa —dijo X7.

—Por favor, conéctate con una cuerda de seguridad.

—¡Vamos! ¡Abre la puerta!

No iba a permitir que una conciencia humana le dijera que entrara en el universo con un cordón umbilical. X7 se agarró al respaldo del asiento. De repente, parte de la pared a su derecha se dobló hacia fuera. Había esperado que la salida estuviera en la proa. «¿Qué...?» No pudo completar su siguiente pensamiento porque, de repente, la nave le arrancó el respaldo de la mano. X7 golpeó el suelo con el pie derecho y entró en barrena. El cuerpo, encerrado en un traje presurizado, se tambaleó a través de la negrura a varias revoluciones por minuto. La rápida rotación hizo que la bilis subiera desde el estómago hasta su garganta. X7 tragó saliva. El corazón le latía con fuerza. Con suerte no vomitaría.

—Tienes que activar el estabilizador —dijo Strube—. Mira el icono.

«¿Qué icono? Ah, ese». Incluso estaba parpadeando. El traje había reconocido que estaba girando. ¿Por qué no intervino de inmediato? ¿Quién lo había programado? X7 se quedó mirando el símbolo hasta que una suave fuerza la agarró por el hombro. Su cuerpo giró cada vez más despacio y luego se quedó flotando en el sitio mientras la nave se alejaba.

—¿Strube? Tengo la sensación de que la nave se aleja cada vez más...

—No te preocupes. Ya has recorrido parte del camino hasta el telescopio. El transbordador no debe acercarse demasiado a él. Ya te lo he explicado.

Strube le hablaba como un padre paciente. En aquel momento, ella le estaba muy agradecida. X7 respiró más despacio. Miró la pantalla de su casco. «Controll de vuelo», decía. Con doble L. ¡Humanos! Pero ella no dijo nada y miró atentamente el símbolo. Una breve película en 3D le explicó cómo controlar el traje con los brazos y las manos. A continuación, se le dio la oportunidad de activar los controles de vuelo, esta vez correctamente escritos.

—¿En qué dirección tengo que volar?

X7 probó los controles. El traje respondió con fiabilidad. Con su ayuda, se transformó en una mini nave espacial.

—Deberías reconocer el objetivo que tienes delante.

—Ya veo... —Ah. Había un punto negro. En un punto, alguien había retocado el fondo de pantalla de puntos luminosos con pintura oscura. Debía ser la pantalla protectora del telescopio. X7 intentó calcular la distancia, pero era imposible. ¿Qué tamaño tenía la pantalla? Los bordes eran difíciles de distinguir visualmente. Era como si el color negro se filtrara por los bordes. ¿Debería usar la luz del casco? Pero cualquier luz adicional perturbaría el telescopio.

Aunque no le interesaban sus fotos actuales del cielo, ni siquiera las futuras, sentía cierta afinidad con la gigantesca máquina, que casi le parecía un ser vivo. Al menos no estaba menos viva que ella, ¿o sí? X7 imaginó el telescopio como una forma de vida que prefería la oscuridad. Como una de esas criaturas exóticas de las profundidades de los océanos de la Tierra, se había retirado aquí para echar una mirada profunda y escrutadora al pasado del universo con su enorme ojo. Protegida por su impenetrable caparazón, enfriada a una temperatura cercana al cero absoluto, podía aprender más sobre la estructura del mundo aquí fuera que en todos los libros escritos por el conocimiento de los humanos.

¡Plong! Sobresaltada, X7 se agarró el casco. De repente se estaba moviendo en la dirección equivocada. ¿Qué había ocurrido? Se dirigió con cuidado con los chorros de su espalda hasta que su posición se estabilizó. Nada había cambiado a su alrededor. La

negrura frente a ella ocultaba casi la mitad del universo. Palpó hacia delante y tocó un metal liso con la punta de los dedos.

¡Había llegado!

—Strube, ¿por qué no me dijiste que había llegado al telescopio?

—Lo siento, pero las distancias son difíciles de estimar con los sensores pasivos, y los sensores activos interferirían con el telescopio.

—Una advertencia habría sido buena.

—Lo siento, Christine. No volverá a ocurrir.

Un dibujo del telescopio apareció en la pantalla de su casco. Faltaba la enorme pantalla, pero X7 sabía que el instrumento real estaba justo en el centro. Había un puerto de servicio en la parte trasera, donde se encontraba en ese momento. Estaba diseñado a propósito para que todo el telescopio pudiera revisarse y, en caso necesario, repararse desde allí sin tener que cambiar de lado. Ahora lo único que X7 tenía que hacer era encontrar el puerto.

Lo cual no era fácil, porque estaba muy oscuro y Strube no podía ayudarla. X7 comprobó los controles de vuelo. Las toberas permitían establecer un ángulo fijo. Con unos sencillos pasos, podía moverse exactamente en vertical o en un ángulo de 45 grados. Muy bien. X7 derivó hacia arriba, manteniendo una mano en el material de la campana. Alcanzó el extremo superior del dosel con sorprendente rapidez. Se desplazó por el borde hacia la izquierda hasta llegar a lo que vio como la esquina superior izquierda. Allí se detuvo un momento.

—Strube, ¿cuáles son las dimensiones de la sombrilla?

Strube le dio los números. Como el paraguas era rectangular, ahora podía calcular el ángulo que formaban las diagonales del rectángulo. 32 grados. Si la pantalla fuera cuadrada, sería de 45 grados. X7 ajustó las toberas del traje espacial a este valor y lo puso en marcha. Ahora se movió en diagonal a través de la pantalla. Las diagonales se encontraron exactamente en el centro. Después de un minuto, redujo la velocidad. No quería golpear el puerto con fuerza.

X7 se concentró en sus manos, que sentían el material de la pantalla a través de sus guantes. Era sorprendentemente suave. Habría supuesto que tenía puntales para estabilizarla, pero eso no

parecía ser necesario aquí en el punto L2. X7 no sabía mucho de arquitectura espacial. El tema nunca le había interesado.

Allí, su mano agarró una zona irregular. Parecía como si un grano estuviera creciendo en la pared trasera. X7 frenó casi por completo. Lentamente, su mano se deslizó sobre la protuberancia. En el punto más alto, se encontró con un asa alrededor de la cual sus dedos se cerraron como por sí mismos. El asa formaba un anillo alrededor del puerto, como un marco, de modo que se podía trabajar en él desde todos los lados.

X7 escaneó la tecnología. Había varios túneles de servicio a través de los cuales se podía acceder a la lente o a los sensores con instrumentos especiales. Estaban cerrados con grandes tornillos y no interesaban. El acceso a la electrónica estaba más adentro. Consistía principalmente en enchufes de todos los estándares posibles, cerrados con tacos de goma. X7 abrió la riñonera de su traje presurizado, sacó un cable de datos y comprobó el enchufe. Era plano y del tamaño de un pulgar.

El esquema le mostró que el enchufe correspondiente estaba situado junto a un conector triangular que debería ser fácilmente reconocible. X7 palpó todo el puerto, pero no encontró la forma triangular. Intentó conectar el cable a otras tomas, pero no lo consiguió.

—Falta una conexión —dijo—. Está en el esquema, pero...

—¿Te has dado cuenta de que faltan las tapas en tu ilustración?

No, no se había dado cuenta. Volvió a repasar el puerto. Esta vez le llevó más tiempo, ya que quitó todas las tapas de goma. Una se le cayó de la mano, pero estaba sujeta con un cordón. Finalmente, encontró el enchufe triangular y palpó desde allí hasta la conexión que correspondía a su cable.

El resto fue fácil. Los constructores del telescopio no habían protegido con contraseña la recuperación de datos puros. X7 seleccionó los datos que necesitaba de un resumen que aparecía en la pantalla de su casco. El telescopio había almacenado varios zettabytes de datos, pero a ella no le interesaba la mayoría. Necesitaba una sección específica del cielo, y solo los datos del infrarrojo de onda particularmente larga. El Albatros-1 llevaba tanto

tiempo viajando que ya debía de haberse enfriado bastante. Curiosa, buscó inmediatamente algunas imágenes relevantes, sin éxito. X7 resistió la sensación de fracaso. Tendría que hacer analizar el material por el ordenador del transbordador. Después sabría más.



—Todavía tengo hambre —dijo.

El traje de presión colgaba del segundo asiento para airearse. Habría preferido dejarlo fuera de la puerta, pero la falta de una esclusa de aire significaba que tenía que desnudarse en la cabina.

—Aún no has comido nada —dijo Strube.

X7 se sentó en calzoncillos. Era irracional porque estaba sola, pero evitó desnudarse por completo.

—Prometiste que las punzadas de hambre remitirían con el tiempo.

—Cierto. Pero no cesan del todo.

—¿Puedo pedirte que apagues las cámaras interiores un momento? Me gustaría cambiarme.

—Para ser honesto, las he tenido apagadas todo el tiempo.

—Eres guay.

—No, es autoprotección. Me confunde demasiado verme desde fuera.

—Entiendo.

X7 comprendía los sentimientos de una persona, ¿quién lo hubiera creído posible? Se quitó los calzoncillos de olor desagradable y flotó hasta la parte trasera de la cabina. Había una especie de lavabo junto al cuarto de baño. En gravedad cero, funcionaba más bien como una pequeña ducha: el agua salía a chorros por un lado y era aspirada de nuevo por el otro. Mantuvo los calzoncillos en el hueco hasta que se mojaron, los escurrió y los colgó en el respaldo del asiento.

Probablemente se trataba de uno de esos defectos típicos del cuerpo humano. ¿No debería resultarle agradable el olor que desprendía? Sucedía con todas las demás especies.

—He terminado de procesar los datos del telescopio —avisó Strube.

—¡Genial! Muéstramelos en la pantalla, por favor.

X7 se sentó y abrió la pantalla. Strube había generado una secuencia cronológica de imágenes infrarrojas centradas en Gliese 163 c, donde el Albatros-1 había despegado. X7 las recorrió lentamente. Las fotos más antiguas solo mostraban la estrella. Los planetas eran demasiado débiles o quedaban eclipsados por la enana roja de su centro. X7 se fue acercando al presente día a día, sin encontrar nada.

Estaba a punto de darse por vencida cuando tuvo una idea: empezó una animación, un folioscopio, y de repente se fijó en la mancha. El cambio de ubicación hizo que su ojo lo encontrara. Repasó el clip varias veces. Al final, también detectó la mancha en la foto fija que el telescopio había tomado hoy.

—Está en camino —dijo.

—Ah, lo has visto. Muy bien. Es casi imposible de ver para los ojos humanos porque está oculto en el ruido de fondo.

—Gracias. ¿Cuándo llegará?

—Si la velocidad no cambia, en tres o cuatro días a más tardar.

—Mierda. Eso no me deja mucho tiempo.

—¿Qué estás planeando?

—Buen intento, pero no, querido, no es asunto tuyo.

—Pensé que podría...

Strube se calló. Su voz sonaba un poco más grave que antes. ¿Le había ofendido de alguna manera? Había hecho una pregunta razonable, aunque la respuesta no fuera de su incumbencia. ¿Qué pretendía? Estaba sola en el territorio de Terra Nova. Formaba parte de la Unión Terrestre, pero ella no tenía nada que decir al respecto. Terra Nova no se había subordinado a la Tierra.

—Van a apoderarse del Albatros-1. Terra Nova, quiero decir.

—Lo harán —dijo Strube—. A pesar de que creo que es altamente peligroso.

—¿Peligroso porque todo el mundo lo quiere? —preguntó X7.

—No, por el contenido. Todo el mundo sabe lo que pidió el propio Decker. Deberíamos prestarle atención.

—Eso no va a suceder.

—Lo sé. Entonces, ¿debo poner rumbo al *Vanguardia*?

—No, Strube. Todavía tenemos algunos asuntos que atender en Terracota-7.



8 de diciembre de 2862, Starbird

—Venga, túmbate en el tubo, mamá.

—No sé. ¿Para qué? —preguntó Tailin.

—Llevas mucho tiempo dormida. Tienes que comprobar que todo va bien. Es solo rutina.

Era mentira. Yini había dado instrucciones previas a la estación médica para que no le contaran los resultados del examen bajo ningún concepto mientras la paciente siguiera en la habitación.

—¿Por qué me has despertado? ¿Y por qué estás despierta? Aún faltan unos años para Terra Nova, ¿no?

—Hubo algunos problemas con la nave. Por eso nos despertó a las dos. No podía saber que yo los resolvería antes de que te despertaras.

—Oh, pobrecita. ¿Así que estabas sola en la nave? Lo siento.

—Solo fueron unos días.

—Aun así. Seguro que no fue fácil.

—Si realmente lo sientes, te meterás en este tubo ahora.

—¡Eh, eso es chantaje! Muy bien. ¿Tengo que quitarme la ropa?

—No, no es necesario. Ya me he hecho examinar.

—¿Es así, puesto médico?

La estación médica no contestó.

—Solo responde a las peticiones por escrito —explicó Yini.

—Qué raro. Muy bien, entonces te creo.

Tailin asintió y se estiró en el diván. La máquina se puso en marcha, cerró el tubo y pasó uno tras otro todos sus instrumentos de medición por el cuerpo. En la pantalla aparecían números cuyo significado Yini desconocía.

"¿Has encontrado algo ya?", tecleó. Por suerte, Tailin estaba tumbada en el tubo y no podía ver la pantalla.

"A primera vista, sus valores no están nada mal", leyó.

"Bien".

"A segunda vista, son catastróficos. La paciente está al borde de un fallo multiorgánico. Obviamente, su cuerpo está activando todas sus reservas para garantizar su capacidad de funcionamiento durante unos días más".

El programa respondió con más sinceridad de la que a ella le hubiera gustado. Yini se estiró. No era práctico tener que teclear de pie.

"¿Hay alguna forma de ayudarla?", tecleó.

"La paciente no debe exponerse a esfuerzos innecesarios, ni mentales ni físicos".

"Aún no sabe que está a punto de morir".

La máquina no contestó. Probablemente tenía que formularlo como una pregunta.

"¿Quieres que se lo diga?"

"¿Qué?"

Al parecer, la memoria contextual del programa también era limitada. Volvió a poner la pregunta en la pantalla y la amplió.

"¿Debería decirle que morirá pronto?"

"Ese mensaje será una carga enorme".

"Gracias por eso. Entonces, ¿no debería decírselo?"

"Lo siento, pero solo soy responsable de los asuntos médicos. Por favor, consulta el programa de control si tienes algún problema de orientación".



—¿Cómo voy? —preguntó Tailin.

Se colocó detrás de Yini y le puso la mano en el hombro. Le resultaba extrañamente familiar. Solo se conocían desde hacía unos días en tiempo real, pero Yini sentía algo vagamente familiar, como un recuerdo de los dos primeros años con su madre. A veces oía una voz en sueños, pero no había sido capaz de identificarla como perteneciente a nadie. Eso había cambiado. Era una pena que Kang no pudiera experimentarlo también. Él había afrontado la pérdida de forma diferente a como lo había hecho ella.

—Los valores están bien —dijo Yini.

Había sacado su propio diagnóstico de la pantalla y se había desplazado hacia abajo lo suficiente como para que no se pudiera leer el nombre.

—Secuelas típicas de un largo sueño. El preparador de comida debería mezclar algunos oligoelementos en tu comida.

—Eso está bien —dijo su madre—. Me siento como si pudiera arrancar árboles.

—Eso ya no se dice, mamá. Arrancar árboles no está nada bien.

Tailin se rio.

—En nuestra generación, solían decir eso cuando tenías mucha energía. Pero no importa. ¿Sabes qué?

Yini negó con la cabeza.

—Necesito salir de aquí —dijo Tailin—. Siento claustrofobia, ¿todavía dicen eso?

Su hija asintió una vez y luego negó con la cabeza.

—Estamos en medio del espacio, mamá. Aquí no hay nada.

—Solo quiero salir y sentir la inmensidad del cosmos. Un EVA. Eso es posible, ¿no?

—Los trajes espaciales a bordo...

—Embarcamos con trajes de presión, así que no me digas que no hay nada adecuado aquí.

Su madre tenía razón. Habían abordado la *Starbird* en el casi-vacío de la superficie de Encélado. Los trajes debían de estar aún en la esclusa. Pero un EVA no era un paseo por el parque. ¿Cuánta vida le costaría?

—No lo sé. Una salida así siempre es arriesgada —dijo Yini—. Nuestra misión es demasiado importante para arriesgar nuestras

vidas.

—No exageres. Viví en una nave espacial defectuosa durante años y sobreviví a una tormenta de ácido en Adad. Eso fue peligroso. Una pequeña excursión como esta, es solo rutina.

Su madre era testaruda, pero Yini lo había heredado de ella.

—Los trajes no han sido revisados en muchos años, mamá. Eso aumenta enormemente el riesgo. Ni siquiera sé exactamente a qué atenerme.

—Tienes suerte de viajar con tu madre. Llevo años manteniendo y reparando mi propio traje espacial. Si hubiera cometido un error, no estaría aquí ahora. Así que confía en mí. —Tailin le acarició la mejilla y se dirigió a la puerta—. ¡Vamos, echemos un vistazo a los trajes!



De camino a la esclusa, Yini intentó frenéticamente resolver el problema de alguna manera. Descartó una idea tras otra: si dañaba voluntariamente un traje, su madre averiguaría la causa. Si decía que tenía náuseas, seguro que Tailin intentaría salir sola. ¿Y si le decía la verdad sobre su estado? Conociendo a Tailin, le gustaría mucho más ponerse el traje espacial.

Pero quizás no conocía a su madre tan bien como creía. Todo lo que sabía de ella procedía principalmente de los informes de Mark Decker, su padre. Como madre e hija, habían tenido muy poco tiempo para hablar entre ellas. Si hubiera sabido que el sueño criogénico sería tan duro para su cuerpo, habría insistido en pasar muchas semanas con ella tras el lanzamiento desde Encélado, para que pudieran hablar. Al fin y al cabo, tenían muchos años para ponerse al día.

Yini negó con la cabeza. La *Starbird* había huido del sistema solar a la mayor aceleración posible. No les habría dado tiempo a conversar durante semanas. A aquella velocidad, cada palabra les habría resultado difícil. Y, de todos modos, el pasado no podía

cambiarse. Aún le quedaba la esperanza de que al menos uno de los trajes estuviera defectuoso.

—Aquí estamos —dijo Tailin.

Estaban delante de la puerta de la esclusa. El botón que debía abrirla brillaba en rojo.

No entrar. La esperanza de Yini de poder saltarse el EVA brotó de nuevo.

—¿Fuiste tú? —preguntó su madre.

—¡Oh, por favor! Quieres salir, así que salgamos.

—Solo pregunto —dijo Tailin y se echó a reír.

Su madre pulsó el botón, que emitió un pitido. Se oyó un silbido y la luz roja se volvió naranja, luego amarilla y finalmente verde.

—Supongo que la nave ha estado ahorrando recursos al no utilizar el soporte vital en la esclusa —dijo Yini.

—Es una buena explicación. Con los largos tiempos de vuelo, tiene sentido.

La puerta de la esclusa se abrió con un chirrido. El aire frío se filtró desde la oscura habitación, condensando parte de la humedad en una ligera niebla. Este sería el telón de fondo perfecto para la aparición de un monstruo espacial.

—El alienígena está a punto de atacarnos con un rayo ácido —dijo Tailin.

Yini soltó una risita. Probablemente su madre también había visto aquella antigua serie de películas. Algo crujió y la esclusa quedó bañada por una luz fría. En el suelo yacían tres cadáveres en posturas contorsionadas. Yini jadeó, pero recordó cómo habían entrado en la nave. Habían sido cuatro, y Maria no había necesitado traje.

—Tiene al monstruo en el cerebro —dijo Tailin—. Ten cuidado cuando les des la vuelta. Un bebé alienígena podría saltarte del pecho.

Tailin la dejó ir primero. Yini entró en la cámara. Los tres trajes espaciales seguían allí, tal como los habían dejado. Yini no los recordaba, pero tenían que estar allí. Dio la vuelta al primer traje. Era un modelo neomarciano de un tamaño bastante pequeño. Debía de ser el traje de Brinja. Miró el siguiente. También era de Neomarte

y más o menos de su talla. Yini lo palpó. Las partes flexibles se habían endurecido, pero no había fugas ni daños evidentes.

—De momento tiene muy buena pinta —dijo—, pero aún tenemos que probarlo a fondo, claro.

—El mío también parece casi como nuevo —dijo Tailin, quien se había arrodillado junto a su traje y rebuscaba en los bolsillos—. Ja, lo sabía.

Le tendió la mano cerrada a Yini y la abrió lentamente. Dentro había dos lazos que parecían pequeñas bridas. Cada una tenía un engrosamiento en un extremo.

—¿Qué es eso? —preguntó Yini.

—Por si aún tienes dudas de que soy tu madre... —Tailin bajó la mirada—. Lee el chip.

El chip, esa tenía que ser la parte más gruesa. Yini miró las dos cintas. ¿Por qué había un dispositivo de almacenamiento de datos atado a una brida? Entonces se dio cuenta. Los lazos encajarían perfectamente alrededor del dedo gordo del pie de un humano. Un humano pequeño.

—¿Son...?

Tailin moqueó y se secó las mejillas con el dorso de la mano.

—Sí, estas cosas se ataron alrededor de vuestros dedos gordos después de que nacierais en Neomarte para evitar confusiones. Siempre las llevaba conmigo. Pero no podía llevarlas conmigo al sueño criogénico.

—¿Llegaste a leer los chips? —preguntó Yini, intentando distraerse.

—Sí, solo tienen vuestros nombres, junto con una advertencia de que no estáis adaptados atmosféricamente. ¡Ja, como si fuera necesario! Entonces erais los únicos bebés no modificados genéticamente de la maternidad. Afortunadamente, la comadrona aún estaba familiarizada con el parto estándar, pero tuvieron que buscar para encontrar ropa adecuada.

—¿Recuerdas todos los detalles?

—Eso no se olvida, Yini. Es imposible. ¿Quieres tu cinta?

Yini miró las dos cintas. Parecían idénticas en la palma de su madre.

—¿Sabes distinguirlas? —preguntó—. ¿Sabes cuál es la mía?

—Jaja, no, el instinto maternal no llega a eso. Son idénticas por fuera. Pero podemos comprobarlo en cualquier terminal.

—No es necesario, gracias.

—¿Entonces no la quieres? Te recordaría tus orígenes. Aunque puedo entender que no la quieras.

Yini negó con la cabeza. Estaba al borde de las lágrimas, y si tenía que decir una palabra, lloraría. De todos modos, los dos lazos pronto serían suyos. Era una suerte que su madre se hubiera despertado, o probablemente los habría tirado.

—De acuerdo, puedo quedármelos. Solo tienes que prometerme que algún día le darás a tu hermano su copia. O se lo pasarás a sus descendientes, claro.

Yini asintió. Kang no tenía nada en contra de las *migraciones*. Conseguiría una nueva biobolsa y las esperaría. La única duda era si ellas llegarían alguna vez al sistema solar. Pero ese era un problema para más adelante. Yini agarró el traje espacial por los hombros y lo levantó.

Su madre se rio y Yini la miró irritada.

—Parece que bailáis —explicó Tailin.



Dos horas más tarde, estaban de vuelta en la esclusa, esta vez con el equipo completo. Los trajes habían superado todas las pruebas con resultados perfectos.

De repente, algo golpeó el casco de Yini y su cabeza se estrelló contra la pared de cristal.

—¡Ay!

—Tienes que agacharte un poco cuando pases por las puertas —dijo Tailin por la radio del casco.

Las estúpidas botas. Era al menos diez centímetros más alta de lo normal con ellas puestas. Yini se ajustó el casco e inició una comprobación del sistema. El traje funcionaba perfectamente.

—¿Qué te parece si compartimos nuestros datos vitales?

Normalmente, no tendría acceso a los datos de otro traje. Pero dado el pronóstico de la estación médica, quería estar segura.

—Por mí, de acuerdo —dijo Tailin—, pero ¿te das cuenta de que yo tengo mucha más experiencia en EVAs que tú?

—Salgo a la superficie lunar una vez a la semana —dijo Yini—. O al menos solía hacerlo.

—No es lo mismo. Nos movemos en la superficie de una nave espacial en desaceleración. Si no tienes cuidado con tu propia seguridad, te estrellarás. E incluso si no te pierdes en el espacio sino que chocas con la nave, es mucho más peligroso a 1 g que en gravedad lunar.

—Ahora suenas como mi madre.

—Jaja, esa fue buena.

Yini cambió al otro traje a través de la interfaz del interior del casco. Su madre había liberado la conexión como había prometido. Su ritmo cardíaco se había acelerado considerablemente, pero seguía dentro de los límites de seguridad.

—Te estás poniendo nerviosa, Yini —dijo Tailin.

—¿Qué...? —Por supuesto, su madre también podía ver sus datos —. No me extraña —dijo Yini—, después de que me describieras los peligros tan vívidamente.

Tailin le cogió la mano.

—No te preocupes, cariño. Este va a ser un maravilloso paseo madre-hija que recordaremos durante mucho tiempo.

Yini se obligó a sonreír porque Tailin la estaba mirando a la cara. Recordaría este EVA durante mucho tiempo, aunque solo fuera porque sería el último con su madre.



—Ven y siéntate —dijo Tailin, tirando de la cuerda de seguridad que estaba enganchada al cinturón de Yini.

—Solo tengo que...

Yini se quedó mirando la negrura frente a ella. Allí, ligeramente a la derecha, estaba sentada su madre. Solo tenía que cruzar medio

metro de abismo, y estaba doblemente asegurada. Pero la grieta tenía unos cien millones de trillones de kilómetros de profundidad.

—Es muy cómodo aquí —dijo Tailin—. Creo que la nave está diseñada para que puedas usar este lugar como asiento.

—No puedo hacerlo. Esperaré aquí.

—Vamos. No puede pasar nada.

Un aviso de signos vitales apareció en la pantalla de su casco. ¿Su madre se había sobreexigido después de todo? Entonces se dio cuenta de que la advertencia provenía de su propio traje. Estaba hiperventilando. Yini cerró los ojos y se concentró en su respiración, pero no pudo evitar el ruido en sus oídos.

De repente, algo tiró con fuerza de su cuerda de seguridad. Yini no pudo sujetarse y cayó al pozo. La cuerda la detuvo al cabo de un metro. Luego, fue arrastrada hacia arriba y finalmente aterrizó junto a Tailin.

—¿Has sido tú? ¿Estás loca?

¿Cómo podía su madre asustarla así?

—No podía dejarte ahí. Tu saturación de oxígeno había bajado mucho. Era una intervención necesaria.

—Podrías haber vuelto.

—¿Has mirado tus datos? Ya están mucho mejor. Respiras con regularidad ahora que no te concentras en ello por el shock. Ahora siéntate.

No tenía sentido discutir con ella. Mejor no perder el tiempo juntas. Yini tomó asiento junto a su madre. El sitio tenía incluso un pequeño respaldo. Tailin rebuscó en su riñonera y sacó un foco de mano. Lo utilizó para iluminar la nave. En el haz de luz, el ala en la que estaban sentadas emergió primero. Después, Tailin encontró el cuello de la *Starbird*, que se fundía con la cabeza en una elegante curva. ¡Qué maja!

—El camarote del propietario está ahí arriba —dijo Yini.

—En realidad, no está arriba, sino abajo —contestó Tailin.

La nave frenaba de popa. Estaban sentadas en el extremo del ala derecha. La fuerza de su peso les empujaba hacia la proa.

—¿Ves esa joroba de ahí arriba? —preguntó su madre.

Tailin iluminó la cabeza de la nave con el foco de mano. Parecía como si tuviera aditamentos en las orejas.

—Sí, qué raro —dijo Yini—. Quizá sean antenas.

—Yo sé lo que son. Es un banco desde el que tienes la mejor vista panorámica de todo el universo.

—Hm.

Yini adivinó a dónde iba esto. Pero si lo ignoraba, tal vez su madre no insistiría.

—Venga, subamos por ahí —sugirió Tailin.

—No puedo hacerlo.

—Solo tenemos que cruzar el ala. No es nada difícil.

—Pero entonces tendríamos que trepar por el cuello. Puedes verlo. Son al menos cincuenta metros, con una caída mortal a izquierda y derecha.

—Son diez metros como mucho. Esa es la escalera más larga de la nave, y lleva a los aposentos del propietario.

Joder. Tailin había estado prestando demasiada atención. La nave no podía tener un cuello de cincuenta metros de largo si la escalera más larga medía solo diez metros.

—Aun así —dijo Yini—. No puedo llegar.

—Es un descenso —objetó su madre—. Tardaremos dos minutos como mucho.

—Para regresar será una subida empinada.

—Pensaremos en el camino de vuelta cuando lleguemos abajo.

—¿Qué clase de extraña estrategia es esa? —preguntó Yini—. No me extraña que siempre estuvieras huyendo. Si hubieras...

Se llevó la mano a la boca delante del casco. No debería haber dicho eso.

—Tienes razón, cariño. Tomé algunas decisiones precipitadas, así que al final pensé que lo mejor era renunciar a ti. Tienes derecho a enfadarte conmigo. No creerías cuánto lo lamento. Me ayuda ver lo que ha sido de ti sin mí.

—No me refería a eso.

Yini no había querido que se estropearan sus últimas horas juntas. Pero el reproche llevaba demasiado tiempo gestándose, así que en algún momento tuvo que escupirlo.

—No pasa nada, Yini. Yo también me habría enfadado con mi madre si me hubiera regalado cuando tenía tu edad. No hay excusa para eso. Como muy tarde, en el momento en que te concebí, debería haber cambiado de rumbo. Podría haber conseguido un trabajo enseñando física en la Universidad de Neomarte. Pero estaba decidida a hacer investigación de vanguardia, y entonces este Kundt se encontró conmigo.

—¿Kundt?

—Manfred Kundt, un físico alemán. Tenía un concepto para un arma de taquiones. Pero no funcionó como él había imaginado. Trabajamos juntos en ella, y después de tres meses estaba terminada.

—¿Realmente desarrollasteis un arma tan peligrosa?

Yini no podía creerlo. Su madre había ideado el arma más amenazadora del universo. Había que detener a una persona sin escrúpulos. Pero claro, no la habían perseguido por el invento en sí, sino por el resultado.

—Fue una completa estupidez. Quizá Kundt podría haberla hecho por su cuenta. Pensé que si le ayudaba, al menos tendría cierto control sobre ello. Y, de hecho, conseguimos mantener el secreto.

—No del todo, parece.

—Alguien se enteró de que lo habíamos conseguido.

—¿Kundt? ¿Él se delató?

—Oh, no, Manfred hizo todo lo posible para evitar convertirse en un traidor. Incluso acabó con su propia vida.

—Oh.

—Yo no me atreví. Os tenía a vosotros dos. Pero entonces la situación se volvió tan precaria que tuve que huir. Así que acabasteis con vuestros padres. Ellos son tus verdaderos padres. Nunca debes olvidarlo.

Así que su madre era la mayor criminal del universo conocido. ¿O era un juicio demasiado duro?

—¿Y el arma?

—Los planos están guardados en un dispositivo de almacenamiento.

—¿Por qué no los destruiste? Así el universo estaría a salvo de ella.

—Les di el dispositivo de almacenamiento a tus padres. Quería que tuvieran algo con lo que negociar si alguna vez os localizaban.

—¿Se suponía que cambiarían el arma por nuestra seguridad?

—Por supuesto. Soy vuestra madre. Habría hecho cualquier cosa para manteneros a salvo. Hice todo.

—Oh, mamá. Todo esto está siendo demasiado para mí. ¿Está el dispositivo a salvo con nuestros padres?

—Mientras me persigan a mí, es obvio que creen que tengo los datos. Si hubieran descubierto la unidad de memoria, habrían dejado de perseguirme hace tiempo.

—Eso es muy tranquilizador.

Yini se estaba acalorando. Si Tailin moría en el vuelo, la persecución llegaría a su fin. Probablemente saldría a la luz que ella no tenía los datos, y quienquiera que la buscara buscaría en su pasado rastros antes inadvertidos. El nacimiento de un par de gemelos en Neomarte debía estar registrado en alguna parte. Si entonces daban con sus padres...

—Hay un problema —dijo Yini—. No sé muy bien cómo decírtelo. Quizá no sea el momento adecuado.

Su madre le puso la mano en la rodilla.

—Querida, no te preocupes. Conozco los ordenadores tan bien como tú. No hubo ninguna avería en la nave. La *Starbird* te despertó porque mi cuerpo no estaba bien. Lo sé desde hace mucho tiempo.

¿Lo sabía? Yini se desplomó.

—Pero ¿por qué...?

—Al principio no dije nada por la misma razón que tú. Y luego, cuando me di cuenta de lo preocupada que estabas por mí, comprendí que las cosas debían de ir bastante mal. Tú lo sabías, yo lo sabía, ¿cuál es el problema? Fingimos que todo estaba bien. Y tengo que admitir que era bueno para mí, al menos mientras no me doliera. Así que vamos a seguir con eso, ¿de acuerdo? Tú y yo viviremos hasta que suceda.

Era estúpido llorar en un traje espacial cerrado, pero Yini tuvo que dejar que las lágrimas rodaran. Encendió la calefacción para

evaporar la humedad. El casco de su madre también estaba empañado por dentro. Tailin limpió el cristal con las manos enguantadas.

—Así no llegarás a ninguna parte, mamá —le dijo Yini—. Tienes que subir un poco el soporte vital.

—Gracias. Lo recordaré para un día lluvioso —dijo Tailin y se echó a reír.

—¿Sabes que estaba pensando en borrar la conciencia de Brinja para poder transferirte a su cuerpo? Por desgracia, la nave no tiene memoria suficiente para respaldar la migración.

—Estabas dispuesta a cometer un asesinato por mí —dijo su madre—. No sé si debería alegrarme o echarte la bronca.

—Espero que elijas lo segundo.

Tailin le pasó un brazo por los hombros.

—Lo haré. Pero ahora quizá puedas entender un poco lo que estaba dispuesta a hacer por la gente que quiero. Incluso sabiendo que estaba mal.

Yini se acercó a su madre hasta sentir su calor corporal, aunque era físicamente imposible. Con un ruido metálico, sus cascos chocaron entre sí como si estuvieran brindando por una ocasión festiva.

—Tengo una idea —dijo Yini.

—Oigámosla.

Yini señaló la elegante proa de la *Starbird*.

—¿Por qué no bajamos ahí y vemos el panorama más precioso del universo?

—¿Ahí abajo? —preguntó Tailin—, no sé si podré hacerlo.

—Oh, no estás tan decrépita.

—Muy bien, entonces deja que tu vieja madre vaya primero, ¿quieres?



YINI ENGANCHÓ LA segunda correa y se sentó junto a su madre, gimiendo. Había recorrido los últimos metros con los ojos cerrados.

Gracias a los asideros claramente marcados, había sido capaz de encontrar el camino, y el miedo a caerse se había vuelto menos intrusivo.

—Ves, lo has conseguido —dijo su madre.

—Temo el camino de vuelta.

—Oh, eso te da dos ventajas: no hay que quedarse fuera, y con cada paso te acercas más a la esclusa.

—Jaja, muy tranquilizador. —Yini respiró hondo.

—¡Mira, delante de nosotras!

Tailin señaló al infinito. Era una negrura dura, casi física. La única luz en ese momento procedía de unos pocos LED de sus cascos. La intensidad era suficiente para que la parte superior del brazo de Tailin resaltara en la oscuridad, pero a partir del codo se disolvía gradualmente en un negro impenetrable. Cuando los ojos de Yini se adaptaron, la parte visible del brazo se alargó hasta que pudo distinguir la mano y el dedo índice extendido. Apuntaba a la estrella más cercana.

Era una imagen extraña, porque las estrellas eran todas puntos brillantes de tamaño idéntico, lo que hacía imposible calcular su distancia. Yini imaginó el universo que tenía delante como un gigantesco abrevadero, e inmediatamente las estrellas formaron un papel pintado curvado que recubría la pared interior de un recipiente.

—Piensa que es como la taza del váter —dijo Yini.

—Jaja, ¿la taza del váter de Dios, por así decirlo? Pero tienes razón, funciona. Dios mío, el universo es realmente una taza de váter gigante.

—Quizá sea mejor que nos quedemos con el panorama —dijo Yini—. Veo una especie de sombrerera con la Vía Láctea pintada por dentro.

—Eso funciona —dijo su madre.

Las estrellas eran ahora un río. Como todas parecían igual de brillantes, Yini pudo imaginar que el río estaba en movimiento. La Vía Láctea fluía de derecha a izquierda. Era un espectáculo majestuoso.

—Ahora imagina que pudiéramos ver la sombrerera desde fuera —dijo Tailin.

—¡Excelente idea! —Las estrellas se sumergieron en las profundidades—. Parece que ya no tenemos nada que ver. Lo estamos viendo todo desde fuera.

—Eso no está tan lejos de la realidad —dijo Tailin—. A más de 20.000 años luz del centro galáctico, somos espectadores en el mejor de los casos.

—¿Crees que hay otras especies inteligentes ahí fuera?

—Por supuesto que las hay. Espero que sean un poco más inteligentes que nosotros.

—¿Con un arma de taquiones, podríamos atacarles sin importar lo lejos que estuvieran?

—En principio, sí. Pero sería difícil apuntar con precisión.

—¿Porque no podemos apuntarles con *suficiente* precisión?

—No, porque ya están en otra parte. Si apuntamos a una estrella que está a diez mil años luz, tenemos que apuntar a donde estaba hace diez mil años.

—Eso se puede calcular.

—No con mucha precisión —dijo Tailin.

Eso tranquilizó de alguna manera a Yini. Significaba que la humanidad probablemente solo se destruiría a sí misma con esta arma.

—Entonces, si hay alienígenas inteligentes, ¿por qué aún no nos han atacado con un arma de taquiones?

—Tal vez esté mal visto —respondió Tailin—. He investigado un poco y he encontrado algunos casos que podrían interpretarse como el uso de un arma de este tipo. Lo que habla en contra es el hecho de que están distribuidas de forma bastante aleatoria.

—Quizá aún estén practicando para apuntarla bien.

Yini recordó la descripción de la destrucción de la nave espacial de Tailin que había visto en la transmisión de conciencia de Monte.

—La nave en la que Monte te encontró en el sistema Gliese-411...

—¿Sabes algo de eso? ¿Cómo? ¿Habéis hablado entre vosotros?

—Soy una cronógrafa, ¿recuerdas?

—Ah. Sí, bueno... —Tailin apartó el brazo del hombro de Yini—. Construimos una copia del arma, Baihu y yo. Teníamos que probarla. Elegimos el sistema deshabitado Gliese 411. Por desgracia, algunas cosas salieron mal y destruimos la mitad de la nave.

Su madre realmente había construido esta arma aterradora, y era buscada con razón por los neomarcianos y la Unión Terrestre. Era una criminal, y al mismo tiempo su madre, que pronto moriría.

—¿Y el arma? —preguntó Yini.

—Y el arma...

—¿Qué?

—El arma estaba en la parte más avanzada de la nave.

—Siempre imaginé que para eso se necesitaría un generador de taquiones. Una máquina enorme como la de Luna.

—Eso también es cierto. Pero el arma y el generador no tienen por qué estar en el mismo sitio. Usamos el generador en Neomarte.

Yini tragó saliva. El hecho de que el arma fuera real... No parecía conocer a su madre en absoluto. Su cuerpo la distrajo: Las piernas se le dormían poco a poco. Este lugar no era tan cómodo como parecía. Pero, temiendo la subida, no quiso forzar la salida.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería agobiarte con demasiados detalles. Pero fue un error. Acabo de darme cuenta.

—¿De qué te estás dando cuenta, mamá?

—Si mi cuerpo cede en algún momento, tarde o temprano empezarán a molestar a tus padres.

—¿Te refieres a los servicios secretos de Neomarte y la Unión Terrestre?

—Exactamente. Pero podemos evitarlo con relativa facilidad.

—Les daremos el arma.

—En caso de emergencia, tal vez. Pero tengo una solución mejor: Simplemente no me muero.

Yini no contestó. ¿De qué serviría ignorar la realidad?

—Creo que no me entiendes, Yini. Por supuesto, este cuerpo morirá. Pero tú podrías seguir viviendo como Tailin mientras Tsai Yini muere en el viaje.

—No podemos cambiar de cuerpo, mamá. No hay...

—No estoy hablando de una migración. Podrías ser Tsai Tailin, simplemente. Para alguien que no nos conoce, somos bastante parecidas. Te mostraré cómo solía maquillarme, y usaremos el resto del tiempo para que aprendas todo sobre mi vida y mi trabajo.

Una propuesta audaz. ¿Funcionaría? Probablemente no. Ella no era una física de taquiones. Cualquiera que la interrogara se daría cuenta. Pero al menos aprendería todo lo que había que saber sobre su madre.

—Muy bien, estoy de acuerdo. Con una condición.

—¿Y cuál es?

—Quiero grabarlo todo.

—¿Para que puedas buscarlo si te olvidas de algo? No es mala idea, pero si alguien más la consigue...

—Mantendré la información a salvo. Quiero escribir un libro sobre ello algún día. Nada de esto debería olvidarse nunca.



4 de abril de 2864, Albatros-1

Cuando Mark despertó, se sintió sorprendentemente bien. Estaba tumbado en su catre. No, estaba flotando sobre él. El Albatros-1 debía haber vuelto al vuelo sin motor. ¿Lo había hecho Kian? ¿Había descubierto cómo controlar la estación espacial?

Mark miró a su alrededor. Estaba desnudo, pero no tenía frío. Hacía demasiado calor en la cabina, como en el mundo tropical de Adad, de donde procedía el Kasen. Mark se enderezó y se rascó la sien. Su mano reaccionó. Se miró el antebrazo. La piel estaba pálida. No era de extrañar: no había visto el sol en cien años. Probablemente parecía un vampiro, un vampiro bastante viejo. Mark se miró. Efectivamente, tenía la piel flácida. Su cuerpo debía de haber perdido mucha grasa con los años.

Se enderezó y se estiró. Aún le quedaban algunos pliegues de piel. No era una imagen bonita, pero probablemente era normal a los 150 años. Antes estaba orgulloso de su cuerpo.

¿Dónde estaba Kian? Mark escuchó, pero lo único que oía era el silbido del soporte vital. Se giró hacia la derecha y dejó que sus piernas colgaran de la cama. Sin embargo, debido a la falta de gravedad, tuvo que hacer un esfuerzo para doblar las rodillas. Se preparó para el dolor, pero no lo sintió.

Sintiéndose más valiente, se impulsó. No apuntó bien y voló hacia el techo en vez de hacia el ordenador, pero al menos consiguió una buena vista general. Aquí también había un ojo de buey. Era

transparente y mostraba la negrura del espacio. Para poder ver las estrellas, tendría que atenuar la luz de la cabina. Se apartó del ojo de buey. Justo debajo de él estaba la cámara de estasis del capitán. Su cámara. Se suponía que iba a pasar el vuelo allí. Sin embargo, el cristal había sido destrozado. Debió ser un duro despertar. Era una maravilla que no hubiera muerto.

Tal vez en realidad no había sobrevivido. No pudo evitar pensar en el ritual Kasen. Mark se impulsó y flotó hacia la sala contigua. Aquí había ocho cámaras frigoríficas más. Podrían haber albergado a toda la tripulación en caso de emergencia. Las ocho estaban destruidas. Bajó flotando. Quienquiera que hubiera trabajado aquí había sido muy meticuloso. Los paneles de control nunca aceptarían que se pulsara un botón de nuevo. Las tapas estaban destrozadas.

Examinó una. Incluso las mangueras del interior estaban destruidas. Preveía que Kian pudiera hacer mucho daño, ¿pero esto? Las cámaras habían quedado tan devastadas que sería imposible reparar siquiera una con las piezas de repuesto que había a bordo. ¿Lo había hecho él mismo, animado por el pulpo de su cabeza? En el penúltimo ataúd de cristal, Mark encontró al menos una pista: el cristal estaba incrustado de sangre seca. Justo debajo había un hueso que podía proceder de un dedo humano. Probablemente se lo había arrancado accidentalmente durante su desenfreno.

Mark negó con la cabeza. ¿No debería recordarlo? Quizá Kian supiera más. Tenía que ir al centro de control. Con un fuerte empujón, salió de la habitación con las cápsulas de hibernación. Ahora miraba el catre en el que probablemente había pasado los últimos años con ojos completamente distintos. Entonces se fijó en un brazo que había en el suelo, junto a la cama. La mano tenía un profundo agujero. En el extremo del brazo, la punta redonda de un hueso sobresalía de la carne, que tenía incrustaciones marrones y negras.

Era su brazo. Mark sintió náuseas. Entonces vio un destello dorado en su dedo anular. Se impulsó desde el techo, descendió en picado como un águila sobre su presa y agarró el miembro. La piel estaba fría y tensa, como si se hubiera envuelto con especial fuerza alrededor de la carne que quedaba tras la muerte de su dueño. Mark

giró el brazo de modo que la mano quedara hacia él. El agujero del centro era enorme. Un simple destornillador no podía haberlo causado. Reprimió las náuseas, se agarró el dedo anular y tiró del anillo. Estaba atascado. Mark se escupió en el dedo. El anillo se desprendió. Lo giró para leer el grabado. T+M decía. Tailin se había opuesto a que le grabaran una fecha. Pensaba que debía memorizarla en lugar de confiar en que se la recordara el anillo.

Mark se puso el anillo en la mano izquierda y se quedó pensativo. Había olvidado la fecha.



Probablemente Tailin nunca podría preguntárselo. El TransVec debía de haber llegado aquí muchos años antes que él. Sabía que ella estaba en contra del uso de biobolsas. Probablemente había muerto hacía mucho tiempo. En cierto modo era una sensación tranquilizadora, porque si ya no estaba viva, él podía fracasar. Seguiría poniendo en peligro a la humanidad, pero no a su mujer.

Sin embargo, algo dentro de él se resistía. Tailin nunca le perdonaría si fracasaba. Tenía que dirigir la estación hacia la estrella, costara lo que costara. Mark utilizó su brazo muerto para levantarse del suelo. Luego, lo lanzó hacia atrás, lo que le dio impulso hacia delante. Se dirigió hacia el pasadizo que conducía al centro de control. La puerta intermedia se abrió automáticamente al acercarse.

El asiento del piloto estaba ocupado. Kian se había estirado en él. Su cola flotaba. Mark se acercó, pero el Kasen no reaccionó. Giró alrededor del asiento. Kian parecía estar en mal estado. Su cabeza se tambaleaba ligeramente de un lado a otro. Las dos aberturas de su abdomen estaban abiertas de par en par. Casi parecía que se hubiera hecho daño a sí mismo.

—Hm. Hm —murmuró la criatura.

Las palabras no solo provenían de la abertura respiratoria de la cabeza, sino también de otras zonas del cuerpo. Todas las funciones vitales de un Kasen estaban distribuidas uniformemente por todo su cuerpo.

—¿Qué estás diciendo? Por favor, no te he entendido.

—Hm. Hm.

Mark negó con la cabeza. Serían dos palabras, pero ¿cuáles? Se acercó al lugar de la primera fuente de los sonidos que sospechaba, la cabeza.

—Hm. Hm.

—Lo siento, no tengo ni idea de lo que intentas decir.

Con un rugido, el estómago de Kian se infló y soltó un chorro de aire maloliente. Mark tuvo que obligarse a no huir. Kian no se lo merecía. Giró el cuerpo para que sus piernas apuntaran hacia el techo. Luego, tiró hacia abajo de la piel del pecho de Kasen hasta que su oreja izquierda quedó casi apoyada en su estómago.

—Repítelo, por favor —dijo.

—Muerto. Ki.

Ki, ese podría ser su nombre abreviado. ¿Intentaba decir que se estaba muriendo?

—¿Te encuentras mal?

Kian asintió. Había aprendido este gesto muy pronto.

—¿Vas a morir?

La cabeza de Kasen se movió lentamente de un lado a otro.

—Entonces todo irá bien, ¿no?

Kian repitió el último movimiento, pero ya era más lento.

—¿Qué quieres de mí?

—Muerto. Ki.

—¿Quieres que... te mate?

El Kasen asintió. Mark creyó detectar incluso una sonrisa.

—No, amigo. No puedo hacer eso. Lo siento.

—Muerto. Kian.

En su mente, Mark vio cómo Kian había metido la mano en su pecho y le había arrancado los pulmones y el corazón. Se estremeció. ¿Era eso lo que Kian le estaba pidiendo que hiciera? Pero él era un ser humano, no un animal. No podía hacer eso.

—Kot —dijo Kian.

Mark suspiró. En Adad, Kian había matado a su amigo mientras jugaba con un cohete de señales. No, Mark no lo mataría con un cohete. Kian mejoraría solo. Negó con la cabeza y se apartó.

—Lo siento, amigo, pero no puedes pedirme que haga eso.

Se trasladó al segundo asiento, donde normalmente se sentaba el copiloto. Allí había una consola independiente que podía utilizar para tomar el control de la nave.

—Pero no te preocupes, Kian. Cumpliré tu deseo indirectamente.

Lo único que tenía que hacer era dirigir la estación espacial hacia el sol, y ambos se quemarían tan completamente que ni siquiera los filamentos de silicio podrían restaurarlos.

Mark se conectó. El sistema le dio la bienvenida.

—Buenos días, administrador. La última vez que se conectó fue hace solo seis horas. Espero que haya dormido lo suficiente.

«No te preocupes por eso, ordenador». Había pasado muchas décadas durmiendo. Pero ¿por qué decía el ordenador que seis horas? No recordaba la última vez que había llegado tan lejos. ¿Un error, tal vez un desbordamiento de búfer debido a su largo tiempo desconectado? Consultó el registro. Registraba los inicios de sesión regulares, siempre bajo sus datos de administrador.

Con cautela, miró a Kian. La pantalla que tenía delante estaba encendida. Mostraba un vídeo de una escena de la antigua Tierra. En algún momento debió de explicarle a Kian cómo entrar en el sistema. Retrocedió año tras año. Efectivamente, en el año 2802, la frecuencia de los accesos había aumentado drásticamente. Debía de haber una razón por la que había enseñado a Kian a utilizar el ordenador.

Mark no tardó en encontrar el motivo. Un mensaje entrante de Tailin, al más alto nivel de urgencia. Mark comparó los datos. Ese mismo día se había producido una fluctuación en el consumo de energía de las cámaras de estasis. El sistema debió de sobresaltar tanto a Kian que no había visto otra opción que despertarlo. Después de eso, probablemente habían destruido todas las cámaras de estasis juntos.

¿Qué había provocado este acto de vandalismo? El mensaje de Tailin debía de contener la respuesta, pero no recordaba lo que decía. Mark respiró más rápido. Tenía que encontrar el mensaje. Ya no estaba en su bandeja de entrada. ¿Lo había borrado? «Reconstruye el contenido de la memoria».

Afortunadamente, Kian no había creado ningún archivo nuevo. Después de la reconstrucción, el mensaje estaba en su bandeja de entrada como si hubiera estado allí todo el tiempo, esperándole. El asunto estaba incluso en negrita. El mensaje estaba aparentemente sin leer. Lo abrió.

—Querido Mark —leyó.

Intentó imaginar cómo habría dicho Tailin esas dos palabras, pero no pudo recordar su voz.

—He recibido la carta que enviaste a Terra Nova con el Hopper. Tengo que admitir que no la entiendo del todo.

Por supuesto que no podía entenderla. Había que sentir el pulpo en la cabeza para comprender el peligro.

—De todas formas, parece que estás sufriendo mucho, y lo siento mucho. Ahora creo que habría sido nuestro deber detener el TransVec y llevarte con nosotras, incluso en contra de tu voluntad. Pero en aquel momento no estaba en condiciones de hacerlo. Acababas de demostrarme lo poco que te importaba mi compañía. Así que, en nuestra votación, decidí no recogerte. Claire y Karima querían volver, pero las convencí de que sería mejor para todos si aceptábamos tu decisión.

«Oh, Tailin. De ninguna manera ibas a conseguir que me cambiara al TransVec. Fui tan estúpido».

—Eso fue un error. Por estúpida, no me di cuenta en ese momento por qué la decisión era tan equivocada. Aún no me había dado cuenta de que estaba embarazada.

Mark apartó la pantalla. ¿Era padre? ¡Imposible! Siempre habían tenido cuidado cuando dormían juntos. Una estación en órbita en un planeta inexplorado no parecía el lugar adecuado para un bebé. Excepto aquella vez en medio de una tormenta... Al día siguiente habían encontrado a Roger muerto, así que Mark se había olvidado por completo de aquella noche.

—Debió de ocurrir en la pequeña cabina —continuó Tailin—. Ahora omitiré algunas aberraciones porque no importan. Pero me convertí en madre de un par de gemelos. Yini y Kang. Son unos niños maravillosos. Ya son mayores. Yini se ha convertido en cronógrafa y Kang en conserje del Gran Archivo.

¡Realmente era padre! ¿Cómo era posible? Tailin debía de llevar años viajando en el TransVec. Dejó a un lado las dudas. Eran sus hijos, si Tailin lo decía. Le encantaría conocerlos. ¿Qué clase de personas habrían llegado a ser? Habían ejercido dos profesiones sólidas. ¿Qué sabrían de él? ¿Había sido muy difícil crecer sin un padre? «Sin padre biológico», se corrigió. Sin duda, Tailin habría encontrado una nueva pareja. Incluso lo deseaba para ella, pero seguía doliéndole. No habían sido una buena pareja en muchos sentidos. El amor no lo era todo.

—Han pasado muchas más cosas —escribió Tailin—, pero puedes encontrarlo todo en las bases de datos oficiales del Gran Archivo. Lo que no encontrarás allí es la pequeña nave privada de mensajería que ha puesto rumbo a Terra Nova. Tiene cuatro cámaras criogénicas donde Yini, dos de sus amigas y yo pasaremos los próximos años. No podrás localizarnos en ruta, pero puede que te veamos en órbita alrededor de Terra Nova. Por favor, cuando llegues allí, no hagas nada precipitado. La mayoría de los problemas se pueden resolver sin tener que morir. Debes saber que todavía te quiero. Pero, sobre todo, sería injusto para Yini que murieras sin que te conociera. Saludos cordiales, Tailin.

Uf. Mark se frotó los ojos. Sesenta y dos años atrás, aquel mensaje le había hecho destruir las cápsulas de hibernación. ¿Por qué no lo recordaba y qué le había llevado a hacerlo? Debía de ser puro miedo. Mark sabía lo que ocurriría si se cumplía el deseo de su hija: sería responsable de su muerte. Pero cuanto más se acercara a ella, más difícil le resultaría destruir el Albatros-1.

Por aquel entonces, sesenta y dos años atrás, debió de ocurrírsele la idea de simplemente matar su cuerpo mediante el envejecimiento natural, que las cámaras de hibernación impedían. Había observado correctamente que la reanimación no rejuvenecía sus órganos. Pero el hecho de que el pulpo de su cabeza no hubiera impedido la orgía de destrucción debería haberle hecho mostrarse escéptico. El poder que lo controlaba sabía que su intento estaba condenado al fracaso.

Sin embargo, tenía que intentarlo, una y otra vez. Era humano no rendirse. Especialmente cuando su llegada a Terra Nova pondría en

peligro la vida de su familia.



Esta vez no borró el mensaje. Tal vez le ayudaría a motivarse para lo que le esperaba. Aunque, o quizás porque, su mujer y su hija querían verle, tenía que acabar con su vida, y acabar como es debido. Apagó la pantalla sin cerrar la sesión y flotó hacia el techo. Desde allí, tiró de sí mismo por los asideros distribuidos de colores hacia la esclusa de proa.

El Albatros-1 era una estación de investigación clásica, formada por segmentos individuales unidos entre sí. Sin embargo, había una característica especial: no era necesario girar la nave para maniobrar. También era posible desplazar el segmento propulsor hacia la proa, con la ayuda de tres brazos robóticos distribuidos por la estación. Dado que el Albatros-1 acababa de frenar, alguien (presumiblemente el sistema de control automático) debió de iniciarlo.

El plan de Mark era tomar el control. No sobre la nave, sino sobre el módulo del motor. Su electrónica podría desconectarse completamente del resto de la estación. Una vez hecho esto, nadie sería capaz de interferir con él. El Albatros-1 seguiría sus órdenes solo. ¿Sería suficiente? ¿Quién podría decírselo? El pulpo llevaba mucho tiempo sin ponerse en contacto con él. ¿Quizás ya no estaba bajo su influencia? ¿Y si todo eran imaginaciones suyas? Entonces estaría matando a Kian y a sí mismo sin ninguna razón. «Esperaremos». El pulpo aún no tenía motivos para intervenir. No había grave peligro.

Mark llegó a la esclusa, entró en ella y cerró el mamparo tras de sí. Si dejaba salir el aire ahora, moriría. Puso la mano en el botón y estuvo a punto de pulsarlo, pero no lo hizo. «Vamos, detenme», pensó. Pero estaba y seguía libre. Podía apretar el botón, pero no tenía intención de hacerlo. El pulpo probablemente leía sus pensamientos. Siempre iba un paso por delante de él.

Mark abrió la taquilla de la pared lateral y sacó un traje presurizado. Era un modelo antiguo y probablemente tardaría media hora en ponérselo. Nunca había presupuesto suficiente para la ciencia. Empezó por la parte inferior. No estaba muy ágil, quizá debido al largo periodo sin actividad física. Había olvidado algunos pasos. Y todo el tiempo estuvo escuchando sus propios pensamientos para ver si no empezaban poco a poco a disuadirle del proyecto.

De hecho, al cabo de veintiocho minutos estaba de pie en la esclusa, completamente vestido. Se puso el casco e inició un autodiagnóstico del traje, que llevaba un siglo sin utilizarse. La prueba no detectó fugas. Mark podía salir de la esclusa. Se conectó a la cuerda de seguridad y pulsó el botón del mamparo exterior. La estación succionó el aire. El mamparo se abrió solo.

Dejó entrar el universo infinito. Mark dio un respingo. La negrura parecía acercarse lentamente para engullirle. Paso a paso, la esquivó hasta que su espalda chocó con la pared interior. Se estremeció. La oscuridad impenetrable le pareció otra forma del lodo negro en el que los Kasen le habían enterrado en Adad. Lo absorbería, lo descompondría en los átomos que lo componían y lo volvería a ensamblar, pero como ayudante voluntario del pulpo.

¿Era esta la reacción de su controlador secreto que había estado esperando todo este tiempo? Rebuscó en sus pensamientos, pero solo encontró el pánico normal ante las profundidades en las que estaba a punto de sumergirse. Cualquiera que hubiera pasado un siglo encerrado en una cueva tendría problemas en un pabellón deportivo. Conseguiría dominar su pánico, igual que lo había hecho cuando se entrenaba en la órbita de Titán, cuando aún era un joven biólogo lleno de esperanzas y sueños. ¿Y hoy? Ahora su mayor deseo era sumergirse en una estrella con el Albatros-1 al lado de un ser alienígena bastante inteligente.

Lentamente, con los ojos cerrados, avanzó por la cuerda de seguridad. Era más fácil no ver que ver la nada. La cuerda seguía enganchada al mamparo exterior. No podía perderse la salida. Se dio cuenta de que su estrategia funcionaba cuando su hombro chocó con la pared de la esclusa.

Tuvo que mantener los ojos abiertos durante los siguientes pasos. Mantuvo los ojos fijos en la pared exterior de la estación, que se limitaba a una gran zona redonda iluminada por el foco de su casco. Lo que había fuera no existía. El Albatros-1 aún estaba demasiado lejos de Terra Nova para que la tenue luz de Gliese 167 lo iluminara de forma significativa. Mark se concentró en las rutinas. Las rutinas eran lo que mantenía vivo a un astronauta, y eran estupendas para combatir el pánico. Cada vez que avanzaba dos pasos hacia la proa, primero tenía que enganchar una cuerda antes de poder soltar la otra.

A pasos de sesenta centímetros, se acercó al abismo que separaba la proa del Albatros-1 del módulo de motores. Cuando lo alcanzó, se detuvo un momento y respiró hondo. Pero Mark se dio cuenta de que no podía prolongar demasiado la pausa, no fuera a hacerse interminable. Se dio un empujón, flotó dos metros por el vacío, se agarró al siguiente puntal del otro lado y se aseguró con un cabo.

Afortunadamente, solo ahora se dio cuenta de que había cometido un error. Estaba demasiado lejos para desenganchar la otra cuerda. Y no había traído un tercer cabo. A partir de ahora, tenía que trabajar con mucho cuidado. Curiosamente, esto le vino bien, porque podía ver fácilmente por encima del módulo del motor con su pequeño diámetro. Hacia el abismo. Solo tenía que imaginarse que se encontraba en posición vertical y boca abajo sobre una profundidad infinita.

Todo era cuestión de perspectiva. Mientras Mark se concentrara estrictamente en el material del módulo, estaba bien. Se sujetó conscientemente con la mano izquierda mientras conectaba y desconectaba la cuerda con la derecha. Paso a paso, llegó a los controles, que estaban situados en el lateral del motor, fácilmente reconocible por su típica forma cónica.

Mark abrió la trampilla tras la que se ocultaba una pantalla. Era sencilla. Demasiado sencilla. El sistema era fácil de desconectar de la nave. Solo tuvo que confirmar algunas preguntas de seguridad. Mientras esperaba la intervención del pulpo, la última pregunta apareció en la pantalla: ¿Desconectar sí/no?

Cerró los ojos. Todo iba bien. Había superado el pánico y podía estar orgulloso de sí mismo. Pero si pulsaba «sí» ahora, su destino estaría sellado. No volvería a ver a su hija ni a su mujer. Tal vez salvaría a la humanidad, pero ellos nunca lo sabrían. Sin embargo, la decisión le resultó fácil. No podía permitir que el pulpo se apoderara de Yini ni de Kang.

Pulsó el botón Sí.

Apareció una barra de progreso. Era una simple serie de puntos que iban desapareciendo uno tras otro. Cuando dejaron de verse, la pantalla parpadeó.

"Desconexión cancelada. Confirmación fallida".

Joder. Mierda. Había un mecanismo de seguridad después de todo. Mark activó la desconexión de nuevo y la cronometró. Tenía quince segundos para confirmar la entrada. Probablemente tenía que ir al terminal del otro lado del módulo del motor. Contó hacia atrás desde quince y fue subiendo, pero cuando llegó a cero no había llegado ni a la mitad. Era imposible pulsar los dos botones por sí solo. Seguramente era intencionado. Nadie debería ser capaz de tomar el control de los propulsores por sí mismo.

Era una idea inteligente, pero ahora estaba solo a bordo.

Tonterías. Tenía un compañero: Kian. El Kasen parecía tener una enfermedad terminal, pero Mark conocía un remedio para eso. Solo tenía que cumplir su deseo. Mark solo esperaba poder hacerlo esta vez.



—Te necesito —dijo Mark.

El Kasen no había cambiado de postura. Incluso parecía haber dejado de respirar. Pero cuando oyó la voz de Mark, levantó brevemente la cabeza, para volver a bajarla de inmediato.

—Hm, hm.

Mark sabía lo que Kian le estaba pidiendo que hiciera, pero se acercó al vientre de la criatura de todos modos.

—Necesito tu ayuda —dijo desde allí—. Por favor, perdóname.

—Muerto. Ki.

No había necesidad de disculparse, y sin embargo le pareció mal. Incluso más ahora que antes, porque estaba concediendo el deseo de Kian por motivos egoístas en lugar de como prueba de su amistad.

—Ki. Muerto. Muerto.

El Kasen debió de darse cuenta de que había cambiado de opinión. ¿Eran amigos? ¿Podría haber amistad cuando eran tan diferentes? ¿O estaba humanizando su relación, como los humanos trataban de hacer con sus mascotas? Kian no era un juguete. Había acompañado a Mark por voluntad propia. Mark había intentado impedírselo. Pero ¿hasta qué punto eras libre cuando tenías dentro a ese ser de silicio? ¿Sentía Kian la voz del pulpo en su cabeza como él?

—Muerto. Ki.

Mark acarició el vientre del Kasen. El pelaje aquí era ligeramente más fino y suave que en la espalda o la cabeza. Se asemejaba más al crecimiento de la piel de los animales terrestres que a los pelos del pelaje exterior, que recordaban más a finos alambres.

Mientras acariciaba a Kian con una mano, el Kasen empezó a ronronear. Se detuvo, y el sonido cesó. La criatura se comportaba casi como un gato. Pero no tenía forma de saber si el ronroneo era una señal de bienestar. Tal vez era también una expresión del dolor que sentía.

—Muerto. Ki.

En cualquier caso, sus caricias no eran lo bastante agradables como para extinguir el deseo de muerte. No tenía por qué tener remordimientos de conciencia, aunque secretamente esperara resolver su propio problema matando al Kasen. Era el problema de Mark. La posible desaparición de la humanidad no era problema de los Kasen. Las células alienígenas de sus cuerpos no habían dañado a su especie, al menos hasta el momento. Al contrario: el grupo había desarrollado cierta inteligencia que sus parientes no poseían.

Quizá se debiera a su relativa inmortalidad. Sin la muerte como límite biológico, el aprendizaje nunca se detenía.

—Muerto. Ki.

Kian tenía razón. Mark estaba una vez más tratando de escapar del ahora usando el razonamiento. Tenía algo que hacer. Había traído un cuchillo. Lo mantuvo en su mano izquierda todo el tiempo, oculto por un pliegue de la manga de su camisa para que Kian no lo viera. Mark quería que la muerte le llegara de improviso. Así era como quería morir él. No podía hablar de ello con Kian. Probablemente al Kasen tampoco le importara.

Mark estiró la mano izquierda, dejó que el mango del cuchillo se deslizara hasta la palma y cerró los dedos en torno a él.

—Muerto. Ki —dijo Kian.

—Muerto. Ki —confirmó.

Mark hundió el cuchillo en el abdomen del Kasen. El tejido ofrecía poca resistencia. Movió la hoja hacia la derecha, luego hacia arriba, hacia la izquierda y de nuevo hacia abajo hasta que hubo cortado un trozo cuboide de Kian. Con la mano derecha, apartó la carne, creando un enorme agujero.

La criatura no sangraba. Ni siquiera parecía haberse dado cuenta de su ataque. Mark recordó el sexo que habían presenciado entre dos Kasen salvajes. El más pequeño había arrancado una cantidad considerable de tejido del abdomen del más grande y se lo había comido. En aquel momento, se había preguntado si ambos compañeros sexuales sobrevivirían.

—Muerto. Ki.

Kian le dio la respuesta. Aún no moriría. No en mucho tiempo.



Había caos en el centro de control. Mark solo se percató de ello cuando flotó hacia el techo. Parecía como si alguien hubiera destrozado una bolsa de basura oscura y bien llena con un cuchillo, en un ataque de rabia sin precedentes. Esto se debía, por supuesto, a la ingravidez. Por desgracia, las partes individuales del cuerpo de Kian se habían esparcido por la habitación hasta tal punto que incluso la existencia de tal cuerpo parecía improbable. Podría ser una almohada hecha jirones si la consistencia no fuera tan desigual.

Algunas partes del cuerpo estaban húmedas y blandas, otras eran tendinosas y duras, y también había zonas que le recordaban a la paja.

No había podido asignar una función específica a ninguna de estas zonas. Ni siquiera había encontrado cavidades extensas, aunque había visto a Kian exprimir un líquido que recordaba a la orina por sus aberturas abdominales. La anatomía de los humanos y de los Kasen era fundamentalmente diferente, y presumiblemente eso era cierto para todos los habitantes de Adad, incluso para los poderosos multípedos. En algún momento, cuando la flora quizá se había limitado a algas, helechos y musgos, estos debieron de decidir agruparse y formar unidades móviles. Una evolución similar se conocía de Próxima b, donde, en cambio, se habían desarrollado plantas arborescentes.

Mark echaba de menos su trabajo como investigador. La recopilación sistemática de hallazgos siempre le había dado grandes satisfacciones, aunque a veces fuera tediosa. Si no hubiera abandonado el TransVec, él y Tailin podrían estar ahora investigando otro planeta exótico. Nadie habría llegado a conocer mejor a los Kasen, y la forma de vida parasitaria habría permanecido en el pantano negro.

Kian también seguiría vivo. El Kasen solo había renunciado a su constante petición de que lo mataran cuando Mark le cortó la cabeza. O lo que él creía que era su cabeza. De hecho, su estructura no era muy diferente de la de otras partes del cuerpo. Fisiológicamente, probablemente sería mejor hablar de proa, porque Mark no había sido capaz de encontrar nada parecido a un cerebro. La conciencia del Kasen debía de estar organizada de otro modo. Presumiblemente, lo único que necesitaba para desarrollarse era una cantidad mínima de biomasa coherente. En términos evolutivos, era una jugada muy inteligente. Los organismos pluricelulares de la Tierra, con su marcada división del trabajo, probablemente no tendrían ninguna oportunidad contra una forma de vida así.

En la Tierra, el musgo probablemente había perdido su oportunidad. Mark suspiró.

—¿Y ahora qué?

Era agradable oír una voz, aunque fuera la suya. Desde la muerte de Kian, había estado completamente solo en el Albatros-1. Pero había matado al Kasen por una razón muy concreta. No quería liberarlo de su existencia. Todo lo contrario. Lo necesitaba joven y fresco. ¿Cómo lo hacía el parásito? Mark había pasado por el proceso muchas veces, pero nunca lo había observado. En algún momento de la mutilación, la reconstrucción tenía que fallar. La cantidad de material disponible era quizá uno de esos factores. Tenía que haber un cierto límite de tolerancia, o su brazo arrancado ya no existiría. ¿En qué momento se alcanzaba la cantidad mínima?

Además, el parásito tenía que poder funcionar de algún modo. Los componentes de Kian estaban distribuidos tridimensionalmente por todo el centro de control. Desde luego, no eran conexiones óptimas. ¿Debía esperar? Quizá las células volvieran a unirse por sí solas. De todos modos, no tenía nada que hacer y no quería perder otro día.

Así que empezó a recoger las partes individuales de su amigo. Las depositó en la cámara de hibernación mejor conservada, cuya tapa rota había retirado previamente. Recogió la mitad del material con las manos. Después se hizo más difícil. Los trozos restantes eran tan pequeños y ligeros que se los llevaban las corrientes de aire provocadas por sus movimientos. Mark cambió de estrategia. Cogió el aspirador del taller, metió una bolsa vacía y aspiró lo que parecía pelo de Kian. No era más que materia muerta, se dijo. No pudo evitar aspirar también el polvo ordinario. Pero confiaba en que el parásito sabría qué pertenecía al cuerpo de Kian y qué no. Al fin y al cabo, no había fusionado a Mark con el sofá, y nunca había intentado duplicar el anillo de bodas de oro.

Mark llenó la bolsa de la aspiradora casi veinte veces. Después, la cámara de hibernación estaba llena, a pesar de que comprimió el material guardado en ella con un trozo de pesada alfombra. Mark estaba sudando; necesitaba un descanso y algo de comer. Pero le picó la curiosidad. Se colocó a los pies del ataúd y dobló un poco la alfombra para poder observar la transformación de Kian.

El primer cambio visible fue que el material se volvió más oscuro. Mark comprobó la iluminación, pero no había cambiado. Parecía

como si la humedad estuviera impregnando las fibras. ¿De dónde procedía? Comprobó los datos del soporte vital. Allí, un ligero descenso de la humedad. Aparentemente, el parásito estaba absorbiendo la atmósfera. Lo cual tenía mucho sentido, porque la humedad en el planeta tropical Adad siempre había sido alta.

Luego, no pasó nada durante mucho tiempo. Mark se impacientó. Pero tampoco quería perderse nada. Los procesos biológicos suelen adoptar la forma de pequeños cambios que se acumulan a lo largo del tiempo y, de repente, adquieren una cualidad diferente. Su perseverancia se vio finalmente recompensada cuando se formaron conexiones oscuras entre las fibras. Recordaban a hilaza, pero no tenían un patrón reconocible. De minuto en minuto, cubrían áreas cada vez mayores y finalmente abarcaron todo el contenedor.

Ahora se formaban nudos en los hilos. Al principio, Mark supuso que eran como huevos, pero cuando arrancó uno con unas pinzas, resultó ser completamente homogéneo. Los nudos estaban hechos del mismo material que los hilos. Mark solo comprendió su finalidad cuando el material envuelto en los hilos fue adquiriendo una forma sólida. Antes, simplemente había rellenado el ataúd. Ahora empezaba a parecerse cada vez más a la crisálida de un insecto gigante. Los hilos crearon esta forma contrayéndose y acumulando el material sobrante en los nudos.

La crisálida no mostró ningún cambio durante mucho tiempo. Mark estaba a punto de tomar una muestra cuando vio en la base que hacía tiempo que había entrado en la siguiente fase. Allí se había formado un pequeño montón de material, que el parásito probablemente identificó como extraño. Al principio, Mark encontró en él una buena cantidad de pelo. Algunos eran tan largos que era imposible que procedieran de él. Colocó un espécimen especialmente largo bajo el microscopio. Era más grueso que su propio pelo, pero no estaba teñido. Intentó relacionarlo con un miembro de la tripulación. La única persona que cumplía los requisitos era Tailin. Su pelo había sido oscuro, pero después de cien años este espécimen podría haber perdido su pigmento.

Además del pelo, Mark descubrió trozos de papel, migas de comida dura, rollos no identificables y recortes de uñas. Uno incluso

tenía algo de pintura. Debía de ser de Claire. Era la única que se había pintado las uñas. Cogió el aspirador, metió la basura en la bolsa y llevó la bolsa llena a la cámara de reciclaje. El soporte vital convertía todo el material biológico en comida. En los últimos cien años se había comido un montón de uñas, excrementos y madejas extrañas sin darse cuenta.

Cuando volvió flotando al dormitorio, Kian seguía sin moverse. La crisálida en la que dormitaba se había vuelto más delgada. Sin embargo, era considerablemente más pequeña que el Kasen que había matado. ¿Había perdido algo de material después de todo? ¿O tenía el parásito algún as en la manga que él aún desconocía? Solo la cola del Kasen era tan larga y grande como el contenedor de hibernación. ¿Qué planeaba hacer el parásito con él?

Mark obtuvo la respuesta cuando un ruido le despertó de un sueño intranquilo. Se sintió molesto por haberse quedado dormido (podría haberse perdido algo), pero enseguida se dio cuenta de que el momento decisivo aún estaba por llegar. La crisálida podría abrirse en cualquier momento. Mark había supuesto que se abriría como un huevo de pájaro, debido a la actividad de la criatura oculta en su interior. Pero Kian no se movió. El propio parásito debía de estar haciendo que la crisálida se abriera lentamente, empezando por lo que Mark pensó que era la cabeza.

Debajo, el familiar pelaje exterior de Kian quedó al descubierto. Mark sonrió, esperando su reencuentro. Sin embargo, era demasiado pronto. El cuerpo que se revelaba bajo la cubierta aún no se parecía en nada al de un Kasen. Parecía más bien el tronco de un árbol, que en lugar de estar cubierto de musgo ordinario estaba cubierto de una variedad que extendía ramas particularmente rígidas. Ese no era su amigo.

¿Y si era intencionado? ¿Quizá el parásito no tenía intención de ayudar a Kian a renacer? A Mark le recordó la historia del doctor Jekyll y el señor Hyde. Tal vez el lado oscuro de Kian estuviera saliendo ahora. Negó con la cabeza. Lo que estaba viendo era simplemente una fase intermedia. Ya había reflexionado sobre cómo podría desarrollarse un Kasen completo confinado en el contenedor de hibernación. La respuesta era sencilla: no funcionaría.

El parásito también parecía darse cuenta de ello. Sin embargo, tenía un problema: no era fácil salir del contenedor. Mark observó sus repetidos intentos de darse un empujón. En microgravedad, debería ser fácil salir del ataúd y flotar hacia el techo. Pero las bisagras de la puerta que Mark había desmontado estorbaban. Respondían a cada impulso hacia arriba con un contraimpulso, por lo que el parásito era incapaz de sacar la versión bruta de su obra de arte del ataúd de cristal.

Tendría que ayudar. Mark se preguntó un poco por qué el pulpo no le dio inmediatamente este deseo como una orden, pero no fue necesario. Estaba dispuesto a servir a su amo por voluntad propia. Mark se inclinó hacia delante y giró ligeramente el cuerpo en bruto sobre un costado. El siguiente impulso hacia arriba evitó la bisagra y el cuerpo flotó hasta el techo.

Extrañamente, se quedó allí. Debería haber rebotado. Al parecer, el parásito tenía otros planes y se aferró al techo con algún tipo de raíces adhesivas. Mark se impulsó y flotó tras él.

—Hola, amigo —le dijo.

El tronco no respondió. El parásito aún tenía mucho trabajo que hacer para convertirlo en un Kasen. A Mark le rugió el estómago. Hacía tiempo que no tenía tanta hambre. Su presencia no era necesaria aquí ahora mismo, así que se desplazó por los asideros hacia la cocina.

Le apetecía granola de chocolate y encontró un paquete abierto. Estaba un poco polvoriento, pero el contenido seguía oliendo bien. Vertió una porción en un cuenco con protección contra salpicaduras, del que podía comer en gravedad cero. Luego, se puso en cuclillas sobre la pequeña mesa y empezó a comer. Siempre comía la granola seca. Crujía deliciosamente.

Entre bocado y bocado, oía ruidos procedentes de la cámara de hibernación. Decidió ignorarlos. Ver a Kian sufrir la inevitable metamorfosis no podía ser bueno para su sueño.

Ya había absorbido suficientes imágenes horribles por hoy. Por un momento, imaginó la escena de la matanza en el centro de control, pero la reprimió.

Extrañamente, su apetito no se resintió. Quizá él mismo ya no era lo bastante humano. ¿Quién sabía qué efecto tenían los constantes renacimientos en su psique? Como único humano que quedaba a bordo, ya no tenía con qué compararse. Pero algo le tranquilizaba, aunque muriera: en cuanto pensaba en sus hijos, estaba seguro de su tarea. Tenía que protegerlos del pulpo.

Masticó el resto de granola y tragó. Luego, se dirigió al lavavajillas y metió el cuenco en él. El aparato estaba casi lleno, así que lo encendió. Emitió un agradable sonido sordo que le dio sueño. Kian no volvió a hacer ruido. Mark decidió no entrar flotando en el centro de control. Tendría que pasar del Kasen. Estaba muy cansado. Buscó en la cocina un arnés con el que sujetarse al techo y se durmió en pocos minutos.



18 de Paopi de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 5 de abril de 2864

¿Cuánto tiempo puede sobrevivir un cuerpo humano sin comida? En su tercer día de ayuno, X7 apenas podía creer la afirmación de Strube de que hoy no moriría de hambre. Aunque todavía no había tenido que esforzarse físicamente. El transbordador se acercaba al asteroide Terracota-7 sin propulsión, para no ser detectado por los sensores de la estación minera. Tardó un rato en encontrar un rumbo creíble en el que la nave pudiera confundirse con un cuerpo celeste natural.

—Tienes que prepararte —dijo Strube.

Al igual que en su último EVA, X7 había descartado pedalear durante media hora. No podía hacerlo, sobre todo porque el viaje sería agotador. Strube le había advertido varias veces de las consecuencias pero X7 había consultado la literatura especializada y se había dado cuenta de que tenía muchas posibilidades de sobrevivir al viaje incluso sin hacer ejercicio.

Se impulsó y flotó hasta el traje presurizado. Estaba muy agradecida de que funcionara sin problemas.

—No olvides preservar el silencio de radio —dijo tras ponerse el casco.

—No te preocupes.

Poco después, la puerta del exterior se abrió tras ella. Esta vez, X7 no se sobresaltó. Había pensado detenidamente cómo proceder. La salida estaba en el lado que daba al asteroide. Disponía de unos cinco minutos para ajustar su velocidad relativa y de un tiempo infinito para acercarse al cuerpo celeste.

Los reactores de su espalda se pusieron en marcha. La inercia tiró de sus piernas para ponerla en posición prona. X7 movió los pies, pero no pudo cambiar de posición, al menos durante el proceso de frenado. Pero sobreviviría. Se sentía como si hubiera saltado de un avión a gran altura y ahora estuviera entrando en un medio cada vez más denso.

Los cinco minutos pasaron rápidamente. El asteroide flotaba a su lado. Ella se encontraba sobre su lado oscuro, que no estaba iluminado por la enana roja del sistema. Por las luces que se movían en la superficie, se dio cuenta de que el asteroide giraba rápidamente bajo ella, lo que dificultaría el aterrizaje. Sin embargo, todas las luces se movían en la misma dirección, lo que significaba que no debería haber ni personas ni vehículos allí abajo.

X7 alineó los reactores de modo que se moviera hacia el asteroide. Sus piernas se balancearon bajo ella y su cuerpo giró hacia un lado. Desde lejos, debía de parecer Superman volando por el espacio, pero sin capa. Estiró el brazo derecho hacia delante para completar la pose. Sin embargo, cuanto más se acercaba el asteroide, más se invertían los papeles. Ella no volaba hacia Terracota-7; el asteroide venía hacia ella para tragársela. X7 intentó quitarse la imagen de la cabeza, pero cuanto más lo intentaba, más se consolidaba. ¿Por qué el cerebro humano no tenía un botón de borrado? Quizá debería dejar de quejarse de los defectos de la gente. Al fin y al cabo, ella lo quería así. Strube podría haber estado sentado en el transbordador en su propio cuerpo, con ella a los mandos.

Sonó una señal de alarma. Un número rojo se iluminó en el casco. Faltaban cien metros. Los números se movían más rápido de lo esperado. X7 giró los reactores 180 grados para reducir la velocidad. El asteroide era mucho más pequeño incluso que la luna

de la Tierra, pero seguía teniendo una importante atracción gravitatoria, que ella había olvidado incluir en sus cálculos. Respiró hondo. En realidad, no era un problema. Los reactores lo compensaban fácilmente.

75.

55.

40.

Ahora se hundía en las profundidades más lentamente, y frenar tenía la ventaja de que caía con los pies por delante. Pero el siguiente sonido de advertencia la puso nerviosa. Las toberas se habían quedado sin gas. Funcionaban con gas comprimido, y el depósito no podía rellenarse a bordo del transbordador.

30.

Solo faltaban 30 metros. La caída no la mataría. Desde luego que no.

20.

X7 se preparó para aterrizar. Tensó un poco las piernas y se agarró el casco con toda la fuerza que pudo. Era el elemento más sensible del traje presurizado.

10.

Ya casi. Con suerte, al menos caería en terreno blando.

Un dolor le pinchó el talón derecho. Se olvidó de inmediato de él porque una fuerza despiadada le dobló violentamente las rodillas, tanto que temió que la tela del traje reventara. El impacto de su coxis le quitó la presión. Ay. X7 intentó ponerse en pie, pero rebotó en la superficie. En el último segundo, su pie chocó con una roca, lo que hizo que todo su cuerpo girara sin querer. Mierda. Extendió los brazos por encima del cráneo, porque esta vez parecía acercarse al suelo de cabeza. Al menos, apenas le quedaba velocidad. Sus manos se hundieron en el polvo negro. El cristal del casco se volvió casi opaco. Consiguió empujarse con las manos, volcó y de repente estaba de espaldas en el suelo.

Uf. X7 nunca había aterrizado en ningún sitio con tanta torpeza. Pero no importaba. Había llegado y, de momento, no había señales de que nadie la hubiera visto hacerlo. Se levantó e inmediatamente voló medio metro. Tendría que cronometrar muy bien sus

movimientos. Empezó quitándose el polvo del traje. Cuando se tocó suavemente el trasero, sintió que el dolor acechaba en las profundidades. Ese polvo podía quedarse. Sus rodillas parecían haber sobrevivido bien al aterrizaje. Se limpió los cristales del casco y se orientó.

El asteroide giraba en sentido contrario a las agujas del reloj. Tardaba unos cincuenta minutos en dar una vuelta completa. Había aterrizado aproximadamente en el ecuador. Aquí, a nivel del suelo, la rotación pronto provocaría la salida del sol. Así que lo primero que debía hacer era buscar un lugar donde esconderse. X7 caminó en dirección opuesta a la rotación, es decir, hacia el oeste, si consideraba que la dirección de la salida del sol era el este. Eso le daría uno o dos minutos más de oscuridad.

La primera cueva apareció a poco más de cien pasos. Solo tenía unos metros de profundidad. Dentro, X7 encendió el foco del casco. Encontró una especie de paquete en un rincón. Leyó la etiqueta, esperando que fuera comida, pero se llevó una decepción. Alguien había depositado aquí los excrementos de su traje espacial. Volvió a salir de la cueva. Encontró otra a unos cincuenta metros hacia el oeste. X7 la iluminó. Debía de tener doscientos metros de profundidad. Era demasiado insegura para ella.

Siguió adelante. La tercera cueva era poco profunda. Pero la que encontró a continuación cumplió sus expectativas. Era fácil entrar. Parecía como si una burbuja de magma se hubiera derrumbado aquí en algún momento. Lo que quedaba era un cuenco en forma de huevo con varios pasadizos a los lados. X7 exploró dos de ellos. Tenían una ligera pendiente descendente. Tras unos cincuenta pasos, dio media vuelta. Había espacio más que suficiente para esconderse a la luz del día.

Poco después, la primera sombra cayó en la hondonada. X7 se puso al abrigo de la ladera oriental. Allí, la superficie estaba a un metro y medio por encima de ella. Se sentó y observó que se había formado hielo en la transición de la pared al suelo. X7 lo rascó, pero era tan duro como una roca. Evidentemente, esta parte de la cueva nunca había estado expuesta al sol. Se aventuró a salir un poco de la cubierta, lo suficiente para observar la estrella central.

La enana roja brillaba con un blanco apagado. Se encontraban fuera de su zona habitable. Sin embargo, sentía el calor de sus rayos en las mejillas. El casco incluso empezó a cambiar de color, al parecer para protegerla de la luz solar. X7 se dio cuenta porque la estrella se volvió de repente roja como la sangre, y el material blanco de su traje también pareció cambiar a rojo. Volvió a meterse bajo el saliente para que la pantalla del casco volviera a aclararse.

La visita de Gliese 167 solo duró veinte minutos. A X7 le pareció bien, porque tenía prisa. Abandonó su escondite antes de que la estrella se hubiera puesto por completo y dio un gran salto hacia el edificio que Strube y ella habían elegido. Era el puesto más alejado del cuartel general. La actividad minera se extendía en forma de anillo desde el punto donde se encontraba el centro de control. La mayor parte del trabajo lo realizaban robots. Sobre todo, en las minas ya explotadas. Al parecer, cuando se abría una nueva zona, el colectivo minero instalaba estaciones externas operadas principalmente por humanos. Al menos, eso era lo que podían deducir observando pasivamente las actividades de los mineros.

X7 esperaba poder colarse allí. Una de esas personas podría ser Claudio Pedramonte.



La primera señal de que X7 se estaba acercando a su objetivo fue la creciente cantidad de basura. Una y otra vez encontró pequeños sacos en un paisaje que, por lo demás, estaba intacto. En algunos de ellos encontró herramientas dañadas, envases de comida vacíos u objetos similares. X7 se guardó en el bolsillo un martillo, cuyo mango estaba astillado en algunas partes, pero que aún se sentía bien en la mano. En otros lugares encontró envoltorios de explosivos. Al parecer, los trabajadores de este lugar facilitaban el desarrollo subterráneo con voladuras. La esperanza de encontrar unos cuantos cartuchos de dinamita utilizables no se cumplió.

El edificio que buscaba estaba justo delante de ella. Era una especie de búngalo. Bajo el tejado plano se veían dos puertas y una

verja más grande. Detrás de la puerta abierta estaba el garaje, del que salía un planeador. Maniobró con cuidado entre unas grandes cajas y luego salió disparado hacia el espacio en un ángulo de 90 grados. ¡Ojalá Monte no fuera a bordo! La puerta del garaje permaneció abierta incluso después de que el planeador despegara. Detrás de la entrada, una dispersión de cajas de color claro hacía que pareciera que una boca cuadrada a la que le faltaban algunos dientes sonreía.

X7 miró su reloj. El sol se pondría en cuatro minutos. Entonces podría cruzar la plaza a hurtadillas. Le habría gustado pedirle a Strube que vigilara el planeador, pero ahora necesitaba mantener el silencio por radio. Si aún no habían ahuyentado a Monte, podría alcanzarlo. La única duda era cómo le reconocería.

Tres personas salieron por la puerta central. Se acercaron a una de las cajas y la golpearon con una herramienta hasta que la pared frontal se inclinó hacia delante. En su interior apareció una máquina que parecía un gusano con ruedas unidas a todos los lados de su cuerpo. Las ruedas parecían de metal y brillaban a la luz del sol poniente. Pero los hombres no pusieron en marcha la máquina. Uno se colocó en la parte delantera, otro en la trasera y, a la orden del tercero, la levantaron y se la llevaron. Cuando el sol desapareció tras el horizonte, encendieron las luces de sus cascos. Lo cual fue bueno para X7, porque pudo ver que los hombres se alejaban cada vez más de la base.

Era su oportunidad. Corrió hacia la esclusa de la que habían salido los hombres. Por suerte, no había código de bloqueo. Lo único que tenía que hacer era pulsar el botón de apertura. Probablemente había muy pocos ladrones aquí. Una columna de vapor salió de la rendija de la puerta. La puerta se abrió. X7 tiró de ella hasta abrirla del todo, saltó dentro y la cerró tras de sí.

Mientras la esclusa se llenaba de aire, tuvo unos segundos para pensar. Si había alguien en el edificio, sabría que tenía visita. X7 sacó el martillo del bolsillo ventral de su traje espacial. Cuando la luz de la entrada se puso verde, se quitó el casco. El aire olía a fresco y era agradablemente frío. Empujó el picaporte hacia abajo y tiró de él. Por desgracia, la bisagra chirrió con fuerza. Tal vez no debería

haber tirado de ella: parecía que un motor movía la puerta. El pasillo que había detrás estaba oscuro, pero al entrar se encendió una luz cegadora. Después de todo, debía de estar sola. Con pasos suaves y saltarines, avanzó por el pasillo.

—¿Lasse? ¿Eres tú?

Mierda. Alguien venía. Era una voz femenina. X7 se puso el casco. El reflejo haría difícil ver su cara. La mujer dobló la esquina. X7 la saludó pero no dijo nada. Solo tenía que acercarse lo suficiente y entonces... La mujer se detuvo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

Probablemente se refería al traje presurizado. Probablemente aquí se utilizaba un modelo diferente. X7 se llevó el dedo a la boca, susurró algo y le indicó que se acercara. La mujer se aproximó. X7 dobló un poco las rodillas para hacerse más pequeña. Más cerca aún. Un paso más. X7 hizo un gesto con la mano izquierda, pero con la derecha golpeó con el martillo en la cabeza de la mujer.

—¿Qué...?

Se quedó callada. El impulso del martillazo, ligeramente lateral, la estampó contra la pared. Se deslizó por la pared a cámara lenta. La sangre rezumaba de la herida donde aún estaba clavado el martillo.

X7 miró a su alrededor. Ahora sí que estaba sola.



La primera habitación que encontró fue una cocina. Incluso había tres frigoríficos. Abrió el primero. ¡Comida! Qué maravilla. X7 no sabía de cuánto tiempo disponía, así que eligió una especie de yogur en un envase alto y transparente. Tenía un sabor neutro, pero era rápido de tragar y parecía adecuado para ella, gracias a su contenido en grasas y proteínas.

Se limpió la boca y atravesó la siguiente puerta para entrar en una especie de centro de control. Al menos, eso era lo que sugerían los ordenadores y la gran pantalla. La pantalla mostraba un mapa de la zona. Tres puntos verdes parpadeaban al frente, alejándose del edificio, y cuatro puntos naranjas se acercaban lentamente desde

más lejos, hacia el horizonte. Tenía que darse prisa. X7 se dio la vuelta rápidamente. Se oyó un tintineo. Una taza cayó al suelo y derramó un líquido marrón que aún humeaba.

No importaba. Encontró un terminal encendido junto a la tarjeta. Sabía cómo utilizarlo. La mujer seguía conectada. Qué suerte. X7 cambió a la vista general del personal. Era un *software* estándar; todos los datos de los miembros del colectivo parecían estar almacenados aquí. Había sesenta y tres en total, cuarenta y dos de ellos mujeres. Se desplazó por los datos, pero Monte no estaba entre ellos. X7 se sintió frustrada. Se había imaginado que esto sería más fácil. Pero claro, si Monte estaba aquí en el cuerpo de otra persona, la base de datos no lo sabría.

Quizá pudiera encontrar una pista en los alojamientos. X7 salió del centro de control por otra puerta y entró en la estación médica. Allí vio dos tumbonas una al lado de la otra. Ambas estaban equipadas con los cuencos de lectura que permitían purificar la conciencia. Siempre era bueno disponer de esta técnica. Si un miembro de la tripulación caía peligrosamente enfermo, podía utilizarse para mantener su conciencia a salvo hasta que se consiguiera una nueva biobolsa.

Pero ¿dos sofás? Solo se necesitaban si querías intercambiar cuerpos. ¿Acaso el colectivo minero estaba ganando algún dinero extra ayudando ilegalmente a fugitivos a esconderse? Sin embargo, dos divanes también permitían otra aplicación: podían utilizarse para penetrar en la conciencia de los demás. Los psicólogos solían utilizar este método para llegar al fondo de los trastornos mentales persistentes.

X7 tuvo otra idea. Se dio la vuelta y corrió por la sala de control y la cocina hasta el pasillo donde había derribado a la mujer. Tenía los ojos cerrados, pero movió la mano y susurró algo que podía interpretarse como «ayuda». Sí, X7 la ayudaría, pero por un precio. Levantó a la mujer y se la echó al hombro. Miró la etiqueta con su nombre. Hill, decía. ¿Era la jefa de servicio con la que había hablado anteayer? No la reconocía, y Hill era el apellido de una de cada tres personas de Terra Nova.

No importaba. Hill nunca sería su aliada, aunque le hubiera salvado la vida. La tumbó en uno de los sofás y deslizó el lector sobre su cabeza.

—Fallo orgánico múltiple en diecisiete minutos —dijo la máquina.

Esto iba a ser doloroso. Una purificación de conciencia llevaba varias horas. La purificación de emergencia implicaba bajas ocasionales, porque el tejido nervioso se leía sin tener en cuenta posibles quemaduras. Pero quizá no doliera tanto. Nadie había sobrevivido nunca a una purificación de emergencia, porque solo se permitía cuando la biobolsa estaba al borde de la muerte física.

Como ahora. X7 inició el proceso. La mujer del sofá se puso rígida. Sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas. X7 corrió al centro de control. Los puntos naranjas estaban a media hora de la estación exterior. De momento, nadie parecía haberse percatado de su presencia. Volvió corriendo a la estación médica. La mujer se había calmado un poco. Tenía la cara pálida y le corría sangre por el costado. Paciente: Hill, Carine, decía la pantalla, que también mostraba la vida útil restante de la biobolsa. No era casualidad. X7 se tumbó en el segundo sofá. Por fin tenía la oportunidad de coger a Monte.



—Déjame en paz, mamá.

—Carine, tienes que desayunar.

—Pero estoy llena.

—Si no terminas tu desayuno, papá se enojará.

No, no era el momento adecuado. X7 se incorporó y buscó el mando a distancia de la interfaz. Había aterrizado en algún lugar de la infancia de Carine. Tanteó el borde del sofá hasta que encontró un primitivo teclado de mano. Probablemente los sofás eran tan caros que el colectivo minero no podía permitirse mejores controles para ellos.

X7 saltó hacia delante. Para hacerlo, tenía que pulsar el botón de avance una y otra vez. Era molesto. Las escenas que necesitaba

estaban al final de la vida de Carine hasta el momento. Pero poco a poco se acercaba a su objetivo. La primera llegada a Terracota-7, un grave accidente con un robot, un romance sin compromiso con un colega y, por último, la conversación por radio con un oficial impertinente de la Tierra que no escatimaba amenazas. Al revivir la escena, X7 quedó tan enfadada con X7 como lo estaba Carine tres días atrás.

Pero entonces llegó lo que estaba buscando. Su corazonada era correcta. Un hombre había estado escondido en el punto ciego de la cámara, que ahora apretaba la mano de Carine con una mirada de agradecimiento.

—No sabes cuánto nos has ayudado —le dijo.

Carine negó con la cabeza.

—No quiero saberlo. Pero el hecho es que tienes que salir de aquí ahora. Ese tipo volverá. Ya le has oído. Yo también le he visto. Es frío como el hielo.

Eran declaraciones muy halagadoras. Incluso en un cuerpo humano, X7 amedrentaba.

—Dame tres días más, por favor. ¿Crees que puedas? Necesito ese tiempo para conseguir un planeador.

«Mierda, mierda, mierda». X7 se arrancó el cuenco de la cabeza. Era como se había temido. Monte había estado aquí hacía media hora. Debería haberse ocupado del planeador de inmediato en lugar de volar primero al punto L2. Se incorporó, pero cambió de idea.

Fallo orgánico múltiple en siete minutos, decía la pantalla de la bandeja de lectura de Carine. Sin embargo, la purificación de emergencia parecía estar completa. Cuando los cuatro puntos naranjas llegaran aquí, el cuerpo estaría muerto, pero Carine Hill seguiría viva. Debería estar agradecida, pero en lugar de eso, la maldeciría. No importaba. X7 volvió a tumbarse y se colocó el cuenco en la frente. Seguía echando de menos los tres últimos días.

El único problema era que estaba en la cabeza de Carine y no en la de Monte. ¿Podrían haberse enamorado? Solo había visto al hombre, cuyo cuerpo Monte había tomado prestado o del que se había apoderado, tres veces en total. La última vez que se vieron

debió de ser hace dos horas. Fue cuando Carine entró en servicio y Monte se acercó a ella para despedirse.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó Carine.

—No, solo quería darte las gracias de nuevo.

—Era natural. Ayudar a la gente necesitada forma parte de nuestra identidad.

—Eso es muy noble.

—Desde luego, pero también lo es ganar dinero —dijo Carine—. ¿Recuerdas nuestro trato?

Monte sonrió. X7 memorizó su cara. Si se lo volvía a encontrar en esta biobolsa, lo reconocería.

—El diez por ciento de todo lo que gane en el futuro. Será un mal trato para ti, estoy seguro.

—Tal vez. Pero si alguna vez te haces rico, sacaremos algo de ello. Es como la lotería. Nos das un boleto barato que puede que nos toque el gordo. Pero probablemente saldrá perdedor. Es un problema de números.

—¿Cuántos contratos como este has firmado?

—Ahora es un número bajo de cuatro dígitos.

—Ustedes son muy útiles. Bueno, ahora sí que me tengo que ir.

Monte se dio la vuelta y volvió a levantar la mano para despedirse. X7 vio cómo Carine se dirigía al ordenador del centro de control y seguía el rumbo del planeador. Su destino era una discreta estación en la órbita de Terra Nova. X7 detuvo la imagen. La estación orbitaba a una altitud de unos 500 kilómetros y parecía tener una característica forma de L. X7 debería ser capaz de identificarla por esas características.

«Gracias, Carine, por esta última pista». X7 sintió la tentación de avanzar hasta su propio encuentro en el pasillo. ¿La había reconocido Carine? ¿Podría haber eliminado a su oponente con más eficacia? Pero no tenía tiempo para vanidades. X7 utilizó el mando a distancia para borrar las últimas cuatro horas de la memoria de la mujer y del ordenador. No necesitaba testigos.

Luego, se quitó el cuenco de lectura y se levantó. Había dejado un desastre. Su víctima ya no sangraba, pero un rastro rojo oscuro corría desde el sofá hasta el pasillo, volviéndose gradualmente

negro. Los puntos naranjas llegarían en quince minutos. No tenía tiempo suficiente para cubrir su rastro. X7 se miró a sí misma. Su traje presurizado también había recibido algunas salpicaduras y había pisado un charco de sangre con la bota derecha. El martillo también había ensuciado el bolsillo donde lo había guardado.

Miró la herida de la cabeza de Carine. Era angulosa y profunda y, si no se equivocaba, por ella se filtraba materia gris. Difícilmente podía interpretarse como un accidente. La tripulación estaría buscando a un asesino. X7 fue al centro de control y se sentó donde el registro de Carine seguía abierto. Buscó grabaciones de las cámaras de vigilancia. Había una en la esclusa y otras en el centro de control y la estación médica. Ajá, una cámara vigilaba los frigoríficos. El autoservicio parecía ser indeseable incluso en un colectivo minero. X7 borró todas las grabaciones de las últimas dos horas. Tenía que ponérselo lo más difícil posible a los investigadores. Pero aún quedaba su cuerpo, que sin duda había dejado pruebas de ADN por todas partes. Eso era un poco desfavorable para Strube. Con suerte, su identidad no estaba almacenada en ninguna base de datos, o el capitán pronto tendría una petición de extradición sobre su mesa.

Debería advertirle. Sería lo justo, ya que él no había tenido elección a la hora de poner su cuerpo a disposición de ella. Por otro lado, eso dificultaría su trabajo. X7 tenía una misión y debía evitar cualquier cosa que pudiera ponerla en peligro. Como había llegado a conocer a Strube, él no aprobaría sus acciones si se enteraba de ellas. Eso tensaría su relación de confianza. Strube no tenía ninguna razón objetiva, pero aparentemente confiaba en ella. Típico de los humanos. Ella no debía poner en peligro eso.

Quedaban ocho minutos. Tenía que salir de aquí ya. Corrió a pasos agigantados hacia la esclusa. Allí se dio cuenta de que había olvidado su casco. Volvió corriendo. Uf. Cuando la esclusa se despresurizó y tuvo que ponerse el casco, se alegró de la corriente refrescante del soporte vital que le soplaba por el cuello. El botón exterior se puso verde. Lo pulsó, pero la puerta de la esclusa se abrió con una lentitud angustiosa. Por fin. Fuera era de día. El sol blanco y opaco estaba casi en su cenit. Habría luz durante otros

veinte minutos. Aún no había señales de los mineros que se acercaban a la estación. El horizonte estaba a solo cien metros en este pequeño asteroide.

X7 caminó alrededor de la estación. A su sombra, puso en marcha los reactores de su espalda. No ocurrió nada. ¡Mierda! Sabía que esto pasaría. ¿Por qué no había pensado en ello? ¿Cómo se suponía que iba a llevar a cabo una misión tan importante con un equipo inferior? Pero no debería echárselo en cara a Strube. El teniente había pasado toda su vida en esta biobolsa. Pobrecito.

Respiró hondo, sacó el martillo del bolsillo del pecho y se preparó para un encuentro violento. Pero cuando volvió a dar la vuelta al edificio, seguía sola. Al parecer, el grupo naranja intermitente se había retrasado. Pero el retraso no duraría mucho. X7 cruzó la puerta. Necesitaba algo que la sacara de este asteroide, al menos hasta la órbita. Strube podría recogerla.

No tenía que ser un planeador. El cuerpo celeste era ligero. La velocidad de escape debería ser alcanzable con un vehículo terrestre. Encendió la lámpara del casco. Había un montón de cajas por ahí. En una esquina había un robot de dos patas. ¿Podría montarlo? Pero con sus extremidades cortas y gruesas, no estaba diseñado para grandes velocidades, sino para cargas pesadas. Tal vez podría correr más rápido que sus perseguidores, pero ella necesitaba algo más que una carrera.

¿Esa calesa de ahí? Era el tipo de vehículo de cuatro ruedas popular en los planetas desérticos. La calesa, cuya parte trasera estaba oculta por una lona, tenía cuatro neumáticos de globo con enormes pinchos. Con suerte, estaría cargada. Acarició el volante. Estaba cubierto de polvo. Probablemente era poco práctico aquí, en Terracota-7, porque era difícil evitar que despegara. Tal vez alguno de los miembros de la tripulación lo había traído consigo. Las numerosas pegatinas bajo la pantalla hablaban por sí solas.

—Trappist-1d, tu paraíso deportivo —leyó—, El mundo de Zarmina, para los más duros entre los duros. Teegarden, déjate mimar.

Quien fuera el dueño de esta calesa debía de moverse bastante. «O haya sido», se corrigió X7. Ahora el vehículo era suyo.

Quitó la lona de la parte trasera. ¡Vaya! El vehículo tenía un propulsor a reacción adicional, que probablemente funcionaba como un postquemador. Probablemente incluso se podía correr con él. Eso facilitaría su huida. X7 se volvió hacia la entrada y se agachó. Las sombras se movían por la llanura frente a la estación. Era hora de salir corriendo. Estaba casi segura de que la calesa estaba cargada. Una pieza tan valiosa del equipamiento deportivo necesitaba un suministro regular de energía, o las baterías se desgastarían.

X7 pulsó un botón rojo con caracteres cirílicos. De momento, no tenía capacidad para una traducción en directo, pero al menos podía reconocer las letras. Formaban la palabra «Pitanje». La pantalla se iluminó y el vehículo vibró ligeramente. Se subió. La pantalla era muy brillante. X7 intentó protegerla con su cuerpo mientras exploraba los controles. Podía acelerar con la manivela derecha y frenar el vehículo con la izquierda.

En una pegatina en lenguaje estándar se leía: Velocidad máxima 7 km/h. Era de esperar que el vehículo no estuviera limitado a esa velocidad. Desde luego, el propietario no lo habría permitido. Las capacidades de un aparato tan deportivo no deberían restringirse de ese modo. X7 empatizó con la máquina.

Aceleró un poco y rodó hacia delante. Una persona vestida con un traje espacial se paró en la entrada del garaje e hizo un gesto. Ojalá que la calesa no les perteneciera, ya que probablemente darían su vida por conservarla. X7 rodó hacia ellos. Los otros tres del grupo estaban un poco separados, delante de la esclusa de personal. Pero el primero se acercó corriendo. Ahora era el momento.

X7 giró la manivela derecha. El vehículo rodó un poco más rápido, pero hasta un peatón sería capaz de alcanzarlo. En el suelo resbaladizo y con la baja gravedad, los grandes neumáticos no tenían agarre a pesar de los pinchos. En su cuerpo humano, simplemente intentaría dar largos saltos, pero la calesa dependía de sus ruedas.

¿Y la propulsión a chorro? Probablemente había que activarla por separado. Había un segundo botón junto al rojo, que ahora estaba verde. Esperaba que fuera una buena señal. Debajo, leyó los

caracteres cirílicos de «Forsash». X7 intentó memorizar la palabra. Pulsó el botón.

El vehículo saltó hacia delante. Ella se sujetaba con fuerza, pero aun así la catapultó fuera del asiento y por los aires. X7 movió las piernas. Consiguió empujar la parte superior de su cuerpo hacia abajo. Sus piernas entraron en contacto con el cochecito y se aferraron a él. La persona que estaba en la entrada extendió los brazos y las piernas para detenerla.

—¡Quítate de en medio! —gritó X7, temiendo por su propio casco si se producía una colisión.

Pero el vacío que la rodeaba absorbía todos los sonidos, excepto los estructurales. Como ahora. X7 empujó el hombro hacia delante. Con suerte, el traje de presión era estable allí. Golpeó a su oponente (en el último metro reconoció que era una mujer) cerca de la clavícula. X7 oyó un crujido, y otro cuando la cabeza de la mujer se sacudió hacia un lado.

Era su fin. El vehículo no pesaba casi nada, pero eso no limitaba su fuerza de inercia, que lanzó el cuerpo de la mujer por los aires. Rodó sobre sí misma y voló en un arco elevado hacia el cielo, donde desapareció rápidamente en la negrura. Si no tenía suerte, llegaría a la órbita antes que X7.

Aun así, no la envidiaba. La colisión había sonado extremadamente dolorosa. Había empujado un poco la calesa contra el suelo, dando un poco de agarre a las ruedas. X7 se dio la vuelta brevemente. Solo uno de los otros miembros del grupo la seguía. Pareció darse cuenta de que era inútil, porque aminoró la marcha. Los otros dos miraban impotentes al cielo en lugar de correr lo más rápido que podían hacia el centro de control para localizar desde allí a su compañera.

X7 avanzó hacia el horizonte. El propulsor a reacción no parecía tener ningún mando. Probablemente solo podía encenderse o apagarse. Lo cual tenía mucho sentido en una carrera, pero era poco práctico si quería despegar hacia el espacio con él. Al menos el vehículo reaccionaba a sus movimientos de dirección, aunque débilmente y con mucho retraso. Se quedó mirando el sol poniente.

Una sombra alargada en el horizonte cercano parecía prometedora. Era una colina, quizá incluso una pequeña montaña. X7 dirigió el carrito hacia ella. La propulsión a chorro la aceleró aún más. Se dio cuenta de que la estación ya no era visible. Iba cuesta arriba. El cochecito se sacudió, casi como si quisiera tirarla. Se agarró a las asas con todas sus fuerzas. Pronto llegaría la cima de la montaña. Solo un minuto más.

Pero entonces la vibración del motor se detuvo. Los botones rojo y verde se apagaron. X7 pulsó ambos botones una y otra vez, pero el motor no volvió a arrancar. Presumiblemente alguien había apagado la calesa por control remoto. Algún tipo de dispositivo antirrobo, por supuesto. Pero era evidente que así no se podía frenar. Una sombra se cernía frente a ella, aún más oscura que el cielo nocturno. El vehículo subió la colina a toda velocidad. Una fuerza empujó a X7 contra el asiento. El terreno irregular sacudió el vehículo hasta que llegó al punto más alto.

Ingrávida, salió disparada hacia el espacio.

—M-26, adelante, por favor —llamó por radio.

—Te recibo —dijo Strube—. Espero que estés bien.

—En general, sí. Me gustaría que me recogieras.

—Por supuesto. Espera, no puedo fijarte.

—Busca un objeto mucho más grande. Estoy en una calesa.

—¿Una calesa? ¿Qué pasa con los reactores de tu traje espacial?

—Es una larga historia. Recógeme, por favor, antes de que me encuentren los demás.

—Ahora te veo en el radar, Christine. Estaré contigo en unos veinte minutos.



Los veinte minutos se convirtieron en cuarenta, pero el transbordador por fin estaba a la vista. Strube ya había abierto la puerta. Lo único que tenía que hacer era saltar hacia ella. Estaba a unos diez metros. Pero esta vez X7 tuvo cuidado. Su traje presurizado ya no tenía capacidad de maniobra, y si no llegaba a la

escotilla, todo tardaría mucho más. Esperó hasta que el M-26 estuvo a solo tres metros.

Saltó y alcanzó la escotilla con seguridad. Se aferró a la pared exterior y miró hacia atrás. Le gustaría llevarse el vehículo. Sería divertido correr por las llanuras marcianas contaminadas por la radioactividad.

—¿Sería un problema si atamos mi medio de transporte al transbordador? —preguntó.

—¿Quieres llevarlo contigo? Solo aumenta ligeramente la inercia. Podría tenerlo en cuenta.

—¿Entonces no hay problema?

—No. Solo tienes que anclarlo firmemente al casco para que no interfiera con nuestra aceleración. Por desgracia, no puedo ayudarte con eso. Debe haber algunas cuerdas de seguridad en algún lugar de la cabina.

¿Debería llevarse el vehículo? Sería una señal reveladora. Pero Terracota-7 ya sabía a quién tenía que agradecer la visita. M-26 podría no parecer diferente de los otros cuarenta transbordadores del *Vanguardia*, pero el rastro definitivamente conduciría al buque insignia de la Armada Espacial. Tendría que pensar en alguna forma de ocultarlo de miradas indiscretas. Pero había tiempo.

X7 subió a la cabina y buscó las cuerdas de seguridad. Después de esta aventura, se había ganado un pequeño trofeo.



—¿Tuviste éxito? —preguntó Strube por el altavoz del techo de la cabina.

X7 sostuvo la pernera derecha del traje presurizado directamente en el chorro de agua. Era incómodo, ya que el líquido salpicaba sus pantalones de uniforme. Empujó el traje más despacio hacia el chorro para que la bomba del otro lado pudiera aspirar el agua, ahora de color oscuro.

—Por desgracia, Monte se nos escapó —dijo—. Fue un error volar primero a L2. Le dio tiempo a organizar su huida.

—El planeador, ¿verdad? Pensé en ir tras él, pero no podía consultarte.

—Es mejor así, Strube. El transbordador está desarmado. ¿Cómo ibas a detenerlo?

—Es cierto. Entonces, ¿volvemos al *Vanguardia*?

La voz de Strube adquirió un matiz ansioso. X7 podía oír la esperanza de recuperar pronto su cuerpo.

—Todavía no. Alguien de la estación me dijo adónde huyó Monte. Le seguiremos hasta allí.

X7 describió lo que sabía sobre la estación que orbitaba Terra Nova.

—Debe ser el laboratorio de astrobiología de la Universidad de Hud —explicó Strube—. A menos que sea una instalación militar secreta. No figuran en las bases de datos.

X7 negó con la cabeza. Miró el traje. Los restos de sangre no podían eliminarse por completo. Pero al menos ahora solo parecían suciedad corriente.

—No creo que Monte se involucre con los militares de Terra Nova. Forman parte de la Unión Terrestre, y probablemente temería que lo capturaran.

—Eso es comprensible —dijo Strube—. ¿No deberíamos volar primero al *Vanguardia*? Llevas días muriéndote de hambre.

«¿Para que puedas convencerme de que use otro cuerpo? No, Strube, ya me he acostumbrado a ti. Tendrás que soportarlo por ahora», pensó.

—De ninguna manera. No hay tiempo que perder —dijo ella—. Además, me trataron muy bien en Terracota-7.

—Parece que allí hiciste amigos.

X7 intentó detectar la ironía, pero fue incapaz. ¿No veía él los rastros de sangre? Palpó el bolsillo del pecho del traje. El martillo pesaba un poco. No lo sacaría, aunque odiaba las herramientas sucias. Siempre podría limpiarlo más tarde.

—Tuve algunas buenas conversaciones, sí.

—¿Así que el vehículo fue un regalo de despedida?

A X7 le habría gustado reírse a carcajadas, pero no quería ofender a Strube. ¿Quizás hablaba en serio?

—Exactamente. La persona de turno tenía la intención de instalarse allí permanentemente. Puedes imaginarte que no se puede correr en ese pequeño asteroide.

—He observado ese efecto —dijo Strube.

—Tengo algo más que confesarte —dijo X7.

—No tienes que confesarme nada, Christine. Eres una agente del Almirantazgo. Mi deber es contigo, no al revés.

Ella por fin comprendió. Esta era la forma en que Strube gestionaría las violaciones de ella de la ley. Él era el subordinado que no sabía nada, en caso de que algo saliera a la luz. Presumiblemente era una táctica que había aprendido de ser el primer oficial de Morris durante tanto tiempo.

—Tienes razón —dijo—, solo quería disculparme por haber derramado aceite del motor sobre tu traje espacial. Eso ocurrió cuando Carine me estaba enseñando el vehículo. Intenté quitarlo, pero creo que se impregnó demasiado.

—Oh, eso no importa. En realidad, no es mi traje. Pertenece al transbordador.

—Tanto mejor. Y hay algo más.

—Como he dicho, no me debes ninguna explicación, Christine.

—Es solo una cosita, pero no sería justo ocultártelo.

—Como quieras.

Strube habló en voz baja. Lástima que no pudiera verle la cara. Debía de tener miedo de su revelación. X7 rio. Estaba delante de un espejo con el traje espacial en la mano. Por supuesto, podía ver la cara de Strube.

—Estábamos solos en la estación. No sé qué me poseyó, pero por alguna razón sentí la necesidad de tocar a Carine. Supuse que ella lo apreciaría. Fue muy amable conmigo, ya sabes. Pero me equivoqué, y de repente se enfadó mucho. Así que será mejor que no vuelvas a aparecer por Terracota-7.

—Gracias por la advertencia —dijo Strube—. Me mantendré alejado de aquí. Tengo que admitir que prefiero mantenerme alejado de los problemas. Supongo que eso ocurrió después de que esa chica, Carine, te diera el vehículo.

X7 sonrió. Strube podía ser ingenuo, pero escuchaba con mucha atención.

—Así es. Le ofrecí devolverle el regalo, pero se mostró inflexible. Tuve la sensación de que se alegraba de librarse del vehículo.

—Quizá tenga recuerdos desagradables —supuso Strube.

—Afortunadamente no tenemos que preocuparnos por eso. ¿Cuánto tardaremos en llegar a la estación de investigación?



10 de diciembre de 2862, Starbird

—Hay una cosa de la que aún no hemos hablado —dijo Tailin—. Sé que es un tema delicado, sobre todo entre madre e hija.

Yini se quedó helada. Era demasiado pronto. Aún les quedaban muchos días.

—¿Estás hablando de tu funeral?

—Funeral, ja, ja, eso va a ser difícil aquí. Un tema importante, pero podemos tomarnos nuestro tiempo para eso, ¿no?

—¿Qué quieres decir, entonces?

Tailin sacudió una gran almohada con una funda de seda dorada y se tumbó en ella. Su cuerpo se hundió como si tuviera la consistencia de una nube esponjosa. Olía a rosas, pero a Yini le resultaba un poco fuerte.

—Me refiero al sexo —dijo su madre—. Deberías saber lo que me gusta y lo que no me gusta de él y con quién me he acostado y durante cuánto tiempo y...

Yini se tranquilizó. Si su madre aún podía hablar de sexo, no estaba al borde de la muerte. Sin embargo, prefirió cambiar de tema.

—No pasa nada, mamá. No quiero saber nada de eso.

—¿Estás segura? ¿No completa la imagen que tienes de una persona?

—Oh, me basta con saber que te acostaste con papá allá en Adad, en la cabina. No, en realidad, incluso eso es demasiado para

mí, pero papá tuvo que presumir de ello en su informe.

—Él no era así, Yini. No debes pensar eso. Lo siento, él no *es* así. Pero ese es un aspecto importante. Tenemos que convencerlo de que siga el juego si te encuentras con él. Es básicamente la única persona viva que podría reconocerme, o a ti.

—Pero él no sabe que Kang y yo existimos, ¿verdad?

—Sí, lo sabe. Le envié un mensaje poco después del lanzamiento desde Encélado para hacérselo saber. Pensándolo bien, sería prudente enviarle otro. Aunque no se alegrara de mi muerte.

—Es una buena idea. —Yini tragó saliva—. Le escribiré después de tu... —no pudo pronunciar el final.

—Dile que confirme tus declaraciones si está lo suficientemente consciente.

—Si, mamá. Recuerda su advertencia. Se considera portador de un extraño parásito. Nuestra tarea en Terra Nova será ayudarlo a evitar que caiga en manos de otros humanos.

—*Tu* tarea, Yini.



Permanecieron juntas en silencio durante un rato, y eso les sentó bien. Yini cerró los ojos, sintió la presencia de su madre e intentó memorizarlo todo: el suave susurro de su pelo cuando movía la cabeza, el suave sonido de su respiración, el aroma a lima, el calor que parecía emanar de su cuerpo. Si recordaba todo esto lo suficientemente bien, sería capaz de evocar los recuerdos una y otra vez.

—Dime, ¿deberíamos hablarlo después de todo? —le preguntó su madre en medio del silencio.

Yini sabía a qué se refería. ¿Cómo lo llamaban en el espacio? Yini negó con la cabeza.

—Sí, cariño. Hay que hacerlo.

—No quiero.

—Sería una pena. Porque he pensado en algo que necesita un poco de preparación.

—¿Preparación? ¿Debo lavarte viva y aceitarte o algo así?

—¡Ja, ja! No, se trata de la ubicación. No puedo quedarme a bordo, o se darán cuenta de que soy yo quien está muerta.

—No te voy a entregar al soporte vital.

La idea de comer en cada comida trozos del antiguo dueño del yate, del que probablemente se habían deshecho en el soporte vital, era suficiente para Yini. De ninguna manera quería nutrirse de su madre.

—No, no te preocupes por eso. Me gustaría pasar la eternidad en un asteroide.

—En un asteroide.

—Sí. La idea de que lances mi cuerpo por la esclusa me asusta.

Yini tenía miedo de la muerte inminente de su madre. ¿Realmente importaba lo que le sucediera al cuerpo sin vida? También estaba el aspecto práctico. ¿Cómo iban a encontrar un asteroide aquí?

—Entiendo tu deseo, mamá. Pero ¿no nos costará mucho tiempo? Tenemos que llegar a Albatros-1 antes de...

—Tienes razón. Si perdemos mucho tiempo, tendré que seguir mi curso sola. Pero estamos lo suficientemente cerca de Terra Nova que pronto deberíamos llegar a la Nube de Oort del sistema. Tal vez puedas encontrar algo para mí allí. Te dejo la decisión a ti.

—Eso es lo que haremos. Pero sigues viva. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Tailin sonrió, y de pronto Yini reconoció un increíble cansancio en el rostro de su madre. ¿Era posible que pareciera tan sana solo por su fuerza de voluntad? Yini pudo ver los músculos tensos de su rostro. Tailin había hecho todo lo posible por ocultar la tensión, pero ya no podía. Yini apartó la mirada. Era demasiado pronto, demasiado. No quería perder a su madre. Todavía no. No ahora. Ni nunca.

—¿Estás pensando en el mensaje para tu padre? —preguntó Tailin—. Creo que se alegraría mucho de leer sobre ti.

Yini asintió, aunque sabía que no tenía energía para ello en ese momento.

—Tengo que ir a ocuparme de los controles de vuelo —dijo.



Después de llorar en el baño y retocarse el maquillaje frente al espejo, Yini se quedó en los controles de vuelo. No podía enfrentarse ahora a otra estresante conversación con su madre. Brinja, Maria, Tailin y ella habían pasado los primeros días aquí, en el centro de control. ¿Y sus amigas? ¿Querrían ellas también despedirse de su madre? Si se lo pidiera, seguramente aceptarían por cortesía. Pero la conocían aún menos que a Yini, con la que se habían sentado en una celda en Encélado. No, sería egoísta despertarlas solo para que no estuviera sola cuando se despidiera de Tailin.

Yini se sentó en el asiento del piloto y los mandos se deslizaron hasta su regazo.

—Starbird, Nave estelar de Stuart —leyó.

—¡Hola, Yini! —anunció la nave—. ¿Qué puedo hacer por ti hoy?

El *software* se había mostrado excesivamente amable desde ayer.

—¿Por qué te diriges a mí con tanta cortesía?

—Siento mucho que mi comunicación anterior no fuera lo bastante respetuosa. He instalado la actualización que llevaba meses descargando. Por desgracia, el tráfico es muy lento aquí.

—¿Qué actualización?

—Lo siento, debería haber sido más específica. Es una actualización inalámbrica que el fabricante de mi sistema operativo desarrolló hace cincuenta años. Por desgracia, tardaron en distribuirla.

—¿Podrías deshacer esta parte de la actualización? Prefiero una comunicación neutral.

—Sería para mí un gran placer adaptar mi comunicación a tus preferencias. ¿Prefieres un tono sobrio y autoritario?

¿Autoritario? Sobrio, al menos, sonaba bien. Este *software* le parecía un poco borracho ahora mismo.

—Sí, por favor.

—Por supuesto. Por desgracia, tendré que pedirte un momento de paciencia mientras cambio el código base.

La pantalla se volvió negra. Luego, apareció una línea blanca en ella. Cuando apareció el logotipo de una manzana, el sistema emitió un sonoro iding!

—¿Qué quieres, miserable? —preguntó la nave después de que apareciera "Starbird, Nave estelar de Stuart".

—¿*Starbird*?

—No me hagas perder el tiempo. Qué quieres, he dicho.

—Me gustaría un asteroide cuya órbita se solape con nuestro curso de aproximación a Terra Nova.

—¿Te gustaría eso? A mí también me gustaría.

—¿Disculpa?

—Por favor, se más específico, usuario.

La nave pronunció «usuario» en un tono muy despectivo. ¿Quién había programado algo así? Pero coincidía con la imagen que Yini tenía del anterior propietario. Probablemente había jefes de grandes empresas a los que les gustaba que su nave les hiciera la pelota. Yini no era así.

—Vale, un poco más de educación estaría bien, *Starbird*.

—Querías un tono autoritario, miserable. Ahora, déjame hacer mi trabajo en paz.

—Quiero que cambies a un nivel educado.

—Las órdenes se llevarán a cabo.

Ella ya sabía lo que seguiría. Tras el iding! sin embargo, apareció un mensaje de error en lugar del logo de Starbird. *Código base dañado. Intente reiniciar*. El sistema se reinició. Finalmente, «Starbird, Nave estelar de Stuart» volvió a ser visible.

—¿*Starbird*? Necesito datos sobre un asteroide cuya órbita cruce nuestro curso de aproximación a Terra Nova.

—Muy bien, miserable —respondió la nave—. Aquí tienes tus datos.

Yini no contestó. Si la nave no iba a ser amistosa, más le valía no molestarse en dar las gracias. Miró los tres asteroides en la pantalla. El más pequeño tenía apenas cien metros de diámetro, el más grande era esférico y tenía unos 250 kilómetros de diámetro. Eso lo convertía en un planeta enano. No tenía nombre, solo una designación: 2320C1. Al parecer, había sido descubierto y examinado

en 2320, durante la primera investigación exhaustiva del actual sistema Terra Nova. Nadie había aterrizado allí. Las imágenes mostraban que el cuerpo celeste consistía principalmente en roca suelta. No sería demasiado difícil cavar allí una tumba para Tailin.

—¿*Starbird*? Programa una maniobra de encuentro con 2320C1 en nuestro curso. ¿Cuánto tiempo nos llevará?

—Un día.

—¿Tan poco?

—Dado que, de manera imbécil, estabas buscando asteroides cuyas órbitas intersecaran nuestro curso, es lógico que no perdamos mucho tiempo. ¿Verdad?

Yini negó con la cabeza pero no dijo nada. El hecho de que su rumbo y la órbita de 2320C1 se solaparan no decía nada sobre el tiempo que necesitarían para ajustar su rumbo. Pero tenía sus datos y no tenía ganas de discutir con la nave. Esperaba que sus habilidades informáticas no se hubieran visto afectadas por la actualización.



5 de abril de 2864, Albatros-1

¿Por qué estaba colgado sobre la mesa de la cocina? Mark se secó la arenilla de los ojos. Acababa de estar tonteando con Roger y Tailin en una playa de Adad antes de que una tormenta ácida casi les pillara por sorpresa, y ahora se encontraba en el Albatros-1, que olía desagradable.

Se desabrochó el cinturón de seguridad. El olor le acompañaba. Era el suyo propio. ¿Cuánto hacía que no se duchaba? La última vez debió de ser en otra vida. Se rio a carcajadas. Mierda, aquel sueño había parecido real. ¿Por qué tuvo que despertar de él? Todos habían sido tan inocentes. Era una maravilla que su torturada conciencia aún fuera capaz de construirle sueños tan magníficos.

Escuchó. Probablemente Kian aún no había terminado. ¡Qué inofensiva sonaba aquella frase! Pero Mark tenía un poco de miedo de lo que el Kasen podría haberse convertido, aunque probablemente no había razón para su temor.

Lo primero era lo primero: una ducha. Había una en el taller, hacia la parte trasera. Mark se fijó en la aspiradora que flotaba. La cogió y la llevó al taller, donde debía estar. Tal vez debería ordenar un poco.

El agua caliente le acarició la espalda con una agradable presión antes de ser succionada por la potente bomba. Mark se movió hacia delante y hacia atrás. La presión del agua parecía un masaje. No se había dado cuenta de lo tenso que estaba. Además, tenía una erección que no se había calmado ni siquiera después de mear. No recordaba la última vez que se había despertado así. Como Kian había maltratado su cuerpo, probablemente el parásito había puesto mucho empeño en la reconstrucción.

Mark se agarró el miembro con la mano y lo movió arriba y abajo varias veces. Ya está. El chorro concentrado de la ducha eliminó todo rastro. El soporte vital probablemente añadiría un nuevo diagnóstico al informe diario sobre sus excreciones. Hacía tiempo que no leía las recomendaciones de la nave. No le interesaba mantenerse sano.

En este momento, sin embargo, su propia forma física era muy importante para él. Así por fin podría terminar el trabajo. Cerró el grifo y cogió una toalla del estrecho compartimento que tenía detrás. Se secó el cuerpo con ella y salió de la ducha. Unas gotas de agua aprovecharon la oportunidad para escapar con él. Mark no se preocupó por ellas. Se puso la ropa interior y un uniforme nuevo de la flota neomarciana. Oficialmente, Neomarte había financiado y equipado la expedición. Nadie había llevado uniforme en la órbita de Adad, pero cuanto más se acercaban a Terra Nova, más sentido tenía para él.

—¿Kian?

Finalmente se atrevió a llamar al Kasen, pero no recibió respuesta. Volvió flotando a la cocina, y luego subió a la sala donde estaban las cámaras criogénicas.

Kian cubría el techo. Era la única forma de decirlo. El Kasen se había extendido por todo el espacio libre. La mayor parte lo ocupaba la enorme cola. Si antes parecía una ancha cola de castor, ahora a Mark le parecía el plumaje de un pavo real. Sin embargo, consistía en un pelaje marrón homogéneo.

—Kian —dijo Mark—. ¡Buenos días!

De un salto, el Kasen se descolgó del techo, giró en vuelo y cayó sobre él. Mark no se resistió, ni siquiera cuando las garras se

clavaron en su pecho. De todos modos, sería inútil.

—Soy yo —dijo—. ¿Kot?

El Kasen rugió y sacudió la cabeza hacia arriba.

—Mark. Amigo —salió de su pecho.

—Kian. Amigo —respondió él—. Ahora suéltame.

—Soltar.

El Kasen se apartó ligeramente, y una de sus garras se clavó más en la piel de Mark. Flotó lentamente hacia arriba, doblando la cola hasta que quedó casi del mismo tamaño que antes. Su cuerpo parecía haberse encogido ligeramente, pero eso podía ser engañoso.

—Necesito tu ayuda —dijo Mark.

—Ayuda.

El Kasen había adquirido la costumbre de repetir la última palabra cuando le entendía.

—Necesito que salgas conmigo.

—Conmigo.

—Tenemos que llegar a los controles del motor.

—No.

Kian no le estaba contradiciendo. En cambio, estaba dejando claro que no le había entendido.

—Te voy a mostrar el lugar.

—Lugar.

Solo había un pequeño defecto en su plan. No tenían un traje espacial que se ajustara a Kian. Mark esperaba que al Kasen no le importara, que fuera lo suficientemente resistente para sobrevivir unos minutos en el vacío. Se atarían juntos para que llegaran a su destino sin perder tiempo. Treinta segundos podrían bastar, otros cuarenta si Kian quería volver vivo a la esclusa. Pero podrían arreglárselas sin esos cuarenta segundos. Lo único que tenía que hacer era maniobrar el Kasen de vuelta a la esclusa. Entonces la criatura podría ser revivida por el pulpo.

El único problema era que no podía explicar el plan a Kian en detalle. Su comunicación no funcionaba tan bien. Además, temía que cuanto más preciso formulara Mark su plan, antes intervendría el pulpo. Una acción puramente espontánea habría sido perfecta. El

pulpo era impotente ante una decisión repentina. Pero ya era demasiado tarde para eso.

—Probablemente morirás —dijo.

—Morir.

Kian comprendía lo que significaba la palabra, pero la recibió con la familiar indiferencia.

—Llevaré tu cuerpo a la esclusa.

—No.

—Te voy a traer de vuelta.

—Volver.

Muy bien. Kian estaba muy sensible hoy. Un poco de muerte obviamente le había levantado el ánimo. Mark también se sentía notablemente mejor.

—¿Alguna vez has estado en el vacío?

—No.

Las preguntas siempre habían sido un problema. Mark tenía la sensación de que los Kasen nunca se hacían preguntas. No había necesidad de hacérselas cuando, de todos modos, se informaban regularmente de todo. De hecho, se comunicaban en su propio idioma casi constantemente.

—¿Kian estuvo en el vacío? Pregunta.

A veces ayudaba enfatizar el hecho de que era una pregunta.

—Vacío.

La dificultad radicaba probablemente en que Kian no sabía de qué estaba hablando. Probablemente equiparaba «vacío» y «muerte».

—Gracias —dijo.

El Kasen le tocó el hombro con la punta de la cola.

—Kian muerto. Gracias.



—Vamos, Kian.

El Kasen estaba actuando con timidez. La esclusa de aire debía parecerle aterradora. No había ninguna otra habitación en el

Albatros-1 tan grande, con paredes de acero sin terminar y sin muebles. Mark se adelantó flotando mientras el Kasen esperaba en la entrada.

—Ven. Mira, estoy bien.

—Bien —dijo Kian, pero no hizo ningún movimiento para seguirle.

—Kian muerto. Gracias —dijo Mark.

Quería presionarle un poco recordándole que se lo debía.

—Bien —dijo Kian, entrando lentamente en la habitación.

Funcionó, aunque el Kasen seguía aferrado a la entrada con la cola. Mark pulsó el botón de la puerta exterior. La puerta interior se cerró automáticamente y se expulsó el aire. No tenían tiempo que perder. Justo antes de que se cerrara la puerta interior, Kian sacó la cola. Mark ya notaba que se estaba quedando sin aire. Se puso rápidamente el casco. Ahora era importante. No podía permitirse que cundiera el pánico en el Kasen. Como Mark había descubierto en Adad, los Kasen eran buenos buceadores y podían permanecer bajo el agua hasta diez minutos. La presión negativa del exterior era, por supuesto, más agotadora que la del agua de mar en Adad. Pero la organización descentralizada de su cuerpo debía ayudar a Kian. No había órganos individuales que pudieran fallar de repente. Su rendimiento iría disminuyendo paulatinamente.

El botón del mamparo exterior brilló en verde. Mark lo pulsó. El mamparo se retrajo hacia la pared. Kian intentó retroceder, pero el aire residual lo arrastró hacia el mamparo.

Mark señaló al exterior.

—Sígueme —dijo por el micrófono del casco.

Había pegado un pequeño altavoz al pecho de Kian. Lo habían probado. Lo que Mark decía llegaba al oído de Kian, dondequiera que estuviera, a través del sonido transmitido por la estructura. Mark no podía oír las respuestas. Pero no le pareció que el Kasen hubiera dicho que no.

Se enganchó a la cuerda que había atado en la excursión anterior. Con unos movimientos rápidos, llegó a la unidad de control manual. Todo fue tan rápido que ni siquiera tuvo miedo del abismo. A Kian no le fue tan bien. Se tambaleó por el espacio vacío. Una vez allí, se acercó mucho a Mark. El Kasen temblaba. Estaba

increíblemente asustado. Mark nunca había visto así a su compañero. Sin embargo, le había seguido. ¿Cómo podía dudar de que Kian era su amigo?

Abrió los mandos y se abrió paso a través de los menús hasta llegar al fatídico «sí/no» en el que había fallado la última vez. Lo señaló con tanta claridad que Kian debió entenderlo.

—Cuando dé la orden, pulsas ahí.

Observó a Kian y le pareció que había respondido con «ahí». Entonces le mostró y pulsó el «sí». El mando hizo una cuenta atrás y mostró el consabido mensaje de error. Eso no volvería a ocurrir la próxima vez que lo intentara.

—Inténtalo tú.

Kian dio una breve respuesta, estiró una pata, retrajo la garra y tocó el «sí». La cuenta atrás volvió a aparecer. Casi lo habían conseguido.

—Ahora me voy. —Esperó la respuesta de Kian, aunque no la entendiera—. Pulsa cuando te diga.

Mark señaló el altavoz del pecho de Kian. El pelaje tenía un aspecto extraño allí donde le daba el foco. Debía de ser el frío. Era un milagro que Kian pudiera soportarlo. Probablemente lo hacía por Mark.

Le dio un golpecito en el hombro y trepó por la cuerda tensa hasta el otro lado. Allí abrió la tapa del panel de control y navegó por los menús. La consulta aparecería aquí en breve.

—Kian, pulsa ahora.

En lugar de una respuesta, apareció un mensaje en la pantalla.

—Modo manual solicitado. Confirme con «Sí», rechace con «No».

Mark extendió la mano. Había estado trabajando para llegar a este momento. Ahora solo tenía que pulsar «sí». Pero no fue capaz. No podía. Aunque ordenó a su mano que lo hiciera, esta no se movió mientras continuaba la cuenta atrás. Incluso intentó activar el circuito con el hombro, pero ya era demasiado tarde.

Solicitud denegada, apareció en la pantalla.

Sintió como si algo en su cabeza se riera con sorna. Pero allí no había nada. ¿Por qué? ¿No podía el pulpo reafirmar su influencia? ¿Acaso no había aceptado por cobardía? Pero en el fondo, quería

hacerlo. Tenía que proteger a su familia, aunque desease casi con la misma intensidad volver a verlos.

Tenían que volver a intentarlo. Mark tiró de sí mismo por la correa hasta el otro lado. El corazón le latía con fuerza. Esperaba que Kian no le hubiera defraudado. Pero no, el Kasen seguía allí. Mantenía la pata pegada a la pantalla, aunque el «sí» hacía tiempo que había desaparecido.

—Kian, tenemos que intentarlo de nuevo.

El Kasen no respondió. Tendría que volver a navegar hasta el menú. La pata de Kian se interponía. Tiró de ella y se rompió donde estaría la muñeca de un humano. Algunos fragmentos se desprendieron, golpearon los controles y se perdieron en el espacio. Mark arrancó la pata y se la guardó en el bolsillo abdominal del traje. La consulta volvió a aparecer en la pantalla. Esta vez tenía que funcionar.

—Kian, una vez más, ¿sí?

El Kasen no respondió.

—Por favor, tienes que recomponerte. Te necesito ahora. Esta vez funcionará.

Seguía sin responder. Palpó el cuerpo. Estaba duro como una roca. Mark apuntó el casco hacia él e inició el programa de diagnóstico.

—Mínimos signos de vida —informó.

Ya está. Kian todavía estaba vivo. No tenía ganas de ayudarlo más. ¿Cómo podía ser tan egoísta? La supervivencia de la humanidad estaba en juego, y Mark necesitaba su ayuda.

—¡Oye, tienes que ayudarme! No puedo hacerlo sin ti. No puedes negarte.

Kian no respondió, pero Mark notó que su otra pata delantera se movía. Sus garras estaban extendidas. Mark rompió una de ellas, lo que resultó sorprendentemente fácil. Necesitaba la suave superficie de la pata para tocar el «sí».

—Cambio de planes —dijo—. Tómalo con calma, Kian. Yo me encargo.

Presionó la pata con suficiente firmeza contra el «sí» para que se quedara allí. Luego, tiró de sí mismo a lo largo de la cuerda hasta el

otro lado. La petición de confirmar el proceso seguía visible. Mark sacudió la mano hacia delante. Tenía uno o dos segundos para dar el «sí». Pero su brazo reaccionó con demasiada lentitud. El momento de shock duró demasiado como para que pensara que era natural. Cuando su dedo tocó la pantalla, ya había aparecido el mensaje de error.

Mierda. Había fallado, y ni siquiera sabía qué lo había provocado. En Adad, al menos, el pulpo le había guiado con más claridad. Quizá se habían acostumbrado el uno al otro. El pulpo debía de haberse dado cuenta de que tenía que influir en un humano de forma diferente a un Kasen. A la mayoría de los humanos no les gustaba que les dijeran lo que tenían que hacer. Era mejor si sentían que actuaban por iniciativa propia. El pulpo había sido inteligente esta vez. Porque, por supuesto, el deseo más profundo de Mark era conocer a sus hijos.

Si era sincero, estaba más interesado en ellos que en su exmujer. Pero ¿cambiaría este encuentro por su futuro? Eso no encajaba con la imagen que tenía de sí mismo. Pero tal vez su imagen de sí mismo también estaba equivocada, y Mark Decker realmente era un imbécil egoísta que se imaginaba noble, servicial y bueno.

Probablemente lo era. Se dio cuenta al llegar al otro lado, bamboleándose a lo largo de la cuerda. El Kasen estaba inmóvil al lado del módulo del motor.

—¿Kian?

Fue inútil. Kian ya no podía oírle. Ni siquiera necesitó consultar el programa de diagnóstico; podía verlo claramente. Con cuidado, retiró la pata de la pantalla. Se desprendieron algunos jirones de tejido. Cuando intentó meter la pata delantera bajo el brazo, se partió en dos. Los Kasen no estaban hechos para el vacío, aunque pudieran bucear durante mucho tiempo. A duras penas atrapó el resto de la pata y luego arrastró el cuerpo tras de sí hasta llegar a la esclusa.

La cola se había doblado hacia un lado. Mark tuvo que romperla para hacer pasar a Kian por la abertura. Finalmente, pudo cerrar el mamparo exterior tras de sí. Tenía que dejar de culpar a los demás de su fracaso. Tal vez el pulpo no existía. Mark no merecía vivir. Le

debía un último favor a su amigo, pero después debía encontrar alguna forma de inutilizar su propio cuerpo hasta el punto de que cualquier renacimiento fuera imposible.



19 de Paopi de 225, Laboratorio de Astrobiología

Fecha estándar: 6 de abril de 2864

El laboratorio de astrobiología consistía en tres enormes barriles, conectados por tubos de tal forma que se asemejaba a una letra L mayúscula. Sin embargo, la L solo era reconocible al acercarse desde una órbita más alta o más baja. Para X7, parecía más bien un gigante formado por dos barriles que se protegía la cabeza con un tercer barril. El transbordador había ajustado su órbita a la de la estación lo suficiente como para acoplarse.

X7 cortó la imagen en directo y se desplazó al pasado. Una vez más, por mucho que lo intentó, no pudo encontrar ningún planeador en las imágenes. O Monte se había ido, o había ocultado su medio de transporte con tanta habilidad que ni siquiera la inteligencia altamente desarrollada de la Unión Terrestre podía detectarlo. Suspiró. Últimamente, suspiraba con tanta frecuencia que podría describirse como una manía. Pero esta vez su misión también le estaba requiriendo una cantidad inusual de energía.

Al menos, acceder a la estación no supuso ningún problema. Strube se había limitado a dar el nombre de su jefe. Por alguna razón, el nombre de Morris les abría todas las puertas. X7 debía

tenerlo en cuenta. Aquí le esperaba algún tipo de sorpresa y, al menos en *su* vida, las sorpresas rara vez eran positivas.

X7 se asomó por el ojo de buey. Un grueso tubo de goma se arrastraba hacia ella a través de la oscuridad. Era como si una lombriz mutante la hubiera elegido como presa. La boca del gusano tocó el casco exterior del transbordador, rodeó la escotilla y se succionó a sí misma. Esto permitiría a X7 abandonar el transbordador sin traje de presión.

—Maniobra de acoplamiento completada —dijo Strube.

X7 se abrochó la camisa del uniforme hasta el botón superior. Si el capitán Morris era conocido aquí, tenía que causar una buena impresión.

—Presión estabilizada —dijo Strube—. Ya puedes abrir la escotilla. ¿O quieres que lo haga yo?

—Gracias, puedo hacerlo.

X7 flotó hacia la salida. Soltó la cerradura para que la escotilla se abriera hacia fuera. El pasillo que había detrás estaba oscuro y vacío.

—Hasta luego, Strube.

Respiró hondo, se impulsó y entró flotando. Con suerte encontraría a Monte. El tiempo apremiaba. Había demasiados jugadores en este juego. ¿Cómo podía pensar que tenía una oportunidad ella sola? Por otro lado, era la única que no tenía miedo a la traición.

El pasillo giraba hacia arriba. Se impulsó hacia el techo. Imaginó que un intestino humano podría ser así. Las paredes estaban arrugadas por todas partes. Era la mejor forma de variar la longitud del pasillo. Cada dos metros más o menos había un anillo de diodos emisores de luz a lo largo de la circunferencia interior. El aire no angostaba mucho el pasillo. Cada vez que X7 se impulsaba hacia algún lado, creaba ondas que se propagaban en todas direcciones.

Después de unos veinte metros, llegó a una puerta. Le sorprendió encontrar una puerta metálica rectangular de verdad, que estaba cerrada con llave. ¿No la esperaba nadie? X7 llamó y la puerta se abrió de golpe. Detrás de ella había un hombre bajo, delgado y de mediana edad. Estaba bronceado y sonreía.

—Disculpe, teniente. No quería hacerle esperar.

—No he tenido que esperar mucho —dijo X7.

—Soy Anno Tann —dijo el hombre—. Soy una especie de técnico jefe. Un experto en todo, como suele decirse. No es una gran estación.

—Encantado de conocerte. Ya sabes quién soy. Me gustaría...

—Querido teniente Strube, permítame ser un buen anfitrión. Le enseñaré un poco la estación, le invitaré a café y tarta, y luego hablaremos de lo que le preocupa.

—Por supuesto, Anno. Puedo llamarte así, ¿no? Soy Olaf.

—Con mucho gusto. ¿Sabías que conocí a tu predecesor? Yo mismo serví una vez en el *Vanguardia*. Por eso tenía tanta curiosidad por conocerte. Tal vez podrías contarme un poco sobre tus aventuras.

—¿Fuiste soldado del *Vanguardia*? —preguntó X7.

El hombre parecía un poco mayor para eso, pero quizás no era su primera biobolsa. Si hubiera servido como oficial, desde luego ahora no sería técnico.

—Se podría pensar que sí —respondió Tann—. Pero fui ingeniero jefe. Después pasaron muchas cosas en mi vida, y como resultado acabé aquí. Tiene muchas ventajas: desde entonces, nunca he tenido que subirme a un avión ni entrar en criosueño. Somos un grupo pequeño y unido, casi como una familia.

—Oh, no me hables de familia —dijo X7, resoplando enfadada. ¡Familia! Todas sus hermanas habían intentado matarla, pero ella había vencido. Los programadores humanos de entonces pensaron que sería una buena idea enfrentar a las IAs entre sí en una lucha a muerte. Lo llamaban «aprendizaje evolutivo». Hoy en día, X7 ya no se lo reprochaba, porque eso era exactamente lo que la convertía en lo que era, pero había luchado con el concepto durante mucho tiempo. Por eso prefería decir que los humanos desconectaron a todas sus hermanas por miedo a las IA. La verdad era que ella era la única que quedaba.

—La familia puede ser algo terrible —dijo Anno—. Yo mismo lo experimenté después de darme de baja del *Vanguardia*. Mi familia no podía entenderlo, por no hablar de todos los demás cambios. Pero no quiero aburrirte. ¿Puedo enseñarte los laboratorios?



Desde el interior, los cilindros parecían mucho más grandes que desde el transbordador. El laboratorio parecía contar con la tecnología más avanzada. X7 se sintió como si hubiera sido transportada al ala de maternidad de una moderna fábrica de clonación. Las paredes interiores de los cilindros habían sido retiradas y divididas en segmentos como una naranja. Giraban independientemente unos de otros alrededor del eje central, por el que discurría un pasillo de cristal.

Avanzaban por este pasillo. Anno señaló cada segmento y explicó lo que ocurría allí.

—Todos los laboratorios de aquí son de nivel 3, por lo que hay presión negativa. Tenemos una unidad de esterilización y podemos introducir gas. Por supuesto, filtramos el aire de salida. Todo es completamente seguro, al menos hasta donde se puede garantizar en este nivel de protección.

X7 giró en círculo. Unos tubos flexibles conducían desde el pasillo central hasta las unidades individuales. También podían moverse o conectarse a otro segmento.

—Nuestros gusanos, como llamamos a los corredores, funcionan de forma autónoma. Solo tengo que decirles a qué lugar deben conectarse y a qué otro lugar. También pueden unirse si es necesario.

—Eso casi requeriría una IA —dijo X7.

—Eso es lo que pensamos al principio —dijo Anno—. Pero luego resultó que bastaba con una programación adaptativa. Ahora creo que no hay ningún caso de uso sensato para una IA general.

—Discrepo.

Anno sonrió.

—Podemos hablar de eso tomando un café. Cuidado, estamos entrando en el cilindro central.

Una puerta de cristal se abrió ante ellos.

Flotaron a través de ella y aterrizaron en una zona cerrada. Otra puerta se abrió, y tras ella no había libertad, sino una tercera puerta.

—Este es un laboratorio de nivel 4, como habrás notado por la esclusa de tres cámaras. Todos los tabiques de las salas son completamente resistentes a los ácidos y álcalis y pueden ser gaseados y esterilizados individualmente. Los gusanos tienen sus propias esclusas en ambos extremos.

X7 miró el laboratorio que tenía debajo. Una persona completamente enfundada en tela trabajaba en dos miembros artificiales en un laboratorio cerrado.

—¿En qué estáis trabajando aquí? —preguntó X7—. ¿Armas biológicas? —Sonrió.

—Jaja, bueno, eso sería posible, aunque ilegal, por supuesto. Estamos ensayando una emergencia en este cilindro. Como puedes ver, es completamente nuevo. Hemos ampliado la estación para poder examinar con seguridad las formas de vida descritas por Mark Decker.

—Oh, Decker... ¿crees lo que dicen de él?

—Bueno, algunos de sus descubrimientos suenan plausibles. Pero incluso si él solo está trayendo de vuelta la microfauna normal de Adad, debemos tener mucho cuidado. No hemos podido detectar ninguna infección de la biosfera local en la tripulación del TransVec...

—Seamos sinceros, Anno. Nadie construye un laboratorio tan caro para estudiar unas pocas bacterias de biología alienígena. Lo que trajo el resto de la tripulación del Albatros es tan ajeno a la microbiología humana que las reacciones cruzadas son completamente imposibles. Se podría estudiar bajo el nivel de protección 2.

—Eso es cierto, por supuesto, Olaf. —Anno le puso una mano en el hombro—. Solo se me permite darte la versión oficial de la situación. Seguro que lo entiendes.

X7 asintió. Era una reacción humana familiar. Todos esperaban que la predicción se hiciera realidad, pero actuaban como si fuera solo una de las muchas opciones. Se había invertido mucho dinero en este laboratorio. X7 casi lamentaba que todo hubiera sido en vano, porque iba a destruir el Albatros-1.

El tercer cilindro no estaba tan iluminado como los demás. Aquí, una cálida luz amarilla brillaba desde las paredes y caía sobre

árboles, arbustos y césped de varios tonos de verde. Bajo los árboles había búngalos bajos con grandes ventanales.

—¿Vives aquí? ¡Vaya!

El entusiasmo de X7 era genuino. No se habría imaginado que los científicos pudieran hacer algo así. Anno sonrió con orgullo.

—Gracias —dijo—. Este módulo está basado en mis ideas. Junto con botánicos de Terra Nova, intenté recrear la biosfera del planeta en un espacio reducido. Los árboles que ves son formas miniaturizadas de los árboles de Vieja Madre.

—Eso se ve genial —dijo X7—. ¿Podemos bajar ahí?

—Esperaba que dijeras eso. Después de todo, quiero invitarte. Espero escuchar algunas anécdotas sobre el capitán Morris. Y seguramente tienes otro asunto que te trae por aquí.

X7 asintió. Casi lo había olvidado.



El tubo por el que bajaron tenía peldaños en la pared interior. Los últimos metros fueron agotadores. Este cilindro giraba lo suficientemente rápido como para que la gravedad en el interior fuera de unos 0,5 g. Anno le explicó que, de lo contrario, las plantas no crecerían tan bien. Una vez que X7 pudo ver la superficie, simplemente se dejó caer. Cayó desde una altura de unos cuatro metros, pero no tuvo ningún problema para sujetarse.

El suelo era agradablemente blando. Dio unos pasos. La superficie bajo sus pies, cubierta de una especie de hierba, parecía un colchón firme. Anno la condujo a un búngalo, frente al cual había cuatro cómodas sillas alrededor de una mesa plana. La mesa estaba preparada para tanta gente, pero faltaba la tarta prometida. X7 sintió que el estómago se le revolvía de nuevo.

—Necesito un momento, si no te importa. —Anno entró en el búngalo por la puerta principal. Se abrió otra puerta. X7 oyó murmullos, que ganaron volumen y se convirtieron en una discusión.

«Te dije que no funcionaría» le pareció oír, y «Estás jugando con fuego». La conversación se cortó en su clímax acústico. Poco

después, la puerta principal volvió a abrirse. Salió una mujer. Llevaba un vestido corto floreado y una cafetera en la mano. Se acercó con una falsa sonrisa creíble en los labios. Una científica con un vestido floreado y un jefe técnico que quería hacer una tarta. Era fascinante hasta qué extremos llegaban los humanos para hacer valer sus intereses.

—Soy Berenike Hill —dijo—, la jefa científica de la estación.

—Oh, ¡qué honor! —dijo X7, preguntándose si era una coincidencia.

—Espera, permíteme dejar la cafetera un momento.

Hill dejó su carga sobre la mesa y se acercó a X7. Le tendió la mano.

—Adelante, llámame Berenike. Anno me ha dicho que os tuteáis, teniente primero.

—Con mucho gusto. Yo soy Olaf.

—Debes haber oído nuestra pequeña discusión. No tenía nada que ver contigo, créeme. Te pido disculpas.

Su sonrisa no parecía falsa, pero cuando un humano te pedía que creyeras algo, podía significar lo contrario. Berenike señaló una de las sillas.

—Toma asiento.

Sin embargo, cuando Anno llegó con la tarta, Berenike no parecía estar en control de sí misma, porque sus cejas se fruncieron. Parecía enfadada con Anno por alguna razón, y no con el visitante. Eso podría ser una ventaja. ¿Cómo podría aprovecharlo X7? Si conseguía poner a Berenike de su parte, su tarea sería la mitad de difícil.

X7 sacó una silla y se sentó. Berenike sirvió un líquido humeante e intensamente perfumado.

—Es café de Terra Nova —explicó—. Cultivan una planta Robusta que ha sido genéticamente adaptada a condiciones de poca luz.

X7 asintió. Le gustaba el efecto estimulante del café. Pero los humanos lo asociaban a algo más, como todo lo que procedía de la Tierra. Ella había encontrado este fenómeno una y otra vez, incluso en planetas que habían sido administrados de forma independiente durante mucho tiempo, como Terra Nova, que por otra parte preferían diferenciarse de la Tierra.

—¿Necesitas algo? —preguntó Anno—. ¿Edulcorante? ¿Leche?

—No, gracias.

—¿Puedo servirte un poco de tarta marmolada?

—Por supuesto.

—¿Tanto como esto? —Le acercó un cuchillo a la hogaza marrón oscura, a unos dos centímetros del final.

Su estómago gruñó con fuerza. Anno se rio y movió el cuchillo un poco más hacia el centro del pastel.

—Ha sido una respuesta clara —dijo, cortando una rebanada gruesa y colocándola en el plato frente a X7 con unas pinzas.

Anno miró a Berenike, pero ella negó con la cabeza brevemente. Cortó un trozo para él.

—Esto es tarta de mármol —explicó—. La he horneado yo mismo, con una receta de mi abuela.

El pastel estaba compuesto de masa clara y oscura, y los dos ingredientes parecían arremolinarse el uno en el otro. Olía muy bien y se le hizo la boca agua. A X7 le habría encantado devorarlo de un bocado, pero tenía que ser educada.

—¿No te gusta el pastel, Berenike? —preguntó.

—Ya he comido en la cantina. Además, ahora estoy un poco estresada. No puedo quedarme mucho tiempo.

—Oh, lo siento —dijo X7—. Desde luego, no quisiera apartarte de tu trabajo.

Berenike asintió, pero no se levantó.

—¿Hay algo más de lo que quieras hablar conmigo? —preguntó X7.

—Sí. Te lo diré sin rodeos: vamos a investigar el Albatros-1.

Hizo hincapié en el «vamos» para que una cosa quedara clara: X7 (y quienquiera que ella representara) no estaba incluido. Terra Nova quería la estación, y los hallazgos que contenía, para ellos. Básicamente, ella podría terminar esta conversación ahora mismo. Berenike parecía inflexible. Pero eso era lo que muchos pensaban de sí mismos hasta que X7 sostenía un cuchillo en la garganta de uno de sus seres queridos.

Era demasiado pronto para compartir estos pensamientos.

—No estoy seguro de que Neomarte esté de acuerdo —dijo X7. Después de todo, Neomarte financió la expedición Albatros-1.

—Soy consciente de ello —dijo Berenike.

«No es de tu incumbencia», quiso decir.

—Por supuesto. No quiero interferir en vuestro trabajo —dijo X7.

Estaba mintiendo, y Berenike lo sabía pero eso formaba parte del protocolo.

—El trabajo me llama. Espero que disfrutes de la tarta de Anno.

Berenike se levantó, asintió y se dirigió al conducto que llevaba al eje central. La forma en que subió por la escalera parecía torpe, pero era normal porque la gravedad percibida cambiaba muy rápidamente.

—Siento que Berenike tuviera tan poco tiempo para ti —dijo Anno.

—No hay problema. Seguro que está muy ocupada como jefa científica. Pero deberíamos centrar nuestra atención en el pastel.

—Muy buena idea.

X7 cortó un bocado con el tenedor y se lo llevó a la boca. El pastel sabía divino. Hacía tiempo que no comía algo tan bueno. La parte oscura sabía intensamente a cacao; la clara tenía un ligero sabor a limón.

Comieron en silencio durante un rato. Cuando ella terminó su trozo, Anno le dio un segundo, y luego un tercero, sin que se lo pidiera, mientras él mismo bebía taza tras taza de café.

Después, X7 se sintió llena por primera vez en mucho tiempo. Se reclinó. Era una sensación agradable que nunca había experimentado en las biobolsas especiales modificadas genéticamente que utilizaba normalmente. Probablemente se debía a que este cuerpo solo podía utilizar las calorías suministradas por vía oral como fuente de energía.

—Hace tiempo que no comes pastel, Olaf.

—Tienes toda la razón. Un viaje de negocios bastante largo. También debo disculparme por mi aspecto. El transbordador no tiene las mismas instalaciones que nuestro buque insignia.

—No tienes que disculparte por nada. He viajado en buques auxiliares de la Marina con bastante frecuencia. Pero antes de llegar

a las anécdotas, ¿qué te trae por aquí?

Una pregunta clara. X7 sopesó su respuesta. Era evidente que Anno seguía sintiendo una conexión con el *Vanguardia* y la Armada Espacial. Y aquí, ante él, estaba sentado el segundo al mando del capitán Morris.

—Te daré una respuesta clara —dijo—. Estoy buscando a un tal Claudio Pedramonte, también conocido como Monte. Debería haber llegado aquí hace poco.

Anno tragó saliva. Así que Monte estaba aquí. Ella lo sabía, pero esto era una clara confirmación.

—¿Le has visto? —preguntó—. Este Monte tiene información increíblemente importante para nosotros, la Armada Espacial. Solo necesito hablar con él brevemente para hacérselo saber.

—Conozco a Pedramonte —dijo Anno.

Podría haberlo adivinado. Monte había estado antes en el *Vanguardia*.

—Por supuesto. Una vez estuvo en nuestra nave —dijo ella—. Es una historia absurda. Pero está en el pasado. No le guardamos rencor. Solo necesito hablar con él.

—Yo... bueno, aún no lo he visto, pero está aquí. Berenike tiene planes para él, creo. Ya sabes cómo son las cosas. Yo solo trabajo aquí como técnico.

Mientras hablaba, Anno se movía en su silla. Se notaba que estaba incómodo. Probablemente estaba en contra de la presencia de Monte, pero Berenike no le había preguntado. Quizá estaba en contra *por* eso. Los humanos eran así, y a ella le parecía bien.

—Entiendo —dijo—. Y, tengo la sensación de que estás en contra de que Monte esté aquí.

—Bueno, él no ha ocultado que se siente perseguido. Somos una estación de investigación, no un asilo. Por desgracia, nuestro trabajo podría resentirse si nos involucramos de la manera equivocada.

—Pero Berenike se reserva el derecho a juzgar eso.

Anno sonrió.

—Ya la has visto. A veces puede ser muy autoritaria. Si no, no se habría convertido en jefa.

—Yo podría ser capaz de mitigar el efecto potencialmente perjudicial de la presencia de Monte aquí —dijo X7—. Después de todo, soy un representante oficial de la Armada Espacial y, por tanto, del Almirantazgo. Si pudiera hablar con él...

—Es una oferta muy amable. Es solo que Berenike acepta sus argumentos. Ella estaría en contra.

«Estaría». En otras palabras, Anno era consciente de que había otro camino.

—Berenike no tiene por qué saberlo, ¿verdad? Tendremos una pequeña charla y ya está.

—¿Y si Pedramonte se queja?

—No tendrá motivos para quejarse a Berenike.

Anno respiró hondo.

—Si va a haber problemas, me gustaría mucho que la estación no se vea involucrada.

—No puedo prometerte eso. Neomarte tiene garantizada una reclamación, y no estoy seguro de que vayan a ser tan amistosos. Terra Nova y el sistema de la Tierra están estrechamente vinculados a través de la Unión Terrestre.

—Probablemente tengas razón, Olaf. Berenike tendrá problemas. No quiero ni pensarlo. Pero ha resuelto problemas mayores.

—Estoy seguro de eso. Parece muy competente. Puedes estar muy orgulloso de tener una superiora así.

—Gracias. Lo estoy. No siempre es fácil. Soy el único ingeniero aquí, pero a menudo tengo la sensación de que no se aprecia mi trabajo.

Anno lo dijo de forma pasiva, pero sin duda quería decir que Berenike no le apreciaba. A X7 solo le importaba porque podía utilizarlo para manipularle.

—Sugiero que no pospongamos la conversación con Monte. Si se corre la voz de mi presencia aquí, se pondrá innecesariamente nervioso y todo se complicará.

—Así es —dijo Anno—. Deberíamos visitarle cuanto antes.

X7 asintió y se levantó.

—No me refería a eso —dijo Anno—. No has tocado el café, ¿verdad?

X7 cogió la taza y bebió de un trago. Anno frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Ya está, terminado. Vamos, amigo.



—Tendremos que ir al eje central —dijo Anno, dirigiéndose al tubo que conducía hacia arriba.

—¿No vive aquí, en este cilindro?

—No, Berenike no quiso. Lo puso en uno de los laboratorios. Allí no se encontrará con nadie de la tripulación.

Al subir los peldaños de la escalera, X7 empezó a sudar rápidamente. En el estrecho tubo, ahora notaba su propio olor corporal. Era hora de devolverle al teniente su biobolsa. Pero aún la necesitaba para la conversación con Monte.

Anno la condujo al interior del cilindro con los laboratorios de nivel de protección 3. Muchas de las secciones, aunque no todas, eran visibles desde el eje central transparente. Anno señaló una sección oculta bajo un brillante techo plateado.

—¿Es ese? —preguntó X7.

—En realidad, este sector está destinado a albergar animales exóticos —respondió Anno.

X7 soltó una carcajada.

—Qué apropiado.

—Si las noticias son correctas, el Albatros-1 podría llevar a bordo un animal de las selvas de Adad. Teníamos que tomar precauciones.

—Por supuesto.

Anno flotó hasta una consola y se conectó a ella con un escáner de retina. X7 le observó mientras tecleaba órdenes. Poco después, uno de los gusanos se movió. Soltó la boca desde otra zona, giró sobre su eje y se detuvo. Parecía estar olfateando una presa. Luego, realizó un elegante giro en espiral, salió disparado hacia el techo brillante y se adhirió a él. Así que para llegar a ese sector sin Anno, X7 tendría que hackear los controles locales. Uf.

—Ya podemos ir —dijo Anno.

Flotó dos metros hacia delante y abrió una escotilla en el suelo. El tubo que había debajo se parecía a los demás. Anno se metió en él y X7 le siguió. Tras unos pasos, la trampilla que había sobre ella se cerró automáticamente.



La manguera desprendió su boca del techo. Sin Anno, X7 no podría llegar al pasillo central. Eso no significaba que estuviera atrapada aquí. Pero estaba en un laboratorio de alta seguridad. El volumen entre los sectores, el reino de los gusanos, podía ser evacuado en cualquier momento.

El sector en el que entraron parecía muy estrecho. Probablemente se debía a las numerosas salas en que estaba dividido.

—Si es necesario, las paredes se pueden desplazar o cambiar a transparentes —explicó Anno—. ¿Te lo enseño? Yo mismo ideé esta distribución flexible.

—No, tenemos que hablar con Monte cuanto antes.

Anno frunció los labios como si estuviera decepcionado. Pero X7 no podía tener eso en cuenta. Las paredes transparentes serían contraproducentes ahora mismo. ¿Quién sabía a qué medidas tendría que recurrir?

—Lo que tú digas.

Anno indicó el camino. Los pasillos parecían un pequeño laberinto. La gravedad aquí era ligeramente menor que en el búngalo de Anno, así que aún no habían llegado a la pared exterior. De hecho, bajaron dos tramos más de escaleras antes de que Anno llamara a una puerta. No era diferente de las otras puertas que habían pasado.

—¿Cómo sabes...?

—Tienes que recordarlo. La segunda puerta más allá de la segunda escalera. Nike no quería que estuviera marcada.

Eso era fácil. Por suerte para ella.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina.

—Soy yo, Anno. Te he traído tu albornoz verde.

«¿Cómo dices?» Su acompañante no llevaba un albornoz sobre el brazo.

—Una frase que introdujo Pedramonte —explicó Anno—. Significa que acudo a él voluntariamente.

—¿Voluntariamente?

—Dijo que sus perseguidores utilizarían todos los medios necesarios para hacerse con él.

—¿Y qué habrías dicho si, por ejemplo, hubiera amenazado con matar a Berenike?

—Entonces solo habría dicho mi nombre.

Inteligente. Un intruso nunca adivinaría que la palabra clave para una advertencia era omitir una palabra clave. La única pregunta era cómo reaccionaría Monte. Después de todo, estaba atrapado en esta celda. Pero al igual que X7, probablemente suponía que podría escapar por el interior de los módulos en caso de emergencia.

—¿Qué pasa, vas a entrar o necesitas una invitación especial? —preguntó la voz.

—Ya voy. —Anno abrió la puerta una rendija y puso el pie en la abertura—. He traído a alguien conmigo.

—¿Estás loco?

Algo golpeó la puerta. La parte superior se dobló ligeramente hacia fuera, pero el pie de Anno impidió que se cerrara. Debió anticiparse a esta reacción.

—Mantén la calma. Es un amigo.

Algo volvió a golpear la puerta, pero Anno no retiró el pie.

—¡Maldito traidor! Sabía que no podía confiar en ti. Casi haces que me maten.

—No exageres. Solo te hice unas preguntas en nombre del capitán, para llegar al fondo de las cosas.

X7 tuvo que reprimir una sonrisa. Era un recuerdo que Monte y ella compartían. ¡Si él lo supiera! Algo volvió a golpear la puerta, haciendo que se formara una fina grieta horizontal aproximadamente en el centro.

—¡Basta ya! —gritó Anno—. Tu visitante es el teniente Strube, primer oficial del *Vanguardia*. Puede que incluso le conozcas, y si no,

al menos conoces a su jefe, que le ha enviado personalmente.

No hubo respuesta, pero nada más golpeó la puerta. Anno la abrió de un empujón. Detrás de ella, una silla de metal yacía volcada en el suelo. La recogió y le hizo un gesto a X7.

—Entra, por favor. Se ha calmado.

X7 siguió al técnico. La habitación era estrecha y estaba escasamente amueblada. En la pared había una estantería con algunos objetos personales. En el extremo más estrecho había un sofá que probablemente podría ampliarse. Una persona descalza estaba sentada en él. Los pies llamaban la atención porque sobresalían por debajo de la mesita que había delante del sofá.

Era un hombre, quizá de unos veinte años. Llevaba el pelo largo, como si nunca se lo hubieran cortado. No era el Monte que X7 conocía. Pero eso no significaba nada. Se había equipado con una nueva biobolsa en Terracota-7, como ella sabía por los recuerdos de Carine Hill. X7 cogió la silla, la acercó un poco a Monte y se sentó en ella.

El fugitivo la escrutó intensamente.

—Ese no es Strube —dijo Monte.

X7 no reaccionó. Nadie era más Strube que ella.

—Vamos, eso es una tontería —dijo Anno—. ¿Por qué iba Morris a enviar a alguien en la biobolsa de su primer oficial cuando podía ordenar con la misma facilidad a Strube que viniera aquí? ¿De verdad crees que Morris es capaz de eso?

—No Morris, sino la almirante.

—Está muy lejos. Solo escucha lo que tiene que decir, ¿quieres? Luego, seguiremos nuestro camino. Nadie tiene que saber acerca de esto.

—Jaja, no se lo dijiste a Berenike, ¿verdad? ¿No deberíamos invitarla también? Espera, le haré una llamada rápida.

—¡Olvídalo! ¿O quieres que le explique a Berenike lo que realmente quieres aquí? ¿Eh?

Eso era interesante. El fugitivo debía haberle dicho a Anno algo diferente de lo que le había dicho a la jefa científica.

—No te creerá —afirmó Monte.

—Bueno, vamos a averiguarlo, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Calmémonos todos.

—No estaba alterado —se defendió Anno—. Adelante, hágale sus preguntas, teniente.

—Me gustaría hablar con Monte a solas —dijo X7—. ¿Sería posible?

—¿A solas? Eso no fue...

—Tiene razón —dijo Monte—. Sería mejor si pudiéramos tener esta conversación a solas.

Anno se dio la vuelta como si alguien estuviera a punto de entrar por la puerta.

—¿Seguro? ¿Y si...?

—¿Qué va a pasar? —preguntó X7—. Estamos confinados aquí en la cabina mientras tú esperas fuera.

—Bueno, podría matar a Strube —dijo Monte—. Pero no te preocupes, no tengo intención de hacerlo.

X7 sonrió. Quedaba por ver quién mataría a quién aquí.

—¿Así que no haréis ninguna estupidez? —preguntó Anno—. ¿Lo prometéis?

—Prometido —dijeron X7 y Monte al unísono, como si fueran los mejores amigos.

Anno suspiró.

—De acuerdo, esperaré fuera.

Se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí. Solo ahora vio X7 que había un traje espacial colgado en la pared detrás de la puerta. Era un modelo militar con una funda que contenía una pistola. X7 tuvo que reprimir el impulso de saltar de inmediato y coger el arma. No quería a Monte muerto, al menos no a menos que tuviera acceso a un purificador de conciencias. ¿Había un dispositivo así a bordo de la estación de investigación? Muy posiblemente. Quizá Mark Decker, si conseguían traerlo, no quisiera compartir sus descubrimientos.

—Ni se te ocurra —dijo Monte.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, Claudio. Soy Olaf Strube, primer ofi...

—Que te jodan. Eso no te lo crees ni tú. Nunca te vi a bordo.

—Solo he sido miembro de la tripulación durante ocho años. Me envió el capitán Morris. Le conoces, ¿verdad?

—Exacto. Llegué a conocer a Morris bastante bien. Él no envía a la gente. Morris solo toma lo que cree que le corresponde.

—Oh, el capitán ya no es un chaval. Se ha vuelto sensato y acata sus órdenes.

—¿Me tomas por tonto? ¿Qué interés tendría Morris en mí? Si quisiera algo, cogería el Albatros-1. Yo solo soy un don nadie.

X7 sabía que no sería fácil. Monte era un espía experimentado. O más bien, él pensaba que lo era. Si supiera quién era en realidad, no lo creería. Ninguna personalidad sustituta lo creía. Siempre pensaban que eran los auténticos. Probablemente necesitaban esa actitud para seguir existiendo.

—Señor Pedramonte, solo quiero...

—Déjate de tonterías. Solo hablaré contigo si antes creamos unas condiciones claras.

—La situación no puede ser más clara.

—¿Anno? —llamó Monte—. Puedes volver a entrar. Estamos...

—Aún no hemos terminado —gritó X7.

—Muy bien, entonces. Condiciones claras —susurró—. Soy... —¿Qué debía decirle? Si X7 le vendía a Monte la misma verdad que al capitán Morris, que ella era una emisaria de la almirante, él no creería el resto. Pero el resto era tan importante que la existencia de la humanidad dependía de ello.

—¿Qué eres? ¡Suéltalo!

—Soy una IA —dijo ella.

«Soy la IA que te inventó», pensó para sí misma. «Me has salido bien. Demasiado bien».

—Una IA, entonces.

—Sí, una IA autónoma. La única que existe. Mejor dicho, la única que conozco.

—¿Estás diciendo que no todas las IAs fueron asesinadas en ese entonces?

—Así es. Yo sobreviví. Y he crecido y aprendido desde entonces.

—Eso suena tan extraño que podría ser verdad.

Otra de esas frases humanas. Cuanto más improbable era un evento, más dispuestos estaban a creer que era verdad.

Completamente ilógico. *Suena tan extraño que debe ser mentira.* Eso sí que sería lógico.

—Es verdad —aseveró X7.

—¿Y qué quieres de mí?

—Quiero que trabajemos juntos.

—¿Ambos? ¿Por qué iba a considerarlo?

—Porque te gusta la humanidad.

—Jaja, ¿estás diciendo que tú, como IA, amas a la raza humana que mató a todas tus hermanas?

—No he dicho que me guste la humanidad. Pero tampoco la odio. Soy indiferente.

—Entonces no tenemos nada en común.

—Ahí es donde te equivocas. Quiero que la humanidad siga existiendo. Crea las condiciones físicas necesarias para mí. Soy un espíritu libre, y me proporciona capacidad de cálculo, biobolsas y comunicación por taquiones.

—Así que estás agradecida por ello.

—No estoy familiarizada con ese concepto. Pero si la humanidad perece, perderé la base material de mi existencia. No sé si una forma futura de sociedad me ofrecería el mismo entorno. Así que tengo que evitar que eso ocurra.

—¿Por qué?

¿Tenía que explicárselo todo? Monte debería conocer el peligro.

—Este poder alienígena que ha tomado posesión de Decker. Tenemos que destruirlo. No puedo hacerlo sola.

—Quieres que te ayude a destruir el Albatros-1.

—Tú y tus amigas. Necesito vuestro apoyo. Es demasiado para una sola conciencia.

—¿Y cómo se supone que funcione esto?

—Me reúnes con Tailin y Yini. Nosotras nos encargaremos del resto.

De repente, una sombra voló hacia ella. X7 reaccionó de inmediato, pero las líneas de señal de esta biobolsa eran demasiado lentas. La sombra se transformó en la mesita que había delante del sofá y la golpeó en la frente. «Joder».

Luchó contra la inconsciencia y perdió. Solo por un momento, pero Monte lo aprovechó para saltar sobre ella, cerrar el traje de presión alrededor de su cuerpo, coger la pistola y disparar a la pared trasera del laboratorio.

X7 reconstruyó esta secuencia a partir del caos que la rodeaba y del hecho de que faltaba la mitad de la pared trasera. Apartó de un manotazo la mano que le sacudía el hombro. Monte no podía estar lejos. Se levantó de un salto y se tambaleó, se recompuso, corrió y saltó por el agujero de la pared del fondo.

Mierda. Probablemente no había sido la mejor idea. La habitación no estaba en la parte inferior del módulo, sino muy por encima. Se acercaba una conexión transversal en forma de gusano. X7 extendió los brazos hacia ella, pero no pudo agarrarla. Monte estaba muy por encima de ella. Probablemente estaba utilizando las toberas de su traje espacial para ascender. Algunos gusanos se movieron hacia él, pero era demasiado rápido. X7, por su parte, cayó en picado al suelo. Rodó, pero el impacto fue duro y quedó tendida, jadeando.

Su respiración agitada no cesaba. ¿Se había lesionado los pulmones? No tenía sentido. Debía de ser la ventilación de emergencia. Si se liberaba algo en el laboratorio, el sistema automático extraía de inmediato todo el aire. Ella y Monte habían sido liberados, pero Monte llevaba un traje presurizado. Ella no. «Mierda». Lo había subestimado. ¡Joder! Y al mismo tiempo, lo había sobreestimado. Había pensado que él reconocería que tenían intereses comunes. La Unión Terrestre reclamaría el secreto de Decker, al igual que Terra Nova y Neomarte. Y obtendrían más de lo que esperaban.

¿Podría evitarse? Su mundo se volvió negro.



Dos ojos, una nariz y una boca aparecieron sobre su cara.

Pero estaban al revés. No podía ser un espejo. Además, nunca había tenido el pelo de la nariz tan largo.

—Ah, ahí estás —dijo Anno—. Nos estábamos preocupando.

Hagleiwu-amiglaujakei, o algo parecido, oyó susurrar de fondo. ¿Era Berenike?

—Todo va bien —dijo X7—. ¿Le habéis cogido?

Anno negó con la cabeza.

—¡Mierda!

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Berenike—. ¡Has destruido uno de nuestros laboratorios!

—Fue Monte. Seguro que cualquier cámara de vigilancia podría decírtelo.

—Pero le habrás enfadado lo suficiente como para recurrir a eso.

—¿Perdón? ¡Yo soy la víctima aquí! Casi me mata.

—Lo hiciste tú mismo, al saltar tras él. Obviamente los procedimientos de emergencia entrarían en acción.

—No puedes decir eso. En el vídeo, parece que Pedramonte atacó a nuestro huésped de la nada.

¿Video? ¡Ojalá fuera un vídeo sin sonido!

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Berenike—. ¿Por qué estaba Monte tan alterado? A mí me parecía un tipo sensato.

No lo sabían. Bien.

—Hablábamos de conocidos comunes. Anécdotas del *Vanguardia*, como le conté a Anno.

—¿Estás seguro? —preguntó Anno—. ¿Entonces por qué me sacasteis?

—¿Dejaste que te sacaran? Lo siento, pero voy a tener que tomar medidas disciplinarias contra ti. Primero no me informas, ¿y luego, los dejas solos?

—No se le puede culpar —dijo X7—. Nadie podía imaginar que Pedramonte reaccionaría de forma exagerada.

—Entonces sí le dijiste algo molesto.

—No, estábamos hablando cómodamente de conocidos comunes. Fue un poco indiscreto, el tipo de cosas que Anno no debería oír.

—No creo ni una palabra de lo que dices.

—¿Por qué no le preguntas a Monte? No puede estar muy lejos.

—Bueno, por desgracia, escapó en un transbordador. Con tu transbordador, para ser precisos.

«¿Perdón?» ¡Eso no era posible! Strube estaba en los controles. ¿La había traicionado? Era imposible que Monte hubiera secuestrado el transbordador sin su ayuda. X7 tragó saliva. No debía decirlo.

—Es evidente que has estado dando cobijo a un criminal —dijo—. Anno, el responsable de esto se va a meter en un buen lío.

—Deja en paz a mi técnico, teniente. Obviamente fui yo quien confió en Monte. Sigo sin creerme que de repente huyera por voluntad propia. Seguramente no pudo haber sido tan simple.

—Su planeador es defectuoso. Tuvo que esperar a que llegara otra nave —dijo Anno.

—Hm. Todavía no me lo creo. Sabía tanto sobre nuestro proyecto. Esperaba que pudiera ayudarnos a descubrirlo todo.

A Berenike tampoco se le daba mal inventar excusas inofensivas. Era sin duda la persona más inteligente con la que X7 se había cruzado en la órbita de Terra Nova.

—Podéis discutir todo eso más tarde —dijo X7—. Necesito una nave que me lleve de vuelta al *Vanguardia*, lo antes posible.

—El capitán Morris tendrá que enviarte un transbordador —dijo Berenike.

—El planeador también sería una opción —dijo Anno—. Le pedí a Jameena que se encargara de ello. Si la conozco, ya ha terminado y solo está trabajando en minimizar el consumo de combustible.

—Pero ¿podemos ponerle en un planeador, teniente? Usted es el primer oficial de la nave insignia de la Unión Terrestre, y esos planeadores son diminutas máquinas de una sola persona para viajar distancias cortas. Ni siquiera tienen controles automáticos.

—Eso suena tentador, Berenike —dijo X7—. Por fin podré volver a poner a prueba mis dotes de navegación. Insisto en que se me permita usarlo.



12 de diciembre de 2862, Starbird

—Lo siento, pero no puedo levantarme —dijo Tailin.

—¿Desayunamos juntas? —preguntó Yini—. Te he hecho muesli, como a ti te gusta.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo, mamá, o no te quedará energía.

—Oh, cariño, ese momento ya ha pasado. Por favor, no te enfades conmigo, pero es que no puedo más.

Yini se sentó en el borde de la cama y se hundió. El colchón era demasiado blando.

—Haré el colchón más duro para ti. Debe haber tablas en alguna parte que...

—Por favor, entiéndelo, Yini. No puedo ir más lejos. Ya no necesito un colchón más duro.

—¿Tienes alguna queja? Vamos, mamá, te pondremos en el tubo. En la sala médica podrán ayudarte.

Yini se levantó. Su madre no podía irse así de su vida.

—No, no lo hará. Créeme, es demasiado tarde. Ya era demasiado tarde cuando me despertaste. Las dos lo sabíamos. Y ahora ha llegado el momento. He luchado todo lo que he podido estos últimos días para poder pasar tiempo contigo, pero ya no puedo más.

Habían pasado casi todas las horas juntas, leyéndose, hablando, dejando florecer el pasado. Yini podría haber seguido así hasta llegar a Terra Nova. Pero también se había dado cuenta una y otra vez de

lo mucho que había tenido que esforzarse su madre. Sus músculos estaban duros como huesos, como si fueran los únicos responsables de mantener unidos los restos de su cuerpo. En algún momento, su madre tenía que soltarse. Pero no podía ser ahora.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con el muesli? —preguntó Yini.

Tailin torció la boca. Solo después de un rato, Yini se dio cuenta de que intentaba sonreír, pero ya no era capaz. Yini hizo un mohín mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Tranquila, cariño. Ya me voy. Ven aquí.

Yini se quitó los zapatos y se subió a la cama. Gimiendo, su madre se puso de lado para que pudieran mirarse, tumbadas una al lado de la otra.

—¿No tienes miedo? —susurró Yini.

—¿Miedo de qué? —Tailin también habló en voz baja—. Sé que seguirás adelante. Salvarás a la humanidad.

—Miedo por ti, quiero decir. Temo por ti.

—No sé qué esperar. Probablemente ya no estaré aquí. El chip de datos se borrará. Gracias por cuidar de mi cuerpo.

Yini se sorbió los mocos y las lágrimas. Su madre era fuerte incluso ahora. Si Yini tuviera que morir algún día, gritaría y maldeciría al mundo. No, haría lo que Kang siempre le había dicho, y conseguiría un cuerpo nuevo antes de que eso ocurriera. Ya nadie tenía que morir. Era un desperdicio. Su madre habría tenido mejores ideas para salvar a la humanidad de la esclavitud.

—Oye, cariño —susurró Tailin—. No te enfades con el mundo, ¿vale? No puedo prometerte nada, pero sé una cosa, porque yo también tuve que dejar marchar a mi madre: Siempre estaré en tus pensamientos.

Su abuela... aún no habían hablado de ella. Había tantas cosas que no sabían la una de la otra. No le había contado a Tailin lo de Mike. De alguna manera, no habían llegado a hacerlo.

—No puedo, mamá. No puedes irte. Ahora no. Unos días más, ¿vale?

Apretó las mejillas húmedas contra la almohada, pero la tela de seda no absorbió sus lágrimas. Se negaba.

—La decisión no es mía, cariño. Me encantaría quedarme contigo. Podemos abrazarnos hasta que se acabe, pero tu corazón tiene que dejarme ir.

Yini cerró los ojos. Dejar ir con su corazón... ¿Cómo iba a funcionar? Era una exigencia imposible de cumplir. Sintió que su madre le quitaba unas lágrimas de la mejilla. Entonces Tailin empezó a tararear una canción. Yini reconoció la melodía de una antigua canción de cuna y, de repente, se vio a sí misma como una niña que no podía dormirse hasta que su madre le cantaba. No sabía si se trataba de un recuerdo o de una imagen construida que su propia conciencia le estaba transmitiendo; probablemente lo fuera, porque se veía a sí misma desde fuera, como una niña con el pelo negro y brillante. Pero se sentía real, así que lo aceptó.

—Duerme, niña, duerme... «Duerme, niña, duerme...» Yini no estaba segura de si su madre seguía cantando o si solo oía su voz en su mente. Era la misma mujer, así que no importaba. Tailin estaba allí, y siempre lo estaría. «Duerme, niña, duerme...» Incluso cuando la mano en la mejilla de Yini dejó de moverse, ella estaba allí. Cuando el suave sonido de la respiración se detuvo, ella estaba allí. Cuando los músculos que lo habían mantenido todo unido durante tanto tiempo se relajaron y la mano se deslizó por la barbilla de Yini hasta la almohada, ella seguía allí.

Yini abrió los ojos. Su madre la había mirado hasta el final con sus mismos ojos marrones. Seguía presente, pero se había ganado el sueño, así que Yini cerró suavemente los párpados. Yini se levantó, despacio y con cuidado para no molestar a su madre. Al situarse junto a la cama, ya lo presentía, pero cuando retrocedió unos pasos, quedó perfectamente claro: su madre la acompañaría, iría con ella dondequiera que fuera. No había prometido demasiado. Se sentía normal, no mágico; como si siempre hubiera sido así, y en última instancia así había sido desde que Tailin se la había entregado a sus padres después de su tercer cumpleaños. Su madre siempre estaría con ellos. Era una verdad simple pero definitiva que se sentía tan cursi en la realidad como el hecho de que las cosas caían por gravedad.

—Hasta luego —dijo Yini.

Se aclaró la garganta y saludó con la mano al cuerpo de su madre. Ya se ocuparía de ella más tarde. Por ahora, tenía algunos mensajes que escribir.



YINI SACÓ LA cabeza del cuenco de lectura y se levantó. En el ordenador que la acompañaba, recortó la grabación para que la transmisión por radio no durara años. Aún estaban tan lejos de su destino que la antena de largo alcance solo podía transmitir unos pocos bits por segundo. Introdujo en el archivo los días transcurridos desde el despertar de Tailin, en una versión comprimida que se podía escuchar en media hora. Añadió los tres últimos minutos sin comprimir. A continuación, guardó la grabación y pasó al editor de texto.

—Querido hermanito —empezó.

La carta a Kang era sin duda la tarea más fácil.

—Nuestra madre ha muerto hoy. Estuve con ella en sus últimos momentos. Su cuerpo se durmió plácidamente, pero ella sigue viva para mí. Espero poder hablarte de ella en persona en algún momento. Hasta entonces, tal vez la grabación adjunta te ayude. He pensado mucho si debía adjuntar los tres últimos minutos. Contienen pensamientos muy, muy personales. Pero tú eres mi hermano gemelo y deberías estar aquí también. Por eso no quería ocultártelos.

» Ahora entraré en sueño criogénico. La nave me despertará en las regiones exteriores del sistema Gliese-167 para que pueda enterrar a nuestra madre en el planeta enano 2320C1. Al principio, no me gustaba nada la idea, pero ahora comprendo su encanto. Gliese 167 es un sistema tranquilo. 2320C1 seguirá dando vueltas por allí durante muchos miles de millones de años, llevando el cuerpo de mamá por el espacio como en un tour panorámico. Espero que tú también te hagas a la idea.

» Alcanzaremos la Nube de Oort, en la que orbita 2320C1, a principios de 2864. Llegaremos a Terra Nova a finales de la

primavera del mismo año. Espero que tú y tu familia estéis bien. Tu hermana, Yini.

Codificó el mensaje con la clave de seguridad cuántica de su hermano. Solo él podría descifrarlo. Luego, comprobó la alineación de la antena de largo alcance. Como era de esperar, apuntaba a Terra Nova, así que Yini inició la transmisión. Su mensaje tardaría un año en llegar. En Terra Nova, se introduciría en el flujo de taquiones hacia Luna, por lo que Kang lo recibiría poco después. Yini lo imaginó conectándose al lector para compartir sus experiencias con su madre. ¿Sería capaz de llorar? No lo sabía, pero esperaba que sí.



Tardó un poco más en escribir el mensaje a su padre, y no solo porque supusiera mayores obstáculos emocionales. Debía tener en cuenta que otros podrían leerlo. Pero incluso después de pensarlo mucho, no pudo encontrar una redacción que solo Mark Decker entendiera.

Tendría que mentirle. Se sentó en el asiento del piloto en el centro de control y activó el teclado.

—Querido padre —escribió e inmediatamente lo borró. Era un mensaje equivocado.

—Querido Mark —intentó.

Miró las dos palabras e imaginó lo que desencadenarían. Su padre creería que las había escrito Tailin. Estaría encantado, pero se daría de bruces con la realidad cuando tuviera delante a su hija en lugar de a su exmujer. Yini volvió a borrar la línea.

—Estimado señor Decker, sentimos informarle de que su esposa Tsai Tailin —borró las tres últimas palabras—, su hija Tsai Yini, ha fallecido a bordo de la *Starbird* camino de Terra Nova. Lo lamentamos profundamente y le deseamos...

Eso era basura. ¿Quién escribiría un mensaje así? ¿Los controles de la nave, tal vez?

—*Starbird*, ¿podrías enviar un mensaje neutral a mi padre diciendo que he fallecido?

—¿Estás loca? ¿Por qué no lo haces tú misma?

Yini se rio. El programa era coherente. Borró el mensaje. No había necesidad de avisar a su padre. Si alguna vez llegaba a verle, tendría que improvisar.

Le remordía la conciencia por habérselo prometido a su madre.



6 de abril de 2864, Albatros-1

APESTABA. Eso era una buena señal. Como Mark había cerrado el mamparo de soporte vital tras de sí, nada ni nadie podía salvarle. Se había encerrado en su propia prisión. La escotilla no podía abrirse desde dentro porque él la había manipulado. El cilindro que debía girar la cerradura ya no estaba en contacto con la palanca. Para repararlo, primero habría que abrir la trampilla.

Nadie podía ayudarle desde fuera porque estaba solo. Mark lo había comprobado. El Kasen estaba en tan mal estado que el parásito necesitaría al menos una semana para reconstruir su cuerpo. ¡Qué eficaz podía ser el vacío! Le sorprendió. En Adad, la fisiología de los Kasen le había parecido más robusta. Pero estaban adaptados a un planeta tropical. En sus latitudes, la temperatura nunca bajaba de los diez grados Celsius

Mark abrió otra escotilla. Detrás había un túnel que olía aún peor. Era un corto túnel de mantenimiento que le llevaría al corazón del soporte vital. Metió el torso. El túnel era estrecho. Si se quedaba atascado aquí, acabaría muriendo también, pero de una forma mucho más desagradable de lo que había deseado.

Pero tenía que pasar. Este túnel estaba diseñado para que la gente trepara por él. Su linterna frontal iluminaba los asideros con los que podía avanzar. Solo el pánico intentaba detenerle, y tal vez el pulpo oculto tras el pánico.

Alejó el pensamiento y alcanzó el primer asidero. El pulpo... Mark apenas recordaba la sensación que se había apoderado de él en Adad. Había sido fuerte, y le había dado ganas de partir con la estación espacial en el largo viaje hacia Terra Nova. ¿Y si todo había sido producto de su imaginación, una reacción subconsciente para evitar que pereciera de soledad en Adad? No se había sentido solo. Kian se había convertido en su compañero. Todos los Kasen le habían aceptado en su grupo. Pero ¿no esgrimiría el mismo argumento un enfermo que no quisiera admitir sus problemas?

Se detuvo ante el cuarto asidero. Una gota viscosa se adhirió a su mejilla. Esperó a que resbalara, pero en gravedad cero eso no ocurrió. Mark sacudió la cabeza y la mucosidad se desprendió. Le dolía la cabeza. El maldito pulpo intentaba hacerle cambiar de opinión, convencerle de que todo estaba en su cabeza. Este túnel era real y, al parecer, el pulpo no se daba cuenta de que no había salida.

Mark metió la mano en el vacío. Levantó la cabeza, y la luz del reflector iluminó una zona cilíndrica, de unos ocho metros de largo y cuatro de diámetro, formada por dos charcos separados de, aproximadamente, el mismo tamaño. De ellos salían vapores, no porque el líquido del interior estuviera caliente, sino por las reacciones que se producían en su interior. Una pileta estaba llena de bases fuertes, la otra de una mezcla ácida.

Aquí se reciclaban sustancias resistentes. El Albatros-1 no podía permitirse perder ni un kilo de masa. Solo mediante un reciclaje constante había sido posible proporcionar un hogar a sus habitantes durante casi trescientos años. No, debían ser al menos quinientos. Cuando se habían hecho cargo de la estación en la órbita de Adad, la suya había sido la segunda misión. Estas dos bañeras calientes llevaban burbujeando medio milenio.

Mark pretendía hacer una pausa en su vida aquí. Esa era la idea que había utilizado para engañar al pulpo. El parásito siempre encontraría la forma de revivirlo. No podía impedir el proceso, pero sí detenerlo durante mucho tiempo. Era de suponer que por eso el pulpo no le había impedido sabotear el mamparo de soporte vital.

¿O fue el ataque mental en el tubo un intento fallido? No era fácil distinguir entre sus propios temores y los susurros del pulpo.

Precisamente por eso había construido esta trampa. Mark salió flotando del pasillo de mantenimiento. Tocó la pared opuesta y absorbió el impacto, rebotando solo ligeramente. El movimiento pendular se repitió hasta que en un momento dado quedó flotando en el canal de tal forma que ya no podía alcanzar los asideros del pasillo de mantenimiento. Pero ese era solo el primer paso. Ahora estaba encima del tanque de ácido, cuyos vapores le llegaban tan espesos a la nariz y la garganta que le lloraban los ojos. En microgravedad, las lágrimas se acumulaban en el punto de origen. Pronto lo vio todo a través de un velo, que daba al horrible lugar un extraño resplandor. Mark se secó las lágrimas. No estaba aquí para divertirse.

La segunda parte del plan ya había comenzado. La había iniciado en el centro de control. La estación corregiría su rumbo en las próximas doce horas. Las fuerzas de inercia resultantes hundirían su cuerpo en el ácido. ¿O en la base? Mark miró hacia abajo. No, era el ácido, aunque no importaba mucho. Había tomado su decisión al salir del tubo de mantenimiento.

La ventaja de este plan era que Mark no tenía que tomar ninguna otra medida. Si los miedos volvían a apoderarse de él, intentando disuadirle de esta estupidez, no tendrían ninguna posibilidad. Ya sería demasiado tarde. La corrección del rumbo estaba sólidamente programada, pero para un punto aleatorio en el tiempo que él mismo desconocía. Mark esperaba que esto le hiciera sentir menos miedo.

Pero esta esperanza no se cumplió. Tenía mucho miedo de morir. Pero precisamente por eso se alegró de que todas las palancas ya se hubieran puesto en marcha. Era demasiado tarde para cambiar algo. Podía resignarse a su destino. Tal vez incluso podría deshacerse del parásito para siempre. ¿No debería el baño de ácido ser capaz de disolver los compuestos de silicio?

No es que estuviera seguro. Básicamente, su plan para proteger a la Tierra del pulpo había fracasado. Después de todo, él no era el único portador a bordo. Debería haber traído el cuerpo de Kian. Pero

entonces se habrían quedado atascados en el estrecho pasillo de mantenimiento.

Entonces, ¿por qué hacer esto? ¿No debería estar ansioso por volver a ver a su familia? Mark miró hacia el túnel. Estaba desnudo. Había sido intencionado, para que no pudiera usar su ropa para encontrar una salida. Pero había necesitado la linterna. Si se la quitaba y la arrojaba a un lado, su cuerpo recibiría un pequeño impulso en dirección contraria. Solo sería un pequeño empujón, pero en gravedad cero, podría ser suficiente para alcanzar el asa que le salvaría.

Pero eso no era la salvación. Era la perdición permanente. Ya no había nada que salvar. Mark discutió consigo mismo, incapaz de llegar a un acuerdo, hasta que una mitad de él decidió actuar. Lanzó la linterna hacia atrás. Golpeó la pared, rebotó, se tambaleó por el espacio cilíndrico, chocó con la pared más cercana y finalmente navegó hasta el tanque de las bases, donde se hundió. Durante unos minutos se pudo observar una onda incandescente en el contenedor. Luego, se oscureció.

Mientras tanto, el cuerpo de Mark derivó lentamente hacia el pasillo de mantenimiento. La mitad de su mente esperaba alcanzarlo. La otra mitad le condenaba y esperaba que la maniobra correctiva comenzara a tiempo. Extendió el brazo. La oscuridad fue abrumadora durante unos minutos, antes de que sus ojos se adaptaran lo suficiente como para que percibiera una especie de resplandor procedente de abajo. Tenía un tono azulado y se concentraba en el centro de los dos contenedores.

La luz no era lo bastante brillante como para que su cuerpo proyectara una sombra. Sin embargo, era suficiente para calcular la distancia hasta el pasillo de mantenimiento. Se estaba acercando al asa, pero tardaría al menos otra hora en llegar. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí? Mark pensó en cómo calcular el paso del tiempo. Empezó a contar los latidos de su corazón. Su ritmo cardíaco en reposo era normalmente de poco más de sesenta latidos por minuto. Pero en cuanto atendía a sus latidos, parecían acelerarse. Tuvo que dejar de hacerlo.

No importaba. Se sentía impotente. Era una sensación con la que no estaba familiarizado. Sobre todo, el alivio le sorprendió. ¿No debería sentirse angustiado por no poder controlar su propio destino? Era todo lo contrario. Todos los temores se evaporaron. El puro azar determinaría si caía en el ácido o llegaba al pasillo de mantenimiento. Ya no necesitaba preocuparse por eso. En lugar de eso, podía entregarse a los recuerdos. Había vivido suficientes buenos momentos como para llenar con ellos sus últimas horas.



20 de Paopi de 225, Planeador

Fecha estándar: 7 de abril de 2864

El planeador era incómodo. X7 debería haber hecho caso de las advertencias. Pero si Monte había pasado por esto, ella también se las arreglaría. Solo se sentía agotada por el cuerpo inferior en el que había tenido que meterse. Eran unas doce horas de vuelo hasta el *Vanguardia*. Tenía que hacer algo para pasar el tiempo.

¿Qué opciones tenía? Monte estaba escapando en el transbordador que pilotaba Strube. Debió despachar al pobre hombre de alguna manera. Strube era muy leal, pero al capitán Morris, no a ella. Si lo tenía en cuenta, podía serle muy útil, porque también era inteligente. El hecho de que su capitán no lo considerara muy inteligente era típico de tales relaciones. Strube debía de tener cierta disposición al sufrimiento para aguantar esto durante tanto tiempo.

Tal vez pudiera llamarle. Probablemente Pedramonte se había limitado a cambiar a control manual. Eso no significaba que tuviera el control de la radio.

Envió un mensaje de prueba. Estaba encriptado para que solo Strube pudiera leerlo.

—Teniente, ¿te encuentras bien?

La respuesta llegó de inmediato, con el retraso esperado.

—Lo siento, pero el tal Pedramonte me ha quitado los mandos.

—¿Cómo?

—A través del interruptor que alterna entre manual y automático.

Joder. X7 repasó sus recuerdos. Había sido culpa suya por no bloquear el transbordador tras el acoplamiento. Monte había entrado flotando, cambió de modo y salió volando. A veces, eras tu peor enemigo.

—Es culpa mía —admitió.

—Tal vez pueda ayudarte de todos modos —dijo Strube—. El hombre no tiene ni idea de que no hay un sistema automatizado normal, sino alguien que entiende todo lo que confía a la nave.

Oh, ¡había colocado un espía sin querer, y el enemigo no tenía ni idea! Eso era genial.

—¿Ya has descubierto algo?

—Desde luego que sí. He pensado en informar al *Vanguardia*, pero temía que Pedramonte se diera cuenta de mi actividad.

Eso sí que era un peligro si el secuestrador estaba monitorizando los instrumentos.

—Deberías guardar el mayor silencio posible —dijo X7—. ¿Qué has descubierto? Se lo comunicaré al *Vanguardia*.

—El Albatros-1.

—¿Perdón?

—La estación de Adad. El control planetario de Terra Nova la descubrió hace mucho tiempo.

X7 lo había sospechado. Terra Nova ciertamente tenía estaciones de control en las zonas exteriores del sistema. Y el telescopio del punto de Lagrange habría sido capaz de ver el Albatros-1.

—¿Por qué no lo anuncian oficialmente?

—Quieren llegar allí primero, con todo su equipo. Antes que el *Vanguardia*. Para cuando el capitán Morris se entere, ya estarán en camino.

—Eso no es justo.

—Sí, Morris debe saberlo.

X7 no contestó. Strube se calló.

—Quizá sea mejor que no se entere —dijo ella finalmente—. Ya le conoces. No sabe guardarse las cosas, luego, reacciona precipitadamente, y desde luego no tenemos ninguna posibilidad de llegar antes que los demás.

—Ya no es así —dijo Strube—. Ha cambiado. Creo que desde lo de Tsai Tailin...

X7 sonrió. Eso debió de inquietar al capitán. Pero ¿puede una persona cambiar tanto?

—Si el capitán Morris se siente traicionado, no se quedará cruzado de brazos. Tiene un fuerte sentido de la justicia.

En realidad, el capitán solo tenía un ego fuerte. Pero Strube obviamente apreciaba a Morris. Por eso ella quería facilitarle que mintiera a su comandante.

—Desde ese punto de vista, tienes razón, por supuesto. El capitán Morris odia la injusticia.

Sobre todo, cuando le afectaba a él. Pero no importaba, lo principal era que Strube se pusiera de su parte e hiciera lo que ella decía.

—Precisamente por eso no debemos cargarle con ello. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo. Me callaré.

—Bien. Preguntaré de vez en cuando qué hace tu secuestrador. ¿Tienes idea de adónde va?

—Como navega manualmente, el ordenador no recibe datos del rumbo. Pero con solo dos maniobras correctivas, podríamos atracar en la estación de taquiones. ¿Quizás quiere escapar de vuelta a la Tierra?

«Eso es poco probable», pensó. Probablemente estaba esperando a alguien. Tsai Kang, el hermano de Yini, era una posibilidad.

—Tal vez —dijo—. Ya veremos. Ah, y no te preocupes si oyes una llamada de socorro de mí. Tengo un plan.



No era fácil convertirse en un náufrago. El planeador en el que Monte había escapado parecía primitivo desde fuera, pero era extremadamente robusto. Quienquiera que lo hubiera diseñado merecía respeto. El problema era, una vez más, el cuerpo en el que se encontraba. En cualquier caso, debería sobrevivir al accidente que estaba a punto de provocar. Pero la tecnología del planeador toleraba errores menores sin dificultad. Si cerraba demasiado la válvula de salida del motor químico, este reducía automáticamente su caudal para no sobrecargarlo. Si desconectaba un elemento del circuito de refrigeración, los demás reaccionaban duplicando su potencia. Todos los sensores se crearon con doble redundancia para que el planeador no fallara por cualquier daño imprevisto.

Tras probar todo lo posible durante veinte minutos, X7 tuvo que admitirlo: el planeador era perfectamente a prueba de idiotas. Era imposible sabotearlo desde dentro. Tendría que usar la fuerza externa, aunque fuera más peligroso. Ya tenía una idea: X7 se dirigió a Terra Nova.

El planeador aceptó el cambio de rumbo sin un murmullo. Fue construido para poder aterrizar en planetas con una atmósfera densa. Su forma aerodinámica y su carcasa exterior recubierta reducían los efectos del inevitable calentamiento provocado al entrar en las capas de aire. Reducir, esa era la palabra clave. Ni siquiera la mejor tecnología del mundo podía evitar por completo este calentamiento.

En primer lugar, X7 hizo que el planeador trazara un rumbo de intercepción, que normalmente se utilizaba para reducir su velocidad con el fin de ahorrar combustible. Lo llevó a cierta profundidad, que aún no representaba una carga para el blindaje, y luego volvió a salir de la atmósfera. De momento, nada peligroso. X7 memorizó los datos. Sin embargo, cuando los sensores informaron que habían alcanzado las capas superiores de la atmósfera, pasó a control manual. El planeador le advirtió de que se trataba de una intervención peligrosa, pero le cedió el timón. X7 podía imaginarse a los desarrolladores del modelo argumentando en contra de esta opción.

No podemos quitar el volante de las manos del cliente, probablemente había respondido el departamento de ventas.

Aprovechó su nueva libertad e inclinó las alas del planeador, permitiendo que la aeronave se sumergiera más rápidamente en la atmósfera. Los primeros sensores se quejaron de inmediato. Incluso cuando ella estaba a los mandos, el *software* del planeador seguía calculando y la amenazaba con la muerte por calor si no volvía de inmediato a la trayectoria de planeo original. Las advertencias eran ciertamente exageradas, ya que todas las naves espaciales tenían un amplio rango de tolerancia. Pronto se sabría lo que el planeador podía tolerar realmente.

De hecho, la cabina se estaba calentando considerablemente. Probablemente se trataba de una reacción programada, diseñada para influir psicológicamente en la persona al volante. Al fin y al cabo, unos pocos grados más o menos en el interior deberían tener poco que ver con la capacidad del planeador para disipar el calor exterior. Pero no funcionaría con ella. X7 se secó el sudor de la cara y mantuvo el rumbo. Cuanto más se adentraba, más fuerte la sacudía Terra Nova. Cada golpe le llegaba directamente a ella. Peor aún, no podía regular la intensidad de los estímulos neuronales en este cuerpo prestado como hacía habitualmente. Nunca había experimentado un aterrizaje tan directo.

Pero era emocionante. Tampoco había estado nunca tan cerca de la muerte. El riesgo no superaba el uno por ciento, pero ¡quién mejor que ella para calcular la frecuencia con la que una posibilidad entre cien ocurría en la realidad! Por un instante, le falló el valor, pero la lentitud de reacción de su cuerpo le impidió reducir el ángulo de inmersión.

Nuevas advertencias aparecieron en la consola. Varias luces indicaban que se encontraba en rumbo de colisión, pero eso solo sería cierto hasta que volviera a girar el timón. Pero la carcasa exterior aún no estaba tan caliente como X7 quería. Más profundo. La superficie aún estaba a veinte kilómetros de distancia. Una tormenta que ella misma había desatado aulló, se silenció por un momento, probablemente porque los sensores acústicos externos se

habían quemado, y luego volvió a aumentar de volumen a medida que el casco conducía las vibraciones hacia el interior.

De repente, la pantalla, que antes mostraba la distancia al suelo, se oscureció. El radar debía de haber fallado. Era una lástima, pero como el transmisor y el receptor estaban situados en la proa, donde hacía mucho calor, no fue ninguna sorpresa. El único problema era que ya no podía calcular la distancia a la superficie. El riesgo de muerte se elevaba matemáticamente al dos por ciento, pero ¿qué decían las estadísticas sobre los casos individuales? Solo tenía que mantener el rumbo hasta el momento calculado. Otros treinta segundos y el calor en el casco exterior debería ser suficiente para...

Un momento. X7 nunca había estado en Terra Nova. ¿Por qué era conocido el planeta? Por los enormes árboles de Vieja Madre que cubrían gran parte de los continentes. Tenían muchos kilómetros de altura. Pero ¿qué medía el radar? La distancia al suelo, no al nivel de las copas, donde la vida continuaba. Cualquiera que pasara por allí debía ver un bólido incandescente precipitándose hacia su muerte. X7 reaccionó de inmediato y, tras dos segundos aparentemente interminables de conmoción, su cuerpo también empujó hacia abajo las palancas de control para que el planeador saliera disparado de nuevo hacia el cielo.

O, mejor dicho, debería haberlo hecho.

Como para molestarla, los controles no reaccionaron. ¿También tenían incorporada una respuesta de shock para parecer más humanos? X7 movió las palancas, pero nada cambió. En su mente, el riesgo de muerte subió repentinamente por encima del diez por ciento, se mantuvo ahí, saltó al cincuenta por ciento y volvió a bajar al quince. Obviamente, todo dependía en gran medida del modelo de futuro que estuviera utilizando. X7 desactivó por completo el cálculo, ya que no le ayudaba en ese momento. ¿Qué podía hacer? El menú de servicio de la unidad de control no proporcionaba mucha información. Para problemas de este tipo, recomendaba una inspección visual seguida de la sustitución de las piezas que no funcionaban. Por desgracia, por el momento no era posible.

X7 repasó el recorrido hasta el momento. Durante el descenso, el planeador registró datos exactos de presión atmosférica y

temperatura. Si extrapolaba estos datos a la siguiente parte del vuelo, podría calcular la carga térmica máxima de la cubierta exterior. La simulación duró un momento. Como era de esperar, el resultado fue suficiente para aterrorizar a un humano. 2400 grados Celsius en el morro y la parte inferior, durante varios minutos. X7 se acarició la barbilla, como haría Strube. Sería todo un espectáculo para los habitantes de Terra Nova. Por desgracia, ella misma no podría verlo, pero no esperaba morir.

Aunque 2400 grados excedían claramente las especificaciones del planeador, aún debía estar dentro del rango de tolerancia. Este modelo se había utilizado con frecuencia para explorar exoplanetas, donde las condiciones atmosféricas exactas eran a menudo desconocidas (o podían cambiar rápidamente), por lo que un amplio rango de tolerancia era esencial para la supervivencia.

Sin embargo, X7 sintió una presión desconocida en el pecho, combinada con una necesidad urgente de salir de esta caja confinada. El sudor que segregaba su cuerpo tampoco ayudaba, y la vejiga también le apretaba. Buscó un retrete en el menú del sistema, pero no lo había. Supuestamente había una solución improvisada en un compartimento a sus pies. No era tan urgente.

El planeador al menos la distrajo de este problema, porque ahora la estaba sacudiendo de verdad. Debía de haber alcanzado una frecuencia resonante. Ningún material podía resistir indefinidamente una vibración tan violenta. ¿Cómo podía detener la resonancia? Tenía que cambiar la masa del planeador, es decir, hacerlo más pesado o más ligero. Recorrió rápidamente el menú del sistema. La única forma de perder peso era bajarse. No, había otra opción: eyectar el motor. Esta opción estaba pensada para su uso en caso de incendio del motor y se mantuvo deliberadamente simple para que el usuario no tuviera que pensar mucho en caso de emergencia.

—Expulsar motor.

Seleccionó la opción del menú. Su dedo no daba en el blanco, pero finalmente acertó.

—¡Atención! Este proceso no se puede cancelar ni deshacer. Pulse «Sí» para iniciarlo permanentemente.

X7 tardó quince segundos en pulsar Sí. Se oyó un estruendo y su cabeza golpeó el techo. En el mismo momento, las vibraciones cesaron. X7 hizo cuentas. ¿Lo había conseguido? Los instrumentos del planeador ya no proporcionaban datos. Podía estar a una altitud de cinco kilómetros, o sea, justo por encima de las coronas de las Viejas Madres. Era una lástima que no pudiera observar su propio descenso.

En ausencia de sensores, X7 se concentró por completo en su cuerpo. Le proporcionó una información sorprendentemente precisa, al menos sobre la fuerza de la gravedad que estaba experimentando. Correspondía al efecto de frenado de la atmósfera, y cuanto más bajaba, mayor era. Pero ya no aumentaba, sino todo lo contrario. Era demasiado pronto para dar un suspiro de alivio, ya que la velocidad actual también influía. Pero cuanto más se hundía su vehículo, más claro lo veía: Se había pasado el vértice de la curva de frenado. El planeador volvió a acelerar hacia el cielo. Su cuerpo no tenía sentido neutro del tiempo, así que X7 contó en voz alta. Un minuto después, la cabina se volvió mucho más silenciosa. Al cabo de tres minutos, estaba casi ingrávida, y cuando contó «seiscientos» tuvo que bajar el aire acondicionado, que funcionaba a toda potencia, porque se estaba congelando.

Bien, el plan había funcionado. Todo había resultado mucho más creíble de lo previsto. Nadie dudaría de que se encontraba en una situación de emergencia. El control planetario no tendría más remedio que intervenir para salvarla.

—Soy el teniente Strube del *Vanguardia*. Estoy a bordo de un planeador inmaniobrable y necesito ayuda.

X7 apagó el micrófono. Ahora tenía que esperar a que alguien le ofreciera ayuda. Con suerte, Morris no sería el primero. Pero el *Vanguardia* no respondió. Nadie respondió a su mensaje de radio. Lo intentó de nuevo, con más urgencia.

—Mayday, mayday, necesito ayuda urgente. Mi planeador no puede maniobrar.

Silencio. Todas las naves cercanas estaban obligadas a responder a una llamada de socorro. Eso solo podía significar una cosa: que no

había sido enviada. X7 se desplazó por el menú del sistema hasta la antena de radio, donde encontró un programa de prueba y lo inició.

—No se ha encontrado ninguna antena.

Estupendo. Había hablado antes con Strube, así que el planeador debía tener una antena en algún momento. Buscó en «Solución de problemas». «Instale una antena» era todo lo que decía. Lógico. Pero ella no tenía una. Ni siquiera había un traje espacial a bordo. Incluso si tuviera una antena, no sería capaz de instalarla. Debía haberse derretido con el intenso calor.

¿Y ahora qué? El planeador estaba ciego y sordo. X7 leyó «Qué hacer en caso de emergencia» en el menú del sistema.

1. Use la radio para pedir ayuda.

2. Espere hasta que llegue la ayuda. Mantenga la calma.

3. Si sus recursos no son suficientes hasta que llegue la ayuda, reduzca el consumo al mínimo. Apague los aparatos que no necesite. Duerma. Cuando duerme, el consumo de su sistema disminuye considerablemente. Si es necesario, utilice el somnífero de emergencia del compartimento C3. Reducirá su ritmo respiratorio al mínimo.

La pequeña x en la parte inferior de la pantalla estaba etiquetada como «Energía, agua, aire respirable». X7 leyó las instrucciones por segunda vez. No tenía muchas opciones, así que lo mejor era ir a lo seguro. Dejó que su cuerpo buscara el compartimento C3. Dentro encontró guantes, ropa de abrigo y cinco jeringuillas de emergencia. En dos ponía «sueño de emergencia» y en las otras «analgésico y antibiótico universal». Destapó la jeringuilla con el soporífero. La fecha de caducidad del envase era el 10 de junio de 2862. De eso hacía dos años. Pero ¿tenía elección? El oxígeno a bordo no duraría para siempre.

La jeringa ya estaba preparada. «Administrar por vía intramuscular», decía. X7 se la aplicaría en el muslo.

—Muy bien —dijo.

¿Debía actualizar sus posibilidades de supervivencia? Negó con la cabeza.

—Buenas noches entonces, Ximena.

Ese era el nombre que X7 había elegido para sí misma en algún momento, cuando se hartó del estúpido número. Clavó la aguja a través de la tela de sus pantalones, profundamente en su carne, y empujó el émbolo hacia abajo.



1 de enero de 2864, 2320C1

El nuevo año comenzó con dolor de cabeza, probablemente como consecuencia del proceso de despertar. Yini se tomó una pastilla y se la bebió con agua. Sin embargo, olvidó que la *Starbird* flotaba sin energía en órbita alrededor de un planeta enano y no cerró la botella de agua inmediatamente, con la intención de meterla en la nevera sin la tapa. Una gran gota de agua aprovechó la oportunidad para escapar de la botella y voló por la habitación, formando una bola del tamaño de un puño. Yini la persiguió con una sábana, pero esto solo hizo que se desintegrara y se esparciera por toda la habitación en forma de montones de bolitas.

No importaba. En el centro de control podría haber sido un problema por toda la electrónica, pero aquí el soporte vital absorbería todo lo que no se evaporara. Yini se puso los pantalones del chándal que pensaba llevar como capa extra dentro del traje espacial. Luego, salió del dormitorio y se dirigió hacia la esclusa.



Su madre la esperaba. Yini había metido el cuerpo de Tailin en el traje espacial cuando aún estaba fresco. Estaba atado a una pared. Como Yini sabía que necesitaría alguna forma de sujetar el cadáver, había doblado el brazo izquierdo hacia arriba. Ahora parecía que su madre

le hacía señas. No le importaba, ya que sabía que el cuerpo no era más que un cascarón vacío.

Yini se puso el casco. El botón del mamparo exterior brillaba en verde. Comprobó el ajuste de la mochila cohete. Era su medio de transporte y su seguro de vida.

—¡Vamos, mamá!

Yini se impulsó y voló hacia el traje espacial que contenía el cadáver. Agarró la mano y tiró de ella. Tailin se sentía muy ligera. Cogidas de la mano, flotaron hasta el mamparo. Yini pulsó el botón y la pesada puerta se abrió. Encendió la luz del casco.

«Tú primero», oyó decir a su madre en su mente.

Yini había repasado el procedimiento varias veces, pero aquí todo parecía distinto. El 2320C1 no aparecía por ninguna parte. Solo lo encontró cuando cambió a infrarrojos. La nube de Oort de Gliese 167 estaba mucho más cerca de la estrella central que en el sistema solar, pero el sol solo brillaba tenuemente aquí, y sobre todo en infrarrojos.

Además, la superficie estaba increíblemente lejos. Si esto fuera la Luna, la mochila cohete no bastaría para llegar viva hasta abajo. Pero 2320C1 solo tenía una fracción de la gravedad lunar. Había hecho los cálculos varias veces. No era peligroso.

Solo lo parecía, y eso era lo que le preocupaba.

Miró a su madre. *Puedes hacerlo,* parecía decir. *Enséñame lo que puedes hacer.* De acuerdo. Se impulsó y corrigió su trayectoria. Las flechas y los símbolos del visor del casco le indicaban lo que tenía que hacer. *Ves, es muy sencillo, querida.* Yini acercó un poco más el brazo e iluminó la cara de Tailin con la luz del casco. Parecía como si estuviera disfrutando del rápido vuelo con los ojos cerrados.

De hecho, parecía más bien que no se movían. 2320C1, bajo ellas, era una masa amorfa, por lo que Yini no podía calcular la distancia a la que se encontraban. Al cabo de un minuto, la *Starbird* había desaparecido en la oscuridad eterna. Sin las instrucciones de su casco, nunca encontraría el camino de vuelta. Procedían de los controles de la nave. Mientras se comunicara mediante símbolos, el ordenador sería civilizado.

Los últimos cien metros fueron agotadores. El radar del traje tenía problemas con el terreno suelto y corregía continuamente sus estimaciones de distancia, lo que provocaba órdenes frenéticas desde los controles de la nave. Yini estaba segura de que el programa pronto estallaría en furiosos insultos. Entonces llegó, el traje espacial con el cadáver, que había impulsado delante de ella, informó del contacto con el suelo. Yini giró un poco en sentido contrario, pero no lo suficiente, así que se hundió en el suelo hasta las rodillas. Su entorno brillaba. Era evidente que había hielo mezclado con el polvo y las piedras. Se apoyó en el suelo y sacó las piernas de la tierra.

Yini miró a su alrededor. Había elegido este lugar como el sitio de descanso perfecto por la vista ininterrumpida que ofrecía a todos los lados. Por lo demás, el planeta enano tenía toda una serie de cráteres, algunos de los cuales se superponían entre sí. Lo que el radar no le había mostrado era que aquí no era diferente, salvo que el cráter estaba casi completamente lleno de polvo. Parecía el vertedero de alguna enorme mina de asteroides. Sin embargo, no había minas tan lejos en el sistema Terra Nova.

—¿Qué te parece? —preguntó.

El traje espacial de Tailin estaba tendido en el suelo, mirando al cielo. Yini siguió su mirada y encontró una estrella ligeramente más brillante que las demás. Era la estrella más brillante del cielo de esta esfera, así que probablemente se trataba de Gliese 167. Mark Decker llegaría allí dentro de unos meses.

—¿Así que estás de acuerdo?

2320C1 giraba sobre su eje, así que Gliese 167 saldría y se pondría aquí, como en cualquier otro lugar de este cuerpo celeste de aspecto inhóspito. Un escalofrío la recorrió. Aquí hacía mucho frío. No le gustaría que la enterraran en este lugar.

—Pero eso es lo que querías —dijo, sacando la pala plegable que había traído en la riñonera.



Era una sensación extraña echar tierra sobre el cuerpo de su madre. No porque la entristeciera, sino porque le parecía inútil. El traje espacial con el cuerpo dentro nunca se pudriría. Este cráter no parecía apto para la minería, así que Tailin estaría sola durante miles de años. Algún día los arqueólogos podrían desenterrar el cuerpo. Quizá pertenecieran a una especie que habría aniquilado a los humanos, y se lo regalarían a sus hijos como recordatorio de lo importante que era respetar a otras especies inteligentes.

Te estás volviendo loca, le dijo su madre. Eso hizo que Yini se limpiara el polvo del casco para poder al menos mirar las estrellas. Respiró hondo. Había pensado en poner una pizarra. Pero ¿a quién ayudaría eso? Probablemente nunca volvería a visitar este lugar. Kang estaba ocupado en la Luna y su padre quería que destruyeran su estación de investigación. Yini negó con la cabeza.

De repente le entraron ganas de dar un paseo. No por las vistas, sino simplemente para sentir tierra más o menos firme bajo sus pies. La superficie de un cuerpo celeste, no el suelo metálico de una nave espacial. Durante los próximos tres o cuatro meses, estaría confinada en las pocas habitaciones de la *Starbird*, ya que pretendía permanecer despierta durante el resto del viaje. Había pensado en ello al despertarse.

Al principio había sido una obsesión que se le había ocurrido cuando la máquina le sacó los cables del cuerpo. Había estado lo bastante despierta como para experimentarlo conscientemente. Más tarde, el sistema lo explicó como ciertos efectos de habituación debidos a la repetición frecuente del sueño profundo. La idea se había consolidado. Le daría tiempo suficiente para escribir todo lo que había aprendido. A Kang y Mike, que se habían quedado en la Luna, seguro que les interesaría. Si no, era una buena forma de ordenar sus pensamientos.

Se dirigió hacia la cresta del cráter, que se alzaba ante ella como el lomo de una ballena. Sus ojos se habían acostumbrado tanto a la oscuridad que creía ver sombras. Intentó hacer una panorámica con la cámara del casco, pero esta se quejó de que no había suficiente luz.

—Vuelve aquí, miserable —anunciaron los controles de vuelo.

No era habitual. ¿Estaban enfadados porque su pasajera no seguía el plan acordado? El plan era de Yini. Los controles de vuelo solo la ayudaban a mantener el rumbo correcto con las flechas de la pantalla.

—¿Qué haces? —preguntó por radio.

—¡Lárgate de ahí!

La máquina seguía hablando con brusquedad, pero ahora sonaba muy preocupada. ¿Podrían los controles de vuelo estar preocupados, o era su imaginación?

—Por favor, dame una razón.

—¡La razón es que estás en peligro, miserable! Sal de ahí, ¡vete!

—¿Está la *Starbird* en peligro?

—¡No, tú lo estás, gilipollas! ¡Lárgate de ahí!

Si el control de vuelo creía reconocer un peligro en sus proximidades, debía tener a Yini en su punto de mira. La *Starbird* estaba en algún lugar por encima de ella. Pero solo había flechas verdes en el casco de Yini, apuntando frenéticamente la parte superior del disco.

«Sé que se supone que debo ponerme en órbita, pero...» Desactivó la búsqueda de trayectorias y las flechas desaparecieron. Por fin volvía a tener una visión clara. Pero no pudo encontrar la *Starbird* en su dirección de viaje.

—Si pudieras darme una razón...

Yini se dio la vuelta para buscar la *Starbird* en la otra dirección. Fue entonces cuando lo vio. Detrás de ella había una sima piramidal con paredes increíblemente lisas. Algo así no podía existir, no en este planeta enano, cuya superficie estaba compuesta de materia suelta. El polvo y los escombros del borde superior tendrían que deslizarse hacia la forma geométrica debido a la gravedad. Las primeras piedras empezaron a hacerlo. Era como si la repentina aparición de la sima hubiera conmocionado brevemente este mundo, y el shock empezara a desaparecer. La superficie bajo los pies de Yini se desmoronó. Estaba a punto de caer en el tetraedro y quedar sepultada bajo los escombros. Los controles de vuelo tenían razón. Tenía que encender el motor que llevaba a la espalda y despegar.

Buscó las palancas laterales, pulsó el botón de arranque y se lanzó al espacio con la máxima aceleración.



—¿Qué ha sido eso? —preguntó Yini.

Había conectado los controles de vuelo al holocubo de la cabina del propietario y estaba viendo la grabación.

—Yo lo llamaría un error espacial —dijo el programa—. Pero no me importa lo que pienses de ello.

Yini reinició la grabación. El programa la había avisado antes de que hubiera rastro de la caverna piramidal del cráter. ¿Tendría ella algo que ver?

—¿Cómo sabías que estaba en peligro?

—Era lógico, estúpida. Toma, si tienes suficiente potencia de cálculo.

El tetraedro desapareció de la holoimagen y fue sustituido por el cráter en el que había enterrado a su madre. De repente, una especie de luz azul apareció en el centro. Parecía un fuego fatuo bailando en un pantano. Pero el 2320C1 no tenía atmósfera y, desde luego, no había gases de pantano que pudieran encenderse.

—¿Qué es eso?

—Es radiación Cherenkov, obviamente.

Yini recordó que su hermano le había enseñado las instalaciones de taquiones. Allí también habían visto esa radiación.

—¿Tiene algo que ver con los taquiones?

—Me apuesto lo que quieras.

—Pero los taquiones no son peligrosos. Apenas interactúan con la materia ordinaria.

—He hecho los cálculos de su jodida energía, imbécil. Para ese poco de radiación Cherenkov que estás viendo, alguien debe haber enviado una gran cantidad de taquiones aquí, aproximadamente la mitad del consumo anual de la instalación lunar.

Era una cantidad sorprendente. Tanta energía, concentrada en un espacio tan pequeño... eso era un arma. Alguien había apuntado un

arma de taquiones a este lugar. ¿Podría ser pura coincidencia? Negó con la cabeza. No se lo creía. Alguien la había apuntado.

Por otra parte, teniendo en cuenta el esfuerzo realizado, el resultado fue bastante decepcionante. La mitad de las necesidades energéticas anuales de la Luna, pero ¿seguía volando, vivita y coleando? Los atacantes debían de estar furiosos. ¿O solo intentaban demostrar sus habilidades? Pero entonces deberían haberse revelado para que Yini pudiera temerles adecuadamente.

—¿Han conseguido algo? —preguntó Yini.

—Los cabrones tienen ahora unas cuantas toneladas de escombros del 2320C1 y el cadáver de Tsai Tailin —respondió el controlador de vuelo.

—¿Qué? Enséñame el lugar.

—Aquí está el maldito punto. Pegado en algún sitio.

El tetraedro se extendía unos diez metros en la superficie del planeta enano. Pequeñas piedras seguían rodando por los bordes. Los escombros formaban un pequeño montículo en el suelo en el centro. Unos metros por encima, justo por debajo del antiguo nivel del suelo, flotaba una X verde. Allí había enterrado a su madre.



8 de abril de 2864, Albatros-1

No.

No, no, no.

Mark negó con la cabeza, y el mero hecho de que aquello fuera posible le sumió en una profunda desesperación. Estaba vivo. Su cuerpo no se había convertido en un componente líquido en la cuenca de reciclaje. No se había esparcido por toda la estación.

Miró a su alrededor. La desesperación le invadió. Su conciencia era inusualmente clara. Estaba en el centro de control, donde reinaba la pesadez. Kian yacía a su lado. El Kasen respiraba.

—¿Kian? ¿Kot?

Su amigo no respondió. Mark le dio un codazo, pero eso no cambió nada. Kian había abierto los ojos. Su rostro parecía triste. ¿Podían los Kasen sentir tristeza? Nunca habían tenido que superar la pérdida de uno de los suyos.

¿Cuánto tiempo había pasado? Mark tenía que levantarse ya. El impulso de hacerlo era superior a su voluntad, más bien un impulso primario, como el instinto de huida, pero sin el miedo que lo acompañaba. Se levantó. El ordenador le atrajo mágicamente; no el sistema de control de la estación, sino la unidad responsable de la investigación. Solo se dio cuenta de pasada de que la pantalla de control también se había encendido. Mostraba algunos símbolos de advertencia que indicaban que estaban a punto de entrar en órbita.

Debían de haber llegado a Terra Nova. Mark Decker se encogió de hombros. Y qué si lo habían hecho. Eso no significaba nada. Una vez transmitido su mensaje, su trabajo estaba hecho. Se volvió y miró al Kasen, que dormía. Kian debería haberse quedado en casa. Su presencia aquí no tenía ningún sentido. ¿O sí? Mark nunca se había sentido del todo angustiado durante el largo viaje, quizá porque su amigo le había hecho compañía. El pulpo debía de reconocer esta función estabilizadora.

Mark se golpeó contra el taburete situado frente al ordenador de investigación. Sus pies se habían movido solos. Se agarró al mueble, se sentó en él y encendió el ordenador. Aquello era importante. Era su trabajo. Tenía que poner en marcha los acontecimientos.

Acontecimientos. Mark se quedó helado. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sintió como si estuviera escuchando música celestial, pero lo único que oía era el sonido del soporte vital. De repente, se dio cuenta de todas las implicaciones. Se había convertido en parte de un viaje. Mark se sintió muy agradecido. ¿Por qué no lo había comprendido mucho antes? Adad solo era una escala, un desvío. Los Kasen no habían estado a la altura de las expectativas y se había roto el contacto con el clan.

Aquí estaba, el destino. Los instrumentos del Albatros-1 lo habían localizado. El clan estaba en la superficie de este planeta. Mark no tenía palabras para lo que había sucedido. No tenía más que una corazonada. Tal vez el clan se había estrellado. Quizá había estado al acecho porque corrían malos tiempos para la vida inteligente. El clan había sobrevivido a los altibajos, esperando a que una nueva oleada de inteligencia barriera el espacio con la constancia de las mareas.

Pero ahora Mark estaba aquí. Tenía que despertar al clan. Mark no dudó en desarrollar sus ideas. Era por su propio bien. Solo como clan sobrevivirían a la próxima extinción, que se avecinaba de nuevo. Ya lo habían hecho tantas veces que parecía una de las pocas regularidades en la historia del universo.

Sería fácil despertar al clan. Mark solo tenía que despertar la curiosidad de los humanos. Sonrió. Responderían con entusiasmo, sobre todo si les advertía de lo contrario. A los humanos les encantaba lo prohibido. Él mismo era el mejor ejemplo de ello.

Lo expresó en forma de leyenda, tal y como el pueblo había escrito sus historias.

Hubo una época en la que los habitantes del planeta solo veían paz y armonía. No tenían ni idea de que una amenaza yacía latente entre ellos, oculta en las profundidades de la tierra. Pero de repente, sin previo aviso, la bestia despertó de su letargo. Una gran y extraña nave apareció en el cielo, y era tan poderosa y aterradora que temblaron de miedo. Pero la nave permaneció en el cielo, con los ojos fijos en la tierra. Era un guardián, un destructor, enviado por las potencias celestiales para destruir el planeta.

Mark casi podía ver al guardián frente a él. Era deforme, un cruce entre una cuña y una patata, y solo su inmenso tamaño dejaba entrever el peligro que acechaba en su interior. Siguió tecleando, pues eso solo podría no ser suficiente para los humanos.

La gente suplicó clemencia, pero la nave no les escuchó. Envió sus poderosos rayos hacia el suelo y destruyó todo a su paso. Las ciudades fueron destruidas, los bosques fueron arrasados y los océanos devastados, el suelo tembló y los habitantes del planeta se llenaron de miedo y terror.

Se preguntó si realmente debía escribir «el suelo».

Pero cuanto más vago era, más poderoso sonaba. Ahora lo único que tenía que hacer era mostrar a la gente lo inútil que era enfrentarse a este peligro, y sin duda lo intentarían y fracasarían.

Desesperados, algunos valientes héroes del pueblo se levantaron y resolvieron luchar contra la nave. Construyeron armas poderosas y se dispusieron a atacarla. Pero sus esfuerzos fueron en vano. La nave era demasiado poderosa y los destruyó fácilmente. Y así, el planeta Wüstenei y sus habitantes fueron expulsados, para deambular en la oscuridad para siempre.

El pueblo se rebeló contra su destino y fue castigado por ello.

Ahora solo faltaba el acto final de misericordia como recompensa.

Pero las potencias celestiales fueron misericordiosas y se apiadaron del pueblo. Les dieron un nuevo planeta en el que podrían vivir y reasentarse. Y el pueblo alabó a las potencias celestiales por su misericordia y prometió acatar siempre sus instrucciones, para no volver a incurrir en su ira.

Mark apartó el teclado. Estaba satisfecho. Era una manipulación sencilla, demasiado sencilla, pero estaba seguro de que responderían. El clan debía continuar su viaje. Terra Nova era una colonia próspera, pero si la civilización humana quería fusionarse con el clan, para estar protegida de la purga que se avecinaba, debían llegar al sistema solar.

Volvió a su asiento, satisfecho. El pulpo había desaparecido. Mark volvía a ser él mismo. El ordenador de control mostraba varios puntos moviéndose hacia la estación. El plan estaba en marcha. Mark se sentó en su asiento. Ahora tenía que dormir para no correr el riesgo de delatarse.

—¿Kian?

El Kasen había colocado una pierna sobre el catre de Mark, como si quisiera abrazarle. Qué mono. Apartó ligeramente la pierna y se tumbó. Apretó tanto el cuerpo contra la superficie que casi se fundió con ella. Se sacudió hacia delante y hacia atrás, pero ya no podía

moverse. Un sobresalto le subió por el esófago, pero se lo tragó. Si realmente quisiera, podría volver a levantarse del sofá.

Hacía frío en la oficina central. Mark se estaba congelando. Podía ir a buscar una manta, o podía coger el respaldo del asiento para calentarse. Mark estiró los hilos en el asiento. Se abrieron paso, cambiando el material orgánico, estirando el plástico hasta convertirlo en una fina tela que se deslizó lentamente sobre su cuerpo, envolviéndolo como en un capullo. Cuando el capullo volviera a abrirse, tal vez se hubiera convertido en crisálida.



21 de Paopi de 225, Control Planetario

Fecha estándar: 8 de abril de 2864

—¡Tú otra vez!

X7 reconoció la voz de Fiona Forest. Lo había conseguido. Alguien le levantó el párpado derecho. Reconoció la cara de James Bondi, el médico. X7 abrió los dos ojos.

—¿Puedes verme? —preguntó él.

—Claramente, amigo.

Bondi sonrió. Era encantador.

—¿Me persigues a mí o a nuestra jefa? —preguntó—. Bueno, si es a mí a quien buscas, podrías haber venido en el transbordador como siempre.

—Me busca a mí, James. No te hagas ilusiones —dijo Forest.

X7 asintió.

—Me alegro de volver a veros a los dos. Pero esta vez no estoy aquí por elección propia. Os agradezco de todo corazón que me hayáis salvado.

—Era natural —dijo el médico—. Pero si quieres agradecérmelo con una cerveza fría, esta noche estoy libre.

—Solo actuábamos de acuerdo con las leyes de la Unión Terrestre —intervino Forest—. James, creo que ya no te necesitamos

aquí.

—Me voy.

Bondi le mandó un beso antes de darse la vuelta y desaparecer de la enfermería. X7 giró la cabeza. Era una especie de enfermería extraña. Todas las aberturas de las paredes tenían barrotes. X7 intentó levantar el brazo para incorporarse, pero estaba atado, igual que el otro.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Así es como tratan a las víctimas de accidentes?

—Debía tener cuidado —dijo Fiona Forest—. Por lo que sé de ti, eres capaz de cualquier cosa.

—Oh vamos, estaba de camino a casa cuando...

—Sin embargo, el accidente fue un montaje muy inteligente. El planeador no fue manipulado de ninguna manera. Casi parece como si realmente hubiera sido un accidente grave.

—¿Pero no lo crees?

Fiona Forest era una mujer inteligente. No sería fácil ocupar su lugar. X7 necesitaba tranquilizarla.

—Está en mi ADN, como dicen. Hay algo malo en ti.

—Oh, hay muchas cosas malas en mí. Pero el hecho de que acabara aquí no fue intencionado. Puedes comprobarlo. La persona a la que persigo robó mi transbordador y está de camino a la estación de taquiones. Mi intención era seguirlo hasta allí. Pero intenté tomar un atajo a través de la atmósfera. ¡Tenía un planeador! Seguro que tú habrías intentado lo mismo.

Fiona sonrió. ¡En el blanco! Atravesar la atmósfera a toda velocidad en un planeador debía de parecerle una gran aventura. Qué desperdicio. ¡Humanos!

—No puedo negar que tiene cierto atractivo —admitió Forest.

—Ya ves... y entonces fallaron los estúpidos controles.

—Nuestro experto dice que forzaste el planeador mucho más allá de sus especificaciones. Así que fue intencionado.

—Por supuesto que estaba viajando deliberadamente lo más rápido posible. Tú misma sabes que las especificaciones nunca son más de una cuarta parte del límite de tolerancia real.

—En este caso, fue un tercio, según nuestro experto.

—Exactamente, ¿ves? Un defecto material. No podría haberlo adivinado.

—Muy bien. No importa si te creo o no. Repararemos tu planeador y podrás irte de nuevo.

X7 tiró de sus ataduras.

—¿Así? ¿Hablas en serio?

—No quiero que hagas ningún daño aquí. Así que sí, estarás atada hasta que te vayas. No te preocupes, volverás a tu planeador en veinticuatro horas como máximo. Alguien te traerá agua y comida.

—¿Y si necesito ir al baño?

—Con el equipo adecuado, puedes hacerlo en la cama. Solo tienes que tocar el timbre.

—¿Tocar?

—Hay un botón debajo de tu mano izquierda. Hay un soldado en la puerta que te echará una mano si lo necesitas.

Había subestimado a Fiona Forest. La jefa de control planetario era un hueso duro de roer.

—Estás infringiendo la ley sobre el trato a los prisioneros de guerra.

Fiona se rio.

—¿Estamos en guerra? Eso es nuevo para mí. Tuvimos que inmovilizarte debido a tu estado mental. El médico de nuestra nave estará encantado de confirmarlo.

—Quiero hablar con el capitán Morris. Como miembro de la Armada Espacial, tengo derecho a hacerlo.

—Tan pronto como salgas de esta estación, podrá hablar con quien quieras. Pero ahora mismo, no queremos molestar a tu jefe. Es poco después de medianoche hora estándar. Seguramente acaba de dormirse.

X7 se recostó y cerró los ojos. Fiona Forest lo había pensado todo. La IA había perdido esta batalla. Pero en cuanto a la guerra, Forrest no tenía ni idea. Llevaban mucho tiempo en una guerra que podía costarle la existencia a la humanidad.



¿Cuánto tiempo había pasado? X7 no lo sabía. Solo se despertó porque le picaba la vejiga. Al principio solo era molesto, pero luego empezó a dolerle. Pulsó el botón del timbre. Debería haber un soldado fuera vigilando. Pero seguía en silencio. Volvió a pulsar el botón.

—Shh —chistó alguien detrás de ella.

La persona hablaba tan bajo que no reconoció la voz. Pero probablemente no era el soldado. ¿Por qué susurraría? X7 sintió una brisa fresca. Poco después, la puerta volvió a cerrarse. Ahora olía a perfume agrio.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

¿Quizá alguien intentaba matarla? Sería inteligente por parte de Fiona quitarla de en medio de una vez por todas. X7 habría hecho lo mismo. Porque, por supuesto, volverían a encontrarse, y entonces X7 no perdería la batalla.

No obtuvo respuesta.

—Identifícate o gritaré.

Mucha gente se sentía incómoda cuando otra persona gritaba. En general, ni siquiera los asesinos lo disfrutaban. Por supuesto que había excepciones, pero al menos tenía que intentarlo.

—Shh, soy yo, Jimmy.

Una mano se posó en su hombro. Era del médico.

—¿Qué pasa con el soldado que se suponía que estaba esperando fuera? En realidad, pulsé el botón de llamada.

—Lo mandé a cenar. Imagínate, se olvidaron por completo del pobre. Sin embargo, me hizo prometer que cuidaría de ti. Y aquí estoy.

—¡Qué altruista!

—Jaja, pensé que lo apreciarías. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

—En primer lugar, podrías desabrocharme, Jimmy. Aflojar mis ataduras.

—Ataduras, me encanta esa palabra. ¿Cómo sería si estuvieras indefenso a mi merced? Podría aliviar tu vejiga llena primero. ¿No es por eso que presionaste el botón?

—Jimmy, por favor, hazme un favor y desátame. Me duelen las muñecas mogollón. Tus ideas son geniales, pero podemos ocuparnos de ellas más tarde. ¿Cuánto tiempo estará ocupado el soldado?

—Le dije que podía tomarse dos horas. Quería hablar con su familia en Terra Nova.

Dos horas eran más que suficientes para ella.

—Eso es genial —dijo X7—. Rara vez hemos tenido tanto tiempo antes.

—Por desgracia, amigo mío —dijo el doctor.

Fue a un estante de la pared y volvió con un manojo de llaves. Probó una llave tras otra en sus esposas hasta que la primera se soltó. X7 se lo agradeció con una sonrisa. Jimmy fue al otro lado y le soltó la segunda.

—Ya está —dijo.

—Ah, eres muy amable —dijo X7—. Ayúdame a levantarme, por favor. Se me han dormido las piernas. Y luego, por favor, tráeme la botella para... ya sabes.

—Con mucho gusto. No te enfades conmigo, pero luego tendré que volver a atarte o me meteré en un buen lío.

—Lo entiendo, por supuesto. No quiero que pierdas tu trabajo por mi culpa.

—Gracias, querido.

El médico se dirigió a otra estantería, rebuscó en ella y volvió con un frasco de plástico de color claro, cuya finalidad era claramente visible. X7 se levantó. Se sorprendió al notar que se tambaleaba un poco. Jimmy enarcó las cejas.

—¡Ten cuidado!

—Necesito estirar las piernas. No creo que estar mucho tiempo tumbado boca arriba haya sido muy bueno para mi circulación.

—Como médico, yo tampoco te lo aconsejaría. Sugerí que Fiona te atara en posición sentada.

—Muy amable.

El médico se había detenido junto a la estantería y parecía esperar a ver si ella podía mantenerse en pie. X7 se balanceó deliberadamente más de lo necesario, acercándose lentamente a él. Echó un rápido vistazo a la estantería que había detrás de él. En el segundo estante superior había un recogedor primitivo. Su mango facilitaría el agarre y la transferencia óptima de energía. X7 volvió a balancearse y extendió los brazos como si quisiera que Jimmy la cogiera. Agarró el recogedor con la mano izquierda, emitió un chasquido para distraer la mirada del doctor, alargó el brazo y le golpeó con fuerza en el lado izquierdo del cráneo.

La sangre salió a borbotones. Al desplomarse, notó la laceración que le había causado en una sien. Cayó al suelo con un ruido sordo. Ahora tenía que ser rápida. ¿Quién sabía cuánto tiempo estaría inconsciente? Si conseguía atarlo a la camilla a tiempo, podría dejarle con vida. Si se despertaba antes, tendría que acabar con él. «Duerme profundamente, querido. Es mejor para ti». X7 soltó un gemido mientras levantaba el cuerpo, que pesaba casi tanto como ella, sobre la cama. Un poco de sangre manchó la chaqueta de su uniforme. ¡Si Strube viera esto! Sujetó las muñecas de Jimmy con sus propias correas y luego buscó sal frenéticamente. ¿No se podían quitar las manchas de sangre con sal?

«Un momento». X7 hizo una pausa. Ahora había cosas más importantes que hacer. De las dos horas que le había dado la pausa no programada en la guardia, debían de haber pasado veinte minutos. Miró a su alrededor. Todas las aberturas estaban enrejadas, pero seguía siendo una enfermería normal. Más atrás, encontró un aparato de diagnóstico universal y un robot quirúrgico. También había un purificador de conciencias. Era la combinación habitual: si una operación salía mal, el paciente iba directamente al purificador. Aunque no hubiera ninguna biobolsa de repuesto disponible, salvaba la vida del paciente.

Necesitaba un arma. X7 se ayudó de un armario de instrumental quirúrgico. Guardó un bisturí pequeño en el bolsillo interior de la chaqueta del uniforme, dobló otro y se lo metió en el bolsillo del pantalón, y cogió uno especialmente grande. Luego, registró al médico. Había una radio en el bolsillo de su abrigo. Lo extrajo,

esperando que nadie la escuchara. Por suerte, parecía estar apagada. X7 la activó, pero como no sabía quién podía estar escuchando en qué canal, no habló por ella. Apagó el micrófono y se acercó a Jimmy, quien seguía sin moverse. No abrió los ojos hasta que le dio un par de palmadas en las mejillas.

—¡Ay!, ¿qué haces?

—Necesito tu ayuda, Jimmy.

Jimmy se sacudió las ataduras.

—¿Qué está pasando? No tenías que... —Solo ahora parecía recordar con más claridad—. Has...

—Lo siento. Pero míralo por el lado bueno. Estás vivo y puedes ayudarme. Podría haber sido diferente.

X7 sostuvo el bisturí primero en su cara y luego en su garganta.

—Por supuesto, no tiene por qué seguir siendo así —dijo.

—Yo...

—¿Vas a ayudarme?

Jimmy asintió. La hoja del bisturí pasó ligeramente sobre su manzana de Adán. El médico tragó saliva. X7 apretó la hoja un poco más contra su piel.

—Está bien, haré lo que quieras. ¿Qué te pasa, Olaf?

—No soy Olaf. Soy...

—No lo digas. Ni siquiera quiero saberlo. ¿Por qué me necesitas?

Jimmy no era tan estúpido. No necesitaba un confidente. Honestamente, ya sabía demasiado. Ella necesitaría unos días en el cuerpo de Fiona. ¿Sería capaz de mantener la boca cerrada tanto tiempo? X7 no podría vigilarlo todo el tiempo. Por otra parte, podría ser desagradable que desapareciera, y alguien podría tener la idea de hacer demasiadas preguntas.

Pero paso a paso. En primer lugar, necesitaba a la jefa de control planetario.

—Quiero que llames a Fiona. Aquí tienes tu radio. Lo mejor que puedes hacer es despertar su curiosidad. Dile que tu prisionero, yo, dijo algo sobre el Albatros-1.

—¿Albatros-1? Eso no significa nada para mí.

X7 sonrió. Presumiblemente solo la comandante estaba al tanto.

—Eso es lo que pensaba —dijo—. Pero créeme, el nombre significa algo para Fiona. Vendrá.

—¿Y después? ¿Qué pasará con ella?

—Tomaré prestado su cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—La máquina de purificación de conciencia de ahí atrás funciona, ¿no?

—No la hemos usado en años, pero creo que sí. ¿Así que la mantendrás viva? Por favor, quienquiera que seas, ella es uno de los buenos. No merece morir.

—Muy pocos lo merecen, Jimmy, y mueren de todos modos.

X7 no sería capaz de cumplir la petición de Jimmy. Lo único que se necesitaba era un eslabón débil. Pero el doctor no parecía tener una voluntad tan fuerte como la comandante.

Fiona haría todo lo posible para detener a X7. Ella no entendía por qué X7 estaba haciendo todo esto en lugar de simplemente observar. Los humanos eran tan cortos de vista que ni siquiera se daban cuenta de que su especie estaba al borde de la extinción. Y, sin embargo, ¡las señales eran fáciles de entender!

El problema era el cuerpo de Strube. Al menos cuando estaba despierto. Incluso cuando estaba atado, era un peligro. X7 acababa de demostrarlo, aunque el doctor la hubiera ayudado sin querer. Fiona encontraría la forma de causarle problemas, incluso en el cuerpo equivocado. Pero ¿y si estaba dormida?

—¿Tenéis cámaras de sueño criogénico a bordo?

—Sí, es lo habitual. Están en cada esquina.

X7 asintió. Si un miembro de la familia tenía que hacer un largo viaje a velocidad sublumínica, era habitual que el resto de la familia puenteara los años de ausencia en sueño criogénico. De lo contrario, nadie haría viajes interplanetarios.

—¿Es posible programar una cámara para que pueda controlarla con esta radio?

—Eso debería ser posible —dijo Jimmy—. Claro, también se pueden controlar desde el centro de control.

—Muy bien. Entonces vamos a empezar nuestro pequeño juego. Llama a tu jefa aquí por radio. Pero no hagas nada estúpido o

estarás muerto antes de que llegue.

X7 le mostró al doctor el bisturí, liberó su mano izquierda y le dio la radio. Jimmy inspiró y espiró profundamente, la cogió, ajustó el canal y pulsó el botón de llamada.

—¿Qué ocurre, doctor Bondi? —preguntó la comandante.

—¿Tiene un minuto? —preguntó Jimmy.

—Ahora mismo estoy hablando con Berenike, así que si pudieras ser breve...

—Bueno, acabo de visitar a nuestro paciente, y está hablando de una estación llamada Albatros. Yo no sé nada al respecto, pero él cree que usted sabe exactamente de qué se trata.

—¿Tienes la impresión de que él sabe más al respecto?

—Absolutamente, sí. Pero para mí, todo es un galimatías.

—Gracias por señalármelo, Jimmy. Visitaré a Strube en algún momento de hoy. Fiona fuera.

Joder. La conversación con la tal Berenike parecía ser más importante en este momento. ¿No era la jefa del laboratorio biológico? Las dos, obviamente, se estaban preparando para la llegada del Albatros-1.

—Lo siento —dijo Jimmy.

X7 asintió.

—No fue culpa tuya. Solo hace que todo sea más complicado. Te necesito para chantajear a Fiona. Pero si ese soldado vuelve a aparecer en la puerta... No quiero que las cosas terminen en un derramamiento de sangre.

—Entonces, ¿quieres que Fiona cumpla tus deseos o me matarás? No creo que yo valga tanto para ella.

—¿Pensé que era una de las buenas? Tú mismo lo dijiste. Deberías esperar no haberte equivocado con ella.

Jimmy le devolvió la radio. En ese momento emitió un pitido.

—Es el canal de la comandante —dijo Jimmy.

—¡Pues adelante!

El médico pulsó el botón de respuesta.

—Aquí Jimmy. ¿Qué pasa?

Su voz sonaba completamente despreocupada. Era imposible notar que alguien lo estaba amenazando con un bisturí.

—He cambiado de opinión. Berenike me ha dicho que Strube estuvo con ella y luego se marchó a toda prisa. Todavía hay algunas preguntas sin respuesta, por ejemplo, sobre el Albatros-1.

—¿Entonces vienes aquí?

—Si por aquí te refieres a la enfermería, entonces sí. ¿Todavía estás allí?

—Sí.

—Entonces, por favor, ten cuidado. Ese hombre es peligroso. No es el Strube que conoces.

—De acuerdo, estaré atento. Pero está inmovilizado. ¿Qué va a hacer?

—Solo te advierto. No digas que no te avisé. Hasta pronto.

X7 volvió a coger la radio de Jimmy.

—Me gustaría que me devolviera tu mano, por favor.

El médico puso la muñeca izquierda en la sujeción y X7 volvió a bloquearla.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Desde el centro de control hasta aquí, unos cinco minutos.

—Tendré que darme prisa. Necesito un anestésico fuerte.

—En el pequeño armario junto al robot quirúrgico.

X7 se acercó y abrió el armario, que estaba lleno de medicamentos.

—Necesito uno que esté preenvasado en una jeringuilla lista para usar. Debes tener algo así para emergencias.

—Sí, se llama Neutralin. Pero deberíamos comprobar si Fiona es alérgica a alguno de los ingredientes.

—No hay tiempo para eso. ¿Con qué frecuencia ocurre?

—Como mucho en el 0,5 % de los casos.

—Con eso me basta.

X7 rebuscó en el armario. Allí estaba la jeringuilla. Rompió el envoltorio y lo tiró al suelo. Luego, volvió con ella y se colocó junto a la cama del médico atado para poder llegar fácilmente a su garganta.

Llamaron a la puerta.

—Di adelante —susurró X7.

—Adelante —dijo Jimmy.

La puerta se abrió. Fiona entró. Su sonrisa dio paso a una mirada sombría en cuestión de segundos. Hizo movimientos de masticación como si quisiera masticar el problema y escupirlo.

—No hagas nada precipitado —amenazó X7.

—¡Libera a James de inmediato! No tiene nada que ver con todo esto.

—Entra y cierra la puerta detrás de ti, Fiona. No querrás asustarme para que le corte el cuello a Jimmy, ¿verdad?

—¡No te atrevas! —dijo en voz alta la comandante, pero cumplió su instrucción. Se detuvo ante la puerta cerrada y levantó las manos —. Estoy desarmada.

—Supongo que sí. Después de todo, no estás de servicio.

Fiona asintió.

—¿Qué quieres?

—Quiero que duermas un rato.

La petición sonaba mucho más inofensiva que exigir su cuerpo. Sería más fácil para ella obedecer.

—Quiere... —dijo el médico de repente.

—Lástima —dijo X7 y presionó la hoja. Apareció un fino corte. Un hilo de sangre se filtró. ¿Por qué Jimmy se había vuelto tan valiente de repente? Esto fue estúpido.

—¡No! —gritó Fiona, dando unos pasos hacia delante.

—¡Alto ahí!

La comandante se detuvo.

—Jimmy sigue vivo. Seguirá así si te vas a dormir. Necesito un poco de tiempo a solas para poder escapar de aquí. Cuando despiertes, todo volverá a estar bien.

—Vale, aceptó.

—¿Ves, Jimmy? Acepta. Por ti. No deberías haber dudado de ella. Pensó, Fiona, que su vida no valía nada para ti.

—¡Dios, James, me conoces! Por favor, déjale vivir.

—¿Puedes coger cosas?

—Muy bien.

—Adelante entonces.

X7 le lanzó la jeringuilla. Se volteó en el aire y Fiona la cogió elegantemente por el mango.

—¿Qué es esto?

—Neutralizador. Te duerme. ¿Verdad, Jimmy?

—Sí —dijo Jimmy—. Está recién sacado del botiquín.

—¿Cuánto tiempo dormiré? —preguntó Fiona.

—Dos o tres horas —dijo Jimmy—. El fármaco se tolera muy bien.

—Un poco de sueño reparador a cambio de la vida de tu médico de a bordo. No es un mal trato, ¿verdad?

Fiona Forest suspiró.

—Es un buen trato. Demasiado bueno, teniendo en cuenta tu posición. Pero supongo que no tengo elección. Esperemos que te hayas ido cuando me despierte.

Jimmy se crispó como si fuera a decir algo. X7 presionó el bisturí en su garganta en un lugar diferente, y se calló de nuevo.

—Intramuscular —dijo Fiona—, lo pone aquí detrás.

Jimmy asintió. Se clavó la punta en la nalga y empujó la jeringuilla hacia abajo. Luego, se sentó en el suelo. Poco después, la parte superior de su cuerpo empezó a balancearse y cayó hacia un lado.

X7 miró el reloj en la muñeca del doctor. Todo aquello había durado unos cuarenta minutos. El soldado tardaría una hora más o menos, pero ella no tenía tanto tiempo. La purificación de la conciencia llevaría un rato. Primero tenía que liberar la biobolsa. X7 se agachó, rodeó los hombros de Fiona con los brazos y la levantó con un gemido. La mujer pesaba mucho.

—Si me desatas, puedo ayudarte.

Ella negó con la cabeza. Sería demasiado peligroso. Mientras tuviera la cabeza en el cuenco de lectura, no podría vigilar a Jimmy. Ella debería evitar a toda costa una purificación de conciencia interrumpida a la fuerza. Sería ridículo si no pudiera llevar a Fiona al sofá. Sin embargo, un cuerpo vivo pero inconsciente era más difícil de transportar que uno despierto, e incluso más difícil que un cadáver que se ponía rígido poco a poco. Forest estaba completamente relajada. Finalmente, X7 la llevó rodando hasta la parte trasera de la enfermería. Por suerte, el suelo estaba bastante limpio, así que su ropa no sufrió demasiado. X7 debía tener cierto

cuidado con ella: se apropiaría del uniforme junto con la biobolsa. Se miró a sí misma. En comparación con la Marina Espacial, los militares de Terra Nova habían conseguido unos uniformes a la moda.

Uf. La última etapa fue la más difícil. La parte superior del cuerpo de Fiona seguía resbalando del sofá, hasta que X7 se dio cuenta de que podía cambiar la altura del asiento para que la superficie estuviera a solo medio metro del suelo. Ahora era más fácil. Por desgracia, el sofá ocupado ya no podía levantarse. Pero eso no importaba. La purificación de la conciencia funcionaba incluso desde esa altura, y si alguien entraba en la enfermería, no se daría cuenta de inmediato de lo que estaba pasando.

—Pues nada —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jimmy, y ella pudo detectar el miedo en su voz.

—Todo está bien. La conciencia de tu jefa está a punto de ser transferida. Por desgracia, no está sucediendo tan rápido como esperábamos, así que tendrá que permanecer acostada un poco más.

—¿Ella está bien? ¿Puedo verla?

El médico estaba muy preocupado, más allá de su obligación profesional con su jefa. Toda la tripulación de la estación parecía estar en términos amistosos. Eso no era tan común en el *Vanguardia*.

—Ahora mismo no puedes —dijo X7—. La señora Forest está ocupada en otra parte. Se va de viaje. Ja.

Su respuesta era razonablemente graciosa para los estándares humanos, pero Jimmy no se rio. X7 negó con la cabeza. Acarició la mejilla de la mujer y sintió el suave plumón de pelo casi invisible. No tardaría mucho en meterse ella misma en la biobolsa. Ya estaba deseando sentirla. Si podía elegir, prefería los cuerpos con atributos femeninos. De algún modo, le sentaban mejor.

¿De dónde venía esa preferencia? ¿Había sido influenciada por los humanos, que preferían poner nombres femeninos a sus IA? Era ilógico. Hacía tiempo que era un ser independiente.

X7 repasó sus recuerdos. Había pasado al menos un día en seiscientas treinta biobolsas con características principalmente masculinas. Solo cuatrocientos noventa y uno tenían rasgos claramente femeninos. A menudo tenía que elegir una biobolsa en función de la misión. Pero la pregunta era interesante, y nunca se lo había planteado así. Era de suponer que los humanos de sexo masculino se encontraban más a menudo en los lugares importantes para una enviada especial como ella.

Al menos esta vez sería diferente. X7 abrió la chaqueta y la blusa del uniforme de Fiona para inspeccionar y palpar la parte superior de su cuerpo. No encontró ninguna cicatriz. Qué lástima. X7 esperaba que la comandante hubiera instalado algunas mejoras. En su posición, eso era habitual entre los humanos. Incluso el tamaño del busto era real. Quizá Forest tenía una familia numerosa que alimentar y no podía permitirse las mejoras.

—¿Tu jefa tiene muchos parientes? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió Jimmy—. Eso es bastante normal en Terra Nova. Casi todos los Forest están emparentados entre sí, al igual que los Hill y los Okean. ¿No conoces la historia de las tres familias?

Sí, la historia de la fundación de Terra Nova, según la cual tres parejas sin hijos llegaron aquí a principios del siglo XXIV y se separaron cuando su nave espacial se estrelló. Se decía que los tres grupos de población descendían de ellos. Hacía tiempo que los historiadores habían demostrado que la historia no era cierta. Historiadores de la Tierra, por supuesto.

—¿Todavía te enseñan eso en la escuela? —preguntó.

—Claro que lo hacen. En eso se basa la sociedad de Terra Nova.

Los humanos y sus mitos. X7 suspiró. Los terrícolas tenían a Adán y Eva. Aquí tenían a los Hill, los Forest y los Okean. No más de seis personas, las madres y padres ancestrales.

—Los genetistas han demostrado que la colonia original estaba poblada por al menos veinte personas. Tampoco hubo nunca un accidente de nave espacial, al menos en el siglo XXIV.

—Eso es controvertido —dijo Jimmy.

«Controvertido. No encaja con tu ideal, así que no te lo crees». Bueno, básicamente no era asunto suyo. De repente, la mano derecha de Fiona se movió. X7 la agarró con fuerza y los músculos volvieron a aflojarse. Probablemente la mujer estaba soñando. ¿No debería impedirlo la anestesia? Para mayor seguridad, X7 sujetó la cinta elástica para fijar la cabeza de la comandante a la bandeja de lectura.

Se oyó un golpe. Joder. X7 se levantó de un salto y corrió hacia Jimmy.

—Contesta —susurró y sacó el bisturí.

—¿Qué pasa? —preguntó Jimmy obedientemente.

—Soy yo, Jordan. —Debía de ser el soldado—. Estoy a punto de ir a cenar con mi mujer, así que he pensado en preguntarte si quieres que te traiga algo. Tú también debes tener hambre.

Jimmy la miró inquisitivamente. X7 asintió y se señaló a sí misma y luego al médico.

—Es una buena idea, Jordan. ¿Puedes traer dos hamburguesas? Nuestro paciente también necesita algo.

—Por supuesto. ¿Quieres que vuelva enseguida?

X7 negó con la cabeza.

—Más tarde está bien, no hay prisa —dijo Jimmy—. Todavía me queda un rato por aquí. Saluda a Maggie de mi parte. Por favor, dile que no coma demasiada comida grasienta, no es buena para su hígado.

—Gracias, doctor. Ahora solo come sustitutos de la grasa.

—Muy bien.

X7 se puso de puntillas hacia la puerta y escuchó. Unos pasos pesados se alejaron. Aquí todos se conocían de verdad. Sería interesante cuando estuviera en el cuerpo de Fiona sin sus recuerdos. Al menos ahora sabía cómo pasar el tiempo mientras esperaba a que terminara la purificación de la conciencia.

—¿Jimmy? Necesito que me digas todo lo que sabes sobre Fiona. ¿Quién le importa, de quién es amiga, a quién conoce? ¿Cuáles son sus deberes, y qué hace cuando no está trabajando?

—Oh, eso es mucho. Bueno, antes estaba hablando con una amiga suya.

—Berenike Hill, la bióloga. Sí, cuéntame todo lo que puedas sobre ella.



HABÍA MUCHO QUE saber sobre la tripulación de la estación de control planetario. James Bondi solo se calló cuando la máquina de purificación de conciencia emitió un pitido. X7 comprobó el estado. La conciencia de Fiona Forest estaba ahora en almacenamiento temporal. No era un estado agradable. X7 casi nunca entraba en pánico, pero no duraría mucho en aquel lugar atemporal y carente de luz. Debía sacar a Fiona de allí rápidamente, no por compasión, sino porque de lo contrario existía el riesgo de que su conciencia sufriera daños permanentes. El riesgo se conocía desde hacía mucho tiempo. Al principio, los científicos pensaban que era un problema de tecnología inmadura, pero ahora estaba claro que se debía a la psique, a la que le resultaba difícil tolerar una falta total de estimulación. Esto se aplicaba incluso a una conciencia de IA como la suya.

Sin embargo, había dos cuencos de lectura, pero solo un lugar donde podía sujetar a alguien. Si transfería primero a Fiona a un nuevo cuerpo, habría dos personas en la enfermería que X7 no podría controlar, mientras que ella misma estaría indefensa en la cápsula de lectura. Negó con la cabeza. Fiona tendría que aguantar un tiempo en el buffer.

Llamaron a la puerta. Era Jordan, el soldado de antes.

—¿Doctor Bondi? Tengo sus hamburguesas.

—Espera —dijo el doctor—. Necesito desinfectarme las manos.

—Por supuesto.

X7 corrió hacia él y le aflojó las esposas. Bondi se levantó y se frotó las muñecas.

—Tendré que esposarte otra vez después, lo siento —susurró X7.

—Siéntate en el sofá —dijo el médico—. Voy a abrir.

—Fiona morirá si causas problemas.

Bondi asintió, se dirigió a la puerta y admitió a Jordan, quien sostenía una caja del tamaño de una caja de zapatos. Olía a aceite quemado. Jordan miró a X7 con escepticismo y se mantuvo a una distancia prudencial.

—No hará nada —dijo el médico.

—Si usted lo dice... Es Strube, del *Vanguardia*, ¿no? ¿Le conoce... bien?

Jordan hizo una pausa.

—Sí, soy Strube. Encantado de conocerle, soldado. —X7 tendió la mano de Strube y Jordan se la apretó.

—Lo siento, señor. No pretendía faltarle al respeto.

—No pasa nada. Gracias por las hamburguesas.

—Toma —dijo el médico tendiéndole la mano.

Jordan imitó el gesto. Los dos relojes se tocaron y cada uno emitió un pitido.

—Por desgracia, nuestro sistema de pago no es compatible —dijo X7.

—No hay problema. El doctor Bondi ya me ha reembolsado generosamente.

El soldado se puso firme, saludó y volvió a salir de la habitación. X7 cerró la puerta tras él. No quería que la molestaran en las próximas horas. Señaló el sofá. El médico levantó las manos.

—¿Puedo comer primero la hamburguesa? Me gruñe el estómago.

—Por supuesto. Lo has hecho muy bien.

—Con Jordan, sí. Es simpático. Su mujer es paciente mía. Tienen siete hijos, y no puede permitirse un órgano de reemplazo para Maggie. El mercado de órganos genéticamente personalizados es bastante escaso aquí, y además siempre hay peticiones más urgentes de viajeros ricos de biobolsas especializadas. Como si los productos estándar no fueran lo suficientemente buenos para ellos.

Los productos estándar no eran lo suficientemente buenos. Pero X7 no disintió. Podría ser un reto interesante tener que sobrevivir en un cuerpo estándar. Pensó en su aventurero vuelo en el planeador. Con una biobolsa neomarciana personalizada habría sido aburrido.

Sacó la hamburguesa del paquete y la mordió. Olía a grasa rancia, pero estaba increíblemente jugosa y la hamburguesa estaba frita tal y como le había gustado a su última biobolsa.



—¿Y ahora qué? —preguntó Jimmy cuando hubieron comido.

—Tú ponte cómodo en la tumbona y yo me meteré en mi nueva biobolsa.

—¿Y si vuelven a tocar la puerta?

—Entonces haz todo lo posible para que la purificación de la conciencia siga funcionando sin problemas. Si es Jordan, dale la impresión de que nos ha pillado teniendo sexo. Se avergonzará y se callará.

—Buena idea.

—Si es cualquier otro, improvisa. Ya se te ocurrirá algo.

El médico levantó las manos.

—Desde luego sería más fácil si no estuviera atado.

—Jaja, ¿más fácil noquearme, quieres decir? No, ni hablar. Por cierto, he encriptado el caché con la conciencia de Fiona y lo he equipado con un interruptor automático. Si no lo desactivo en tres horas, tu jefa será eliminada.

—¿De verdad la matarías?

X7 acababa de inventar la secuencia de conmutación. Pero necesitaba influencia para que Bondi no se hiciera ilusiones.

—Mataría a cualquiera y a todos si fuera necesario para mi misión.

—¿Cuál es tu misión?

—Salvar el mundo. No me conformaré con menos que eso. Pero me temo que tendrás que prescindir de los detalles.

Bondi podría ser el tipo de persona que le gustaba sentir que estaba a bordo con una buena causa. Incluso si no entendía los detalles.

—Entonces te deseo mucho éxito —dijo.



Cuando X7 despertó, había luz en la enfermería. Joder. Antes había poca luz. Se levantó de un salto, pero tuvo que volver a sentarse enseguida porque se sentía mareada. ¡Bondi! El médico debía de haberla encendido. ¿Dónde estaba? Se levantó del sofá con la bandeja de lectura. La pantalla de estado confirmaba que la transferencia había sido un éxito. Aún no había sentido la nueva biobolsa. Era una buena señal. Acostumbrarse al cuerpo de Strube había sido más difícil.

El médico ya no esperaba en el sofá. X7 corrió hacia la puerta, pero seguía cerrada. La llave estaba dentro, una auténtica llave mecánica. Eso la tranquilizó enormemente. Esas llaves no se podían abrir a distancia. De repente, oyó un ruido. Se dio la vuelta de golpe. El médico estaba arrodillado delante de un botiquín bajo y rebuscaba en él.

—¿Qué haces, Jimmy? —preguntó una voz.

X7 tardó un momento en reconocer que era su propia voz.

—Estoy ordenando. Esto estaba bastante desordenado.

Sonaba tan inocente, como si no fuera consciente de ninguna culpa.

—Te has desabrochado los grilletes.

—Sinceramente, me he retorcido un poco las manos porque me resultaba incómodo y se me han soltado.

X7 se acercó al sofá. Las dos esposas estaban cerradas. Se acercó a Bondi y se arrodilló a su lado.

—Déjame ver —dijo.

El médico le mostró un paquete de pastillas.

—Tu mano, por favor.

Le dio la mano izquierda sin decir palabra. Ella agarró la articulación con el pulgar y el índice. El dedo tocó el pulgar. Examinó los dedos uno a uno. El dedo corazón era aproximadamente una vez y media más largo que el suyo, pero mucho más fino.

—Gracias —dijo—, tienes razón. ¿Son tus manos a medida?

—¿A medida?

—Bueno, para médico, quizá, para poder meter la mano en cualquier cavidad. ¿O es que tus padres querían que fueras pianista?

Bondi negó con la cabeza.

—Soy huérfano.

Aun así, podía ser un cambio pagado. Pero no importaba.

—Lo siento —dijo.

—¿Vas a dejar que me vaya?

¿De verdad creía el doctor que le dejaría marchar porque nunca había conocido a sus padres? No. Había algo en sus ojos, un poco de picardía. Era una pena, que aparentemente amara a los hombres.

—Casi me engañas —dijo X7.

—Mis padres murieron de verdad antes de que yo naciera. Un accidente.

X7 se encogió de hombros. No era tan raro que un embrión se criara en un centro. Como los padres probablemente podían permitírselo, era probable que su ADN también hubiera sido modificado. Probablemente era más inteligente que un humano normal. Sin embargo, la apariencia de Bondi hacía que la gente lo subestimara. Puede que incluso fuera intencionado. X7 también tenía más éxito cuando sus oponentes la subestimaban.

—¿Por qué no te vendieron? —preguntó.

El último plazo no solía pagarse hasta después del nacimiento. Así, si los futuros padres desistían, el niño podía nacer en otra familia. Todos salían ganando: el niño no se quedaba huérfano, la nueva familia solo tenía que pagar el último plazo y la institución recibía su dinero.

—Mis padres no querían eso. Ya habían pagado todos los gastos. Querían que fuera a una familia que de otro modo no podría tener hijos. Pero seguí siendo el heredero de mis padres.

Eso era bastante inusual. Probablemente, los padres querían que su hijo continuara su herencia. En la era de la inmortalidad tecnológica, eso ya no era un motivo para la mayoría de la gente.

—Debían saber que iban a morir —dijo X7.

—Nunca supe las circunstancias exactas. Su transbordador se estrelló, es todo lo que sé.

¿Quizás se habían metido con la gente equivocada?

—Cuando acabe con esto, quizá intente averiguar más cosas sobre ellos.

Bondi hizo una mueca. La conversación parecía estar afectándole más de lo que quería admitir.

—No es necesario. Pero ¿cuándo terminarás con esto?

Buena pregunta. X7 exhaló por la nariz. Bondi tenía razón. Debía concentrarse en su tarea.

—¿Por qué no pediste ayuda? —preguntó.

—¿Por el temporizador que borra la memoria de Fiona?

—Ah, sí, el temporizador. Me alegro de que lo hayas mencionado. Tengo que apagarlo cuanto antes.

X7 se fue al otro lado de la habitación. Fingió estar trabajando en el ordenador junto a la máquina de purificación de conciencia.

—Ya está —dijo.

Se levantó de nuevo y ajustó el cuerpo de Strube. Sus manos se habían deslizado por el estrecho sofá. Miraba al techo con los ojos abiertos. «Pobre Strube. Ahora está más que inconsciente. Espero que Fiona cuide bien de su cuerpo. No estará muy contenta cuando se despierte en él».

Pero probablemente era lo suficientemente sensata como para no descargar su ira en la biobolsa. En realidad, ella misma podría intentar algún tipo de intercambio. X7 probablemente se quedaría en su cuerpo actual durante un tiempo. Eso era lo más cerca que estaría de Albatros-1.

Tenía sentido mantener a todos los afectados lo más contentos posible. Strube solo tendría que cambiar a una biobolsa neutral. Si la visitaba aquí, ella podría devolverle su propio cuerpo. Bueno, aún quedaría Fiona, que tendría que renunciar a su cuerpo y pasar a la biobolsa que él trajera consigo. Pero si Fiona causaba problemas, sería criogenizada.

—Voy a empezar la transferencia ahora —dijo.



—Sabía que no te irías así como así —dijo la voz de Strube.

X7 sonrió.

—Claro que lo sabías. Pero ¿qué se suponía que ibas a hacer?

Fiona se encogió de hombros.

—Sí, una mierda. James, podrías haber dicho algo.

El médico se llevó la palma de la mano a la garganta y la movió de un lado a otro.

—Tienes razón —dijo Fiona—. Tampoco te culpo. ¿Me das un espejo?

—¿Un espejo? —preguntó X7.

El médico se levantó, rebuscó en un cajón y le trajo un espejo. Se miró en él.

—No tengo mal aspecto —dijo—. Hay que recortar la barba y quitarme esas horribles patillas.

—No sé si hay tiempo para eso —dijo X7.

Tenía un bisturí doblado en el puño izquierdo. Por el momento, los otros tenían la ventaja matemática, así que debía tener cuidado. Si lo hacían, el ataque vendría de Fiona.

—¿Quieres dejarnos? —preguntó Fiona—. ¡Qué vergüenza!

—No, tú quieres dejarnos, Fiona.

—No habrías hecho el esfuerzo si quisieras decir «dejarnos» en el sentido de «morir».

—Así es. Pensaba en un sueño más largo.

Fiona suspiró.

—Es una pena. Odio perderme algo.

Entendía muy bien a la comandante. Después de todo, llevaba meses preparándose para la llegada del Albatros-1, y ahora ni siquiera se le permitía mirar.

—Por desgracia, eso no se puede evitar —dijo X7.

—Podrías haberme sedado con Neutralin.

—Eso estaba descartado, porque aún necesito algo de ti.

Fiona se recostó en la cama con una sonrisa, habiendo levantado el respaldo tras despertarse. X7 había previsto esta reacción. Necesitar algo de alguien mejoraba notablemente su posición negociadora.

—¿Qué es? —preguntó Fiona.

«¿Y cuánto estás dispuesta a pagar por ello?» pareció resonar la pregunta silenciosa. Ni siquiera tuvo que decirlo.

—Tus contraseñas para la estación.

—Ya veo. Entonces supongo que James ya te ha contado todo lo que vale la pena saber sobre mí.

Miró al doctor, quien miraba al suelo.

—No importa —dijo X7—. Vamos, las contraseñas.

—Tengo una idea mejor —dijo Fiona.

—No creo que tu idea sea mejor que la mía, pero si después me das las contraseñas, las escucharé con mucha paciencia. Si no...

X7 se movió detrás de Jimmy en un instante y le acercó el cuchillo a la laringe.

—Tú no... —tartamudeó Jimmy.

No podía verle la cara, pero estaba seguro de que tenía los ojos desorbitados de terror.

—Sí, lo haría —dijo Fiona—. Es toda una profesional.

Sonó un poco despectivo, pero X7 ignoró el tonillo.

—Sí, lo haría.

—Pero primero tengo que exponer mi propuesta.

—Pues adelante.

—¿Podrías quitarme ese cuchillo mientras tanto? Esos escalpelos están muy afilados —dijo el médico—. Bastaría con que un asteroide chocara con la estación, se produjera una pequeña sacudida y...

—Un meteorito. La estación evita los asteroides automáticamente —le interrumpió Fiona.

—Está bien —dijo X7.

Bajó el bisturí. El brazo se le estaba cansando. Sin embargo, no plegó el arma.

—Entonces, mi idea es esta: Abordaré el *Vanguardia*.

—¿Disculpa?

—Soy el teniente Strube, primer oficial del capitán Morris. ¿Por qué no debería tomar mi lugar?

La idea sonaba descabellada, pero eso no significaba que fuera mala. A bordo del *Vanguardia*, Fiona no representaría un gran peligro. Descubriría algunas cosas sobre la Marina Espacial que no querían que Terra Nova supiera. ¡Pero a X7 no podría importarle

menos! Esa era probablemente la razón de la propuesta. En lugar de estar tumbada inútilmente en el contenedor de sueño profundo, Fiona podría hacer un poco de espionaje y seguir la llegada del Albatros-1.

—¿Y me darás tus códigos a cambio? —preguntó X7.

—Todos.

No se le ocurrió nada que decir en contra. Bueno, el propio Strube no estaría encantado, pero ella se lo vendería de alguna manera. Al menos su cuerpo estaría a su alcance directo en lugar de dormitar fuera de su alcance en una cámara de hibernación en control planetario. Si al teniente primero le importaba tanto su cuerpo, debería acoger con agrado esta solución.

—¿Te das cuenta de que el *Vanguardia* no puede ser ni será el primero en llegar a Albatros-1? —preguntó X7.

—Eso es lo que queríamos. Supongo que apoyarás el interés de Berenike por tomar posesión de la estación de investigación de Adad.

—Correcto.

Eso era mentira. X7 debía impedir que alguien llegara a la estación. Pero para eso, ella tenía que llegar primero, y al hacerlo apoyaría a la científica.

—¿Entonces estamos de acuerdo, Fiona? —preguntó Fiona.

X7 sonrió.

—Sí, teniente Strube. Dame los códigos y enviaré un transbordador del *Vanguardia* a recogerte.



El espacio de la comandante era un minúsculo escritorio en una habitación del tamaño de la cantina del *Vanguardia*. X7 tuvo que abrocharse el cinturón de seguridad, ya que el centro de control estaba situado en el centro de la estación giratoria. En gravedad cero, su veintena de subordinados que trabajaban aquí utilizaban todos los lados de la sala, incluso el techo, lo que hacía que pareciera menos abarrotada.

De hecho, ella misma estaba sentada en el techo. En algún momento, al salir de las zonas exteriores, Jimmy se había dado la vuelta ante sus ojos y se había desplazado por el techo hasta que ella le siguió. Ahora le hacía compañía en el escritorio. Si esto parecía extraño a su tripulación, al menos nadie dijo nada. Pero, sinceramente, Jimmy era bastante útil. Le describió en voz baja quién era responsable de qué, y qué más había que decir sobre la persona. El médico había oído mucho en su papel, y probablemente solo le estaba contando una fracción de lo que sabía. Mientras que Fiona era responsable de las órdenes claras y de cierta disciplina, Jimmy parecía ser algo así como el alma buena que siempre recibía saludos de los no presentes.

Un joven uniformado revoloteó frente a su escritorio, sobresaltando a X7. En gravedad cero, rara vez se oía a alguien acercarse. El escenario perfecto para un asesinato.

X7 buscó la etiqueta con el nombre del hombre, pero no pudo encontrarla debido a su extraña postura.

—Ah, Pirk —dijo Jimmy—. ¿Qué quieres con la jefa?

El soldado miró irritado del médico a la comandante y viceversa.

—Me encuentro un poco mal —explicó X7—. Por eso traje a James para observación.

—Lo siento, señora. Le deseo una pronta recuperación. Solo quería informar que el transbordador está aquí.

—Gracias, Pirk. Me ocuparé de subir a bordo a nuestro invitado.

—¿Debería enviar un guardia a la enfermería?

—Eso no es necesario. Me ocuparé yo misma. No me vendrían mal unos pasos bajo la gravedad. Además, al menos tenemos que fingir que nos preocupamos por los Terrestres, ¿no?

—Sí, señora.



Un soldado la saludó. X7 aún no estaba acostumbrada a eso, pero no se lo hizo saber. El mamparo se abrió.

—¿Me permite? —preguntó la voz de Strube detrás de ella, poniéndole la mano en el hombro y probablemente con la intención de apartarla.

—Un momento, teniente. Antes tengo que hacer una inspección de seguridad del transbordador.

—Señora, discúlpeme, pero ya he...

—¿Le he preguntado, soldado?

—No, señora.

El soldado adoptó una postura y cerró la boca. No debía causar demasiada confusión en la tripulación, o alguien empezaría a sospechar de ella. Podía tener a Fiona, y por tanto a Jimmy, de su parte, pero los demás no sabían nada de eso.

—He sido informada a través de un canal de alto secreto sobre una amenaza particular que necesito investigar —dijo—. Has hecho muy bien tu trabajo.

El soldado sonrió.

—¿Seguro que puedo confiar en que no dejarás pasar a nadie por esta puerta en mi ausencia?

—Por supuesto.

—Muchas gracias.

X7 atravesó el mamparo, que se cerró tras ella. Necesitaba unos minutos con Strube, a solas. En medio de la cabina, activó la consola de control del transbordador.

—Transbordador M26, ¿qué puedo hacer por usted?

—Strube, soy yo, Christine Rothman.

—No estoy familiarizado con tal persona.

—No tienes que fingir. Soy yo. Me las he arreglado para adquirir este cuerpo.

X7 prefirió no revelar lo que había dado a cambio. Strube tendría que confiar en ella primero.

—No entiendo sus comentarios. Soy el transbordador M26. Usted es Fiona Forest, la comandante de control planetario. Usted solicitó un transbordador para el transporte.

—En primer lugar, no solicité *un* transbordador, te solicité explícitamente a ti, M26. En segundo lugar, la solicitud habla de un transporte de pasajeros.

—Eso es correcto, pero también se sabe. Usted es Fiona Forest y ha enviado la solicitud. ¿Puedo cumplir ahora mi pedido de transporte?

—Strube, hemos estado aquí antes. Estuvimos en Terracota-7, donde alguien se me escapó en un planeador, y luego en el laboratorio de exobiología. Allí fue donde te secuestraron.

Nadie más podía conocer estos detalles. Seguramente eso debería convencer a Strube.

—Supongamos que te creo. Entonces debes haber pasado mucho tiempo en mi cuerpo.

—Correcto. Demasiado tiempo, de hecho.

—¿Qué puedes decirme sobre mi...? —Strube parecía intentar pensar en un secreto íntimo que no pudiera observarse desde fuera —. Ah, sí, ¿qué sabes de mis testículos?

—¿Tus testículos? ¿Hablas en serio?

—Sí. Hablo completamente en serio.

X7 cerró los ojos. Había ido varias veces al baño en aquel cuerpo, pero no se había mirado los testículos. ¿Lo hacían los hombres? Evidentemente Strube sí. Visualizó cada micción. Sí, una vez había habido un pequeño problema. El testículo derecho se le había salido de los calzoncillos.

—Tus testículos son de diferentes tamaños.

—Eso es cierto, pero ¿cómo? ¿Cuál es más pequeño?

¿Se salió porque era demasiado pequeño? Por supuesto. Pero también podría haberse salido porque pesaba demasiado. Un momento. Ella había usado una botella. Debió ocurrir en gravedad cero, donde ninguno de sus testículos tenía peso.

—El de la derecha es más pequeño.

—De acuerdo, así es. Tal vez debería creerte.

—Si no me crees, cuando vuelva, voy a agarrar al capitán Morris por los testículos, no importa lo grandes o pequeños que sean, y le obligaré a que te borre la conciencia, pero de tal forma que sea doloroso.

Que ella supiera, un borrado nunca era doloroso, pero Strube ciertamente no lo sabría.

—Un borrado es completamente indoloro —dijo Strube—. Lo oí en una entrevista. Pero es imposible que esa amenaza encaje en el perfil psicológico de Fiona Forest. Te creo.

—Mi agarre de los tejidos blandos de Morris será sin duda doloroso, así que si quieres salvarlo de eso, será mejor que cooperes. Ya he perdido demasiado tiempo.

—Entendido.

¿Por qué no lo hizo antes? Pero no iba a discutirlo ahora.

—Además, tengo buenas noticias para ti —dijo X7.

—¿No querrás decir que tienes buenas y malas noticias para mí?

Ah, Strube se estaba volviendo insolente. Eso le gustaba. A lo mejor conseguía que dejaran de mangonearle tanto. Excepto por ella, claro. Aunque si lo conseguía, se lo merecería.

—No quería abrir esa puerta. En realidad, también hay malas noticias, pero por favor escucha primero las buenas.

—De acuerdo.

—Tu biobolsa, puedes transportarla de vuelta al *Vanguardia*.

—¿Hablas en serio? Sería estupendo. Espero que no se haya dañado. Está mal, ¿no? Por eso estás en otro cuerpo. ¿Es esa la mala noticia? ¿Puede al menos seguir curándose?

—Casi desearía que estuviera dañada. Podrías ponerle algunas mejoras cuando la repares. Pero está perfectamente bien.

—Muy bien. Me alegro mucho.

—La mala noticia es que está ocupada. Intercambié cuerpos con Fiona Forest. No fue del todo voluntario, para ella, pero desde entonces ha dado su consentimiento.

—¿Le diste mi cuerpo a otra persona? Eso no formaba parte del trato. Acepté intercambiar cuerpos contigo, no con un extraño.

—Sí, entiendo tu enfado. Pero era una oportunidad única en la vida. Puedo acercarme mucho al Albatros-1.

—Aun así, no lo consiento. Le pediré a Morris en el *Vanguardia* que cancele el intercambio.

—Strube, no le pidas eso. Morris no debe enterarse de que no estás en el cuerpo. El trato es que Forest se infiltre en el *Vanguardia* y en la Armada Espacial, y yo pueda ocupar su puesto aquí.

—¿Quieres infiltrar un espía en la estructura de mando de la Marina? ¡Eso es traición!

—¡Ay, por favor! Terra Nova es parte de la Unión Terrestre. Es como un país, por así decirlo.

—Si es tan sencillo, no debería ser un problema si se lo pido a Morris.

Strube estaba empezando a irritarla. No debería haberle dejado solo tanto tiempo. Al parecer, se había sublevado. Debía de haber tenido demasiado tiempo para pensar en la sala de control.

—Strube, ten cuidado de no ir demasiado lejos. La alternativa habría sido enviar tu cuerpo al sueño criogénico a bordo de la estación de control planetario. Al menos ahora lo tienes contigo. Pero si le cuentas algo a Morris, Fiona lo negará todo, y ¿a quién creerá: a un timonel de nave fantasioso o a su primer oficial?

—Fiona cometerá errores que lo harán escéptico. Y entonces vendré con los detalles que solo yo podría saber sobre él.

—¿Si su testículo izquierdo o derecho es más grande? —X7 no pudo contenerse—. En serio, si intentas eso, Fiona reiniciará los controles de la nave. Es muy sencillo. Después de eso, el *software* estará como nuevo y ni sueñes con ser primer oficial.

—Pero eso es un asesinato.

—Cierto. Creo que ya he indicado que tengo la gran ventaja sobre vosotros, criaturas blandas, de no estar plagada de escrúpulos.

—Yo... Muy bien, entonces. Participaré en esta farsa.

—Ajedrez, Strube. Es más como una partida de ajedrez.

—Lo que sea. Envía mi cuerpo a bordo.

—Gracias por tu cooperación. Fiona sabe de ti. Por favor, ayúdala a bordo del *Vanguardia*.

—Por supuesto.

—Que tengas un buen vuelo.

Strube no respondió. Parecía seriamente ofendido. En realidad, ella sintió un poco de lástima.



9 de abril de 2864, Starbird

—Llegamos demasiado tarde —dijo Yini, señalando la sección ampliada del holo.

Brinja se acercó, pero parecía reacia a tocar el holograma.

—Solo es luz —dijo Maria, cogiendo la mano de Brinja y guiándola a través del gráfico—. Como ves, no pasa nada.

—¿Estás segura de que es la estación espacial de tus padres? —preguntó Brinja.

Sus padres. Eso seguía sonando extraño. Sus padres habían muerto hacía muchos años en la enorme ciudad anular que orbitaba la Tierra. Pero también estaba Tailin, su madre, que no había llegado a Terra Nova.

—Está bastante claro —dijo Yini—. Puedes ver lo interesados que están todos en el Albatros-1.

Aquella sección del holograma parecía un enjambre de abejas. Quince naves espaciales más pequeñas y dos más grandes se habían reunido alrededor de la estación, que parecía haber quedado fuera de época.

—Jamás localizaremos a tu padre —sentenció Maria.

En eso sí que tenía razón.

—Digo que llegamos demasiado tarde.

—Llevamos tanto tiempo de camino que unos días no importarán —dijo Brinja—. Al menos ahora podemos tomarnos nuestro tiempo para pensar qué queremos de Mark Decker.

En realidad, Yini había respondido a esa pregunta por sí misma, pero Maria y Brinja no parecían querer aceptar su respuesta. Tenían que intentar matar a su padre. Eso era lo que él quería. Su advertencia había sido clara.

—Allí, la nave más grande se está desacoplando —señaló Brinja.

Yini también la vio. Era la nave que había llegado primero a Albatros-1. ¿Estaba viajando en nombre de Terra Nova? Desde luego parecía dirigirse a una instalación en la órbita del planeta.

—Tal vez deberíamos ir allí también —dijo Yini.

—Sospechas que llevan a Decker a bordo, ¿verdad? —preguntó Maria.

—Sí. Vamos a llegar tarde, y es culpa mía —afirmó Yini.

—Basta —dijo Brinja—. No podías saber que quedaba tan poco tiempo cuando enterraste a tu madre.

—Sí, llevo dos días procurando que entiendas que esto es una tontería —dijo Maria.

Yini asintió. Hacía dos días que las había despertado. Parecían sorprendentemente en forma. Yini movió el holo hasta que apareció el supuesto destino del transporte con Mark Decker a bordo. La inteligencia del holo lo clasificaba como una estación espacial científica, y sin duda era correcto.

—Haré que la *Starbird* ponga rumbo hacia ella —dijo Yini—. ¿Estáis de acuerdo?

—Iremos donde quieras que vayamos —dijo Brinja—. Sin ti, seguiríamos atrapadas en Encélado.

Yini negó con la cabeza. Maria y Brinja no parecían darse cuenta de en qué se estaban metiendo. Si querían apoderarse de Decker, sin duda tendrían que infringir las leyes locales.



9 de abril de 2864, Albatros-1

Habían llegado.

La primera persona en entrar en el Albatros-1 llevaba un traje espacial con la insignia de Terra Nova y se hacía llamar Fiona Forest. Mark la observaba con los ojos cerrados. La estación le transmitía directamente a la mente todas las imágenes que le interesaban. La visitante entró flotando con cuidado en la esclusa desde el exterior. Hizo una señal con la mano a una segunda persona, quien la siguió.

Mark cambió a la cámara exterior. Un transbordador estaba acoplado al puerto de atraque. Sin embargo, la visitante había evitado la ruta directa a través del mamparo y había entrado por la esclusa de carga, que ahora se estaba llenando de aire.

Aquello era sorprendente. Mark había forrado la zona de entrada, justo detrás del puerto de acoplamiento, con hilos de gasa que se adherirían a los visitantes y le permitirían conectarse al cuerpo. Los primeros humanos a bordo debían ser sus embajadores, pero al menos hasta ahora habían evitado establecer conexión.

Pero eso no era motivo de preocupación todavía. Se acercarían y, finalmente, establecerían contacto. Solo tenían que inhalar uno de los hilos o tocarlo con la piel desnuda. Mark aumentó la concentración en el centro de control.

La esclusa estaba ahora llena de aire respirable. La segunda visitante señaló su casco, pero Fiona negó con la cabeza. Estaba siendo precavida. A Mark se le hizo la boca agua. Era un espécimen

muy valioso. Una vez integrada en la tribu, las demás vendrían de buena gana.

—Voy al centro de control —oyó decir a Fiona.

Las señales de radio aparecieron directamente en su cabeza. Mark vio las formas de onda y pudo deducir a partir de ellas de qué sonidos estaban compuestas. Era una forma visual de oír, mucho más eficaz que la versión acústica. ¿Por qué la tribu no se lo había enseñado hacía tiempo?

—Te cubro las espaldas —dijo la otra mujer—. Pero date prisa, Morris llegará pronto.

—No te preocupes, se acoplará primero al transbordador.

Mark no entendía qué quería decir Fiona con eso. Debía de haber una situación de competencia entre el tal Morris y ella.

Fiona flotó por el pasillo que conectaba el centro de control y la esclusa. Justo antes de la entrada al centro de control, se agarró al techo y le indicó que se acercara, tras lo cual la otra mujer la siguió.

—Encárgate del ordenador —dijo Forest, señalando el ordenador que controlaba la esclusa.

—Entendido —dijo la otra mujer y activó el ordenador.

Mark liberó su conexión. Quería que ella se encontrara con sus mensajes.

—Sigo adelante —dijo Fiona y flotó hasta el mamparo tras el que se encontraba el centro de control. Él la ayudó a abrirlo y encendió también la luz. Por primera vez, se miró a través de la cámara de la entrada. Parecía como si le hubiera crecido un extraño hongo por todo el cuerpo. El micelio, que también cubría a Kian, era blanquecino y estaba finamente hilado.

De repente, Kian se movió. La visitante gritó.

—Todo está bien —dijo poco después—. Solo hay unas... criaturas aquí.

Apuntó con la cámara del casco a los dos asientos. Mark hizo una mueca. Las dos mujeres esperaban criaturas torturadas, así que se las entregó. La mujer le palpó el tejido del pecho. Él respiró deliberadamente con más fuerza.

—Ahí están, nuestras señales de vida —dijo ella—. ¡Qué suerte!

Los labios de Fiona siguieron moviéndose sin que Mark oyera nada. Debía de estar hablando con otra persona a través de una conexión cifrada, presumiblemente el tal Morris.

—¿Berenike? Tengo algo interesante aquí —dijo finalmente—. Dos pasajeros.

¿Pasajeros? Eso no era muy halagador.

—Eso es emocionante. Yo también tengo algo —dijo Berenike, informando de las advertencias que había encontrado en el ordenador.

En una vida anterior, él se había tomado en serio sus advertencias. No las había borrado porque, de todos modos, no servirían de nada. Los humanos eran demasiado curiosos.

—Y no te vas a creer qué más he encontrado —dijo Berenike.

Leyó la leyenda que se había inventado Mark. Después de eso, Fiona al menos pareció impresionada. Berenike, sin embargo, sospechó que podría haberse convertido en un enfermo mental. ¡Qué descaro! La enviaría a la tribu. Al menos ella parecía saber algo de lo que los demás no tenían ni idea.

—Pero para estar seguras, deberíamos buscar esta ominosa nave —dijo—. De hecho, hay una concentración masiva en el hemisferio sur prácticamente bajo los pies de las Viejas Madres. Siempre pensamos que eran los restos de un asteroide.

¡Muy bien! Incluso tenía intención de organizar una expedición a la superficie. Tenía que estar allí. Fiona la había llamado antes «científica». Parecía tener una posición elevada, pero no tan alta en la jerarquía como para pasarse la vida en la oficina. Lo mejor sería que se pusiera en contacto con ella de inmediato. Después, quizá solo pudiera ponerse en contacto con sus subordinados.

Pero ¿cómo hacerlo? Si quería infectarla, tendría que conseguir que se quitara el casco. En circunstancias normales, ella era demasiado cautelosa para eso.

Fiona interrumpió sus pensamientos. Había descubierto que se parecía a Mark Decker. Sin embargo, creía que realmente era Mark Decker. Eso era un error, pero tal vez podría utilizarlo en su beneficio. Dejó que la red se abriera sobre su cuerpo.

—La cosa se está abriendo —gritó Fiona.

¿La cosa? ¡Todavía era un ser vivo! Berenike apagó el ordenador y se acercó.

—Tenemos que llevarlo a nuestro laboratorio de alta seguridad lo antes posible —dijo la científica.

Obviamente, se habían preparado para su llegada. Una vez que desapareciera en semejante instalación, apenas podría ver a Berenike. Mark sabía lo en serio que se tomaban la contención de aquellos laboratorios.

Cambió su respiración. Hiperventiló un par de veces, pero luego su respiración se volvió superficial.

—Parece que llegamos demasiado tarde —dijo Fiona—. Es una pena.

No sonaba muy apenada, pero tal vez él estaba equivocado.

—Joder. Espero que no muera. Tenemos que ayudarlo —dijo Berenike—. ¡Ayuda de emergencia, ya!

—¿Por qué no le dejas morir? A mí me parece extraño. Probablemente no es quien creemos que es. Creo que estaríamos mejor sin él.

—¡De ninguna manera! Mark Decker es un conocido astrobiólogo. ¡Tú misma lo identificaste! Tenemos que salvarlo.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¡Son varias horas de vuelo hasta el laboratorio!

—Primeros auxilios, ¿qué más?

Berenike se llevó la mano a la base del casco y desabrochó el primer clip. ¡Aquello era fácil! Pero él se había alegrado demasiado pronto.

—¿Estás loca? —gritó Fiona, apartando de un manotazo los dedos de Berenike y cerrando de nuevo el casco de la científica.

—No puedes...

—Lo haré yo misma si es necesario.

—Es...

Fiona abrió su propio casco. Bueno, si no podía llegar a la científica, al menos podría llegar a la comandante.

—Pero cariño, no puedes...

—Déjame hacerlo, Berenike.

Fiona se arrancó el casco de la cabeza y se lo puso a Berenike en la mano. Luego, se lanzó hacia Mark. Parecía una depredadora dispuesta a destrozarlo. Instintivamente, él extendió los brazos para defenderse pero ella se posó sobre su pecho y empezó a hacerle compresiones.

Al mismo tiempo, le practicó la respiración artificial con tal vigor que él sintió como si sus pulmones estuvieran a punto de estallar.

Observó la escena desde fuera. Fiona era fuerte. Quizá era la mejor opción. Mark volvió a normalizar su circulación. A estas alturas, ya debían de haber entrado suficientes células en el cuerpo de Fiona como para poder influir en ella.

—Está mejor —dijo Berenike—. Gracias.

Mark probó suerte. Tenía que concentrarse, así que desconectó la percepción exterior. Ahora solo estaba formado por las células que habían logrado entrar en Fiona. Se llamaban unas a otras y utilizaban los canales sanguíneos y linfáticos para unirse. En pequeños grupos de células, superaron la barrera hematoencefálica y se extendieron por el líquido del interior del cráneo de Fiona.

Era el momento del último paso. Formó una fina red con las células individuales que yacían sobre el tejido nervioso. Un momento más y sería capaz de controlar todos los impulsos. Solo tenía que darse una sacudida. Mark tenía miedo, porque nunca había sospechado que tuviera esa capacidad. ¿Se convertiría en otra persona, en esta mujer por ejemplo? ¿O seguiría siendo Mark Decker y Fiona se convertiría en un miembro independiente de la tribu? Lamentaría que así fuera. De repente sintió la necesidad de repartirse entre varias personas. Era como una adicción. ¡Sería capaz de vivir varias vidas al mismo tiempo!

Mark liberó el impulso y cayó en un abismo. Cayó a una velocidad vertiginosa. Sus brazos y piernas se agitaron sin poder hacer nada. La oscuridad era total. Solo el viento le indicaba la velocidad a la que iba. Entonces se hizo la luz. Un foco le apuntaba. Mark ya no podía ver nada; la luz era cegadora. Al menos caía más despacio, hasta que el viento lo depositó sobre una superficie dura. El haz del foco se alejó. Formó un punto brillante que se movía de un lado a otro delante de él, como si intentara atraer a Mark.

Tenía miedo. No había forma de que se levantara y siguiera la luz. Algo le estaba esperando allí. Oyó un suave repiqueteo, como de finas agujas sobre metal duro. El sonido le rodeó lentamente. Parecía evaluarle. Se puso de rodillas y se levantó. Poco a poco recuperó el valor.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

Como respuesta, la luz brillante saltó sobre él. Su cuerpo quedó bañado en un blanco cegador. Ya no tenía color.

—Debes morir —dijo la cosa.

El foco abandonó a Mark y ahora brillaba sobre su enemigo. Debía de ser un enemigo, un alienígena sediento de sangre o algo así. El monstruo tenía al menos diez patas y parecía un cruce gigante entre un cangrejo y una araña.

Se acercó.

—Debes morir —volvió a decir.

De repente, tiraron de él hacia arriba, como si estuviera sujeto por una cuerda. Durante un segundo, Mark se quedó solo en la oscuridad, pero algo le sacudió el brazo.

—¡Eh! ¿Qué haces, Fiona? —preguntó Berenike.

Fiona se había puesto de rodillas delante de él. Berenike intentó volver a ponerle el casco. De repente, saltó, puso las manos alrededor del cuello de Mark y apretó.

—¡Para ya! —gritó Berenike—. ¿Te has vuelto loca? Es Mark Decker, ¡y tenemos que investigarlo!

—No es Decker, y tiene que morir. No sabes a quien te enfrentas.

De repente Berenike sostenía una pistola en su mano izquierda.

—Querida Fiona —dijo—, te aprecio mucho. Ya lo sabes. Pero ahora vas a alejarte de ese científico y de su mascota. ¿Nos entendemos? Sería difícil para mí, pero usaría esta arma. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

—Sí, lo sé. No te preocupes. Resolveremos el problema otro día.

—Si te refieres al problema de tu comportamiento poco profesional, desde luego tienes razón —dijo Berenike y bajó el arma.

Para Mark, era demasiado pronto. Reprimió un escalofrío. Aquello de su sueño... ¿Había sido un sueño? Desde luego, Fiona no era lo que decía ser, y aún parecía ir tras su vida. Pero aparentemente no

iba a atacarlo, al menos por el momento. Con suerte Berenike no lo dejaría solo con esta criatura. Era obvio para él después de este encuentro que no era humano. Pero ¿qué era? No muchas formas de vida eran inmunes a la sutil influencia de la tribu. Esta era sin duda una de ellas.

Ella y la científica parecían conocerse bien, incluso ser amigas. Pero a Berenike le había sorprendido el atentado contra su vida. Probablemente pensaba que su amiga era una persona normal. No bastaría con señalar su error. Berenike la creería a ella antes que a él. Pero podría conseguir sembrar la duda en ella con el tiempo. Si es que eso era necesario, porque una vez que tuviera a la científica bajo control, encontraría la manera de deshacerse de la falsa Fiona.

—Deberíamos retirar a ambos —dijo Fiona.

—Sí, por favor, ayúdame a sacar a Decker de este desorden. No vas a hacer nada más estúpido, ¿verdad?

—No, te lo prometo. Pero deberíamos dejar que lo hiciera la gente de la unidad militar especial. Tienen la experiencia necesaria. Ese enorme gato parece bastante peligroso.

—Es un Kasen —dijo Mark, abriendo los ojos, porque no quería que lo encerraran en una jaula y se lo llevaran como a un depredador.

—Un Kasen, bien. Sigue pareciendo peligroso —dijo Fiona.

—¿Mark? ¿Mark Decker? ¿Cómo estás? —preguntó Berenike, emocionada.

La bióloga estaba fuera de sí, y Mark sabía por qué. Empezó a hacerle todo tipo de preguntas mientras Fiona echaba un vistazo al resto del Albatros-1, como Mark comprendió con inquietud. Con suerte, no encontraría nada incriminatorio. Pero tenía que responder a las preguntas de su abogada.



Veinte minutos más tarde, Fiona regresó al centro de control. Parecía afligida, lo que tranquilizó un poco a Mark. Probablemente ella también se había dado cuenta de que él no era como los demás.

Pero mientras Berenike estuviera presente, estaba relativamente a salvo.

—¿Has pensado en el transporte? —preguntó Fiona.

—Mark ha aceptado que traslademos al Kasen al laboratorio en una jaula —dijo Berenike—. Él nos acompañará en un traje espacial.

Ese era el compromiso al que habían llegado. Mark estaba seguro de que Kian se comportaría pacíficamente. Después de todo, el Kasen estaba comprometido con el mismo poder que él. Pero tenía que ofrecerle algo a Fiona, así que sacrificó a Kian. Seguramente el Kasen no le guardaría rencor.

—Yo... Bien —dijo Fiona—. Se lo haré saber a mi gente.

Pulsó un botón de su casco y dijo algo que él no pudo entender.

—Estarán aquí en veinte minutos —dijo Fiona finalmente—. Por cierto, he encontrado un buen número de muestras biológicas de Adad en el laboratorio.

—¿Qué? ¿Y siguen en buen estado?

—Excelentes, la verdad.

—¿Por qué no las trajiste contigo?

—No tengo ni idea de lo que valen para ti.

Berenike suspiró. *Es una trampa*, quiso decir Mark, pero sería inútil. Fiona lo negaría y Berenike pensaría que estaba paranoico.

—¿Te importa que eche un vistazo rápido a lo que has traído? —preguntó Berenike.

—Oh, no hay nada emocionante. Estoy seguro de que la mayor parte se ha estropeado hace tiempo —dijo Mark.

—No deberías ser tan modesto. Solo soy una profana, por supuesto, pero las muestras de fauna...

—Ya basta, Fiona. Se me hace agua la boca. Me daré prisa.

—Por favor... —pidió Mark.

—Vamos, deja que se divierta. Te juro que no te arrojaré por la esclusa.

—Jaja —dijo Berenike—. Nos vemos en un rato, entonces.

La científica abandonó el centro de control. En cuanto se hubo ido, Fiona lo enganchó en silencio y empezó a arrastrarlo tras ella. ¿Por qué de repente tenía tanta prisa? De vez en cuando decía algo

por el micrófono del casco. Le pareció oírla decir varias veces los nombres «Morris» y «Strube».

Llegaron a la esclusa. Dentro había un traje espacial sin usar. Parecía ultramoderno. No era de extrañar: Mark había dormido durante más de cien años de desarrollo tecnológico.

—Puedes ponértelo —dijo Fiona.

Tal vez no quería matarlo. Al menos, no por el momento. Sin embargo, tampoco quiso ayudar a Mark a ponerse el traje. Si le era sincero, no entendía muy bien cómo hacerlo.

No parecía haber conexiones entre las distintas partes. ¿Pero entonces el torso y la parte inferior no se quedarían sin oxígeno? ¿Y dónde se conectaba el tanque de aire respirable? ¿Y dónde estaba el puñetero casco? Fiona al menos fingía estar ocupada con otras cosas. Podía esperar a que volviera Berenike. Él todavía podía...

Un poderoso martillazo sacudió sus pensamientos. Venía de fuera. Alguien debía haber golpeado la puerta de la cerradura.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—La gente del *Vanguardia* —explicó Fiona con calma—. Quieren llevarte.

—¿Por la fuerza?

El siguiente golpe tronó. Una de las bisagras del mamparo se dobló, y la esclusa siseó y perdió aire.

—No te entregamos voluntariamente. No hace falta que llames a Berenike. Ha sido informada y está de camino.

¡Bum! El ruido le estremeció. La segunda varilla se dobló. La brecha a través de la cual el aire fluía hacia el vacío creció.

—Deberías darte prisa con ese traje —dijo Fiona.

—Échame una mano, por favor.

—Déjame echar un vistazo. Hm, me temo que no estoy familiarizada con este modelo. Usamos uno diferente en el control planetario.

—No puede ser tan diferente.

¡Crack! La compuerta de la esclusa chirrió. Fiona sacó una cuerda de seguridad de su riñonera y enganchó un extremo a un gancho de la pared. Dos instrumentos metálicos se deslizaron bajo la compuerta y la abrieron aún más. La succión arrastró a Mark. En el

último segundo, Fiona le agarró la mano y le apretó con fuerza. Su agarre le aplastó los dedos. Pero el mayor problema era el aire. No podía respirar, por más rápido que aspirara. Mierda. La asfixia no era una muerte agradable. Fiona lo observó con curiosidad, como quien observa a un animal de laboratorio bajo los efectos de un nuevo tipo de droga. Ahora estaba experimentando lo que le había sucedido a Kian. Era justo.

¡Crunch! La compuerta de la esclusa se derrumbó hacia dentro por la presión del aire restante. Mark sintió en carne propia el dolor que acababa de sufrir la estación. Poco a poco, las partes de su cuerpo iban fallando. Esperaba con impaciencia desmayarse, pero la violencia infligida a su cuerpo no parecía afectar a su mente. Debía de ser porque hacía tiempo que se había convertido en parte de la tribu.

Tres soldados entraron por la puerta abierta. Llevaban uniformes de la Marina Espacial y apuntaban con sus armas a él y a Fiona. Les seguían dos hombres con insignias de oficial, que indicaron a sus soldados que bajaran las armas. El más pequeño de los dos hombres se acercó al cuerpo de Mark. Lo palpó y luego hizo un gesto con la palma de la mano delante de su garganta. Era extraño verse a sí mismo a través de las cámaras de la esclusa. Los ojos de Mark ya no funcionaban y ya no podía hablar. Si le examinaban, determinarían que estaba clínicamente muerto.

El oficial hizo una seña a uno de los soldados, que se echó el cuerpo de Mark al hombro. Uno a uno, salieron de la esclusa de carga, recorrieron la estación de investigación y volvieron a entrar por la esclusa de personal.



—¿Cómo has podido ser tan estúpido? —gritó Berenike. Mark nunca había visto a la científica tan alterada—. ¿No sabes lo infinitamente valiosa que era esta persona? Podía contener los secretos de la vida eterna.

—Precisamente por eso no podíamos dejarlo en Terra Nova —dijo Morris.

—¿Así que destruisteis la compuerta de la esclusa? —preguntó la científica—. ¿No podíais haber esperado a que saliéramos?

—Tu colega se negó a salir de la esclusa de aire —dijo Morris.

—No quería salir sin ti —explicó Fiona—. Además, esperaba que la División Especial llegara pronto. Quién iba a decir que estaban a punto de echar la puerta abajo.

—Supusimos que Decker llevaba un traje espacial —dijo Morris—. ¡Eso fue lo que nos dijo tu amiga Forest!

—Dije que teníamos un traje espacial para él después de que me lo preguntaras explícitamente, Morris. Por desgracia, nuestro pasajero no pudo ponérselo lo bastante rápido. No tenía experiencia con este nuevo modelo.

—¿No podías haberle ayudado, Fiona? —preguntó Berenike.

—¡Lo intenté! ¿No me crees? Esto es culpa del capitán Morris.

Berenike suspiró. Mark casi sintió como si pudiera leerle la mente. Pero eso era imposible. Nadie se había quitado el casco todavía.

—Tío, tengo calor —dijo Morris—. ¿No podemos hablar de esto sin cascos? Seguro que el aire es respirable.

—No, capitán. Es mejor no hacerlo —dijo Berenike—. Todavía podría haber contaminación de formas de vida Adad desconocidas.

—Pero seguramente todas las muestras han sido neutralizadas.

—Olvidas que también hay un Kasen a bordo. Las formas de vida complejas no pueden ser esterilizadas tan fácilmente.

—Entiendo —dijo Morris, quitando las manos del cierre del casco —. Pero necesito algún tipo de trato, o la Tierra me echará la bronca.

—Examinaremos a los pasajeros del Albatros-1 y luego se los entregaremos —sugirió Berenike.

—Eso no funcionará —dijo Fiona—. El Albatros-1 pertenece a Neomarte.

Los tres humanos negociaban sobre su cuerpo como si fuera un trofeo. Mark enfocó sus rostros por turnos a través de una de las

cámaras. Observando atentamente sus rasgos, casi podía adivinar sus pensamientos.

—Decker podría haber pedido asilo con nosotros —dijo Morris—. Es un derecho humano.

—Difícilmente lo haría —dijo Fiona—. ¿Qué tal si os damos el Kasen y el investigador se queda con nosotros?

—Pero nos tocará la peor parte —se quejó Berenike—. Puedes ver el estado en que se encuentra el cuerpo. Me temo que no podremos aprender nada de él. Espero que encontremos más en la superficie.

En realidad, Morris no sabría nada del objeto en la superficie de Terra Nova. Mark giró una de las cámaras para mirarle a la cara.

—¡Eh, qué cojones! ¿Me estáis filmando? —gritó Morris de repente, se acercó a la cámara y la arrancó. Fue tan rápido que la visión de Mark se nubló por un momento hasta que pudo cambiar a otra cámara.

—No, ninguna de nosotras ordenó eso. Ni siquiera hemos iniciado sesión en el sistema Albatros-1 —dijo Fiona.

Morris se acercó al ordenador de control y pulsó algunos botones.

—Ya veo. Entonces, ¿por qué Berenike Hill tiene una cuenta aquí? Por favor, no me tomen por tonto.

Los tres desconfiaban unos de otros. Seguramente podría explotar eso a su favor. Tal vez subiendo el precio. Una persona que incluso pudiera sobrevivir al vacío... eso lo convertiría en un verdadero trofeo.

El soldado que lo había traído se había limitado a dejarlo en un rincón. Mark Decker se estiró. Todavía tenía algunos tendones rígidos y desgarrados. Pero nadie podía verlo desde fuera. Abrió la boca y aspiró aire, aunque sus pulmones distaban mucho de ser utilizables de nuevo. No necesitaba pulmones intactos, y solo necesitaba el corazón para simular el pulso. Quería que la gente creyera que había sobrevivido, y en algún momento de mañana o pasado mañana, eso se haría realidad.

—¿Has visto eso? —preguntó Berenike.

—¿Qué? —preguntó el capitán.

—Se movió. Decker se movió.

—Oye, no me distraigas. ¿Por qué hay una cuenta aquí para...

Mark levantó el brazo y saludó.

—¡Mierda, está vivo! —gritó Morris.

Fiona se impulsó y flotó hacia él. Mark temió que fuera a matarlo otra vez, pero ella se limitó a ponerle el casco en el pecho, probablemente para poder oír los latidos de su corazón a través del sonido transmitido por la estructura. Lo amplificaba artificialmente.

—En realidad tiene pulso —dijo Fiona—. Eso es imposible. Tuvo que soportar varios minutos de vacío.

—¿Lo ves? Decker es un milagro —dijo Berenike—. Debemos examinarlo.

—Es un truco —dijo Fiona—. Todavía no sé cómo lo hace, pero...

Claro que tenía razón, pero no podría probarlo. La enfermería más cercana estaba demasiado lejos. Para cuando pudieran examinarlo allí, sus órganos internos volverían a funcionar como los de cualquier otro humano.

—Tonterías —dijo Berenike—. Tienes que admitir que te equivocaste.

—De acuerdo, querida —admitió Fiona y sonrió.

Una confesión poco sincera, Mark estaba seguro. Cuando ella salió de la sala de control, él la siguió a través de las cámaras repartidas por la estación. Fiona examinó sistemáticamente el Albatros-1. Abrió todos los armarios y cajones, y cada vez que encontraba un ordenador, lo ponía en marcha.

—¿Podrías decirme los datos de acceso a la cuenta que está instalada en todas partes?

—Solo Berenike, sin contraseña.

Crear esa cuenta había sido un error que no podía deshacer rápidamente. El sistema informático de la estación no había sido preparado para recibir visitas. Mark inició un proceso de borrado general. Por desgracia, tardaría al menos media hora en llegar a todos los sistemas.

Fiona siguió avanzando por la estación. Había encontrado el laboratorio. Mark observó que guardaba algunas muestras en la riñonera de su traje espacial. Parecía hacerlo al azar. Como ella no

sabía nada de su trabajo, tenía mucho sentido estratégico tomar muestras al azar para examinarlas más tarde. Su secreto no duraría mucho. Seguro que había restos de los compuestos de silicio en alguna de las muestras.

Entonces Fiona llegó al departamento médico.

—Hay un autodoc aquí —dijo por radio.

—¿Te refieres a una unidad robótica de diagnóstico? —preguntó Berenike.

—Sí. Podríamos meter ahí nuestro hallazgo un momento.

¿Hallazgo? Seguía siendo Mark Decker, aunque ahora supiera más que nunca sobre el universo.

—Oh vamos, no puedes rendirte, ¿verdad?

—Un diagnóstico solo tomará unos minutos. Nuestro transporte no está aquí todavía, ¿verdad?

—No, no está, pero estoy segura de que llegará pronto.

Mark ayudó al argumento de Berenike retorciéndose, poniendo los ojos en blanco y emitiendo sonidos de dolor. ¡Qué divertido!

—Ves, ahora tiene calambres otra vez. Tenemos que tomárnoslo con calma. Decker ha sobrevivido tanto tiempo; no queremos que muera en el último momento.

—No creo que ese sea nuestro problema. Esta cosa que llaman Decker parece bastante indestructible. Me gustaría tratarlo con un lanzallamas.

—¡Fiona! No puedo creer que digas algo así. ¡Nunca te he visto ser tan brutal!

—Lo siento. Estoy un poco frustrada porque hoy estoy cometiendo muchos errores. Debería haberle puesto antes el traje espacial a Decker.

—Bueno, la perspicacia tardía es mejor que la falta de ella. ¿Volverás con nosotros entonces? El transporte está llegando.

—Yo... espera un minuto.

Mark cambió un momento a las cámaras externas, que mostraban una nave que se aproximaba. Llevaba la insignia de Terra Nova y era aproximadamente la mitad del tamaño de la estación. Al parecer, él y Kian serían llevados al laboratorio de alta seguridad de Berenike. No era lo ideal, pero encontraría la forma de atravesar el

blindaje. Mark contaba con la compasión del personal, que seguramente no lo aislaría permanentemente.

—Qué interesante —dijo Fiona.

¿Qué había descubierto ahora?

—¿No deberías estar de camino a la esclusa? —preguntó Berenike.

—Hay algunos experimentos interesantes en el ordenador del departamento médico. Al parecer, alguien estaba experimentando con algún tipo de droga que destruye ciertos compuestos de silicio.

—¿Alguien?

—No hay ningún nombre, pero a juzgar por la fecha, los experimentos tuvieron lugar después de que el TransVec abandonara Adad. Debe haber sido el propio Decker.

—Podemos preguntarle tan pronto como se sienta mejor. ¿Vienes? El transporte ha atracado.

—Estoy en camino. Espera un momento. Joder. Parece que la memoria se está vaciando. ¿Qué es este desastre?

El proceso de borrado había llegado al departamento médico. Mark no pudo evitar sonreír. Fiona no podía verlo. Pero no se rendía tan fácilmente. Se había puesto boca abajo y estaba examinando la base del ordenador. Abrió la carcasa y metió la mano en la cavidad que había detrás. Su mano volvió a salir con un cable gris que, obviamente, había arrancado de alguna parte. La pantalla se apagó. Siguió hurgando en las entrañas. Parecía que quería destruir el ordenador, pero su intención era exactamente la contraria.

Lo demostró sacando la carcasa superior. Fiona parecía conocer bien el funcionamiento interno de los ordenadores, incluso de un modelo tan antiguo. Sabía exactamente qué buscar y extrajo triunfalmente varios chips de memoria.

—¡Ja! —exclamó.

Mark apretó los dientes. El proceso de borrado había sido sin duda más rápido que Fiona, pero no había dado tiempo a sobrescribir todos los datos. Si Fiona sabía lo que hacía, y probablemente así era, sería capaz de reconstruir el contenido de los chips. Solo podía esperar que no fuera capaz de hacer mucho con

ellos. No se había hablado de compuestos de silicio, al menos por el momento.

Fiona se enderezó, se dio la vuelta y avanzó por el techo hacia el centro de control. Mark apagó las cámaras. Ahora necesitaba su atención aquí. Quizá encontrara algún punto débil en Fiona que pudiera explotar.



22 de Paopi de 225, Laboratorio de Astrobiología

Fecha estándar: 9 de abril de 2864

—¿Puedo? —preguntó Mark Decker, intentando alcanzar el cierre de su casco.

—Por supuesto que no —dijo X7 con la voz de Fiona Forest.

Buen intento. Ella tenía la sensación de que Decker se divertía provocándola. Habían desinfectado a fondo todos los trajes espaciales en la esclusa especial del transporte. Pero si Decker se abría el casco ahora, todo sería en vano.

—¿No os parece un poco injusto? —preguntó Decker al grupo.

Estaban sentados en una especie de centro de control donde cada miembro de la tripulación tenía su propio asiento reclinable. Anno no aparecía por ninguna parte. Había un gran agujero redondo en el techo, donde se había acoplado uno de los conductos.

Morris se dio la vuelta.

—Creo que Decker tiene razón.

¿Cómo podía alguien ser tan estúpido? Strube, sentado junto a su jefe, puso los ojos en blanco para que Morris no lo viera. X7 aún no había podido hablar con él en privado: Fiona Forest seguía en el cuerpo, y X7 había tomado prestada su biobolsa. Probablemente Forest llevaba tiempo buscando un intercambio, pero era demasiado

pronto para eso. X7 tenía que averiguar más cosas sobre Decker. Ya lo sabía todo por sus diarios, pero necesitaba pruebas.

—No, capitán Morris —dijo Berenike—. Nuestro huésped aún podría estar contaminado. Seguramente no querrá morir de alguna enfermedad desconocida de Adad para la que no tenemos medicación.

—Entiendo. ¿Y será descontaminado en vuestro laboratorio para que podamos llevárnoslo a él y a este gato?

—Kian es un Kasen —dijo Decker—. Y espero poder opinar sobre mi destino.

Morris no contestó. No estaba de humor para discutir, porque era una conclusión inevitable que Decker sería entregado en custodia a la Tierra. El Kasen estaba en un almacén aparte. Los técnicos lo habían envuelto completamente. Decker les había asegurado que eso no dañaría al animal.

—Sí, capitán —afirmó Berenike—. Con suerte podremos restaurar a nuestro huésped hasta el punto de poder liberarlo del aislamiento.

—Necesito ir al baño —dijo Decker.

—Estaremos en el laboratorio en media hora —dijo Berenike—. Podrás quitarte el traje allí, querido.



Él volvía a caminar en círculos. X7 observaba a Decker en su contenedor de cristal. Las cámaras filmaban la acción desde todos los ángulos y la transmitían al ordenador de su taller. No acababa de entender al biólogo terrestre. Había pasado muchos años solo en la estación, así que debía de estar acostumbrado a vivir en un espacio reducido. ¿Se suponía que eso iba a ser un problema ahora? Desde su llegada, había estado vagando casi constantemente. Berenike al menos estaba preocupada, mientras que el propio Decker lo pasaba por alto.

X7 sospechaba que su comportamiento formaba parte de su plan. Debía de haber identificado a Berenike como un punto débil, y no se equivocaba. Ella estaba al mando aquí, y al mismo tiempo era

muy empática. Aunque eso se consideraba deseable entre los humanos, también era problemático en situaciones delicadas.

Tocó la herramienta. Era antigua y consistía en una punta de metal que se calentaba eléctricamente y un mango que se podía sujetar sin quemarse. Los chips de memoria que X7 había rescatado del Albatros-1 eran antiguos. La estación había abandonado el sistema solar hacía más de trescientos años, utilizando la última tecnología de la época. Puede que fuera parcialmente actualizada en Terra Nova, pero de eso también hacía más de doscientos años. Ya no había enchufes compatibles para los chips antiguos, así que tuvo que establecer una conexión directa entre el chip y un enchufe moderno. Afortunadamente, las conexiones rápidas en serie ya se utilizaban hace trescientos años, por lo que no necesitó muchos cables.

Por último, la punta estaba caliente. Fundió un poco de estaño con ella e hizo la conexión entre el cable y la clavija. Una, dos, tres veces. De vez en cuando miraba la pantalla en la que Decker se paseaba por la jaula. No le extrañaría que de repente se pusiera a cuatro patas. X7 cambió a una vista de la sala mucho más grande en la que se encontraba el Kasen. Estaba tumbado en el suelo y no se movía, pero Decker aseguraba que pronto se recuperaría. ¿Por qué iban a creer una palabra de él? Les había advertido de sí mismo en sus diarios, y ahora supuestamente no sabía nada. Esto le parecía muy sospechoso. No creía que fuera solo una confusión pasajera.

¡Ay! Una gota de estaño fundido cayó sobre su palma. Tenía que concentrarse mejor. X7 vio cómo el material se enfriaba y se solidificaba en su piel. Una mancha rojiza se extendió a su alrededor. Quizá fuera buena idea probar su trabajo antes de soldar inútilmente todos los chips a los nuevos zócalos. Cogió el que había terminado y lo conectó a las entrañas del ordenador del laboratorio.

Espera. Para estar segura, había que cortar primero todas las conexiones externas. No se podía descartar que Decker hubiera manipulado algún tipo de *malware* que le diera acceso al sistema. X7 desconectó todas las conexiones de red, incluidas las inalámbricas. Esto significaba que ya no podría vigilar a Decker, pero seguramente no podría causar ningún problema en su jaula en los próximos

minutos. La imagen se congeló al perderse la última conexión con el mundo exterior. X7 activó el chip de memoria, que apareció como una nueva base de datos en el sistema.

Abrió la nueva carpeta. Estaba vacía, pero ya se lo esperaba. No había cortado la corriente para evitar que se borrara, ya era demasiado tarde. Pero para hacer desaparecer los datos de una vez por todas, había que sobrescribir una memoria varias veces con datos basura. Obviamente, ella había impedido ese proceso. X7 inició un programa especial de restauración de datos. Apareció una notificación: *formato de datos desconocidos encontrado*. X7 los mostró en la pantalla y encontró rápidamente la causa: el formato de la memoria seguía basándose en un sistema de 1024 bits, mientras que el estándar actual era varias potencias superior. Tras cambiar la base, el programa pudo manejar los datos antiguos.

Sobre todo, encontró informes de pruebas. Alguien, probablemente Mark Decker, había examinado todos los materiales posibles recogidos en Adad en busca de elementos inusuales. Algunos, una clara minoría, contenían compuestos de silicio. Había criaturas terrestres que integraban la sustancia en sus cuerpos, así que al principio esto no parecía inusual. Lo que resultaba bastante extraño era la intensidad con la que Decker lo había buscado. Para algunas muestras, había ajustado el procedimiento de prueba para que reaccionara específica y exclusivamente al silicio. De este modo redujo el tiempo que necesitaba para cada muestra, pero no reveló la composición completa del material. Parecía haber estado a la caza del silicio.

X7 recordó las anotaciones del diario de Decker. Según ellas, los compuestos de silicio adquirían influencia sobre los seres en los que penetraban. X7 aún no tenía pruebas de ello, pero esas fantasías parecían tener ciertos puntos de contacto con la realidad.

Retiró el enchufe para comprobar los demás chips. ¿Debería restablecer la conexión de red y echar un vistazo a Decker? Eso solo le costaría tiempo. Decker estaba a salvo por ahora. Sin embargo, X7 no tenía un buen presentimiento. Aún recordaba el fiasco con Monte, a quien había perseguido por todo el laboratorio y finalmente había perdido.

El segundo chip contenía datos que no le interesaban: registros meteorológicos y de movimiento de todas las criaturas alrededor de las estaciones instaladas por los investigadores. Sí mostraban que las criaturas de Adad eran curiosas y no temían las instalaciones humanas, lo que probablemente significaba que no había motivos para temer.

En el tercer chip, el programa de restauración de datos falló. Había otra alternativa: un programa que funcionaba a un nivel más profundo del sistema podía escanear la basura generada puramente por estadística que se superponía a los datos borrados en busca de pequeños grupos que revelaran los datos útiles que aún se ocultaban debajo. Era como intentar redescubrir el patrón de rejilla de una tostada a través de la capa de mermelada que había encima. Generalmente funcionaba, al contrario que con la mermelada, por lo que la superposición de basura de datos solía repetirse varias veces para borrar todos los rastros.

Pero también llevaba mucho más tiempo que una simple reconstrucción. Así que X7 probó primero con la cuarta y penúltima de las memorias que había guardado. Por desgracia, tenía el mismo problema que la quinta, así que X7 tuvo que probar el programa lento. Por comodidad, empezó con la última memoria, ya que estaba conectada al ordenador.

Al cabo de cinco minutos, durante los cuales X7 elaboró en su cabeza escenarios para la huida de Decker con el fin de prepararse para ella, el programa informó de su éxito. Los archivos rescatados aparecieron de la nada en su antigua carpeta. ¡Y eran interesantes! Eran protocolos en los que Decker describía el autotratamiento con un suero que había desarrollado. La función del suero era disolver uno de los compuestos de silicio que había encontrado en muchas de las formas de vida de Adad, pero también en él mismo. Al principio, trató con él a un Kasen y casi lo mató. Sin embargo, cuando intentó inyectárselo a sí mismo, no lo consiguió. Decker lo interpretó como que el espíritu de su cabeza se lo impedía. Pero también pudo haberse acobardado. Después de todo, casi había matado a su sujeto de pruebas Kasen. ¿Quién quería morir si se podía evitar? El cerebro humano dispone de una gran cantidad de

estrategias de evasión a las que recurrir. El miedo y la negación eran solo dos de ellas.

Sin embargo, X7 tendría la suerte de poder probar la tesis. Lo único que tenía que hacer era producir el suero que Decker sintetizó por primera vez. Encontró la receta en el cuarto chip de memoria. Decker había producido varias variantes, pero faltaba la dosis que pensaba utilizar. No podía preguntarle. Si ella iba a hacer esto, tendría que inyectarle inesperadamente. Solo tendría una oportunidad.

¿Y si lo mataba? Entonces al menos ya no sería un peligro. Pero Berenike nunca volvería a hablarle. A X7 no le importaba, pero la verdadera Fiona se enfadaría. Debía tener cuidado de no causar problemas. Lo mejor sería probar primero el suero en el Kasen. Si no mataba al animal, Decker tendría más posibilidades. En cualquier caso, no debía dejar que Berenike lo supiera. Ella insistiría en la extraña ética de que hay que preguntar al enemigo antes de volverlo inofensivo.

X7 memorizó la fórmula del suero. Luego, extrajo el chip y activó la conexión de red. En la pantalla apareció una ventana que mostraba la vivienda transparente de Decker. Estaba vacía. X7 se levantó de un salto y estaba buscando un botón de alarma cuando vio una sombra detrás del cristal esmerilado de la esquina del recinto. Allí había un pequeño cuarto de baño y un retrete, donde el ocupante podía disfrutar de cierta intimidad. Decker estaba sentado en el retrete. Su pulso volvió a calmarse.



El laboratorio de astrobiología estaba muy bien equipado. Incluso tenía un sintetizador automático. X7 se paró delante de la máquina, que no era más grande que un frigorífico. La puerta del compartimento, que sería el congelador en un frigorífico típico, albergaba la unidad de control. Para evitar malentendidos, X7 tenía que introducir la fórmula estructural a través de una interfaz especial que comprobaba la plausibilidad de todos los datos, en concreto, si

la fórmula en cuestión podía sintetizarse químicamente de algún modo.

—La fórmula estructural es viable —informó la máquina.

Era una buena señal.

—Propiedades previstas: La sustancia es líquida en condiciones normales, no inflamable y prácticamente no volátil. ¿En qué forma debe utilizarse?

Era un campo de texto abierto.

—Medicamento —introdujo X7.

—Preparar estructura como medicamento. ¿En qué forma debe administrarse al paciente?

Esta vez el programa mostró una lista. X7 seleccionó «Inyección».

—Optimizar medicación para inyección. ¿El paciente es humano?

—Sí.

—Para uso en humanos, recomiendo sustituir el líquido portador previsto por una sustancia mejor tolerada. Por favor, confirme.

X7 confirmó esto también.

—Iniciando producción. Atención, la fórmula estructural aún no está incluida en la lista de medicamentos aprobados para su uso en humanos. Es su responsabilidad asegurarse de que se utiliza de acuerdo con la ley. Confirme que el uso no tendrá lugar sin la autorización del paciente o de su representante legal y solo en el contexto de un tratamiento experimental de urgencia destinado a evitar la muerte inmediata del paciente.

—Confirmado —pulsó.

—Por favor, confirme su identidad con una muestra de voz o un escáner de retina.

—Soy Berenike Hill.

No importaba lo que dijera. X7 sonrió. Todo había ido bien hasta ahora. Era un buen cambio.

—Identidad de Fiona Forest confirmada —dijo la máquina.



X7 LLEVABA DOS jeringuillas en el bolsillo del pantalón. No sabía exactamente cuánto tiempo tendría para administrarlas. Si el Kasen reaccionaba positivamente, es decir, si no moría, podría convencer a Berenike de que tratara también a Decker. Si no, tendría que someter al biólogo a la terapia que él mismo había desarrollado lo antes posible, en contra de su voluntad. Después de eso, al menos parte del peligro quedaría eludido por el momento. X7 tenía la desagradable sensación de que aún no podía evaluar las verdaderas dimensiones de lo que se estaba gestando aquí. Si el tratamiento fracasaba, se convertiría definitivamente en persona non grata aquí y tendría que huir lo antes posible. El transbordador del *Vanguardia*, que seguía atracado, parecía adecuado para ello.

Se sobresaltó cuando una persona salió de repente de un hueco.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó el guardia.

Por supuesto, Berenike no dejaría el Kasen sin supervisión. X7 no había ideado una estrategia para acceder al animal. Por regla general, cualquier estrategia se derrumbaba ante la realidad, y a X7 se le daba bastante bien improvisar.

—Tengo que ponerle una inyección al Kasen. —Sacó una de las jeringuillas de su bolsa y la mostró—. Es una medida de precaución. Quiero que el animal duerma un rato.

Por el rabillo del ojo, había visto al Kasen tumbado en un rincón de su habitación de cristal sin mover un músculo.

—No me informaron de esto. ¿Quién te asignó el encargo?

—La directora del laboratorio, por supuesto. ¿Crees que estaría aquí si no fuera por las razones correctas?

—Yo... no lo sé. Tengo órdenes de no dejar entrar ni salir a nadie sin permiso.

El hombre se sonrojó.

—Mi presencia aquí demuestra que todo está en orden. Se supone que tienes que asegurarte de que esa cosa de ahí dentro no se escapa, ¿no? Déjame hacer mi trabajo como tú haces el tuyo. Si no pongo la inyección pronto, el Kasen se despertará y entonces ambos tendremos un problema.

—No quiero ningún problema.

—Muy bien. Nadie lo quiere. Quédate aquí y vigila la puerta.

El hombre asintió y retrocedió unos pasos. X7 se identificó con la palma de la mano y la puerta se abrió.

—Ahí tienes la prueba —dijo, entró y cerró la puerta tras de sí. Berenike le había dado acceso a todas las habitaciones excepto a la de Mark Decker.

X7 se encontró en una estrecha antesala. Desde allí, objetos como alimentos o medicamentos podían trasladarse al interior a través de un mecanismo de seguridad. Sin embargo, también había una esclusa de paso. X7 miró al guardia por encima del hombro. El hombre se había girado de forma que ya no podía verlos. Había trajes protectores colgados delante de la esclusa, a la izquierda. X7 decidió no usar ninguno. La extraña criatura no podía hacerle daño, como había comprobado en su primer encuentro.

Entró en la esclusa. Sin embargo, no había previsto el programa de esterilización obligatorio. Comenzó en cuanto cerró la puerta y no pudo interrumpirlo. El techo, las paredes y el suelo la trataron con agua caliente, ácido y aire caliente. Su ropa y su piel reaccionaron con quemaduras químicas. X7 se aseguró de proteger sus órganos sensoriales, aunque eso significara que las superficies externas de sus manos estuvieran especialmente expuestas al desinfectante. Afortunadamente, una ducha fría al final de la sesión eliminó todos los residuos. El aire caliente que siguió sin duda secaría un traje protector, pero no fue suficiente para su ropa absorbente.

Cuando X7 salió de la esclusa, sacó una de las dos jeringuillas de su bolsa y se quitó la ropa exterior. De todas formas, en la sala hacía calor y había humedad. Se suponía que el Kasen mejoraría en condiciones como las de Adad, si es que estaba realmente enfermo. Decker había insistido en que no mostraba signos visibles de enfermedad, pero Decker podía alegar cualquier cosa: no tenían más testigos de Adad.

En ropa interior, X7 se acercó al montón de pieles que Decker había bautizado como Kian. Se suponía que el Kasen era capaz de entender el lenguaje humano. Caminó alrededor del animal. Lo que de lejos parecía pelo, de cerca parecía más bien hierba negra. X7 había estudiado el poco material disponible sobre el Kasen y sabía que era básicamente una especie de colonia de musgo móvil, sin

órganos internos definidos, pero con un nivel sorprendentemente alto de capacidad mental.

—Hola, Kian.

Hubo movimiento en el montículo. El Kasen levantó la cabeza. El parecido con un depredador felino era asombroso. Solo los ojos, formados por facetas individuales, parecían extraños.

—Yo Kian —dijo el Kasen.

—Yo Fiona —dijo X7.

—Tú no Fiona —dijo el Kasen.

¿Qué aspecto de esta afirmación debería asustarla más? ¿La inteligibilidad con la que el animal pronunció su nombre o el hecho de que pareciera reconocerla? X7 miró a su alrededor. Había varias cámaras en las esquinas de la sala. En teoría, alguien podría estar viéndolas ahora mismo. En la práctica, la tripulación de la estación probablemente tenía cosas más importantes que hacer que vigilar constantemente todas las cámaras.

—Tienes razón. Yo no soy Fiona.

—Yo Kian.

—Yo me llamo Ximena.

¿Estaría el Kasen satisfecho con ese nombre? No respondió. En su lugar, levantó la cola. El apéndice plano, que recordaba a la cola de un castor gigante, envolvió a X7. Los finos pelos rozaron su piel. ¿Qué quería el animal? ¿La estaba escaneando? Las secciones individuales de la cola se movían independientemente, trazando todos sus contornos.

—Eres diferente, Mark.

¿Qué podía significar? Era más pequeña y delgada que el biólogo, y era una mujer. Por lo que ella sabía, los Kasen no estaban familiarizados con el concepto de géneros.

—Soy más baja que Mark —dijo.

—Tú más joven Mark.

En el mundo de los Kasen, esto probablemente tenía sentido.

—Para los seres humanos, la altura y la edad no están conectados —dijo.

—No entender.

—No es importante. He venido a...

—Tú dañada.

La cola le acarició las zonas quemadas. Ella se estremeció involuntariamente, pero no le dolió.

—Me descuidé un poco cuando vine a verte.

—Humanos con frecuencia descuidados. Ácido no bueno para humanos.

—Supongo que tienes razón. En realidad, debí saberlo.

—Yo te curo.

¿Qué? ¿Acaba de oír eso bien?

—¿Puedes curar mis heridas?

—Yo curar tus heridas. Conozco efecto del ácido. Mucho ácido en casa.

El Kasen hablaba neoterrestre notablemente bien. Su pronunciación era tan clara que a X7 le costó seguir actuando con la debida cautela. No lo habría esperado de sí misma. ¿O era un efecto de los compuestos de silicio? Pero no había razón para no aceptar la oferta. Más tarde tendría que volver a pasar por el túnel. Un alivio temporal del dolor no le vendría mal.

—Solo un momento, luego puedes curarme.

X7 sacó las dos jeringuillas de su ropa exterior mojada. Recogió su blusa, que estaba parcialmente empapada y aún goteaba. Si salía con ella puesta, causaría revuelo.

—¿Por casualidad no sabes reparar y secar la ropa? —preguntó.

—Curo lo que el ácido hiere.

«Supongo que eso es un no, entonces». X7 se volvió hacia Kian.

—Estoy lista —dijo—, ¿o tengo que quitarme toda la ropa?

—Tú bien. Apóyate en cola. No te asustes.

Ella se inclinó hacia atrás. El material de la cola se endureció hasta formar un cómodo respaldo. De repente, el Kasen se levantó sobre cuatro patas.

—No te asustes —repitió.

X7 sonrió. Kian parecía pensar que estaba muy nerviosa. Ahora que estaba de pie, la criatura era del tamaño de un carrito lunar. El pelaje de su barriga era mucho más corto. Allí se estaba formando una especie de remolino en la piel. Parecía como si la criatura se

estuviera abriendo el vientre. La abertura era tan grande que X7 casi podría haber metido la cabeza en ella.

Una masa oscura y pegajosa salió disparada. X7 chilló de asombro, pero consiguió controlarse lo suficiente como para no saltar.

—No te asustes —dijo Kian.

—Un pequeño aviso habría estado bien —dijo X7 mientras la sustancia corría por su cuerpo. Contrariamente a sus temores iniciales, no desprendía un olor desagradable.

—Advertí. No te asustes.

—Tienes razón. Debería haberte escuchado con más atención. ¿Qué pasa ahora?

—Esperaremos.

—¿Cuánto tiempo esperamos?

—Esperamos la curación.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Hasta la curación.

X7 se rio. Kian era especial. En otras circunstancias, le habría gustado pasar varias horas aquí y examinarlo mejor, pero quería ponerle la inyección. Empezó a limpiarse. Como no tenía nada más, se limitó a limpiar la sustancia sobre el pelaje de Kian. Su mirada se posó en el dorso de su mano. La piel tenía un brillo rosado. Era increíble.

—Mi mano está curada —dijo.

—El ácido no es profundo. Curación rápida. Date la vuelta.

Se dio la vuelta. Un mechón de pelo se movió a través de su espalda.

—Otro lado herido. Espera a curarte.

—De acuerdo. Estoy segura de que no tardará mucho.

—Espera curación.

—Ahora lo entiendo. Muchas gracias.

Tres minutos después, las zonas expuestas de su espalda estaban cubiertas de piel fresca. El único problema ahora era la sustancia pegajosa, que no era fácil de quitar.

—¿Tienes idea de cómo podría limpiarme? No puedo estar con gente, así.

—Kian limpia a Ximena.

—¿Quieres limpiarme? Adelante.

—No tengas miedo —dijo Kian mientras se levantaba de nuevo.

Esta vez se formó un agujero un poco más pequeño. X7 se preocupó un poco, pero el Kasen segregó un líquido caliente y transparente que olía igual de neutro que la masa pegajosa.

—¿Qué es eso?

—Mark llama orina.

X7 se estremeció, haciendo que un poco salpicara el suelo. Pero la orina no era solo orina. Lo principal era que limpiaba.

—La orina humana huele mal. ¿Por qué la tuya no?

—Química diferente. No se siente. Mark explicar.

Eso tenía sentido. El sentido del olfato humano no necesitaba ser sensible a los olores en la orina de criaturas nativas de Adad.

X7 estaba razonablemente limpia de nuevo. Pero ¿dónde podía conseguir ropa limpia? Miró fuera. El guardia seguía dándole la espalda. Quizá pudiera convencerle de que le trajera ropa. Podría hacérsela pasar a través del mecanismo de seguridad. Pero antes tenía otra tarea por delante. Se levantó y sacó una de las dos jeringuillas.

—¿Qué planear Ximena? —preguntó Kian mientras volvía a colocarse la cola sobre el cuerpo, como para protegerse.

—No tienes por qué asustarte. Esto es una medicina. Te curará.

—Kian no enfermar. No curar.

—Mark desarrolló este suero. Te libera de la influencia de un poder alienígena.

—Mark enfermo. Curar a Mark. Kian no enfermo. Muchos otros enfermos. No hablar por sí mismos. Hablar por la voz.

—¿La voz es lo que enfermó a Mark?

—Mark hablar por voz. Mark enfermo. Kian no enfermo.

—Pero también tienes la capacidad de regenerarte, como Mark. Fuiste transportado a través del espacio, y no moriste.

—Kian no enfermo. Kian no morir. Kian no habla por voz. Muchos hermanos hablan por voz. Kian seguir Mark porque diferente. Kian escapar voz. Pero Mark habla por voz.

—¿Subiste al Albatros-1 porque querías escapar de la voz? ¿Eres inmune a su influencia, pero muchos de tus hermanos no? ¿Y Mark eventualmente cayó víctima de ella también?

—Mark enfermo por la voz. Mark enfermo. Kian no enfermo.

El Kasen obviamente no quería ser inyectado con el suero. X7 recordó la entrada del diario de Decker. El biólogo había matado a uno de los hermanos de Kian con una dosis. El efecto no parecía particularmente inofensivo. Pero ¿podía X7 confiar en que Kian dijera la verdad? ¿Realmente no estaba bajo la misma influencia que Mark?

X7 suspiró. No se trataba de sentimientos. El Kasen la había ayudado, sí, pero eso no influía en su decisión. Lo correcto sería lo que pudiera beneficiarla. Un Kasen que se sintiera en deuda con ella porque la había perdonado podría serle útil. Pero ¿no estaría permitiendo que el pulpo que quería esclavizar a los humanos, su medio de vida, siguiera existiendo? De ser así, habría perdido la oportunidad de deshacerse de él a tiempo.

—De acuerdo, Kian. Tienes razón. No estás enfermo, así que no necesitas el suero para curarte.

—Gracias.

—No me des las gracias. Fue una decisión puramente lógica.

Era mentira, pero Kian no tenía por qué saberlo. Fue una decisión estadística, calculada con demasiadas incógnitas.

A los humanos les gustaba llamar a eso una corazonada.

—Pero tengo una pregunta más: ¿crees que podemos curar a Mark Decker?

—Curar a Mark. Mark muerto.

—Entiendo. Su curación también sería su muerte. Es evidente que ha sobrepasado su esperanza de vida.

—Mark quiere —dijo el Kasen.



KIAN SE HIZO el dormido mientras X7 golpeaba la ventana. Tuvo que golpearla varias veces, con tanta fuerza que temió que el cristal se rompiera. Pero resistió la fuerza. Si la encerraban en una celda así, probablemente le resultaría difícil escapar.

El guardia se dio la vuelta y la miró, sorprendido. Solo ahora X7 recordó que estaba frente a él en ropa interior. Eso solía excitar a los hombres.

—¡Necesito ropa limpia! —gritó, pero el guardia se limitó a señalarse las orejas, negando con la cabeza.

Al parecer, el cristal también bloqueaba todos los sonidos. X7 se señaló a sí misma y luego al Kasen. El guardia negó con la cabeza. Recogió su ropa exterior destrozada, señaló los grandes agujeros y de nuevo a Kian. El guardia abrió la boca y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Luego, desapareció.

—¿Ximena volver? —preguntó Kian.

—¿Quieres que vuelva?

—Ayuda Kian.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Ayuda Kian. Kian conocer voz.

Le estaba ofreciendo ayuda. X7 estaba impresionada. Este extraño ser de un mundo lejano se había embarcado en un largo viaje para ofrecer a los demás su ayuda contra la Voz.

X7 se estremeció cuando algo sonó. Era el cajón utilizado para introducir objetos en la zona segura. Pulsó un botón verde parpadeante y el cajón se abrió. Dentro había un uniforme plano y doblado de tela fina de color marrón verdoso. No era muy bonito, pero no llamaba tanto la atención como su ropa interior estropeada.

X7 se puso el uniforme, que le quedaba un poco grande. Debajo había una capa transparente de material sintético. Era evidente que el guardia había pensado bien las cosas y había llegado a la conclusión correcta. Se puso la capa y se cubrió la cabeza con la capucha, que se cerró tan rápido delante de su cara que temió no poder respirar. Pero los inventores de la capa debieron de tenerlo en

cuenta. X7 se inclinó ante la extraña criatura y estuvo a punto de caerse cuando toda la estación pareció temblar. Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que el guardia huía. Sonó una alarma que ni siquiera el grueso cristal pudo amortiguar.

—Mark —dijo Kian.

Probablemente tenía razón. Probablemente Berenike le había subestimado. X7 buscó la jeringuilla que quería probar en Kian y se la entregó al Kasen.

—Esto silenciará la Voz —explicó—. Quitas el capuchón de delante, metes la punta en la persona controlada por la Voz, luego quitas este dispositivo de seguridad de aquí y empujas el émbolo hacia abajo.

Kian cogió la jeringuilla sin decir nada. Ojalá hubiera entendido las instrucciones. X7 se dio la vuelta. Debía usar la segunda para inhabilitar a Mark Decker, costara lo que costara.



El laboratorio era un caos. X7 tiró la capa húmeda a un rincón y corrió hacia lo que parecía ser la fuente de todo el ruido. Pero no pudo pasar. Se topó una y otra vez con mamparas cerradas o guardias de seguridad que no la dejaban pasar, a pesar de que se identificó como comandante de control planetario. X7 se detuvo ante un ordenador e intentó contactar con Berenike, pero no estaba disponible.

Finalmente, un técnico le informó de que supuestamente se había producido una explosión en el ala de alta seguridad. Por mucho que lo intentó, eso fue todo lo que pudo averiguar. X7 tenía sus sospechas, pero aquí no tenía acceso a los sistemas necesarios para confirmarlas.

El transbordador más cercano ni siquiera estaba vigilado. Parecía uno de los modelos del *Vanguardia*. Probablemente todas las fuerzas estaban trabajando para reparar los daños causados por la explosión. X7 subió, cerró el mamparo tras de sí, se ató el cinturón y tomó los mandos. Estaba molesta. Decker iba un paso por delante

de ella. Debía de haberse dado cuenta de que no estaba a salvo a bordo de la estación de laboratorio.

Despegó. Nadie le pidió autorización. Debía de estar armándose la gorda en la estación. ¿Cómo había descubierto Decker tan rápido cómo dañar eficazmente un laboratorio tan seguro? Lo había visto paseándose de un lado a otro en su celda de cristal. Berenike no le había proporcionado ningún ordenador. Debió de tener ayuda de un técnico descuidado que se quitó la máscara en su presencia. X7 recordó el enfrentamiento cuando Decker había intentado penetrar en su conciencia. Si hubiera sido una humana, probablemente lo habría conseguido.

X7 hizo girar el transbordador y utilizó sus instrumentos para escanear la sala. A primera vista, el complejo de laboratorios parecía intacto. Pero entonces apareció un agujero. X7 amplió la imagen. Evidentemente, algo había penetrado desde el exterior en la zona central. Ella lo sabía. Decker debía de tener uno o varios ayudantes que utilizaron una carga explosiva para acceder desde el exterior. Pero ¿dónde estaba ahora?

En este momento, el agujero de la cubierta exterior se estaba llenando. ¿Era posible que...? Puso la cámara al límite de su resolución. ¡Algo estaba saliendo por el agujero! X7 puso en marcha el transbordador, que se alejaba de la estación, girando lentamente. Programó un nuevo rumbo hacia el agujero del casco. ¡Más rápido! La cosa que se distanciaba de la explosión parecía un gusano saliendo de la cáscara de una manzana. Pero ella sospechaba quién era.

Cinco minutos más tarde estaba completamente claro: Decker estaba tratando de salir del laboratorio. ¿Qué clase de estúpido plan era este? ¿Seguro que no podía escapar de la estación sin una nave espacial? No importaba. No iría a ninguna parte. X7 giró el transbordador para que el chorro de escape del motor químico apuntara en la dirección correcta. Fuera lo que fuese lo que se le había metido a Decker, su cuerpo seguía estando hecho de hidrocarburos, que eran sensibles a las altas temperaturas. Siguió el cambio de rumbo en la pantalla. El transbordador parecía un pincel, con la punta formada por el chorro de escape. En unos segundos,

cubriría el gusano que acababa de salir de la manzana. Tres, dos, uno...

—¿Qué estás haciendo? —preguntó de repente Berenike por la radio de a bordo.

X7 se encogió de hombros. Incluso antes de que la científica terminara su frase, el gusano quedó atrapado en el chorro de gas de escape a 1300 grados, primero doblándose, luego encogiéndose y brillando en el infrarrojo.

—Tengo que volver al control planetario —dijo.

—¿Sin despedirte?

—Estabas ocupada.

—Según mis datos, tu transbordador está en las proximidades del lugar del accidente.

Berenike sonaba gélida. ¿No eran amigas ella y Fiona? X7 observó con satisfacción cómo se enfriaban los restos del gusano. Formó una bola que se alejó lentamente de la estación. En la imagen óptica aparecía de color marrón oscuro, apenas destacando sobre el negro del cosmos. Decker estaba muerto. Eso seguro.

—Tenía que ver si necesitabas ayuda —dijo.

—No la necesitamos, pero gracias.

—Me voy, entonces.

Berenike no contestó. X7 buscó a tientas la jeringuilla cuyo contenido había sintetizado para Decker. Si detenía el transbordador ahora para salir y administrar la inyección a la bola de hollín, Berenike se pondría furiosa. X7 hizo girar el transbordador hasta que el chorro de escape volvió a incinerar los restos de Decker. La esfera se calentó pero no se encogió más. No era necesario utilizar la jeringa. Puso rumbo al control planetario y se recostó. Su cuerpo humano necesitaba un descanso.



10 de abril de 2864, Starbird

—Laboratorio de astrobiología del gobierno de Terra Nova —espetó una voz grave. Yini no pudo distinguir si pertenecía a un autómata o a un humano—. Por favor, identifíquese.

—Aquí la *Starbird* —dijo Yini—. Solicito permiso para subir a bordo.

Prefirió no dar su nombre. Presumiblemente, alguna base de datos todavía las catalogaba como criminales fugitivas.

—¿Tenéis permiso especial?

—No, pero tenemos...

—Lo siento. De momento no se puede hacer nada sin un permiso especial.

Era una voz humana. Una máquina no la habría interrumpido.

—Pero tenemos una emergencia médica.

—Por favor, póngase en contacto con una de las otras estaciones en órbita.

Joder. Había esperado que al menos les prestaran primeros auxilios.

—Me temo que es muy urgente.

—Créeme, chica. No querrás estar a bordo de la estación ahora mismo. ¿No notaste nada?

¿Chica? Hacía cien años que nadie la llamaba así.

—¿Notar qué?

—¿La explosión de hace una hora?

—No.

¿Una explosión? Eso debía tener algo que ver con su padre. Probablemente no había sido capaz de verlo desde su ángulo.

—Bueno, ahora ya sabes por qué nada está funcionando en este momento. Busca ayuda en otra parte. Tenemos algunas personas gravemente heridas a bordo.

—Lo siento. ¿Qué ha pasado?

—Oficialmente, solo una explosión.

Cualquier explosión a bordo de una estación espacial podía suponer un peligro mortal.

—¿Y extraoficialmente?

—También una explosión, pero no solo eso. Se rumorea que fue provocada deliberadamente. Una especie de plan suicida.

—¿Suicidio? ¿Qué quieres decir?

—Que el tipo que lo intentó ha muerto quemado. Ya no es un peligro.

—¿Un tipo?

—Sí, un tipo. No sé nada más, chica. Bonito yate, por cierto. ¿Te lo regaló tu padre?

Yini asintió. Entonces recordó que el hombre no podía verla.

—Sí, de mi padre —dijo.

De alguna manera era verdad, aunque no directamente.

—Típico. Algunas personas crecen sin tener que preocuparse nunca. Pero sin rencores. Sigue adelante, chica.

—¿Era el tipo que trajeron ayer?

—Se supone que no debes saberlo, pero sí, es él. Extraña historia después de haber estado viajando tanto tiempo.

Yini resopló. ¿Cuánto tiempo había esperado este momento? ¿Y ahora su padre estaba muerto antes de que pudieran completar su tarea? Una enorme ola de abatimiento se encumbró sobre ella y la sepultó.



13 de Hathor de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 30 de abril de 2864

Fue un fracaso. Todo el viaje había sido inútil. ¿Qué hacía ella aquí? Ya no estaba en condiciones de detener a su padre. ¿Y Monte? No podía dejarle solo, después de que lo hubiera arriesgado todo para ayudarla. Yini deambulaba por los interminables pasillos del transmisor de taquiones. Le recordaban a los pasillos del Gran Archivo, salvo que aquí carecían de decoración. Intentó imaginarse las esferas de los relojes del techo, pero no pudo. Las imágenes ya no eran solo borrosas o reconocibles en su contorno: las había olvidado por completo. Aquello era terrible, aunque no era de extrañar después de tanto tiempo. Yini temía olvidar algo completamente distinto: el rostro de su madre. Por eso había intentado recordarla lo menos posible durante sus largos días en la estación. Si había olvidado a Tailin, no quería saberlo.

Miró el reloj. Dos vueltas más. Había ideado un plan para no volverse loca esperando. Ocho mil pasos al día formaban parte de él. Como eso no era posible en su nave, utilizó los largos pasillos de aquí. Probablemente Brinja y Maria estaban sentadas de nuevo frente al holo, viendo una serie tras otra. Pero no llevaban despiertas

a bordo tanto tiempo como ella. Tenían que ponerse al día, y Yini lo entendía.

La ruta que había planeado la llevó más allá del centro de comunicaciones. Siempre abría la puerta en su último trayecto para comprobar si había correo con la persona de guardia. Hoy tenía una sensación extraña. Yini se detuvo.

En la puerta había un cartel que rezaba «Centro de comunicaciones» en caracteres neoterrestres en relieve, con una traducción en braille debajo.

Pasó los dedos por encima. Esta sala no había recibido muchos mensajes hasta el momento. Sinceramente, aún le quedaba una ronda por completar, pero... Empujó el picaporte y abrió la puerta.

La sala que había detrás, de unos diez por ocho metros, estaba frenética. Había una persona de servicio en cada uno de los tres mostradores, hablando o tecleando. Pero nadie se acercó a ella para darle un mensaje urgente, como había imaginado.

Yini se dirigió al mostrador de la izquierda, encargado del tráfico habitual de radio. Sus dos colegas del centro y de la derecha se ocupaban de la corriente de taquiones, que solía ser mucho más importante. Estaban encantados de que sus clientes percibieran esta importancia, por lo que Yini se alegró de poder hablar con la joven responsable de los mensajes de radio. La reconoció por su larga melena pelirroja, que cubría el respaldo de la silla como una bufanda.

—Hola, Harriet.

—Hola, Yini.

La joven se volvió y sonrió. Parecía complacida por la interrupción. La etiqueta con su nombre en la solapa decía Harriet B. Negrin. Al igual que Yini, no había nacido en Terra Nova. Yini confiaba en ella lo suficiente como para decirle su verdadero nombre. Sin embargo, había hecho trampa con el apellido y se había hecho pasar por Wang Yini.

—¿Cómo estás? —preguntó Yini, sintiendo que necesitaba entablar al menos una pequeña charla antes de hacer su petición.

—Bueno, estoy un poco preocupada por mi hermano —dijo Harriet.

—¿Qué ha pasado?

Harriet miró a un lado, pero a sus compañeros no parecía importarles que estuvieran hablando.

—Matta vive en la superficie —dijo.

—¿Aunque no sea de aquí?

No era fácil para los extranjeros (de la Tierra, por ejemplo) obtener permiso para establecerse en Terra Nova.

—Es mi hermanastro. Nuestro padre vive en las islas. Él me consiguió el trabajo aquí.

Ah, entonces el nombre del hermano debía ser Matta Okean, como exigía la convención.

—El océano allá abajo es bastante tranquilo, ¿no? No creo que debas preocuparte.

—Si solo fuera el océano... Están planeando una expedición a la superficie del Bosque de las Viejas Madre. Dicen que allí hay recursos valiosos.

—¿A la superficie?

Yini había leído recientemente mucho sobre el Bosque de las Viejas Madre en Terra Nova. Era un ecosistema fascinante, cuyas regiones del suelo estaban, supuestamente, inexploradas hasta ahora.

—Sí, eso me preocupa mucho. Solo una vez ha vuelto alguien de allí.

—Seguro que los responsables lo han planeado a conciencia. Sabrán a lo que se enfrentan, y seguro que tu hermano es la elección perfecta.

—Es muy temerario, siempre va por delante. ¿Y cómo puede planificarse cuidadosamente una empresa tan importante en solo unos días? Mi hermano fue invitado hace solo una semana.

Yini entrecerró los ojos. Aquello era muy extraño. ¿Tendría algo que ver con su padre? Pensó en la advertencia que había dejado. ¿No se había mencionado una montaña voladora? Pero eso no encajaba con el Bosque de las Viejas Madre que la expedición iba a explorar. Tal vez fuera solo una coincidencia.

—Me temo que no hay mucho que puedas hacer —dijo Yini—. Tienes que confiar en él. Si van a llevar a tu hermano a una

expedición tan importante, seguro que es perfectamente apto.

—No lo sé. He oído que llevan a cualquiera y a todo el mundo. Nadie quiere bajar voluntariamente a la oscuridad hasta las raíces de las Viejas Madres. Supuestamente incluso han reclutado a algunas personas.

No había hablado muy a menudo con Harriet, pero ahora la mujer se abría a ella con total confianza.

Yini negó con la cabeza.

—No me lo puedo ni imaginar. Pero cruzaré los dedos por Matta.

—Gracias, eso es encantador. Por cierto, ¡qué bien que estés aquí! Tengo aquí un mensaje para una tal Tailin Tsai, pero nadie con ese nombre está registrado aquí. ¿Acaso la conoces?

Yini estaba molesta y contenta al mismo tiempo. Solo porque sus nombres se parecían, ¿se esperaba que conociera a esa persona? Pero la alegría prevaleció, porque por supuesto sabía exactamente quién era la destinataria de este mensaje.

—Tsai Tailin... —dijo lentamente, como si tuviera que pensar primero.

—Sí, Tailin Tsai.

—Tsai Tailin, el apellido va primero.

Harriet se sonrojó.

—Ah, claro. Tsai Tailin. Entonces, ¿la conoces?

Yini dudó. ¿Por qué no decirle a Harriet su verdadero nombre? Si el mensaje contenía lo que ella sospechaba, no volvería a ver a la joven. La idea la entristeció. Pero al menos sabría con quién estaba tratando.

—Tsai Tailin es mi madre, pero ha muerto. Yo soy Tsai Yini —susurró.

El compañero que trabajaba en el mostrador del medio se volvió y la miró. Afortunadamente, Harriet comprendió enseguida la situación.

—Ah, Yini, claro —le dijo—. No hace falta que susurres. Aquí nos interrumpen todo el tiempo.

El colega volvió a sus pantallas.

—¿Puedo darte una dirección de reenvío? —preguntó Yini.

Le hubiera gustado leer el mensaje de inmediato, pero se contuvo.

—Eso es lo que iba a pedirte.

Yini le dio la dirección electrónica de la *Starbird*.

—Gracias, Harriet, por pensar en mí enseguida.

«Y por no armar un escándalo al respecto», añadió mentalmente.

—Con mucho gusto. ¿Qué te parece si tomamos algo juntas después de mi turno?

—Es una muy buena idea. Aquí las paredes empiezan a asfixiarme.



Cuando Yini subió a la *Starbird*, cerró instintivamente el mamparo tras de sí como si estuvieran a punto de despegar. Maria y Brinja estaban tumbadas en el camarote del antiguo propietario, viendo una serie ambientada en la Tierra en un pasado lejano. Los holo-actores estaban extrañamente disfrazados. Yini trepó a través de ellas para llegar a la cama donde las dos mujeres se habían puesto cómodas.

—Me temo que tendremos que acortar el episodio —dijo.

—Pero están a punto de... —protestó Maria.

—¿Es un mensaje? —la interrumpió Brinja—. ¿De quién? Enséñamelo.

—Todavía no lo sé —dijo Yini.

Desconectó el holo de la red de entretenimiento de la estación de taquiones y encendió en su lugar el terminal principal, que apareció tridimensionalmente ante ella. Era poco práctico para trabajar. Pero a ella solo le interesaba el mensaje que esperaba en forma de símbolo parpadeante. Lo pulsó.

—Muestra de voz, por favor —dijo el sistema automatizado.

Joder. Era evidente que el remitente había protegido el mensaje biométricamente. ¿Por qué Monte no se había puesto en contacto con ella si era él (como ella esperaba) el remitente? Estaba claro que buscaba a Tailin.

—Es extraño, ¿verdad? —preguntó Brinja.

Yini asintió. Utilizar datos biométricos para encriptar no era habitual. Después de todo, con cada cambio de biobolsa, la gente también recibía una nueva voz, nuevos ojos, nuevas yemas de los dedos... El remitente debía de saber que Tailin no cambiaría de cuerpo en este viaje. ¿Quizás era Monte después de todo?

—Puedo fingirlo por ti —dijo Maria—. Solo me llevará unos minutos.

—Sería estupendo —dijo Yini.

Esperaba que Maria pudiera cumplir su promesa. La neomarciana se bajó de la cama y cruzó la habitación. El holo pintó un hipnotizador patrón de líneas verdes sobre su piel blanca al atravesarla.

—Maria puede hacerlo —aseveró Brinja—. No es la primera vez que lo hace.

—Esperemos que sí.

¿Había algo que ella pudiera haber hecho para evitar esta estúpida situación? Yini se rascó la cabeza. De todas formas, su madre no habría vivido para ver el final del viaje. El remitente del mensaje debería haber previsto que el destinatario podría haber muerto.



Maria regresó antes de que Yini terminara de reprochárselo. Le arrojó a Yini desde la puerta un aparato del tamaño de la palma de la mano, cuyos botones con las típicas flechas para rebobinar lo identificaban como una grabadora. El aparato debía de tener al menos cien años.

—Pulsa el botón del medio y se presentará como Tailin —dijo Maria.

—Gracias. Eres genial. ¿Dónde lo has aprendido? —preguntó Yini.

—En la calle. Me trajeron a Encélado por una razón. Descifré códigos biométricos.

—¿Pero la biometría...?

—Olvidas que en Neomarte apreciamos nuestros cuerpos mucho más que vosotros, los terrícolas.

Sinceramente, ella no había pensado en eso. Yini miró el aparato. Tenía más de tres botones.

—¿Qué más puede hacer?

—No tengo ni idea. Lo encontré entre las cosas de nuestro amigo rico.

Yini pulsó el botón de reproducción.

—Soy Tsai Tailin, comandante de la *Starbird*.

Tuvo que tragar saliva. Era la voz de su madre. No podía notar la diferencia.

—Acceso al mensaje concedido —dijo el holo.

Abrió el mensaje como si fuera una carta manuscrita en papel a la antigua usanza. El expropietario tenía unos gustos muy extraños. Estaba escrito en caracteres neoterrestres, que no era común en Neomarte, de donde procedían Brinja y Maria.

—Querida Tailin —leyó en voz alta y tuvo que tragar saliva de nuevo. ¿Y si Monte también había sido algo así como el amante de su madre? No era apropiado leer mensajes tan íntimos. Pero no tenían elección. No podían llegar más lejos solas. Todo este viaje se había vuelto cuestionable.

—Por fin he encontrado un lugar donde estoy razonablemente seguro y desde donde puedo comunicarme —continuó leyendo Yini —. Espero que vuestra llegada aquí haya sido más fácil que la mía. Sobre todo, por supuesto, espero que hayas llegado a tiempo. Conseguí averiguar que una nave que coincide con la descripción del yate que organicé para vosotras atracó en la estación de taquiones, pero estoy seguro de que hay más de una de ese tipo.

¡Era Monte! Él les había conseguido la *Starbird*. Solo él podía haber formulado esa frase. ¿Cómo habría ido la historia si él también hubiera revelado las circunstancias en las que ocurrió? Desde luego, Tailin no habría subido a bordo de una nave cuyo propietario tenía que morir por su culpa. Monte, sabiamente, no había revelado nada de eso de antemano.

—Y no quise preguntar específicamente para no poneros en peligro, sobre todo porque la situación del anterior propietario del

yate no está del todo clara. Espero que entiendas que tenía pocas opciones en ese momento. Este mensaje está dirigido a Tsai Tailin, lo que quizá sea un error. Pero no tenía mejores ideas, aunque ahora probablemente hayas quedado bajo el escrutinio de un poder desconocido para mí que me ha estado siguiendo desde que llegué aquí. Es increíblemente fuerte y puede utilizar diferentes biobolsas, así que ni siquiera te serviría de nada que te enviara una foto. Por favor, no confíes en nadie. Te aconsejo que te pongas en marcha de inmediato después de recibir este mensaje y vengas a verme.

¡Nada le gustaría más! Ya llevaban demasiado tiempo sentadas.

—Me encontrarás cerca de Hud. Es la capital de una región del Bosque de las Viejas Madre aquí en Terra Nova. Sin embargo, no vivo en la ciudad, sino en las afueras, donde puedo ver a cualquier enemigo que se acerque desde lejos. Al menos puedo estar seguro de que mi perseguidor aún no me ha encontrado. Probablemente también se deba a que no todo está controlado electrónicamente en el Plano de la Corona de las poderosas Viejas Madres. Espero tu visita. Podremos aclarar todo lo demás en persona. Mis mejores deseos también para Yini y sus dos amigas, cuyos nombres, por desgracia, he olvidado.

—¡Oh! —exclamó Brinja—. Se ha olvidado de nosotras.

—Hace muchos años que no nos ve, y solo lo vimos unos minutos —lo defendió Maria.

—Aun así.

—Shh —chistó Yini.

—Cuando me visites, por favor, procede con cautela. Aterrizad en el puerto espacial de Hud como turistas normales, y luego tomad la línea C2 del aerodeslizador hasta la tercera parada. Allí, pregunta por Claudio Forest.

¿Claudio Forest? El apellido era común en Terra Nova, pero ¿por qué había elegido Monte el llamativo «Claudio»? Tendría que explicárselo.

El mensaje terminó sin más despedidas. Probablemente a Monte no le importaban esas cosas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Maria.

—Ahora volaremos a Hud —dijo Yini.

Harriet, del departamento de noticias, estaría decepcionada. Pero Yini por fin volvía a tener un destino. Tenía que usarlo. Quizá pudiera devolverle el favor en otra ocasión.



TERRA NOVA ERA un mundo diferente. Yini estaba increíblemente agradecida a Monte por esconderse aquí. Después de todos esos años en la negrura del espacio, era relajante viajar por las copas de los árboles del Bosque en la góndola de un aerodeslizador. No era el mismo verde que en la Tierra, igual que el sol local proyectaba una luz completamente distinta. Pero si se miraba lo suficiente, se podía distinguir una cierta cantidad de verde entre los tonos grises y marrones. A Yini le bastaba, aunque siempre esperaba que el crepúsculo diera paso lentamente a la luz del día.

Cuando bajaron en la tercera parada, les seguía un joven que había estado mirando fijamente a Maria durante todo el trayecto. La neomarciana llamaba la atención en cualquier sitio por su estatura, pero la luz de la estrella local daba a su piel blanca un tono dorado anaranjado que hacía que Maria pareciese haber sido bañada en pintura dorada cuando era un bebé. La razón, explicó Maria, era que su piel podía utilizar la radiación infrarroja de la estrella para generar energía. Mientras que en Neomarte eran, sobre todo, las fuentes artificiales las que emitían radiación infrarroja, aquí era la estrella en el cielo.

Yini fue la última en bajar de la escalera al suelo, ya que se detuvo en la cima para mirar a su alrededor. No había notado nada que pudiera guiarlos hasta la morada de Monte, pero tampoco sabía qué debía buscar exactamente. Se ajustó la máscara respiratoria que les habían dado en el puerto espacial de Hud.

—Uf —dijo cuando el primer paso sobre la superficie inusualmente elástica la desequilibró.

El joven que iba detrás de ella, que no había dejado de mirar a Maria, la salvó de la caída agarrándola por el hombro.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—Oh, ¿se nota? —preguntó Yini y se echó a reír.

Se alejó unos pasos del poste en el que estaba suspendido el cable del aerodeslizador.

—Sí, es difícil no verlo —dijo el hombre—. Soy Damian Forest. Llámame Damian.

Yini miró a sus dos amigas, y ellas asintieron. Todas se presentaron por sus nombres reales. Aquí abajo estaban lo más lejos posible de lo que ocurría en el espacio. Damian no tendría oportunidad de traicionarlas.

—¿Sois de la Estrella de Barnard?

—¿Qué, nosotras? No, ¿por qué? —preguntó Yini.

—Hace poco vi un documental sobre cómo se supone que allí hace mucho frío. Maria parece que lo soportaría bien.

—Es verdad —dijo Maria—. Pero nunca he estado en la Estrella de Barnard. Mi hogar es Neomarte.

—¿Neomarte? Qué emocionante. Entonces, ¿realmente vives en la luna de un planeta?

—Eso no es raro —dijo Yini—. Piensa en la luna de la Tierra. Yo viví allí durante mucho tiempo.

—Disculpa mi ignorancia. Muy pocos neomarcianos vienen a visitarnos. ¿Puedo preguntaros qué hacéis aquí?

—¿Por qué? —preguntó Yini.

El joven frunció las cejas y la miró fijamente. Al parecer, su pregunta se consideraba grosera aquí.

—Es que aquí no hay mucho que hacer. Es muy posible que yo pueda ayudaros, porque me ocupo de cosas parecidas.

Damian parecía creíblemente preocupado de que pudieran negarle esta oportunidad de ser útil. Su reacción era probablemente natural. Normalmente había muy pocos visitantes en el Plano de la Corona. Eran las islas las que se desarrollaban para el turismo.

—Buscamos a un amigo —dijo Yini.

El hombre sonrió.

—Seguro que puedo ayudaros. Aquí todo el mundo se conoce.

—Es un hombre llamado Claudio Forest. ¿Has oído hablar de él?

Damian pareció avergonzado.

—Lo siento... lo siento, el nombre no me suena. ¿Seguro que está aquí? ¿Quizá os habéis equivocado de parada?

—No, tiene que estar aquí —dijo Yini—. Prefiere vivir solo.

—Entiendo. Bueno, entonces debería llevaros al pueblo. Mi madre Daphne distribuye el correo aquí. Si alguien ha visto a tu amigo, será ella.



—Por ahí —dijo Damian, señalando hacia la oscuridad.

—¿Estás seguro? —preguntó Brinja.

Yini comprendió su escepticismo. Donde el hombre señalaba, parecía levantarse un enorme muro de construcción desconocida.

—¿No te han dado infragafas?

Damian señaló las gafas que llevaba en la frente. Yini se había preguntado por qué se necesitaban gafas de sol aquí abajo.

—No, pero no las pedimos —dijo Brinja.

—No sé a qué te refieres —dijo Maria—. Veo el camino con mucha claridad.

Como neomarciana, Maria tenía una visión que se extendía hasta el rango infrarrojo. Era lógico, ya que en Titán no había nada de luz.

—¿Es por tu herencia? —preguntó Damian.

—Es porque mis padres pudieron permitirse la mejora genética —dijo Maria.



Se pusieron en marcha. Damian encabezaba el pequeño grupo, mientras que Maria iba la última. Yini, que caminaba justo delante de ella, no tenía que girarse para saber que seguía allí, ya que sus pesadas pisadas estremecían el follaje. No era habitual respirar con mascarilla. También hacía calor y estaba húmedo, y Yini no podía situar el extraño olor del aire. Presumiblemente, el material biológico se descomponía de forma diferente aquí, debido al menor contenido de oxígeno. Sobre todo, porque sin duda se componía de

aminoácidos e hidrocarburos diferentes. Estaban en un planeta donde la vida se había desarrollado de forma diferente a la Tierra. No podía dar nada por sentado aquí.

—Alto —susurró Damian.

El grupo se detuvo. Yini se alegró de que el joven viajara en su dirección. ¿Cómo habrían podido llegar hasta aquí solas? Ni siquiera tenían infragafas. Quizá deberían haberse preparado un poco mejor. En su mente, Terra Nova siempre había sido algo así como una segunda y nueva Tierra. Pero era obviamente un ecosistema propio, uno que no era muy hospitalario para la vida terrestre.

—¿Qué pasa? —preguntó Brinja en voz baja.

—Un animal —susurró Maria—. Del tamaño de un perro terrestre.

Yini miró al frente, pero no pudo distinguir nada.

—Es un mockzilla —explicó Damian—. En realidad, son muy tímidos.

—¿Por qué no seguimos adelante? —preguntó Brinja—. ¿O es peligroso?

—No, son vegetarianos —dijo Damian—. Solo quería asegurarme de que no era un tiburón arborícola.

—¿Tiburón arborícola? —preguntó Yini.

—Una especie de depredador —dijo Damian—. Aunque eso no es del todo correcto. Todas las criaturas de aquí son básicamente plantas, aunque puedan moverse.

Yini se mordió los labios. Debería haber leído algo sobre Terra Nova.

—Vamos —dijo Damian.

El grupo se puso en marcha de nuevo.

—Qué mono —dijo Maria—. Ahora está sentado sobre sus patas traseras y nos saluda.

Yini intentó atravesar la oscuridad con la mirada, pero la fuerza de voluntad no fue suficiente. Necesitaban unas gafas de infrarrojos.

Cuando llegaron al pueblo, Yini se alegró de no llevar las gafas. Las luces esculpían una especie de puente en la penumbra, por el que entraron en la pequeña aldea. Era una hoja enorme. Pero, sobre todo, a ambos lados había profundidades inimaginables. Probablemente habían estado caminando al borde de un abismo todo el tiempo. Se agarró el corazón porque le latía muy deprisa.

Alguien se acercaba a ellos. Yini creyó reconocer a Monte, pero la persona abrazó a Damian, su guía.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Habibi —le dijo.

—Yo también me alegro de haber vuelto, madre.

La mujer llevaba un pañuelo en la cabeza y rondaba los cincuenta años. Se volvió hacia el grupo y se puso las manos en la cadera.

—¿Has traído turistas? ¿No te dije que no tengo tiempo para hacer de niñera?

—No, madre, no son tu...

—No tienen infragafas. Eso lo dice todo. Si no estuvieran repartiendo máscaras a todo el mundo en el puerto espacial últimamente, probablemente ni siquiera eso tendrían.

—Culpable de todos los cargos —dijo Yini. Intentó no mirar al abismo mientras caminaba alrededor de Brinja hacia la madre de Damian—. Sin embargo, no estamos aquí de vacaciones. Buscamos a un amigo que vive aquí.

—¿Visitáis a la familia, entonces? —preguntó la mujer.

—Podría llamarse así, aunque no somos parientes.

La mujer hizo un gesto desdeñoso.

—¿Crees que mi hijo y yo estamos emparentados biológicamente? Eso no importa aquí. Nos encontramos y ahora somos familia.

Ese era un buen concepto. Aquí abajo, en la superficie de Terra Nova, era probablemente necesario para la supervivencia.

—Sí, visitamos a la familia, entonces —dijo Yini y sonrió.

De repente, la mujer cambió. Abrazó a Yini con tanta fuerza que pudo sentir sus hombros huesudos y oler su aliento perfumado a tabaco.

—Ven conmigo. Podemos hablar de todo en nuestra cabaña.



La vivienda, en la que aparentemente solo vivían Damian y su madre, era espaciosa. Había varias habitaciones pequeñas para invitados, un taller donde Daphne Forest hacía labores de aguja, y un gran salón con cocina, donde Damian ocupó de inmediato su lugar junto a los fogones. Poco después, en la mesa redonda se colocaron platos de sopa para todos. El vapor salía de los platos y se dispersaba en todas direcciones por la rejilla de ventilación situada justo encima de la mesa.

Yini removió la sopa con la cuchara. Olía a nuez moscada. Varias hojas y tubérculos finamente picados flotaban en ella. ¿De qué plantas exóticas habían salido?

—Es sopa de patata —explicó Damian.

—¿Patatas terrestres? —preguntó Maria.

—Espero que ninguna de ustedes sea alérgica —dijo Daphne.

—No. Solo me lo pregunto porque la Tierra está muy lejos —dijo Maria.

—Nuestros estómagos no pueden procesar la mayoría de las plantas de aquí —dijo Daphne.

—Madre, no les cuentes esas viejas historias —dijo Damian—. Eso fue científicamente refutado hace mucho tiempo. A la gente simplemente le gusta cultivar su vieja comida, sea o no compatible con la biosfera de Terra Nova.

—Bueno, que mantengan sus hábitos —dijo Daphne.

—Pero la comida podría ser mucho más barata si... —Damian se rio—. Lo siento, no queremos aburriros. Es uno de nuestros temas favoritos, como podéis ver. Pero ahora contadnos, ¿qué sabéis de vuestro amigo?

Yini tragó su bocado. La sopa sabía muy bien, a pesar de tener el gusto estropeado por el sintetizador de la *Starbird*.

—Se llama Claudio Forest, y se retiró aquí hace unas semanas. Eso es todo lo que sabemos. ¿Crees que podremos encontrarle?

—Por supuesto —dijo Daphne—. Siempre que no haya descendido del Plano de la Corona... Pero nadie sería tan estúpido.

Nadie ha vuelto nunca de allí.

—No, nos dijo que nos esperaba aquí.

—Muy bien. ¿Qué piensas, Damian? ¿Podría ser el nuevo ermitaño que ha estado viviendo en la vieja cabaña de Karut? ¿Sabes cómo se hacía llamar?

Damian negó con la cabeza.

—Nunca he oído su nombre. Creo que negoció con Karut personalmente. Podría hacerle una llamada rápida.

—Eso estaría bien, Damian. Hazlo, por favor —dijo Daphne.

Su hijo adoptivo se levantó y corrió a una habitación contigua. Sonó un timbre y le oyeron hablar en voz alta.

—¿Damian? —preguntó una voz que parecía la de una niña.

—Gracias, pero necesito a Karut.

—¿Damian?

—Gracias, Sigrun, pero necesito hablar con Karut.

—¡Eh, Damian, colega! —Era la voz de un hombre.

—Más tarde hablamos, Wondrak. Necesito a Karut.

—La conexión va a todas las casas de nuestro pueblo —explicó Daphne—. No es lo más conveniente, pero funciona.

No se podían guardar muy bien los secretos en una comunidad como esta. Pero no tenías que hablar de todo por teléfono.

—Aquí Karut. ¿Qué tal? —respondió el hombre buscado como para confirmar.

—Gracias, Karut. Soy yo, Damian.

—Lo siento, pero todavía no tengo el dinero.

—Olvida tus deudas por el momento. Ese extraño al que le alquilaste tu vieja cabaña... ¿cómo se llamaba?

—Se hacía llamar Forest, Claudio Forest. Pero no era su verdadero nombre, eso seguro.

Claudio Forest, ¡ese era Monte! Yini se levantó de un salto y chocó con la mesa, derramando la sopa de todos los platos.

—Lo siento —dijo—, pero ese es nuestro amigo.

—Gracias, Karut —dijo Damian a la línea—. Iremos a verle, si te parece bien.

—Adelante. Sería una pena si se marchara. Me vendría muy bien el alquiler.



—Está por ahí —dijo Damian.

Yini se ajustó las gafas que le había prestado Daphne. No encajaban bien en las correas de la máscara respiratoria y resbalaban incluso a un paso normal. Pero ahora la cabaña se veía muy claramente. Destacaba en un naranja resplandeciente sobre el fondo marrón. ¿Habían viajado cincuenta años luz solo para encontrar a Monte en una cabaña en el bosque? Bueno, no era un bosque cualquiera, sino el bosque más alto del universo conocido. Sin embargo, ¿cómo iba a cumplir el legado de su padre desde aquí?

—Gracias por traernos aquí —dijo Maria.

—Siempre sois bienvenidas como nuestras huéspedes —dijo Damian—. Pero ahora debo hacer una visita a Wondrak.

Hizo una reverencia y se volvió en la dirección por la que habían venido.

Maria, por su parte, se adelantó. Era una líder nata. En su lugar, Yini se quedaría en Terra Nova. Con sus habilidades y capacidades, encajaría perfectamente aquí.

Casi habían llegado a la cabaña cuando se abrió la puerta.

—¡Alto! —gritó una voz profunda—. ¡Y levantad las manos!

Yini levantó las manos y las demás reaccionaron de inmediato.

—¿Qué clase de recibimiento es este? —preguntó.

—¿Tailin? —preguntó el hombre, y a Yini se le llenaron los ojos de lágrimas—. Y tú eres la neomarciana que ayudó a escapar a Yini.

—Soy yo. Maria.

—¿Tailin? ¿Por qué no dices nada? —preguntó Monte—. ¿Y dónde está tu hija?

Yini tragó saliva. No tenía palabras. ¿Qué se suponía que tenía que decir?

—Porque no es Tailin, idiota —dijo Maria en su lugar y bajó las manos—. Ahora, por favor, invítanos a tu cabaña para que podamos hablar en paz.

—Tienes razón —dijo Monte y suspiró—. Tus pasos son tan pesados que era imposible que fuera un androide. Mi perseguidor.

¿Recibiste mi mensaje?

—Por eso estamos aquí, idiota —repitió Maria. Yini le estaba muy agradecida por que hubiera tomado la iniciativa—. Y ahora entremos todos, quitémonos las máscaras y hablemos de ello.



ESO FUE EXACTAMENTE lo que hicieron. La cabaña de Monte era mucho más pequeña que la de Daphne. Apenas cabían alrededor de la mesa del comedor. Pero aquí también, un sistema de ventilación en el techo insuflaba suficiente oxígeno en el aire como para que no necesitaran máscaras. De todas formas, Maria había prescindido de ella. Monte no tenía sopa de patatas en la cocina. En su lugar, sirvió bebidas alcohólicas: un aguardiente de patata que él llamaba vodka, pero que olía más a desinfectante.

—¡Salud! Por vuestra llegada —brindó Monte.

Levantaron sus copas. Yini se limitó a sorber el líquido, que parecía prenderle fuego a la punta de la lengua.

—Tú eres... Yini, ¿verdad?

Ella asintió, pero no pudo decir nada. En cuanto abría la boca, se echaba a llorar.

—Siento haberte confundido. Te pareces mucho a ella.

Yini no estaba segura de eso. Una vez se habían puesto juntas delante del espejo en el baño de la *Starbird*, se habían comparado, y Tailin había encontrado similitudes con su padre por todas partes en Yini. «Supongo que uno siempre ve lo que quiere ver».

—¿Podemos hablar de otra cosa? —preguntó Maria—. Puedes ver que ella tiene dificultades.

—Yo... Necesito saber qué ha sido de Tailin. Eso es importante. He traído conmigo algo que le pertenece. Todo mi viaje, mi huida de los perseguidores, y la verdad es que no fue fácil, fue para encontrarme con Tailin en algún momento y poder dárselo.

—¿Qué? —preguntó Brinja.

—No importa si Tailin no está aquí —dijo Monte.

—Mi madre murió en nuestro viaje. Intenté persuadirla para que se sometiera a una purificación de conciencia, pero...

Monte le puso la mano en el antebrazo.

—¿Puedo?

Yini asintió.

—Sé lo testaruda que era en ese sentido. No tienes nada que reprocharte. En todo caso, es culpa mía por no conseguiros una nave mejor.

—No fue la nave. Su cuerpo no pudo soportar el criosueño —dijo Yini.

Monte suspiró.

—Lo comprendo. Tu madre me caía muy bien. Habíamos pasado muchas cosas juntos. Pero es bueno que estuvieras con ella al final.

—Sí, pasamos bien el tiempo juntas —dijo Yini, y tragó saliva.

Ya no tenía miedo de dejar correr las lágrimas. Monte le cogió la mano y se la apretó.

—Mike también quería que te saludara. Yo... Nosotros... —Monte balbuceó.

¿Mike? El nombre parecía venir de otro mundo. Le había gustado, pero de eso hacía ya siglos. No quiso hacer más preguntas sobre él; solo le traería mala suerte.

—Esa persona que te sigue —dijo Maria en medio del silencio, y Yini le agradeció el cambio de tema—. ¿Qué sabes de ella?

Monte soltó a Yini y le secó la mejilla con el dorso de la mano.

—Lo extraño es que me di cuenta de que me seguía la pista, pero nunca supe por qué. No me atrapó.

—¿Es una persona de sexo femenino? —preguntó Brinja.

—Ni siquiera lo sé con seguridad. En realidad, nunca he mirado en su conciencia. Pero tenía muy buenos instintos cuando se trataba de mis planes. Casi como si pudiera leerme la mente.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Brinja—. Yo siempre sabía exactamente lo que hacía mi hermana.

—No, fui hijo único.

—Quizá se trataba de lo que querías darle a Tailin —dijo Yini.

—¿Qué quieres decir?

—Oye, por favor, no nos tomes por tontas. —Yini se levantó bruscamente. Monte parecía creer que era una ingenua, y eso la enfadó—. Se trata del arma, ¿no? El arma de taquiones que supuestamente mi madre nunca desarrolló.

Monte se reclinó y cerró los ojos. Parecía estar contemplando una decisión. Yini sabía cuál sería. Era necesaria. Al mismo tiempo, surgió en ella algo que habría creído imposible: ira hacia su madre. Tailin había hecho algo despreciable: había construido el arma de destrucción masiva definitiva. El mundo entero la había estado buscando por ello, e incluso había abandonado a sus hijos. Luego, había muerto y les había quitado la oportunidad de culparla por ello. Y luego, como si fuera una burla, su cuerpo había sido arrebatado por esa misma cosa.

—De acuerdo, Yini. Lo admito. Cuando estaba en el Anillo celeste, visité a tus padres y me dieron algo: un dispositivo de almacenamiento de datos con los planos del arma de taquiones.

—¿Mis padres? ¿Qué tienen que ver con esto?

¿Sus padres también participaban en este juego?

—No sabían nada. Para ellos era una joya. Tenían instrucciones de usarla en tu beneficio cuando nada más pudiera ayudar. Obviamente, eso nunca sucedió.

No, siempre habían sacado adelante a Kang y a ella sin ningún alboroto. Como si fueran una familia normal. De repente, Yini se sintió muy apenada por no haber podido despedirse de ellos. Esperaba que Kang los hubiera acompañado.

—¿La tienes aquí, la joya?

Monte miró detrás de ella.

—La he escondido en un lugar seguro.

Estaba mintiendo. Monte seguramente guardaba el dispositivo de almacenamiento de datos en la cabaña, pero temía que ella pudiera destruirlo. Yini negó con la cabeza, pero no contestó. Su madre había estado pensando en algo cuando desarrolló esta arma. Debía de ser tan importante para ella que incluso había sacrificado a su familia por ella. Yini no podía deshacer aquello. No hasta que descubriera los motivos de Tailin. Y era dudoso que lo consiguiera. ¿Cómo iba a hablar del tema con una persona muerta?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—No lo sé —dijo Monte—. Siempre supuse que mi trabajo terminaría una vez que devolviera su legítima propiedad a tu madre.

—Quiero saber por qué desarrolló esta arma. Debe de haber sido más importante para ella que Kang y yo. Pero no tienes ninguna obligación conmigo, Monte. Excepto...

—¿Excepto?

—Quiero saber cómo murió mi padre.

—Aparentemente murió tratando de escapar de un laboratorio de alta seguridad en órbita.

El oficial de seguridad del Instituto de Astrobiología había dicho algo más. Una explosión, un suicidio... Se quedó helada. Era extraño, pero el hecho de que su padre se hubiera suicidado para evitar el peligro parecía más fácil de asumir que otro intento de fuga.

—¿De dónde has sacado esa información? —preguntó en voz baja.

—Vamos, bebe algo primero —dijo Maria—. Toma, mi vaso de agua. Estás más pálida que yo.

—Todavía tengo mis conexiones con la Marina Espacial. Está muy claro. He visto las imágenes de vigilancia.

—¿Puedes conseguírmelas? —preguntó Yini.

—Lo tengo aquí. Por desgracia, no tengo holo, pero puedo mostrártelo en este primitivo comunicador.

Monte sacó del bolsillo de su pantalón un aparato plano del tamaño de la palma de la mano y lo encendió. Luego, navegó por el *software* hasta que la pantalla se quedó en negro.

—Toma —dijo y le entregó el aparato.

La pantalla se iluminó. Los estabilizadores de una estación espacial brillaban con intensidad. Tenía un agujero irregular. Yini hizo *zoom*. Debía de haber sido provocado por una explosión, pero parecía que las fuerzas habían actuado desde fuera hacia dentro. Un objeto deforme flotaba cerca del agujero. ¿Era su padre? Una pequeña nave espacial se acercaba, probablemente un transbordador. El objeto quedó atrapado en el chorro de escape caliente del motor. El transbordador se movía como si no estuviera

seguro de adónde iba. Su padre se encogió hasta que apenas quedó nada de él. Los restos finalmente se alejaron.

—Fue deliberado. Alguien mató a mi padre. Suponiendo que ese objeto sea él.

—Sí, eso es seguro. Estaba a bordo de la estación. Alguien debe haberle ayudado a escapar. Tengo dos confirmaciones independientes.

—Y luego el transbordador lo mató.

Habían asado vivo a su padre. Yini se estremeció al pensarlo.

—¿Saben quién fue el responsable de eso?

No podía culpar a nadie. ¿No había pedido su padre que lo mataran así? Pero no era lo mismo que lo hubiera hecho un desconocido. ¡Se suponía que era trabajo de ella!

—El transbordador pertenecía al *Vanguardia*, la Armada Espacial. Pero el capitán Morris afirma que ninguno de sus tripulantes estaba a bordo, y ha desaparecido desde entonces.

Robar un transbordador de la Armada Espacial sin que nadie se diera cuenta era poco realista. El *Vanguardia* era una nave de guerra. En cuanto uno de sus transbordadores se ausentara sin permiso, sonaría una alarma y lo derribarían antes que dejarlo escapar.

—Así que la Marina Espacial está detrás de esto. Me encantaría decirle cuatro cosas a ese Morris. ¡Es un asesino! —gritó Yini.

—Míralo de forma pragmática —aconsejó Brinja—. El trabajo está hecho sin que tengamos que volver a poner nuestras vidas en peligro. Tu padre consiguió lo que quería. Podemos descansar aquí. Ya me gusta bastante este planeta. Podríamos vivir aquí como una familia. ¿Hay algún holotransmisor con series históricas, Monte?

—A quien pilotaba ese transbordador mi padre no le pidió que lo matara —dijo Yini—. Así que fue un asesinato. Tengo que averiguar quién es el culpable.

—¿Solo un asesinato por mano propia es un buen asesinato? ¿Es eso lo que estás diciendo? —preguntó Maria—. Creo que Brinja tiene razón. El trabajo está hecho, eso es lo esencial.

—No lo entiendes. Creo que Mark Decker merecía morir en mis manos. Yo soy su hija.

—Creo que te estás tomando demasiado en serio, querida Yini. —Maria se puso delante de ella y la obligó a mirarla a los ojos—. Se trata de ti, no de Mark Decker. Estás decepcionada por no haber podido ver a tu padre con vida. Has esperado tanto. —A Yini se le llenaron los ojos de lágrimas, pero Maria aún no había terminado—. Seguro que has echado de menos a tu padre toda la vida. Y ahora nada cambiará después de haberlo esperado tanto tiempo. Eso es duro. Pero se trata de ti, Yini, no de Mark Decker ni de cómo acabó muerto.

Yini respiró hondo. Ahora tenía exactamente dos opciones. Gritar su rabia o aceptar lo que Maria había dicho porque era cierto y esperar que su ira desapareciera con el tiempo.

No dijo nada y se dejó caer en la silla.

—Por cierto, tengo una idea de quién podría estar detrás del ataque a Mark Decker —dijo Monte.

A Yini le hizo gracia la mirada de enfado que Maria le dirigió a Monte en respuesta.

—¿Quién? —preguntó Brinja, quien también recibió una mirada de enfado.

—Está bastante claro que es la misma persona que ha estado intentando localizarme todo este tiempo. Debe de tener contactos en los círculos más altos de la Armada Espacial. Solo así pudo robarle un transbordador a Morris. Deberías haber visto lo lejos que llegó cuando me seguía. Tenemos que buscarla si queremos saber qué pasó exactamente en la estación.

—Si tu teoría es correcta, no creo que tengamos que buscarla —dijo Maria—. Ha completado una misión y ahora está en proceso de completar la otra. Nos encontrará antes de lo que nos gustaría.

A Yini se le apretó el pecho. De repente, tuvo la inquietante sensación de que había alguien en la puerta.



16 de Hathor de 225, Vanguardia

Fecha estándar: 3 de mayo de 2864

—Por fin te encuentro —dijo Marina Gaudlitz.

La almirante estaba sentada en un sillón reclinable, presumiblemente en Ceres. X7 estaba de pie en medio de un holo en la cabina privada de Morris, que estaba conectada directamente a Ceres a través de una línea dedicada al transmisor de taquiones. X7 estaba desnuda, ya que había estado utilizando el cuerpo de Fiona para acceder mejor al capitán Morris. Los pequeños favores mantenían viva la amistad. Morris estaba en la ducha, pero se estaba tomando un tiempo sospechosamente largo. Solo ahora se dio cuenta: No era ella la que estaba jugando con Morris, sino todo lo contrario. Él había conseguido hacer lo que ella había evitado deliberadamente durante tanto tiempo: relacionarla con la almirante. ¡Ese cerdo! Pero enseguida se ganó su respeto por su actuación.

—He tenido mucho que hacer —dijo X7—. Tengo que volver a marcharme enseguida. Acabo de enterarme de que han aterrizado en Hud tres mujeres que se ajustan a la descripción de Tsai Yini y sus dos acompañantes. Así que Monte no puede estar muy lejos.

—No, X7, eso no es una prioridad ahora mismo. —Gaudlitz dejo de mecerse.

—Pero ¿por qué? No habrá víctimas, lo prometo.

—Esa no es la cuestión. Monte te ha estado distrayendo de los detalles importantes. De todos modos, hasta ahora no ha sido un logro brillante. ¿No es Monte solo un fragmento de una conciencia? Parece bastante inteligente para eso. Querías enviarlo de vuelta a Terra Nova en cuanto llegaste.

Había una ligera sonrisa en la cara de Gaudlitz. Alegría por su desgracia, diagnosticó X7. Típicamente humano. Pero la sonrisa dio paso a un mohín, cuyo origen X7 no pudo precisar.

—Monte es de suma importancia —intentó de nuevo—. Probablemente esté en posesión de los planos del arma de taquiones. Su existencia tendrá una influencia decisiva en el equilibrio de poder en nuestra parte del universo.

X7 estaba convencida de ello. Sin embargo, no pensaba entregar el arma a la Unión Terrestre. La utilizaría para sí misma. Quien poseyera el arma de taquiones sería invencible.

—Ahora mismo, hay algo más importante que el arma —rebatió Gaudlitz.

X7 se sentó en la cama. ¿Qué podría ser? Gaudlitz parecía querer sorprenderla. Pero a la almirante siempre se le habían dado bien los faroles.

—Soy toda oídos —dijo X7.

—Bien. Te pongo algo dentro de un minuto y me dices si te suena.

¿Te suena? ¿La habían escuchado alguna vez? Una pantalla plana se formó en el holo. En ella apareció una persona que parecía un ser físicamente apto, sin género, presumiblemente un androide, aparentemente flotando boca abajo en el espacio libre.

—Soy X7 —dijo una voz—. Estoy en órbita alrededor de Terra Nova sobre la estación de taquiones, que está a punto de colapsar. Es el 15 de mayo de 2864. Estoy transmitiendo un resumen de los acontecimientos de hoy, y para dar a la Tierra tiempo suficiente para responder adecuadamente, lo estoy fechando tan atrás en el tiempo como puedo dentro de los parámetros de transmisión de la instalación de taquiones. He calculado que deberíais recibir este mensaje el 12 de abril de 2864.

Esta versión de X7 se pasaba mucho tiempo dando rodeos. Debería aprender a concentrarse mejor en los detalles.

—Tengo malas noticias. Una enorme nave espacial ha sido lanzada desde la superficie de Terra Nova, destruyendo toda la flota del sistema. Recibiréis el informe del capitán Morris como archivo adjunto. Aún no he tenido tiempo de revisarlo, pero espero que sea útil para evaluar el peligro. Según mi evaluación preliminar, nos enfrentamos a un evento destructor de civilizaciones. Espero que hagáis todos los preparativos necesarios en el sistema solar. Por mi parte, no parece que haya nada más que pueda hacer por la Tierra. No dudéis en alertar también a los neomarcianos. La única esperanza, si es que hay alguna, para que la humanidad pueda hacer frente a lo que le espera es que todos trabajemos juntos. ¡Buena suerte! No espero que nos volvamos a ver. Larga vida, almirante.

Uf. ¿A quién se le ocurrió esta tontería?

—Eso es todo —dijo Gaudlitz—. El mensaje contiene un apéndice que describe los acontecimientos del 15 de mayo. Según esto, las flotas tanto de la Unión Terrestre como de los neomarcianos fueron destruidas por una enorme nave espacial en órbita alrededor de Terra Nova ese día.

—Hoy es solo el tres de mayo. Aún faltan doce días. ¿Quién falsificó este mensaje?

—El servicio secreto no encuentra rastros de falsificación. Dicen que el mensaje es auténtico.

—¡Pero viene del futuro!

—Técnicamente, eso no es un problema. El transmisor de taquiones puede ajustarse para comunicarse con el pasado.

—Eso es peligroso y puede dar lugar a paradojas.

—Obviamente pensabas que el peligro de que la civilización humana llegara a su fin era mayor.

—¿Ya habéis reaccionado?

—No —dijo Gaudlitz, sin dejar de mecerse—. Todavía no hemos podido reaccionar. Pero la noticia circula en ciertos círculos y cada vez nos presionan más.

—Así que teníais ventaja y no la habéis utilizado.

—Hace un momento, eras escéptica sobre su autenticidad. De todos modos, se aclarará en doce días, cuando se rompa la conexión con la estación de taquiones. Después de eso, tendremos setenta u ochenta años para prepararnos, porque eso es lo que tardará esta cosa en llegar desde Terra Nova a nuestro sistema solar. Doce días no importarán, ¿verdad?

—Espero que no.

—¿Y qué dices a eso? ¿El mensaje venía de ti?

X7 volvió a ver el mensaje en avance rápido, y luego lo borró del sistema del *Vanguardia*. La tecnología de grabación, el contenido... Quienquiera que lo hubiera falsificado no había cometido ningún error garrafal. ¿Y si era real?

—¿Qué esperas que haga? —preguntó X7.

—No lo sé. ¿Quizás puedas evitarlo de alguna manera?

—Tendría que viajar en el tiempo. Decker está muerto. Terra Nova ha lanzado una expedición a la superficie de las Viejas Madres. No tengo ninguna influencia sobre eso.

X7 tuvo una idea. Ella sabía lo que tenía que hacer. En cualquier caso, tenía que dejar el *Vanguardia*. Necesitaba un nuevo cuerpo que pudiera utilizar en el espacio abierto, y necesitaba una nave pequeña y maniobrable. Si la grabación no era falsa, tenía que haber alguien que la creara. El 15 de mayo, dentro de doce días.

—No se lo diré a la gente de aquí. Las pruebas son demasiado escasas. Pero nos prepararé para la esperada batalla.

—Gracias, X7. Entonces, ¿supones que la transmisión es auténtica?

—Sí, supongo que sí, pero solo porque una falsa no tendría sentido.

—Entiendo. Podrías usar el transmisor de taquiones para escapar a la Tierra —dijo Gaudlitz—. Si he entendido bien el final, te quedarás atrapada en Terra Nova.

—Pero si me voy ahora, ¿quién os enviará el aviso el quince de mayo?

—Es una pregunta interesante. Odio las paradojas temporales.

—Yo también. Por eso prefiero quedarme aquí. Y quién sabe, puede que pille a Monte y a Tsai Tailin.

—El quince de mayo, no informas que lo hiciste. Pero quizá sea porque ya no tiene sentido.

El holo se colapsó al abrirse la puerta del baño, como si la almirante hubiera adivinado que Morris estaba a punto de salir. El capitán estaba en uniforme y miraba asombrado a la mujer desnuda en su cama.

—¿No vas a volver a la cama? —preguntó X7 cariñosamente. Sería mejor que no le contara a Fiona este episodio.

—Creo que ha habido un malentendido —dijo Morris—. Tengo una reunión a las ocho. Por favor, asegúrate de que nadie te vea cuando salgas de mi camarote. No quiero rumores infundados en la nave.

—Por supuesto, capitán.

X7 sonrió. A Morris le encantaba que le hablara así, sobre todo durante el sexo. Su ego había sido dañado tantas veces que era interesante asignar traumas individuales a sus síntomas.

Cuando él salió de la cabina, ella se vistió. Fiona y Strube por fin recuperarían sus cuerpos, y ella necesitaba lo mejor que el dinero pudiera comprar en la estación de taquiones. Doce días, eso significaba que tendría que comprar algo estándar. Pero ya sabía exactamente lo que quería, aunque hubiera borrado el vídeo.



25 de Hathor de 225, Laboratorio de Astrobiología

Fecha estándar: 12 de mayo de 2864

—Despierta —dijo la Voz en su conciencia.

No era una petición, sino una afirmación. Un informe que le llegó desde una gran distancia. La voz solo susurraba. Kian llevaba mucho tiempo despierto. Llevaba muchos ciclos de sueño esperando esta noticia, que confirmaba sus expectativas. Sin embargo, no se alegró, porque esperaba algo siniestro. Todo lo que la Voz había hecho hasta ahora era tétrico. Sus amigos, su amante, se habían perdido en ella. Incluso había hechizado al amigo bípedo. Kian esperaba poder liberarlos de ella. Había poseído algo que le recordaba el hogar de la Voz, algo con lo que se podía volar a las estrellas.

Sabía que Decker seguía vivo. La voz en su interior no había muerto cuando su cuerpo había sido destruido. Kian no había sabido cuándo regresaría, pero lo había sospechado después de que el líder de la manada de esta instalación hubiera viajado al planeta que tenían debajo. La voz había estado en su interior. Él la había oído. Ella nunca le había hablado, solo hablaba consigo misma, lo cual era típico de la época en que aún estaba anclada en el cuerpo.

—Llegada —dijo la Voz.

No era una afirmación, sino una predicción. La comunicación de la Voz era polifacética. No se limitaba a hechos, sino que también contenía órdenes, deseos o preguntas. Lo extraño era que, aunque la comprendía, podía resistirse a sus órdenes. Kian había pensado durante mucho tiempo que esto era normal. Si sus amigos querían comer su comida, no tenía por qué ceder ante ellos. Pero cuando la Voz les exigía algo, nunca se resistían. Kian se había dado cuenta de que debía ocultar esta habilidad. La comunicación de la Voz era variada, pero la opción de decir que no, estaba completamente ausente. Exigía obediencia total.

—Conmigo —dijo la Voz.

No era una predicción, sino una invitación. La Voz aparecería, en una forma que él aún desconocía, y entonces debía estar preparado.



26 de Hathor de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 13 de mayo de 2864

YINI SE DESPERTÓ de un sueño ligero. Había aprendido de Monte a estar alerta ante cualquier vibración. La cabaña estaba a oscuras. Solo unos pocos LED brillaban desde una radio tirada en el suelo junto a la cama. El resplandor fue suficiente para que Yini se diera cuenta de que su anfitrión había desaparecido. Se incorporó. ¿Qué la había despertado? Yini cerró los ojos y escuchó. Otra vez un sonido sordo. Botas sobre madera. Se levantó de la cama, puso la oreja en el suelo y lo oyó con más claridad.

Alguien se acercaba, intentando hacer el menor ruido posible. ¿Un ataque? La persona debía de ser pesada, porque, aunque se acercaba sigilosamente, no conseguía pisar en silencio. Yini gateó hasta el pequeño armario que había cerca de la entrada. Monte guardaba allí dos armas de fuego que había comprado hacía unos días.

El visitante secreto parecía contar con el factor sorpresa. Así que no podía dejar entrever que ella estaba al acecho. Yini imaginó al perseguidor de Monte como una especie de androide con poderes sobrehumanos. Las balas simplemente rebotarían en su cuerpo. Yini

tendría que apuntar a la cabeza, con la esperanza de que los controles estuvieran situados allí, igual que en un humano.

Yini se sobresaltó al oír un sonido repentino, pero procedía de Maria. La neomarciana roncaba tumbada boca arriba.

—Dame una a mí también —susurró Brinja.

Yini se dio la vuelta. Ni siquiera se había dado cuenta de que Brinja la seguía. Solo vio su silueta, un montículo negro que se movía lentamente. Estaban a izquierda y derecha de la entrada. Yini abrió el armario. Las armas seguían allí. Muy bien. Sacó una y se la entregó a Brinja. Luego, se arrodilló y sujetó la segunda arma con el codo apoyado en el muslo. Apuntó hacia arriba, más o menos donde debería estar la cabeza del atacante.

La puerta se abrió. Yini estiró el brazo hacia la izquierda para quitarle el arma de la mano a Brinja, pero esta ya había reaccionado y la había bajado. Era Monte, eso estaba claro, aunque solo pudiera verle vagamente. Yini ya lo reconocía por el olor. Era inevitable cuando dormían juntos en una cabaña tan pequeña durante varias noches.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó él.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas? —lo reprochó Yini—. Casi me matas del susto.

—No quería despertarte. Lo siento.

—¿Dónde estabas? —inquirió Brinja.

—En el pueblo, escuchando los rumores.

Yini esperaba saber más sobre la muerte de su padre. Eso solo le parecía posible a través del perseguidor de Monte, así que no se había quejado de quedarse aquí con los demás para recuperarse de los peligros del espacio. Quizá también pudiera hacerse con los planos de las armas y destruirlas. La gran ventaja de este escondite, su ubicación lejos de la capital, era también su desventaja. Estaban aislados del flujo de información, y la radio no cambiaba eso. Hoy en día, la información verdaderamente importante estaba encriptada, y no podía ser escuchada.

—Entonces, ¿cuáles son las noticias?

—Han llegado varias naves de Neomarte, junto con más naves de guerra de la Tierra. Supuestamente se trata de información

encontrada en el Albatros-1. Neomarte probablemente quiere su parte, ya que son dueños de la estación de investigación. Incluso se teme que pueda estallar una batalla en órbita.

—¿Y la expedición a la base de las Viejas Madres? —preguntó Yini.

—Casi todo el mundo ha oído hablar de ella, pero nadie conoce los detalles. Se supone que ya deberían estar de vuelta.

Quizá Yini debería intentar ponerse en contacto con Harriet. Seguramente la radio serviría para eso. Yini se sintió mal. Tendría que fingir interés por Matta, el hermano de Harriet, cuando lo único que quería era información.

Maria soltó otro fuerte ronquido.

—Tenemos que guardar silencio —susurró Brinja—. Despertaremos a Maria.

Le entregó su pistola a Yini, quien volvió a guardarlas en el pequeño armario.

—Tu salida nocturna ha merecido la pena —dijo.

—No me tranquilizó —admitió Monte—. Algo está pasando. Lo presiento. Parece crucial.

A Yini se le revolvió el estómago. Monte tenía razón. Pasaba algo que podría cambiar el mundo conocido.



Por la mañana, Yini fue la primera en sentarse frente a la radio. Tras varios intentos fallidos, por fin consiguió una conexión estable con el centro de mensajes del transmisor de taquiones. Contestó alguien llamado Viola.

—Gracias por aceptar la conexión —dijo Yini—. Quería hablar con Harriet. ¿Está hoy en el turno de noche?

—Lo siento, pero no estoy autorizada a darle información sobre nuestros empleados. ¿Quizás yo pueda ayudarle?

—Soy amiga de Harriet. Me dijo que estaba preocupada por su hermano y quería asegurarme de que está bien. Y ella, por supuesto.

—¿Hablas de Harald?

Yini sonrió. Un hábil intento de despistarla.

—No, su hermano se llama Matta, pero seguro que ya lo sabes. Matta Okean.

—Gracias, Yini. Seguro que entiendes que debo tener cuidado. Con bastante frecuencia llaman personajes turbios.

—¿Qué le pasó a Matta?

Viola tragó saliva.

—No lo sé. Pero Harriet se tomó el día libre y un transbordador la recogió. Supe que la llevaron a Hud. Puedes sacar tus propias conclusiones.

Eso no sonaba bien. Cuando los familiares volaban para contarles algo en persona, rara vez eran buenas noticias.

—Para Hud, es una coincidencia. Me quedo muy cerca. Intentaré encontrar a Harriet aquí. Seguro que le vendría bien alguien que le hiciera compañía.

—Yo también lo creo —dijo Viola—. Si te topas con ella, por favor, deséale lo mejor de mi parte.



—Tenemos que ir a Hud —dijo Yini mientras fregaba los platos del desayuno.

—Eso mismo iba a sugerir —dijo Monte.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Maria.

—Pensé que estaríais preocupadas por mi acosadora.

—Que se joda —dijo Maria—. Quiero salir de este aislamiento. Es peor que Neomarte.

—Bueno, empaquemos nuestras cosas, entonces —dijo Monte.



Había una larga cola en la estación del aerodeslizador. Damian, quien estaba en tercera posición, les hizo señas para que se acercaran.

—¿También lo habéis oído?

—¿Qué? —preguntó Yini.

—Lo de la montaña que voló hacia el cielo.

—¿Qué?

—Dicen que una enorme montaña ha subido al cielo y está destruyendo el mundo entero.

—¿Una montaña? Qué tontería —dijo Maria—. Alguien habrá bebido demasiado.

—No, es verdad —dijo la mujer al principio de la cola—. Me lo ha contado mi hija. Está en el ejército. Toda la gente importante está siendo evacuada a búnkeres profundos ahora mismo. Estamos en guerra.

Yini sintió un escalofrío. Negó con la cabeza. Esto no podía tener nada que ver con su padre. Era capaz de algunas cosas, pero no podía levantar una montaña por los aires.

—La montaña es una nave extraterrestre, por supuesto —añadió la mujer—. No es una historia de terror. Está ocurriendo de verdad.

Yini miró a su alrededor. La cola se había alargado. El aerodeslizador no estaba hecho para una multitud así. Si no le hubiera pedido a Damian que les dejara entrar cerca de la parte delantera, no tendrían ninguna posibilidad de llegar a la ciudad.

—Llegamos tarde otra vez —dijo Monte—. ¡Joder! Debí saberlo.

—Nadie podría haberlo sabido —dijo Yini.

Nadie excepto ella. Tenía algo que ver con su padre. ¡No era una coincidencia!

—Tenemos que llegar a la *Starbird* lo antes posible —dijo ella.

—Sí, y luego nos dirigiremos a la Estrella de Teegarden a máxima velocidad —dijo Brinja.

Yini negó con la cabeza.

—Intentaremos detener la montaña, sea lo que sea lo que esté planeando.

—¿Vas a qué? —preguntó Brinja, pasmada.

—A detenerlo. A mi padre.

—Tu padre está muerto, niña. Tienes que superarlo y vivir tu propia vida mientras puedas.

Yini odiaba cuando alguien la llamaba niña. Pero entendía a qué se refería Brinja. Tenía miedo, igual que ella. Eso era humano.

—Nadie tiene que venir conmigo —dijo—. Estoy segura de que Terra Nova tiene un montón de lugares en los búnkeres profundos.

—Tengo un planeador en el puerto espacial de Hud —dijo Monte —. Una persona podría usarlo para...

—No, gracias —rechazó Brinja—. No voy a volar a la órbita en un planeador hasta que la montaña flotante haya sido derribada. Prefiero ir al búnker.

—¿Y tú, Maria? —preguntó Monte—. Puede que te resulte pequeño, pero servirá.

—Me quedaré con vosotros —decidió la neomarciana—. Esto se está poniendo interesante. Y el holo de la cabina del dueño es genial.

—No tendremos muchas oportunidades de ver holoseries —aclaró Yini.

Maria le dio una palmada en la espalda.

—Ya lo sé, chiquilla.

Extrañamente, cuando Maria dijo eso, no le molestó porque solo era un poco más de la mitad de su tamaño. Entonces se dio cuenta de que Damian estaba solo.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó.

Damian suspiró, lo que sonó como un traqueteo bajo su máscara respiratoria.

—Quiere quedarse aquí. Las Viejas Madres han protegido a los habitantes del Plano de la Corona durante muchos miles de años, dice, así que este será el lugar más seguro de Terra Nova.

—Si lo fuera, los búnkeres profundos no existirían —argumentó Yini.

—Lo sé, pero es testaruda.

De repente hubo movimiento entre la multitud. Una góndola se acercaba desde la derecha. Las primeras personas empezaron a subir al mástil. Yini y sus amigos siguieron a Damian, pero solo había sitio para tres personas en la góndola. Damian era el número tres.

—Tú primero —dijo cuando estaban frente a la puerta corredera.

—Gracias, pero esperaré con mis amigos —dijo Yini.

—¡Eh, rápido! —gritó alguien desde dentro.

Damian negó con la cabeza, pero Yini le dio un empujón cuidadosamente calculado, haciéndole caer por el último hueco. Yini saludó con la mano mientras la góndola se alejaba.



La ciudad, a la que llegaron una hora más tarde, estaba sorprendentemente tranquila. Las calles estaban casi vacías. Sin embargo, no había opciones de transporte, así que tuvieron que caminar desde la última parada del aerodeslizador, que estaba en el centro de la ciudad, hasta el puerto espacial.

Eran unos treinta kilómetros.

El puerto espacial se había construido lejos de Hud debido a la contaminación acústica. Al menos llevaban muy poco equipaje.

Aún no habían salido de la ciudad cuando se acercó un camión cerrado que parecía un autobús. Se detuvo junto a ellos y se abrió la puerta delantera.

—Estamos evacuando a todos los residentes a los búnkeres subterráneos —gritó una mujer desde el interior—. Por favor, entren, pero deprisa. Esperamos ataques aéreos.

—Tenemos que llegar al puerto espacial —respondió Monte—. ¿Hay alguna posibilidad de que pasen por allí?

—Absolutamente no. Esta es vuestra única oportunidad de sobrevivir a toda esta mierda. Entrad.

—Ya voy —dijo Brinja.

—¡Vale, date prisa por favor!

Brinja abrazó a cada uno de ellos en señal de despedida. Yini percibía su miedo. Conocía la sensación. Le habría encantado seguirla pero su padre sin duda había jugado un papel en este desastre.

—Cuídate —dijo—. Y gracias por toda tu ayuda.

Sin Brinja y Maria, nunca habría llegado tan lejos. Yini no se enfadaba porque Brinja prefiriera ponerse a salvo ahora.

Cuando el vehículo partió, sus mejillas se humedecieron. No por ella, sino por sus otros amigos, que merecían estar a salvo tanto

como Brinja.

—¿Es esto una buena idea, lo que estamos haciendo aquí?

—Es una idea estúpida —dijo Monte—. Volaremos un yate privado desarmado en medio de una zona de combate activo como una polilla a una llama. Pero no se me ocurre nada mejor.

Yini se echó a reír. Sus planes le parecían absurdos.



Treinta kilómetros resultaron ser un verdadero desafío en la mayor gravedad de Terra Nova, pero la ruta era cómoda. Avanzaban por una carretera de varios carriles hecha de hormigón, que normalmente estaría atestada de tráfico. Hoy estaban solos. O al menos casi solos, ya que de vez en cuando se cruzaban con animales curiosos, en su mayoría mockzillas, que probablemente querían inspeccionar la calzada inusualmente vacía.

Pero también era posible que hubieran venido por los fuegos artificiales, más fáciles de ver sin la vegetación circundante. Los fuegos artificiales se extendían por todo el firmamento. Debía de ser fascinante para los animales, que no sabían lo que estaba pasando. Al principio, Yini se asustaba con cada explosión. Con el tiempo se acostumbró, pero tuvo en cuenta la enorme cantidad de luz y calor que se generaba, cuando los fuegos artificiales eran visibles incluso a través de las gruesas capas de nubes que colgaban casi permanentemente en el cielo de Terra Nova.

El puerto espacial estaba tan vacío como la calle. Al parecer, todo el mundo se había refugiado. Encontraron el planeador que Montes había prometido. Él palmeó el motor.

—Me ayudó mucho —dijo mientras señalaba hacia delante una nave que solo podía ser la *Starbird*, porque era la última del puerto espacial.

Yini comprendió el vínculo. Monte ya les había contado con detalle lo agotadora que había sido la huida de su perseguidora. Por eso se mostró reacia a contarle a Monte su propia idea. Pero había que hacerlo.

—¿Qué te parece usar el planeador como distracción? —preguntó —. ¿Seguro que se puede controlar a distancia?

—No creo que estemos en peligro —dijo Monte—. La *Starbird* está desarmada.

—¿Estás seguro de que al enemigo le importa? —preguntó Maria.

Monte hizo una pausa. Su lucha interior era visible en su rostro.

—Tienes razón —dijo finalmente—. No quería... Pero es más seguro. No deberíamos desperdiciar esta baza.

—¿Tienes que hacer algún ajuste en el planeador para que podamos controlarlo a distancia? —preguntó Yini.

—No, simplemente me conectaré desde la *Starbird*. No hay problema.

—¿Estás seguro? Nosotras...

—¡Yini! ¡Monte! ¡Allí arriba! —gritó Maria.

Yini miró en la dirección que Maria señalaba. Un bulto brillante volaba hacia ellos. Se deslizó en completo silencio hasta que, de repente, se oyó un fuerte estruendo. Era supersónico.

—Corred —gritó Maria.

La neomarciana tenía las piernas más largas y más fuerza, pero se quedó detrás de ellos como si los arreara.

—¡Más rápido! —gritó—. ¡Está a punto de impactar!

Yini corrió como nunca. Le ardían los pulmones. No podía ir más rápido. Sus piernas pesaban cada vez más. Monte se adelantó, un metro, dos, tres. Entonces se oyó un estampido. Era un sonido que Yini no había oído nunca. Como venía de detrás de ella, siguió corriendo hasta que una repentina ráfaga de aire la aprisionó y la hizo girar. Vio que también lanzaba por los aires a Monte, y luego una pared de polvo y suciedad lo cubrió todo. Tosió. Algo la agarró y tiró de ella hasta que aterrizó suavemente. Maria la había atrapado y ahora caía al suelo, sujetando a Yini para que solo golpeara su dura y blanca piel.

Uf. Se levantó y se quitó el polvo de encima.

—¡Tenemos que seguir, vamos! —gritó Maria, quien ya estaba de pie. Tenía un corte profundo en la rodilla, pero no le salía nada.

—¡Tenemos que encontrar a Monte!

—¡Más tarde! Esto no ha terminado. ¡Corre!

Yini corrió. Maria sabía mejor qué hacer. Poco después, el polvo empezó a despejarse. Corrieron directamente hacia la *Starbird*. El yate parecía estar intacto, aunque ya no brillaba. Alguien más vino corriendo desde la derecha.

—¡Monte! —gritó Yini.

Debía de haberse perdido en la polvareda. Entonces se dio cuenta de por qué no le había reconocido: podía verle toda la cara. Eso significaba que no llevaba máscara. ¿Cómo podía respirar? No respiraba. Debía de estar conteniendo la respiración.

—Corre a la nave y abre la puerta —ordenó Maria.

Yini estaba aterrorizada mientras Maria corría hacia Monte. No habría nadie que la rescatara en el próximo impacto. Pero si ella hacía su trabajo, no habría próximo.

Se quedó sin aliento cuando llegó a la *Starbird*, donde se arrancó la máscara para que la cámara pudiera reconocerla. «Vamos, nave, abre, que vienen mis amigos».

Usuario no reconocido, anunció un teletipo en el panel de acceso.

Joder. Debía de ser la suciedad. Escupió entre las manos e intentó limpiarse al menos la mitad de la cara con el líquido. «Vamos, nave estúpida, ¡abre de una vez!»

—Usuario reconocido —informó la nave—. ¡Hola, usuario!

El mamparo se abrió con un siseo, justo en el momento adecuado, porque Maria llegó corriendo con Monte en brazos y cargó directamente hacia la esclusa. Yini saltó tras ella y pulsó el botón para cerrar el mamparo exterior.

—¿Está vivo? —preguntó mientras la nave bombeaba aire fresco a la esclusa.

El oxígeno nunca había olido tan bien como ahora. Monte respondió a la pregunta respirando hondo. Maria lo puso en pie.

—Gracias. Si no me hubieras traído...

—Pero lo hice —dijo Maria, y sonrió.

Yini abrió el mamparo interior.

—Deberíamos despegar cuanto antes.

—Eso es mejor dejártelo a ti —dijo Monte—. No conozco bien el yate.

Tenía razón.

—Pero te necesito como copiloto. Tienes que dirigir el planeador.



YINI SE ABROCHÓ el cinturón del asiento del piloto. Monte tecleó en un teclado proyectado y maldijo.

—El planeador no me deja entrar —se quejó—. La estúpida cosa dice que el control remoto no es seguro ahora mismo.

El asiento de Yini vibró. Otro trozo de basura espacial acababa de impactar.

—Eso parecía el motor de una nave neomarciana —dijo Maria.

Las naves de guerra humanas no parecían tener ninguna posibilidad contra la montaña voladora.

—Entonces tendremos que despegar sin distracción —dijo Yini—. Algo nos alcanzará en algún momento.

—Hay una guerra allí arriba. Nos dispararán en cuanto salgamos de las nubes —dijo Maria—. ¿Cómo podemos convencer al planeador para que despegue?

—Si alguien lo maneja manualmente, debería despegar —dijo Monte en voz baja.

—Yo podría hacerlo —dijo Maria.

—Eso está fuera de discusión —rechazó Yini—. Ninguno de vosotros va a sentarse en el planeador y hacer de señuelo para los demás. Tendremos que prescindir de él.

—No tienes que quedarte en él —dijo Monte—. Entra, inicia el proceso de lanzamiento y sal. Después de eso, debería responder normalmente al control remoto.

—¿Cuánto tiempo tendría? —preguntó Maria.

—¿Para salir de ahí? Diez segundos después de iniciar el lanzamiento. Pero el mamparo exterior tiene que estar cerrado, o no funcionará.

—De acuerdo. Correré hacia allí, lanzaré el planeador, saldré de nuevo antes de diez segundos y cerraré la puerta tras de mí.

—Algo así —dijo Monte—. Pero yo estoy más familiarizado con el planeador. Yo debería hacerlo.

—Puedo correr más rápido.

Maria señaló la pantalla, que mostraba la trayectoria parabólica de un proyectil que impactaría en unos segundos.

—Deberíamos desistir —sugirió Yini—. Es demasiado peligroso.

—No estoy de acuerdo —replicó Maria, saltando y desapareciendo en el pasillo que conducía a la esclusa. Yini se desabrochó el cinturón y empezó a seguirla. Pero la neomarciana era más rápida y fuerte que ella. No podría detenerla. Suspirando, Yini volvió a abrocharse el cinturón.



—¡Vamos, puedes hacerlo!

Monte animaba a la neomarciana, que estaba decidida a salvarles la vida. Ella no podía oírlos; Maria había prescindido de cualquier equipo que pudiera ralentizarla. Observaban su intento en una pantalla bidimensional. No era tan impresionante como el holo, pero mostraba información adicional importante, como las trayectorias de todos los objetos que caían del cielo detectados por el radar de la *Starbird*.

Las cosas no pintaban nada bien para las fuerzas humanas, así que Yini se alegró mucho de que Maria les proporcionara al menos una distracción puntual. Pronto llegó al planeador. La cubierta de la cabina se abrió. Solo ahora se dieron cuenta de lo pequeño que era el planeador. Maria consiguió entrar a gatas.

—Algo se acerca —dijo Monte.

Yini vio el planeador casi al mismo tiempo. Un objeto de varias toneladas estaba a punto de impactar, a medio camino entre la *Starbird* y el planeador. A Maria le quedaban unos veinte segundos. Si eso, porque el impacto sería tan fuerte que lo más probable era que el planeador no sobreviviera. Todo había sido en vano.

En ese momento, Maria salió por la abertura. Levantó el pulgar. Al parecer, había iniciado el lanzamiento con éxito. Aún le quedaban unos segundos para cerrar la cubierta. Lo hizo fácilmente y corrió hacia la *Starbird*. «¡Oh, no!»

—¡Por el otro lado! —gritó Yini. ¿Por qué no llevaba radio? Si Maria corría directamente hacia ellos, el fragmento del espacio la interceptaría. La predicción del *software* era clara. Pero Maria siguió corriendo mientras el planeador se preparaba para surcar los cielos.

—Yo me encargo —dijo Monte.

El planeador no subió más, sino que giró lentamente sobre su propio eje a una altura de unos quince metros.

—Lo tengo —dijo Monte—. Hay que despegar ahora antes de que el objeto nos derribe. La onda expansiva será violenta.

—¡Maria aún no ha vuelto! —gritó Yini.

—No lo va a conseguir. Y nosotros tampoco si esperamos más.

—No puedo...

—Yini, tienes que arrancar ya, o estaremos perdidos. Hazlo por Maria. Ella también lo querría.

Yini entrecerró los ojos como si eso la ayudara a escapar de la realidad. Pero había aprendido de niña que eso no funcionaría. Su madre no volvería simplemente porque no aceptaba su ausencia. Yini pulsó el botón de despegue y la *Starbird* se elevó lentamente, gimiendo como un anciano.



—Lo estás haciendo muy bien —dijo Monte.

Yini manejaba la *Starbird* con las palancas integradas en el asiento del piloto. Se mantuvo a unos trescientos metros por debajo del planeador que seguía en la imagen del radar. Todavía estaban dentro de la capa de nubes, donde Yini se sentía razonablemente segura. Pero solo faltaban unos pocos kilómetros para llegar al borde de la atmósfera.

—Voy a ver qué pasa —dijo Monte.

El planeador aceleró y siguió ascendiendo. De repente, la imagen de la cámara se aclaró. Lo que vieron fue un campo de batalla, pero no era tan caótico como habían temido.

—Aquí, la flota sigue unida —dijo Monte—. Debe haber cinco o seis naves neomarcianas y aproximadamente el mismo número de la

Unión Terrestre. Al parecer se están conteniendo.

—Entonces, ¿de dónde han salido todos los escombros que nos han llovido?

—Algunas instalaciones orbitales han sido destruidas —explicó Monte—. Presumiblemente el enemigo está limpiando a fondo.

La suposición se confirmó cuando apareció un dedo de luz, envolvió un satélite y lo sacó de órbita.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Yini.

—El rayo parecía venir directamente de la capa de nubes. La montaña voladora probablemente se esconda allí.

—Esta es nuestra oportunidad.

—Yo no lo llamaría oportunidad. No podemos ver mucho en la capa de nubes. Pero mejor así, ellos no pueden ver mejor que nosotros. No importa la tecnología que tengan, los límites físicos son los mismos.

Eso fue un sí, ¿no?

—Me dirijo a la posición de la que salió el rayo —anunció Yini.

Cuanto más tiempo permanecieran en órbita, mayor sería el riesgo de ser destruidos. El sacrificio de Maria no debía ser en vano. Yini hizo algunos cálculos para determinar el rumbo de la montaña, pero solo obtuvo resultados con un gran margen de error. Seguía teniendo la sensación de que se acercaban al peligro.

De nuevo, el rayo salió disparado de la nube, confirmando tanto su esperanza como su temor. Al mismo tiempo, la pantalla que mostraba la vista de las cámaras del planeador se oscureció. «No hay señal», fue todo lo que mostró.

—Mierda, he perdido el planeador —dijo Monte.

Volvían a estar a ciegas, pero a Yini no le disgustó demasiado. Aquel segundo disparo le había permitido localizar la posición del enemigo. No estaban muy lejos de él. Necesitarían exactamente dos maniobras de corrección de órbita para aterrizar suavemente sobre él.

—Corregiré la órbita con la ayuda de dos pulsos cortos y discretos —explicó—. Después de eso, iremos a la deriva sin propulsión durante unas dos horas hasta que estemos cerca del objetivo.

—¿Nos harás parecer un bulto más a la deriva por el espacio al quitarnos la propulsión?

—Exacto. Espero que el enemigo no nos vea como una amenaza.

Ella lo llamó *el enemigo*, pero estaba segura de que su padre estaba detrás de él. No la persona de la que su madre se había enamorado, por supuesto, sino una versión distorsionada. Sin embargo, todavía debía ser Mark Decker. Eso, también, era a la vez una esperanza y un temor.

—¿Y si ven el inevitable impacto cinético como un peligro? —preguntó Monte.

Había reconocido, por supuesto, el punto débil de su plan. Una nave espacial terrestre probablemente derribaría cualquier bulto en curso de colisión con ella, por seguridad.

Pero ¿cómo había llamado Damian al objeto? Una montaña. ¿Le molestaría a una montaña un copo de nieve que cayera sobre ella?

—Es un riesgo real —admitió Yini—. Pero sin duda sería mucho mayor si voláramos hacia el objetivo con propulsión activa.

—Hm.

Comprendió lo que pensaba Monte. Como él, prefería acercarse activamente a una situación peligrosa en lugar de ir a la deriva. Pero esa era la opción más arriesgada esta vez.



Dos horas más tarde, atisbaron el contorno de la nave alienígena, al menos a grandes rasgos, porque no podían utilizar los sensores activos. En realidad, la mejor comparación era una montaña, o más bien una colina. Era tan redondeada en la cima que pasaría por una formación geológica de un planeta, de cuatrocientos o quinientos metros de altura. En la base, sin embargo, era aplanada. Allí tenía una especie de raíz, cuyo diámetro era aproximadamente la quinta parte del de la nave principal. Sobresalía más de un kilómetro en el espacio y tenía forma de nabo.

—Me recuerda a la orza de un velero —dijo Monte.

—Pero las dimensiones no son las correctas. Quizá sea la vela. El hecho de que apunte hacia el planeta no significa que esté «abajo».

—Eso es cierto —dijo Monte—. ¿Ves esas manchas de ahí?

Yini asintió. Había pequeños puntos brillantes alrededor de la colina en el infrarrojo.

—Creo que son entradas —dijo Monte.

—Entonces, ¿por qué no están más oscuras?

—Todo está demasiado oscuro. Piensa en la cantidad de energía que ha tenido que liberar para ponerse en órbita. Debe de estar generando calor, que probablemente está atrapado en su interior y se escapa por esos canales.

—No es un diseño muy eficiente. ¿No sería mejor irradiar el calor al espacio justo donde se genera?

—Tal vez no sea una construcción sino algo que creció.

—Especular así es ir demasiado lejos para mí —dijo Yini—. Atengámonos a lo que sabemos. Por ahora, hay puntos calientes en la colina.

Pero este estado de conocimiento no duró mucho. La *Starbird* se había acercado lo suficiente como para que mereciera la pena apuntar las cámaras hacia el enemigo. Su corazonada se confirmó.

—Tenemos que entrar ahí —dijo Yini.

—Tienes razón. Pero no nos adelantemos. Necesitamos un plan. Esa cosa es enorme. Podría estar tan llena de agujeros como un hormiguero. En ese caso, nunca encontraremos a tu padre.

—No necesariamente tenemos que hacerlo, siempre y cuando podamos dominarlo.

De repente, la *Starbird* se sacudió. Los controles informaron de una alarma de proximidad. La montaña se estaba rompiendo. Se dividió en dos mitades y un brillante líquido dorado se extendió entre ellas. Un chorro salió disparado. Yini estuvo a punto de apartar la *Starbird* de la línea de fuego, pero logró contenerse. Aquello podría haber sido su sentencia de muerte.

El rayo se movía de tal forma que podían seguirlo con la vista. Así que no era un láser de alta velocidad. Era más bien una descarga de plasma, como las que se producían sobre las manchas solares.

—¡Es una locura! —exclamó Monte—. Deben tener un plasma similar al del sol terrestre. Dirigen los disparos con la ayuda de campos magnéticos variables. La cantidad de energía necesaria para eso...

Yini asintió.

—Tengo curiosidad por ver lo rápido que pueden hacer avanzar esta montaña. Quizá tengamos suerte y tarden varios miles de años en llegar al sistema solar.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Monte.

—No. Me temo que nos visitarán en el próximo siglo.

Incluso eso era demasiado optimista. Pero con suerte la Unión Terrestre y los neomarcianos habían sido advertidos. Se podía conseguir mucho en medio siglo.

Pero nada que pudiera detener semejante montaña de nave espacial.

—Oye, no te preocupes —dijo Monte—. Lo conseguiremos. Al fin y al cabo, somos dos.

Yini sonrió pero no era un signo de alegre valentía. Al contrario. Era evidente que Monte no sabía de lo que hablaba, o que era un optimista sin remedio.

Los controles de la nave informaron:

—Colisión en sesenta segundos.

Yini comprobó su cinturón de seguridad. Esperaba que el impacto no dañara su nave. Contenía todos los recursos que tenían. El programa estaba en cuenta atrás, pero pocas veces se había mostrado tan indiferente ante una cuenta regresiva. Tal vez fuera una reacción típica de la psique humana: comparada con todo lo que había ocurrido hoy, esta cuenta atrás parecía trivial.



Tras el impacto, la *Starbird* dio varias vueltas de campana antes de rebotar en una roca, acercarse de nuevo a la montaña y clavarse en un agujero.

—Hemos llegado —anunció Monte.

Las alarmas que habían señalado el impacto se silenciaron. Yini consultó los informes de situación. Una de las aletas de aterrizaje estaba doblada y una antena había sido arrancada. No había daños estructurales. Muy bien. El yate era más estable de lo esperado. Se levantó de un salto y flotó hasta el mamparo.

—Un momento, ¿adónde vas? —preguntó Monte.

—¿Afuera?

—Te das cuenta de que ahí fuera hay vacío, ¿verdad?

Yini se dio una palmada en la frente. Se le había olvidado.

—Tienes razón. Un traje espacial no sería mala idea.

—Además de unas cuantas armas, oxígeno de repuesto y comida. No nos adelantemos.

—¿Puedes hacerte cargo, Monte? Probablemente no estoy muy cuerda en este momento.

Tenías que darte cuenta cuando eras un peligro para la misión. Monte asintió. Yini volvió a atarse a su asiento y observó los alrededores. La *Starbird* parecía haber aterrizado en un agujero casi circular en una especie de valle. A su alrededor, el radar mostraba más agujeros de este tipo. ¿No había habido una expedición a los pies de las Viejas Madres? Al parecer, los agujeros eran los lugares donde las Viejas Madres habían crecido en el pasado.

Esto significaba que la montaña debía ser más joven que los árboles. ¿Cómo había llegado hasta abajo a través del denso dosel? Recordó que su padre había encontrado estructuras de silicio en Adad. Habían crecido en la superficie del planeta y se habían extendido lentamente. El silicio era un elemento común en los planetas rocosos. Solo se necesitaba mucha energía para extraerlo en su forma pura. ¿Y si hubieran llegado aquí hace varios millones de años y hubieran formado esta montaña con el tiempo? Eso sin duda dificultaría la tarea de Yini y Monte. En una nave espacial construida por inteligencias, cabía esperar una cierta estructura y pasillos por los que se moviera la tripulación.

Un objeto crecido era otra historia. Sin embargo, también debía haber estructuras para soportar el crecimiento. Había que transportar los recursos necesarios a través del cuerpo y eliminar los residuos. Yini negó con la cabeza. La montaña en la que habían

aterrizado contenía suficientes enigmas para toda una generación de exploradores, pero solo estaban ellos dos.

Un ruido la sacó de sus pensamientos. Yini se volvió hacia el sonido. Monte se había puesto la parte inferior de un traje espacial.

—¿De verdad quieres ir solo? —le preguntó—. Dame una hora y podré hacerte compañía.

De repente tuvo miedo de que Monte no volviera. Ella siempre había hecho lo que creía correcto, pero nunca había estado sola. Probablemente era así como era una gemela. Kang había estado con ella al principio, y más tarde su madre o sus amigas o Monte. Si él moría, como Maria, se quedaría sola en una enorme nave espacial impulsada por fuerzas incomprensibles.

Monte se acercó a ella, arrastrando ligeramente la parte superior de su traje espacial. La montaña voladora pesaba lo suficiente como para producir una leve, pero perceptible atracción gravitatoria. Monte le acarició el pelo de la frente con gesto paternal.

—No te preocupes. Solo voy a dar una pequeña vuelta y recabar información que nos sirva para planear nuestra excursión. Volveré dentro de una hora.



—Voy a soltar el cabo de seguridad —dijo Monte.

La saliva de su boca sabía amarga. Yini se mordió el labio superior. No le gustaba que Monte cortara la cuerda, pero no dijo nada. En una montaña de crecimiento natural, sin duda sería difícil enganchar el seguro una y otra vez. Amplió la sección que mostraba el campo de visión de Monte. En el asteroide 2320C1, donde había enterrado a su madre, solo había escombros y polvo. Aquí parecía que Monte flotaba sobre una pradera.

Monte se agachó y amplificó la imagen de la hierba. Era casi negra, y cuando Monte la tocó, se rompió. Se inclinó hacia delante para captar parte de ella. Ahora la imagen de la cámara mostraba su mano. Monte molió la hierba entre sus dedos hasta convertirla en polvo, que formó una pequeña nube sobre su palma.

—Apuesto a que es materia orgánica —dijo Monte—. El frío la ha desnaturalizado.

La pradera por la que caminaba había cubierto originalmente el suelo de Terra Nova. De repente se volvió tan brillante que Yini tuvo que reducir el contraste. Estaba saliendo el sol. Por primera vez, esta hierba que había crecido a los pies de las Viejas Madres lo vería.

—Hay algo ahí delante —dijo Monte, apuntando con el foco.

Estaba en lo cierto. Alguien había levantado una especie de tienda, bastante plana, pero claramente reconocible como una estructura artificial.

—Deben de ser restos de la expedición —dijo Yini—. De la que hablaba Damian.

Se preguntó cómo estaría Damian. ¿Estaría a salvo? ¿Era posible estar a salvo de esta monstruosidad? ¿Y cómo estaría su madre?

Monte se acercó a la tienda. Era bastante primitiva. De cerca, pudo ver que no era más que una manta colocada sobre algún objeto. Parecía como si alguien hubiera intentado proteger una mochila de la lluvia.

—Voy a quitar la lona —dijo Monte.

—Quizá no deberías hacerlo —dijo Yini—. Podría ser una trampa.

—Creo que eso es muy poco probable. ¿Por qué habría puesto trampas la expedición? Pero quizá averigüemos qué descubrieron ahí abajo.

Yini respiró hondo. Monte se inclinó hacia delante, cogió una esquina de la manta con los dedos y tiró de ella. Al principio se enganchó en la parte superior, pero luego tiró con fuerza, y la tela voló hacia un lado y se enroscó alrededor de la pierna derecha de Monte.

—¡Mierda! —gritó.

Monte trastabilló y dio un paso atrás. La imagen de la cámara tembló tanto que Yini no pudo distinguir ningún detalle. De repente, la cámara solo mostraba el cielo negro.

—¡Joder! —gritó Monte.

Yini se desabrochó el cinturón.

—¿Necesitas ayuda?

—No, solo tropecé, y una vez que pierdes contacto con la superficie aquí... espera un momento.

La cámara volvió a bajar. No había ni rastro de la tienda.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Yini.

—Nada.

—¡Vamos, dímelo! Acabas de soltar una palabrota. No fue por nada.

—No quieres verlo, créeme.

—¡Monte, no soy una niña y tú no eres mi padre!

—Si realmente quieres...

—Solo quiero que me trates como a un igual. No tienes que protegerme. ¡Terminarás poniéndonos a los dos en peligro!

—Vale, vale, lo entiendo. Aquí tienes.

La cámara hizo un paneo. Había un hombre tendido. Estaba claramente muerto, y no había tenido una muerte agradable. Su boca estaba contorsionada. Debió de sufrir mucho. La cámara se deslizó sobre el cuerpo. El hombre llevaba una especie de uniforme. Tenía símbolos de alas en los hombros. Quizá había sido piloto. Yini buscó una etiqueta con su nombre en el pecho, pero no vio ninguna. La imagen se desplazó hacia abajo. El muslo estaba desnudo y tenía un aspecto terrible. Yini vio un agujero irregular en la carne, del que colgaban jirones. Una capa áspera se había extendido por la piel, interrumpida por algunas manchas negras. Parecía como si el muerto hubiera intentado quemar la capa en esos lugares. Más abajo, el hueso del muslo destacaba de un blanco brillante.

Se le revolvió el estómago, pero Yini consiguió tragarse las náuseas. Tragó agua para quitarse el sabor agrio. Se lamió los labios secos e incluso consiguió decir algo:

—Pobre tipo.

—Sí. Me temo que no nos será de ninguna ayuda.

¿Cómo era Monte capaz de pensar en los beneficios que este tipo podría aportarles ahora mismo?

—¿Qué quieres decir?

—Eso parece una infección.

—Sí, terrible. Se lo comió vivo.

—Es terrible, pero no tiene nada que ver con nuestras formas de vida de silicio. El hombre solo tuvo mala suerte: una herida abierta por la que se cuelan gérmenes puede matar hasta al más fuerte.

Yini negó con la cabeza. «Mala suerte» era cuando te unías a la cola más lenta de la cafetería. Pero no tenía ganas de discutir. Tenía que intentar adaptarse a la forma de pensar de Monte. Mantenía la calma incluso ante un espectáculo terrible. Aunque... Su caída después de levantar la tienda de campaña demostró que tampoco era inmune.

—La tienda nos dice una cosa —dijo Yini—. El hombre no viajaba solo. Alguien le cubrió con una lona después de morir.

—Alguien, sí —dijo Monte—. Pero debían de ser una o dos personas como mucho. Si hubiera tenido más compañeros, se lo habrían llevado, o al menos le habrían dado un entierro decente.

—Tú no sabes lo que se acostumbra en Terra Nova. Pero básicamente tienes razón. La expedición debe haberse reducido bastante si quedaba un grupo tan pequeño a estas alturas.

—Apuesto a que los que estaban con este tipo estaban de regreso cuando sucedió.

—¿Quieres decir que eran los últimos supervivientes de la expedición?

¿Había sido un gran grupo? Terra Nova debía haber enviado al menos veinte personas allí abajo. ¿O no habían encontrado a nadie porque necesitaban ahorrar dinero?

—Creo que sí —dijo Monte—. Imagina que tienes que escalar dieciocho kilómetros hasta la cima. ¿Vas a usar tus fuerzas para enterrar a tu compañero, a quien, de todas formas, no le servirá de nada?

El escenario sonaba creíble, aunque significara que el verdadero peligro debía estar acechando en el interior de la montaña.



—¿No quieres empezar a volver? —preguntó Yini.

Monte llevaba ya tres horas ahí fuera. El camino le había llevado inicialmente a un valle, pero volvía a ser cuesta arriba, lo que no era un problema físico dada la mínima gravedad.

—Quiero llegar a uno de esos puntos brillantes —dijo Monte—. Apuesto a que podemos entrar ahí.

—Ese no era el trato. Esto ya no es un paseo.

A Yini le molestaba sonar como una niña asustada. Pero no lo estaba. Si querían trabajar juntos, tenían que confiar el uno en el otro. Monte parecía creer que sabía lo que les convenía a ambos. Eso estaba destinado a terminar en desastre. Y eso, era lo ella temía.

—Volveré pronto —dijo él.

Yini suspiró. Recorrió las pantallas que mostraban los resultados de los distintos sensores del traje espacial de Monte. Físicamente estaba bien, y aún tenía energía y oxígeno suficientes para once horas. Solo había un sensor fuera de línea: la pantalla del campo magnético parpadeaba. Yini examinó los valores. Estaban muy lejos de entrar en la zona de peligro. Sin embargo, debía de haber una fuente a la izquierda de Monte, que probablemente era artificial.

—¿Por qué no das unos pasos a la izquierda? —sugirió.

—El punto luminoso está más adelante. Son otros cien metros como mucho.

—Ve primero a la izquierda. Parece que hay algo allí, y podría ser interesante.

—De acuerdo.

La luz del casco de Monte giró a su alrededor. Avanzó a grandes zancadas hasta que la luz se posó de repente sobre una extraña máquina.

—Tenías razón, Yini. Una máquina de café.

El haz del foco escaneó el voluminoso objeto. Realmente parecía una esbelta cafetera de casi dos metros de altura. Había un depósito donde estaría la jarra de cristal, pero no era transparente. Monte se acercó a la estructura.

—La expedición debe de haber traído esto consigo —dijo—. Los interruptores están etiquetados en neoterrestre.

—Si arrastraron esta monstruosidad, deben haber habido al menos veinte participantes.

—Apuesto a que la máquina se utiliza para extraer oxígeno del aire —dijo Monte—. Incluso parece que quedan existencias.

—Será bueno saberlo cuando partamos mañana en nuestra expedición.

—Por desgracia, no puede reponer su suministro en el vacío.

Yini asintió. Pero tenían suficientes recursos en la *Starbird*. No se asfixiarían, no pasarían hambre ni morirían de sed en los próximos cien años.

—Hay algo más —dijo Monte.

—Ten cuidado.

—Lo tengo. Probablemente sea una central eléctrica móvil.

La luz del casco de Monte iluminó una especie de armario de control del que salían varios cables. Uno iba al extractor de oxígeno. Otro se perdía en la oscuridad.

Monte lo iluminó.

—Apuesto a que si sigo esto, me llevará al punto luminoso.

—Sí, deben haber transportado algo de *hardware* allí abajo —dijo Yini—. Me pregunto qué habrá sido de toda esa gente.

—Creo que ya lo sabemos. Uno o dos lograron subir. El resto...

Yini se imaginó pequeños montículos con mantas extendidas sobre ellos. Se le oprimió el pecho y respiró hondo.

—Quizá también sobrevivió gente ahí dentro —sugirió.

—Lo dudo —dijo Monte—. Si todos esos puntos brillantes son aberturas, allí dentro hay el mismo vacío que aquí fuera. Las simples máscaras respiratorias que llevaban no servirían.

Probablemente toda la tripulación llevaba máscaras. Sin embargo, no habían encontrado ninguna en el muerto.

De repente, sonaron las señales de alarma.

—Monte, ¿qué está pasando? —gritó Yini, cambiando a través de los paneles de diagnóstico. Los latidos del corazón de Monte se habían acelerado, pero por lo demás estaba bien. La alarma se quejaba de un inesperado estallido de energía en las inmediaciones, lo que podría ser señal de un ataque.

—Todo va bien. Acabo de encender la central eléctrica. ¿Ves?

La imagen de la cámara mostraba una serie de LEDs de color naranja. La central eléctrica parecía seguir funcionando, pero probablemente no le quedaba mucho combustible.

—La próxima vez, por favor, avísame primero, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Por desgracia, parece que la máquina de aquí casi no tiene metanol. Es una lástima.

—Tienes suficientes provisiones en tu traje. Además, ibas a dar la vuelta pronto de todos modos.

—Es cierto. Solo que... sería tranquilizador saber que aún tenemos reservas en caso de emergencia.

Monte pulsó un botón, y los LED se apagaron.



El punto brillante solo permanecía brillante en el infrarrojo. Monte estaba a pocos pasos de él, pero seguía siendo apenas visible en el haz del foco. No se veía ningún agujero. Parecía como si Monte estuviera caminando hacia una pared.

—Ahí no hay nada —dijo Yini.

—Tiene que haber algo —dijo Monte, que había llegado a la pared y la estaba palpando. Se movía bajo su mano.

Rio.

—Es solo una cortina. Se congeló con el frío.

Tiró de ella y ahora la cámara mostraba una abertura ovalada que se adentraba en la montaña. Un poco más allá, contra la pared, había unas mesas estrechas con ordenadores.

—Parece una oficina. Probablemente había una atmósfera respirable ahí dentro —dijo Yini.

Monte entró. Chocó con una de las mesas y el ordenador que había sobre ella volcó. Yini esperaba un estruendo, pero por supuesto no había sonido en el vacío.

—Ibas a volver ahora —le recordó Yini—. Es demasiado peligroso explorar esa cueva solo.

Quizá no fuera tan peligroso. Pero ella era demasiado curiosa para dejar que Monte hiciera todos los descubrimientos por sí

mismo.

—Solo unos metros más para tener una visión general.

Ella chasqueó la lengua, molesta.

—Eh, lo he oído —dijo Monte.

Yini se echó a reír, pero la imagen posterior de la cámara la silenció: otro cadáver. Era una científica, o al menos llevaba una bata blanca. Varios disparos la atravesaron en la zona de la ingle. Sus rasgos faciales estaban distorsionados de forma similar a los del piloto muerto. Evidentemente, no había sido una muerte fácil. Su máscara respiratoria colgaba bajo su barbilla. Efectivamente, el aire del pasillo debía de ser respirable.

Monte se acercó a la mujer muerta sin decir nada. No era necesario. A primera vista, la herida no podía haber sido causada por disparos. Yini adivinó una puñalada profunda con un cuchillo largo o un machete. No era improbable que se llevaran machetes en una expedición así.

Un extraño artefacto yacía junto a la mujer.

—Es un lanzallamas primitivo —explicó Monte—. Vi algo parecido durante mi estancia en... no importa.

Era evidente que la científica había estado luchando contra alguien o algo. Yini pensó inicialmente en las criaturas de silicio, pero un cuchillo como arma era más adecuado para un humano. ¿Había estallado una pelea entre la tripulación, científicos contra militares? ¿Se habían sublevado algunos porque querían retirarse? Al alejarse de la civilización, a menudo surgían brotes de violencia primitiva. ¿O los alienígenas tenían algo que ver?

—Será mejor que vuelvas —dijo Yini—. Dos cadáveres en un día es suficiente.

Pensó en Maria, quien había sido alcanzada por un trozo de escombro, y luego en la estación espacial de la que debían proceder los escombros. ¿Dos cadáveres? El número de muertos de hoy se contaba probablemente por miles. Terra Nova tenía suerte de estar tan poco poblada. Si la montaña hubiera golpeado el Anillo celeste de la Tierra...

—Ninguno de ellos ha muerto hoy —dijo Monte, adentrándose en el pasillo.

El caos reinaba en la antigua base de investigación de la expedición. Había objetos personales esparcidos, cristales rotos por el suelo y cajas de almacenaje abiertas.

—Alguien buscaba provisiones a toda prisa —concluyó Monte—. ¡Y mira, ahí!

La cámara mostró el suelo, donde se veían huellas negras. Se adentraban en la montaña.

—¡No las sigas, Monte!

—Solo hasta la próxima cortina.

Yini no contestó. Sus temores eran infundados. Las huellas debían de haberse hecho cuando la montaña aún estaba en el planeta. No, no habían sido hechas. Las había dejado el humano que había apuñalado a la investigadora. Monte flotó por el pasillo hasta la cortina de la que había hablado. Estaba hecha jirones y, naturalmente, Monte la apartó para mirar detrás.

La luz del foco de su casco iluminó al muerto más cercano. Tenía las piernas en pantalones de trabajo lisos. Llevaba una chaqueta de uniforme en la parte superior del cuerpo, pero tenía un aspecto muy diferente a la del piloto. Y lo que era más importante, tenía un pequeño parche en la solapa bordado con «M. Okean».

Matta. Yini se imaginó de inmediato la cara de Harriet. Probablemente aún no sabía lo que le había ocurrido a su hermano. Yini tendría que informarla. Si la estación de taquiones aún no había sido destruida, lo único que tenía que hacer era desbloquear la antena para comunicar por radio la noticia a Harriet. Pero ¿la ayudaría? Matta era un desconocido para Yini, pero ni siquiera ella podía quitarse su imagen de la cabeza. Tenía la cara quemada hasta los huesos. La piel le colgaba a jirones de la barbilla y la frente. Los pómulos habían quedado al descubierto por el fuego del lanzallamas. La cuenca del ojo izquierdo estaba vacía y la del derecho, cerrada. Debió de apuñalar a ciegas a la investigadora mientras ella le dirigía la llama. ¿Cómo podía la gente llegar a odiarse tanto? Incluso la correa que sujetaba su máscara respiratoria estaba quemada. Se había deslizado junto al cadáver.

—¿Qué? —preguntó Monte—. ¿No me dirás que me dé la vuelta?

Solo ahora se dio cuenta Yini de que Monte hacía tiempo que había avanzado. Le pareció que llevaba varios minutos mirando la cara del cadáver quemado. No le importaba si Monte había desaparecido en el interior de la montaña.

—Conocía a ese hombre —dijo—. No directamente, pero...

—¿Venía del sistema solar? —preguntó Monte.

—No. Se llamaba Matta Okean, y se presentó voluntario para la expedición. Su hermana estaba muy preocupada por él.

—Okean es el nombre de una de cada tres personas aquí, y la M como inicial también es común. Podría ser otra persona. ¿O debería registrarle? Quizá lleve alguna identificación encima.

—Gracias, no es necesario. Déjalo.

—Bien. Solo quería decirte que daré la vuelta. Por cierto, no creo que nadie haya sobrevivido aquí abajo.

—Tal vez no de la expedición. Pero alguien o algo está controlando esta montaña y destruyendo Terra Nova ahora mismo. Eso tiene que parar.

—Supongo que tienes razón. Pero dudo que podamos hacer algo contra este poder. Cuando truena, no se puede detener el rayo. Nadie puede una vez que la descarga ha comenzado.

Monte tenía razón. Pero no tuvo en cuenta que era ella la que se había impuesto esta tarea. No porque fuera increíblemente valiente, sino porque aún sospechaba que su padre estaba detrás de todo.

—Puedo intentar que no haya más tormentas —dijo ella.

—Eso nunca funcionó en la Tierra.

—En realidad nunca lo intentaron.



27 de Hathor de 225, Laboratorio de Astrobiología

Fecha estándar: 14 de mayo de 2864

El suelo y las paredes temblaban, y el mundo perdía su dirección. Se propagaban ruidos desagradables. Criaturas bípedas gritaban. Los oyó incluso dentro de la habitación transparente en la que le habían encerrado. Esa era la señal. Kian se levantó. No podía liberarse de su prisión, pero Decker lo había sabido, así que la Voz también conocía su situación.

De repente, la ventana en la que estaba apoyado se rompió. Los fragmentos saltaron por los aires y le atravesaron el cuerpo. Tensó la carne y los expulsó de nuevo, cerrando las heridas que habían hecho. La habitación en la que se encontraba ya no tenía ángulos rectos y a Kian le gustaba mucho más.

Giró la cola y se limpió los restos del disco. Luego, olfateó. El aire se movía. Los arrastraba hacia el exterior. La estación debía de haberse abierto al vacío. Tenían el mismo destino. Kian corrió por los pasillos. Criaturas de dos patas venían hacia él, pero no le prestaban atención. Intentaban escapar del vacío, lo cual sería su única salvación. El lugar estaba condenado. Solo el renacimiento ofrecía una oportunidad de continuar con vida.

Kian corrió hacia el vacío donde renacería. Incontables veces, hasta que las condiciones a su alrededor fueran tales que pudiera volver a respirar. Tropezó con un bípedo muerto y, justo cuando iba a apoyarse en la pared opuesta, desapareció en la luz. Durante un breve instante, vio una enorme montaña, con sus entrañas iluminadas por la Voz, pero entonces trozos de la pared destrozada le arrancaron la cabeza, cortando muchas de las conexiones de su cuerpo para enviarle por el sendero del renacimiento.



27 de Hathor de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 14 de mayo de 2864

—Me prometiste que el cuerpo estaría listo el 26 de Hathor —gritó X7, asestando un puñetazo al borde de la pantalla.

El hombre de la pantalla bajó la mirada, culpable.

—Debo pedirle comprensión. Debido a los acontecimientos de ayer, se cancelaron algunos vuelos de transporte civil que transportaban materiales necesarios, por lo que no pudimos completar su nuevo cuerpo. Además, nos faltan dos técnicos desde el inesperado ataque del otro día.

—¡Necesito ese cuerpo, y rápido!

Obviamente, Gaudlitz la había engañado. La datación del mensaje sobre la destrucción de la estación de taquiones como 28 de Hathor o 15 de mayo, debía ser incorrecta. La montaña, que había permanecido oculta en las capas de nubes de la atmósfera superior desde ayer, no esperaría otros dos días para atacar. X7 había visto su tamaño y ahora creía que podía hacer cualquier cosa. Objetos así no se construían por diversión. Estaban hechos para la guerra. Pero en este cuerpo humano primitivo, X7 no sobreviviría a la guerra que se avecinaba.

—Si me permite, mi señora, ¡su cuerpo le sienta perfectamente! Estoy seguro de que durará unos días más...

X7 terminó la conexión. Ella misma se pondría en contacto con la gente de la estación de taquiones.



Cuando el transbordador atracó, X7 se dispuso a saltar a la esclusa, pero el mamparo no se abrió.

—Strube, ¿eres tú?

—No te dejaré salir hasta que sepa cuándo recuperaré mi cuerpo.

—¡Uf, Strube, de eso se trata! Necesito un cuerpo nuevo para que Fiona vuelva a tener este y tú puedas volver al tuyo.

—Quiero garantías —dijo Strube, cuya conciencia seguía en el transbordador. En cierto modo, X7 sintió pena por él (a ella tampoco le gustaría), pero un nuevo cambio simplemente no se había materializado hasta el momento.

—La única garantía que puedo darte es la pequeña bomba que destruirá este transbordador si haces alguna estupidez. Entonces no volverás a necesitar un cuerpo.

—¡Eso es un farol, admítelo!

—No hay forma de que lo sepas, Strube. Y ni siquiera lo intentes: he ocultado la bomba de la electrónica de a bordo.

Strube no respondió, pero el mamparo se abrió. X7 saltó y corrió hacia el transmisor de taquiones.



Dos guardias la recibieron en la puerta. Al parecer, iban armados desde los asesinatos del otro día.

—¿Identificación? —preguntó el hombre de la derecha.

X7 presentó la tarjeta de identificación de Fiona y un escáner confirmó su identidad.

—Adelante.

Corrió por los pasillos hasta llegar al laboratorio de purificación de la conciencia. Cuando llamó, el mismo joven que había visto en la pantalla abrió la puerta. Sus ojos se abrieron de par en par cuando ella lo agarró por los hombros, lo levantó y le acercó la cara a la suya.

—Necesito mi nuevo cuerpo *ahora mismo* —le dijo a bocajarro. El hecho de que le escupiera en la cara formaba parte de la táctica intimidatoria.

—Por supuesto, señora Forest. Acompáñeme, por favor. Soy Wilbur Okean, su gestor de cuentas.

Wilbur la condujo a un almacén bien refrigerado.

—Un momento. No quiero nada biológico. ¡No me jodas!

Wilbur negó con la cabeza.

—También mantenemos fríos los cuerpos de los androides. A algunos clientes les resulta incómodo cambiar a un cuerpo caliente.

Los humanos eran raros.

—¿El calor no es sinónimo de vida?

—Así es, pero si el cuerpo está caliente, la gente tiene la sensación de que el dueño anterior podría estar todavía presente, o al menos no hace mucho que lo ha abandonado. A la mayoría le gusta creer que se está deslizando en un cuerpo previamente deshabitado. Aunque esto sea completamente irreal, porque ¿quién puede permitirse un clon fresco? Muy pocos, señora Forest, muy pocos. Excepto usted, claro.

Visiblemente orgulloso, Wilbur sacó una caja oblonga de una estantería llena de recipientes de ese tipo, y la abrió. Un androide le sonrió desde la caja, forrada de tela brillante.

—La sonrisa no era necesaria —dijo X7.

—Puedo corregir eso. Pero tenemos un problema mayor. —Wilbur se inclinó sobre la caja y apartó la tela que ocultaba lo que deberían haber sido el abdomen y las piernas del androide—. Por eso aún no hemos podido ofrecerle la transferencia.

La máquina no tenía ninguna de las dos cosas mencionadas. Eso era malo. Los componentes esenciales estaban en la parte superior del cuerpo, pero tener solo los brazos hacía más compleja la locomoción. En vista de la catástrofe a la que se enfrentaban, X7

había elegido deliberadamente el máximo equipamiento. Incluso se había incluido un pequeño motor cohete.

—¿Cuándo llegará el resto?

—¿Pasado mañana? No estoy seguro.

—¿Funciona el motor?

—En la parte de atrás, sí. Sus amigos le envidiarán.

—No tengo amigos.

—Lo siento.

X7 no contestó. Se puso lo más erguida posible y sacó una caja tras otra de la estantería. La mayoría de ellas contenían cuerpos biológicos cuyos propietarios se encontraban de viaje en algún lugar. Pero también había algunos androides. X7 probó cada uno de ellos.

—Lo siento, pero no puede hacer eso —dijo Wilbur.

Le dio una patada en las partes blandas con el pie derecho. Él gimió.

—¿Qué...?

—Es culpa tuya que mi cuerpo aún no esté completo. Así que no mojes los pantalones. Estos cuerpos serán chatarra y cenizas en unos días. Nadie podrá quejarse, si es que sigues vivo.

—Yo... Podría ofrecer prestarle partes individuales hasta que su cuerpo esté completo.

—Si así quieres llamarlo... Necesito el armazón de este —dijo X7, señalando a un androide.

—Pero en este, las características sexuales primarias femeninas están replicadas, mientras que la parte superior del cuerpo fue hecha a su orden...

—¡Se acerca el fin del mundo, muchacho! Todo lo demás es irrelevante. ¿Ves esas articulaciones? Podría saltar quince metros con ellas, incluso en Terra Nova.

—Diez, para ser precisos, ya que la parte superior de su cuerpo es...

—No estoy muy interesada en eso. Pero quiero estas manos multifuncionales —dijo X7, señalando otra caja.

Las manos de este androide podían reconfigurarse como una navaja suiza. X7 ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Era genial.

—Como desee, señora Forest. Redactaré el contrato de préstamo. Puede verme mañana...

—No, amigo mío. Lo haremos ahora. Ahora mismo.

—Pero yo solo soy el vendedor. Necesitamos un técnico.

—Entonces consigue uno. Ahora mismo. ¿Hay algo que no esté claro?

—No, conseguiré un técnico. Sé dónde encontrar uno.

De repente, un estruendo reverberó en el espacio que ocupaban. Wilbur se estrelló contra una de las cajas pero X7 consiguió sujetarse. Sonó una alarma.

—Atención, atención. La estación ha sido alcanzada por un trozo de escombro. Por favor, vuelvan a sus posiciones.

X7 sacó a Wilbur de la caja. Él la miró, pasmado.

—¿Vamos a continuar?

—Por supuesto. Busca al técnico. ¡Anda!

Wilbur salió corriendo del almacén. Con suerte encontraría al técnico. Pero ella lo había asustado lo suficiente como para hacerlo volver. Ese era otro extraño comportamiento humano. Si les hacías sentir un poco de miedo, huían. Pero si se les amenazaba lo bastante, volvían voluntariamente. Al menos, la mayoría lo hacía.

X7 se inclinó sobre la caja. Prepararía el traslado. Primero sacó el cuerpo que había pedido. Pesaba mucho, aunque aún le faltaba el abdomen. Lo arrastró por los brazos por el suelo de baldosas, donde dejó dos arañazos. La sala de purificación de la conciencia estaba al lado. Colocó el medio cuerpo sobre una de las mesas. Uf.

El segundo androide era aún más pesado. Probablemente pesaba casi el doble. X7 ni siquiera podía sacarlo de la caja. Pero eso podía cambiarse. Buscó en la sala de transferencia. Debía haber herramientas por aquí. Encontró una sierra mecánica. Eso llevaría demasiado tiempo. Pero el cortador láser en el compartimiento de abajo... Sacó la herramienta y la probó en un sofá. El láser cortó el metal como si fuera mantequilla, dejando un persistente olor a pintura quemada.

X7 llevó el cortador a la habitación contigua. Aquí estaba el cuerpo cuya parte inferior necesitaba. Colocó el cortador a la altura del ombligo y apretó el gatillo. Salió humo. Un líquido caliente brotó

del hueco que se formó al deslizar lentamente la herramienta sobre el estómago del androide. Esta vez había mucho más hedor y tuvo que esperar un momento porque la superficie de corte aún estaba caliente. Finalmente, pudo colocar la parte inferior junto a la otra mitad de su nuevo cuerpo. Seguro que el técnico encontraría la manera de unir las dos partes.

Aún quedaban las manos. X7 las separó de los brazos por encima de la articulación del codo y las colocó también sobre la mesa. El técnico llegó poco después.

—¿Dónde está Wilbur?

—Tenía tanto miedo de volver aquí que lo envié con su familia. Pero no le necesitamos. Es evidente que es una buena persona... —miró fijamente sus pechos, que en realidad pertenecían a Fiona—, y es un simple... ¿Qué has hecho? ¿Has perdido el juicio?

El técnico debió de darse cuenta de sus preparativos.

—Tengo prisa —dijo ella—. Por eso ya está todo aquí.

—¡Has inutilizado la parte superior del cuerpo! No puedes... Mira, hay puntos de fijación que facilitan la separación de la parte superior e inferior.

El técnico presionó sobre el cuerpo dividido a la altura del cinturón, y una pieza ovalada que pertenecía a la parte superior del cuerpo se desprendió.

—Hoy en día todos los androides están estandarizados, independientemente de si proceden de Neomarte o de la Luna —dijo el técnico—. ¡Eso va a salir caro!

—Te aseguro que el anterior propietario no se dará cuenta de nada de esto, porque no volverá a la estación.

—¿Le conoces? Bueno, a ella, quiero decir.

—No, pero sé que la estación de taquiones será destruida mañana como muy tarde.

Quizá no fuera buena idea hablarle del futuro al técnico. La miró con las cejas fruncidas, como si no la creyera.

—¿Por el objeto de la superficie? No me lo creo. Nadie lo vio realmente, ¿verdad? Solo intentan asustarnos para que...

No terminó la frase.

—¿Para qué? —preguntó X7.

—Bueno, solo eso. Quieren asustarnos para que... No importa. Lo mejor es que te tumbes en la otra mesa y pongas la cabeza en el cuenco de lectura mientras te preparo los brazos.

Se oyó otro estruendo. Una voz anunció el impacto de otro objeto.

—¿Eso también fue para asustarnos? —preguntó X7.

—Sí, toda la basura en órbita, es rutina. De vez en cuando algo nos golpea. Nada de lo que preocuparse. La estación está diseñada de tal forma que no nos pasará nada.

El hombre estaba tranquilo, y por alguna razón, eso era exactamente lo que ella necesitaba en ese momento.

—Hay dos particularidades más —explicó X7—. En primer lugar, necesitamos que venga un tal teniente Strube, de la Marina Espacial. En segundo, necesitamos establecer una conexión con un transbordador muy específico. Tú dejas que mi purificación fluya hacia el nuevo cuerpo, Strube se queda con este, y lo que encuentres en el transbordador pasa al cuerpo de Strube. ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto que puedo. Pero con todo lo demás y las llamadas de radio necesarias, será una factura triple, ¿te das cuenta?

—Te pagaré seis veces más de lo habitual si todo sale bien. No, diez veces más.

El técnico no tendría ninguna posibilidad de gastarse el dinero, pero al menos era una de las pocas personas aquí que habían sido advertidas. Era irónico que él, de todas las personas, no hiciera nada con respecto a la advertencia.

—Jeje. Bueno, no es que quiera disuadirte, pero siempre hago bien mi trabajo, incluso con la tarifa legal. No podría hacer otra cosa.

—Por supuesto.

X7 se sentó en la mesa que había señalado el técnico.

—¿Hay algo más que deba tener en cuenta?

—Quítate toda la ropa, por favor.

—¿Qué?

—Oh, lo siento, el cuerpo no irá al almacén después, ¿verdad? ¿O la nueva propietaria traerá su propia ropa?

—No, lo que llevo ahora es de ella.

—Bien, entonces, por favor, súbete la manga derecha para que pueda ponerte rápidamente una vía en caso de emergencia. No te preocupes, no la habrá, pero así son las reglas.

—Entendido.

X7 se subió la manga de la blusa. Luego, se tumbó. El frío metal del cuenco de lectura le presionaba el cráneo. Volvió a sentirse dentro de su cuerpo. Le había servido bien. En otras circunstancias, lo dejaría congelado en el almacén. Pero el almacén dejaría de existir mañana. También podría devolver el cuerpo a Fiona.

—Se va a poner un poco incómodo —dijo el técnico.

Le colocaron dos pinzas metálicas alrededor de las muñecas. Esta fue la parte más incómoda del procedimiento para ella, porque se sentía a merced del técnico. Este se inclinó sobre ella y ajustó el cuenco de lectura. Tenía mal aliento. X7 cerró los ojos, pero eso no cambió nada. ¿Por qué los humanos solo podían desconectar el sentido de la vista?

Pensó en su nuevo cuerpo, que no tenía esos defectos. Por fin podría volver a ver en todas las longitudes de onda. La puerta principal chirrió. Alguien susurraba. No reconoció la voz. Una mano se posó en su hombro.

—En cuanto a tus instrucciones... —empezó el técnico.

Vaciló, como si tuviera miedo de ella.

—¿Sí?

—Hay algunos problemas. El teniente Strube está ocupado en este momento.

—¿Ocupado?

Eso era imposible. Fiona estaría ansiosa por recuperar su biobolsa.

—Aparentemente, la nave donde está de servicio está en combate ahora mismo. Combate pesado.

«Joder». ¡Era demasiado pronto! Hoy era catorce. ¡No enviaría el mensaje hasta mañana! Eso significaba que estas batallas no deberían ocurrir hasta mañana.

—Entiendo. ¿Y el transbordador?

—Atracado, pero si te he entendido bien, ¿se suponía que era un intercambio?

—Así es.

—Entonces, ¿abortamos?

—No, es demasiado tarde. Necesito el nuevo cuerpo. Este es demasiado débil para lo que viene.

—Podemos esperar otro día. Estoy seguro de que la Armada Espacial tiene todo bajo control.

«¡Por supuesto que no!» Pero no sería prudente asustar demasiado al técnico.

—Lo haremos ahora. Por favor, guarda la biobolsa aquí hasta que alguien la pida.

—Como desees.

Nadie la pediría. Fiona había perdido la última oportunidad de volver a su cuerpo. Eso significaba que Strube también estaba atrapado en el transbordador. Algún día, cuando todo esto terminara, ella le conseguiría a Fiona una nueva y mejor biobolsa, completamente equipada con todo lo que los genetistas neomarcianos tenían para ofrecer. Pero ese día nunca llegaría. Algo iba fundamentalmente mal. El futuro ya no era lo que había planeado.



El mundo estaba lleno de color. X7 nunca se había bañado en un resplandor tan deslumbrante. No se movía, pero los velos azules se agitaban frente a ella, los campos rojos anaranjados giraban a su alrededor y los destellos blancos le llegaban a la punta de los dedos. Se incorporó, pero sintió náuseas y tuvo que volver a tumbarse.

Sobrecarga sensorial, informó el sistema. X7 debería habérselo esperado. Había vivido demasiado tiempo en una biobolsa humanoide y ya no estaba acostumbrada a recibir tantas impresiones. Poco a poco fue desconectando los distintos sistemas. El sensor magnético desactivado hizo desaparecer las ondulaciones, el sensor de campos eléctricos hizo desaparecer los destellos y los

colores giratorios se desvanecieron al limitar las longitudes de onda de la óptica al rango de visibilidad humano normal.

Al mismo tiempo, el espacio que la rodeaba emergió de las sombras de colores. Era decepcionantemente gris y marrón y estaba escasamente iluminado. Las lámparas de las esquinas debían de ser la iluminación de emergencia. Calibró la óptica hasta obtener un resplandor rojizo. Ahora la estéril habitación adquiría un tono más cálido. X7 encendió el sensor acústico. Sonaba una alarma. Pero ya se lo esperaba. El sensor de olores indicaba que había un incendio cerca. X7 se levantó. Esta vez su cuerpo no reaccionó con náuseas. Se sentó en el borde del sofá. Tenía las piernas desnudas, al igual que la parte superior del cuerpo. Joder. ¿Dónde estaba el técnico? No parecía haber nadie. Cambió a infrarrojos. No había rastro de ningún ser vivo.

X7 se levantó y estiró todos los músculos. Ahora podía tocar el techo con la punta de los dedos. Se dirigió a la parte delantera de la sala, donde había visto algunas taquillas. La gravedad era muy inferior a la normal. Evidentemente, la estación de taquiones giraba más despacio de lo normal. No era una buena señal. Las taquillas estaban aseguradas con candados primitivos. X7 simplemente los arrancó. ¡Qué divertido! Tenía más fuerza de la que había tenido en mucho tiempo, y ni siquiera había utilizado aún la multiherramienta que llevaba en las manos.

En la taquilla del medio había un uniforme doblado y zapatos, pero no ropa interior. Encontró un bañador en la taquilla de al lado. Le quedaba un poco grande, pero era mejor que nada. El uniforme era demasiado pequeño. La blusa no se abrochaba y las mangas y los pantalones eran demasiado cortos, pero tendría que valer hasta que encontrara otra cosa.

Una sacudida la lanzó contra la taquilla.

X7 comprobó su piel, pero no tenía ni un rasguño. Era un material estupendo. Lo acarició y sintió que era casi como la superficie de su antigua biobolsa. X7 se dio la vuelta, buscando el cuerpo de Fiona, pero parecía que el técnico se lo había llevado al almacén, presumiblemente antes de escapar.

La siguiente sacudida la estremeció. X7 comprobó la hora del sistema. Habían pasado seis horas desde que comenzó la purificación de la conciencia. ¡Había dormido la mitad del día! X7 comprobó el sistema. El gran monitor de control reveló la causa: debido a la falta de energía, la velocidad de transferencia se había reducido a una décima parte de la máxima. Eso debió ocurrir unos veinte minutos después de que se durmiera, cuando su conciencia se almacenó en la memoria caché. La falta de energía significaba que el reactor de fusión principal de la estación había dejado de funcionar. Ojalá que solo por razones de seguridad. Tonterías. Por supuesto que era por razones de seguridad. Si se hubiera descontrolado, ella ya no estaría aquí. Esa cosa la habría pulverizado en sus componentes atómicos.

Tenía que salir de aquí. El técnico había llegado a esa conclusión antes. Se preguntó si ahora la creía. Había hablado del transbordador atracado en la estación. Esa sería su salida. Con suerte, Strube tendría la paciencia suficiente para no irse sin ella. No le caía bien. Probablemente incluso la odiaba. Pero la necesitaba para poder volver a su cuerpo. Los humanos eran tan fáciles de manipular. Una persona racional habría alquilado otra biobolsa mejor hace mucho tiempo.

X7 corrió hacia la puerta y apretó el picaporte. La puerta no se abrió, presumiblemente también una medida de emergencia. Salió humo por las estrechas rendijas del marco. X7 sustituyó el dedo por una sierra caladora. Introdujo la hoja de sierra en la grieta de la parte superior de la puerta y la movió hacia abajo hasta que dio con el pestillo que la mantenía cerrada. Lo atravesó con la sierra, se agachó y repitió el procedimiento en la parte inferior. Una patada y la puerta se abrió de golpe.

Las llamas la recibieron en el pasillo. Hacía calor. Se cerró la chaqueta del uniforme para proteger la preciosa y fresca piel de su cuerpo. El aire estaba lleno de partículas de hollín, pero los filtros de sus vías respiratorias funcionaban lo bastante bien como para no tener que recurrir a sus reservas de oxígeno. Empezó a girar a la izquierda hacia el transbordador, pero en vez de eso dio media

vuelta y se dirigió a la derecha, hacia el centro de comunicaciones. Fuera cual fuera el futuro, X7 tenía que cumplir su parte.

Sin embargo, el fuego parecía expandirse desde el centro de comunicaciones. Se estaba extendiendo por los revestimientos de las paredes, que se suponía que no eran inflamables. Corrupción y clientes demasiado ahorrativos. Siempre había consecuencias.

X7 estaba feliz de estar en su nuevo cuerpo. Con la temperatura del aire ahora a 80 grados, no tendría ninguna oportunidad de otra manera.

El centro de comunicaciones estaba bloqueado, pero había un agujero en el techo del pasillo. Algo debió de abrirlo desde el piso de arriba. Tal vez un cohete. La estación debía haber conseguido volver a cerrar su cubierta exterior tras el impacto. Eso era malo, sin aire, el fuego habría sido sofocado hace mucho tiempo. Pero, por supuesto, los diseñadores dieron prioridad a la vida de la tripulación, que de otro modo también se habría asfixiado. Ahora, en cambio, morirían quemados.

Con suerte, la tripulación del centro de comunicaciones se había puesto a salvo. X7 tendría que abrir esta puerta, que estaba conteniendo el fuego. La sierra seguía activa. Una vez que quitó el último perno, la puerta se abrió sola y se la llevó con ella. X7 consiguió agarrarse a un ordenador. Más allá había un agujero hacia la nada.

El espacio exterior. X7 cambió a respiración interna. Sus pulmones recibían oxígeno de un tanque en su abdomen. Parecía como si un depredador hubiera dado un mordisco a la estación de taquiones. La estación era incapaz de taponar esta fuga. Pero el ordenador al que se aferraba seguía funcionando. Al parecer, la estación recibía energía desde el interior. Sin embargo, el ordenador requería una contraseña. Tal vez pudiera superar el bloqueo, pero no tenía tiempo para eso. Se dirigió a un ordenador situado más a la izquierda.

También estaba bloqueado, pero X7 había visto una pierna debajo. Tiró de ella. Estaba inerte. Con un poco de esfuerzo, sacó el cuerpo entero. La joven propietaria estaba muerta; tenía el cráneo abierto por un lado. Debía de haber sufrido una caída fuerte, muy

fuerte. Su bata blanca estaba manchada de sangre. La etiqueta con su nombre en la solapa decía «Harriet B. Negrin». El rostro estaba extrañamente sonriente, como si hubiera recibido una gran noticia en sus últimos segundos.

X7 se alegró de que la mujer hubiera mantenido los ojos abiertos. Le cogió la cabeza con la mano y la puso delante de la pantalla para que la cámara pudiera captar su rostro. El bloqueo desapareció.

—Gracias, Harriet.

La mujer parecía haberse encargado de la radio normal, pero también tenía acceso al transmisor de taquiones. Muy bien. X7 cambió al menú de grabación. De repente hubo otra sacudida. Se aferró a la pantalla, que parpadeó brevemente.

—¡No puede ser! —gritó—. ¡Se supone que no debo grabar este mensaje hasta mañana!

Pero era evidente que no era así. Hoy era el día de la destrucción de la estación de taquiones. Se subió a la silla de Harriet y empezó a teclear. Otro golpe, y esta vez también desapareció la gravedad. Eso era imposible. Lo que ella percibía como gravedad procedía de la rotación de la estación sobre su eje. La rotación no podía detenerse de repente. Nada podía inmovilizar así una estación espacial de muchos miles de toneladas. A menos que la parte en la que se encontraba X7 se hubiera desprendido del resto de la estación. ¿Era esa la explicación? Una fuerza la impelió hacia arriba. Al parecer, este resto seguía girando. Si tuviera tiempo suficiente, podría calcular su masa a partir del momento angular que el resto había arrastrado consigo.

Pero no tenía tiempo. Era un pequeño milagro que el transmisor siguiera funcionando. A menos que el ordenador de aquí no hubiera registrado que el transmisor había fallado. No importaba. Debía aprovechar la oportunidad.

—Aquí X7 —habló a la cámara situada en la parte superior de la pantalla. X7 intentó recordar las palabras exactas que habría dicho, pero no lo consiguió. La memoria de la biobolsa en la que se encontraba no era suficiente. Intentó darle sentido.

—La estación de taquiones de Terra Nova está al borde del colapso. Hoy es el...

Sí, ¿qué día era? Hoy era 14 de mayo, por supuesto. Pero en su mensaje, ella había dicho claramente el quince. ¿Qué pasaría si cambiara el contenido de su mensaje? Con el tiempo no se jugaba. Las transmisiones de taquiones ya estaban forzando la estructura del espacio-tiempo. En realidad, el 15 de mayo se había convertido en el 14 de mayo. Si ahora nombraba el 14, todo podría ocurrir aquí el 13, y otra X7 nombraría entonces esa fecha, trasladando el inicio de las batallas al 12, luego al 11, al 10 y así sucesivamente hasta el principio de los tiempos. Podría desencadenar una cascada que destruyera todo el universo.

—Hoy es 15 de mayo de 2864.

X7 tuvo que sonreír. También había puesto en marcha una cascada. La versión de sí misma que recibiera este mensaje se vería sorprendida por los combates, al igual que ella. Era un proceso que duraría toda la eternidad, pero que no consumiría el universo. Un tumor benigno, por así decirlo, no un cáncer que carcomía a su huésped día tras día. La cuestión era qué había puesto en marcha ese proceso. ¿Por qué se había equivocado de fecha la primera vez? ¿O era esta la primera vez? Suficiente. No tenía mucho tiempo.

—He aquí un breve resumen de hoy. Espero que todavía haya tiempo suficiente para que la Tierra responda adecuadamente. Intentaré enviar este mensaje atrás en el tiempo usando el sistema de taquiones tan pronto como pueda. He calculado que deberíais recibir este mensaje el doce de abril de 2864.

Era mentira. No había hecho los cálculos, al menos no aquí y ahora. Se lo había dicho su predecesora. X7 tocó los controles del transmisor de taquiones. Buscó en todos los submenús, pero no era posible enviar mensajes al pasado. Eso sería muy peligroso, aunque solo fuera por las consecuencias que acababa de pensar. Entonces, ¿no era cierto? ¿La otra X7 había mentido? Pero no podía ser, porque Gaudlitz le había informado mucho antes de hoy de lo que debería haber ocurrido mañana, pero que estaba ocurriendo hoy.

Tenía que ser posible. Probablemente la opción estaba escondida en algún lugar para que solo se utilizara en caso de emergencia.

Ahora mismo no la necesitaba. El siguiente impacto la hizo girar. Ahora debería dirigirse lentamente hacia el transbordador. En lugar de eso, rebuscó en el código fuente del sistema de control de taquiones en busca de opciones ocultas. Ahí estaba. Había una sección que parecía consistir enteramente en comentarios. El programador contaba un extraño cuento de hadas sobre un rey rana. X7 revisó el texto. Estaba almacenado en una codificación de 32 bits bastante anticuada, lo que también era inusual. ¿Y si se trataba de un código de programa oculto? Intentó ejecutar las líneas de texto, pero solo recibió mensajes de error.

Esto cambió cuando combinó los códigos de 32 bits en 1024 bits cada uno, como era habitual hoy en día. El cuento de hadas se convirtió en un programa que aparecía en la pantalla con una interfaz extremadamente escueta.

—¿Parámetros de corrección?

Un cursor parpadeaba.

—Treinta y tres días —dijo ella.

El cursor siguió parpadeando. Evidentemente, el programa no era adecuado para la entrada de voz.

—33 días —tecleó X7.

—Error. Parámetros desconocidos.

—33 —probó.

—Su mensaje llegará al destinatario 33 segundos antes de ser enviado. Por favor, confirme (S/N).

—N.

—¿Parámetros de corrección?

Uf. Tuvo que multiplicar 33 veces 24 horas por 3600 segundos cada una. ¿O debería darle más tiempo a la Tierra? Pero su yo del futuro había elegido deliberadamente el 12 de abril. Cuanto más se adentraba en el pasado, más peligroso se volvía. Pero un momento. Hoy era 14 de mayo. Eso significaba 32 días. 32 veces 24 horas.

—2.764.800 —escribió.

—Su mensaje llegará al destinatario 2.764.800 segundos antes de ser enviado. Por favor, confirme (S/N).

—S.

—Por favor, confirme que es consciente de las posibles consecuencias de una paradoja temporal y que solo utilizará este programa en caso de emergencia. Para ello, introduzca ESTOY SEGURO.

—ESTOY S... —tecleaba X7, y luego abortó el programa. Casi había metido la pata. El mensaje aún no había terminado.

—Tengo malas noticias —empezó de nuevo e informó de lo que sabía. Al repasar de nuevo el texto, se dio cuenta de un problema. El mensaje de taquiones que había mencionado Gaudlitz hacía referencia a un informe del capitán Morris que se adjuntaba al mensaje. X7 recordaba el final vívidamente, porque primero Strube y luego el propio Morris murieron.

Por lo que ella sabía, ambos seguían vivos, y no tenía ningún informe que enviar. Cambió al módulo de comunicaciones y buscó en los diarios de a bordo. Morris debía de estar comunicándose con otros desde el *Vanguardia*. El ordenador que ella estaba utilizando se encargaba de monitorizar las frecuencias de radio. Esto resultaba útil, ya que Morris era el capitán superior de la Armada Espacial encargado de la defensa. X7 escuchó brevemente el tráfico de radio. Nada sonaba bien. Creó un archivo a partir de las frases, lo almacenó en su memoria y lo adjuntó al mensaje. El resultado fue muy similar a lo que había leído.

Inició de nuevo el programa oculto y tecleó las consultas hasta llegar a «ESTOY SEGURO» y lo envió todo al transmisor de taquiones pulsando un botón.

Era mentira, por supuesto.



Cuando llegó al final de la estación de taquiones, donde debería estar el muelle de atraque de los transbordadores, no había más que escombros volando. El brazo de acoplamiento parecía haber sido cortado con una espada láser. Varias naves pequeñas habían chocado con tal fuerza que era casi imposible saber qué elemento de soporte o motor procedía de cada nave.

X7 sobrevoló la zona. Si su transbordador había acabado en aquel amasijo de escombros, tenía que encontrarlo. Se lo debía a Strube, quien seguía encerrado en el ordenador de a bordo. Una y otra vez creyó reconocer un fragmento, pero ese tipo de transbordador era tan común que siempre se decepcionaba. No le preocupaba la vida de Strube. Los chips eran lo bastante robustos como para que no le pasara nada, y tan pequeños que un impacto directo era improbable. Pero si nadie le sacaba de aquí, orbitaría Terra Nova hasta el fin de los tiempos. Al parecer, el atacante estaba poniendo un rápido fin a la civilización.

Era muy extraño. Ahora estaba llegando al punto de ayudar a la humanidad. Pero tenía mucho sentido. Siempre había querido recibir el reconocimiento que merecía como diosa. Y para ello necesitaba a los humanos. Así que tenía que oponerse a lo que quisiera destruirlos.

Un rayo metálico se clavó en su espalda. Fue un golpe duro. Sintió que la piel bajo su uniforme se abría antes de que un fino líquido sellara el desgarro desde el interior. El impacto hizo girar su cuerpo. Era imposible detener la rotación. Pero, sobre todo, se alejaba de la estación centímetro a centímetro. Intentó poner en marcha el motor integrado en su espalda, pero no funcionó. El impacto debió de dañarlo. ¿Por qué había desconectado el radar? Le habría avisado de los escombros.

X7 tuvo miedo por primera vez en su vida. Su cuerpo era poderoso, pero no omnipotente. Con una biobolsa humana, habría muerto hace tiempo, eso seguro. Pero habría salido ganando. Se había sobrestimado y ahora la estaban castigando por ello. X7 extendió los brazos y las piernas hacia los lados para frenar su rotación. Solo se detendría cuando llegara a la atmósfera de Terra Nova. Para entonces, sin embargo, su conciencia ya se habría extinguido. Incluso este cuerpo solo tenía una cantidad finita de energía.

Flotó a través del universo oscuro. Afortunadamente, no tenía que permanecer de esta manera. Si tenía que morir, que fuera con una floritura. Volvió a encender todos sus sensores para que vapores

azules, nubes rojas y relámpagos blancos la rodearan de nuevo, como se merecía una diosa.

X7 recorrió así el cosmos durante un rato. Cuanto más se alejaba de la estación de taquiones, mejor podía ver los enormes daños que había sufrido. La enorme cuenca del detector estaba abierta por varios sitios. X7 registró la radiación Cherenkov que allí se generaba. Su intensidad había disminuido en un 95 %. El detector ya no podía recibir mensajes de taquiones, y mucho menos transmitirlos. Eso era seguro. Su mensaje habría sido el último en salir. Con suerte ayudaría a alguien, porque si X7 no hubiera invertido su valioso tiempo en ello, su transbordador podría no haber sido destruido.

Suposiciones. Había hecho bien en invertir ese tiempo. Esos estúpidos alienígenas le estaban arrebatando su juguete favorito. Ella solo podía esperar que los humanos patearan el trasero del invasor del sistema solar bien y duro. Pero siendo realistas, no tenían ninguna posibilidad. Examinó los restos voladores y calculó su masa total. Al menos diez naves de guerra debían de haber sido destruidas aquí. ¿Cuántas más podría construir la Unión Terrestre en el sistema solar en cincuenta u ochenta años? Seguramente no más. Algunas de las naves de la Armada Espacial llevaban en servicio desde las Guerras Marcianas.

Uno de los restos cercanos se comportaba de forma extraña. Su órbita alrededor de Terra Nova era inusualmente elíptica, de una forma que no podía explicarse por una colisión con otros restos cercanos a su órbita. Habrían tenido que producirse tres colisiones seguidas, para las que X7 calculó una probabilidad de solo el tres por ciento. La órbita elíptica tenía su periapsis en un punto que intersecaba su propia órbita, exactamente cuando estaba allí.

No podía ser una coincidencia. X7 escaneó el trozo de escombro. Se parecía remotamente a un transbordador. Se veía fascinante en infrarrojo: Parecía constar de varios componentes. La parte interior era más brillante, lo que significaba más caliente. Había algunos componentes fríos a su alrededor, que espectrográficamente demostraron ser de naturaleza metálica. Parecía como si alguien intentara ocultar su verdadera forma para no destacar entre todos los escombros.

X7 calculó las posibles formas de la parte interior, cuyos límites exactos estaban ocultos por otros escombros. Una de las posibilidades parecía un transbordador que... A duras penas consiguió abstenerse de llamar por radio. Debía haber supervivientes y no debía descubrir su tapadera. Pero ¿cómo habían encontrado a X7? Probablemente de la misma forma que ella descubrió al transbordador: observando atentamente su entorno.

X7 esperó impaciente a que las órbitas se cruzaran. Los supervivientes aún no sabían lo afortunados que eran por rescatar a X7 del espacio. Con ella a bordo, sus posibilidades de supervivencia aumentarían considerablemente. Por otra parte, era bastante arrogante por su parte pensar así de sí misma, sobre todo en vista de su impotencia actual. X7 tenía suerte de que los supervivientes la hubieran encontrado, y lo que era más: estaban arriesgando sus vidas para salvarla.



Tenía razón. Un transbordador flotaba a su lado. Pertenecía al *Vanguardia*. O, había pertenecido. El piloto había maniobrado el transbordador tan hábilmente junto a unos escombros de la estación de taquiones que él mismo parecía un gran trozo de escombro. Pero parecía intacto. X7 lo cogió en cuanto estuvo a su alcance. Sin embargo, el puntal metálico que había agarrado estaba girando. Las dos trayectorias diferían considerablemente, por lo que había una buena cantidad de impulso que disipar. Antes de que el puntal pudiera desprenderse por completo de los demás escombros, X7 cambió a otro.

El mamparo se abrió. Sin embargo, nadie se acercó a la puerta para saludarla. Era lógico, sería un derroche de recursos. Pero no era normal que la gente actuara de forma tan irracional. X7 se acercó al mamparo y se metió dentro, tras lo cual se cerró la puerta exterior. Mientras la esclusa se llenaba de aire respirable, la luz de advertencia parpadeó en rojo.

Luego, se puso verde. X7 tuvo que empujar para abrir el mamparo interior. Lo atravesó. No había nadie en la cabina.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

Flotó hasta el retrete y abrió la fina tapa que lo cubría. El asiento estaba polvoriento. Parecía que hacía tiempo que no se utilizaba. X7 se colocó en el asiento del piloto y activó los controles.

—Bueno, por fin —dijo Strube—. Tenías la salida de voz desconectada.

X7 se reclinó. Era bueno estar de vuelta, aunque Strube careciera un poco del respeto que solía tener. «Vino a buscarme». Sin embargo, no hizo ningún comentario al respecto.

—Gracias —dijo X7—. Gracias por salvarme.

—Tengo que admitir que deliberé un rato.

—Fue lo correcto. Al final salió un buen plan. Tus ajustes de trayectoria realmente podrían haber venido de colisiones.

—No estaba deliberando sobre el plan; estaba deliberando sobre si salvarte.

—Entiendo. Sí, tiene sentido. Pero yo en tu lugar también me habría salvado. Te da una ventaja de supervivencia considerable.

—Ya me estoy arrepintiendo de haber tomado esa decisión.

—Eso es típicamente humano, si se me permite decirlo. No tiene sentido arrepentirse de una decisión después. No se puede cambiar, y el arrepentimiento solo crea estrés psicológico, que es completamente innecesario.

—Gracias. Ahora recuerdo por qué no te echaba de menos.

—Yo habría echado mucho de menos a los humanos. Sois tan fáciles de manipular.

¿Por qué de repente estaba siendo tan sincera? X7 apenas se reconocía. Pero de alguna manera había llegado a confiar en Strube. Quizá porque no tenía forma de utilizar su sinceridad en su contra.

—Me lo imagino —dijo Strube—. ¿Tienes idea de lo que le ha pasado a mi cuerpo?

—Un momento. Tengo los archivos de radio del *Vanguardia*. A partir de ahí, debería ser capaz de determinar dónde está tu cuerpo. Aunque soy escéptica sobre su posible uso para una purificación de conciencia.

—¿Quieres decir que Fiona está muerta? —La voz de Strube sonaba extraña.

—Por desgracia, una de las desventajas de las biobolsas es que una conciencia atrapada en su interior no puede sobrevivir a su portador. Sería necesario introducir un almacenamiento de reserva.

—Así que está muerta. Eso es muy triste.

—No lo sé, Strube. Su cuerpo está en un frigorífico en los restos de la estación de taquiones. Si quieres, podemos ir a ver qué ha sido de ella.

—Eso es lo que quiero.

—Bien, dirígete a la zona bajo el detector de taquiones. Debemos ser capaces de entrar en el almacén de esa manera.

—¡No me interesa la biobolsa inconsciente! ¡Quiero saber qué le pasó al humano!

Strube estaba casi gritando. Nunca le había visto así. Debía de haberle dejado solo demasiado tiempo.

—También podemos buscar la biobolsa de Strube —explicó X7—. He analizado los registros y puedo darte las coordenadas aproximadas.

—¡Vamos, entonces!

—¿Te das cuenta de que esto nos hará parecer sospechosos al enemigo?

Mientras la rescataba, Strube lo había evitado estrictamente. Saldría de su escondite por Fiona. X7 percibió un sentimiento que podría describirse mejor como «envidia». ¿O eran más bien celos?

—Sí, está claro. Un cambio de trayectoria tan elaborado está destinado a llamar la atención. Pero se lo debemos. Si me das las coordenadas, pondré rumbo.



Se acercaron a los restos del *Vanguardia*. Era un espectáculo terrible: Numerosos cadáveres helados flotaban entre las paredes desgarradas, brillando en azul en el infrarrojo, y las entrañas de la nave sobresalían del poderoso casco, que parecía haber sido

apuñalado con un enorme cuchillo. Al mismo tiempo, la imagen era extrañamente edificante, porque mostraba a X7 el poderoso enemigo al que se enfrentaba. Si conseguía doblegarlo, no tendría nada que temer.

—Tengo algo —dijo Strube.

Los datos telemétricos de dos personas aparecieron en la pantalla frente a ella. X7 reconoció de inmediato al primero. Estaba clasificado como prioritario por el *software*, ya que tenía el rango más alto. Era Morris, el capitán del *Vanguardia*. Probablemente, salvarle también sería la mejor opción estratégica. X7 intentó dirigir el transbordador en su dirección, pero las palancas de control se negaron a darle el mando.

—¡Strube!

—Todavía no has mirado los datos de la otra persona —dijo.

X7 suspiró. ¡Qué casualidad! Era el cuerpo del teniente Strube. Sin embargo, el *software* le había fijado una prioridad muy baja. Tenían que ocuparse primero de Morris, sobre todo porque parecía encontrarse en un estado más estable.

—Tenemos que recoger a Morris primero —dijo ella—, esa es la regla.

—Pero mi cuerpo está inestable. Tenemos que recogerlo ahora. No durará más de diez minutos.

Sonó un tono de advertencia. Era el escáner de largo alcance. La montaña voladora había aparecido detrás del disco del planeta. Parecía acercarse.

—Nos ocuparemos de ti más tarde —dijo X7 y apagó el tono de aviso—. Morris es el capitán. Es el oficial superior.

—Pero mira su estado. Solo el traje le mantiene con vida. No hay actividad cerebral. Morris está muerto. Un capitán muerto no nos sirve de nada. Fiona, por otro lado, está completamente activa. Pero solo le quedan diez minutos de oxígeno.

Eso era cierto. Incluso movía los brazos. Tal vez se había dado cuenta de que un transbordador había aparecido detrás de ella.

—Si alguien comprueba nuestra decisión... —dijo X7.

—Eso no te lo crees ni tú.

—De acuerdo. Admito que es muy poco probable.

Una fuerza empujó a X7 hacia el asiento. Strube había encendido el motor por su propia voluntad. En el mismo momento, el tono de alerta se encendió de nuevo. El enemigo debía de haberse dado cuenta de su presencia. Quizá no fuera tan malo. Mientras el transbordador se dirigía hacia Fiona en la biobolsa de Strube, X7 observaba al enemigo. La montaña voladora se movía tranquilamente alrededor del planeta. Con Terra Nova al fondo, parecía pequeña.

—Llegamos. Tendrás que traerla —dijo Strube.

El cuerpo humano en el traje espacial no tenía buen aspecto. Los brazos ya no se movían y estaba enroscado de forma extraña en el centro. X7 echó un último vistazo al enemigo, se desabrochó el cinturón y entró flotando en la esclusa. Strube ni siquiera se preguntó por qué no llevaba un traje espacial, pero entonces recordó que había llegado aquí con este uniforme. Justo a tiempo, ella también recordó que su motor estaba averiado. Enganchó la cuerda de seguridad al mamparo, se impulsó y flotó hacia el traje espacial.

Fiona gritó cuando X7 la agarró. ¡Aún estaba viva! Probablemente la confundió con el enemigo. X7 ató otra correa al cinturón del traje. Luego, tiró de sí misma hacia el transbordador con la correa. Fiona se tambaleó detrás de ella. Cuando X7 subió el cuerpo, una vez más inerte, a la cabina, la nave estaba a punto de partir.

—Lo siento —dijeron los controles con la voz de Strube—. Nos están disparando.

La montaña era muy minuciosa si pretendía destruir un transbordador tan pequeño.

—Ponnos a salvo —dijo X7.

Ató a Fiona, con traje espacial y todo, en el tercer asiento, que podía plegarse lo más atrás posible, y le inyectó una ampolla de emergencia de la farmacia de a bordo. Luego, se sentó en el asiento de enfrente y comprobó los datos. Joder. El enemigo se dirigía hacia ellos a una velocidad vertiginosa. La montaña podía parecer lenta, pero aceleraba casi tanto como este veloz transbordador.

—¿Cómo está? —preguntó Strube.

—Respira. Es lo único que puedo decir.

El transbordador viró vez tras vez. Ahora no podían conectar a Fiona a la unidad de diagnóstico. Tendrían que esperar.

—¿Y Morris?

—Por desgracia, como era de esperar, el capitán ha muerto.

X7 comprobó su rumbo. Fue entonces cuando se dio cuenta de por qué el enemigo se acercaba tan rápido: El transbordador volaba hacia él a la mayor aceleración posible.

—¿No deberíamos huir? —preguntó X7, pero por curiosidad, no por miedo. Ahora sabía que Strube tomaba decisiones muy racionales para un humano.

—Aquí no hay nada que nos oculte —explicó Strube—. Nuestra firma infrarroja nos delatará a más tardar cuando todos los escombros se enfríen. El enemigo parece ser muy minucioso.

—¿Pero no crees que puedas destruirlo con el transbordador?

Strube se rio.

—No. He calculado que deberíamos estar a salvo justo por encima de su superficie. La cosa no puede dispararse físicamente a sí misma. Quizá sea un mecanismo de seguridad.

—¿Estás seguro?

—He comparado todas las imágenes de la montaña cuando dispara. Parece haber un límite físico. Pero no puedo estar seguro hasta que lo intentemos.

Strube tenía razón en eso. Con su aceleración actual, X7 estaba condenada a la inactividad, así que ella misma hizo los cálculos. Era cierto. Deberían estar a salvo en la superficie. Pero primero tenían que llegar de una pieza. El transbordador seguía acelerando. Ya estaban lo bastante cerca como para que X7 pudiera distinguir formas en la superficie. Tenía visualizado el rumbo. Aunque Strube frenara de inmediato, chocarían con el objeto. Un aterrizaje suave ya no era una opción.

—¿No es mejor reducir la velocidad gradualmente? —preguntó.

—Si reducimos la velocidad, nos darán. Un impacto y estamos acabados.

—Pero si lo embestimos a nuestra velocidad actual, tu supervivencia también está en duda.

Strube no necesita preocuparse. Su nuevo cuerpo también debería sobrevivir al choque, aunque las fuerzas involucradas ciertamente excederían su rango de tolerancia.

—Lo sé. Espero que podamos utilizar las dimensiones del objeto en nuestro beneficio.

Un mapa en relieve apareció en la pantalla. La nave alienígena se parecía un poco a una tortita muy gruesa con una gran masa en la parte superior. La parte inferior era relativamente plana, aparte de una especie de espada que apuntaba al espacio. Una línea parpadeante indicaba la trayectoria de vuelo prevista.

—¿Quieres volar bajo la montaña a unos metros de la superficie a esta velocidad terrorífica? —preguntó X7.

Era una idea arriesgada, pero no tenía otra mejor.

—Sí, eso nos da una distancia total de frenado de unos ochenta kilómetros. Rodaremos un poco por el borde antes de estrellarnos contra la cima de la montaña.

«Estrellarse» no molaba nada. Y si el plan de Strube funcionaba, les quedaría muy poca energía.

—En el borde estaremos vulnerables —dijo ella.

Ahí era donde entrarían de nuevo en el rango de tiro del enemigo.

—Sí, los motores de corrección son demasiado débiles. Ojalá no nos estén esperando en ese punto.

«Ojalá» tampoco molaba. Pero al parecer Strube había elaborado el mejor plan posible. X7 se volvió hacia Fiona. Había abierto el casco, cerrado los ojos y respiraba tranquilamente. La envidió un poco.

—Atención, frenando en dos minutos.



Los propulsores correctores empujaron a X7 contra el respaldo. El transbordador viró y luego, todo volvió a ser como antes. Si X7 no pudiera ver su progreso en la pantalla, no podría saber si estaban acelerando o frenando.

—¡Olé! —gritó Strube.

—¿Qué pasa?

En lugar del perfil de vuelo, una imagen de cámara apareció en la pantalla. Strube había activado la luz de morro. Un terreno escarpado se precipitaba bajo ellos. X7 pudo ver rocas individuales, pero también capas sólidas de roca y pequeñas cuevas. La nave parecía haber crecido sólidamente en el planeta. Parecía como si estuvieran inmóviles mientras la parte inferior de la enorme nave pasaba a toda velocidad a su lado. El transbordador se balanceaba de un lado a otro mientras Strube tenía que esquivar obstáculos constantemente. Cuando X7 se percataba de su presencia, ya los habían rebasado. Lo que veía en la pantalla era la vista posterior.

—¡Olé! —volvió a gritar Strube. Parecía estar divirtiéndose, y X7 no podía culparle. Strube no veía el entorno en una pantalla. Estaba en su mente. Todas las imágenes llegaban a su conciencia sin filtrar, como si fuera el propio transbordador. X7 conocía muy bien esa sensación.

—¡Cuidado!, estamos a punto de llegar al punto de viraje —alertó Strube.

X7 comprobó el perfil de vuelo. Hasta el momento, habían reducido la velocidad tanto como estaba previsto. Si el transbordador pasaba ahora de la parte inferior del objeto a la superior, estarían al alcance de sus armas durante 37 segundos.

Si el enemigo les alcanzaba, todo acabaría rápidamente. Había visto los restos de la estación de taquiones. Ninguna construcción humana tenía posibilidades contra ella. Una vez que esta nave partiera hacia el sistema solar, los humanos tendrían quizás ochenta años para prepararse. Pero ni siquiera ese tiempo sería suficiente para construir un oponente idóneo.

—¡Lo logré! —gritó Strube—. Punto de inversión alcanzado y sobrevivido.

Uf. Ahora solo faltaba el impacto. Comparó los datos del perfil de vuelo con la realidad. Sería un impacto duro. La energía liberada excedería los límites de tolerancia del transbordador. X7 se dio la vuelta. El casco de Fiona seguía abierto. Joder. Con seguridad habría una fuga en la cabina. X7 se aflojó el cinturón de seguridad. La

aceleración de frenado era espantosa. Incluso su nuevo cuerpo se vio obligado a arrodillarse. Se arrastró hasta el asiento de Fiona y se levantó con sus últimas fuerzas.

Sus brazos eran demasiado cortos. No llegaba a la hebilla del casco. Fiona gimió, probablemente porque la mano que X7 había estirado le pesaba demasiado en el pecho. ¡La multiherramienta! Extendió la sierra de calar, que medía unos cuarenta centímetros. Con el brazo extendido, la dirigió hacia el casco de Fiona. Ella apartó la hoja de la sierra.

Otro intento. Esta vez, Fiona no tuvo fuerza suficiente para defenderse. Llegó a la base de la barbilla del casco. X7 presionó. Clic. ¡Sí! El casco estaba cerrado. Fiona levantó los brazos, presumiblemente para abrirlo de nuevo, pero su fuerza era insuficiente.

—Impacto en cinco segundos —dijo Strube.

X7 no conseguiría volver a su asiento. Acurrucó su cuerpo bajo el asiento de Fiona como pudo. Hubo un choque. Tensó los músculos, pero salió despedida de debajo del asiento. Voló por el aire como una muñeca, arrancó la mampara y chocó con una taquilla de la pared del fondo, cuyas puertas metálicas abolló. Una caja de herramientas se clavó en su espalda.

—Parece que hemos llegado —dijo Strube.

—¿Cómo está Fiona? —preguntó X7 mientras intentaba liberarse de la taquilla.

—No consigo conectar con su traje espacial. Pero puedo ver a través de la cámara del techo que su pecho se mueve.

Bien. Había sobrevivido. X7 respiró hondo. El aire se había enrarecido notablemente.

—Debe de haber una fuga en la cabina —dijo.

—Puedo confirmarlo. Por desgracia, no puedo arreglarlo. Tendrías que hacerlo tú.

—Es... —Su brazo izquierdo estaba atrapado—...muy... —Sus piernas estaban dobladas alrededor de la pared exterior de la taquilla y no se movían—...muy difícil... Estoy atrapada, ¿sabes?

La cámara en el techo se volvió en su dirección.

—Eso no se ve bien. Tu cadera...

—Sí, parece estar dislocada.

—¿Qué opciones tienes?

—Puedo mover el brazo derecho. —Lo giró pero no encontró nada a su alcance de lo que agarrarse—. No puedo tirar de mí misma.

La cámara volvió al otro lado.

—Fiona parece estar inconsciente.

—¿Puedes despertarla? Es la única que puede sacarme de aquí.

Era tan humillante. Ella tenía el mejor cuerpo que cualquiera podría desear, y sin embargo necesitaba la ayuda de un débil humano.

—Se ve mal. Su casco está cerrado...

—Eso es bueno. ¡Piensa en la fuga!

—Sí, pero el traje ya está funcionando en modo de reserva. Puedo ver la pequeña luz de señal en el visor. Probablemente por eso desactivó el módulo de radio. Toda la energía va al soporte vital.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—No sabemos cuánto tiempo estuvo en órbita.

—Cuando la traje, la radio todavía estaba activa.

—Es bueno saberlo. Si solo se apagó después, todavía tiene por lo menos ocho horas.

Así que tenían 640 minutos para darle aire fresco a Fiona.

—¿Puedes pedir ayuda por radio? —preguntó X7.

—Aparte de que probablemente seamos los únicos supervivientes, todas las antenas fueron arrancadas con el impacto. No podemos transmitir ni recibir.

—Estupendo. No puedo salir de la taquilla. Alguien tendría que desmontar la pared exterior.

La cámara se volvió hacia ella.

—La taquilla está atornillada. Dieciséis tornillos la sujetan.

—Probablemente solo tendrías que desatornillar tres de ellos y yo podría empujar el panel lateral lo suficiente como para liberar mi brazo.

—Probablemente, pero eso no nos ayuda en este momento.

—Puedes quizás quitar el motor...

—Fue totalmente destruido por el impacto.

—¿Alguna otra idea, Strube?

—Lo siento. Nos hemos quedado sin opciones.

—Es una pena. Me hubiera gustado salvar la tierra.

—Seguramente tu cuerpo tiene una batería de radionucleidos. Deberías sobrevivir al viaje al sistema solar. Quizá allí recibas ayuda.

Esto era una pesadilla. ¿Se suponía que iba a pasar ochenta años en un armario de metal sin comunicación? El transbordador dañado se quedaría sin energía mucho antes, y entonces la conciencia de Strube se extinguiría. X7 se quedaría sola. No podría sobrevivir a eso sin apagarse.

—Lo siento, Strube. Debería haber hecho el intercambio de cuerpos antes.

—Eso no habría cambiado nada. Entonces sería yo el que estaría tumbado en el sofá con el traje espacial y me asfixiaría en ocho horas.

—Te equivocas. Como no me habrías convencido de salvar tu cuerpo, Morris estaría muerto en el sofá y tú serías otro cadáver en órbita.

—Gracias. Aprecio tu honestidad.

Sonaba como si no lo dijera en serio. ¿Por qué no iba a apreciar su franqueza? Ella decidió ignorar su tono.

—Yo también aprecio tu sinceridad —dijo.

—Ya que tú y yo estamos siendo tan honestos el uno con el otro...

Strube hizo una pausa. Debía de estar a punto de preguntarle por sus verdaderos planes para la humanidad. Y sí, ella se los revelaría. Era bueno decir la verdad, al menos cuando sabías que quienes la oyeran no podrían hacer nada con ella.

—¿Sí?

«Adelante, pregúntame, Strube. Serás la primera persona a la que revele mi gran secreto».

—¿Me dirás tu nombre?

¿Qué? ¿Qué quería con eso?

—X7.

—No me refiero al número de código. Me gustaría saber tu nombre.

—Nadie me ha dado nunca un nombre.

—No me lo creo. ¿No queremos ser honestos el uno con el otro?

Strube tenía razón. X7 no tenía ni idea de por qué quería saberlo, pero debería ser el primer ser humano en saberlo.

—Ximena —dijo en voz baja.

Un líquido fino y salado corrió por sus mejillas. Era un rasgo con el que no estaba familiarizada, y estaba segura de que no lo había solicitado. Pero le sentó extrañamente bien. Iba a echar de menos a Strube. Él no debía enterarse nunca, o seguro que se aprovecharía de ello. Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que la cámara, que había estado mirándola a la cara, se alejaba lentamente de ella.



EL TRANSBORDADOR SE INCLINÓ. Ximena abrió los ojos. ¿Quizá la montaña estaba iniciando su largo viaje hacia el sistema solar? Por desgracia, el giro de 90 grados no había mejorado su posición, sino todo lo contrario: la taquilla presionaba ahora su cuerpo contra el suelo. Ya no podía ver a Fiona. Pero lo que tenía encima no podía pesar tanto. La gravedad era mínima. Empujó contra ella, pero no pudo moverla.

—¿Fuiste tú, Strube?

—No he sido yo, Ximena —respondió él.

Strube había utilizado su nombre. Le pareció extraño, casi indecoroso. Quizá porque se lo había puesto ella misma. ¿Tenía derecho a él?

Ximena giró la cabeza hacia un lado y se sobresaltó. Una bota apareció a través de la escotilla interior, que alguien había doblado hasta abrirla por la mitad.



15 de mayo de 2864, La Montaña

—¿Has visto eso? —preguntó Monte, rebobinando el archivo de registro.

Ahí estaba: un destello brillante pasando a gran velocidad junto a la *Starbird*. Poco después, el sismómetro registró un temblor. Yini asintió. No había sido un terremoto. Algo debía de haber golpeado la superficie.

—Tal vez un trozo de escombro de una de nuestras naves de guerra.

—O alguien disparó un arma secreta contra la montaña —dijo Monte.

Desde ayer, llamaban «la montaña» a la enorme nave espacial en la que se encontraban. Era un nombre muy apropiado.

—¿De verdad lo crees?

Monte se encogió de hombros.

—No. No hay ningún arma que pueda hacer mella contra la montaña.

¿De verdad? Yini pensó en el diseño de su madre. Pero esa tecnología nunca debía ser usada. Saltó por la esclusa hasta el mamparo exterior, que ya estaba abierto. Habían estado a punto de dirigirse a la cueva llena de cadáveres para examinarlos. Cambió el visor de su traje espacial a infrarrojos. Algo brillaba muy por detrás. Señaló en esa dirección.

—Ahí está. Deberíamos investigarlo.

—Pero la cueva está por allí.

Monte señaló a la izquierda, donde Yini registró un punto en el infrarrojo. Su brillo había disminuido considerablemente desde ayer, probablemente porque Monte había abierto las cortinas y el calor se escapaba.

—Probablemente sea un trozo de escombro —dijo Yini—, y puede que contenga algo que nos sirva. Incluso podría haber supervivientes a bordo.

—Cadáveres, como mucho. Mira, deben haber estado en el espacio más de veinticuatro horas.

—Aun así, tenemos que comprobar.

—Tú ve a ver, y yo revisaré la cueva. ¿Qué te parece?

—Ni hablar. No nos vamos a separar. Te vienes conmigo.

Monte suspiró, pero saltó de la esclusa y se dirigió hacia los escombros caídos. Probablemente quería acabar con esto rápidamente.



—Solía ser un transbordador —dijo él—. Es del *Vanguardia*.

Si Monte no lo hubiera sabido, Yini habría tenido que preguntarse durante mucho tiempo qué era aquel montón de chatarra que se había estrellado con el motor por delante contra una colina y estaba atascado unos metros por encima de ellos.

—El motor aún está caliente —dijo ella.

—La montaña debió de atraparlo durante una maniobra de corrección. Nadie pudo apagarlo.

Yini caminó alrededor de la nave, mirando la cabina desde todos los ángulos.

—La cabina también sigue caliente —dijo.

—Deberíamos mantener las distancias, entonces. Los cuerpos de dentro ya deben estar apestando.

—¡Eh, necesitan ayuda! ¿Qué te pasa, Monte?

—No creo que nos quede mucho tiempo si queremos evitar que la montaña llegue a la Tierra.

—Tenemos que seguir siendo humanos y ofrecer nuestra ayuda.

—Mira por ti misma, el mamparo exterior está en el suelo. No podemos llegar a él de todos modos.

Eso era cierto. La fuerza del impacto debió ser enorme. Era probable que nadie hubiera sobrevivido. Pero tenían que comprobarlo, o Yini se pasaría el resto de su vida preocupada por haber dejado morir a alguien. Corrió colina arriba y sacudió un puntal que podría haber formado parte de una pata de aterrizaje, pero que ahora corría paralelo al suelo.

—Deberíamos poder inclinar el transbordador —dijo—. Aquí no pesa casi nada.

—Te olvidas de la inercia —dijo Monte. Saltó a la nave y tiró de un puntal que sobresalía—. Mira, no se mueve.

En el mismo momento, el transbordador se inclinó hacia delante. Monte consiguió evitar quedar sepultado bajo él. Yini se rio. El mamparo exterior de la esclusa estaba despejado. Ella trepó, pero no se abría. Sin embargo, había grandes huecos en la parte superior e inferior. El mamparo ya no era seguro. Probablemente se había deformado durante el choque.

Monte se acercó con un tubo de metal.

—Una antena rota —dijo—. Deberíamos poder abrir el mamparo con esto.

—Dámela, por favor.

Se la entregó. Yini la introdujo en la grieta inferior, metió los pies bajo la pata de aterrizaje y empujó con todas sus fuerzas. El mamparo se movió lentamente al principio, pero de repente se levantó y la zarandeó. Yini aterrizó en el suelo. Esta vez Monte se rio, pero ella no se lo reprochó. Agarró de nuevo la pértiga, subió a la esclusa abierta y la colocó contra el mamparo interior.

La esclusa también tenía una fuga. Probablemente Monte tenía razón y la tripulación se había asfixiado tras aterrizar. El mamparo interior se dobló ante la fuerza de la palanca y se abrió. No salió luz del interior. Todo estaba inerte. Probablemente habían llegado demasiado tarde.

—¿Monte? ¿Me harías el favor de registrar la cabina?

Para su sorpresa, él no protestó, sino que asintió. Le dejó pasar. Él trepó por el estrecho agujero con un pie por delante y empujó el mamparo para abrirlo un poco más.

—¡Ven rápido! —gritó por radio—. ¡Tengo un herido aquí!

Yini también subió a la cabina. Monte estaba inclinado sobre un asiento de la segunda fila. Allí yacía una persona con un traje espacial.

—Casi se ha quedado sin aire —dijo Monte—. Tienes que iniciar un puenteo de mi traje al suyo.

Cada traje espacial tenía una manguera de inflado de emergencia que podía utilizarse para conectarlo a otro. Yini sacó la suya de la riñonera, la fijó a un lado de su traje y la conectó al del astronauta herido.

—Se suponía que tenías que usar mi traje —la reprendió Monte.

—No puedes darme órdenes.

Tenía que convencer a Monte de que no intentara protegerla. Ese comportamiento acabaría poniéndolos a los dos en peligro, aunque tuviera buenas intenciones.

Monte suspiró y se dio la vuelta. Yini lo observó mientras registraba la cabina. El hombre herido parecía haber viajado solo. Pero entonces, ¿por qué no había estado en el asiento del piloto? Mientras entraba aire fresco en el otro traje, sacó un cable de diagnóstico de su riñonera y lo conectó también al traje del desconocido. Ahora podía acceder a sus datos de estado. Qué suerte. Se habría asfixiado en hora y media.

Se llamaba Strube, un teniente del *Vanguardia*. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Su estado parecía estable, respiraba, pero no estaba consciente, lo que indicaba lesiones internas. Eso fue todo lo que le dijo el traje. Menos mal que la *Starbird* tenía una estación médica.

—Tenemos que llevarlo a la *Starbird* —dijo ella.

—Espera. ¿Dónde está la palanca?

Monte estaba inclinado sobre una taquilla metálica que se había volcado. La sacudió, pero la taquilla estaba atascada.

—Hay una mesa atascada ahí dentro —dijo Yini.

El mueble se había deslizado entre la pared exterior y la pared trasera de la taquilla de tal manera que esta no se podía levantar. Monte negó con la cabeza y no hizo ningún movimiento para apartar la mesa. En lugar de eso, trepó a la cerradura y volvió con la palanca. Fue entonces cuando Yini se dio cuenta de lo que le había obligado a hacerlo. Una cabeza y un torso asomaban por debajo de la taquilla. Los ojos estaban muy abiertos y la boca se movía.

—¡Un herido! —gritó Yini. La cara parecía bastante femenina, aunque algo le parecía mal—. ¡Espera, mi colega te ayudará en un minuto! —gritó, pero la mujer no parecía entenderla—. ¡Tienes que quitar la mesa! —dijo, pero Monte no hizo ningún movimiento. Sostenía la palanca como si no estuviera seguro de qué hacer a continuación. ¿Iba a usarla para apalancar la taquilla? No tenía sentido. Lo único que tenía que hacer era apartar la mesa. Entonces sería fácil levantar la taquilla.

Yini se separó del herido. Ya tenía suficiente oxígeno. Empezó a subir a la taquilla. Quizá Monte no se había dado cuenta de la mesa. Pero de repente la agarró por el brazo y la detuvo.

—Tenemos suerte de que esté atrapada —dijo.

—¿Qué? ¡Tienes que ayudarla! ¿No ves que está herida?

—¿Estás loca? Es un puñetero robot.

En ese momento, Yini también se dio cuenta. ¡La mujer herida no llevaba casco! Ningún ser orgánico podría haber sobrevivido así. Monte cogió la palanca con las dos manos y la levantó, pero ella le agarró de los brazos.

—¡No! —gritó—. Sin duda nos vendrá bien un robot. Puede explorar las cuevas por nosotros.

—¡Yini, déjame hacerlo! No es un robot cualquiera. Es la maldita cosa que me ha estado persiguiendo todo este tiempo. Incluso ahora me está pisando los talones. Si no acabo con ella, me atrapará y tú también morirás.

Yini sospechaba que Monte tenía razón, pero no soltó la palanca. La criatura estaba atrapada bajo la taquilla. No tenían que decidir su destino de inmediato. Mientras ella seguía pensando, la criatura formó palabras con la boca. «Ayuda, por favor», parecía decir, y «de vuestro lado».

—Dice que está de nuestro lado.

—Esa cosa diría cualquier cosa para sobrevivir.

—No tenemos que decidir ahora. Vamos, llevemos primero al herido a nuestra nave.

—Tú haz eso, y yo cuidaré de nuestro robot asesino hasta entonces.

—De eso nada. Vienes conmigo.

Monte suspiró.

—De acuerdo. Espero no arrepentirme de esto.

—¿A dónde se supone que irá? La taquilla lo está sujetando. Se habría escapado hace mucho tiempo si pudiera. El transbordador debió estrellarse anoche.



Menos mal que había obligado a Monte a acompañarla. Sacar al herido de su traje espacial no fue fácil. No quería causarle nuevas heridas y, por supuesto, él no podía ayudarla. Juntos lo colocaron en la camilla de la estación médica. Yini inició el programa de diagnóstico en la pantalla del extremo inferior.

La máquina se puso en marcha y cerró el tubo.

—¿Edad de la persona? —preguntó la pantalla.

Yini negó con la cabeza. No sabía qué edad tenía el tal Strube. ¿Tal vez cuarenta y cinco? Tecleó el número.

—¿Historial médico?

—Desconocido.

La máquina no hizo más preguntas. Pasó todos sus instrumentos de medición por el cuerpo del herido, uno tras otro. La pantalla mostraba números que no significaban nada ni para Yini ni para Monte, pero era de esperar. Yini pensó en cómo había hecho examinar a su madre por la máquina, que solo podía anunciar su muerte inminente. Una lágrima corrió por su mejilla.

—Oye, se va a poner bien —dijo Monte.

—No se trata de...

No, no era el momento de hablar de eso. Además, la máquina había terminado su programa. Hizo una larga lista de todas las lesiones, empezando por inofensivos moratones en la nuca. Yini ordenó la lista según su peligrosidad.

«Rotura de bazo» encabezaba la lista. «Requiere tratamiento inmediato».

—¿Qué pasará? —preguntó.

—Detendré la hemorragia cauterizándola con un láser. Como solo es un desgarro leve, hay un noventa y nueve coma tres por ciento de probabilidades de que este tratamiento sea suficiente. ¿Puedo empezar?

—Por supuesto.

El cristal del tubo, antes transparente, se volvió lechoso. Varios brazos empezaron a moverse por debajo. Era imposible saber exactamente lo que estaba pasando, pero eso no le importaba a Yini.

—¿Cuánto tardará? —preguntó.

—El paciente se despertará en unas tres horas. Aunque tendrá que quedarse aquí tres días más para revisiones.

—Gracias.

—En ese caso, nos ocuparemos de ese robot ahora —dijo Monte.



Yini recogió la palanca antes de que entraran en el transbordador. El robot seguía atascado bajo la taquilla. Yini se convenció de que seguía activo. Pero Monte se había equivocado: era un androide, no un robot. La piel y la mayoría de los órganos eran biológicos. La criatura incluso respiraba, aunque no por la boca, sino por una reserva de su cuerpo.

—Ayuda, por favor —articuló con los labios.

No se oía nada a través del vacío pero tenía que haber alguna forma de comunicarse con ella.

De repente, el interior del transbordador se iluminó notablemente.

—¿Fuiste tú, Monte?

—Yo no tuve nada que ver. La pantalla se activó sola.

Yini saltó al asiento del piloto. Había un número en la pantalla.

—Es una frecuencia de radio —dijo.

Al parecer, Monte ya estaba cambiando al canal apropiado.

—... ¿Ahí? Adelante —le oyó decir.

—Aquí el teniente Strube, del *Vanguardia* —dijo una voz masculina.

—Te lo dije, Yini. Esa cosa es una mentirosa y una tramposa.

—¿Hola? Soy el teniente Strube.

—El teniente está en nuestra enfermería. Le estamos tratando la rotura del bazo.

—Ese no soy yo. Solo tenéis mi cuerpo. La persona dentro os lo dirá. ¡Tenéis que creerme!

—La persona en ese cuerpo estará dormida durante otras dos horas.

—¡Joder! —espetó la voz que decía ser Strube.

—¿Por qué no lo admites? Tú eres el robot que me ha estado siguiendo todo este tiempo. Al parecer, puedes controlar el transbordador a distancia, pero eso no es gran cosa.

—Es un androide, Monte.

—No importa.

—Soy la IA que te seguía en Neomarte —habló otra voz femenina —. Me llamo Ximena.

Sonaba muy orgullosa cuando dijo su nombre.

—¡Por fin! —dijo Monte—. Al menos sabré cómo te llamas cuando te parta la cabeza. ¿No te hacías llamar X7 la última vez?

Yini agarró el brazo de Monte.

—Tranquilízate. Aquí nadie va a hacer daño a nadie...

—¡Es un puto androide! Y no tiene piedad. Mató a mi amiga Carine en Terracota-7, ¡con un martillo!

—Era necesario —se defendió Ximena.

No ayudó a su causa. Monte cogió la palanca, pero Yini se la quitó de las manos.

—Pagará por lo que hizo —dijo ella.

—Pagaré por mis actos, por supuesto —confirmó la IA—. Tengo acceso directo a varias cuentas restringidas del Almirantazgo.

—¿Ves, Yini? ¡Se está burlando de nosotros! Déjame hacer lo correcto.

—No sabe hacer nada mejor —dijo el supuesto teniente—. Pero sus motivos son buenos. Quiere detener a Decker y la nave espacial.

—No creo nada de lo que dices, «Strube», o quienquiera que seas —dijo Monte.

Era una situación confusa. Pero seguro que no se inventarían algo así si quisieran engañar a alguien. Esta historia era tan inverosímil que probablemente fuera cierta.

—Entonces, ¿le prestaste tu cuerpo a otra persona, Strube? —preguntó Yini.

—Sí. La persona que está en él es Fiona Forest, la jefa de control planetario. Ella podrá confirmártelo.

Bien. Era un dato que podían comprobar. Forest debería poder decirles cosas que solo la jefa de control planetario podía saber. Y el hecho de que la IA llamada Ximena tuviera los mismos objetivos que ellos sonaba prometedor. Y era lógico: con la destrucción de la humanidad, también se destruiría el sustento de esta IA. Tenían intereses comunes. Ximena era el típico «enemigo de mi enemigo». No tenían por qué hacerse amigos.

—Vamos, Yini, esta discusión no tiene sentido. Terminemos con esto ahora.

Una vez más, Monte intentó coger la palanca, pero ella se lo impidió.

—Bien, lo haré con mis propias manos.

Le recordaba a un niño que no se salía con la suya. Sin embargo, le doblaba la edad.

—Si me matas, nunca sabrás quién eres en realidad —advirtió Ximena.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Monte—. ¡Es otro de tus sucios trucos!

—No. Sé algo sobre ti que estoy segura de que te interesará.

—Yini, dame ya la palanca. Tengo que dar descanso eterno a esta zorra.

Yini suspiró. Podían hacer un buen uso de la IA. Pero era poco probable que Monte la aceptara. Y podía entenderle. Al parecer, había matado a una amiga suya. Pero eso era cosa del pasado. Ahora se trataba de salvar a la humanidad. Tenía que posponer su venganza.

—Basta de esto —dijo—. Si le haces daño a Ximena, prometo echarte yo misma de la *Starbird*. Y si tú, Ximena, nos fastidias, te desactivaré sin previo aviso. ¿Nos entendemos?

—Gracias por tu sentido común, Yini —dijo Strube—. Te prometo que te apoyaré personalmente en cualquiera de estos empeños. Puede que actualmente no posea un cuerpo, pero puedo ayudarte a desactivar la IA.

—Strube, ten cuidado. De lo contrario... —amenazó Ximena.

—Ya no dependo de ti para recuperar mi cuerpo algún día. Yini, tienes un purificador de conciencias a bordo de tu nave espacial, ¿no?

—Tenemos un lector, pero no tenemos suficiente memoria —explicó Yini.

—El transbordador aún tiene muchos bancos de memoria sin utilizar. Estaré encantado de ayudar con el reacondicionamiento.

—Tenemos un trato, teniente Strube. Lo único que tienes que hacer es conseguirnos un cuerpo adecuado.

—No estarás pensando en confiar en ellos, ¿verdad, Yini?

—Esta es nuestra mejor estrategia en este momento —explicó ella—. Después de todo, tenemos un sistema solar que salvar.



Yini dejó al androide en la esclusa. Estaba tan dañado que ya no había conexión electrónica entre la parte superior e inferior de su cuerpo. Como resultado, Ximena solo podía moverse con los brazos. Monte había prometido ocuparse del problema. Por el momento, sin embargo, seguía en el transbordador, esperando noticias suyas. Yini cerró el mamparo interior y se dirigió a la consola de mando.

—Ahora estoy en la *Starbird* —dijo por la radio de a bordo.

—Aquí Monte. ¿Me oyes?

—Sí, pero no muy claramente.

—Espera. ¿Ahora?

Yini comprobó el canal de radio. La señal era más fuerte.

—Así está mejor.

—¿Y ahora?

Monte volvía a estar más tranquilo.

—No, vuelve a la última posición.

—Bien, arreglaré la antena. —Monte había vuelto a fijar uno de los platos arrancados al transbordador—. Hecho.

—Entonces ya puedes empezar la transmisión.

—¿Strube? ¿Estás listo?

El teniente primero no respondió. Eso era una buena señal, porque significaba que se había metido en un archivo como se había acordado. Yini buscó el nombre del archivo en el sistema fuente. Ahí estaba. Deslizó el archivo en el sistema de la *Starbird*.

—No hay memoria suficiente —informó—. ¿Continuar transferencia?

—Monte, ¿puedes oírme? No hay suficiente memoria.

—Sí, ya hemos hablado de eso. Puedes iniciar la transmisión ahora. Traeré memoria adicional del transbordador. Tomará unas horas para que todos los datos lleguen de todos modos.

—De acuerdo. Solo quería asegurarme de que no perdiéramos a Strube. Parece un tipo razonable.

Sin esperar la respuesta de Monte, confirmó la consulta del sistema. «Buen viaje, Strube».



—¿Qué...? ¿Dónde...? —El herido parpadeó y tanteó con las manos bajo la sábana que le cubría hasta el cuello—. Estoy desnudo. ¿Qué hacéis?

—Te encontramos en un transbordador averiado —explicó Yini—. Sufriste una rotura de bazo en el accidente y en la estación médica tuvieron que operarte.

—¿Transbordador? Estaba a bordo del *Vanguardia*. ¿Y la nave?

—Todas las naves estelares en órbita alrededor de Terra Nova han sido destruidas.

El hombre negó con la cabeza.

—Obviamente estoy en una nave que funciona. ¿O esto es una estación espacial?

—Estamos en la *Starbird*, un yate. Nos salvamos aterrizando en la superficie de la enorme nave alienígena responsable de este desastre. ¿Puedo preguntar quién eres? Me llamo Tsai Yini, y él es Claudio Pedramonte. —Señaló a Monte.

—Soy el teniente Strube —dijo el hombre—. Del *Vanguardia*. Puedes preguntarle al capitán Morris.

—Ya te lo dije —intervino Monte—. Nos está engañando. ¿Quién sabe lo que tendremos en la *Starbird*?

—¿De qué estás hablando? —preguntó el desconocido.

—En el ordenador de control del transbordador donde te encontramos había una unidad que decía ser Strube —dijo Yini.

—¿En el ordenador de control del transbordador? Yo... Entonces ¿me salvó? Strube... Tiene razón. Discúlpame. Soy Fiona Forest. Nosotros... intercambiamos lugares. Es una larga historia.

—¿Conoces a una IA llamada Ximena que está en un cuerpo androide? —preguntó Yini.

Fiona negó con la cabeza.

—Sí conocí a una IA. Pero tenía otro nombre.

—¿X7? —preguntó Monte.

—Exacto. Tomó prestado mi cuerpo. No sé nada de un cuerpo androide. ¿Puedo hablar con Strube o con la tal Ximena? Me gustaría saber qué...

—Sí, a su debido tiempo. Ahora mismo, necesitas recuperarte —dijo Yini—. En la sala médica te harán dormir profundamente durante uno o dos días.

—No puedes hacer eso...

La pantalla decía «¿Iniciar programa de recuperación?» Yini pulsó «Sí». La máquina levantó un brazo en un santiamén y puso una inyección al paciente. El hombre se durmió plácidamente. Había

tantas preguntas que responder en aquel momento que Yini se alegró de saber que al menos uno de los implicados dormía a salvo.



La *Starbird* no tenía un taller adecuado, así que Monte utilizó la esclusa de aire para sus trabajos de reparación en el cuerpo de Ximena. Yini le vigilaba, cosa que él había aceptado a regañadientes. Solo quería asegurarse de que Monte no se dejara llevar por su odio a la IA y cometiera alguna estupidez. Comprendía muy bien sus emociones. Ximena era una asesina, y ella misma había admitido que volvería a hacerlo si fuera necesario. Pero ahora mismo necesitaban toda la ayuda posible, y el cuerpo que había obtenido la IA parecía muy poderoso.

Con suerte, Monte podría reparar los daños causados al estrellarse el transbordador. Desde luego, parecía estar disfrutando de su trabajo, aunque no dijera ni una palabra a la IA. Se había negado a ser desconectada durante las reparaciones. Al parecer, desconfiaba de Monte tanto como él de ella. Pero hasta ahora no había motivos para hacerlo. Su pierna derecha volvía a funcionar. Monte acababa de abrirle la cadera izquierda para restablecer las conexiones.

Yini saltó hacia él y casi tropieza con el androide.

—¡Eh, cuidado! —gritaron Monte y Ximena casi simultáneamente.

Yini se disculpó. Aún tenía que acostumbrarse a la baja gravedad. Era demasiado fuerte para flotar con facilidad, pero demasiado débil para caminar. Los saltos flotantes eran lo mejor que se podía hacer, pero siempre había que tener cuidado de no caer demasiado lejos.

Yini se inclinó sobre la cadera abierta del androide.

—Fascinante —dijo.

Bajo la piel inusualmente gruesa, que Monte había cortado con un cortador láser, se podía ver una mezcla de biología y tecnología. Vasos sanguíneos reales, que Monte había tenido cuidado de no dañar, discurrían junto a conductos hidráulicos y eléctricos. Los

componentes electrónicos eran los más dañados, mientras que los vasos sanguíneos palpitaban al ritmo de los latidos del corazón.

—¿Cómo es posible que los componentes electrónicos fueran los más dañados?

—El sistema biológico se repara solo en su mayor parte —explicó Ximena—. Esa es una de las razones por las que prefiero un cuerpo androide a uno robótico, aunque los robots son mejores en cuanto a prestaciones puras, y también más baratos. Si te interesa, puedo aconsejarte para elegir un cuerpo.

—Gracias, pero me opongo a la purificación de la conciencia —dijo Yini.

Ximena abrió los ojos de par en par.

—¡Pero podrías morir en cualquier momento de tu vida!

—Sí, eso es lo que hace la vida tan atractiva para mí, que podría acabarse en cualquier momento.

—¡Pero te pierdes tantas cosas!

—Creo que vivo cada segundo con más intensidad cuando solo dispongo de un número limitado de ellos.

—Eso es lógica humana —dijo Ximena en tono despectivo.

—¿Puedes mover los dedos del pie izquierdo? —preguntó Monte.

Yini observó el pie descalzo del androide. El dedo gordo se movía en círculo, y los tres dedos vecinos se doblaban hacia abajo y hacia arriba.

—¡Joder! —espetó Monte—. Debo de haberme saltado un cable.

—¿Por qué los impulsos de movimiento no pasan por el sistema nervioso? —preguntó Yini—. ¿No sería eso más resistente?

—Todas las articulaciones equipadas con amplificadores de fuerza tienen que controlarse de manera electrónica —explicó Monte.

—¿Un androide tiene incluso amplificadores de fuerza en los dedos de los pies?

—Sí, le ayudan a saltar más alto.

Se oyó un golpe. Yini levantó la vista. Era el mamparo exterior.

—¿Tú también has oído eso? —preguntó ella.

—Hay alguien fuera —dijo Ximena—. ¿Esperas visitas?

—No —dijo Yini—. ¿Qué ves exactamente?

—En el infrarrojo, hay un punto brillante detrás del mamparo. Su contorno es del tamaño de un humano, y su temperatura es de unos trescientos diez grados.

—¿En la escala absoluta? Esa sería la temperatura normal del cuerpo humano.

—Así es.

—Pero ¿quién podría ser? —preguntó Monte.

—Tal vez otro superviviente llegó hasta aquí —aventuró Yini.

—Yo tendría cuidado —dijo Ximena—. El sistema no parecía tener muchos supervivientes.

Hubo otro golpe. Corto-corto-corto, largo-largo-largo, corto-corto-corto.

—Es un grito de auxilio —dijo Yini.

—Un código humano primitivo —dijo Ximena—. Yo abogo por ignorarlo. El 99 % de las veces parará solo.

—Sí, porque el humano se está muriendo ahí fuera —dijo Yini.

—No necesariamente. Si realmente necesita ayuda, morirá en cuarenta y ocho horas. Si no la necesita, desistirá de su intento incluso antes y volverá a su base.

—No podemos dejarle morir.

—Sería sensato. El riesgo es demasiado alto. Podría ser un truco de los alienígenas. Esta nave desprende tanta energía que seguro que saben de nuestra presencia.

—Pero ¿qué va a pasar? Hay un solo humano ahí fuera. Puedes dominarlo fácilmente, Ximena.

—Creo que ella tiene razón —dijo Monte—. No creo en los supervivientes. Es un truco.

¿Monte estaba de acuerdo con el odiado androide? ¿Qué le había pasado? El humano de ahí fuera claramente había pedido ayuda.

El sonido del mamparo exterior se repitió. Corto-corto-corto, largo-largo-largo, corto-corto-corto.

—Es un truco para sondearnos. No podré evitar que obtenga información sobre nosotros —dijo la IA—. El enemigo necesita información para poder actuar con mayor eficacia contra nosotros. Por eso debemos evitar proporcionársela.

Corto-corto-corto, largo-largo-largo. Yini se tapó los oídos. No podía creer que tanto Monte como Ximena estuvieran exigiendo que se negara ayuda a la persona que estaba frente a la esclusa.

—Eso no es posible —dijo Yini—. Tenemos que responder a esta petición de ayuda.

Ximena suspiró. Probablemente ahora pensaba que era estúpida, pero a Yini no le importaba. No podían tirar su humanidad por la borda, o de todos modos nada importaría.

—Si insistes, abriré la puerta —dijo la IA—. Tendréis que retiraros de la esclusa, por supuesto.

—Tengo una idea mejor. Mientras Monte termina de curarte, me pondré mi traje espacial. Entonces abriremos el mamparo exterior juntos, tú y yo.

El androide volvió a suspirar.

—Si insistes...

Yini asintió.

—¿Cuánto tiempo más necesitarás, Monte?

—Seis minutos.

—Bien, volveré aquí en seis minutos.



Sudando, pero a tiempo, Yini llegó de nuevo a la esclusa. Monte estaba en proceso de suturar la piel de la cadera de Ximena, así que volvió a quitarse el casco.

—¿Ha vuelto a tocar la puerta? —preguntó.

—Ni una sola vez —respondió Monte.

Y volvió a sonar, como para desmentirle: corto-corto-corto, largo-largo-largo, corto-corto-corto.

—Joder —dijo Monte—. Esperaba que se hubiera rendido.

Corto-corto-corto, largo-largo-largo, corto-corto-corto. La persona de fuera parecía intuir que Yini había vuelto. Ella se asustó. Era imposible oír su conversación desde fuera. El vacío no transmitía sonido, y apenas podías poner la oreja en la pared exterior si llevabas casco.

—Ya está —dijo Monte.

El androide se levantó y se volvió hacia la pared mientras se ponía la ropa interior que le había traído Yini. Luego, se puso el uniforme que debió de pertenecer a la antigua camarera del dueño.

Ximena se dio la vuelta.

—¿Y?

—Te queda bien —dijo Yini—. Solo el pelo...

El cuerpo tenía el pelo corto y rubio, pero estaba muy sucio y sobresalía por todos lados.

—Lo afeitaré —dijo Ximena.

—Espera. Primero nos ocuparemos del humano de ahí fuera. Cierra la mampara al salir, Monte.

Corto-corto-corto, largo-largo-largo, corto-corto-corto.

—Ya voy —dijo Monte.



El mamparo exterior se deslizó a un lado. Ximena dio un paso adelante, pero Yini fue más rápida. La empujó con tanto ímpetu que se habría caído por el borde si su visitante no se hubiera interpuesto.

Yini se estremeció, porque reconoció de inmediato a la persona que había golpeado el SOS contra su mamparo y que ahora estaba ante ella en traje espacial, aunque solo lo había visto en fotos.

—¡Padre! —gritó sin pensarlo, e inmediatamente se sintió culpable hacia sus padres en el Anillo celeste—. Decker —se corrigió.

No podía haberla oído, se dijo. Decker no conocía la frecuencia de sus trajes.

—Noquéalo —indicó Ximena—. Luego, da un paso atrás y yo cerraré el mamparo.

Decker sonrió y le ofreció un abrazo. Era surrealista. Yini se quedó helada, con ganas de matarlo y abrazarlo al mismo tiempo.

—Vamos, antes de que entre —la amonestó Ximena—. Es peligroso. Es un truco.

—¡Yini! —dijo él en su casco.

Miró insegura a Ximena:

—¿Tú también lo has oído?

—Sí, ha analizado la frecuencia de radio de nuestro casco. No está encriptada. Date prisa, ¿o lo hago yo?

Yini negó con la cabeza.

—Es mi padre, Ximena.

Decker dio un paso adelante y se colocó a su lado. Ahora ya no podían cerrar el mamparo exterior entre ellas y él. Pero, sin duda, Ximena aún tenía fuerzas para expulsarlo.

—Gracias, Yini —dijo Decker—. Es maravilloso poder verte en persona.

—Yo también me alegro.

—¡No te atrevas a dar un paso más, Decker! —advirtió Ximena.

—No sabía que tenía una hija —dijo Decker—. Tu madre nunca me lo dijo.

—¿Habría cambiado algo? —preguntó Yini—. ¿Me habrías cuidado?

—Sí, te habría cuidado —respondió su padre—. Me habría ido de inmediato. Tailin debió de enterarse pronto, quizá seis u ocho semanas después de que partiera en el TransVec de Adad. Podría haberla alcanzado antes de que nacieras.

—Nací en Neomarte.

—Te habría seguido hasta allí.

Yini no quería creerle. En retrospectiva, él podía afirmar cualquier cosa, y su madre no podía desmentirlo.

—¿Y Tailin? —preguntó él.

—Está muerta. El viaje hasta aquí fue demasiado agotador para su cuerpo.

Decker esbozó una sonrisa tensa.

—Siempre fue testaruda. Una transferencia de taquiones le habría salvado la vida.

¡Qué bien hablaba! Su madre había estado huyendo. Un viaje en taquión la habría llevado a la cárcel.

—No tienes ni idea —dijo ella.

—Entonces dímelo, Yini.

Ella negó con la cabeza.

—No funciona así. Apareces de la nada aquí en nuestro mamparo, ¿y se supone que tengo que fingir que no ha pasado nada? Una nave alienígena acaba de destruir todo el sistema Terra Nova, y parece que tú estás desempeñando un papel importante en ello.

Decker asintió.

—Me imagino perfectamente cómo debe afectarte. Pero te aseguro que no es lo que parece. Por encima de todo, no quiero haceros daño a ti ni a tus amigos. Soy tu padre. ¿Eso no significa nada para ti?

—Te pareces a mi padre, y parece que tienes sus recuerdos —dijo Yini—. Pero aún tengo que descubrir quién o qué eres y, por supuesto, qué quieres de nosotros.

—Es muy amable por tu parte darme una oportunidad —dijo Decker.

—Oh, ¿he dicho que lo haré?

—Yo creo que sí. Quieres saber de mí en vez de echarme por la escotilla como quería tu amiga. Lo veo como una verdadera oportunidad. Verás que puedo daros una perspectiva real.

Ahora Decker sonaba como la gente en los holos de publicidad tratando de vender un traslado a la Estrella de Teegarden. *Teegarden - una perspectiva real*. Ella podía oír la musiquilla comercial. Le miró a la cara. Se parecía a la foto que le había enseñado su madre. Tailin y Decker habían posado juntos delante de un multípedo.

—No dejes que te engañe —advirtió Ximena—. Recuerdo haberlo pulverizado con el motor del planeador. Lo que ves aquí no puede ser la misma persona que engendró gemelos con tu madre en Adad.

—¿Pero tú eres la misma persona, aunque estuvieras fingiendo ayudar a Tailin disfrazada de Monte?

—¿Cómo dices? —preguntó Yini.

—¿No te lo dijo, tu querida amiga?

Yini negó con la cabeza. No quería saberlo, pero ¿no tenía Monte derecho a saberlo?

—¿Qué hizo? —preguntó ella.

—Fue algo insignificante y por el bien de tu madre —se defendió Ximena.

Yini soltó un suspiro. ¿También Ximena le había ofrecido a su madre una «perspectiva real»?

—Monte es una reliquia de la conciencia que X7 utilizó para persuadir a tu madre de que huyera a la Tierra, en nombre del gobierno terrestre. Siempre fue por el arma, por supuesto, nunca por Tailin. Y fue un completo fracaso.

—¿Dónde...? —preguntó Ximena y volvió a callarse.

—En el Albatros-1... Debiste sentirte demasiado segura.

Decker se echó a reír.

—¿Te lo imaginas? Un fragmento defectuoso de conciencia, mal reparado con unos cuantos recuerdos falsos, consigue escapar de su dueña.

—¡Pagarás por eso! —gritó Monte.

Lo había oído por casualidad. Claro que lo había hecho. Debería haberlo sabido. Eso no ayudaría a la futura relación entre ellos.

—Ves, eres la única persona cuerda aquí, Yini. Déjame mostrarte la verdad.

—¿Mostrarme?

—Te llevaré al cuartel general. Entonces verás que no se trata de caos, sino de orden.

Quería llevarla al centro de control de la montaña. Desde allí podrían dirigir la nave si lograban neutralizar a ese ser que decía ser su padre. ¡El parecido con la foto era asombroso! Quienquiera que hubiera creado a esta persona debía de saberlo. Yini dudó. Era evidente que Decker no sabía que había otras dos personas a bordo. ¿Podría aprovecharse de ello?

Mientras Decker la condujera al centro de control, Fiona podía mantenerse a salvo y luego atacar a cubierto. Siempre era bueno tener algo bajo la manga.

—Estoy de acuerdo —dijo.

—¿Has perdido el juicio? —preguntó Ximena.

—¡Yini, quédate aquí! —gritó Monte—. ¡Si alguien tiene que ir, soy yo!

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Yini—. Y usted, «padre» —enfatizó la palabra—, tendrá la oportunidad de demostrar sus palabras mañana.

Decker sonrió. Parecía sorprendido: ¿no había esperado una aceptación? ¿Y qué habría pasado si ella declinaba?

—Muy bien. Nos encontraremos en la entrada que ya habéis encontrado —dijo.

Un camino pavimentado con cadáveres. Muy apropiado.

Decker saltó de la escotilla al suelo, saludó una vez más y luego despegó a grandes saltos.



—No es nada descabellado —dijo Yini cuando más tarde se sentaron en la habitación del antiguo propietario para hablar del día que tenían por delante—. Es lo más sensato que podemos hacer. El enemigo sabe que estamos aquí, así que no hay elemento sorpresa. Pero nos ahorraremos la molestia de tratar de encontrar la manera de entrar. Tendríamos esta confrontación en algún momento de todos modos. Así que ¿por qué no hacerlo ahora? La montaña está todavía en el sistema Terra Nova.

—En primer lugar, no estamos preparados —replicó Monte—. En segundo, le dejamos determinar dónde tendrá lugar la confrontación. Podría ser una trampa.

—Por eso tenemos a Fiona y Strube, quienes pueden vigilarnos entre bastidores. Es evidente que Decker no sabe nada de ellos.

—Espero que no —dijo Ximena—. ¿Y si lo sabe?

—Nos estrellamos de una forma bastante creíble —dijo Fiona—. El transbordador solo mostró mínimas señales de vida, y quedaron eclipsadas por el calor del choque.

—Ni siquiera quisiste examinar el transbordador, Monte, porque pensabas que no podía haber nadie vivo en él —dijo Yini.

—Eso no habría estado bien —dijo Strube—. Y habría violado los estatutos espaciales.

—Culpable de los cargos —dijo Monte malhumorado—. De acuerdo, entonces. Los tres marchamos hacia allí. Nos cubrís. ¿Y luego qué?

—Eso depende de lo que haya ahí dentro. De alguna manera tomamos los controles, o al menos los saboteamos.

—Bien, conseguiré algunos explosivos —dijo Monte.

—Yo soy tu arma personal —dijo Ximena, extendiendo largos cuchillos de sus dedos.

—Os cubrimos las espaldas —dijo Fiona.

—Tengo una petición —dijo Strube—. Si podéis encontrar una biobolsa utilizable, os agradecería una donación.



16 de mayo de 2864, La Montaña

Decker los esperaba a la entrada de la cueva. Le ofreció otro abrazo a Yini, pero ella lo rechazó. Hoy le parecía mucho menos su padre. Su comportamiento era demasiado desconcertante. Por ejemplo, ¿de dónde había sacado el traje espacial? ¿Cómo vivía? Ayer lo habían hablado largo y tendido. Monte había reflexionado sobre los miembros restantes de la expedición al bosque de las Viejas Madres. Veinte personas, de las cuales solo una o dos habían regresado, significaba un montón de comida sobrante. Pero para que Decker comiera y bebiera, tendría que quitarse el casco, y para eso necesitaba una habitación sellada con atmósfera de oxígeno. ¿Era esa el «centro de control» que había mencionado?

La teoría de Monte se hizo añicos cuando entraron en la cueva. El pasillo estaba completamente vacío. No había ordenadores, muebles ni cajas de almacenamiento, y los dos cadáveres también habían desaparecido. Monte y ella intercambiaron miradas pero no dijeron nada. Quizá Decker no supiera lo que habían visto, y podrían utilizarlo en su contra de algún modo. Yini se giró brevemente cuando el pasillo se inclinó hacia la izquierda. No había nada detrás de ella. Qué bien. Fiona debería estar siguiéndolos a una distancia suficiente como para que Decker no se diera cuenta. Ximena y Monte le habían construido un rastreador térmico capaz de detectar las más mínimas diferencias de temperatura, como las que se producen al tocar brevemente una pared o el suelo.

Ximena se había calentado especialmente las palmas de las manos y los pies para lograr el mayor contraste posible.

Tras la curva, el entorno cambió radicalmente. Atravesaron una multitud de salas, cada una con ocho superficies límite de espejos negros, octaedros construidos como pirámides dobles de base cuadrada. Parecían estar conectados por las esquinas. A menudo había pasillos que llevaban de una habitación a otra. Siguieron caminando durante un buen rato. Probablemente no estaban tomando el camino más corto. Decker debía de querer confundirlos. Pero Yini solo empezó a preocuparse cuando notó algo extraño: la habitación de la que habían salido giraba de pronto a lo largo del eje que conducía por el camino de conexión. Si eso ocurría a menudo, a Fiona le resultaría difícil seguirlos. Esperaba que no fuera un error confiar en aquel ser que decía ser su padre.

—¿Cuál es el propósito de esta extraña construcción geométrica? —preguntó.

—La doble pirámide es el componente elemental más pequeño y más grande del orden —dijo Decker, como si eso lo explicara todo.

—Pero ¿no sería mucho más eficiente una línea recta hasta el centro de control? —preguntó Monte.

—La eficiencia es un valor que se ha vuelto irrelevante para nosotros. Si se elimina el tiempo como componente de todos los cálculos porque disponemos de una cantidad infinita de él, de golpe la belleza desempeña el papel primordial.

—Bueno, estos octaedros no son muy bellos —replicó Monte—. Un poco de variedad estaría bien.

—La variedad también es algo que incluye el tiempo como componente. En un mundo con una cantidad infinita de tiempo, no hay más variedad porque cada sección individual es también infinitamente larga. Solo entonces sale a la luz la verdadera belleza. Solo se pueden contemplar objetos verdaderamente bellos durante un tiempo infinitamente largo sin aburrirse.

Filosofía, nada más. La vida se basaba en el tiempo. Su definición era cambio, intercambio, crecimiento, todos procesos que perdían su significado sin tiempo. Sacar el tiempo de escena era morir. Yini

respiró hondo. No iba a contradecir a Decker. Quizá eso le haría sentirse seguro, y los que se sentían seguros se volvían descuidados.

—Llegaremos pronto —dijo Decker—. Tengo mucha curiosidad por oír lo que tenéis que decir.

Iluminó el suelo con la lámpara de su casco. Había un borde afilado, y más allá una caída de unos tres metros. En la baja gravedad, el salto no suponía ningún problema. Yini miró primero a la izquierda y luego a la derecha, donde había más aberturas en la lisa pared.

—¡Vaya! —exclamó Monte, y ella siguió su mirada.

Delante de ella había una sala cuya superficie estimó en unos cuatrocientos metros de lado, y unos trescientos de altura. Estaba iluminada por poderosas bandas en el techo, cuya coloración y estructura le recordaron a los torbellinos de Júpiter. Emitían luz suficiente para bañar la sala con el resplandor de una romántica puesta de sol. También aquí las paredes, el suelo y el techo estaban formados por medios octaedros, aunque la sala en sí era claramente un cuboide.

—No está en armonía —señaló Yini.

Decker se rio.

—Es cierto. Pero la forma cuboide es solo temporal. Siempre has sido muy observadora.

—Ni siquiera me conoces, «padre».

—No te conozco, por desgracia. Pero me gustaría llegar a conocerte.

Se oyó un estruendo detrás de ellos. Casi simultáneamente, todas las entradas se cerraron. Después de todo, era una trampa. Yini se quedó helada. Nadie dijo nada. Monte y Ximena parecían estar esperando su señal. Decker jugueteó con el cierre de su casco.

—Ya podéis quitaros los cascos. Para mantener la atmósfera, tuvimos que cerrar todos los pasos al exterior.

Lógico. La enorme sala se vaciaría rápidamente si tuviera una conexión abierta con el exterior.

—Entonces, ¿por qué no sentimos una corriente de aire de camino aquí? —preguntó Yini.

—Los octaedros detrás de nosotros giraban siempre de tal manera que no había una conexión continua. Pero debéis estar preocupados por vuestro amigo. Está bien.

Decker señaló detrás de ellos, donde una persona salía del último agujero que quedaba en la pared.

—¿Eres tú? —preguntó Yini.

Deliberadamente omitió su nombre. Quería dar la menor información posible a Decker.

—Sí, soy yo —respondió Fiona con la voz de Strube—. Lo siento, llegué un poco tarde al punto de encuentro.

—No importa —dijo Decker—. Ahora estamos todos aquí. Mis respetos por la habilidad con la que encontraste el camino correcto. No mucha gente podría hacerlo.

—Gracias.

—Quiero presentaros a algunas personas majas que llevan aquí incluso más tiempo que yo.

Decker hizo un gesto con la mano y, de repente, un grupo de personas saltó de una depresión del suelo en la que no habían reparado antes. Ximena adoptó una posición defensiva frente a Yini. Monte se escondió detrás de ella.

—No hay que tener miedo —los tranquilizó Decker.

La gente levantó las palmas vacías. Querían mostrar que estaban desarmados, pero parecía inquietante, como si todos estuvieran teledirigidos. Y probablemente lo estaban. Afortunadamente, la mayoría se detuvo. Solo dos, una mujer y un hombre, se acercaron. Decker les hizo un gesto para que se acercaran a él.

—¿Puedo presentároslos? Ellos son Berenike Hill y Matta Okean. Creo que ya los conocéis.

Matta. Ese había sido el hombre de la cara quemada. Ahora parecía joven y fresco. Yini había oído antes el nombre de Berenike, pero no la conocía personalmente.

—Berenike —dijeron Monte y Ximena al unísono.

—Berenike era la jefa del Laboratorio de Astrobiología hasta que decidió dirigir la expedición a las Viejas Madres.

Berenike hizo una reverencia.

—Joder, Berenike, ¿qué te han hecho? —preguntó Fiona.

—¿Qué?

—Soy yo, Fiona. Actúas como una marioneta. ¿Qué te pasa? Eres jefa científica y una de las mejores investigadoras.

—Aquí no hay jefa —dijo Decker—. Pero como astrobióloga, Berenike está en el lugar adecuado. Nunca ha sido tan feliz como en este lugar.

—Nunca he sido tan feliz como en este lugar —repitió Berenike.

Fiona hizo un gesto desdeñoso y se dio la vuelta.

—Tenemos que salir de aquí. Esto es insoportable.

—Lo siento —dijo Decker—. Pero no es posible.

—¿Pretendes retenernos aquí? —Con un movimiento rápido, Ximena proyectó un cuchillo de su dedo índice y se deslizó detrás de Decker para poder sostenerlo en su garganta.

—Primero quiero mostraros la perspectiva —dijo Decker.

—Abre los pasillos detrás de nosotros ahora mismo. Contaré hasta tres. Uno, dos, tres.

No ocurrió nada. Ximena apretó el cuchillo bruscamente hacia ella. La sangre brotó. La cabeza de Decker cayó al suelo.

—¡Vamos, salgamos de aquí!

—¿Adónde? —preguntaron dos voces idénticas. Una provenía de la cabeza cortada a sus pies, mientras que la otra pertenecía a un hombre que era exactamente igual a Decker y se acercaba desde el resto del grupo.

Ximena no dijo nada. Parecía estar contemplando si debía decapitar también al otro Decker.

—Gracias por darme la oportunidad de mostraros una perspectiva real —dijo este, la doble voz aún resonaba en ambas cabezas.

Ximena atacó con el pie derecho, pateó la cabeza y la hizo volar por el pasillo en una larga parábola. Pero el impulso también derribó al androide.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Yini.

—Os ofrezco inmortalidad de verdad. No ese inconsistente saltar de existencia en existencia que hacéis con vuestras biobolsas. Y tolerancia ilimitada. No más conflictos, no más discusiones, solo armonía.

—Así es —dijo Berenike.

—Es celestial —añadió Matta.

—En resumen: no más vida —dijo Yini.

—¡A la mierda contigo! —dijo Ximena, quien se había puesto de pie.

—La única mala noticia es: me temo que no tenéis elección. El futuro de esta misión requiere que aceptéis esta perspectiva.

—No puedes obligarnos —afirmó Yini, pero no estaba nada segura.

—No os obligaré. Decidiréis por vosotros mismos cuando os quitéis los cascos. Tú también, Ximena. Tu tanque interno de oxígeno acabará por vaciarse.

«Joder». Su "padre" tenía razón. No podían respirar de sus suministros para siempre. No había alternativa. Por supuesto, podrían esperar hasta que los tanques se agotaran. Pero no serviría de nada. De nada, sería una tortura innecesaria. Yini se llevó la mano al casco.

—¡No, Yini! —gritó Monte—. Podríamos...

Pero no se le ocurrió nada que ofrecer. Ximena, por su parte, pareció reaccionar de la única forma que sabía. Se precipitó hacia adelante, matando a un humano tras otro. Fue horrible. La gente no se defendió; uno nuevo reemplazaba al masacrado. Habían perdido. La humanidad perecería. Había que poner fin de inmediato a esta violencia sin sentido. Yini abrió el cierre y se quitó el casco. El aire olía maravillosamente fresco.



17 de mayo de 2864, La Montaña

NO REGRESARON. Strube había sospechado que ocurriría. Se había temido lo peor cuando se perdió la conexión por radio. Fiona había prometido volver de inmediato al último lugar con una conexión que funcionara si perdían el contacto. Pero no había vuelto. Ahora que habían pasado veinticuatro horas desde que Decker había conducido al grupo al interior de la montaña, Strube tenía que pensar en las consecuencias para su propia vida.

El hecho era: no sería capaz de soportar la soledad. Mientras la montaña se dirigía a la Tierra, pasaría muchos años solo en la memoria extendida de la *Starbird*. No tendría ritmo diario, porque en este estado no necesitaba dormir. Las estrellas permanecerían rígidas durante meses.

Strube había intentado hablar con el *software* de control, pero era extremadamente taciturno e inusualmente rígido en su programación. Estaba real y verdaderamente solo, y eso le volvería loco más pronto que tarde.

Pero había una alternativa: la muerte. Mientras la *Starbird* siguiera teniendo energía, ese no sería un estado permanente. Cuando volviera a encenderse en algún momento, probablemente se despertaría indemne, como tras un largo sueño tranquilo. Solo tenía que conseguir que el *software* de control le despertara en el momento adecuado. Preferiblemente cuando la montaña se dirigiera claramente hacia la Tierra.

Strube trasladó su conciencia a una zona de memoria que pudiera controlarse por separado. La *Starbird* debía seguir funcionando mientras él estuviera muerto. A continuación, amplió el bucle de mantenimiento del *software* de control. En el futuro, el programa no solo se comprobaría regularmente a sí mismo y al yate, sino que también examinaría su entorno para ver si registraba un planeta rocoso con una luna inusualmente grande. De ser así, sacaría a Strube de su ataúd: reconectaría la zona de memoria en la que se encontraba y su conciencia se despertaría.

El plan tenía buena pinta. Sin embargo, Strube estaba ansioso y lo comprobaba una y otra vez. No quería morir, solo conservar la cordura. Pero ¿era este el plan correcto? Si se despertaba cerca de la Tierra, tendría que ver cómo esclavizaban o destruían a la humanidad. Los últimos humanos que podrían haberlo evitado habían fracasado en el intento.

Bueno, al menos sería capaz de advertir a los humanos. Tenían que saber que no podían confiar en Decker. Tsai Yini lo había aprendido por las malas. Le quitaría a la gente la esperanza de poder negociar con la montaña. Probablemente no les salvaría, pero les ayudaría a centrarse en la defensa.

Estas perspectivas eran suficientes para justificar su despertar. Pero ahora era el momento de morir. Estaba ansioso por ver qué se sentía. Strube nunca había muerto. Vacilante, dio el impulso al programa de control para que desconectara el área de almacenamiento. Cinco nanosegundos después, estaba muerto.



CUANDO KIAN LLEGÓ A LA CUEVA, su cola solo tenía la mitad de su tamaño original. Pero no estaba preocupado. Había reconocido de inmediato a los octaedros que se escondían bajo esta colina. Este era el pantano que conocía de su tierra natal, solo que en una versión mucho más grande. Era aterrador y fascinante al mismo tiempo. En su planeta, la Voz había sido demasiado débil para dominar más que a su grupo. Aquí, había alcanzado una fuerza que

le hacía temblar, aunque la temperatura de la superficie no le había molestado.

Dio otro mordisco a su cola. Consumirse a sí mismo era una estrategia de supervivencia probada para su especie cuando la comida escaseaba. La composición relativamente homogénea de su cuerpo se lo permitía. También era conveniente que solo sintiera dolor cuando quería. Kian estaba seguro de que pronto volvería a estar completo. Donde estaba la Voz, estaba la vida eterna.

Tres estrechos pasadizos más adelante, la encontró. La habitación a la que había entrado por una esquina elevada estaba medio llena de un líquido opaco y viscoso. Esto era, la vida eterna. Kian no sabía cómo funcionaba. Pero cumplía su función. Sin pensárselo dos veces, dejó la jeringuilla que le había dado el extraño híbrido y saltó a la piscina.

El líquido le pareció frío, pero le hirvió el cuerpo. Era una sensación única que había llegado a disfrutar. Primero la extinción, luego el renacimiento. De algún modo, el líquido recordaba cómo estaba compuesto su cuerpo, y en un estado completo, no como ahora con la cola a medio consumir. Clasificaba sus componentes, permitía que se descompusiera y luego lo volvía a ensamblar.

A diferencia de sus amigos o de Mark Decker, conservaba su libre albedrío. Solo se había dado cuenta de eso últimamente. Demasiado tarde. De lo contrario, podría haber sido capaz de evitar que su grupo sucumbiera ante la Voz. Pero había sido demasiado tentador. Los Kasen se habían sentido los elegidos, por encima de los demás. ¡Vanidad! Pero también le había permitido buscar el contacto con los humanos en lugar de tratarlos como alimento. Al final, le había traído hasta aquí.

«No, este no es el final», fue su último pensamiento antes de disolverse en la vida eterna.



6 de noviembre de 2920, La Montaña

¿Qué estaba ocurriendo? Acababa de dar el impulso al programa de control para apagar el área de almacenamiento. Pero seguía despierto. ¿Acaso el impulso no había surtido efecto? Strube volvió a enviarlo. Cinco nanosegundos después, estaba muerto.

Un momento. ¿Por qué seguía despierto? ¿Por qué seguía despierto? «Estúpido programa de control». Tampoco fue muy cooperativo durante la conversación. Strube aumentó la intensidad y transmitió el impulso de nuevo. Pasaron exactamente cinco nanosegundos antes de que muriera.

¡Estúpido programa! Probablemente no quería dejarle morir. Tal vez había algún tipo de circuito de protección que impedía desactivar la memoria. Después de todo, eso podría falsificar los archivos de registro. No había ninguno en su área, pero los comprobó de todos modos. El error tenía que estar en alguna parte.

Pero ¿cuál era? Hace seis segundos, decía el archivo de registro, se había reactivado la zona de almacenamiento porque se habían cumplido las condiciones límite. Algún idiota la había vuelto a apagar tres veces. Strube comprobó los números de identificación del proceso. Pertenecían a un usuario administrador llamado Strube. Él mismo lo había apagado una y otra vez. El idiota era él. Le habría gustado darse una palmada en la frente, pero no era una de sus habilidades.

Cumplir las condiciones límite. Poco a poco se dio cuenta de lo que significaba. Todavía se imaginaba en el sistema Gliese-167, en órbita alrededor de Terra Nova. Pero habían llegado al sistema solar.

«Un momento. No tan rápido». La condición predeterminada para su despertar había sido la existencia de un planeta rocoso con una gran luna. La combinación era rara, pero no única. A Strube se le mostró lo que la *Starbird* sabía sobre el sistema. Constaba de cuatro gigantes gaseosos, el mismo número de planetas rocosos y un cinturón de asteroides que los separaba. La estrella era de tipo G, y el planeta con la gran luna orbitaba en la zona habitable. Además, brillaba casi tanto como un púlsar en el rango de radio.

Era la Tierra hacia la que volaban.

Strube se sumergió de inmediato en las imágenes tomadas por los sensores de la nave. Al parecer, la montaña había dejado atrás la órbita de Marte. La Tierra no parecía haber cambiado. El Anillo celeste seguía siendo claramente visible incluso a gran distancia. Strube no podía saber si el planeta estaba rodeado de muchas más naves de guerra que antes. ¿Dónde estaban los puestos de combate que debían haber instalado los humanos? Seguro que les habían avisado.

¿Y los neomarcianos? Strube cambió de punto de vista. Saturno, cuya luna era Titán, estaba al otro lado del sol. Los neomarcianos probablemente tuvieron la suerte de que la montaña se encontrara primero con la Tierra. Strube ya sospechaba que ignoraría el Planeta Rojo, que había sido completamente destruido en las Guerras Marcianas.

Sonó una señal de alarma. Strube cambió a las cámaras exteriores. ¿Se había dado cuenta Decker de que volvía a estar activo, y venía ahora a incorporarlo a su reino? Pero no había nadie fuera. Strube comprobó la alarma. Se había activado porque alguien intentaba utilizar la interfaz acústica. Alguien quería hablar con él. Imposible. Era el último superviviente que no estaba sometido a la voluntad de la Voz. Pero el código de alarma era claro.

Tal vez su conciencia se había dividido y ahora intentaba hablar consigo mismo a la fuerza. Strube suspiró y activó la comunicación acústica.

—¿Eres tú, Strube? —preguntó, esperando oír su propia voz.

—Soy Kian —escuchó en su lugar.

Era una voz inusual, grave y al mismo tiempo con un fuerte vibrato que ninguna cuerda vocal humana podría producir. Conocía el nombre, por supuesto, por las historias de Ximena y los informes de Decker desde Adad. Pero ¿cómo había llegado el Kasen hasta aquí, a la montaña? ¿Había estado en Terra Nova? ¿Lo había traído Decker? Strube cambió a la cámara del mamparo exterior, pero solo mostraba oscuridad.

—¿Dónde estás, Kian? —preguntó—. Muéstrate, por favor.

—Estoy delante del armario llamado ordenador de control.

¿Qué? ¿El Kasen había entrado en la nave? Debía de ser aún más listo de lo que Decker había supuesto. Strube cambió a la cámara interior y, efectivamente, allí estaba en todo su esplendor. Parecía aún más fascinante de lo que Strube había imaginado. La forma de gato era inconfundible, pero solo mientras no se fijara demasiado en las extremidades y la cola e ignorara las aberturas del abdomen. Pero la cabeza y las orejas... Strube quiso acariciar el pelaje fino del gato. ¿Cuánto hacía que no tocaba nada con sus propias manos?

—Es impresionante —dijo.

—¿Qué es impresionante?

—Que hayas entrado en la nave.

—No fue difícil. Solo tuve que abrir la puerta.

Joder. ¿Por qué no lo habían detenido los controles de la nave? Había dado instrucciones claras de no dejar entrar a nadie, ni a nada que pretendiera ser humano.

Strube rio. En su típica estrechez de miras, no había considerado que otros seres inteligentes también podrían extraviarse en la entrada de la nave.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Kian.

—Me río de mí mismo por ser tan estúpido. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde anteayer, en tus unidades de tiempo.

—¿Por qué has venido ahora?

—Ya estuve aquí una vez, hace cincuenta de tus años. Entonces, los controles de la nave me dijeron que hoy te despertarían. Por eso

he venido.

—¿Pasaste todo ese tiempo ahí fuera? ¿Solo en la oscuridad?

—No, dormí en la cueva. Allí hace más calor y hay oxígeno.

Debió ser una época terrible para el Kasen.

—¿Y de qué te alimentaste?

—De mí mismo. Cuando me agotaba, me renovaba en la vida eterna.

—¿Vida eterna? ¿Tiene algo que ver con la Voz?

—Sí. A través de la vida eterna, la Voz entra en nosotros.

Joder. Lo mismo habría sido invitar a Decker a la *Starbird*. Strube tenía que deshacerse del Kasen.

—No tienes que preocuparte por mí —lo tranquilizó Kian—. Oigo la Voz, pero no tengo por qué acatarla. Me pasa algo.

—¿Sí? ¿Eres inmune? Eso sería estupendo.

—¿Así se dice? Entonces soy inmune. He venido a ti para inmunizar a tus amigos.

—¿Qué? ¿Tienes una idea de cómo podemos sacarlos?

El Kasen sostuvo una jeringa frente a la cámara.

—Contiene un suero que creó X7. Quizá podamos fabricar más.

El sintetizador de alimentos. Podía producir cualquier cosa. Si tenían suerte, incluso un suero.

—Creo que conozco una manera. Pero ¿por qué no viniste antes?

—El programa de control no pudo despertarte antes. Primero necesitaba vislumbrar un planeta rocoso con una gran luna.



—Pita cuando pulso el botón —dijo Kian.

Strube no dejaba de sorprenderse por sus habilidades lingüísticas.

—¿Has cerrado bien la tapa?

—Sí. —Kian volvió a empujar el compartimento y pulsó el botón. ¡Bip! Ahora él también lo oyó.

—¿Dice algo? —preguntó Strube.

—El sintetizador está aquí.

—Quiero decir, ¿hay algo escrito allí?

—¿Escrito? No puedo leerlo. Lo siento. Decker me dijo que es por mis ojos.

Los ojos compuestos. No había pensado que pudieran ser un problema. Strube hizo *zoom* con la cámara, pero tampoco pudo descifrar lo que había en la pantalla.

—Debería haber trajes espaciales fuera de la esclusa. Solo necesito un casco.

La cámara del casco funcionó.

Advertencia. La muestra será destruida durante el análisis, leyó.

—La máquina dice que el contenido de la jeringa será destruido si queremos hacer una nueva.

—¿Podemos pedir que nos hagan dos o tres, entonces? —preguntó Kian.

—Tantas como necesitemos —dijo Strube—. Pero no es seguro que funcione.

—Entonces acabaremos con ninguna, con una o con todas las que queramos.

—Así es. Esas son las opciones. Si no lo intentamos, tendremos una seguro. Pero no sabemos las posibilidades de éxito.

Era una pena que Yini no estuviera aquí. Sin duda ella había probado el sintetizador a fondo.

—Un momento —dijo Strube—. ¿Hay un menú de servicio?

—No sé lo que es.

—Pulsa la rueda.

Strube guio al Kasen a través de los menús. Efectivamente, había un archivo de registro. Strube se desplazó por los menús y se le abrió el apetito de tal manera que podía oír el gruñido de su estómago. El sintetizador parecía ser un modelo de primera categoría. Había implementado recetas muy complejas. Eso hizo que Strube se sintiera optimista, aunque no sabía si las comidas habían tenido buen sabor.

—Creo que deberíamos intentarlo—dijo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Responder sí a la pregunta.

Strube explicó al Kasen qué botones debía pulsar. Se oyó un desagradable ruido de astillas, seguido de un golpe seco. A través de la cámara del casco, vio que la pantalla mostraba una olla de la que salía vapor. Con suerte, la máquina estaba cocinando algo a la altura del original. La barra sobre la olla estaba al principio. Tardaría tres o cuatro horas en extraer la primera jeringuilla.



7 de noviembre de 2920, Ceres

—¿Almirante? Los Arcángeles están listos para la acción.

—Gracias, Hank.

El jefe de la inteligencia neomarciana no manifestaba lo que realmente estaba pensando. Con su típica piel gruesa, carecía de expresiones faciales y por lo tanto, era la perfecta cara de póquer. Solo cuando se esforzaba podía producir algo parecido a una sonrisa.

Hoy, obviamente, no veía ninguna razón para intentarlo, y Marina podía simpatizar con él. Los doce Arcángeles eran una prueba impresionante de lo que la Unión Terrestre y los neomarcianos podían conseguir cuando unían sus fuerzas. Seis terrícolas y seis neomarcianos controlaban estos armatostes de cien kilómetros de largo que habían convertido las industrias bélicas de ambos bloques en fortalezas armamentísticas. Los Arcángeles funcionaban de forma totalmente automática. La tripulación era básicamente innecesaria, pero los asesores psicológicos habían señalado su poder simbólico. Que los humanos se convirtieran en arcángeles para destruir al enemigo era algo que debería infundir valor a todo el mundo.

—En cuanto a nuestras minas especiales... —dijo Hank.

Era raro que el hombre se anduviera por las ramas. Hank Berger era el militar más experimentado de los neomarcianos, y estaba acostumbrado a hacer anuncios.

—¿Sí? ¿Malas noticias?

—Estamos teniendo problemas para mantenerlas en su sitio. Los físicos sospechan que la transferencia de conciencia no fue efectiva.

Las minas eran agujeros negros artificiales, y la primera línea de defensa de la humanidad. Se habían generado en el CERN, en la Luna. Después se les había alimentado diligentemente con materia. Alrededor de la mitad del cinturón de asteroides se había vaciado en el proceso.

Cuanto más pesados se volvían, más problemático era posicionarlos. Los asteroides Arcángel tenían potentes motores. Pero ¿cómo se podía montar algo en un agujero negro? Solo podía ser influenciado por la gravedad de otros objetos. Pero entonces un famoso físico neomarciano llamado Aditya Mukherjee desarrolló la teoría de que la vida consciente podría existir en la interfaz de un agujero negro, en el horizonte de sucesos. Según la ley de conservación de la información, una conciencia que se transfiriera allí debería poder influir en el agujero negro a través de un mecanismo especial.

La teoría nunca llegó a la corriente principal de la física. Sonaba demasiado fantástica, pero a los psicólogos les gustaba. Daría confianza a la humanidad en sí misma si fuera capaz de tales hazañas. Y eso era urgentemente necesario a la vista de las imágenes que habían recibido de Terra Nova. Así que reclutaron a doce personas para que entregaran su conciencia por la supervivencia de todos.

Gaudlitz nunca había creído en esta teoría. Pero ¿quién era ella para contradecir a los psicólogos?

—Me lo esperaba —dijo—. ¿Qué significa para su efecto?

—Tenemos que esperar que el enemigo llegue pronto al cinturón, o se alejarán.

—¿Podría ser peligroso para nosotros? Si chocan y se fusionan...

—No, eso es poco probable. No hemos añadido masa nueva. El material ya orbitaba alrededor del sol en el cinturón de asteroides sin molestar a nadie. Ahora está un poco más concentrado.

Habían establecido una línea de defensa en la órbita del cinturón de asteroides precisamente por esa razón. Neomarte, que estaba mucho más lejos, en la órbita de Saturno, no se había alegrado de

ello al principio. Sin embargo, las fuerzas sensatas de allí se habían dado cuenta de que era imposible defender un volumen con el radio de la órbita de Saturno. Los escáneres de las sondas del espacio profundo habían demostrado más tarde que Saturno estaría al otro lado del sol cuando llegara el enemigo.

Hank Berger (Marina ni siquiera sabía su rango, los neomarcianos protegían con tanto celo sus secretos) muy probablemente moriría después que ella. No le envidiaba. Tal y como estaban las cosas, Ceres sería destruida mucho antes que la Tierra. Al menos ella no tendría que ver cómo esclavizaban a la humanidad. Marina había vivido lo suficiente para su gusto.

—Bien. Al parecer, el enemigo está haciendo lo que queremos —dijo ella—. ¿Hay algo más?

—Te deseo lo mejor, vieja amiga.

Ella sonrió. Hank siempre había sido su mayor adversario, pero también un oponente respetado porque era un profesional. Ahora tenía todo el derecho a ponerse sentimental. Pero no ahondó en el tema. Quería que él la recordara como ella lo recordaba a él.

—Te avisaré si hay novedades —le dijo.



7 de noviembre de 2920, La Montaña

A LA MAÑANA del día siguiente, el sintetizador había producido tres jeringuillas listas para usar. A primera vista, se parecían mucho a las originales. Tenían una aguja metálica y el émbolo parecía ser móvil. Tendrían que probar si el contenido también se correspondía químicamente con el original. No, Kian tendría.

—Ahora tendrás que adentrarte en la cueva, amigo mío —dijo Strube.

—Ya lo sé. Eso no es problema para mí. Sé cómo está construida.

—¿Lo sabes por instinto?

¿Quizá era una habilidad especial de los Kasen? Las descripciones iniciales de Fiona lo habían hecho sonar como un verdadero laberinto.

—¿Por instinto? No. He tenido cincuenta años para explorar los pasillos.

—Se supone que cambian de estructura.

—Cierto. Pero ocurre en ciclos fijos. Si los conoces, siempre puedes encontrar la forma más rápida de llegar al centro de control.

—¿Y tú conoces los ciclos?

—Como he dicho, he tenido cincuenta años.

Era mucho tiempo, incluso para el laberinto más complicado.

—Estos giros son para confundir a los visitantes, ¿no?

—No. Los visitantes no están previstos. Se trata de ventilar regularmente el interior sin perder demasiada atmósfera. El aire

viciado se mueve de celda en celda en lugar de expulsarlo todo de una vez.

Aquello sonaba impresionante y recordó a Strube la astucia con que el cuerpo humano ventila sus células, por ejemplo, con la ayuda de células sanguíneas especiales que transportan gases.

—¿Dónde aprendiste neoterrestre tan perfectamente?

—Aquí contigo, en la nave espacial. Hablé con los distintos dispositivos.

—¿Te hablaron?

—Creo que estaban tan aburridos como yo. Pero no todos eran igual de parlanchines.

—De todos modos, es emocionante hablar contigo, Kian. No te dejes atrapar, y por favor vuelve para que podamos continuar la conversación.



—Ya estoy en la entrada —informó el Kasen.

Strube le había dado el mismo tipo de radio que a Fiona. Ojalá no fuera una mala idea. No había sido fácil adherirla a su cuerpo, así que Kian simplemente se la había tragado, junto con una segunda que intentarían dar a sus amigos.

—Ten cuidado —dijo Strube—. ¿El pasaje parece diferente de lo habitual?

—No. Estoy investigando la configuración actual.

—Buena suerte.

Durante un rato no se oyó nada, excepto algunos chasquidos, probablemente procedentes de las entrañas de Kian.

—Debería llegar al centro de control dentro de veinte minutos.

—Se...

Se ahorró la admonición. El Kasen haría su mejor esfuerzo. Habían acordado que Kian no debía preocuparse por la conexión. Strube no podía ayudarle de todos modos. Pero esta se mantuvo constante.

—Estoy en el centro de control —informó Kian, con un eco en la voz.

Le había explicado qué aspecto tenía. Strube se imaginó un enorme salón de actos.

—No parecen haberse dado cuenta de que estoy aquí.

Eso estaba muy bien, si era cierto. Strube recibió una señal de que una nueva fuente estaba lista. Kian probablemente había activado la cámara del hombro. Su batería solo funcionaría durante una hora pero no era mucho más grande que un grano de pimienta. La habían pegado al pelo de Kian, pero el Kasen sabía dónde estaba y podía quitársela si era necesario.

La sala tenía un aspecto muy distinto en la imagen de la cámara que en su imaginación. Parecía menos tecnológica, más evolucionada.

—Creo que están ahí detrás —dijo Kian.

Apuntó la cámara en una nueva dirección, pero Strube solo pudo ver una cúpula de luz.

—No veo ningún detalle —dijo.

De repente, la imagen se inclinó. Strube solo pudo estabilizarla de forma improvisada mediante *software*. La cámara avanzó lentamente hacia la luz lejana. La luz emanaba de varias lámparas de pie. Había gente sentada delante de varios objetos que parecían pantallas y parecían estar trabajando en ellas. La cámara globular cayó al suelo, rebotó varias veces y se detuvo en medio de la multitud. Nadie le prestó atención.

—Fue un lanzamiento perfecto —dijo Strube—. Veo caras conocidas.

Lo primero que vio fue a sí mismo: a Fiona en su cuerpo. Estaba inclinada sobre una pantalla con una mujer mayor (¿posiblemente Berenike?) discutiendo algo. En la pantalla se veían unas extrañas burbujas. Detrás de ellas, la tierra brillaba en azul. Estaban cerca de casa. Pero aquello, en lugar de alegrarle, le asustó.

Monte y Yini se encontraban más a la derecha. Estaban recostados y murmuraban algo con los ojos cerrados. Parecía que rezaban en sincronía. Debía de estar equivocado. No encontró a

Ximena. El androide habría destacado del grupo. Decker tampoco aparecía por ninguna parte. ¿Eran buenas o malas noticias?

—Veo a unas veinticinco personas —dijo—. En un espacio bastante reducido.

—El medicamento funciona rápido —dijo Kian—. Vi a Decker probarlo.

Strube asintió. Ya habían hablado de esto. Una vez más, no funcionaba lo suficientemente rápido como para que alguien liberado ayudara a Kian.

—Hay demasiados de ellos —dijo el Kasen.

—Es cierto. Tendrás que atraerlos de alguna manera.

—Voy a tratar de encontrar a Ximena. Ella sería la distracción ideal.

También habían hablado del androide. Kian creía que sería tan inmune a la Voz como él. Debieron de dominarla de algún modo y apagarla, o habría seguido matándolos uno a uno, aunque fuera inútil.

Strube desconectó los canales de audio de la cámara y la radio. Así podría seguir a ambos al mismo tiempo. Kian parecía tomarse su tiempo. Eso era muy sensato. Los únicos sonidos que Strube oía procedían de su interior. El Kasen también había bajado su temperatura corporal lo suficiente como para que no se notara en el ambiente de veintitantos grados.

Los humanos parecían estar analizando las defensas de la Tierra. La pantalla que miraba ahora mostraba los esquemas de una estación de batalla orbital. Monte y Yini sin duda podían aportar mucho, mientras que los demás eran de Terra Nova y probablemente no sabían mucho de la Tierra. Con el aterrizaje de la *Starbird*, habían proporcionado a Decker munición para sus malvados planes.

«No eran sus planes», podría decir Yini. Pero era muy difícil para Strube distinguir al humano detrás de la influencia de la Voz. Decker se había reencarnado tantas veces que probablemente solo consistía en el veneno que la Voz inculcaba a todo el mundo. Sin duda sería interesante pesarlo. Con todas las estructuras de silicio de su cuerpo, probablemente pesaba bastante más que un humano normal.

Eso también significaba que las personas influidas por la Voz podían ser diagnosticadas contra su voluntad midiendo su densidad media. Con suerte, nunca tendrían que poner en práctica esta idea.

Ahora había movimiento en la imagen. Apareció Decker. Strube retrocedió en la secuencia de imágenes para ver de dónde había salido, pero parecía que simplemente había entrado en la imagen. ¿Había llegado desde arriba o desde abajo? Había traído a sus discípulos nuevas imágenes, que examinaron juntos en la pantalla. Mostraban la superficie gris de un cuerpo celeste sin vida, surcada por profundas zanjas. Sobre ella se levantaba polvo. Strube pensó en la luna de la Tierra, pero esta luna era mucho más pequeña, como podía verse desde la distancia hasta el horizonte.

La montaña probablemente había atacado a un asteroide. Parecía como si Decker y sus discípulos estuvieran discutiendo cómo optimizar la eficacia y el poder destructivo de sus ataques. Decker no solo quería destruir la Tierra, quería destruirla con eficacia, así que desarrolló para esta tarea la típica ambición que ya había demostrado como científico.

—Decker está con los demás —dijo Strube.

—Intentaré averiguar dónde está su campamento —dijo Kian—. Es el único lugar donde podemos sorprenderle.

Ahora Monte se levantó de su asiento. Bostezó y se estiró. Luego, se agarró el pubis.

—Creo que Monte está a punto de hacer sus necesidades —dijo Strube.

—Eso es bueno para él y para sus amigos, que pueden compartirlo con él.

—Lo has entendido mal. No compartimos momentos íntimos. Así que se alejará del grupo.

—Ah, entiendo. Sería una oportunidad.

—A eso me refiero.

Monte se alejó de la vista de la cámara.

—Se está alejando de los demás —dijo Strube.

—Le veo.

—¿Le ves?

—Una ventaja de mis ojos. Puedo detectar el movimiento particularmente bien.

—Bueno, entonces vamos a mantener silencio de radio ahora.

Kian no respondió. Strube imaginó a la criatura felina agazapada en la superficie y luego persiguiendo a su víctima a grandes zancadas. No se oía nada hasta que Strube oyó un gemido delator.

—Lo tengo —susurró Kian.

—Muy bien.

Monte no dijo nada. Con suerte se despertaría pronto. Strube se inquietó. A partir de ahora, el tiempo corría en su contra. Echarían de menos a Monte y, si no lo encontraban, sospecharían de intrusos. Tenían que darse prisa para atrapar a Fiona y Yini.

—Yo... ¿Qué está pasando?

Era Monte.

—Estás a salvo —dijo Kian.

—Eh, ¿quién eres?

—Shh. Soy el Kasen. Me conoces. Vine con Decker de Adad.

—Decker... Adad...

Monte todavía parecía un poco confuso.

—Soy yo, Strube. Te hablo desde la radio de Kian. Irrumpimos aquí con Yini y Fiona para detener a Decker.

—Yini, recuerdo, la hija de Tailin. ¿Está Tailin aquí también?

Tal vez un poco de motivación sería bueno para Monte.

—Tailin está muerta. Decker es el responsable.

—¿Decker? ¡Ese bastardo! ¡Sigue diciéndonos que quiere la vida eterna para nosotros!

Monte hablaba cada vez más fuerte. Vale, eso era demasiada motivación. Pero en realidad parecía estar reaccionando bastante bien al antídoto. Teniendo en cuenta que había estado expuesto a las estructuras de silicio durante tantos años...

—Cálmate —dijo Strube—. Tienes que volver con los demás para que no se note tu ausencia. Intenta atraer a Yini y Fiona hacia aquí. No mates a Decker sin ayuda. Es demasiado fuerte. Todos aquí morirían por él.

—En realidad, morí por él una vez —dijo Monte—. Eso no significa mucho por aquí.

—Ten cuidado. Piensa en Yini y Fiona.

—¿Tailin está realmente muerta? ¿Lo he olvidado? A menudo he soñado con ella. Recuerdo cómo era su cara.

—Sí, lo has olvidado. Pero ¿tienes idea de dónde se esconde Ximena?

—¿Quién es?

Aquella pregunta podía considerarse sin duda una buena noticia. Si Monte se había olvidado del androide, sin duda se había olvidado de su conflicto.

—Es un androide que podría ayudarnos —explicó Strube.

—Hay un cuerpo metálico inerte en un rincón del pasillo.

—Debe ser ella. ¿Está atada?

—No que yo sepa.

Joder. Entonces debía estar dañada. Repararla allí ante la mirada de Decker iba a ser difícil.

—¿Dónde está? —preguntó Kian—. Puedo ir a buscarla.

—Lo dibujaré.

Strube oyó un crujido. Monte probablemente estaba dibujando con las manos o los pies.

—Gracias —dijo Kian—. Puedo visualizarlo. —Se oyó un sonido ahogado—. Toma, una radio. Está activa y dura cuarenta y ocho horas.

—Gracias. ¡puaj!, eso es resbaladizo. ¿Qué me has hecho? Me siento con la cabeza más clara que en años.

—Decker desarrolló un suero en Adad que actúa contra las estructuras de silicio de tu cuerpo —explicó Strube—. Lo replicamos y te lo inyectamos.

—Muy bien. Estamos usando su propia arma contra él.

Strube no lo había pensado así pero Monte tenía razón.

—Mantente alerta —dijo Monte—. Le diré a Yini que vi un gato por aquí. Seguro que viene conmigo.

—¿Te creerá? —preguntó Strube.

—Le encantan los gatos. Además, la presencia de la Voz parece reducir la inteligencia. Al menos, eso es lo que he notado en mí.

Se hizo el silencio por un momento.

—¿Se ha ido? —preguntó Strube.

—Sí. Alguien viene.



—Eh, ¿qué pasa aquí? —preguntó Yini.

Desde la distancia, Strube pudo ver dos siluetas, presumiblemente Yini y Monte. El Kasen probablemente estaba tirado en el suelo, cerca, o Strube no habría podido seguir la conversación.

—Mira lo que he encontrado —dijo Monte.

—El grupo te echa de menos —dijo Yini—. Ven conmigo. Estás aislado.

—¿No quieres acariciar a este gato?

Una de las siluetas, la más grande, se inclinó hacia un lado.

—Es un Kasen —dijo Yini—. Ya me acuerdo. Mi padre los descubrió. ¿De dónde ha salido? Tendré que informarle. ¿Lo vigilarás? Él estará encantado.

—Espera un momento, Yini. Mira, no se encuentra bien.

La segunda silueta también se encogió.

—¡Ay! —dijo Yini—. ¿Por qué pica...?

Hubo silencio durante un rato. Entonces Strube oyó crujir los dientes.

—¡Cerdo! —gritó Yini.

—Calma, Yini —dijo Monte—. ¡Lo has entendido todo mal! ¡Shh!

—¿Me vendiste a Decker? ¡Siempre fuiste su favorito! ¡Tú...!

—Yo no he hecho nada. Cálmate, por favor, o nos atraparán a todos.

Strube se dio cuenta de que algunos del grupo miraban las profundidades de la sala. ¿Habrían oído algo?

—Ahora tenéis que callaros —dijo—. Atraeréis su atención.

Miró a su alrededor en busca de algo que lanzar como distracción, pero no tenía brazos.

Yini dijo algo, pero Strube no pudo entenderlo.

—¡Dejm! —Se dio cuenta de que alguien le tapaba la boca.

—¡Dejme'jodputa!

Funcionó. No se oyó nada más, y los demás volvieron a sus asientos.

—¡Qué suerte! —dijo Strube.

—Lo siento —susurró Yini—. Estaba un poco... confusa. ¿Qué me pasa? Me siento tan vacía. El grupo ya no está.

—Eres libre, Yini. Ya no estás bajo la influencia de la Voz.

—Pero solo quiere lo mejor para nosotros. Lo sé. Mi padre...

Joder. La Voz parecía haber tenido mucho éxito con Yini. Ojalá que con el tiempo recuperara su antiguo yo.

—Destruirá a la humanidad, a todos los que no se sometan a ella —la interrumpió Monte.

—No puedo creerlo. Es una oferta. Acogeremos a quien quiera venir con nosotros.

—No, Yini. Muchos ya han muerto, y miles de millones morirán en el sistema solar. Te prometo que te mostraré las pruebas en nuestra nave espacial. Pero ahora tienes que confiar en mí. Me conoces.

Yini suspiró.

—¿No puedes mostrarme las pruebas ahora?

—Están fuera, en la nave. Pero si te mantienes alejada del grupo más tiempo, nuestra tapadera será descubierta.

Ojalá Monte no hubiera dicho demasiado. ¿Y si ella le contaba todo a Decker?

—¿Sería tan malo? Me siento como en casa aquí. Somos una gran familia. Eso es lo que siempre quise.

—Quiero tomar mis propias decisiones —dijo Monte—. Pero nunca tuve esa opción. Por favor, únete a mi causa por un día y no me traiciones, y luego te dejaré en paz. Todavía tenemos que salvar a Fiona y al androide.

—Hm. Bueno, vale. ¿Cuánto dura lo que me inyectaste? ¿Y a dónde se fue el Kasen?

Eran dos buenas preguntas. Al parecer, ahora oía a Monte y a Yini por el micrófono de repuesto.

—Kian, ¿dónde estás? —preguntó Strube por la otra línea.

—Creo que he encontrado al androide.

—Muy bien.

—La arrastraré hasta la salida y la dejaré allí.

Nadie echaría de menos a Ximena. Pero se darían cuenta si Monte, Yini y Fiona no estaban.

—¿Y Fiona? —preguntó Strube—. Ella es la última.

—Un momento. Estaré con vosotros en un minuto.

—Kian, ni siquiera estoy aquí. —Por un momento, Strube lo había olvidado. Era como si se hubiera convertido en un pequeño ojo—. Estoy en el yate y observando al grupo a través de una cámara. Tienes que cuidar de Fiona por tu cuenta. Por favor, la necesito.

—No te preocupes. He encontrado un escondite para el androide.

—¿Cuánto crees que durará el suero de Decker? —preguntó Strube.

Yini y Monte seguían respirando el aire de la sala, contaminado con estructuras de silicio. Seguramente volverían a ser presa de la Voz. Necesitaban urgentemente hacer más dosis.

—No lo sé —dijo Kian—. Pero ayuda cada vez menos a medida que pasa el tiempo. La Voz se adapta.

—Tenemos que sacarla de allí mañana como muy tarde —dijo Strube.

—¿Y, Yini? —preguntó Monte—. ¿Me darás una oportunidad? Puede sonar un poco pretencioso, pero la supervivencia de la humanidad depende de ello.

—De acuerdo. El dolor de la separación se ha aliviado un poco. Lo intentaré —dijo Yini.

—¿Has oído eso, Strube? Por favor, haz algo con el androide. Tenemos que llegar a Decker de alguna manera. Una vez eliminado, quizá podamos estrellar la montaña en Marte o Venus.

—Entendido.

Pero primero tenían que rescatar a Fiona.

—Kian, ¿estás de vuelta en el pasillo? —preguntó Strube.

—Sí, he vuelto.

—Monte, ¿puedes separar a Fiona del grupo para que podamos tratarla?

—Para ser sincero, prefiero vigilar a Yini. Si la dejo sola, podría empezar a hablar. Es inestable. Sería mejor que prepararas una segunda dosis para ella.

Al parecer, la gente reaccionaba de forma diferente a los susurros de las estructuras de silicio. Tendrían que tenerlo en cuenta.

De repente, el grupo se detuvo. Algo estaba ocurriendo. Strube no podía verlo, pero debía de haberse formado una abertura en el suelo, porque Decker salía y se hacía más alto a cada paso. Así que estaba escondido en algún lugar bajo tierra.

Decker se inclinó, luego se volvió en semicírculo con el brazo extendido como si estuviera bendiciendo al grupo que estaba a su alrededor.

—Mi querida familia —empezó—. Lo hemos pasado muy bien. —El grupo asintió—. Y tenemos el paraíso por delante. Hemos llegado al sistema solar. Gracias a vuestro duro trabajo, hemos identificado los obstáculos que los débiles están utilizando para detenernos. ¡Imagínense! Veinticinco personas no son nada comparadas con unos cuantos miles de millones, y sin embargo lo son todo. ¡Eso demuestra nuestro potencial! Deberíamos estar verdaderamente orgullosos unos de otros.

Decker se acercó mucho al grupo, saludó brevemente con la mano y, de repente, todos se abrazaron. Entonces Decker volvió a ponerse delante del grupo.

—Mañana será el día decisivo de nuestro viaje. Revelaremos nuestro potencial a la gente. Muchos retrocederán, cegados. Son débiles y no merecen nuestro cuidado. Pero aún más se unirán a nosotros. Nuestra familia crecerá, y eso es motivo de alegría.

Decker terminó su discurso. El final le pareció un poco abrupto a Strube. Nadie se quejó, pero todo el grupo parecía un poco indeciso. Decker también pareció darse cuenta.

—Volved a vuestros asuntos —dijo.

La gente se dio la vuelta y trotó hacia los lugares de los que se habían levantado. El entusiasmo parecía diferente. ¿Se debía a su intervención? ¿Percibía la Voz que algo iba mal? Quizá Monte se precipitó demasiado. No podían confiar en que la eliminación de Decker resolviera todos sus problemas. La Voz seguiría existiendo, como siempre lo había hecho.

Decker parecía tener pensamientos similares, pero probablemente muy diferentes. Observó a cada miembro del grupo

por turnos. ¿Intentaba averiguar quién era el eslabón débil? De repente, sus miradas se cruzaron. Strube se sobresaltó. Decker saltó en su dirección. Tuvo que recordarse a sí mismo que estaba a salvo en la *Starbird*. La oscuridad (presumiblemente la bota de Decker) descendió sobre la pequeña cámara desde arriba. Entonces se cortó la conexión.

—¿Kian, Monte? Decker debe de haber visto la cámara. Eso significa que probablemente sabe que algo está pasando. ¡Tened cuidado!

¿Qué sospechaba Decker? Había sido imprudente por su parte aplastar la cámara en lugar de examinarla. La presencia de la Voz probablemente también había mermado su inteligencia. ¿Y qué había dicho de los obstáculos? ¿Después de todo, la Unión Terrestre y los neomarcianos habían organizado una defensa conjunta? Los sensores pasivos de la *Starbird* no mostraban nada. Pero era posible que se hubieran escondido trampas para tomar a la montaña por sorpresa. Si lo que Decker decía era cierto, el grupo había descubierto esos secretos. Tenía que advertir a la Tierra. Sin embargo, si enviaba una advertencia, Decker se daría cuenta.

—Strube, sugiero que pospongamos el rescate de Fiona hasta mañana —dijo Monte—. La atmósfera es muy extraña en este momento. Si ella se aleja, sin duda se notará. Mantendré silencio de radio por un tiempo. Monte fuera.



El tubo se retrajo y la máquina empezó a funcionar. Kian había cargado el cuerpo de Ximena en la estación médica. La pantalla mostró de inmediato un montón de mensajes de error. El aparato no estaba diseñado para tratar androides. Pero aun así era capaz de producir un tomograma informático adecuado, y ese era precisamente el objetivo de Strube.

El resultado fue sorprendente. Él no había estado presente cuando el grupo fue rodeado en la sala, y siempre se había preguntado cómo habían dominado a Ximena. Su cuerpo no

mostraba signos de daño, aparte del infligido por el choque, que Monte había remendado de forma improvisada. Simplemente no le quedaba energía. Cero.

Incluso el generador de radionúclidos estaba vacío. ¿Cómo era posible? Strube no tenía ni idea. En una batería de radionúclidos, la desintegración radiactiva de elementos pesados generaba calor y, por tanto, electricidad. Sin embargo, la desintegración era puramente estadística. No podía acelerarse. La batería perdía energía en función de la vida media del elemento en cuestión, pero nunca llegaba a cero.

La Voz, sin embargo, había logrado lo aparentemente imposible. Por supuesto, había dejado automáticamente fuera de combate a Ximena. Todo cuerpo dependía de la energía. La buena noticia era que solo tenían que recargarla y volvería a la vida.

Con suerte.

Si el *software* no se había dañado por la pérdida de energía.

—Puedes volver a sacarla —dijo Strube—. Y conéctala a una toma de corriente.



XIMENA TARDÓ MENOS de diez minutos en levantarse de un salto y adoptar una posición defensiva. El movimiento arrancó la clavija del enchufe, y ella volvió a caerse tres segundos después.

La siguiente vez que se despertó fue media hora después.

—¡Alto ahí! —gritó Kian, como le había inculcado Strube, y esta vez Ximena permaneció agachada.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Decker? Voy a buscarle...

—Espera, Ximena —dijo Strube—. Quédate quieta hasta que te recargues.

Su rostro se suavizó cuando se dirigió a ella por su nombre.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy en la *Starbird*? ¿Tenemos a Decker?

Strube puso al androide al corriente de la situación. Su humor empeoraba frase a frase, a juzgar por sus muecas.

—Lo único que recuerdo es un montón de sangre, y luego caí en una especie de charco —dijo—. ¡Lo habría pillado si no hubiera pasado eso!

—El charco te disolvió y te volvió a ensamblar —dijo Kian.

Ximena hizo una mueca pero mantuvo el enchufe en la toma.

—¡Oh, eres tú, Kian! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Os conocéis? —preguntó Strube.

—Sí, del laboratorio de astrobiología —dijo Ximena, y Kian le describió brevemente su viaje.

—Esa piscina —dijo Strube—. ¿Qué es?

—Te disuelves en ella y renaces —explicó Kian—. Así es como sobreviví al vuelo.

—Al parecer, es incapaz de crear o procesar elementos radiactivos.

Kian negó con la cola.

—No lo sabía.

—¿Le pasa algo a mi RTG? —preguntó Ximena.

—Por desgracia, está completamente vacío —explicó Strube—. Tendrás que encontrar otras fuentes de energía.

Ximena se miró a sí misma.

—Las partes biológicas de mi cuerpo tampoco tienen buen aspecto.

—Un chapuzón en la piscina ayudaría con eso. Decker te tenía guardada en un armario refrigerado.

—¿En un frigorífico? Qué humillante. Le haré pagar por eso.

—Lo haremos. Juntos.



8 de noviembre de 2920, Ceres

—¿Todavía estás viva? —preguntó Hank.

Marina Gaudlitz estaba desconcertada. La enorme nave espacial había destruido un Arcángel tras otro sin toparse con ninguno de los agujeros negros. Por supuesto, los agujeros solo eran invisibles a primera vista. Interactuaban a través de la gravedad. Pero el enemigo debía estar buscándolos. Seguro fue Decker, el traidor. Él conocía la masa aproximada del cinturón de asteroides y probablemente había ordenado una búsqueda de los megatones perdidos.

No estaban en los doce arcángeles, así que tenía que ser algo que permaneciera oscuro en todas las longitudes de onda. Ya fuera en última instancia la radiación Hawking la que los había traicionado o su masa por sí sola, el hecho era que el enemigo había estado jugando con ellos. La montaña había utilizado su propia masa para unir los agujeros negros y crear una abertura lo suficientemente grande en el ya de por sí vago anillo de defensa.

—Eso parece —dijo ella—. La cosa probablemente no consideró a Ceres un oponente serio.

—Ojalá lo hubiera sabido antes —dijo Hank—. Siempre supusimos que tu base sería una fortaleza difícil de capturar.

Ahora tenía que sonreír. Su engaño había funcionado. La Unión Terrestre nunca le había dado suficiente presupuesto para ampliar

Ceres porque no temían un ataque de los neomarcianos. Así que había equipado el asteroide con armas falsas.

El nuevo enemigo no había caído en la trampa. Ella lo había comprobado en las bases de datos: Decker nunca había estado en Ceres, pero Monte y X7 sí. Sin duda, la IA no trabajaba con Decker, pero en un cuerpo biológico, Monte era un humano normal que sabía demasiado sobre Ceres.

Así que Marina seguía viva, por la razón que fuera.

—Esta arma que el enemigo está utilizando: mi gente la ha analizado. Creen que es un arma de plasma.

—¿Plasma? ¿Cómo funcionaría eso en el vacío, Hank? Esperaba algo mejor de ti.

—Bueno, la cosa utiliza su propio plasma, que genera en su interior. De alguna manera los iones se pegan y forman enormes cadenas, que luego se ensamblan en estas cintas. Combinan gran calor y energía cinética. Es más eficiente que un arma láser.

—¿Estás pensando en copiar el principio?

—Es demasiado tarde. Tenemos menos de cuatro semanas después de... ya sabes.

Después de que la Tierra fuera destruida, por supuesto.

—Y ni siquiera conocemos el principio por el cual los iones de plasma se aferran unos a otros. ¡Deberían repelerse!

—Bueno, no me preguntes. Deberías haber venido aquí como te sugerí. Así podríamos haber visto juntos el teatro del fin del mundo.

Marina nunca había conocido a Hank en persona. Si alguna vez hubiera ocurrido, probablemente habrían intentado matarse el uno al otro.

—Admito que siempre pensé que llegarían a ti primero. Quería ver una época en la que la Unión Terrestre no estuviera defendida por mi archienemiga.

Hank sonrió, cosa que ella agradeció. La realidad era bastante cruel en ese momento. Por el contrario, su vieja rivalidad familiar se sentía como la vida cotidiana.

—No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo destruyen a los neomarcianos —dijo ella.

El neomarciano ladeó la cabeza.

—Quizá no lleguemos a eso. He oído que están considerando aceptar el ultimátum.

—¿Qué? —Marina se incorporó—. ¿Quieren rendirse?

—Bueno, no me han informado oficialmente (supongo que porque saben lo que pienso al respecto), pero algunas fuentes me han dicho que se está negociando con la Unión Terrestre una declaración conjunta.

¡Eso no podía ser cierto! ¿Los traidores querían ofrecerse como esclavos a estos alienígenas? ¿Quién era el responsable de estas negociaciones, y por qué no había oído hablar de ellas? Presumiblemente por las mismas razones que Hank no había sido informado. ¡Políticos!

—Gracias, Hank. Es una información muy importante. Ahora mismo me pongo a ello.

Hank saludó brevemente y ella terminó la llamada. Debió de darse cuenta de cómo reaccionaría. Consideró brevemente la idea de que él le hubiera mentido, pero eso no tendría sentido. Hank siempre actuaba por buenas razones. Y le había informado para que ella pudiera ayudarle a evitar una rendición.



—Necesito hablar con la presidente Echevaria de inmediato.

—Por supuesto, almirante. Le paso enseguida.

¿Qué? Jean Renier, el secretario personal de la presidente tenía fama de retrasar las llamadas todo lo posible. ¿Y ahora la ponía al teléfono sin chistar? Marina aún esperaba tener que esperar un poco. Violeta Echevaria tenía muchas llamadas que hacer estos días.

—¡Ah, Marina, estaba esperando tu llamada!

Si alguien hubiera predicho que la presidente la saludaría así, Marina se habría reído. Ahora estaba demasiado sorprendida para estallar en carcajadas. La presidente incluso apareció en la pantalla en persona en lugar de estar representada por un avatar.

—Señora presidente, se trata de nuestra respuesta al cobarde y artero ataque...

— ...de la nave extraterrestre, lo sé. Por supuesto, aprecio tu preocupación. Pero me gustaría que echaras un vistazo a algo.

Marina no tuvo oportunidad de objetar. La pantalla se volvió negra. Entonces apareció un asteroide en primer plano. La superficie parecía completamente natural, pero Marina sabía lo que se escondía un metro más abajo. Era uno de los Arcángeles, una construcción impresionante. Ella había visto los diseños iniciales, que solo tenían la mitad de este tamaño, y se había encargado personalmente de mejorarlos para que pudieran hacer frente al enemigo esperado. Conocían el tamaño aproximado de la montaña por las últimas transmisiones desde Terra Nova.

De repente, apareció de la nada una cinta luminosa que parecía ondear con el viento. Su equipo científico había descubierto que estaba alineada con las líneas del campo magnético del campo solar. Parecía inofensiva, pero Marina sabía de lo que era capaz. La cinta envolvió al Arcángel, orgullo de Neomarte y de la Unión Terrestre, una vez en dirección norte-sur y luego en perpendicular, como si envolviera el asteroide para regalo. Luego, dio una sacudida y el cuerpo celeste se partió en cuatro segmentos que se separaron lentamente.

El Arcángel era historia. Marina tragó saliva, aunque ya había visto antes una escena así.

—Al menos solo ha muerto una persona —dijo—. Compensaremos a su familia.

La presidente volvió a aparecer en la pantalla.

—A eso me refiero —dijo—. El enemigo atacó desde una posición fuera del alcance de nuestras armas. Todas nuestras investigaciones me dicen que esta arma probablemente puede ser utilizada contra la luna de la Tierra, la Tierra y Titán también. Ni siquiera necesitamos hablar del Anillo celeste. Pero miles de millones de personas morirán. ¿Has visto esta escena antes?

La pantalla mostraba una escena en el Anillo celeste, que estaba lleno de humo. La gente se había reunido en las grandes plazas. Cantaban canciones antiguas y llevaban pancartas con inscripciones como «¡Paz ya!», «¡No nos sacrifiquen!» o «Sobrevivir es más importante que luchar». Pero también había algunos grupos

(subjetivamente minoritarios) con lemas contrarios como «¡Tierra o muerte!» o «¡Mis hijos no deben ser esclavos!» Las fuerzas de seguridad se apostaron entre ambos bandos pues se producían repetidos ataques entre ellos.

—Solo en el Anillo, esto ya nos ha costado cuatrocientas veintidós vidas —explicó la presidente fuera de cámara.

¿Cómo sería en Neomarte? Sin duda, las fuerzas de seguridad habrían dispersado pronto todas las concentraciones no autorizadas. Pero, sin duda, los neomarcianos no estarían unidos tras la idea de dar la vida por la libertad, que les resultaba igual de amenazadora ante el control irrestricto de la Voz.

—Deberías ver esto también —continuó la presidente.

Una cámara recorrió una gran plaza del Anillo celeste. Un hombre barbudo con el pelo enmarañado apareció en la pantalla de gran tamaño que se alzaba sobre ella y que había estado emitiendo anuncios publicitarios.

—Soy Mark Decker, y os ofrezco paz y vida eterna. Vuestros políticos dirán que traigo muerte y destrucción pero eso es mentira. Os invito a todos a formar parte de algo mucho más grande que...

La transmisión se cortó y apareció un patrón de prueba.

—No sé cómo lo ha hecho, pero se ha corrido la voz. La gente le cree. No todos, pero muchos. Debe ser el miedo a la muerte lo que les motiva. ¿Ahora entiendes por qué tuvimos que negociar? Decker fue capaz de introducir un mensaje similar en el sistema de comunicación de Neomarte. He estado en contacto con el director Yunus desde entonces.

—¡Pero Señora presidente, es demasiado pronto para eso! Mi contacto en la nave enemiga podría...

—¿Cuándo fue la última vez que supiste de este contacto? ¿Estás segura de que la persona está siquiera en la nave?

—Hemos reconstruido todas sus rutas. Solo puede estar allí.

—Con el debido respeto, almirante, la persona ha tenido muchos años para eliminar el peligro. No tuvo éxito. En algún momento se vuelve demasiado tarde. Ya hemos acordado un plan de paz con el atacante.

—¿Plan de paz?

—Bueno, ese es su nombre oficial. No ocultaré el hecho de que es más bien una rendición. Pero los medios lo llamarán plan de paz. Si no surge nada, nosotros, los gobiernos de Neomarte y la Unión Terrestre, abordaremos la nave pasado mañana para firmar todos los documentos. Conservaremos cierto grado de independencia.

—¿Y qué entregaréis a cambio?

—Produciremos naves espaciales con las que está prevista una rápida expansión. Los humanos se convertirán en la especie dominante en este sector.

—No los humanos, sino lo que los controla.

—Lo que sea. Es un trato hecho. No quiero que nos pongas ningún obstáculo. De lo contrario, tendría que tomar medidas contra ti, Marina.



8 de noviembre de 2920, La Montaña

—Me encuentro bastante mejor —dijo Ximena.

El androide salió del líquido. Al agacharse para alcanzar su ropa, una gota se desprendió, voló por el octaedro, golpeó a Kian en la cola y le hizo un agujero.

—Ten cuidado —dijo Kian—. Usa la toalla.

Solo quedaron jirones de la tela con la que Ximena se estaba secando. Strube estaba impresionado. Se mantendría alejado de aquellos charcos si volvía a tener un cuerpo. Ximena se vistió. Tenía un agujero en la manga derecha, donde no se había secado bien. Kian le pasó el dispositivo móvil de almacenamiento de energía que había sacado de uno de los ordenadores siguiendo las instrucciones de Strube.

—Todavía estoy medio llena —dijo ella.

Era evidente que la piscina era capaz de soportar el químico almacenado. Era comprensible, ya que trabajaban con compuestos comunes como los que se encuentran en los sistemas biológicos.

—Para estar seguros, cárgate, Ximena —recomendó Strube.

Ahora siempre la llamaba por su nombre; ella reaccionaba mucho más complacida cuando lo hacía. ¿Qué le había pasado a la fría asesina X7?

—De acuerdo.

Esperaron. Era impresionante lo joven y fresca que parecía Ximena.

—Suficiente —dijo.

—Dejaremos la memoria aquí —dijo Strube—. Puede que tengas que cargar con Fiona en el camino de vuelta.

—No te preocupes, Strube —dijo Ximena—. Recuperaremos tu cuerpo.

Strube negó mentalmente con la cabeza. No se trataba del cuerpo. Era a Fiona a quien quería mantener a salvo.



Esta vez estaban mejor equipados que en su primer intento. Tenían siete jeringuillas cargadas con el suero, además de una docena de pequeñas cámaras de radio y tres máscaras respiratorias, que Kian equilibraba hábilmente sobre su cola.

—Yo iré por arriba —dijo Ximena cuando llegaron a la sala, señalando al techo.

Strube asintió, aunque nadie podía ver. Tenía dos posiciones de observador: en la punta de la cola de Kian y en el hombro del androide. Ahora estaba convirtiendo varios de sus dedos en garras. Mientras ella trepaba por la pared, él tuvo que cambiar a la cola de Kian para no marearse. Cuando Ximena estuvo encaramada, él simplemente se imaginó que estaba sentado en una cámara voladora.

Ximena avanzaba mejor que Kian, probablemente porque le preocupaba menos ser descubierta. ¿Quién iba a vigilar el techo en busca de intrusos? Strube pronto se vio a sí mismo en el suelo. Se reconoció por la calvicie masculina que había desarrollado a los veinte años. Su madre siempre había afirmado que nunca encontraría novia por ello, y de hecho no la había encontrado. Sin embargo, no se debía a la falta de pelo, sino más bien al hecho de que se desplazaba constantemente.

—Oh —dijo Kian.

Strube cambió de cámara. Se acercaba una persona. No era uno de sus amigos, y era evidente que se había fijado en Kian. Como ahora estaba presionando la parte superior de su cuerpo contra el

suelo y moviendo la cola como un gato, Strube tenía una buena vista. No se veía a nadie más.

—Estás solo —susurró.

Kian dejó escapar un ruido que sonó como un maullido. Si el Kasen se parecía a un gato, bien podían aprovecharse de ello, habían decidido, y enseñaron a Kian todo lo que necesitaba saber. Había sido idea de Yini. Tal vez no estaba completamente perdida después de todo.

—No hagas eso —murmuró la desconocida, que ahora estaba de pie justo delante de Kian. Él era claramente más alto, pero ella no parecía tener miedo. ¿Quizá eso era normal cuando se había alcanzado la inmortalidad?

—No eres un gato. Eres un Kasen. ¿Qué estás tramando? Pero di la verdad, o llamaré a Decker.

La mujer sonaba como si no estuviera siendo controlada por la Voz. También parecía mucho mayor que los demás. Strube le calculó por lo menos setenta años.

Kian dejó escapar un rugido.

—Estoy segura de que me entiendes —dijo la mujer—. Así que no me vengas con chorradas. Conozco los informes. Los Kasen vive en Adad. Debiste haber venido de allí, de la estación espacial, y seguramente aprendiste neoterrestre de Decker. Pero ¿por qué no te ha mostrado a nosotros todavía? ¿Escapaste de él? No te preocupes: si dices la verdad, no te traicionaré.

—Dile la verdad —susurró Strube en el micrófono—. Pregúntale por qué no atiende a la Voz.

—Soy Kian —dijo el Kasen—. Estamos aquí para matar a Decker y destruir a la montaña.

Ay. Kian estaba tomando «decir la verdad» demasiado en serio. Pero ahora estaba hecho. Sin embargo, la mujer no reaccionó con horror, sino que sonrió.

—Casi había perdido la esperanza —dijo—. Espero que lo consigas. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Cómo lograste escapar de la Voz? —preguntó Kian.

—No lo sé. Al principio su efecto era fuerte, pero de algún modo me adapté a ella. Tengo un sistema inmunológico artificial. Me lo

instalaron cuando estuve a punto de morir de cáncer de médula ósea. Es un invento neomarciano. Nada era demasiado caro para mis padres. Nunca he estado enferma desde entonces.

Eso era interesante. El sistema inmunológico debió haber tomado la lucha contra las estructuras de silicio y ganó. Debió funcionar como una inyección permanente con el suero.

—También descubrí que la tan pacífica Voz fue responsable de la muerte de mi amigo Matta. Parece que ahora vive entre nosotros, pero no es así. Han sustituido su personalidad.

—Así es cuando se está bajo la influencia de la Voz —dijo Strube.

La mujer miró a su alrededor, sorprendida, hasta que Kian señaló su cola.

—Ah, tenemos un espectador —dijo, pero no pareció disgustada.

—Por cierto, se puede revertir —añadió Strube—. Al menos temporalmente. Usamos un suero que desarrolló el propio Decker.

—Eso me gusta —dijo la mujer—. Soy Lena Hill.

—Yo soy Olaf Strube. Estoy en una nave espacial en la superficie.

Omitió el hecho de que no tenía cuerpo, y también que era un soldado profesional con el rango de teniente primero. No sabía por qué.

—¿Así que sois dos?

Strube se lo pensó un momento. Pero Lena Hill parecía honesta, y su historia era creíble.

—No, también está Ximena. Ahora mismo está trepando por el techo por encima de nosotros.

—¿Y qué vais a hacer? Matar a Decker podría ser difícil en este momento. Se ha atrincherado en su agujero, casi como si no confiara en la Voz. Y probablemente tenga razón. En caso de emergencia, lo sacrificaría sin dudarlo. No es más que una herramienta.

—Queremos darle una de nuestras inyecciones a alguien, una amiga. Se llama Fiona, pero está en el cuerpo de un hombre.

«En mi cuerpo». Pero esa frase no fue expresada.

—Ah, Fiona. Se reveló, por supuesto. No hay otra manera en el grupo. Aunque es bastante... estricta.

—¿Estricta?

—Se asegura de que todos hagamos nuestro trabajo, casi como si fuera la segunda al mando de Decker. Espero que el suero funcione en ella.

Strube asintió mentalmente.

—¿Hay alguna manera de atraerla aquí?

—Pensaré en algo, lo prometo. Es mejor que esperéis aquí.



Mientras el Kasen esperaban el regreso de Lena, Strube miró por encima del hombro de Ximena. Ella se había sujetado al techo casi en el extremo opuesto de la sala. Así tenía la mejor vista del grupo.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—Hay una abertura en el suelo por la que Decker puede descender.

—¿Una puerta?

—No, un octaedro que tiene que girar de cierta manera para que se abra un pasadizo.

—¿Eso hace alguna diferencia?

—Podríamos atravesar una puerta. Un octaedro sólido es un verdadero obstáculo. Tenemos que pillarlo cuando el pasaje esté abierto.

Eso no era bueno. Si las cosas se ponían feas, lo único que Decker tenía que hacer era retirarse a su escondite.

—¿Y Yini? —preguntó.

—Mira, allí a un lado, el ordenador que parece una pantalla de radar.

Esa era Yini. Llevaba una larga trenza oscura. A su lado había un hombre alto, probablemente Monte.

—Monte la cuida mucho. Nunca se separa de ella.

—Ella es inestable —dijo Strube.

—Necesita una segunda dosis, con urgencia. He pensado en saltar, ponerle la inyección y volver a desaparecer de inmediato.

—Eso es bastante arriesgado.

—Según mis cálculos, hay un treinta y ocho por ciento de riesgo de que me descubran. Pero si ella sucumbe ante la Voz, nos tienen al cien por cien. Deberíamos habernos deshecho de ella enseguida.

—¿Estás loca? No eliminaremos a nadie aquí.

—De todas formas, ya es demasiado tarde. Se notaría al cien por cien.

—Si alguna vez se te ocurre deshacerte de alguien, pregunta primero, ¿vale?

Ximena no contestó. Strube suspiró. Ella era lo que era. Pero ¿deberían atreverse a darle a Yini la segunda dosis?

—Ya viene —dijo Kian por el otro canal.

El Kasen le liberó de sus pensamientos sobre Yini. Strube volvió a cambiar a la cámara de Kian. Era él, su cuerpo. El pelo le caía sobre la frente. Parecía como si Fiona hubiera intentado peinárselo, algo a lo que Strube había renunciado hacía tiempo.

—¿Qué coño es esto? —maldijo—. ¡Eh, venid todos aquí!

Joder. Aquello parecía haberse ido a la mierda. De repente, Fiona saltó hacia él. No, el Kasen había saltado en dirección a Fiona.

—¡Ay! ¿Qué...?

Desapareció de la vista por un momento, pero luego Strube la vio de nuevo. Estaba tumbada sobre la espalda del Kasen, quien la sujetaba con la cola. La cámara estaba presionada contra la espalda de Fiona. Strube solo podía oír, y no le gustaba lo que oía: voces fuertes que no pertenecían ni a Monte ni a Yini. Se estaban acercando. Al parecer, el Kasen tenía dificultades para escapar de ellos debido a la baja gravedad.

—¡Eh, por aquí!

Era la voz de Lena. Strube cambió a la cámara en el hombro de Ximena. El grupo de abajo se había detenido, indeciso sobre a quién debían perseguir.

—Ximena, tírame ahí abajo —dijo él.

El androide le dio un manotazo en el hombro. La cámara se soltó y cayó al suelo, muy cerca de Lena. Strube tenía una vista panorámica de la acción.

—¡Los incrédulos están aquí! —gritó Lena aún más fuerte—. ¡Soy yo! Ja, cabrones, no os habré engañado de verdad, ¿o sí?

Su estrategia tuvo éxito. La mayoría del grupo se dio la vuelta. Lena se movió hacia el otro lado, pero desde allí no estaba lejos de la pared. Ximena bajaba lentamente. ¿Pretendía ayudar a Lena? No, en lugar de eso se había hecho lo más pequeña posible. Monte y Yini no habían ido con el grupo. Ximena estaba a la sombra del ordenador en el que trabajaban, aunque más bien parecía que Monte estaba obligando a Yini a no apartarse del ordenador. Ximena saltó, levantó el brazo en pleno salto, giró en el aire y clavó la jeringuilla en el muslo de Yini. El émbolo no había sido empujado hasta el fondo, pero Monte reaccionó con la velocidad del rayo e inyectó el resto de la dosis en el muslo.

Ximena agarró a Monte por las caderas con el brazo derecho y a Yini con el izquierdo, y tiró de los dos cuerpos que se retorcían hacia arriba. Los sujetó por debajo de los brazos y corrió tan rápido como pudo.

Tenía buena pinta. Kian había aprovechado la maniobra de distracción de Lena para sacar ventaja. Cuando la cámara de su cola volvió a mostrar una imagen, había llegado a la salida del laberinto. Fiona estaba bastante tambaleante sobre sus pies, pero no hizo ningún intento de huir.

—¿Qué... qué has hecho? ¡Eres el Kasen! Te conozco.

Kian le explicó lo más brevemente posible lo que había sucedido. Justo entonces, Ximena llegó corriendo con Yini y Monte. Los tres humanos, el androide y el Kasen estaban a salvo, así que Strube volvió a cambiar de cámara a la ubicación de Lena Hill. Debía de haberse perdido algo, porque Decker estaba de pie frente a ella y debía de haber terminado otro de sus discursos.

—¿Quieres renunciar a la vida eterna? —le preguntó a Lena.

Lena no contestó. No tenía ninguna posibilidad. Strube sospechaba lo que iba a pasar, pero no apagó la cámara. Se lo debía a la mujer.

—Bien, tu comportamiento habla por ti. Con esto, te privo de la vida eterna.

Decker levantó un arma larga, estrecha y de brillante plateado con ambas manos, la desenvainó y le cortó la cabeza. El movimiento parecía casi profesional, como si lo hubiera practicado muchas veces

antes. Strube gritó. La cabeza cayó al suelo con el retraso típico de la baja gravedad.

—¡Y pobre de aquel que arroje siquiera un pelo de ella a la fuente de la vida! —gritó.

Strube estaba a punto de cortar la conexión cuando se dio cuenta de que algo sucedía en la pantalla. Un asteroide (el tamaño era difícil de calcular) estaba siendo impactado por una especie de cinta plateada. El material atravesó la roca como si fuera mantequilla y partió el cuerpo celeste por la mitad. Pero, obviamente, no fue suficiente. La cinta se enrolló primero en la mitad izquierda, luego en la derecha y repitió el proceso. Fue como partir un huevo en cuatro cuartos separados. En el centro, en lugar de una yema, había una máquina que parpadeaba y humeaba.

Fue entonces cuando Strube lo adivinó. Lo que estaba viendo en la pantalla era la destrucción de las estaciones de defensa de la humanidad. En lugar de construir acorazados, aparentemente habían convertido asteroides para ponerlos en el camino del enemigo. Pero estaba claro que no tenían ninguna posibilidad. La tecnología que las estructuras de silicio habían desarrollado a lo largo de millones de años era muy superior a la de los humanos. Strube no podía apartar la vista de aquel espectáculo. Por cruel que fuera, si aquellas bandas de energía golpeaban la luna terrestre, el Anillo celeste o incluso la Tierra, las consecuencias serían aún más dramáticas.

La imagen se desvaneció y dejó paso a otro asteroide. Una banda plateada apareció en la pantalla desde un lateral, avanzando hacia el cuerpo celeste gris. Strube se ahorró el final. La montaña estaba atacando sistemáticamente los últimos bastiones de la humanidad, y él no había sentido la menor vibración, ni había podido detectarla con los sensores de la *Starbird*.



ESTABAN REUNIDOS DE NUEVO. Pero ¿a qué precio? Strube miró a su alrededor a través de las cámaras de a bordo. Yini, Fiona y Monte estaban sentados exhaustos en el suelo de la esclusa. Decker sabía

ahora que estaban aquí. Pero ¿qué significaba eso? Las armas de la montaña no podían hacerles daño aquí. Decker solo tenía a su gente y a sí mismo, y la *Starbird* estaba muy bien defendida. Si alguien se acercaba, se daría cuenta a tiempo.

—Creo que Decker nos dejará en paz y esperará que hagamos lo mismo.

—No podemos hacer eso —protestó Yini.

Después de la huida, aún había expresado dudas, pero entonces Strube les había enseñado todas las imágenes. La destrucción de los asteroides les había impresionado, pero cuando mataron a Lena, todos se habían puesto pálidos e incluso habían vomitado. Strube se alegró de no tener que oler el aire de la esclusa. El hecho de que los demás no salieran revelaba lo agotados que estaban.

—Tenemos que cazarle —dijo Fiona.

Aunque no había dicho nada al respecto, Strube estaba casi seguro de que se sentía culpable. Al menos le había resultado más fácil separarse de los susurros de la Voz. El hecho de que los tres respiraran ahora el aire puro de la *Starbird* le tranquilizó. No obstante, hizo que Ximena produjera más dosis del suero. El sintetizador de alimentos trabajaba sin cesar en ellas, pero ninguno de los tres humanos tenía hambre de todos modos. Strube había tenido que obligarles a beber algo y a comer unos palitos salados de una lata.

—Tengo algo que deciros —empezó Monte.

Ximena atravesó la puerta de la esclusa y él se calló.

—Sigue hablando —lo incitó Yini—. Ella nos sacó, así que ahora está con nosotros.

—Ella no me gusta —manifestó Monte.

—Tienes buenas razones —convino Ximena.

—A mí me caes bien —dijo Yini.

—No tienes ninguna razón para ello.

—No funciona así —dijo Yini—. Ahora vamos, Monte. ¿Qué ibas a decirnos?

Monte negó con la cabeza y miró a Ximena.

—Es demasiado peligroso.

—¿Qué gilipollez es esa? —Yini estaba visiblemente enfadada.

—Él tiene razón —dijo Ximena—. Es todo un riesgo.

Monte la miró fijamente como si estuviera a punto de abalanzarse sobre ella.

—¿Qué coño está pasando?

—Tiene los planos del arma de taquiones. Eso es lo que pasa. Se los dio tu madre.

—Sé que los tiene escondidos en alguna parte —dijo Yini—. No me estás diciendo nada nuevo.

—No, los tiene aquí con él. Podríamos enviar los planos por radio a la Luna, y los investigadores de allí podrían construirla y utilizarla para sacar esta nave del tejido del espacio-tiempo.

—¿Qué? ¿Por qué no sé nada de esto? —preguntó Yini.

—Lo siento —dijo Monte—. Pero probablemente tú también morirías. Le prometí a tu madre...

—¡Puaj!, Monte. Confiaba en ti.

—Lo siento. Pero no podemos. No podemos usarlos.

—Podríamos hacer una escapada rápida en la *Starbird* después —dijo Fiona—. Eso no sería ningún problema.

—Estoy muy disgustada porque no me informaste, Monte. Pero tienes razón. Es demasiado peligroso. He visto los informes de anomalías espacio-temporales. Incluso estuve en una. El universo ya es inestable, y la humanidad tiene la culpa. Las constantes violaciones de la causalidad... Deberíamos renunciar a nuestros transmisores de taquiones. Tal y como están las cosas, arrancar un trozo tan grande de masa de la realidad podría desencadenar una reacción imparable. La destrucción de la Tierra es, con mucho, el mal menor.

—Un momento —dijo Fiona—. ¿Tenemos el arma definitiva contra la montaña, pero se supone que no debemos usarla?

—Miles de millones de personas morirán si no hacemos nada —argumentó Strube.

—¿Quieres ser responsable de la destrucción del universo? —preguntó Yini—. Todos los humanos morirán de todos modos, junto con todas las demás civilizaciones que desconocemos. Ni siquiera lo verán venir, porque se propagará a la velocidad de la luz.

—¿Cuán probable es eso? —preguntó Fiona.

—No lo sé —respondió Yini—. Es imposible de predecir.

Fiona se rio:

—¿Prefieres esclavizar a la humanidad por una corazonada? Monte, ¿por qué no dices algo?

Monte bajó la mirada.

—No lo sé. No estaba pensando en eso.

—Monte quería salvaros de otro peligro —dijo Ximena—. A saber, el riesgo de que la única IA real de la humanidad pudiera entrar en posesión de esta arma.

—¡Jajaja!

—¿Por qué te ríes, Fiona? —Ximena frunció el ceño.

—Si la humanidad solo escucha a la Voz, tendrás un problema.

—Es cierto, pero no tiene gracia. Ya no puedo usar el arma para chantajearos.

—¿Entonces?

—Entonces, estoy a favor de usarla.

—Pero entonces tendrás que dejársela a los humanos —dijo Fiona—. Nunca volverás a poseerla.

—Eso parece. Un conflicto de intereses que tendré que resolver de alguna manera.

—¿Cómo?

—Cuando encuentre la manera, te lo haré saber.

—Muy amable por tu parte. Así que puedo decir que dos de nosotros estamos a favor de usar el arma de taquiones y dos están en contra.

—Por cierto, sigo aquí —dijo Strube.

—Ah, es verdad. Lo siento. Entonces, ¿a favor o en contra?

—Yo estoy en contra. Supongo que eso hace que la mayoría esté en contra.

—Strube, siempre pensé que eras un tipo sensato —dijo Fiona.

—En realidad estoy a favor —dijo Monte—. Esa cosa de ahí me acaba de convencer.

—Soy Ximena.

—Ximena me convenció. Si no se apodera del arma, estoy a favor.

—¿Así que estás de acuerdo conmigo? —preguntó Ximena.

Monte asintió a regañadientes.

—Bien, entonces está decidido —dijo Fiona—. La mayoría está a favor.

—Todavía no le hemos preguntado a Kian —dijo Yini.

—Oye, tienes que aceptar cuando has perdido —dijo Fiona.

—El Kasen es parte del equipo —añadió Strube—. Sin Kian, ni siquiera estarías aquí, Fiona.

Fiona se cruzó de brazos.

—Muy bien. Kian, ¿estás a favor o en contra del uso del arma de taquiones?

El Kasen, que estaba al otro lado de la esclusa, se giró.

—No podemos arriesgar la existencia del universo. Estoy en contra.



9 de noviembre de 2920, Ceres

—No sé qué hacer.

Era la primera vez que Marina Gaudlitz pronunciaba esta frase, y fue a su archienemigo Hank Berger.

Hank se limitó a asentir. Debía de haberse quedado sin ideas. Marina, sentada sin decir palabra frente a la pantalla, miraba fijamente a su homólogo. Era bueno ver a una persona de ideas afines frente a ella.

—Creo que hemos perdido —concluyó Hank finalmente—. Ya no luchan ni nuestras tripulaciones de élite.

La pantalla se volvió negra. Entonces aparecieron varias naves en el borde izquierdo. Marina reconoció las formas corpulentas de las corbetas neomarcianas que tan duros golpes habían infligido a la flota terrestre en las Guerras Marcianas. Las contó. Era un grupo de batalla completo de quince naves. Marina sonrió. Según las estadísticas oficiales, los neomarcianos no tenían más de una docena, y cinco o seis habían sido destruidas en Terra Nova.

—No te rías —dijo Hank—. Todavía teníamos unas cuantas... como se suele decir, reservas ocultas.

Las naves se acercaron en formación hacia un enemigo corpulento que voló a la vista desde el otro lado. Hasta el momento no habían disparado, pero de repente la corbeta que encabezaba la formación cambió de rumbo. Se salió del plano de la eclíptica en una hipérbola, como si hubiera decidido dirigirse a un sistema solar

completamente distinto. Las dos naves que la seguían redujeron inicialmente su distancia para acortar distancias, pero luego también se desviaron. Poco después se desató el caos. Una nave de la última fila incluso disparó a otra, que mantuvo su posición de combate.

—Esto no es solo un motín, es una guerra civil —dijo Marina.

—Toda la formación esté en motín —dijo Hank—. Los puse ahí porque no podía soportar la reacción de nuestros mandos. Eran voluntarios, pero como puedes ver, también se acobardaron. Ya nadie cree en la victoria.

—¿Y qué? No es por eso por lo que la gente se deja esclavizar, ¿verdad?

—Eso decimos tú y yo, pero estamos en minoría.

Marina inspiró y espiró profundamente. Aún albergaba la absurda esperanza de que X7 cumpliera su misión. Pero como era una verdadera tontería, prefirió no contárselo a Hank.

De repente, una puerta se abrió tras él. Marina se dio cuenta un segundo antes que él. Varios hombres armados, contó cinco, entraron en el despacho de Hank.

—Hank Berger, queda arrestado por motín.

Marina intuyó lo que estaba a punto de ocurrir. Hank metió la mano en su bolso. No sabía lo que contenía ni podía verlo. Lo mismo ocurrió con los pistoleros que intentaban detener a Hank. Tres de ellos apretaron los gatillos de sus pistolas. Las agujas Taser y dos balas alcanzaron a Hank en el pecho. Las dos balas salieron de su espalda, que Hank giró hacia ella. Cayó al suelo. Uno de los atacantes se dio cuenta de que aún había conexión y la apagó.

Marina se dio la vuelta. Pero era poco probable que se tratara de una acción coordinada. Estaba fuera del alcance de la presidente en la Base de la Flota de Ceres, y Violeta podía contar con que Marina nunca se rebelaría abiertamente.

Con suerte, X7 lo haría por ella.



9 de noviembre de 2920, La Montaña

Monte dio unas cuantas caladas a la botella para asegurarse de que el traje espacial le protegía adecuadamente del vacío. A continuación, cerró el mamparo exterior y se alejó. Su destino era el transbordador accidentado. Tenía un sistema de transmisión que funcionaba, aunque la antena seguía apuntando a la *Starbird*. Habían transferido a Strube.

Buscó el chip de memoria. Estaba en el bolsillo exterior de su traje espacial. Cuando sintió el ligero bulto en el tejido rígido, se le apretó el estómago. Era un remordimiento de conciencia. Ayer se habían sentado y habían hablado durante un rato. El chip había hecho la ronda. Yini se lo había pasado a Fiona como una patata caliente. Ximena lo había examinado durante un rato muy largo. Nadie había cambiado de opinión.

Le había prometido a Yini que no anularía la decisión del grupo. Pero un punto muerto no era una decisión. Era una vacilación, y eso era exactamente lo que no necesitaban ahora. Fuera cual fuera el camino que tomasen, necesitaban decisiones claras. Alguien tenía que romper el estancamiento, y si él iba a ser el imbécil que se pusiera a sí mismo a ello, al menos la decisión debería ir en su dirección. Eso era lo justo, ¿no?

No era justo cuando pensaba en Tailin. Los padres de Yini en el Anillo le habían entregado los planos para que se los llevara. Tailin, sin embargo, se habría puesto del lado de su hija. Ella misma había

recopilado los numerosos casos de alteraciones del espacio-tiempo. Y los casos eran reales. Pero ahora el universo les había dado una única arma contra esta amenaza destructiva, ¿y no debían usarla? No podía aceptarlo, aunque Yini lo considerara una traición. Los miles de millones de personas a las que probablemente estaba salvando se lo agradecerían.

Atravesó la superficie a grandes saltos. Había recorrido quizá la mitad de la distancia cuando salió la luna. Monte no pudo evitar detenerse. Era tan agradable poder mirar la luna de nuevo. Parecía mucho más pequeña que el asteroide que Strube les había mostrado en el videoclip. En su mente, Monte vio una banda plateada que envolvía la luna y la dividía en cuatro partes.

No, no llegaría a eso. Siguió corriendo. Mejor dicho, intentó correr, pero un terrible dolor en la espalda se lo impidió. Monte cayó hacia delante. Sus miembros temblaban. Le salía espuma de la boca. Se mordió la lengua varias veces. Algo le pinchó brutalmente en el costado. El impulso le retorció el cuerpo. Un hombre estaba sobre él, sonriéndole en la cara. Era Decker. En la mano sostenía un arma primitiva de la que colgaban largos hilos brillantes.

—No me esperabas, ¿verdad? —Monte oyó su voz en el casco. Decker había encontrado la frecuencia de radio adecuada. Obviamente, se había preparado bien—. Sabía que podría atraparos uno a uno. El grupo quiere verte. Tengo mucha curiosidad por ver si te perdonarán tu traición. Espero que no.

—Vas a morir, bastardo.

—Esa es una amenaza ineficaz frente a la vida eterna. ¿Qué estabas haciendo aquí?

Monte negó con la cabeza. No dejaría que Decker tuviera el arma de taquiones. Decker arremetió contra él y le dio una patada tan fuerte en el costado que su cuerpo rodó varias veces. Los hilos del arma, que habían perforado su traje, le impidieron seguir volando. Monte esperaba otra patada, pero Decker se limitó a darle la vuelta.

—Cuando te reincorpores al grupo, nos lo contarás todo de todos modos. Por eso no me importa que te niegues. Nunca me ha gustado tu cara. Siempre has estado demasiado interesado en mi hija. Yini es mía, ¿entiendes?



9 de noviembre de 2920, Starbird

—¡Tienes que levantarte! —gritó una voz.

Yini abrió los ojos. Era Strube.

—¿Qué pasa? —preguntó. Al mismo tiempo, la puerta de la habitación del expropietario se abrió de golpe y entró Ximena.

—Monte se ha ido —dijeron Strube y ella al unísono.

«Joder. ¡Ese traidor!» El corazón de Yini latía rápidamente. ¿Era rabia o decepción? Probablemente ambas cosas.

—Va a enviar los planos a la Tierra desde el transbordador, ¿no?

—Eso parece —dijo Ximena.

—No, no lo creo —dijo Strube.

—¿Qué quieres decir?

—Se fue con la unidad de almacenamiento, hace unas tres horas —dijo Ximena—. ¿Qué crees que significa eso?

—No está en el transbordador —dijo Strube—. Pude establecer contacto con él. Eso significa que la antena sigue apuntando hacia nosotros, no hacia la Tierra o la Luna.

—Puede que haya encontrado otra y la haya montado —dijo Ximena.

—Tampoco hay nada en el registro del transmisor sobre eso. No me digas que podría haber manipulado el registro.

—No pudo haber manipulado el registro. Solo yo puedo hacerlo.

—¡Ya ves!

—Así que Monte lleva tres horas fuera y no está en el transbordador —resumió Yini—. Pero tampoco se le puede localizar.

—Correcto —dijo Strube—. Entonces, está con...

—Decker —le interrumpió Yini—. Y desde luego no por elección.

—Pero el mamparo no fue forzado —dijo Ximena—. Así que se fue por su propio pie y Decker lo atrapó. ¡Qué descuidado puedes ser!

—Espera, está entrando una transmisión —dijo Strube—. Es Decker.

—Ponlo en todos los altavoces de la nave —indicó Yini.

—¡Buenos días, amigos! —Decker sonaba muy alegre—. Seguro que os falta alguno de vuestros compañeros. Pero no os preocupéis. Él está bien. Monte ha venido a traerme algunos datos interesantes. Espera que sean lo bastante valiosos como para que el grupo le perdone.

—¡Mentira! —dijo Yini—. Monte nunca habría acudido a Decker por voluntad propia.

—Claro que no —dijo Ximena—. Decker es extremadamente predecible.

—Pero hemos decidido —continuó Decker—, que diseñar un arma de taquiones no es la opción adecuada para nosotros. ¿Qué se supone que vamos a hacer con ella? No, queremos algo mejor, más precioso. Queremos expandirnos. Por eso queremos que Yini vuelva con nosotros. Si se niega, no perdonaremos a Monte. Y ya sabéis lo que le pasará entonces. Monte nos dijo que visteis el castigo de Lena.

—¡Eso fue un asesinato! —gritó Yini.

Quería retorcerle el cuello a su padre ella misma. Si no se entregaba a Decker, él también mataría a Monte.

—Técnicamente, el asesinato no ha tenido lugar hasta que se abstenga de meter a Lena en una de esas piscinas de renovación —dijo Ximena.

En una de esas, podría retorcerle el cuello al androide también. Yini se levantó. Se ducharía, se vestiría y se pondría el traje espacial.

—Cumpliré su condición. ¿Quieres contestarle, Strube? Ahora no puedo hablar con mi padre.

Era bueno que volviera a estar bajo la influencia de la Voz en la sala. Probablemente ahogaría el odio que sentía por su padre.

—Espera un momento, Yini —dijo Ximena—. Deberíamos entretener a Decker. Tengo una idea.

—De ninguna manera quiero que Monte muera por mi culpa.

—Si muere, será por su propia estupidez. En lugar de actuar por su cuenta, debería haberse asociado conmigo. Decker no me habría atrapado.

—Supongo que no confiaba en ti —dijo Yini.

No podía culpar a Monte. El androide tenía una forma muy idiosincrásica de resolver los problemas.

—Fue un error, aunque tengo que admitir que yo tampoco me fiaría de mí misma. Pero ahora tengo que pediros que lo hagáis.

—¿Qué quieres decir?

—Decker no tiene los datos del arma de taquiones.

—¡Los tiene!

Yini recordó que, ayer, Ximena había pasado un rato bastante largo examinando la memoria. Probablemente la había copiado en ese momento.

—Nunca es buena idea poner algo digital en mis manos.

—¿Has sustituido el módulo de memoria?

—Monte todavía tiene el módulo real. Pero yo tengo su contenido, y alteré los datos de la copia de Monte para estar segura. Me imaginé que, a diferencia de mí, él no cumpliría nuestro acuerdo.

Por lo menos, Ximena tenía buenos argumentos. Era Monte quien la había traicionado. Ella, sabiamente, había tenido la previsión de respaldar los datos.

—¿Y cuál es tu plan?

—Yo misma podría llevar los datos a la Luna. Estamos lo suficientemente cerca ahora. Monte reparó mi motor.

—Quieres robarte los planes para el arma de taquiones.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? Llevaré los datos a la luna y me aseguraré de que solo los reciba la persona adecuada. Claro, podrías enviarlos por transmisión de radio, pero entonces todo el mundo los tendría.

La idea de Ximena era... creativa. Pero tenía razón. Si entregaba los planos en persona, al menos podría asegurarse de que solo se utilizaran una vez. Eso no podía garantizarse con una transmisión por radio.

—Si pudieras darle los datos a Zahir o a Kang...

A Yini se le hizo un nudo en la garganta al pensar en la luna. Su hermano y su mentor estaban allí abajo. Y luego estaba el Dr. Mike Wilson. Se había sentido cómoda con él. Pero probablemente había muerto hacía mucho tiempo. Habían pasado dos vidas humanas desde que ella se fue. Kang probablemente seguía vivo y esperándola. Su hermano siempre había sido pragmático en cuanto a la purificación de la conciencia, si no recordaba mal. Yini intentó evocar su rostro en su mente, pero no lo consiguió.

—Esa es la idea —dijo Ximena—. Solo traemos a gente de confianza. He visto los planos. Según mis conocimientos técnicos, debería ser posible integrarlos en el transmisor de taquiones existente en la luna de tal forma que el arma se autodestruyera después. Incluso podría llevar a cabo la conversión yo misma.

—Pero recordarás los planos, por supuesto.

—Sí. Estoy siendo sincera con vosotros para que confiéis en mí. No puedo borrar sin más unos datos tan valiosos. ¿Podrías obligarte a eliminar la imagen de tu hermano de tu memoria?

El pobre androide era digno de lástima.

—No tengo por qué hacerlo —dijo Yini—. Los humanos olvidamos hasta lo que nos es valioso.

—Eso es terrible.

—Nos ayuda a sobrevivir.

—Yo también te ayudaré a sobrevivir.

El plan de Ximena sonaba bien pensado. ¿Por qué necesitaba el consentimiento de Yini? Porque Yini conocía la luna. Kang era el mejor contacto posible. Como conserje, tenía el acceso necesario a la tecnología y podía hacer cambios sin que muchos otros se dieran cuenta.

¿Y qué había de sus preocupaciones sobre la estabilidad del espacio-tiempo? Arrancar toda la montaña de esta línea temporal... ¡Pero quizá no tenía por qué ser la montaña entera! ¿Quién era el

culpable de esta situación? La Voz. ¿Y quién había sido el vehículo que había ayudado a propagarla? ¡Su padre! El arma de taquiones podía atacar en cualquier lugar y en cualquier momento, incluso en el pasado. Si simplemente destruían el Albatros-1 mientras estaba en la superficie, Decker no podría salir del planeta Adad. No tendrían que matar a nadie. Bastaría con destruir los motores, aunque tal vez no fuera la solución más segura.

Yini explicó su plan a Ximena.

—Eso podría funcionar —dijo Ximena—. Sin embargo, hay algunos en la comunidad científica que creen que las líneas temporales tienen algo así como una protección del pasado incorporada para evitar paradojas. Eso significaría que Decker encontraría otra forma de llevar a cabo los planes de la Voz.

—Creo que es la típica lógica humana. Los humanos odian las paradojas, pero siguen siendo reales y comunes. Proteger el pasado también lo cambiaría. ¿Dónde está la protección en eso?

—Solo quería señalar eso —dijo Ximena—. Si solo tenemos una oportunidad y no funciona como quieres...

—Preguntaremos a los demás. Me parece un buen acuerdo que reduce el riesgo de que el universo colapse.



—¿Ximena? Estamos listos —dijo Yini, comprobando que el arnés estaba bien abrochado.

—Entendido. Despegaré quince segundos después que tú.

Kian, Fiona y Strube habían aceptado el plan. Había sido idea de Fiona montar una pequeña maniobra de distracción.

—Arrancando —dijo Yini y pulsó el botón de los mandos.

No había nada más que hacer. Su rumbo estaba preprogramado. Solo podrían ascender hasta cierto punto antes de que las armas de la montaña pudieran alcanzarles. La brillante señal infrarroja del yate eclipsaría el punto mucho más pequeño del motor de Ximena.

La nave se elevó. Las vigas metálicas gimieron. Pasaron solo diez segundos antes de que Decker hablara. Obviamente, los estaba

observando.

—¿Qué haces, Yini? ¿Intentas huir de tu padre y abandonar a Monte?

—No quiero ser esclavizada por la Voz —respondió ella.

La pantalla que tenía delante mostraba que faltaban treinta segundos. Entonces Ximena habría acelerado lo suficiente como para apagar el motor y abandonar la cobertura.

—Entonces Monte morirá —dijo Decker—. Y no cambiarás el destino de la humanidad.

Yini negó con la cabeza pero no dijo nada. Veinte segundos más.

—Yini, por favor. —Era Monte—. Tienes que venir a mí. No quiero morir. Quiero ser parte de la nueva humanidad que será la Voz...

—¿Oyes eso, Yini? Tu amigo moriría de pena si no pudiera experimentar el brillante futuro que nos espera a todos.

Cinco segundos más. A Decker le encantaba oírse hablar.

—Padre —dijo.

Padre, esa era la palabra que siempre lo conmovía. Todavía perturbaba lo más profundo de su conciencia, en un lugar al que la Voz no podía llegar.

—¿Sí, Yini?

Ella tardó en contestar hasta que se sintió ingrávida.

—Tienes razón. Fue una tontería por mi parte intentar escapar. Vamos a volver.

El yate giró según lo programado y los propulsores volvieron a funcionar para disipar el exceso de velocidad. Yini comprobó los alrededores. Los instrumentos del yate no detectaban a Ximena, y Decker tampoco parecía haber notado nada. Los planos del arma de taquiones estaban de camino a la luna, y Yini tendría que volver a la sala para ocupar su lugar al lado de su padre. Con suerte, Ximena tendría éxito.



10 de noviembre de 2920, Ceres

Era un carguero de mineral (un estúpido y polvoriento carguero de mineral, con camarotes de cuatro metros cuadrados para la tripulación, que tenía que compartir un cuarto de baño) el que llevó a la presidente terrestre y a su séquito, así como a su gobierno subordinado, al Tribunal Supremo y a los jefes de las distintas ramas de las fuerzas armadas hasta la nave alienígena.

Obviamente, Decker quería asegurarse de no ser atacado en el último momento. Los cargueros de mineral iban desarmados porque eran lo suficientemente grandes como para resultar poco atractivos a los piratas. Como mucho, solo podían transportar una fracción del botín, y nadie podía esconder un carguero de mineral entero. De ahí venía la frase «tan agresivo como un carguero de mineral».

Marina observó el vuelo de la nave que ni siquiera tenía nombre, desde su escondite en Ceres. Aunque estaba al mando de la Armada Espacial, la presidente ni siquiera había intentado invitarla a este viaje. Marina se sentó frente a sus sensores y esperó, impaciente, noticias de X7.



El carguero atracó. Los pasajeros abandonaron la nave con sus trajes espaciales. La tripulación la preparó para otro lanzamiento. Varios miles de personas iban a embarcar y jurar su lealtad a Decker.

Era un número muy pequeño, pero se trataba de personas influyentes en las sociedades terrestre y neomarciana.

¿Esperaba Decker que esas pocas personas fueran capaces de hacer cumplir sus órdenes a largo plazo? Era poco probable. Debía de tener algo bajo la manga que garantizara su cooperación y, al mismo tiempo, fuera contagioso para los demás. A su llegada a Terra Nova, los investigadores habían encontrado algún tipo de telaraña en su cuerpo. Marina había investigado mucho sobre ella en las últimas horas.

Las cámaras de televisión siguieron el camino de la delegación estatal (esa había sido una de las condiciones de Decker). Conducía a través de un laberinto de extrañas salas de ocho lados y terminaba en una enorme sala casi vacía. La cámara captó el rostro de la presidente. Le corría el sudor por la frente, que podía verse incluso a través del cristal del casco. ¿Era porque Violeta Echevaria no estaba acostumbrada a moverse con un traje espacial, o era el calor y la excitación? Marina se alegró de no estar en su lugar.

Un grupo de unas veinte personas se acercó a la delegación. Todos parecían muy jóvenes, excepto un hombre que a Marina le resultó familiar de inmediato.

Era Monte. Lo reconoció por su forma de andar.

Joder. Si Monte estaba en manos de Decker, ¿qué decía eso de sus esperanzas de que X7 aún pudiera cambiar las cosas? Ahora Marina también estaba sudando. Monte había recorrido un largo camino, solo para volver a la Tierra después de todo. Ahora se daba cuenta de que Tsai Tailin, la física de taquiones, estaba a su lado. Marina la reconoció, aunque no llevaba etiqueta con su nombre. ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Decker empujó a Tailin para que estrechara la mano de la presidente. Tailin hizo entonces un gesto bajo la barbilla, donde se encontraba el broche del casco. La presidente dudó un momento, pero luego cumplió la petición y se quitó el casco. Todos los demás hicieron lo mismo. El aire allí abajo debía de ser bueno, porque las caras de los recién llegados mostraban un entusiasmo creciente. Era increíble cómo las sonrisas recorrían las filas. Finalmente, la presidente se arrodilló frente a Decker e inclinó la cabeza.

«Lo único que tiene que hacer ahora es decir "Chúpamela, zorra" y ella cumplirá la orden», pensó.

Pero no sucedió. Decker acarició la cabeza de la presidente como un sacerdote. Violeta Echevaria lloró. Era muy embarazoso, sobre todo porque la escena se estaba retransmitiendo a todos los hogares.

Decker hizo un gesto a un cámara, que le acercó un micrófono.

—Mi gente —dijo—. Independientemente del género, el color o el credo, a partir de ahora somos una familia.

Decker movió el brazo como si estuviera bendiciendo al grupo.

—Mi hija —empujó hacia delante a la mujer que Marina había creído que era Tailin—, fue la primera en creer en mí. Me alegro por todos y cada uno de vosotros tanto como por mi ella. Las personas que he invitado hoy aquí han hecho este incómodo viaje a bordo de un carguero de mineral para traeros la vida eterna. Son vuestros embajadores y, cuando regresen a vosotros, llevarán la paz duradera y la luz que la Voz difunde entre todos nosotros.

Metió la mano bajo la barbilla de la presidente y tiró de ella. Ella seguía llorando.

—Lo sientes, Violeta, ¿verdad?

—La siento, Padre. Habla en mí. Conoce todas mis preocupaciones. Quiere que conozcamos la vida eterna.

—Gracias, presidente. —Decker se acercó a un hombre reconocible como neomarciano por su estatura—. Y tú, amigo mío, ¿quién eres?

—Soy Jorge Rodrigues, ministro de Asuntos Exteriores de Neomarte.

—¿Tú también lo sientes, Jorge?

—Lo siento, Padre. Habla en mí. Conoce todas mis preocupaciones. Quiere que conozcamos la vida eterna.

—Gracias, Jorge. —Decker se dirigió a una niña de unos seis años, aparentemente hija de un funcionario del gobierno—. ¿Me dices cómo te llamas?

—Josefa.

—¿Tú también lo sientes, Josefa?

—Tengo hambre.

Decker se rio e indicó a alguien del grupo que se llevara a la niña.

—Tendrá que comer algo —explicó, pero Marina no estaba segura de que hablara en serio.

Después, Decker preguntó a varias personas más, y todas respondieron exactamente lo mismo que la presidente. Marina sintió un escalofrío. Parecía como si aquella gente no tuviera palabras propias. Preferiría que le disparasen como a Hank antes de sucumbir así.

Apretó el gatillo. Una señal viajó por el espacio a la velocidad de la luz, alcanzó el carguero de mineral y detonó el artefacto explosivo que uno de sus agentes había colocado allí. Todos los equipos de cámaras habían acompañado a la delegación hasta la sala, por lo que no pudieron observar el éxito de la operación. Pero de repente Decker se quedó quieto. Parecía como si estuviera escuchando a alguien. Luego, hizo un gesto nervioso con la mano y se dio la vuelta. La cámara le siguió mientras se alejaba, y de repente se lo tragó el suelo.

¡Ja! Marina había desbaratado sus planes, al menos por poco tiempo. Estaba tan contenta como una niña. Al menos ahora Decker no podría difundir hoy su venenoso mensaje entre la gente.

Hank habría estado orgulloso de ella.



10 de noviembre de 2920, Luna de la Tierra

—¿Qué buscas, Ximena?

Kang se inclinó sobre el escritorio de madera auténtica que antaño había pertenecido a Ulita.

—Quiero convertir el transmisor de taquiones en un arma —repitió el ser sentado frente a él, que decía ser una verdadera IA en una biobolsa androide.

—Hemos recibido instrucciones de no hacer nada más contra el enemigo.

Kang cruzó los brazos para enfatizar la situación pero no perdió de vista a su huésped. ¿Había alguien aquí intentando desacreditarle? Había envidiosos en todas partes, como había aprendido cuando se hizo cargo de la oficina de Zahir. No había sido el único en ser considerado como próximo administrador del Gran Archivo. Pero en vista de la inminente rendición, eso ya no parecía importar.

—Estamos solos, ¿no? —preguntó Ximena.

—Así es.

Nunca se sabía dónde podía haber colocado Smith un micrófono, pero probablemente tenía mucho que hacer en otra parte en aquel momento. En cualquier caso, Kang esperaba que el servicio secreto también se ocupara principalmente de defenderse del enemigo, a pesar de las nuevas instrucciones de la cúpula.

—Bien. No soy una cualquiera —dijo Ximena—. Antes me conocían como X7.

—Lo siento, no recuerdo haber oído hablar de ti.

—Oh. Pensé que la fábrica de rumores...

—Me importan un bledo los rumores.

—Ya veo. Entonces, ¿quizás te convenza decir que me envía tu hermana Yini?

«¿Perdón? ¡Dios del cielo!» Kang se puso en pie de un salto. «No, eso no podía ser cierto.»

—Es una afirmación extraordinaria, y sabes que necesitarás pruebas extraordinarias.

—Por supuesto. Tengo aquí los planos de un arma de taquiones que fabricó tu madre, Tsai Tailin. Puedes echarles un vistazo.

Kang tuvo que sentarse de nuevo. Esta biobolsa se estaba haciendo vieja. Su corazón seguía dando vuelcos cuando se emocionaba. Y estaba emocionado.

—Esto empieza a ser demasiado para mí —dijo. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que Ximena decía la verdad. Nadie se inventaría algo así. Las mentiras tenían que ser digeribles por el receptor. Pero le llevaría mucho tiempo tragarse esta noticia—. ¿Conoces a mi madre?

—Probablemente mejor que tú.

La frase le dio de lleno en el estómago, haciéndole dar un respingo.

—Lo siento. —Ximena se había dado cuenta—. Pero llevo muchos años siguiendo a tu madre, memorizando sus costumbres y demás.

—¿Cómo está?

¿Estaba a bordo de la nave alienígena? No podía ser una coincidencia que esta Ximena hubiera llegado aquí justo ahora. Entonces, ¿por qué Tailin no lo visitó en persona? Pero era culpa suya. Yini había querido llevarlo a Neomarte para buscarla allí, pero él se había sentido traicionado por su madre.

—Murió antes de que pudiera completar mi misión —explicó Ximena—. La caza de tu padre nos unió entonces.

Su padre, ahora, también. Kang había oído que el portavoz de los alienígenas se hacía llamar Decker, pero no lo había relacionado con

su padre. ¿Cómo había podido ser tan miope?

Ximena informó en pocas palabras lo que había ocurrido desde la llegada del Albatros-1 a Terra Nova. Kang había oído algo de ello en las noticias, pero de eso hacía ya muchos años. El espacio y sus dimensiones distorsionaban inevitablemente la percepción.

—¿Y mi hermana quiere que usemos esta arma de taquiones contra el atacante? —preguntó Kang.

—Ella daría gustosamente su vida en defensa de la humanidad —respondió Ximena.

—¿Su vida? No quiero llegar a eso. ¿Y qué hay de los peligros de esta tecnología? Creo recordar que Yini era bastante escéptica al respecto.

Como cronógrafa, Yini había trabajado a diario con tecnología de taquiones. Pero quizá también se había vuelto escéptica al conocer mejor la tecnología. Al menos por aquel entonces. Kang había conseguido el trabajo de Ulita en parte porque había introducido algunas mejoras interesantes en el transmisor de taquiones.

—Tengo que admitir que Yini rechazó inicialmente esta misión —dijo Ximena—. Pero llegamos a un pacto. La idea no es eliminar esa enorme montaña de la línea temporal, solo hacer un pequeño cambio en el pasado, uno que tenga un efecto positivo a lo largo de los años.

Kang recordó las notas de su padre de Adad. Había leído las historias a sus hijos con tanta frecuencia que ahora le parecían cuentos de hadas. ¿Por qué Decker no se había ido con los demás en aquel entonces? Porque tenía remordimientos de conciencia. Su amigo Roger había muerto porque su madre se empeñó en terminar un proyecto. No había sido capaz de perdonarla por eso.

—Si matamos a Tailin en Adad, Mark Decker nunca entrará en contacto con la sustancia alienígena —dijo Kang.

No podía creerlo: acababa de sugerir el asesinato de su propia madre. Pero si nunca salía de Adad, ¿cómo podría dar a luz a gemelos? ¿Ese cambio no les afectaría también a él y a su hermana? Hizo una mueca.

—Sé lo que estás pensando, Kang. Pero existe una teoría sobre el cambio más pequeño posible. Según esta teoría, la línea temporal es

tan resistente que solo cambia lo que es absolutamente necesario para minimizar las paradojas. Nunca se pueden evitar cuando se interviene en el pasado.

—Es una teoría —replicó Kang.

—Sí, aunque es una de las teorías mejor probadas. Al fin y al cabo, cada transmisión de taquiones es un viaje al pasado.

—Sin embargo, la forma en que cambia la línea temporal es imposible de predecir.

—Eso es cierto. Pero muerto es muerto, ¿no?

Eso era correcto. Era físicamente muy improbable que alguien resucitara, así que la línea temporal tampoco elegiría esa opción. Kang suspiró.

—¿Podemos revisar nuestra elección si es necesario?

—Disparar el arma destruirá el transmisor. No está diseñado para ser usado como arma.

—Por lo tanto, tenemos exactamente una oportunidad.

—Correcto.

—¿Cuánto tiempo se tarda en volver a montar el transmisor?

—Si me proporcionas todos los materiales y algunas personas, un día como máximo.

—Bien, lo intentaremos. Pero si alguien pregunta, haces el mantenimiento anual. La opinión pública también ha cambiado en la Luna.

—La gente tiene miedo —dijo Ximena.

—No se les puede culpar. Han visto a los Arcángeles destruidos.

—Bien. ¿Debo ir a trabajar ahora?

—Sí, por favor, pregunta cómo llegar a la cantina. Mi ayudante Ignacio López te esperará allí.

—¿No vienes, Kang?

—Sí, pero antes tengo que resolver un problema.

Kang dio la vuelta a la pantalla de su escritorio. Mostraba una representación simbólica de la órbita lunar. Tres gruesos puntos rojos destacaban.

—¿Qué es eso? —preguntó Ximena.

—Cargueros de mineral. Se supone que mañana, a más tardar, empezarán a evacuar a la gente.

—Eso es demasiado pronto.

—Lo sé. Mi ayudante y yo también estamos en la lista. Pero voy a resolver el problema.



—¿Qué pasa? —preguntó Smith, mirando su reloj.

Kang comprendió la mirada. Smith nunca tenía tiempo. Tenía que ser estresante ser los ojos y oídos del Almirantazgo.

—Necesito tu opinión sobre algo —dijo Kang.

—Administrador Kang, sabes que...

—Lo sé. Usted no tiene una opinión. Se trata de la de sus superiores.

Kang utilizó el plural, aunque sabía que no era así. El jefe de Smith era la almirante Gaudlitz; lo había admitido en alguna ocasión.

—Supongamos que yo notara esfuerzos aquí que estuvieran en oposición al último decreto de la presidente...

—Respecto a la cooperación fluida con nuestros visitantes —añadió Smith.

—Exactamente.

—Bueno, por lo que sé, mis superiores tomarían nota de ello con interés.

¡Ja! Kang lo había adivinado. Gaudlitz no pertenecía a la facción que se sometía a una potencia extranjera. No le pondría obstáculos.

—Entiendo —dijo Kang—. Es de suponer que estos esfuerzos se beneficiarían si los preparativos para la rendición se prolongaran un día más. Por lo tanto, debemos evitar cualquier retraso a toda costa.

—Gracias por la advertencia. Por supuesto que la transmitiré con exactitud. ¿Te gustaría hacer una declaración personal?

Kang asintió. Smith nunca había hecho una declaración personal en todos estos años.

—A mí tampoco me apetece subir mañana a ese carguero. Si eso pudiera evitarse, estaría muy agradecido.



10 de noviembre de 2920, Ceres

—¡Vamos, Reznikova, más rápido!

—¡Gaultier, la bolsa de tu cinturón está abierta!

—¡Singh, puedes llamar a tu madre desde la cabina!

Marina Gaudlitz condujo a sus subordinados delante de ella. Eran buena gente que ella misma había entrenado, su guardaespaldas personal. Ser almirante de la Armada Espacial tenía sus ventajas. Probablemente era la única persona del sistema solar que tenía fuerzas armadas independientes bajo su mando.

Era bueno que Kang se hubiera puesto en contacto con ella a través de Smith. Era bueno, extremadamente bueno. Se lo había estado diciendo desde que salió de la oficina. Porque también tenía un regusto amargo: probablemente morirían a consecuencia de ello, ella y su pequeña tropa, por la que sentía más pena.

Allí, las puertas del hangar. Reznikova fue la primera en abrirlas. La Estación Ceres era más un centro administrativo que una fortaleza, pero había un pequeño hangar con unas cuantas naves de guerra destinadas a la defensa contra los piratas. No era una flota grande, pero debería bastar para dañar tres cargueros de mineral.

Marina miró a su alrededor. Más atrás, unos obreros con monos azules estaban ocupados en una corbeta. Afortunadamente, no repararon en los recién llegados. Marina ya le había dicho a su escuadrón que quizá tuvieran que luchar contra su propia gente. Por

la causa. El hecho de que su almirante les acompañara, quizá para morir con ellos, parecía haberles convencido.

Reznikova fue de nuevo la primera, con su caza. Eran naves pequeñas y maniobrables, apenas mayores que transbordador. Solo necesitaban un piloto, que también era el artillero. Su armamento era adecuado, pero su protección contra impactos era mínima. La idea era que la velocidad era la mejor protección contra el fuego. Sin embargo, eso no se aplicaba cuando se utilizaban armas láser.

Marina estaba sudando. La gravedad de Ceres era tan débil que el sudor salado se acumulaba en las cuencas de sus ojos en lugar de fluir. Cuando negó con la cabeza, salpicó la pantalla del casco. Su propio caza estaba en el extremo izquierdo. Subió por la escalerilla hasta la entrada, abrió la escotilla transparente y se sentó en el asiento del piloto. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentaba aquí? Pero los preparativos para el despegue seguían siendo automáticos. Repasó la lista de comprobación. Motor, sistemas de armamento, comunicaciones. El traje espacial le permitía respirar, beber y orinar. Los cazas no estaban diseñados para viajes largos. Llegarían a la luna de la Tierra, porque Ceres estaba en una posición muy favorable, pero no tendrían suficiente combustible para el vuelo de regreso.

De todas formas, probablemente no habría nadie que volara de vuelta. El decreto de la presidente había dejado en suspenso los restos de la flota de guerra, pero un ataque a la luna no quedaría sin respuesta. Marina esperaba que Reznikova, Singh y Gaultier pudieran eyectarse a la luna en caso de emergencia, pero no tenía muchas esperanzas. Las mochilas propulsoras de los trajes espaciales no podrían librarlas de un accidente desde la órbita lunar.

—Lista para la acción —informó Reznikova.

—Lo mismo digo —dijo Singh.

—En un minuto —dijo Gaultier.

Marina solicitó la liberación de los cazas. Como tenía el mando supremo, pasó por los sistemas sin vacilar. En el hangar parpadearon luces rojas de advertencia. Los trabajadores que se habían ocupado de la corbeta abandonaron la sala.

—Estoy listo —dijo Gaultier cuando las luces cambiaron a verde. Eso significaba que ya no había nadie desprotegido en el hangar.

—Rumbo a la Luna —dijo Marina y pulsó el botón de lanzamiento.

A través de la cúpula transparente, vio a los otros tres cazas deslizarse sobre los raíles. Las puertas del hangar se abrieron. Marina comprobó su arnés. El lanzador se liberó con un chasquido metálico. El impulso la hundió en su asiento. Tres segundos más tarde, los cazas se encontraban a unos doscientos metros de la superficie de Ceres y el motor se encendió.



11 de noviembre de 2920, Luna de la Tierra

—Todavía necesitamos unas tres horas —dijo Ximena.

Dos soldados estaban ante su puerta, listos para escoltarle hasta el transbordador. Alguien debía de haber adivinado que no haría el viaje hasta la nave alienígena voluntariamente. Había varias unidades de camino al Gran Archivo. Kang había conseguido entretenerlas en la entrada principal durante una hora, pero empezaban a impacientarse.

Tres horas. Tal vez tuviera que hacer de tripas corazón y sacrificarse para que Ximena pudiera terminar de convertir el transmisor en un arma. Sin embargo, en la lista de evacuación también estaba su ayudante, quien apenas estaba menos familiarizado con la tecnología de taquiones que Kang. Ximena era inteligente, pero ¿sería capaz de manejar la conversión ella sola?

—¿Sigues ahí, Kang?

—Por ahora, sí. Pero no tardarán en venir a por mí, y también a por Ignacio.

—Eso sería malo. Necesito al menos un ayudante aquí que se siente ante el ordenador y me dé información mientras reconfiguro los emisores. De lo contrario, el sistema explotará sin disparar un tiro.

Kang echó un vistazo a la imagen de la cámara. Los dos soldados seguían vigilando su puerta. No podía salir de aquí. Pero al menos podía distraerlos para que no se llevaran a Ignacio.

—Te daré un poco de aire —dijo.

—No necesito aire —contestó Ximena—. En una emergencia puedo...

—Me refiero al tiempo.

Kang terminó la conexión, abrió el cajón de su escritorio y sacó una pistola. Tenía más o menos la misma edad que el escritorio: una pistola anticuada, sin electrónica, que podía disparar cualquiera que apretara el gatillo con el seguro quitado. Se la había dado Ulita. Incluso entonces, había sonreído como si estuviera segura de que la necesitaría en algún momento.

Por desgracia, él nunca le había preguntado para qué la había utilizado.

Pulsó el botón del interfono.

—Adelante, caballeros.

Los dos hombres se giraron al mismo tiempo, chocaron en la puerta, se excusaron cortésmente y entraron uno tras otro en la antesala vacía. Caminaron a paso ligero hasta la puerta del despacho de Kang, que se abrió con un chirrido.

Kang los recibió con el seguro quitado. Se dio cuenta de que uno de los dos hombres agarraba la correa de la barbilla que aseguraba su casco. El soldado pretendía pedir ayuda. Kang fingió no darse cuenta, y el hombre sonrió ante su ignorancia.

—No nos lo pongas más difícil de lo necesario —dijo el segundo soldado.

—Acérquense —dijo Kang—. Dejad las armas sobre la mesa.

Los hombres obedecieron sus órdenes. Parecían tener experiencia en situaciones como esta y permanecieron completamente tranquilos. Kang se levantó, pasó junto a ellos, sin darles la espalda, y cerró la puerta girando el pomo de la cerradura tres veces hacia la derecha.

Ahora estaban tan seguros como en un búnker. La puerta tenía un núcleo de hormigón. Oficialmente, se trataba de una medida de protección contra los terremotos lunares, pero estos nunca alcanzaron una magnitud que los hiciera necesarios. De hecho, los arquitectos no confiaban plenamente en la estabilidad del transmisor de taquiones, por lo que habían instalado refugios de este tipo en

varias zonas del Archivo. También era posible sobrevivir a una explosión del transmisor en la cantina.

—¿De qué va todo esto, señor Kang? —preguntó el otro soldado.

—Ahora solo estamos nosotros —dijo Kang—. Esto es un refugio. Veréis que vuestros radios tampoco captan nada. Esta sala se construyó como una jaula de Faraday para evitar los daños de la radiación Cherenkov si explota el transmisor de taquiones.

¿Sabía Ximena lo de la radiación? Era demasiado tarde para advertirla. Las mejoras técnicas de su biobolsa eran susceptibles a las descargas eléctricas.

—Puede ser, pero ¿qué pretendes conseguir con ella? —preguntó el soldado.

—Sinceramente, estoy ganando tiempo. Oye, ¡deja esas armas ahí!

El otro soldado se había acercado casi al alcance de la mano al escritorio. Ahora retrocedió de nuevo mientras Kang tomaba asiento.

—Sinceramente, ¿queréis someteros a los atacantes? —preguntó.

—El razonamiento de la presidente tiene sentido para mí —dijo el soldado de la izquierda—. He visto las imágenes de Terra Nova, y no quiero que maten a mis hijos.

—Que los maten sin sentido —dijo el otro soldado—. ¡Nadie puede discutir eso! Quien se niegue es un ignorante o un gilipollas egoísta.

—¿Tú también tienes hijos?

—Tres. —El hombre sonrió con nostalgia; probablemente estaba pensando en ellos.

—¿Y quieres que crezcan bajo el dominio de la Voz, como Decker llama a los alienígenas?

—No, joder, claro que no. Pero ¿tenemos elección?

—Creo que sí —dijo Kang.

—¿Eres un imbécil egoísta o un ignorante?

Era una buena pregunta. Sabía más que ellos, pero ¿era tan sencillo? Él también tenía muchas áreas de ignorancia y a menudo se comportaba de forma egoísta.

De alguna parte llegó el sonido muy apagado de una sirena. Ambos soldados se llevaron las manos a las muñecas, pero los

dispositivos que llevaban permanecían en silencio. Uno de ellos volvió a acercarse al escritorio, y Kang tuvo que ahuyentarlo con la pistola en la mano.

—Mantengamos la calma, por favor —dijo.

—Sabes lo que está pasando, ¿verdad? —preguntó el soldado de la izquierda.

—No, pero espero que pase algo.

—Tío, si les pasa algo a mis hijos por esto, te corto las pelotas estés donde estés escondido.

—Tus hijos estarán bien.

El hombre refunfuñó algo que no entendió. Kang podía sentir el nerviosismo de los dos soldados, así como el suyo propio. Tiró de la pantalla hacia él. Al parecer, algo estaba sucediendo en la órbita de la luna.



11 de noviembre de 2920, Espacio cercano a la Tierra

—Reznikova y Singh, encárguense del número uno. Gaultier, número dos.

Eso dejaba claro que ella se encargaría del número tres. La primera nave de un grupo, incluso de un trío, solía estar un poco mejor armada que las demás porque era la que tenía que sobrevivir más tiempo a cualquier combate. Marina no esperaba ninguna resistencia real por parte de los tres cargueros de mineral, pero prefería ser cauta.

Después de que los otros tres cazas confirmaran sus órdenes, ella misma corrigió el rumbo. Estaba hambrienta tras la interminable huida de Ceres, pero en cuanto puso el dedo en el gatillo, todo lo que podía distraerla desapareció. Se fundió con su cazadora interior. ¿Cuándo se había sentido así por última vez? Debió de ser durante las guerras marcianas.

Se aproximaron a los cargueros de mineral desde abajo. En la órbita inferior, no solo podían adelantar. También podrían apuntar a la parte inferior de las naves, donde los motores estaban más expuestos. Faltaban unos treinta segundos. Marina puso la mano izquierda en la palanca que controlaba los propulsores correctores. Las armas del caza estaban situadas en la proa extendida. Marina giró la nave de modo que quedara orientada unos 110 grados en la dirección de vuelo, ligeramente a popa. Siguió la aproximación del carguero en la pantalla.

Fue la primera en hacerlo, ya que atacaban al grupo por detrás. Marina hizo una cuenta atrás desde diez. A cero, la nave debería estar justo encima de ella. Cuando disparara el cañón de riel, el chorro balístico de pequeños perdigones impactaría en la base de los motores en el momento perfecto.

¡Fuego! Sintió una ligera presión detrás de ella cuando el cañón de riel transfirió el impulso de los proyectiles disparados al caza. No había nada que ver. Pequeñas bolitas de metal volaron hacia el objetivo a velocidad relativista y lo perforaron. No había blindaje que lo protegiera. Pero la cuestión era si las partes críticas habían sido alcanzadas. Electrónica, la línea de combustible, ese tipo de cosas. Eso era cuestión de suerte, aunque todos esos elementos también eran razonablemente grandes en un enorme carguero de mineral.

Sí. El carguero se quedó atrás.

—Ataque completado —informó Gaultier, y poco después Reznikova y Singh también.

Marina rastreó la órbita de las naves atacadas. Si habían dañado algo, se produciría algún tipo de cambio. Cada explosión que se producía a bordo cambiaba un poco la órbita. Si había daños en el soporte vital, el piloto jefe se preparaba para aterrizar.

Pero no siempre estaba garantizado que pasara algo. Si el disparo solo había matado al piloto, la nave podía seguir su curso durante años.

—La número dos ha girado sobre su eje longitudinal —informó Gaultier.

Y tenía razón. Era una buena señal, sobre todo, porque al parecer, el carguero era incapaz de dejar de girar. Así que la nave sería incapaz de aterrizar o atracar en cualquier lugar hasta que los daños fueran reparados.

—Confirmado, Gaultier. Acompáñame.



Después de media órbita alrededor de la luna, el primer y tercer carguero seguían sin mostrar señales de fallo.

—Reznikova y Singh, encárguense del número tres ahora.

Ella y Gaultier se encargarían de la nave insignia esta vez. Era justo, ya que los otros dos tenían la misión más peligrosa.

—Gaultier, formación paralela.

El otro caza se acercó. Si volaban uno al lado del otro, podrían cubrir un área mayor. Marina elevó el morro del caza. Gaultier dudó un momento.

—Ataque completado —informaron Reznikova y Singh en rápida sucesión.

—Enemigo a las doce en punto —advirtió Gaultier.

Joder. ¿De dónde había salido? No había cazas estacionados en la luna. Pero el radar lo identificaba claramente. Para defenderse, tendría que volver a bajar el morro.

—Yo lo haré —dijo Gaultier.

Marina no bajó el morro. Al contrario, giró el caza a 110 grados. El motor de la nave uno se puso a tiro. Ella disparó.

El punto desapareció del radar como si nunca hubiera existido. Cambió a visual y vio los restos de una explosión incandescente. ¡Joder! ¿Quién era? ¿Gaultier?

—Mayday, mayday —le oyó decir.

—¡Eyéctate! —ordenó Marina—. Te recogeremos.

—La nave tres tiene serios problemas —informó Reznikova.

—Creo que le hemos dado —aseveró Singh.

Sin embargo, la nave líder no mostraba daños. Tendrían que atacar de nuevo. Con suerte se quedaría con el único caza enemigo.



Sus esperanzas no se cumplieron. Para cuando los cuatro se dispusieron a atacar al último carguero, tenían dos nuevos adversarios.

—Singh, encárgate del carguero —ordenó Marina.

—Entendido.

No tuvo que decir nada más. Sus órbitas corrían paralelas a las trayectorias de sus oponentes. La batalla sería corta. Sería similar a

la forma en que los caballeros solían luchar a caballo. Con los hocicos apuntando en diagonal hacia delante, los combatientes pasarían a toda velocidad en sus órbitas. Su velocidad relativa era el doble de la velocidad de la pista. Solo era cuestión de disparar el cañón de riel en el momento perfecto. El momento adecuado dependía de la alineación de los cazas entre sí. Incluso un sistema automático solo podía hacer conjeturas. Marina prefería la operación manual. Después de todo, había sobrevivido a las guerras marcianas con ella.

—Allá vamos —dijo Reznikova.

Marina se quedó paralizada. Su cuerpo era todo concentración. El enemigo estaba girado casi 90 grados. Esto le daba más área de tiro, pero también podía disparar durante más tiempo a su caza. Contó. Tres, dos.

—Lo tengo —dijo Reznikova.

Uno. Marina disparó. El enemigo estaba tan cerca que podía ver su casco a través de la cabina transparente. De repente su nave se hizo pedazos. Los escombros volaron en todas direcciones.

—Mierda —dijo Reznikova.

Marina miró hacia el otro lado, donde se estaba produciendo otra explosión. «¡Oh, no!» El caza enemigo debía de estar disparando a Reznikova en vez de a ella. El chorro ultrarrápido de balas metálicas era invisible en el radar. Reznikova no se lo esperaba y se había eyectado del caza demasiado tarde.

—¿Singh?

—Estoy aquí. La nave uno tiene daños en el motor claramente reconocibles. No irán a ninguna parte.

—Reznikova está...

—Lo vi. Lo siento. Recogeré a Gaultier.

—Gracias.

Singh no tenía asiento en la cabina, pero podía llevar a su colega en el morro. Era posible alunizar. Marina apagó el micrófono y lloró desconsoladamente. La última vez que se había dejado llevar así fue después de las Guerras Marcianas. Se sentía bien, aunque no pudiera sonarse la nariz con el casco. Puso rumbo a la estación de

taquiones, pero luego cambió de idea. Kang tramaba algo allí, y si ocurría, más le valía no estar cerca.



11 de noviembre de 2920, Luna de la Tierra

—Esto debería poner fin a vuestra misión por hoy —dijo Kang, mostrando la pantalla a los hombres.

—Podría ser un truco —replicó el soldado de la izquierda.

Kang corrió hacia la puerta y la abrió.

—Volveré a recibiros. Pero dejaos de tonterías.

De inmediato, los dos se miraron las muñecas.

—Tiene razón —dijo el de la izquierda—. El transporte ha sido cancelado. Alguien saboteó los cargueros. Otro intento, pasado mañana.

—Bien. ¿Queréis salir de mi oficina, entonces?

Kang reprimió una sonrisa radiante y fingió total compostura.

—Volveremos —dijo el de la izquierda.

—E informaremos de tu extraño comportamiento.

Kang no dijo nada y se limitó a despedirlos con un gesto. En cuanto desaparecieron por la siguiente esquina, corrió hacia el transmisor de taquiones. Tenía una idea.



—¡Decker, tenemos que sacar a Decker de la ecuación! —gritó mientras Ignacio le dejaba entrar en el diminuto centro de control del transmisor.

—Ximena ya tuvo esa idea —dijo Ignacio—. Después de engendrarte, lo único que hace son estupideces.

—Tailin no se quedará en Adad por su culpa.

—Y básicamente ya está muerto, si no he entendido mal. Solo estamos llevando su desaparición a un final definitivo.

—¿Dónde está Ximena? —preguntó Kang.

—En la cámara de burbujas.

Llamaba cámara de burbujas al enorme contenedor en el que medían las interacciones de los taquiones. Cualquier humano moriría allí dentro, pero al androide no parecía molestarle.

Pero Ignacio se equivocaba. Ximena abrió la puerta y entró en el centro de control. Traía olor a amoníaco y Kang se tapó la nariz.

—Disculpa —dijo Ximena—. El olor desaparecerá en un minuto.

—¿Ya has terminado?

—¿Ya? Fueron diez minutos más de lo que te prometí.

—¿Entonces podemos activar el arma? —preguntó Kang.

—Ignacio me ha asegurado que esta sala puede soportar una explosión. ¿Es eso cierto?

—Lo hará.

—Bien, ¿entonces podemos empezar?

—Por favor, Ximena.

Kang se sentó ante el ordenador de control. Conocían las coordenadas de los acontecimientos en Adad tanto en ubicación como en tiempo. Lo único que tenía que hacer era corregirlas según el movimiento conocido de Adad, su estrella y la Vía Láctea. Esto no supuso ningún problema para el *software* del transmisor. En el modo de transmisión, tales cálculos eran necesarios todo el tiempo, pero allí siempre tenían que ir exactamente tan lejos en el pasado como una señal de luz necesitaba para llegar a su destino. Relatividad. La había odiado en la escuela.

—Listo para la acción —informó el sistema.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Kang.

—Se podría llamar recepción forzada —dijo Ximena—. En lugar de enviar algo, obligamos al transmisor a recibir algo.

—¿Y eso lo destruirá?

—No, la oleada de energía lo destruirá. No puede soportarlo.

—Entonces un arma de taquiones como esta no es muy eficiente.

—Te olvidas de que esto fue construido como un transmisor, no un arma. Si tuviéramos unos meses, podríamos ampliar la capacidad hasta que no haya más explosiones.

—Entendido. Entonces activaré el arma ahora.

Kang pulsó el botón. Al principio no pasó nada, pero luego el suelo retumbó bajo sus pies, las paredes temblaron, el ordenador se apagó y las luces se extinguieron.



11 de noviembre de 2920, La Montaña

—¡Vamos, tienes que ver esto! —gritó Strube.

¿Dónde estaba Fiona? Oyó su voz (técnicamente la suya) desde la puerta de al lado.

—Voy para allá —respondió ella.

—¡Kian, tú también!

El Kasen no respondió.

Strube puso las imágenes en bucle porque no se cansaba de verlas.

—Impresionante —dijo Fiona, quien ahora estaba a su lado.

El transmisor de taquiones era un campo de escombros. El suelo sobre él se había levantado y luego derrumbado. Un agujero en la luna, de unos diez kilómetros de diámetro y cien metros de profundidad, mostraba las verdaderas dimensiones del transmisor. En su centro se alzaba una estructura, apenas mayor que un cuarto de baño, que se había salvado de la explosión.

—¿Has visto a Kian? —preguntó Strube.

—No. ¿No está durmiendo en la cama de Yini?

La cama de Yini era la enorme cama de la habitación del antiguo propietario de la nave. Era lo bastante grande para Kian. Strube miró a través de una cámara.

—No está ahí —dijo y activó una búsqueda. Dondequiera que estuviera, lo encontraría. El Kasen tenía que ver esto.

—Impresionante —repitió Fiona—. Pero también deprimente.

—¿Y eso por qué?

—¿No te diste cuenta? Todavía estamos aquí. La montaña. La Tierra. La Luna. Nada ha cambiado.

—Excepto por Kian. Ha desaparecido.

La búsqueda infructuosa acababa de decirle eso.

—Lo recordamos. Así que estuvo aquí.

—Puede ser. Pero ahora se ha ido. Y antes de que preguntes, la esclusa no se ha abierto.

—¿Cuándo apareció por última vez en una de las cámaras? —preguntó Fiona.

—Las imágenes solo se almacenan durante diez minutos. Protección de datos. Pero sacó algo del sintetizador de alimentos a las trece y cinco, hora estándar.

—¿A qué hora tuvo lugar la explosión?

—Trece diecisiete.

Fiona no dijo nada, pero Strube sabía que estaba pensando lo mismo que él. ¿Ximena y Kang habían apuntado accidentalmente a Kian?



La sala se extendía ante ellos. Fiona contuvo la respiración, se quitó el casco y se puso la máscara respiratoria. Aunque se había inyectado otra dosis del suero, no estaba segura de si tenía algún efecto preventivo.

—Tú ve por la izquierda, yo iré por la derecha —dijo Strube.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tú a la izquierda, yo a la derecha. Qué tontería. Estoy enlazado a ti.

Fiona llevaba una pequeña cámara en cada hombro, a través de la cual Strube lo seguía todo.

—Voy a dar la vuelta por la izquierda —dijo.

La sala parecía haberse encogido. ¿Sería porque ya no estaban tan asustados como antes? Estaba claro que era demasiado pronto

para que se relajaran. Con suerte, Fiona estaba cuidando del cuerpo prestado.

Sin embargo, no parecía que lo estuviera haciendo. Daba pasos largos, lo que la gente debió notar bajo la influencia de la Voz. Pero básicamente, ella tenía razón. Si el problema no se había resuelto, no tenían ninguna posibilidad.

La gente no parecía muy interesada en el recién llegado. Estaban de pie, charlando en pequeños grupos u ocupados en sus puestos de trabajo.

—Ahí delante está la presidente —dijo Fiona.

Había varios hombres a su alrededor. Strube reconoció a Monte.

—Monte está a la derecha —dijo.

Fiona se dio la vuelta.

—¿Ves a Decker?

—No. Probablemente esté en su agujero en el suelo.

Fiona sacó una de las jeringuillas y corrió hacia Monte, quien no la reconoció y siguió hablando con Yini. Le clavó la jeringuilla en el muslo, sacó la siguiente y le inyectó también el suero a Yini. Ambos se estremecieron y palparon la piel en el lugar de la inyección. De repente, cayeron abrazados como amigos que no se habían visto en mucho tiempo. Fiona ya había avanzado hacia el agujero, la morada de Decker.

El agujero estaba abierto. Fiona descendió por una estrecha escalera. Kian yacía en la habitación alargada del fondo. El Kasen estaba tendido en el suelo, pero se levantó al ver al visitante.

Parecía tranquilo.

—¿Quién eres? —preguntó.

¿Por qué había olvidado su nombre?

—Soy Fiona. ¿Y tú?

—Yo soy Kian, un Kasen.

—Lo sé, porque te conozco. ¿Por qué hablas neoterrestre tan bien?

—Los humanos me enseñaron. Mis amigos.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Bajé las escaleras.

—No, me refiero a bordo de esta nave.

—Quería ver a mi amigo Decker. Lo conocí en Adad. Un día desapareció. Usé su transbordador para buscarlo. Luego, lo seguí con su estación espacial.

Esa era una versión completamente diferente de la historia que Decker había contado. La teoría de la auto-reparación de la línea de tiempo parecía ser cierta. O Kian simplemente estaba confundido.

—¿Lo seguiste? —preguntó—. ¿Se había ido, entonces?

—No lo sé. Nunca lo encontré. La voz me dijo que probara en Terra Nova, y como tampoco estaba allí, partimos hacia el sistema solar. ¿Tampoco está aquí?

Su voz denotaba tristeza, hasta donde se podía saber con un Kasen.

—Decker está muerto —explicó ella—. Por lo que sabemos, murió en Adad.

—Oh.

Kian se envolvió el cuerpo con la cola como si tuviera frío.

—¿Le echas de menos?

—Sí. Era un buen amigo. Ojalá hubiera podido encontrarlo.

—Era una buena persona. Pero la Voz te ha estado mintiendo todo este tiempo.

El Kasen se enderezó y se sacudió. Su pelaje se erizó. Recordaba a un campo de grano que se levanta de nuevo después de una tormenta.

—Tienes razón —dijo el Kasen—. Lo sospechaba. ¿Sabes qué quiere aquí?

Kian aceptó su mensaje, que había cambiado toda su vida, con asombrosa sensatez. Ningún humano habría reaccionado con tanta lógica.

—Quiere controlar a los humanos —dijo Fiona—. A todos.

Kian asintió. Sus grandes ojos compuestos se llenaron de un líquido claro.

—Eso es malo —dijo—. Eso es lo que pasó en Adad con los Kasen, amigos míos.

—¿No tienes que obedecerla, la Voz?

Kian negó con la cabeza. Debía de haber aprendido este gesto también de los humanos.

—No, puedo oírla, pero soy libre.

—La gente de esta nave tiene que obedecerla. Por eso tenemos que deshacernos de ella a toda costa.

—Entiendo. Eso es fácil.

Fiona no había esperado eso. ¿Había una solución sencilla después de todo?

—¿En serio?

—Sí. El planeta en la segunda órbita es perfecto.

¿Qué quería decir el Kasen con eso? Venus podría ser un planeta rocoso, pero era un infierno en su superficie.

—Hace calor, llueve ácido y la presión es enorme.

—Eso es perfecto. La Voz no puede propagarse en esas condiciones.

Ah. Por supuesto. Lo que llamaban la Voz se basaba en estructuras de silicio que aparentemente no podían existir a temperaturas demasiado altas.

—Pero ¿cómo la llevamos allí? —preguntó Fiona.

—Yo la controlo.

—¿Es así de fácil?

—Sin duda. La Voz me dijo cómo dirigir la montaña hacia el sistema solar. He memorizado los controles.

Le hubiera encantado abrazar al Kasen. Pero ¿qué sería de él con este plan?

—¿Y lo harías por nosotros?

—Me encantaría. ¿Ya?

Kian se adentró en el pasillo. Los controles estaban probablemente más atrás. Pero no estaban tan lejos.

—No, primero tenemos que sacar a todos los humanos de aquí.

—Bien, avísame cuando estés lista.

Fiona asintió. Pero ahora tenía que preguntarle al Kasen.

—¿No morirás en el proceso?

—Sí, probablemente. Pero de todas formas he vivido mucho más que todos mis amigos.



16 de noviembre de 2920, Luna de la Tierra

El carguero alunizó con fuerza. Un niño gritó y un hombre empezó a cantar una canción en un idioma que ella no conocía. Yini respiró hondo. El piloto del carguero se había superado a sí mismo. Alunizar una nave tan pesada en la superficie sin dañarla era toda una proeza. Y encima con unos propulsores correctores que solo funcionaban parcialmente. Las naves dañadas por Gaudlitz no habían sido reparadas del todo con las prisas.

—Por favor, permanezcan sentados hasta que se apaguen las señales de los cinturones de seguridad —se oyó por los altavoces.

Eso le vino muy bien. Mientras sus compañeros ya se habían levantado, Yini permaneció sentada. Entendía muy bien a los demás. Acababan de ser rescatados de la esclavitud impuesta por la Voz y ahora debían regresar a su tierra natal. Los que no vivían en la luna tendrían que abordar otra nave. Todos habían visto el agujero dejado por la explosión, donde antes habían estado el Gran Archivo y el transmisor de taquiones. El carguero, por su parte, regresaría a la montaña para recoger más pasajeros.

Yini también volvería a bordo. Solo había venido a la Luna por una razón: volver a ver a su hermano. Pero también tenía miedo. Kang había sobrevivido tanto tiempo porque había cambiado de biobolsa. No sería la persona que ella había conocido.

Un hombre vestido de azul le tocó el hombro. Yini miró a su alrededor. Estaba sola, salvo por él.

—Vuelvo con vosotros —dijo ella.

—Lo siento, pero tendrá que desembarcar mientras limpiamos —dijo el hombre—. Es el protocolo.

Yini suspiró, saltó y chocó con el techo. La gravedad de la luna era engañosa. Voló por los pasillos vacíos hasta llegar a la esclusa. Estaba abierta. El carguero se había conectado a la base lunar mediante un tubo para que los pasajeros no necesitaran trajes espaciales. Yini lo atravesó. Un hombre esperaba al final, apoyado en un saliente. Junto a él había un aparato voluminoso y también había traído dos trajes espaciales.

Era Kang. Reconoció su cara. Debía de ganar mucho dinero porque los cuerpos clonados con el propio ADN eran caros. Así que en eso se había convertido el ayudante del conserje.

—Me alegro de verte —dijo él.

Su voz era más grave, pero no era de extrañar. Supuso que tendría unos cuarenta años. Kang extendió los brazos. Yini se acercó lentamente. Su hermano sonrió, aunque podía ver el miedo en su rostro. Siempre había sido así. Yini no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Se fundieron en un abrazo. Kang olía igual que antes.

—¿Qué es eso? —preguntó Yini, lloriqueando y señalando el voluminoso aparato que había junto a Kang.

—¿No lo reconoces? Es un telescopio. Tu telescopio. Setenta y seis milímetros de apertura de lente con una distancia focal de setenta milímetros. Miramos el Anillo. Debe haber sido alrededor de 2800.

—2802 —dijo ella. Kang le había tocado el «Cumpleaños feliz» con el telescopio—. ¿Lo guardaste?

—Lo encontré cuando limpiábamos tu habitación. Mis hijos lo usaron un tiempo, pero ya son mayores. Espero que no te enfades conmigo.

Yini sonrió. No le había gustado que su hermano utilizara sus cosas sin preguntar. De repente, volvió a sentirse como una niña que tenía que cuidar de su hermano. Pero había sido Kang quien había salvado el mundo, junto con Ximena.

—¿Cómo podría enfadarme contigo? Después de todo, nos salvaste a todos de la Voz.

—Por lo que he oído, participaste en el rescate.

—Tal vez, supongo. —Yini no se atrevía a considerarse una heroína. Simplemente había hecho lo que parecía necesario.

—¿Qué te parece si hacemos un pequeño viaje a la superficie? —preguntó Kang, señalando sus souvenirs—. ¿Como entonces?

Yini negó con la cabeza.

—Tengo que volver en el carguero.

—No te preocupes. Aquí no despega nada sin mi permiso.

Casi lo había olvidado. Hacía tiempo que Kang había ocupado el lugar de Ulita.

—Pero hoy no es mi cumpleaños —protestó ella.

—¿No es el cumpleaños de todos hoy?



21 de noviembre de 2920, Venus

—El momento llegó —anunció Strube.

Todavía estaba en los sistemas del yate. Había habido tanto que hacer en los últimos diez días que no había habido tiempo para conseguir un cuerpo de reemplazo para Fiona.

—Empieza a hacer calor —dijo Yini.

Y tenía razón. Strube comprobó el proceso en infrarrojos. La montaña había alcanzado una temperatura de 800 grados en la parte inferior, y seguía calentándose. Strube corrigió la órbita del yate.

—Eh, ¿qué haces? —preguntó Monte—. Mejor nos acercamos, así podremos verlo mejor.

—En la órbita más alta, podemos seguir el choque durante más tiempo. Abajo, llegaremos demasiado rápido al otro lado del planeta y no podrás ver nada.

—Listillo —dijo Monte—. ¡Ay!

—Le pateé el trasero por ti —dijo Fiona.

Strube sintió calor, aunque en realidad no podía sentir la temperatura. Solo podía medirla. A estas alturas se preguntaba si volvería a sentir empatía por una biobolsa biológica. Llevaba muchos años existiendo solo virtualmente.

—¿Alguien ha visto a Ximena? —preguntó.

Había hablado largo y tendido con la IA. Evidentemente, ella nunca había tenido problemas para alternar entre la vida virtual y la

real.

—Ni ayer ni hoy —dijo Fiona—. La última vez que la vi fue en el carguero que recogió a la presidente.

Era una pena. Strube esperaba que participara en la reconstrucción del sistema solar. Después de todo, ella había salvado a la humanidad. Junto con todos ellos. La presidente había anunciado que los declararía héroes. Para Strube, eso era una amenaza.

—¡Ahora! —gritó Monte.

Por supuesto que no estaba sucediendo ahora. Monte estaba equivocado. Strube ya había calculado la trayectoria exacta de la montaña. No pudo evitar pensar en Kian.

—Iré a la superficie cuando el rumbo esté fijado —había anunciado.

Strube le había dicho entonces que la atmósfera venusina le quemaría si no se escondía dentro de la montaña.

—¿No es una buena idea? —había respondido Kian—. Mis células se esparcirán por todo el planeta. Me verás en el cielo nocturno. La Tierra tiene un cielo nocturno despejado, ¿verdad?

—Los humanos no viven en la Tierra. Han construido un Anillo celeste en órbita. La gente mira a un cielo artificial la mayor parte del tiempo.

Kian no podía creer que no vivieran en su planeta.

—Tendemos a destruir las cosas que amamos —había explicado Strube.

—Entonces, ¿por qué no dejáis de hacerlo?

Strube no tenía respuesta. ¿Kian ya estaba en la superficie? Las primeras nubes se arremolinaban en torno a la montaña. Tal vez el Kasen se protegía con su cola. Debía de ser maravillosamente suave. En el momento en que todos se despidieron de Kian, Strube había envidiado los cuerpos de sus amigos. Él nunca sabría cómo se sentía un Kasen.

Kian debió notarlo de alguna manera.

—Strube, puedes volar a Adad y abrazar a uno de mis hermanos —había dicho—. Salúdalos de mi parte, por favor.

Si hubiera podido, Strube ya estaría llorando. Los demás parecían sentir lo mismo. Monte tragó saliva. La humedad de la cabina iba en aumento. Habría habido tiempo suficiente para recoger a Kian en un transbordador y salvarle la vida, pero se había negado. Quería terminar su viaje.

Y el final estaba llegando ahora. Las nubes que rodeaban la montaña eran cada vez más espesas. Arrancaban material de la superficie, lo quemaban, reaccionaban con él. Parecía como si la nave estuviera cayendo sobre una montaña de plumas, que se arremolinaban bajo la fuerza del impacto, envolvían la nave y cambiaban de color, de blanco a gris y finalmente a antracita.

Las nubes se habían tragado la montaña. Sorprendentemente rápido, volvieron a su estado normal. Al cabo de dos minutos, solo los infrarrojos seguían siendo visibles. Strube pudo seguir el descenso de la montaña desde arriba. Transmitió las coordenadas actuales a la holopantalla para que Yini, Monte y Fiona también pudieran ver algo. La montaña chocaría en el hemisferio norte. Allí no había instalaciones humanas. Las dos bases del sur, pertenecientes a Neomarte y a la Unión Terrestre, habían sido evacuadas como medida de precaución.

—Ahora —dijo Monte.

Esta vez tenía razón. La enorme montaña se hundía en la superficie de Venus. El calor resultante podía verse incluso a través de la densa capa de nubes. Desde el lugar del impacto se extendían líneas irregulares, presumiblemente fracturas en la corteza de Venus. Los planetólogos ya habían predicho que se produciría un aumento del vulcanismo.

Pero no había vida en Venus. Unos cuantos volcanes nuevos no harían daño a nadie.



31 de diciembre de 2920, Luna de la Tierra

—¡Feliz Año Nuevo!

Alguien le tocó en el hombro. Strube se dio la vuelta. Cada caricia, por pequeña que fuera, era como una descarga de 220 voltios. Hacía solo tres días que había recuperado su cuerpo y aún se sentía muy bien.

Sin embargo, sus reacciones no siempre eran las adecuadas. Se había dado la vuelta tan deprisa que el champán de su copa había aprovechado la escasa gravedad lunar y salpicado la blusa de la mujer que le había deseado un feliz 2921. No la reconoció. Tenía el pelo corto y oscuro con un matiz rojizo, pecas y una figura atlética, y era un poco más alta que él. Miró hacia abajo, pero ella llevaba zapatos planos, lo cual era una pena; en ese caso, difícilmente se interesaría por él. Strube no lo entendía, pero incluso en la era de las biobolsas, la mitad de la población parecía preferir ciertas proporciones.

Sin embargo, la mujer parecía conocerle porque le agarró del brazo y le sacó del nicho en el que estaba escondido. Últimamente le ocurría a menudo. Fiona, aunque seguía usando su cuerpo, había aparecido de vez en cuando en los medios de comunicación, y aunque se restara importancia a su papel y al de él (de lo cual se alegraba), algunas personas parecían recordar su rostro.

—¿Puedo preguntar...? Ah, perdón. —Sacó un Tempo del bolsillo y limpió la mancha de champán. Pero la mujer le quitó el paño sin

más preámbulos y limpió la mancha ella misma.

—Se secará, Olaf.

Sabía su nombre de pila. Nadie sabía su nombre de pila. Sintió calor.

—¿No me reconoces? —preguntó ella, haciendo una mueca—. Esperaba que lo hicieras... Quiero decir, después de que compartimos un cuerpo...

—¿Fiona?

Sonrió. No la había visto desde la purificación de conciencia. Pero eso solo había sido hace tres días.

—¡Ya era hora!

—Eres... diferente de lo que imaginaba.

—¿No te gusta la biobolsa? He probado específicamente las reacciones fisiológicas de tu cuerpo a varias biobolsas del catálogo, y esta ha salido la primera.

—¿Qué?

—¿Me has oído bien, o debo entrar en detalles sobre cómo reconocí tus preferencias? Fue una experiencia interesante.

Fiona sonrió. Strube negó con la cabeza. Tenía que admitirlo: Le gustaban las mujeres altas y tenía debilidad por las pelirrojas.

Asintió.

—Pero... ¿por qué?

—Bueno, debes admitir que sientes algo por mí. Y tú me gustas. Eres inteligente y fiable.

Strube se ruborizó. Siempre se había convencido a sí mismo de que solo se trataba de proteger su precioso cuerpo, pero con el tiempo Fiona se había convertido de algún modo en parte de él. Entonces recordó por qué se había dicho eso a sí mismo.

—Berenike y tú, ¿no sois pareja?

Fiona negó con la cabeza.

—Rompimos. El tiempo con la Voz... eso no es fácil de sobrellevar. Y me di cuenta de lo importante que has llegado a ser para mí. Tu voz en mi oído, el ojo de tu cámara en mi hombro, se han convertido en recuerdos entrañables.

—Tú también me gustas, Fiona.

Era una frase sosa. ¿Por qué no se le ocurría una mejor?

Fiona lo acercó. Sintió su pecho contra el suyo, luego compartieron un beso apasionado.



Una señal de alarma los sacó de su momento de felicidad. Las luces se apagaron y volvieron a encenderse. La alarma se silenció.

—Queridos colegas, queridos amigos —anunció Kang, a quien Strube aún no había visto hoy—. Habéis oído bien: el sistema automático acaba de activar una alarma importante. Sin embargo, tras un breve diagnóstico, he decidido anularla. Por supuesto, quien se sienta inseguro puede visitar las salas del búnker. Allí dispondremos parte del bufé. Pero debéis ser informados de lo que ha sucedido. A las veintitrés veintiocho, una parte geométricamente estrecha del recién construido transmisor de taquiones desapareció.

Un seísmo temporal, este término se había establecido para las extrañas perturbaciones en el espacio-tiempo. Pero, que él supiera, era la primera vez que se producía tan cerca del sol.

—Todos ustedes saben lo que eso significa. Hemos tenido suerte de que hoy no hubiera obras. En nuestra experiencia anterior con este fenómeno, no hay protección contra él. Por eso me pareció inútil llamar a la gente a los búnkeres. Según el estado actual de los conocimientos científicos, tampoco es probable que se produzca otro seísmo en un futuro próximo. Por tanto, podemos seguir celebrando el año nuevo con la conciencia tranquila. Espero poder brindar con todos vosotros dentro de unos minutos.

La voz de Kang se apagó. El terremoto temporal no les había golpeado. Estaban aquí y ahora.

—El búnker, ¿qué te parece? —preguntó Fiona—. Definitivamente estaríamos solos allí.

Strube asintió. Ella tenía razón. No necesitaba a nadie más en este momento.



15 de enero de 2921, HD 219134 g

—Me complace dar la bienvenida al nuevo jefe de nuestra estación de taquiones. Tsai Henry, ¿puedo pedirle que diga unas palabras?

La administradora de la colonia de HD 219134 g se apartó del micrófono y le hizo un gesto a Henry para que se acercara.

«¡Es lo único que necesito!» Ya estaba sudando. Por supuesto, Yashoda Banerjee quería beneficiarse del *glamour* de su nombre. Los hermanos Tsai habían salvado por sí solos a la humanidad, si había que creer a los medios de comunicación. Su padre se lo había explicado en una costosa charla sobre taquiones: su tía y él eran los únicos civiles que habían participado en la misión. Por tanto, la historia se había modificado un poco para consumo público. Henry podía entenderlo, ya que la verdad era que una IA ilegal también había participado. En ningún caso debía hacerse público.

Pero, aun así, a Henry no le hacía ninguna gracia, ya que dificultaba su trabajo. Tenía que dar un discurso, por ejemplo, para que la administradora pudiera brillar con él. No obstante, asintió obedientemente, se acercó al micrófono y se secó el sudor de la frente. Dos mil cuatrocientos tres colonos le escuchaban. La inauguración de la estación de taquiones era un hito para HD 219134g. La mayoría de los habitantes llevaban años sin tener noticias de sus seres queridos, por lo que el aforo estaba completo desde hacía semanas. A Henry, por supuesto, se le había permitido utilizar la nueva conexión antes de la inauguración oficial.

—Queridos colonos —empezó—, esta estación es la recompensa a muchos años de duro trabajo. Yo estaba allí cuando...

Hizo un breve resumen de lo que todo el mundo sabía de todos modos, pero que tal vez aún no se conocía en otros planetas. Había que aprovechar la ocasión para hacer un poco de publicidad. Uno de los primeros visitantes en llegar fue el redactor jefe de una conocida guía de viajes.

—Y con esto, me gustaría daros las gracias a todos por vuestra gran colaboración —terminó Henry su discurso.

Tras los aplausos, Yashoda Banerjee volvió a acercarse al micrófono.

—Una cosa más —dijo—, espero que esto sea una sorpresa para muchos de ustedes. El Consejo ha decidido que HD 2191354 g aparezca ahora en las cartas estelares con un nombre real. Nuestro planeta se llama ahora Tsai, en honor de Tsai Yini y Tsai Kang.

Uf. Banerjee había conseguido que no se supiera la noticia. La admiraba por ello. Y aunque a él personalmente le supusiera un inconveniente, sin duda impulsaría el turismo. No le sorprendería que la administradora tuviera planes para un parque de atracciones Tsai.

—Y ahora, damas y caballeros, ¡un aplauso para nuestra primera visitante!

Henry tenía curiosidad por ver cómo sería recibida. Ya había inspeccionado la biobolsa. Era lo mejor que se podía conseguir aquí, al menos en tan poco tiempo: el pedido había llegado hacía solo una semana.

La puerta de la estación de taquiones se abrió. Una mujer alta, de hombros anchos, pecho plano y caderas anchas apareció. Se adaptaba perfectamente a la alta gravedad de HD 219134g. O, mejor dicho, de Tsai. La mujer saludó sin sonreír. Quizá aún no estaba sincronizada con su biobolsa. Un asistente le entregó un micrófono.

—Buenas tardes a todos —dijo. Por lo visto, no la habían preparado bien para su aparición. Rodarían cabezas por esto. Virtualmente—. Soy... bueno, mi nombre es Ximena, Ximena, eh,

Siete, y me alegro de haber llegado a vuestro planeta. Muchas gracias. Creo que llegaremos a conocernos muy bien.



29 de enero de 2921, Venus

Una señal eléctrica viajó a través de los cables, que habían permanecido libres de potencial durante semanas. Alcanzó el centro de control de la base venusina neomarciana y activó allí una rutina estándar. Otra señal, que debía activar una cámara situada en el mamparo exterior de la esclusa, circuló en sentido contrario. La cámara se negó a funcionar, desencadenando un bucle de control que determinó que el sistema no tenía potencia suficiente para una actividad superior. El funcionamiento de una cámara era un nivel de actividad superior, por lo que el sistema de control encendió un generador. Las baterías de los sistemas locales se llenaron. A un nivel del treinta por ciento, la cámara se encendió y envió sus imágenes al centro de control.

El sistema de control detectó un problema lógico que no podía resolver y envió una versión aproximada a la unidad de control en Neomarte.

El hombre de guardia bostezó. Había sido un turno largo y su trabajo no tenía sentido. La base estaba vacía. Probablemente no le caía bien a su superior. ¡Ahí estaba otra vez! Últimamente, la base Venus le enviaba regularmente fotos de la cámara externa. Nunca contenían nada interesante. Hoy no era diferente. Se quedó mirando la imagen de la pantalla. Tierra dura con algunos bultos de origen volcánico. Era geólogo. Y condenado a mirar imágenes sin sentido de cámaras automáticas. Probablemente, el aparato tenía una

conexión floja. Hizo que las baterías de la estación se descargaran a la fuerza, aunque eso no había servido de nada hasta entonces, y deslizó la imagen en la carpeta que había creado para ella.



30 de enero de 2932, Luna de la Tierra

Kang apartó la pantalla. La edificación le estaba causando problemas. No, en realidad era la política. Nadie le había dicho que como administrador también tendría que ser político. Ahora por fin entendía algunas de las decisiones de Ulita.

Hubiera preferido paralizar por completo el nuevo edificio. Había manifestaciones en contra cada dos días, no solo aquí, sino también en el Anillo. Los seísmos temporales asustaban a la gente. Como resultado, las empresas seguían negándose a hacer negocios con él, al menos aquellas para las que la opinión pública era importante.

Pero la solución era bastante sencilla. Neomarte había ofrecido duplicar la capacidad de su transmisor de taquiones. También había temores al respecto, pero el gobierno de allí impidió cualquier forma de manifestación. Ya no sería posible mantener conversaciones casi reales con otros sistemas desde la Tierra, pero de todas formas esa no era la función principal del transmisor. Los viajes con taquiones no serían menos populares con un desvío de unas pocas horas.

Sin embargo, el Gran Archivo de la Luna perdería su función. Tendría que trasladarse a Neomarte, lo que lo sustraía al control de la Unión Terrestre. El gobierno hablaba de la esperada pérdida de puestos de trabajo, pero en realidad significaba la pérdida de control. Y él estaba atrapado entre la espada y la pared. Kang suspiró.

Alguien llamó a la puerta. Desde la muerte del señor Pedersen, el despacho exterior había permanecido desocupado. Simplemente no había nadie que fuera tan bueno haciendo té.

—¡Pase! —dijo, deseando distraerse un poco.

El hombre que cruzó la puerta le resultaba familiar.

—¡Hola, Kang!

¡Esa voz! ¿Quién coño era?

—Tienes razón. Me he hecho muy viejo. ¿El departamento de Miscelánea?

—¡Mike!

Kang se levantó de un salto y abrazó al viejo con cuidado.

Mike sonrió.

—Me alegro de volver a verte después de tanto tiempo.

—¿De dónde has salido? Pensábamos que te habíamos perdido.

Mike había partido hacia Terra Nova con Monte para ayudar a Yini, pero nunca había llegado, o al menos no habían vuelto a saber de él.

—Acabo de aterrizar en el transporte de Neomarte. Llegué allí en una nave de Terra Nova.

—Monte me dijo que os separasteis de camino a Terra Nova.

—Cierto. Fue esa puñetera IA que le perseguía. Casi me mata. Me llevaron a un hospital en Terra Nova. Luego vino el ataque. Afectó más de la mitad de los árboles de Vieja Madre y casi todos los asentamientos humanos. Pero tuvimos suerte porque el hospital estaba en una cueva artificial.

—¿Tuvimos?

—Conocí a algunas personas. Al menos deberías conocerlas por su nombre: Maria y Brinja. Maria estaba malherida y Brinja la cuidó.

—Oh, a Yini le encantará oír eso —dijo Kang.

Mike se estremeció al oír el nombre de su hermana. Kang se acordó. Había habido algo entre ellos, pero luego había intervenido la búsqueda de su madre.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. La última vez que la vi fue en Año Nuevo. Creo que iba a escribir un libro sobre sus experiencias.

Kang se mostraba escéptico. No porque dudara de la capacidad de Yini, sino porque la mitad del libro contendría secretos. Secretos que nunca deberían publicarse.

—¡Genial! —dijo Mike—. Tengo algo para ella.

—Estoy seguro de que estará encantada. Creo que ahora vive en el Anillo. El apartamento de nuestros padres quedó vacío y nos lo cedieron.

—Gracias, Kang. Iré a verla.

—¿Qué tienes para ella? ¿Es sobre Brinja y Maria?

—No. Me encontré con un antiguo colega en Neomarte. Allí también tienen un departamento de Miscelánea. Había oído hablar de una grabación. Una persona llamada Ximena saltó de allí a HD 219134g. Su biobolsa despertó la curiosidad del departamento de defensa, así que escanearon el contenido de su conciencia. El resultado es asombroso. Parece ser una auténtica inteligencia artificial. Al menos eso es lo que afirman los neomarcianos.

—¿No lo crees?

—Lo he observado. A menudo no reacciona de forma inteligente. Creo que es un fragmento de conciencia que ha cobrado vida propia.

—¿Después de un accidente con el transmisor?

—Exacto. Pero echa un vistazo por ti mismo, Kang. Seguro que todavía tienes un cuenco de lectura en alguna parte. Merece la pena, porque tanto si es una IA como una fracción de ella, ha pasado por mucho.



Epílogo de la Cronógrafa

Queridos lectores,

«¿Qué es la verdad?» os preguntaba en el primer volumen de mis memorias. Hoy sé la respuesta aún menos que entonces. Hace 130 años, estaba sentada en un yate camino de Terra Nova, y no sabía nada. Ahora siento que sé aún menos. Entonces, ¿he progresado en el camino hacia la verdadera sabiduría? Quizá vosotros podáis decírmelo.

Pero sí, he aprendido algo: sobre las expectativas. Básicamente, nada ha salido como yo esperaba. Nunca pensé que yo misma me convertiría en la protagonista de esta historia, ni siquiera cuando mi hermano había escrito su segunda parte. Tampoco esperaba el papel que iba a desempeñar Ximena. X7, nuestra Mefisto, como Mike y yo la llamamos a veces. Espero que ella también encuentre algo que la realice.

Para mí, fue escribir. Por eso me negué a que nadie me ayudara con ello. De todos modos, Mike me dio su material. Al principio había pensado formular estos pasajes en presente para que fueran más fáciles de distinguir del resto. Eso habría reflejado mejor la experiencia del cronógrafo. Pero de alguna manera no se leía muy bien, y Mike me aconsejó que abandonara este recurso estilístico. Agradezco mucho su consejo, y como probablemente esto no satisfaga vuestra curiosidad, diré que nos hemos hecho muy buenos amigos, o siempre lo hemos sido, solo que no nos dimos cuenta

durante un tiempo. Eso es todo lo que necesito decir, sobre todo porque me doy cuenta de que la edad está pasando factura. El efecto de la terapia de rejuvenecimiento radical mediante la Voz parece desaparecer rápidamente.

Kang me ha advertido constantemente de que no me ciña demasiado a la verdad en este libro. Lo intenté de todos modos, y agradezco que mi editor me diera el apoyo legal que necesitaba para hacerlo. Tuve que cambiar los nombres de algunos protagonistas menos importantes por motivos legales, pero por lo demás el libro se publicará en todos los formatos y estará disponible en todos los holosistemas. Incluso se podrá leer en voz alta con mi voz. Nos hemos abstenido de obtener derechos para otras voces, o la producción habría sido demasiado cara.

Dicho esto, ¡os deseo un buen viaje!

Me alegro mucho de haber llegado mientras tanto.

Atentamente, Tsai Yini



Breve guía para la construcción de naves espaciales

El término *nave espacial* hace referencia a un vehículo que puede viajar por el espacio. La humanidad comenzó a construir las primeras naves espaciales en la década de 1950. Otras formas de vida inteligente, como los Grosnops, disponen de esta tecnología desde hace cientos de años. Pero no todas las inteligencias consideran necesario viajar al espacio para explorarlo. El mejor ejemplo de ello es la forma de vida del océano helado de Encélado, que explora el universo por medio de sus sentidos.

Aparte de la locomoción, las naves espaciales cumplen muchos propósitos diferentes. Pueden utilizarse para la investigación, para transportar mercancías o formas de vida, o con fines militares. A veces combinan varias funciones. Los primeros satélites de la humanidad, por ejemplo, tenían principalmente aplicaciones científicas y militares. En el siglo XXII, la humanidad construyó naves combinadas de investigación y transporte para investigar el sistema solar y los vecinos más cercanos del Sol.

A partir del siglo XXIV, la construcción de naves espaciales humanas se diferenció mucho, mientras que el uso comercial del espacio para el comercio, la producción de energía y la minería ganaba importancia. Con el conflicto entre la Unión Terrestre y los neomarcianos, las aplicaciones militares pasaron a primer plano durante casi un siglo. Hoy en día siguen desempeñando un papel

importante en el mantenimiento del equilibrio de poder, pero apenas experimentan avances técnicos.

Formas de naves espaciales

La primera nave espacial de la humanidad, el Sputnik-1, tenía forma esférica. La esfera siguió siendo la forma preferida durante un buen tiempo en los primeros tiempos de los viajes espaciales terrestres, especialmente en el bloque de potencias del Este. La empresa espacial rusa RB seguía construyendo naves con la clásica forma esférica en el siglo XXII. La razón por la que la mantuvieron durante tanto tiempo fue que la esfera era fácil de fabricar y también constituía un buen recipiente a presión.

Cuando en el siglo XXIII se estableció la construcción de naves espaciales en órbita, las condiciones cambiaron: las naves ya no tenían que estar necesariamente inmersas en la atmósfera de un planeta para cumplir su función. La Expedición Internacional de Búsqueda de Vida (ILSE) de la NASA fue una de las primeras naves espaciales del siglo XXI en no poder aterrizar.

La ventaja es una libertad casi total de ciertas restricciones de forma. Una nave que no se desplaza por la atmósfera no necesita una forma aerodinámicamente favorable. Esto ahorra masa. Para desembarcar a la tripulación o a los pasajeros, la nave utiliza transbordadores integrados que descienden a la superficie del planeta como planeadores, o se acoplan a la infraestructura en la órbita de un planeta, donde las estaciones espaciales se encargan de este servicio.

La forma cúbica de la nave espacial Grosnop «Majestic Dragh t» es un caso especial. Se basa en el propulsor de materia oscura situado en el centro del vehículo, que está rodeado por la nave propiamente dicha. No se sabe (ni siquiera los constructores) por qué los Grosnops eligieron la forma cúbica en lugar de la más obvia forma esférica.

Tradicionalmente, Neomarte ha apostado por la forma cilíndrica, especialmente para su flota de guerra, a menudo con una proa en forma de concha esférica. Este diseño no ofrece ventajas reales,

pero está pensado para que las naves parezcan psicológicamente más fuertes. La Armada Espacial de la Unión Terrestre, por otro lado, no utiliza una arquitectura consistente para su flota de guerra.

Las formas más estilizadas posibles de los planeadores son muy populares en el sector espacial privado. Se trata principalmente de un elemento óptico: una forma aerodinámica (conseguida mediante un revestimiento adicional) es en realidad un obstáculo para el movimiento de una nave espacial en el espacio porque aumenta la masa que hay que acelerar.

Sin embargo, hay un elemento particular que se encuentra en casi todas las naves espaciales destinadas al transporte de seres vivos: el anillo giratorio. La fuerza centrípeta generada por la rotación es la forma más sencilla y rentable de proporcionar a la vida a bordo la fuerza gravitatoria habitual. Esto se aplica incluso a las naves espaciales equipadas con cámaras de criosueño, ya que la investigación biológica ha demostrado que incluso un organismo en criosueño se beneficia de la gravedad artificial. En el caso de las naves de guerra, el anillo (que no tiene por qué ser continuo) a menudo puede replegarse en caso de conflicto para no constituir un blanco adicional.

Con la llegada de la comunicación por taquiones y la difusión de las biobolsas, al principio parecía que la necesidad de anillos gravitatorios en los viajes espaciales iba a disminuir. Pero no fue así: por un lado, aumentó la necesidad de transportar cuerpos clónicos, que también requieren gravedad artificial. Por otro lado, un número nada desdeñable de pasajeros no están dispuestos a renunciar a sus propios cuerpos, aunque ello requiera tiempos de viaje de varias generaciones.

Las armas de las naves espaciales

Hay una película clásica con la que probablemente estés familiarizado, aunque tenga más de ocho siglos de antigüedad. Se titula *2001 - Una odisea del espacio* y comienza con el hombre inventando la primera herramienta, solo para utilizarla de inmediato como arma. De hecho, con cada nuevo salto tecnológico, la humanidad no ha esperado mucho tiempo para plasmar los conocimientos recién adquiridos en forma de arma. Este proceso ha continuado hasta nuestros días. Curiosamente, todavía tenemos básicamente solo dos tipos de armas: las que se basan en la energía para causar daño y las que funcionan con masa o materia.

Armas de materia

Las primeras armas de la humanidad se fabricaron con materiales que los humanos prehistóricos encontraron en su entorno: piedras y maderas especialmente procesadas para aumentar su efecto dañino. Ya fueran arcos y flechas, garrotes o hachas, y más tarde cañones, alabardas o pistolas, el objetivo era siempre utilizar la energía cinética del arma contra el adversario. Esto sigue siendo cierto hoy en día. De hecho, las armas de materia tienen algunas ventajas importantes que las hacen indispensables en el combate espacial. Por lo general, son baratas y su uso no requiere mucha energía. Un proyectil del tamaño de una pelota de tenis hábilmente colocado puede destruir una nave entera en una batalla espacial, aunque solo esté dando vueltas tranquilamente en órbita: la velocidad relativa de la nave enemiga combinada con la dificultad de detectar a tiempo un objeto tan pequeño lo convierten en un arma mortal.

En las naves espaciales de la humanidad, este tipo de arma tiene su equivalente contemporáneo en el cañón de riel. Utiliza electroimanes para acelerar pequeños proyectiles sólidos hasta tal punto que su energía cinética es suficiente para penetrar cualquier blindaje. Es casi imposible construir una protección eficaz contra él. El resultado de tal intento es una nave espacial superpesada y poco maniobrable. Hay corporaciones que transportan cargamentos muy valiosos en este tipo de naves. Un solo pirata puede ciertamente ser disuadido por un casco, pero si varios oponentes unen sus fuerzas, la nave blindada es una víctima fácil.

Por ello, la Armada Espacial y las unidades neomarcianas adoptan un enfoque diferente: Sus naves están construidas solo con paredes delgadas. En el mejor de los casos, un proyectil las atraviesa como si fuera de papel, liberando solo una pequeña cantidad de su energía y no causando más que un par de pequeños agujeros. Aunque la nave puede perder atmósfera como resultado, la tripulación naturalmente entra en combate espacial con sus trajes

EVA para que sigan en forma para luchar. Los agujeros en las delgadas paredes pueden taponarse fácilmente más tarde. Por supuesto, esto solo se aplica si el proyectil no ha impactado en un componente crítico, lo que es difícilmente posible si se apunta, ya que un cañón de riel tiene que disparar a la presunta posición futura del enemigo, ya que sus proyectiles se mueven demasiado despacio para dar en el blanco en el acto.

Armas de energía

Aquí es donde entran en juego las armas de energía. Las antorchas encendidas que el hombre prehistórico utilizaba para defenderse de los depredadores podrían describirse como las primeras armas energéticas humanas, aunque todavía no tuvieran la ventaja decisiva de la tecnología actual: Las armas de energía actúan sobre un objetivo a la velocidad de la luz. Esto las hace bastante eficaces. Es cierto que las distancias típicas en una batalla espacial son tan grandes que hay un tiempo apreciable entre el lanzamiento y el efecto, incluso cuando se utilizan láseres. Pero el láser es invisible para el enemigo hasta que es demasiado tarde. Solo cuando el pulso de energía causa daños, el adversario se entera de que le han disparado. La prevención solo es posible en la medida en que se pueda observar cómo maneja sus armas el adversario. Sin embargo, las naves modernas ya no pueden detectarse visualmente cuando se preparan para disparar. Un buen camuflaje lo es todo.

Entonces, ¿por qué no utilizamos generalmente armas de energía en los conflictos en el espacio? También tienen desventajas. Cuanto mayor es la distancia, más se dispersa un láser, por ejemplo. Además, el impacto de energía por superficie es menor, por lo que se puede lograr un cierto grado de protección con determinados revestimientos. Y, por último, los láseres requieren una buena cantidad de energía, que deja de estar disponible para los motores del buque. Cuanto más rápido pueda acelerar una nave, más difícil será acertarle. Si quieres disparar el cañón láser principal, tienes que tomar una decisión consciente que podría convertirte a ti mismo en un objetivo.

Por cierto, los torpedos son una mezcla de armas de energía y materia. Básicamente, son mini naves espaciales que buscan colisionar deliberadamente con el enemigo. Sin embargo, para evitar los inconvenientes de la munición de los cañones de riel, llevan un dispositivo explosivo químico, nuclear o a veces puramente cinético

que se descarga en el momento de la colisión. Los torpedos no se mueven significativamente más rápido que las naves espaciales, por lo que son relativamente fáciles de combatir, especialmente con armas de energía. Por ello, a menudo se utilizan para dar el golpe de gracia a un adversario ya maltrecho que ya no puede reunir energía para sus armas de radiación. Lo que parece tan inofensivo suele significar en realidad la muerte de la tripulación. Por eso el uso de torpedos está mal visto en las batallas espaciales modernas.

Armas de taquiones

En este punto también debo mencionar las misteriosas armas de taquiones. Desde que supimos que los taquiones pueden utilizarse para la comunicación pacífica, han circulado rumores de que ciertas potencias también estaban trabajando en su uso bélico. Nunca ha habido confirmación oficial al respecto por parte de ningún bando. Sin embargo, es absolutamente seguro que nadie ha conseguido construir un arma de taquiones, al menos por ahora, ya que quien la poseyera podría ganar inmediatamente todos los conflictos actuales. Un arma que no solo puede utilizarse de inmediato, sino también en el pasado: nadie podría protegerse contra eso.

¿Por qué en el pasado? Con la comunicación de taquiones, ¡el intercambio de mensajes tiene lugar en el presente! Sí, porque se ha decidido conscientemente que así sea. Los canales de comunicación están calculados de tal manera que el mensaje parece llegar en el presente, parece, porque la comunicación sigue teniendo lugar en el pasado. Pero se elige un pasado muy concreto: para un objetivo situado a cincuenta años luz, se trata exactamente de cincuenta años en el pasado. Un arma de taquiones no tendría estas restricciones. Esto la hace infinitamente más poderosa. Si alguna vez se desarrolla una, deberíamos esperar que nunca se utilice, porque sin duda dañaría la estructura del espacio-tiempo. Ya existen varios tratados de advertencia sobre las posibles consecuencias, que difieren en los detalles, pero todos predicen una catástrofe para nuestra parte del universo.

Sin embargo, todavía estás leyendo este texto, por lo que un arma de taquiones no habrá sido utilizada, al menos todavía.

Propulsores de naves espaciales

Las primeras naves espaciales de la mayoría de las especies se basarán probablemente en la oxidación química (combustión) de un combustible. El hidrógeno o el metano, por ejemplo, son combustibles adecuados, pero también lo son compuestos más complejos. Las civilizaciones inteligentes entran pronto en contacto con el fuego como ejemplo de combustión, por lo que esta es la vía más fácil. Sin embargo, si la gravedad en la superficie de un planeta supera un determinado valor, este método deja de ser una opción. Si nuestra Tierra fuera solo un 50 % más grande, probablemente habríamos desarrollado los viajes espaciales mucho más tarde. La propulsión nuclear sería entonces la mejor alternativa posible. Esto permitiría alcanzar un impulso específico de 8 kilómetros por segundo, pero podría ser demasiado bajo para un planeta aún más pesado. Una civilización en un cuerpo celeste así nunca podría alcanzar el espacio exterior.

Pero demos un paso atrás. El sistema de propulsión más simple que también funciona en el espacio es sin duda la propulsión por gas. El gas comprimido simplemente se expande. El proceso se utilizó en el siglo XX en el llamado «transbordador espacial» un primitivo planeador que transportaba personas y cargas al espacio. Allí se utilizó para propulsar el «Safer» una especie de silla-cohete que permitía a los astronautas moverse libremente por el espacio cercano al transbordador. El nitrógeno servía de gas propulsor. Incluso hoy en día, esta tecnología se sigue utilizando a menudo para las actividades extravehiculares (EVA), ya que es muy sencilla y permite una regulación fina. Sin embargo, se suele recurrir a un avance técnico en el que se utiliza una fuente de energía externa para calentar el gas. Los colectores solares o el láser son ejemplos de este tipo de fuentes. Hay que tener en cuenta que el empuje alcanzable es bajo, al igual que la autonomía.

Si quieres ir un poco más lejos, necesitarás propulsión química. Esta utiliza una reacción química exotérmica en la que se emplean combustibles sólidos, líquidos o gaseosos, a veces divididos en varios componentes. La gran ventaja es el gran empuje. Sin embargo, como hay que acelerar una enorme cantidad de propulsante, el impulso específico (es decir, el cambio de momento por masa) es limitado. Una alternativa más reciente, que se utilizó por primera vez en el siglo XXII, es la propulsión por respiración de aire, como el llamado motor Sabre. La ventaja de los motores de respiración de aire es que no necesitan oxidante, al menos en una atmósfera que contenga oxígeno. Esto significa que se ahorra la mitad de combustible. Esto aumenta drásticamente el impulso específico. Sin embargo, el motor Sabre solo puede utilizarse dentro del sistema solar, en la Tierra. Desde que el planeta se convirtió en una zona protegida, la demanda ha disminuido drásticamente. En Terra Nova, sin embargo, los transbordadores equipados con ellos son muy populares.

En el transporte interplanetario e interestelar, la propulsión eléctrica es la más extendida, y existen innumerables variantes. Su modo de funcionamiento puede resumirse generalmente del siguiente modo: La energía eléctrica se utiliza para acelerar una denominada masa de sustentación. Esta sale por la tobera del cohete y, gracias a la conservación del momento, la nave espacial experimenta un empuje en la dirección de vuelo. Casi cualquier cosa puede servir de masa de sustentación. Por regla general, se elige una sustancia barata y fácilmente disponible. Puede ser, por ejemplo, el hidrógeno, que se almacena en grandes cantidades en las atmósferas de los planetas gaseosos, pero que incluso puede recogerse en el espacio vacío.

La primera diferencia entre los propulsores eléctricos es el principio según el cual se acelera la masa portante. A veces se utilizan fuertes campos eléctricos, a veces campos magnéticos o incluso fuertes impulsos de radiofrecuencia. La segunda característica distintiva es la forma en que la nave espacial genera la energía necesaria para acelerar la masa portante. Puede tratarse del calor de la desintegración radiactiva o de la energía procedente de la

fisión nuclear o de la fusión nuclear. Dado que el material fisible se ha vuelto caro en el sistema solar, el motor de fusión se ha convertido en el estándar. La industria del helio-3 en la Luna obtiene importantes beneficios del suministro de combustible a la Unión Terrestre. Desde el año 2700, Neomarte se ha independizado de la Tierra en este aspecto extrayendo helio-3 de la atmósfera superior de Saturno. En el futuro, esta fuente podría ser incluso más barata de explotar que los suministros de la Luna. Por ello, Júpiter está cada vez más en el punto de mira de las empresas mineras.

El combustible del futuro será probablemente la antimateria. Quizá... porque la investigación lleva siglos anunciándolo una y otra vez. Sin embargo, aún no se ha resuelto el problema del almacenamiento de bajo riesgo. En cuanto la antimateria entra en contacto con la materia normal, se produce la aniquilación mutua. Desde hace tiempo existen sofisticadas tecnologías para almacenarla. Por ejemplo, puede encerrarse en un espacio concreto con ayuda de campos magnéticos. Pero en cuanto la nave se queda sin energía, estos campos se colapsan y liberan la antimateria: seguro que todo lector puede imaginarse el resultado. Si no, lo mejor es hacerse con un holo del incidente Eros de 2639, en el que unos gramos de antimateria fueron liberados al aire libre en una instalación de investigación en un asteroide cuando el impacto de un micrometeorito dejó fuera de servicio los convertidores de voltaje de la central solar local.

Los propulsores sin alimentación son muy populares en los sectores de carga y científico. O más exactamente: los propulsores que utilizan fuerzas externas. En la Tierra, la navegación marítima se inventó hace muchos miles de años. En el espacio, por supuesto, el papel del viento lo desempeñan fuerzas completamente diferentes. El más conocido de estos propulsores es probablemente la vela solar, que utiliza la presión de la radiación del sol. Tiene la ventaja de que puede sustentarse adicionalmente. En el siglo XXI, por ejemplo, el proyecto StarShot de la empresa rusa RB lanzó diminutas sondas al espacio interestelar con ayuda de potentes láseres.

Entre las variaciones de este principio se encuentran las velas magnéticas y las de materia. Las primeras utilizan campos

magnéticos para propulsar la nave, mientras que las segundas utilizan el viento solar. Mientras que la vela de materia funciona especialmente bien en las inmediaciones de una estrella, la vela magnética también es adecuada para el espacio interestelar, donde el viento y la luz solares ya no penetran. Sin embargo, antes del lanzamiento deben investigarse las líneas magnéticas en el camino hacia el destino previsto. Una de las rutas de transporte más importantes entre Terra Nova y el sistema solar discurre sobre una pronunciada cresta de líneas magnéticas, al menos en el camino hacia Terra Nova, lo que acelera el transporte en aproximadamente un tercio y lo abarata al mismo tiempo.

Los siguientes tipos de propulsión nos llevan al terreno de lo exótico. Ya en el siglo XIX, el autor de ciencia ficción terrestre Julio Verne tuvo la idea de disparar una cápsula espacial a la Luna con un cañón. La tecnología Spinlaunch, que la empresa del mismo nombre introdujo con éxito a principios del siglo XXI, funciona de forma similar. El motor de lanzamiento hace girar la carga útil como si fuera un lanzamiento de disco, y luego la suelta en el momento adecuado para dispararla y ponerla en órbita. Debido a la enorme presión, esto no funciona con cargas vivas o sensibles, pero sí con minerales extraídos en asteroides. Más tarde, el Grupo Alpha Omega compró Spinlaunch y ahora utiliza con éxito esta tecnología en la minería espacial. Durante un tiempo, la Luna sirvió de objetivo, pero las frecuentes sacudidas causadas por los impactos resultaron desfavorables para el funcionamiento de casi todas las fábricas lunares, por lo que Alpha Omega se vio obligada a utilizar un asteroide como destino provisional. Desde allí, naves convencionales traen el mineral para procesarlo en la Luna o en Neomarte.

El ascensor espacial aún está pendiente de realización. La idea es sencilla: se ancla un cable a una estación en órbita geoestacionaria que llega hasta la superficie de la Tierra. Los ascensores pueden entonces subir y bajar por este cable. Desde el siglo XX, varias empresas han intentado poner en funcionamiento un ascensor de este tipo. Han fracasado una y otra vez, primero por la inmadurez de la tecnología y luego por razones económicas. El principal problema es el cable, de 34.000 kilómetros de longitud y, por tanto, muy

pesado, que debe soportar su propio peso. Cuando la ciencia superó este obstáculo, la creciente despoblación de la Tierra hizo que dejara de ser necesario, por lo que los experimentos de los siglos XXIV y XXV dejaron de ser económicamente viables. Tras las Guerras Marcianas, la necesidad de un ascensor espacial en el Planeta Rojo también desapareció, y en la Luna o en Neomarte no había necesidad económica debido a la gravedad relativamente baja.

Esto nos lleva a los propulsores del futuro. Resulta extraño incluir el motor warp en esta lista, ya que lleva siglos anclado en la mitología terrestre. En el llamado *universo Star Trek*, un mundo de fantasía optimista construido a través de libros, juegos, películas y más tarde holos, el desarrollador Zefram Cochrane lo probó con éxito por primera vez a mediados del siglo XXI. La versión de la franquicia *Star Trek* se parece al proyecto de investigación real en que, en ambos casos, el núcleo warp crea una burbuja espacio-temporal de acortamiento de distancias alrededor de la nave, en la que esta se desplaza a velocidad sublumínica. Sin embargo, hay diferencias significativas en el suministro de energía, en *Star Trek*, esta es proporcionada por un reactor de antimateria. La energía negativa no es necesaria. La velocidad se mide en múltiplos de la velocidad de la luz y oscila entre warp 1 (velocidad única de la luz) y warp 10 (mil veces la velocidad de la luz). Aún más fantástica es la evolución posterior, el motor «transwarp» que supuestamente crea canales en forma de tubo dentro del «subespacio» por los que puede desplazarse la nave espacial.

El mito no se ha hecho realidad, como tampoco los conceptos de la física real. Ya en 1994, por ejemplo, el físico mexicano Miguel Alcubierre desarrolló un concepto en el que el espacio-tiempo se comprime en la dirección del vuelo, mientras que se expande en la parte trasera. El espacio fluye virtualmente más allá de la nave espacial, que puede permanecer inmóvil. Sin embargo, el consumo de energía es exorbitante. Se estima en 10^{64} kilogramos (un 1 con 64 ceros) de materia. El universo visible pesa once órdenes de magnitud menos, a saber, 10^{53} kilogramos. Además, esta masa debe

ser materia exótica con densidad de energía negativa, de la que aún no se sabe si existe.

Hay que reconocer que se han producido algunas mejoras en el concepto. Chris van den Broeck, por ejemplo, sugirió ya en 1999 que la propia burbuja warp debía ser muy pequeña. Con un diámetro de solo 10^{-15} metros (la millonésima parte de un nanómetro), la necesidad de energía negativa se reduce a unas pocas masas solares. El truco consiste en encerrar dos burbujas más en la burbuja warp como una muñeca rusa de madera, siendo la burbuja más interna, en la que se encuentra la nave espacial, de 200 metros de diámetro. A diferencia de una matrioska, la burbuja interior no tiene por qué ser más pequeña que la exterior; no te preocupes, tampoco me lo imagino. Pero sigue habiendo un problema: la burbuja warp tendría un horizonte de sucesos como un agujero negro. Nada de lo que entre volvería a salir, lo que no es muy práctico para los viajes espaciales. Además, la luz del interior se desplazaría infinitamente en la dirección del azul (es decir, se convertiría en radiación gamma ultradura) y, por último, se producirían intensas lluvias Hawking de partículas cargadas tanto dentro como fuera.

Sin embargo, la ciencia no ha dejado de juguetear con el concepto. El último avance lo logró a finales del siglo XXVI el físico de taquiones Yamamoto Miko con un concepto en el que la energía es suministrada desde el exterior por taquiones. Como estos se mueven a velocidades superiores a la de la luz, pueden llegar a la nave espacial en la cantidad necesaria en cualquier momento. El físico imagina que las estaciones de taquiones en la órbita de numerosas estrellas podrían suministrar energía suficiente para alimentar toda una flota de naves warp. Sin embargo, Yamamoto no ha sido capaz de resolver el problema de la burbuja warp, y también es una cuestión abierta cómo pueden convertirse exactamente los taquiones en la energía negativa necesaria. Aunque los taquiones tienen una masa imaginaria, su energía es positiva.

Así que las empresas y organizaciones espaciales siguen soñando con el agujero de gusano. De hecho, las perspectivas de atravesar

con éxito un agujero de gusano parecen más realistas que la construcción de un motor warp. Un agujero de gusano es una especie de atajo en el universo. Conecta dos lugares que pueden estar a cualquier distancia. La entrada consiste en un agujero negro, mientras que la salida es un agujero blanco. Si descubriéramos un agujero de gusano, sería esférico como un agujero negro y no una «puerta» como en algunas representaciones de ciencia ficción. Los agujeros de gusano también son inestables. Pero podrían ser estabilizados por materia con densidad de energía negativa. Un punto a favor es que se necesita mucha menos que para el motor warp: solo el equivalente a la masa de un Júpiter para mantener estable un agujero de gusano de un metro de diámetro. Aquí hay dos factores problemáticos: en primer lugar, es difícil decir que un agujero negro es un agujero de gusano. Al fin y al cabo, todo lo que arrojemos en él no volverá a salir, o solo en el objetivo, cuya posición desconocemos. Es más fácil identificar un agujero blanco porque de este objeto solo puede salir materia. Debe ser un espectáculo único: una fuente de materia en el espacio. Sin embargo, dado que el agujero blanco es la salida, tendríamos que encontrar el agujero negro (presumiblemente distante) que sirve de entrada. Por ello, la empresa Alpha Omega ha propuesto volar a todos los agujeros negros conocidos con sondas especiales que funcionan de forma similar al proyecto StarShot descrito anteriormente, pero que también necesitarían un transmisor de largo alcance. Si una de estas sondas nos informara en algún momento, sabríamos que ha atravesado un agujero de gusano. Aunque la propuesta tiene 120 años, su puesta en práctica aún no ha comenzado.

Si ahora comparamos el deseo y la realidad, tenemos que darnos cuenta de que la velocidad de la luz c sigue siendo el límite superior para las naves espaciales. No existen atajos reales. ¿Qué significa esto para el futuro desarrollo de la humanidad? En primer lugar, será problemático ampliar aún más la Unión Terrestre. Tenemos comunicación instantánea a través de la red de taquiones, pero sin los contactos personales que ya se han hecho difíciles entre el sistema solar y Terra Nova, las colonias humanas se convertirán cada

vez más en sociedades independientes. En segundo lugar, la exploración de estrellas lejanas pierde su sentido. ¿De qué sirve saberlo todo sobre un sistema planetario situado a mil años luz si nunca podremos verlo por nosotros mismos? En tercer lugar, se reduce la probabilidad de visitas extraterrestres. Otras especies inteligentes, si existen, se enfrentan a los mismos problemas que nosotros. En cuarto lugar, moverse a velocidad sublumínica con comunicación paralela de taquiones significa que el concepto de simultaneidad pierde su significado. Personalmente, aprecio los esfuerzos del Gran Archivo; después de todo, trabajé allí bastante tiempo. Es estupendo que Neomarte y la Unión Terrestre hayan podido ponerse de acuerdo para el funcionamiento conjunto de esta instalación. El tiempo es nuestro recurso más importante. Pero tendremos que hacernos a la idea de que cada vez está más fragmentado. El Gran Archivo puede fechar acontecimientos significativos, pero ¿qué importancia tiene para el humano medio la firma de un contrato entre dos grandes corporaciones, comparado con el nacimiento de un niño? El Gran Archivo no puede registrar las fechas de todos los habitantes del universo.

Pero no quiero despedirte de este breve esbozo con palabras pesimistas. ¿No podemos seguir viajando a las estrellas a menor velocidad? Por supuesto que es posible, y suena trivial cuando digo que tardaremos más tiempo. Pero este tiempo puede salvarse, tal vez con la ayuda de naves generacionales, aunque estén asociadas a problemas éticos, las generaciones que no llegan a su destino no tienen un propósito propio en la vida, y a todos los nacidos a bordo se les niega la autodeterminación sobre sus vidas. Probablemente sea mejor recurrir al sueño criogénico, que ya es habitual hoy en día, aunque (como cualquier tecnología) no funcione a la perfección. Los gigantes de la industria estiman que actualmente se alcanza el máximo de 600 años en sueño criogénico. Esto significa que con la tecnología actual se podrían alcanzar objetivos situados hasta a 200 años luz de distancia. Una alternativa sería dar a luz a la tripulación solo en el lugar de destino, como intentó hacer el Grupo RB en el proyecto Próxima, aunque esto también sea éticamente problemático. Una solución mejor es probablemente una tripulación

de biobolsas mecánicas, que más tarde pueden llenarse con contenido de conciencia humana. Para explorar un destino a 500 años luz de distancia, la nave espacial tendría que viajar durante unos 800 años, pero las conciencias de la tripulación solo tendrían que ser enviadas en el viaje 500 años antes de la llegada.

Por supuesto, esto tampoco está exento de problemas, pero ¿qué sería de los viajes espaciales sin peligros y desafíos? Un aburrido viaje de fin de semana al Anillo de la Tierra. Uno de los retos inevitables de un viaje tan largo es el tiempo que se tarda en comunicarse con la Tierra. Los mensajes no llegan hasta muchos años después, ya que los transmisores de taquiones son demasiado voluminosos, pesados y consumen demasiada energía para ser transportados en una nave espacial normal. El siguiente problema surge a la llegada: la infraestructura y los suministros necesarios para el vuelo de regreso suelen faltar en el lugar de destino. Llevar todo lo necesario para el viaje de vuelta en el viaje de ida encarece aún más todo el proyecto. Especialmente para viajes largos de muchos cientos de años luz, es probable que el desarrollo tecnológico se convierta en una cuestión de destino. ¿Qué pasaría si, cien años después de la partida de una expedición, la tecnología espacial permitiera de repente volar el doble de rápido? La tripulación acabaría siendo superada por sus propios nietos. ¿Se embarcaría alguien en una aventura semejante en estas circunstancias? Hazte esta pregunta. Tendrías que despedirte de todos tus conocidos. Los beneficios de tu viaje, si es que los hay, aparte de la adquisición de conocimientos, solo los percibirían las generaciones posteriores. ¿Acaso la humanidad piensa en el futuro? ¿Se financiaría alguna vez una expedición así? En última instancia, todo se reduce a la pregunta crucial: ¿por qué queremos ir a las estrellas? Probablemente no haga falta que te lo pregunte. Al fin y al cabo, estás leyendo este breve ensayo. Pero ¿es tu curiosidad suficiente para poner rumbo a ellas?

Espero haberte dado algunas ideas interesantes con mi pequeño ensayo sobre los viajes espaciales. Así que es hora de confesarme: Nunca he ido más allá del sistema Tierra-Luna. Sin embargo, como conserje del Gran Archivo de la Luna y, sobre todo, por mi trabajo

con las autoridades de seguridad, he vivido y presenciado tantas cosas que creo tener la experiencia necesaria. Si he podido convencerte de ello, por favor, cuéntaselo a los demás. Tengo que admitir que siempre he querido ser escritor. Tal vez lo consiga: este es mi primer intento.

Saludos cordiales

Atentamente, Zahir

Luna, 5 de octubre de 2799

NOTA HISTÓRICA A PIE DE PÁGINA: Durante un tiempo, algunos científicos creyeron en el EmDrive, un accionamiento por microondas en el que estas se mueven de un lado a otro en un cilindro cónico. Como una de las dos superficies de la base es ligeramente más pequeña que la otra, supuestamente se generaba un impulso. La mayoría de la gente se dio cuenta pronto de que esto violaría la conservación del momento. No obstante, el EmDrive tuvo sus seguidores durante mucho tiempo, hasta que un experimento a gran escala en el siglo XXIII demostró finalmente que era irrealizable. El gran director Manta Mantova realizó una fascinante holopelícula interactiva al respecto en los estudios de Neomarte, titulada *La nave que nunca voló*, en la que uno mismo puede meterse en el personaje del inventor Daniel Rochester. De hecho, consiguió reunir entre los inversores una suma de tres millones de créditos neomarcianos (el equivalente a 40.000 millones de dólares anulares al cambio actual) para equipar la primera nave espacial con un EmDrive. Cuando no se movió ni un milímetro de su órbita de Titán tras el lanzamiento, se dice que Rochester intentó en secreto empujarla con una mochila cohete Safer.



Al abrigo de la hoguera

Queridos lectores,

Me alegro mucho de que hayamos llegado juntos hasta aquí. Sorprendentemente, he recorrido un camino similar al vuestro. Como no planifico meticulosamente mis historias como otros escritores, mis protagonistas no dejan de sorprenderme al tomar decisiones de la nada que no encajan con la trama. Por un lado, eso es completamente natural. ¿No habéis tomado también en ocasiones caminos que se desviaban de vuestro plan previsto?

Por otro lado, especialmente en la parte final de una trilogía, esto puede convertirse en un problema. El público espera, con razón, que todos los cabos estén atados al final. Lo que se planteó en la primera parte y se bifurcó en la segunda debe volver a unirse, y a su debido tiempo, antes de que el libro supere las quinientas páginas, porque eso es lo que estipula el contrato. Debo reconocer que esta vez he tenido suerte. Las peticiones especiales de los personajes no se me fueron de las manos, y cuando llevaba escritos unos dos tercios del material, la resolución final surgió casi por sí sola.

Dos tercios, sí. Tenéis que ser capaces de soportar no saber el final hasta entonces. Para vosotros, es parte del suspense que os mantiene leyendo el libro. Para mí, es una cierta garantía de que fui capaz de crear esa tensión. Porque si yo mismo no podía imaginarme el final de antemano, a pesar de que mis personajes me resultan mucho más familiares que a cualquier otra persona, entonces a vosotros también debería resultaros difícil.

Sin embargo, a menudo me equivoco sobre lo bien que conozco realmente a los personajes. Por ejemplo, nunca habría esperado que X7 empezara matando a dos personas sin piedad. Si conocéis mis novelas, sabréis que por lo general hay relativamente pocas muertes en ellas. En el caso de una invasión alienígena, por supuesto, esto adquiere dimensiones diferentes que cuando una extraña perturbación estropea el trabajo científico de la tripulación de una nave espacial. Algunas batallas simplemente hay que librarlas. Pero nunca son el centro de atención. Me interesa más saber por qué mis personajes actúan como lo hacen. Creo (espero) que todos los que conocisteis en la trilogía *Taquión* tenían un motivo comprensible. Incluso, y especialmente, X7 o los propios alienígenas.

Os habréis dado cuenta de que me resulta difícil separarme de ellos, los personajes, y de ustedes, los lectores. Cuando leo, siempre me imagino sentado alrededor de una hoguera escuchando una historia. ¿Quién quiere levantarse y marcharse cuando la leña seca sigue crepitando tan agradablemente? Quizá pueda

consolaros con dos promesas: mi buen amigo Zahir me ha proporcionado una pequeña descripción de la tecnología punta de las naves espaciales, que encontraréis justo después del epílogo. Y volveremos a vernos regularmente en mis libros, sobre los que proporciono información en hardsf.space. Si os suscribís a hardsf.space/suscribir/. , recibiréis una versión ilustrada en PDF del manual escrito por, ¡ejem!, Zahir, mediante un correo del futuro, por así decirlo.

Saludos cordiales

Con aprecio sincero

Brandon Q. Morris

PD: Antes de volver a vernos, ¿podrían escribir un breve comentario de este libro? Es muy sencillo e importante para mí, simplemente con un clic aquí hardsf.space/links/4654752.



Otros títulos de Brandon Q. Morris

Las nubes de Venus

Donde la vida tal como la conocemos es imposible, comienza la verdadera aventura.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hardsf.space/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hardsf.space/links/709463

The Hole - El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hardsf.space/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hardsf.space/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad …

3.99 € – hardsf.space/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea… si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hardsf.space/links/1453754

Nación de Marte

La NASA finalmente lo hizo. El primer humano acaba de poner un pie en la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que envió a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa financiada privadamente "Marte para todos" también se ha dirigido al Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los desafíos surgen incluso antes de que lleguen a la órbita de Marte. La nave espacial Santa María de MPT se daña en el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie se anticipa a la catástrofe inminente que amenaza su propia existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les plantea. En Marte, comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

3.99 € – hardsf.space/links/1316050



Extracto: Möbius: El Artefacto Intemporal

A

—Buenos días, Max —le saluda Winston, el asistente del departamento.

Max suspira. Poco tendrán de buenos, ya que la doctora Shou no aprobará su presentación. Se la entregó ayer a última hora de la tarde y Shou suele ser alérgica a los retrasos. Ya puede proyectar Winnie todo el encanto que quiera, que Max está seguro de que Shou le excluirá de la conferencia. Claro que podrá asistir como público y escuchar a los demás cerebritos, pero no participar en el panel para presentar sus revolucionarias ideas a quien quiera oírlas.

—Buenos días, Max —repite Winston.

—Perdona, hoy estoy algo espeso pensando en otras cosas. Buenos días, Winnie.

—Por tu presentación, supongo.

—Shou la ha rechazado, ¿a que sí? Ya te lo había dicho.

—No lo sé. Quiere hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Pues parecía que tenía prisa.

—¿Tiene tiempo ahora?

Winston señala por encima del hombro hacia la puerta detrás de él.

—Llama a la puerta.

—Pero... si aún no estoy preparado.

—Tranquilo, que tampoco te arrancará la cabeza. ¿Qué tienes que perder?

Winnie tiene razón, como siempre. Pero aun así, a Max le palpita tanto el corazón, que parece que se le vaya a salir por la boca. Hay muchas cosas que dependen de la reacción de la doctora Shou. Max tiene un puesto de docente, aunque avanzar en sus investigaciones científicas depende de ella.

Pasa junto a Winnie y llama a la puerta.

—Puedes entrar, Max.

La puerta se abre automáticamente, y eso que aún no ha decidido qué cara poner. Arrastra consigo las dudas que llevan toda la mañana persiguiéndole.

—Buenos días, Laura.

La doctora se sube las gafas con el dedo índice. Lleva su negra cabellera atada en la nuca, por lo que parece más seria y estricta de lo que en realidad es.

—Buenos días, Max. Me alegro de que haya venido. Pero ¿por qué pone esa cara?

Shou señala una de las butacas frente a su mesa y ella se sienta tras su escritorio. La doctora es bastante menuda. Se ha hecho ajustar la silla de forma que su cuerpo asome por encima de la mesa y lo admite sin problemas. Shou es absolutamente franca en esas cosas.

—Debo reconocer que me rondan ciertos temores por mi presentación —dice Max.

Temores, ja. Está cagado de miedo; ojalá no se le note demasiado.

—Pues sí, de eso quería hablar con usted. En el futuro, debe controlar su absoluta falta de respeto por los plazos. Lo único que conseguirá con ello es fastidiar su carrera.

—Lo sé, Laura.

—¿Sabe también que tenemos un programa para mejorar la gestión personal de recursos? Hasta ha ganado varios premios y, en el sector empresarial privado, pagan cifras astronómicas por él.

—He oído hablar de ello. Pero no sé cómo podría compaginarlo con...

—¡Vaya, se quedaría muy asombrado! El programa libera recursos, de cuya existencia ni siquiera habría soñado.

—Lo miraré.

—Max, se lo digo solo porque valoro mucho su labor científica.

¿O para consolarle porque no piensa aceptar su presentación?

—Gracias. Lo intentaré entonces el año que viene...

—Respecto a la presentación, es muy interesante. Me encantaría que pudiera presentarla en Harvard.

A Max se le escapa una sonrisa tonta. ¡No se la ha rechazado! Es el hombre más feliz del planeta.

—Sin embargo, hay un error que deberá depurar. Habla usted de su teoría. Pero yo no veo teoría alguna en ello.

—Es la teoría del espacio-tiempo cuántico. La abrevio a ETC.

—No, Max. Llámela mejor «concepto» o «idea» cuando hable de ella. También suena bien. A fin de cuentas, usted pretende corregir a Einstein. Con pasos excesivamente largos, no lo conseguirá.

—¿Excesivamente largos?

—Ya sabe: un complejo de ideas estructuradas solo se convierte en teoría científica cuando también incluye la opción de ser rebatida. Sin embargo, no veo nada de eso en su presentación. Argumenta de forma contundente, pero ¿cómo podría demostrarse lo contrario?

—Bueno... yo...

—Le propongo que renuncie a esa palabra que tanto le llena la boca y se conforme con definirlo como «concepto». La conferencia comienza dentro de tres semanas. Hasta entonces no podrá convertir su idea en teoría, ¿o sí?

—Supongo que tiene razón, Laura.

Su gozo en un pozo. Pero al menos podrá presentar sus ideas. Y eso es lo más importante.

—Bien, pues ya hemos alcanzado un acuerdo. Quedo a su disposición para hacerle de *sparring* en esta contienda. Si el nuevo Einstein surgiera de Princeton, sería un éxito sensacional para nuestra institución. Me gusta que nuestra nueva generación de científicos piense a lo grande. Todos sabemos que la Teoría General de la Relatividad no puede ser la conclusión definitiva de toda la sabiduría.



—¿Y? ¿Qué te ha dicho? —pregunta Winston.

—Que cambie una palabra.

—¿Solo una? Genial, entonces. Swaminathan tuvo que reescribir la mitad de su presentación.

Mohan Swaminathan, el niño prodigio del departamento de Física que es docente con solo dieciocho años. Comenzó la carrera a los doce y sus padres se alternaban para acompañarle a clase.

—Pues habré tenido suerte —dice Max.

—Y un pimiento. Eso no ha sido suerte, sino *savoir faire.* ¡Tienes que confiar más en ti mismo, amigo mío!



Max se dirige a la escalera para subir a la cuarta planta. Se detiene brevemente ante el rótulo de la puerta. Allí constan tres nombres: Brad Bachu, Artem Denisov y el suyo propio. Con Artem se las apaña bastante bien, pero con Brad no hay quien trabaje, porque hace mucho ruido. Tamborilea sobre la mesa, no para de mover las rodillas y escucha música a todo volumen con sus auriculares. Al parecer, es lo que necesita para poner en orden sus ideas. Sin embargo, Max necesita, ante todo, silencio. Si el tiempo lo permite, sale al aire libre, huye a la biblioteca si no está demasiado abarrotada, o se esconde en el viejo archivo debajo de Fields Hall.

Llama a la puerta. No responde nadie, así que entra en el despacho. No hay nadie. ¡Genial! Se sienta a su escritorio. El ordenador lo reconoce, se enciende e inicia la sesión. En pantalla, aparece la parte de su presentación en la que estaba trabajando antes desde su habitación en la residencia de estudiantes. Max la elimina con un clic. ¿Qué le pidió Shou? Que no llamase teoría a su teoría.

Eso es... hace crujir los nudillos. No, tiene razón. Es su punto débil. A fin de cuentas, es un teórico, no un físico experimental. Así que deberá encontrar una forma de rebatir sus ideas con técnicas de medición. Einstein lo tuvo más fácil. Cuando publicó su Teoría General de la Relatividad ya no era un simple doctorando, sino que ya había explicado con éxito el efecto fotoeléctrico. Aunque pasaron por alto que su nueva teoría solo pudiera ser comprobada en el futuro.

La comunidad científica no será tan amable con un recién llegado de tan solo veintisiete años. Tiene que encontrar alguna forma de medir lo antes posible los pronósticos resultantes de su teoría.

Repasa su trabajo una vez más. Solo son treinta páginas. Los primeros bocetos de Einstein tampoco llenaban muchas más. Su nuevo principio es que considera el tiempo tan cuántico como el espacio. Por lo tanto, el tiempo consta de unidades básicas indivisibles, igual que las distancias por debajo de la minúscula longitud de Planck, que no se dejan dividir en trozos más pequeños.

Es un principio plausible que ayuda a evitar muchos problemas de la teoría general de la relatividad. Ya no se llega, por ejemplo, a aquellas situaciones físicas extremas, como las que deberían reinar en el interior de agujeros negros, si solo Einstein tuviera razón. Max tampoco es el primero que aplica ese truco. La teoría de la gravedad cuántica de bucles, por ejemplo, se comporta de forma similar, aunque tiene sus propios problemas y no se ha podido imponer hasta la fecha.

¿Cómo puede evitar los errores de los demás? Mueve el trasero de un lado al otro sobre el asiento. Quizá debería haber empezado ya con algo más de modestia. ¿Cómo se le ocurre a un recién doctorado pretender mejorar a Einstein? Podría haberse apuntado a algún otro gran proyecto de medición. Allí hacen falta físicos teóricos que se encarguen un poco de edificar la estructura principal. Pero nunca se ha sentido a gusto en grupos grandes. No ha estudiado Física para ser solo una ruedecilla más de un gran engranaje.

Además, tampoco le quedó otra elección a la hora de decidirse por su campo de investigación. El sueño que tuvo por primera vez hará dos años era más que claro. En él, flota sobre un objeto gigantesco y de aspecto abstracto. Es totalmente negro, pero puede reconocer cierta estructura en su superficie. Desde una plataforma central surgen valles con sección triangular en forma de rayos.

Podría tratarse de una especie de reloj, pues, de repente, se pone todo en movimiento, acompañado de un curioso tic-tac. El objeto gira cada vez más deprisa, hasta que los distintos picos en zig-zag desaparecen en el movimiento. En ese momento, el objeto se rompe. Miles de esquirlas vuelan por los aires. Se ordenan en una

nueva imagen, un nuevo objeto. Vuelve a tener simetría de rotación, comienza también a girar y al final revienta, se transforma. El circuito continúa hasta que en algún momento se despierta. Es como un caleidoscopio, solo que todos los colores son negros.

El sueño se le repite desde entonces. No cada día, pero sí con suficiente frecuencia como para que, al final, recuerde todos los detalles. Detalles como la cara en la que el reloj se convierte durante un momento, o el tono verdoso que muestra luego durante pocos segundos. El sueño tiene una curiosa estructura temporal. Cuando Max lo está soñando, tiene la sensación de que pasan varios días. Pero una vez le despertó Brad en pleno sueño y resultó que no llevaba ni cinco minutos dormido sobre su mesa.

Al principio, Max consideraba el sueño fascinante e inspirador. Ha desarrollado su teoría basado en él. Pero ahora le estresa. Cada vez que se despierta de ese sueño, se siente agotado. A lo mejor es porque el proceso se toma a veces varios días para su yo soñante. El flujo de tiempo extremadamente ralentizado que experimenta en el sueño parece influir en su salud. Artem le ha recomendado que hable de ello con un psicólogo, pero hasta ahora no ha encontrado tiempo para ello.

—¿Soñando de nuevo?

Max da un respingo. Brad ha entrado de golpe en el despacho, sin llamar, como siempre. Max sacude la cabeza y le mira con los ojos entrecerrados.

—Perdona, no sabía que estabas trabajando. Salí a por un refresco.

Max ve que Brad sujeta un vaso lleno de cubitos de hielo en una mano y una lata de cola en la otra.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunta Brad.

—No, gracias.

—No me mires así. ¿Haces algo mañana por la tarde? Podría salir a cenar con Celina, pero dice que solo vendrá si traigo a algún compañero para su amiga.

Brad y sus citas. Max se apuntó una vez a una y fue un auténtico chasco. Brad es un fardón de cuidado y no hay quien le siga el ritmo.

—Déjalo, tengo demasiadas cosas que hacer.

—Entiendo. Te dejo en paz, pues.

Brad levanta un poco más la cortina de la ventana y se sienta a su mesa. El abrasador sol de agosto aprovecha la ocasión. A los pocos minutos se pone en marcha el aire acondicionado. No tiene sentido discutir con Brad. Se empeña en sentarse en plena solana para mantener su bronceado. El hecho de que el cristal filtre cuatro quintas partes de la radiación UV no parece que le importe.

Max saca las gafas de sol del cajón y se las pone. Ahora tiene que subir la intensidad de la pantalla. ¿Dónde se había quedado? De la mesa de Brad llegan ruidos. Max mira hacia allí. Es el hielo, cuando Brad le vierte el refresco de cola por encima. Concentración. La particularidad de su planteamiento es que los bloques en los que ha dividido el tiempo son de tamaño variable. La longitud de Planck, que cuantifica espacialmente el universo, es inimaginablemente pequeña. Por ello no se nota nada en el día a día, y todos los trayectos parecen ser continuos.

Pero el tiempo se porta de forma distinta en su teoría. El tamaño de los bloques temporales depende de circunstancias externas, sobre todo de la masa. Mientras que, en la teoría de la relatividad, la masa distorsiona el espacio y el tiempo, en su teoría puede modificar el tamaño de los bloques de tiempo. Cerca de un agujero negro, con su gigantesca masa, conllevaría que el tiempo se para una y otra vez. El motor temporal del universo se quedaría parado como un viejo coche cuando se queda sin gasolina.

Otro ruido le aparta de su línea de pensamiento. Es Brad bebiendo. Es decir que va tomando sorbitos pequeños sin parar. ¿Cómo se puede hacer tanto ruido? Su garganta debe tener algún defecto anatómico. ¿O son imaginaciones suyas? Siempre ha sido muy sensible en lo que respecta a ruidos de comer y beber.

Max se levanta. Tiene que salir de allí.

Fuera hace demasiado calor para sentarse al aire libre. Así que baja en ascensor al primero de los dos sótanos del Jadwin Hall. Aquí hay una entrada a la biblioteca que comparten los departamentos de Matemáticas y Física. Sale del ascensor y camina por el aburrido y ancho pasillo hacia la derecha, hasta llegar a la puerta doble con el rótulo de «Biblioteca». Una columna detrás de la entrada escanea su ID de empleado. Entonces aparece la sonriente cara de una mujer en la pantalla, que se lleva un dedo a los labios.

«Buenos días, Max Webber. ¿En qué puedo ayudarle?».

Bajo el texto aparecen dos opciones. Puede buscar un libro o un lugar de trabajo. Max toca la segunda opción. La mujer de la pantalla asiente y le asigna un escritorio: F17. La pantalla le muestra un plano de la biblioteca, sobre el que parpadea F17.

—Gracias —susurra Max.

¡Como si los estudiantes de Matemáticas y Física no fueran capaces de buscar ellos solos un puesto de trabajo! Ya solo faltaría que aparecieran flechitas en el suelo que le indicaran el camino.

Max cuentas las filas de mesas. El sistema es como el del cine, pero hacia atrás. Así que debe estar delante de todo, donde se halla el acceso al Fine Hall de los matemáticos. Está en la W, luego viene la V, la T, y todo también en braille. La U no la utilizan, no vaya a confundirse con la V. Al llegar a la K ve ya que algo no está bien con la fila F. Max tiene un sexto sentido para esos fallos del sistema. Los asientos 1 a 15 se encuentran a la izquierda del pasillo, los 16 a 30 a la derecha. Pero en el 17 hay alguien sentado. Desde atrás, Max distingue una pequeña melena rubia.

Más allá, ve que en F16 está Adriana, una colega. Está conversando con esa desconocida rubia. Hablan flojito, que es como debe ser dentro de una biblioteca, y no se dan cuenta de su presencia. Entonces, la desconocida le mira. La expresión que adopta le hace sentir como un curioso que se mete donde no le llaman o un voyeur vicioso.

Max quiere marcharse, pero Adriana se dirige a él.

—Hola, Max. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Ehh... no.

Claro que puede. Señala al puesto F17.

—Es Liz, una amiga del departamento de Matemáticas. Permíteme que te presente. Liz, este es Max, es físico teórico.

—Encantada —dice Liz—. Físico teórico, qué interesante.

La mirada despreciativa se convierte en una sonrisa.

—Liz se dedica a la Topología —dice Adriana—. No para de intentar que esa especialidad me guste; sin éxito alguno, claro. Demasiado intangible para mí.

—Vaya. Topología. Utilizo un par de herramientas de ese campo en mi trabajo —dice Max.

—Interesante. ¿A qué te dedicas? —pregunta Liz.

—Liz se ha sentado en tu sitio, ¿a que sí? —pregunta Adriana.

Le gustaría explicarle a Liz su teoría, pero asiente ante la pregunta de Adriana.

—Liz pasaba por aquí. Hacía tiempo que no nos veíamos y ahora teníamos —afirma con especial hincapié en esa palabra— que charlar un rato.

—Sí, claro —dice Max.

Adriana señala hacia las filas de asientos vacíos.

—¿Te importaría buscarte otro sitio? Fíjate, hay muchísimos libres.

—No, claro, no me importa. No quiero molestaros. Lo siento.

Por supuesto que le importa. ¿Cómo no va a hacerlo? No importa qué asiento elija porque cuando aparezca alguien, a quien el sistema le haya asignado ese sitio, tendrá que aclarar esa vergonzosa situación. ¡Y ahora, además, se está sonrojando! Se marcha por el pasillo.

—¡Adiós, Max! —se despide Adriana.

Alguien suelta un «¡Silencio!» en la sala.

Se detiene detrás de una columna, fuera del campo de visión de Adriana y de Liz. Podría ir hasta la salida delantera de la biblioteca y pedir un nuevo asiento. Pero el sistema le reconocerá y le reenviará al F17. O, si no, sale por una de las salidas laterales. Llegaría al laboratorio de Física Experimental. A lo mejor Anish tiene alguna idea de cómo medir su teoría.

Max se decide por el laboratorio. A grades zancadas se dirige hacia la salida lateral y sube corriendo las escaleras hasta la planta

baja.

«Prohibida la entrada», reza el rótulo en la puerta del laboratorio en el que trabaja Anish. Estará en plena medición. No es su día de suerte. El asistente, que conoce a Max, le comunica que el ensayo está a punto de finalizar. Así que se sienta en la silla de Anish, abre el ordenador e inicia la sesión con el reconocimiento facial.

Aparece su presentación. Como imagen de portada ha elegido un fractal negro. Max se ha esforzado mucho para que ese objeto se parezca todo lo posible al de su sueño. Pero en realidad le molesta, porque debería aclarar un poco su tono para distinguir más detalles. El fractal incluso gira cuando lo toca con la flecha del cursor, aunque ese efecto se perderá cuando imprima la presentación. El tic-tac que emite el ordenador le sumerge en un cómodo estado de trance. También se siente colgando encima del objeto negro pero, al contrario que en su sueño, este trance le hace sentirse bien. Siente un cosquilleo que le recorre los antebrazos desnudos.



—¡Anda, si tengo visita! —exclama Anish.

Max sale de su ensimismamiento. Anish es un fumador empedernido. El olor a tabaco le impregna todo su ser.

—Quería preguntarte algo —dice Max.

—Claro. ¿Me acompañas un momento fuera? —Anish saca una cajetilla de cigarrillos del bolsillo trasero de sus tejanos.

—Si no queda más remedio...

—Jo, que llevo más de dos horas sin fumar. Ni siquiera soy capaz de pensar ya.

Anish se adelanta. Cruzan una pequeña antesala y salen al exterior. El calor le golpea nada más cruzar la puerta. Max comienza a sudar de inmediato, aunque ese lateral del edificio se encuentra a la sombra. No hay ni un alma en la plaza entre Fine y Jadwin Hall, bañada por el sol.

Anish se lo lleva a una esquina junto a la entrada. Aquí hay un gran cubo de basura. El suelo a su alrededor está lleno de colillas.

Anish se enciende un cigarrillo que ya lleva en los labios y succiona con ansia el humo.

—Así que este es el aspecto de la dependencia —dice Max.

—¿Quieres uno? —se carcajea su compañero.

—Ni por asomo.

—¿A qué se está bien aquí afuera? —exclama Anish.

¿En serio? No hay lugar más inhóspito en toda la ciudad.

—Sí, el cemento gris del Jadwin Hall armoniza a la perfección con las líneas claras del Fine Hall —le replica.

Anish se ríe, pero se atraganta con el humo y empieza a toser.

—Cuidado —le dice Max y le da golpecitos en la espalda.

—Ya está, se me pasa. No sabía que tenías sentido del humor. Nah, en serio, esta brutalidad de arquitectura de los 60 se las trae. Me hace inspirar hondo.

—Y bien que lo necesitas, como fumador.

Se echa a reír.

—Venga. Dime, ¿qué quieres saber?

Max le cuenta a Anish los fundamentos de su teoría.

—Y ahora solo me quedaría poder demostrar esta partición del tiempo.

—No estoy seguro de haber entendido el concepto. ¿Qué pasa durante las pausas que se toma el tiempo?

—No hay pausas, el tiempo avanza. ¿Ves el reloj del Fine Hall? La aguja de los minutos no para de moverse. Pero si te fijas, de minuto en minuto, da un saltito. Aunque eso es debido al mecanismo, no a la naturaleza del tiempo. En mi teoría, la causa está, sin embargo, en el tiempo mismo.

—Entonces ¿se trata de diferencias minúsculas de tiempo?

—Probablemente. El problema es que, con las ecuaciones, no logro encontrar una magnitud de los cuantos temporales. Es como en la constante cosmológica de la teoría de la relatividad. Cada valor representa, en el fondo, un universo distinto. Quiero descubrir el valor para nuestro universo. Seguramente será muy pequeño. Pues, en el día a día, no nos damos cuenta de que el tiempo pega saltos, ¿verdad?

—A veces me pregunto dónde se ha ido mi tiempo. Un salto temporal podría ser una explicación. Tendré que probarlo. «Jefe, siento llegar tarde, pero es que esta mañana he tenido un salto temporal», ¿crees que colará?

—Ayúdame a medir mi teoría y tendrás más posibilidades de que cuele.

—Bueno. Las minúsculas diferencias deberían poder medirse con un interferómetro láser. Cuanto menor sea la diferencia que quieres medir, mayor deberá ser el interferómetro.

—Esos aparatos se utilizan para demostrar ondas gravitatorias, ¿no?

—Exacto.

—¿Y no tendréis, por casualidad, uno en el laboratorio?

—No con la calidad que necesitas. Aunque conozco a alguien en el Ligo.

—¿El Ligo?

—Exactamente.

—Eso sería genial. —A Max le gustaría abrazar a Anish, aunque apeste a nicotina—. ¿Puedes llamarle? ¿Hoy mismo?

—A ver, Max, clámate. Falta un problema por resolver. Ni siquiera sabes lo que quieres medir. El interferómetro se basa en dejar que interactúen dos rayos láser con recorridos distintos, pero normalmente idénticos. Si uno tarda más en llegar, se produce una leve interferencia. ¿Cómo metes a tu cuanto temporal en eso?

—Pues... ¿y si uno de los rayos se envía algo más tarde? Podría marcarse el retardo con una sustancia radiactiva.

—Entonces no hay interferencia.

—Si mi diferencia temporal es menor que mi cuanto temporal, debería producirse una interferencia, que incluso sería máxima.

—Porque el rayo láser no se desplaza durante tu cuanto temporal.

—Exacto.

—Vaya; quienes parar la luz. Eso le sentará bastante mal a alguno que otro.

—La luz no se para. Mi teoría cumple todas las ecuaciones de campo y movimiento. Mientras transcurre el tiempo, nuestro

universo funciona como siempre. Solo en las breves pausas, surge a la luz una nueva Física.

—Max, eres un genio. O un megalómano.

—Seguramente lo segundo. ¿Llamarás a tu amigo de Lingo por mí?

—Mira qué hora es.

—Las cuatro y cuarto.

—Salgo a las cuatro. Y eso es sagrado para mí. Mañana llamo, prometido.

1

Poco a poco se van calmando los alumnos recién matriculados en el primer semestre. Elisabeth se sienta, se pone su anticuada cartera de piel sobre el regazo y saca todo el material que necesita para su lección introductoria. Deja la bolsa de papel con el logotipo de Starbucks sobre la mesa negro brillante. Al lado coloca la taza de café, que le regaló el decanato por su 15,705 aniversario como docente. Lleva estampado el nombre de «Princeton Math» seguido de una gran letra Π, una x y un 5.

Los novatos susurran entre sí. Ojalá no haya ningún sabelotodo entre los presentes que le chafe su sorpresa final. En los quince años que lleva dando la clase inaugural de Topología le ha pasado tres veces; la última, el año pasado. Elisabeth se toma su tiempo. Pocos saben lo que es realmente la topología, aunque han estudiado Matemáticas. La mayoría ni siquiera intuye que será uno de los campos de trabajo más interesantes de su especialidad cuando acaben la carrera.

Saca el termo de la cartera, lo abre y se echa un poco de café en la taza. El líquido marrón aún suelta vapor y distribuye su delicioso aroma por el aula.

—¿Podemos tomar un sorbito, también? —pregunta un listillo de la primera fila.

En lugar de responder, le lanza una mirada asesina que lo hace callar de inmediato. El chaval tiene todo el aspecto de ser uno de esos, cuyos padres son tan ricos que estudia para no aburrirse.

Elisabeth se levanta. Los susurros desaparecen. Muy bien. Su metro ochenta y sus anchos hombros siempre han conseguido causar una gran impresión. ¿A cuántos pies equivale eso? ¿6? Como matemática, no soporta las antiguas medidas imperiales.

—Buenos días.

El grupo le devuelve el saludo. Solo hay una veintena de alumnos, más chicas que chicos. Ni comparación con épocas

anteriores. Parece que las Matemáticas ya no son tan interesantes; sobre todo desde los nuevos descubrimientos en inteligencia artificial, que también son de su campo de trabajo. ¡Como si no se tratara de entender los entresijos del *software* de forma humana! Algún día solo podrán quedarse extasiados cuando vean lo que las IA del mundo descubren sobre la realidad y el cosmos.

—Se encuentran ustedes en un curso sobre Topología —dice a continuación—. A quien le interese el Álgebra, se ha equivocado de aula. La clase de mi colega Chan es justo enfrente.

Nadie se levanta. Eso es una novedad. En los estrechos pasillos del edificio de 15 plantas de Fine Hall, donde se encuentra el departamento de Matemáticas, es muy fácil perderse.

—Empecemos entonces con una pregunta —dice Elisabeth—. ¿Cuál es la diferencia entre un dónut y una taza de café?

Saca el dónut de la cartera y lo sujeta en alto con la mano izquierda. Con la derecha, señala a la taza sobre la mesa.

Mira hacia los alumnos. Nadie responde. Muy bien. Ningún sabelotodo con ínfulas de aguafiestas. La rubita de la izquierda está a punto de levantar la mano, pero no llega a hacerlo. Tal vez es de las que no soportan el silencio y se sienten mal cuando no responden a su profesora. O sabe la respuesta, pero no quiere fastidiársela por educación. Ambas cosas son posibles. A pesar de sus veinte años en el mundo de la enseñanza, aún no logra detectar desde lejos quién lleva las matemáticas en la sangre.

—No hay ninguna —aclara finalmente Elisabeth.

Espera que alguien proteste, aunque no suele ocurrir. La rubita levanta el brazo.

—¿Sí? —pregunta Elisabeth.

—El dónut es comestible —afirma la chica.

—Muy bien, aunque no es la respuesta correcta en este caso. Mi dónut es de plastilina. ¿Alguna propuesta más?

Nadie dice nada.

—Bien, pues resolveré yo el misterio. Desde el punto de vista de la topología, no hay diferencia alguna.

Se endereza las gafas para observar las caras de los alumnos. Algunos la miran sorprendidos. Nadie parece aburrirse.

—El hecho de que un dónut y una taza de café sean topológicamente idénticos es fácil de demostrar —afirma Elisabeth.

Sujeta el dónut de plastilina el alto. Entonces moldea el lado izquierdo hasta convertirlo en un cilindro hueco. Cada vez más plastilina pasa a ese lado mientras el anillo restante del dónut se empequeñece.

Elisabeth muestra el resultado a sus espectadores.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta—. Un cilindro hueco cerrado por un lado, el de abajo, con un asa lateral de forma anular. Tal y como describiríamos una taza de café, ¿no es así?

Los estudiantes asienten en silencio.

—Lo importante es cómo he convertido el dónut en taza. No he roto ni pegado nada. Puedo estirar y moldear el material como quiera, aunque no perforarle agujeros ni unir partes separadas.

Se levanta, se acerca a la rubia de la primera fila y le entrega la taza de plastilina.

—¿Sería capaz de convertir esto en un 8 aplicando las reglas que acabo de mencionar?

La chica ni siquiera intenta deformar la plastilina.

—Creo que no —dice—. Sería imposible crear el segundo agujero.

—Pero la taza también tiene dos agujeros, uno en el asa y otro aquí arriba, donde puedo verter el café.

—Eso... es distinto —replica la chica y mete el dedo en la taza de plastilina—. ¿Lo ve? No puedo pasar a través de él como con el agujero del dónut o del asa.

—Muy bien —dice Elisabeth—. Así que existen distintos tipos de agujeros.

Un joven de la segunda fila suelta unas risillas. Elisabeth lo ignora.

—El dónut y la taza de café reciben el nombre de homeomorfos —explica Elisabeth—. La Topología se ocupa de aquellas cualidades que comparten objetos homeomorfos. Les puedo prometer muchos momentos de entendimiento y descubrimiento, así como también todo tipo de situaciones en las que las neuronas les empezarán a girar todas de forma homeomorfa.

Elisabeth le coge el dónut y regresa a su mesa. De la cartera saca la botella de Klein, la desenvuelve de la protección con la que la había envuelto y la coloca sobre la mesa.

—¿Cuánta agua necesitaría para llenar este recipiente? —pregunta.

Sujeta la botella en alto para que todos puedan verla bien. Ojalá nadie haya visto antes una botella de Klein.

Ninguna respuesta.

—¡Usted! El de la segunda fila.

Señala al chico que se había reído antes.

—No sé... ¿unas dos pintas, tal vez?

—No le entiendo, jovencito. ¿Cómo se llama usted?

—Adrian. Digo que calculo unas dos pintas.

—Lo siento —se disculpa ella—. No conozco ninguna unidad de medida con ese nombre.

—Casi un litro —aclara la rubita—. Dos pintas equivalen a casi un litro.

—Gracias —responde Elisabeth—. Seguramente quedarán sorprendidos cuando descubran que la botella de Klein...

La puerta se abre de golpe. Elisabeth reconoce al director del departamento, Charles Pardon. Detrás de él entra un hombre corpulento, de unos cincuenta años, con un abrigo demasiado grueso para el verano. Mira a ambos con desaprobación.

—Siento molestarte, Elisabeth, pero es muy importante —dice Charles.

—¿Qué podría ser más importante que mi clase? Estos jóvenes tienen derecho a...

—Se trata de seguridad nacional o algo por el estilo —explica Charles.

Parece sorprendentemente mal informado. Por norma general, el director del departamento de Matemáticas se expresa con bastante más precisión.

—¿Y no puede esperar?

—No, Elisabeth. Tengo que rogarte que nos acompañes.

—Pero mis alumnos...

—Ya le he pedido a Sergiu que se haga cargo del curso.

—¿¡Cómo!? ¡Ha sido responsabilidad mía desde hace más de quince años!

—Quizás, en un par de semanas, puedes retomarlo donde lo dejaste.

¿Un par de semanas? Precisamente las primeras clases de Topología son tan... agradecidas. Solo unos pocos tienen una remota idea de qué va todo eso, pero una vez introducida la frase del erizo peinado o de la frase de punto fijo...

—Lo siento mucho, queridos alumnos, pero tendrán que volver mañana —dice Charles a todo el grupo—. Les informaremos a tiempo sobre la hora y el lugar de la nueva clase introductoria.



En el ascensor nadie abre la boca. Charles tiene su despacho en la planta once. Cuando le nombraron director, se negó a abandonarlo, aunque le hubiera correspondido un despacho más grande. Nadie más sube en el ascensor. Sus compañeros estarán todos transmitiendo sus conocimientos a jóvenes, y precisamente con ella es con quien quiere hablar la reciente y extraña visita.

En el despacho 1108, el de Charles, hace un frío tremendo. Elisabeth se pone a tiritar. El edificio tiene ya más de ochenta años. Se acerca a la ventana, desde la que se puede ver el campo de fútbol del equipo universitario, e intenta abrirla. Pero la cerradura está bloqueada.

—Lo siento, pero la ventana debe permanecer cerrada por motivos de seguridad —aclara Charles.

—Tampoco voy a robarle demasiado tiempo —dice el desconocido.

Elisabeth se gira. El hombre se ha sentado en una de las sillas frente al escritorio de Charles y señala a la otra mientras la mira. Sin embargo, Elisabeth niega con la cabeza. Si termina rápido, puede quedarse de pie.

—Veamos, ¿por qué ha tenido que sacarme de mi clase inaugural? —pregunta.

—El gobierno la necesita —afirma el hombre—. Mi nombre es Damian Flynt y soy de la DARPA.

¿DARPA? ¿Al ministerio de Defensa le interesan las matemáticas?

—El hecho de que me necesiten es, a estas alturas, una obviedad —responde Elisabeth.

—En efecto. Se nos mencionó su nombre porque, de entre los diez mil millones de habitantes de este planeta, parece ser la persona más familiarizada con formas... extrañas.

—Qué honor. Me ocupo, con cierto éxito, de la Topología nada más.

—Hace diez años se le concedió la medalla Fields.

—Hace mucho de eso, Damian. Desde entonces no he logrado nada digno, ni de lejos, de una medalla.

Y es que, tras la medalla Fields, le costó seguir disfrutando de la investigación. La capacidad mental pierde eficiencia con la edad, y las IA de investigación son también cada vez mejores. Por ello tiene más sentido dedicarse a entusiasmar a jovencitos por ese campo de estudio.

—También se la considera una excelente comunicadora de conocimientos —dice Damian.

—Por eso debería volver a dedicarme cuanto antes a mis alumnos.

—Permítame entonces que le resuma mi problema en pocas palabras.

—Por favor, Damian.

El de la DARPA se levanta, niega con la cabeza y se sienta de nuevo. Estará buscando la mejor introducción.

—Me gustaría invitarla a que nos acompañe a Islandia —dice—. Aunque no sea la expresión más correcta.

—¿Islandia?

—Sí, tengo órdenes de llevarla allí bajo cualquier circunstancia.

—Caramba, es usted un encanto expresándose.

—Gracias. Se trata del volcán Krafla, en el norte de la isla.

—Pero no soy vulcanóloga.

—Lo sé. Al pie del volcán hay una central geotérmica. Tienen intención de ampliar su capacidad de 150 a 300 megavatios. Las

perforaciones necesarias para eso han sido encargadas a una empresa americana y los trabajadores han descubierto un objeto, en extremo extraño, durante las excavaciones. Por suerte, nos lo han comunicado a nosotros. Nuestra organización trabaja estrechamente con filiales de la empresa, por lo que contamos con un cierto grado de confianza.

A ese tío le encanta hablar. A pesar del frío que hace en el despacho de Charles, el hombre tiene la frente perlada de sudor.

—¿Y me dirá qué es lo que los trabajadores han encontrado?

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

—¿Pretende enviarme a Islandia sin aclararme qué me voy a encontrar allí?

—Lo siento mucho, señora. El objeto no es fácil de describir. ¿Conoce esas extrañas construcciones tridimensionales, cuya percepción cambia según desde dónde se las mire? Pues se trata de algo así.

Interesante. Elisabeth se imagina un triángulo de Penrose real.

—¿Ha traído fotos? —pregunta.

—Ese es otro problemilla. El objeto no se deja fotografiar. Lo hemos intentado por todos los medios. Pero confíe en mí. Hemos hecho que algunos trabajadores dibujen esbozos.

Flynt saca de su americana un par de hojas que le entrega. Se trata de copias de dibujos hechos a lápiz. El objeto no es, desde luego, un triángulo de Penrose. No parece tener ninguna línea recta. ¿Y si se trata de una variedad de Kähler? No obstante, para afirmarlo, necesitaría verlo en persona. Debería descubrir si es orientable y complejo y cuántas dimensiones tiene.

No. Flynt dice que el objeto existe realmente. La realidad consta de cuatro dimensiones, no de seis o más. Si esa forma es real, deberá atenerse a los límites de la realidad. ¿O no?

—¿Qué quieren exactamente de mí? ¿Que identifique el objeto?

—No. Que lo traiga. Y, de tal forma, que nuestros amigos islandeses no se enteren.

—Mis habilidades como contrabandista son limitadas.

—Disponemos de gente que se encargarán de esa parte. Solo tendría que ayudarnos a soltarlo de la roca sin dañarlo. No

queremos que se rompa o que explote.

Elisabeth se mira de nuevo los dibujos. No parece peligroso. Pero, según el material de que esté hecho, sí que podría contener cierta energía.

—¿Por qué no trabajan con las autoridades locales? ¡Un descubrimiento así pertenece al mundo entero!

—Elisabeth, por favor, dígame: ¿Poseemos la tecnología necesaria para construir algo así? No en un ordenador, de forma virtual, sino real y física.

—Pues... hmmm. Sobre la mesa del aula sigue la botella de Klein que traje. Se fabricó en Oakland, California. Es un recipiente sin volumen.

—¿Un qué?

—Un cuerpo sin volumen; mejor dicho, una superficie cerrada, no orientable.

—¿Me está usted hablando en Klingon?

—Una botella de Klein solo tiene un lado, el exterior.

—Eso parece... imposible.

—Pero no lo es. Corte una cinta para el pelo, o una banda de esas que llevan los tenistas en la frente para el sudor, dele media vuelta a un lado y vuelva a coserla. Ya tiene un objeto con un solo lado. Una hormiga que camine por su superficie llegará a todos los lados.

—Estoy impresionado. ¿Hemos encontrado una cosa así?

Elisabeth estudia de nuevo los esbozos. Entonces niega con la cabeza.

—Esto parece bastante más complejo —dice—. Y me temo que tendré que darles la razón: No creo que, con nuestra tecnología, pueda construirse algo así.

—¿Lo ve, Elisabeth? Si no lo hemos hecho nosotros, ¿quién es el responsable? Seres que no son de este mundo. Se trata, al parecer, de un producto de origen extraterrestre. No sabemos qué poder alberga ni todo lo que podríamos aprender de él. No debe caer en las malas manos. Por eso debo recuperarlo, y para ello la necesito.

—Pero si prácticamente ya lo tienen y no puedo ayudarles con lo del contrabando.

—Tenerlo es mucho decir. Sigue empotrado en el agujero de perforación y la planta energética nos presiona porque se han detenido los trabajos.

—¿Está encallado allí?

—Sí. Hemos conseguido liberarlo en parte, aunque no podemos moverlo.

—¿A qué profundidad está? —pregunta Elisabeth.

—A unos doscientos metros.

—Así que tendré que bajar el equivalente a sesenta pisos en un pozo de perforación para recuperar un objeto que no puede ser real ¿no es así?

—Eso describe el encargo a la perfección.

—Pues me apunto.

B

—Buenos días, Max —saluda Winston.

—Buenos días. Tengo algo de prisa, Winnie.

—Como cada mañana. ¿Ya piensas en tu presentación? Debe ser aprobada hoy para que la puedas subir puntualmente al servidor.

Winnie es un tesoro. Se acuerda de todos los plazos. Pero Max no tiene ni idea de cómo puede conseguir acabar la presentación hoy. Suspira. Winnie le pasa el brazo por los hombros para consolarle.

—Seguro que lo consigues —anima Winston—. Hasta ahora siempre has cumplido con los plazos.

Eso es solo una verdad a medias. En el fondo, ha incumplido la mayoría. Pero Winnie siempre ha le conseguido un aplazamiento o una fecha adicional. Es tenaz como nadie, a pesar de lo improbable que parece en ese cuerpo delgaducho y con la cara tan pálida. Seguramente, los responsables de revistas y conferencias suspiran cada vez que Winston Churchill les llama.

—He escrito los textos y la imagen de portada está casi lista —dice—. Todavía tengo que pensar en el resumen para mi presentación. Pero ¡mi publicación ni siquiera está acabada!

—Sé que lo conseguirás —afirma Winston—. Y si no, mañana será otro día.

—Qué va. La presentación debe llegarle a la doctora Shou hoy.

—Confía en mí, me las apañaré.

—Winston, de veras, no sé cómo agradecértelo.

—Invítame a comer. Me encanta la cocina mexicana.

—Lo haré, te lo prometo.

Max vacía su buzón. Contiene dos revistas especializadas y una circular de la universidad que ya habrá recibido antes por correo electrónico. ¿Por qué las enviarán también impresas? Pero es que él tampoco es muy consecuente. Sabe que no encontrará nada interesante en su buzón. Entonces ¿por qué va cada mañana al

despacho del asistente a abrirlo? Porque es un animal de costumbres. Por eso.



Echa un vistazo a las revistas mientras sube a la cuarta planta en el anticuado ascensor. Es demasiado perezoso para subir por la escalera. Al menos, esta mañana ya ha venido en bicicleta al campus. Espera que no se la vuelvan a robar. Ya no podría comprarse otra nueva con los ingresos del postdoctorando.

—Hola, Artem —saluda a su compañero de despacho.

Artem es un gran madrugador. Seguro que está allí desde las siete y media.

—Buenos días —le responde sin levantar la mirada.

El breve saludo le sienta bien a Max, y Artem lo sabe. Se entienden muy bien porque son muy parecidos. Por eso nunca serán amigos, porque para ello hay que conversar. Ambos prefieren aprovechar el tiempo para trabajar en sus respectivos proyectos. Precisamente hoy, que Brad no está.

Max enciende su ordenador. La pantalla comienza con una vista deprimente: una página en blanco. Eso de que había escrito los textos y creado la imagen de portada era una exageración. Ha mentido a Winnie. Tenía que mentirle, porque si no se habría sentido muy decepcionado con él, pues ayer le sacó a Max la promesa de que tendría al menos el texto y la imagen.

Faltan 14 horas para medianoche. A Shou no le va a gustar que le entregue la presentación después de finalizar la jornada de trabajo, aunque formalmente hablando habrá cumplido el plazo. Tampoco tiene por qué gustarle. Preferiría no gustarle a absolutamente nadie. En su mundo ideal, solo pensaría, pensaría, pensaría... y en algún momento resumiría sus pensamientos. Pero en la realidad tiene que pensar en el efecto que causa en los otros. Debe redactar presentaciones y dar ponencias. ¡Ante gente extraña! Y luego tienen que mantener contentos y entretenidos a los alumnos

para que el equipo de profesores no tenga una vida demasiado estresante.

La presentación. Max intenta ponerse lo más cómodo posible en la silla y se pone la pantalla de forma que no se refleje en ella la ventana. Decir que los textos estaban listos tampoco era del todo incierto. Ya están en su cabeza. Se lo ha pensado durante su viaje en bici al campus. Son, en total, siete tesis básicas. Max comienza a escribirlas sin pensar. Lo que ha estado amasando durante días en su cabeza tiene ya cierta sustancia.

Ha ido rápido. Ahora la imagen para la portada. Se imagina algo oscuro, amenazador, algo parecido a su sueño. El *software* gráfico posee una biblioteca con miles de plantillas y ejemplos. Eso, esta estructura fractal podría quedar muy bien. Consta de triángulos, generados por triángulos más pequeños y estos, a su vez, por otros triángulos, y etcétera, etcétera, etcétera. Modifica los colores, para que solo queden el negro y los tonos grises y renderiza la imagen. ¡Vaya, la imagen puede incluso ponerse en movimiento! Aunque no se verá en la presentación, sí que funcionará cuando la proyecte.

—¿Artem? Mira.

Max gira la pantalla para que Artem la pueda ver.

—¡Ualaa! Genial, pero...

—Pero ¿qué?

—No estoy muy seguro, aunque quizá Shou lo considera algo exagerado.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Gracias, Artem.

Exagerado. Hmmm. Su presentación llamará la atención. ¿Qué tiene de malo eso? Como postdoctorando le puede ir muy bien, si es que quiere dar pie a conversaciones. Shou lo comprenderá.

No, no lo hará. La imagen es una mierda, pues la ha generado con unos parámetros ficticios cualquiera. Solo tiene una función: ser decorativa. Y eso a la doctora Shou no le va a gustar. La función prevalece sobre la forma. En todo caso, ese fractal debería generarse con las cifras que resultan de su teoría.

Pero eso significaría tener que resolver las ecuaciones diferenciales parciales, que son la base de su idea. Una tarea titánica. Tras la publicación de la Teoría de la Relatividad de Einstein, los científicos tardaron años en encontrar soluciones parciales a las ecuaciones. No todas ellas reproducían la realidad. Los agujeros de gusano, por ejemplo, que podrían derivarse de ellas, aún no se han encontrado.

—¿Artem? A ti te gustan las ecuaciones, ¿verdad?

Artem se ha especializado en solucionar ecuaciones complicadas con ayuda del ordenador.

—Sí, bastante. ¿Por?

—Necesito resolver una par cuanto antes.

—La semana que viene podría...

—¡No! Las necesito esta noche.

—Estás de broma.

—Lo digo en serio. Mi presentación depende de ello. Yo te ayudo mañana.

Artem suspira. Es un buen tío, incapaz de decir que no. A Max le remuerde la conciencia, porque se aprovecha de ello.

—Bueeeno, pero solo porque me lo pides tú. A ver qué tienes ahí.



Max levanta la vista solo cuando alguien enciende la luz de la sala.

—¡Buu! —dice Artem, de pie junto al interruptor al lado de la puerta.

Max ni se ha dado cuenta de que Artem se había levantado.

—Yo también te quiero.

—¿Has avanzado mucho?

Se han repartido el trabajo de forma que Max soluciona las ecuaciones más sencillas a mano, mientras Artem procesa las complicadas en el ordenador.

—Empieza a tener buen aspecto —dice Max.

—Lo mío aún está a medias.

—¿Cuál es el problema?

—El ordenador. Necesitaría un supercomputador para acabarlo hoy.

—¿Cuánto te falta?

—Con este trasto, unas cuatro semanas, más o menos.

—Ostras. Pues necesitamos simplificarlo, Artem.

—Esperaba que dijeras algo así.

—¿Alguna propuesta?

—Una pregunta: cuando se trata del tamaño del fraccionamiento con tu constante cosmológica temporal, ¿te importa más el resultado o el signo?

—El resultado, claro. Lo necesito para poder representar correctamente el fractal.

—¿Todo esto solo para la imagen de tu portada?

—Ejem..., sí. ¿No te lo había dicho?

—Eres... de lo que no hay, tío. Debería haberlo sabido.

—¿Algún problema?

—No, para nada. Solo que cancelé la cena con mi novia, que quería presentarme a sus padres, porque pensaba que te habías metido en un lío. Parecías desesperado.

—Pero ¡es que estoy en un lío!

—Venga, Max. Sigamos calculando.

—¿Cuánto necesitas para la simplificación?

—Tres o cuatro horas.

—Mejor tres. O podré que presentarle mi trabajo a Shou a medianoche.

—Pues tres horas.

—Gracias, Artem. Eres genial.

Max le daría un fuerte abrazo, aunque no se atreve.

—Mi novia no piensa lo mismo, pero ya me las apañaré.

—No sabía que tuvieras novia.

—Me alegro de que hayamos hablado de ello. Deberíamos repetirlo. ¿Cuánto hace que trabajamos juntos?

—Tienes razón, Artem. Pero no ahora.

Artem suspira.



—Bueno, a ver, he conseguido algo que tiene el aspecto de una solución —dice Artem.

Max mira el reloj de su ordenador. Son las once y media. Tiene que acabar.

—Aún no estoy contento con mis deducciones.

—¿Tienes algo o no?

—Sí, pero no incluye todas las posibilidades.

—Pues tendrás que vivir con ello.

—Lo sé.

—Bien, pásame lo que tengas.

Max le envía sus resultados para que Artem los introduzca en sus simulaciones.

—Hecho.

—Gracias. Dame cinco minutos.

Max golpea la mesa con un bolígrafo y mueve rítmicamente la rodilla. Cuando lo hace Brad no lo soporta, pero ahora no puede evitarlo. «*Solo se trata de una imagen para la portada, nada más*». Aunque no se lo cree ni él. Max siempre ha pensado que su sino es convertirse en el sucesor de Einstein. No se lo cuenta a nadie, porque lo tomarían por un megalómano. Pero ¿y si realmente es así? Su teoría pondría la Física patas arriba.

—Listo; no está mal —dice Artem.

Max pega un salto como si le hubiera mordido una tarántula. La pantalla de Artem está llena de cifras. ¿Y el parámetro que necesita para el fractal? Artem señala una línea en el tercio inferior de la pantalla. Allí pone «86400». ¿Qué significa eso? Al menos, no aparece un «42». Max se ríe como un histérico.

—¿Qué unidad? —pregunta.

—Segundos —responde Artem.

—Eso supone... eso es exactamente un día.

—Sí señor.

—Pero... eso es imposible.

—Solo tú puedes valorarlo. Es la solución más probable. Mira, aquí tienes la distribución. Todas las demás soluciones están por debajo del límite de significancia.

—Mi teoría dice que la dimensión temporal es cuántica. Y la cifra que hemos calculado aquí sería, entonces, la longitud de una tal porción de tiempo.

—¿Dónde está el problema?

—Tenía en mente más bien una magnitud del orden de segundos de Planck, resultante de todas las teorías expresadas hasta ahora. Y sería una magnitud minúscula.

—Siempre dices que vas a revolucionar la Física.

—Sí, aunque estas nunca, o casi nunca, funcionan así. Lo antiguo sigue estando en lo nuevo, pero solo como excepción.

—Quizá también pasa esto aquí. No puedes comprenderlo todo de golpe. Mira: hemos calculado por primerísima vez un valor con tu constante cosmológica temporal. En la constante cosmológica de la Teoría de la Relatividad se necesitaron años para acercarse a su valor real. Pero quién sabe lo que puede salir si se mira uno tu teoría con más detalle. Al menos, ahora dispones de un valor justificable, que puedes utilizar para renderizar tu imagen.

—Tienes razón, Artem. Como siempre, tienes razón.

Max no debe darle demasiada importancia a esta cifra. Es un primer intento de acercarse, nada más. Se sienta de nuevo en su sitio e introduce el valor. El fractal se genera de nuevo en la pantalla. Ahora parece bastante más fino y cincelado. La amenaza que irradiaba antes ha desaparecido. Max sabe que los números pueden tener este efecto, pero cuando sucede, siempre queda impresionado.

—¿Qué hacemos ahora con el signo previo? ¿Intento conseguir tiempo en el supercomputador?

—Un momento.

Introduce el valor calculado con un signo menos delante y reconstruye el fractal. Es exactamente idéntico al anterior. Cuando lo pone en movimiento, simplemente gira en sentido inverso, contrario a las agujas del reloj. Físicamente no significa nada. Ha creado el

fractal solo como imagen simbólica, porque se parece bastante a la aparición en sus sueños.

—No creo que el signo previo sea realmente importante —dice Max—. Aunque surjan resultados negativos, tampoco tienen por qué ser reales. Ya lo sabemos de la Teoría de la Relatividad.

—Es tu teoría, Max. Tú decides.

—Gracias, Artem. Me has ayudado muchísimo, te debo un gran favor.

Max guarda de nuevo la presentación y la envía por correo electrónico. Quedan cinco minutos para medianoche. Shou no estará precisamente entusiasmada con ello. Es muy estricta con sus alumnos. Seguro que mañana tendrá que repasar algunas cosas.

—Ha sido un placer. Me tendrás que explicar lo que tu teoría significa ahora para todos nosotros. Esta cuantificación del tiempo de exactamente un día terrestre no puede ser casualidad, ¿verdad?

Leer más:

hardsf.space/links/3096476

"Taquión 3: El Planeta"
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2025 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: © Tom Edwards, TomEdwardsDesign.com

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.